Índice

Sinopsis

Tres diarios componen este magnífico volumen, los titulados «Segundo diario de París», «Hojas de Kirchhorst» y «La cabaña en la viña (Años de ocupación)», que abarcan los años 1943 a 1948. En ellos Jünger cuenta, casi día a día, su experiencia de la ocupación alemana, que, todavía a principios de 1943, parecía encontrar en la vida cotidiana de París cierta plácida resignación. Hasta que, de pronto, se precipitaron los hechos que condujeron a la liberación de la capital francesa, el avance de los Aliados, las muertes de altos mandos alemanes, los bombardeos, incluido el de Dresde, el suicidio de Goebbels, la liberación de los campos de concentración, la persecución de los colaboracionistas y la capitulación, entre otros muchos sucesos que marcaron el fin de la contienda. A todo ello, el pensador alemán añade sus agudos comentarios sobre sus lecturas y sus investigaciones, sus dramas familiares e incluso sus sueños.

RADIACIONES II

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1943-1948)

ERNST JÜNGER

Traducción de Andrés Sánchez Pascual

Segundo diario de París

1943

París, 19 de febrero de 1943

Ayer por la tarde salida hacia París. Perpetua[1] me llevó al tren y estuvo un largo rato, mientras yo partía de la estación, haciendo señas de despedida con la mano.

En el vagón charla con dos capitanes, los cuales opinaban que Kniébolo[2] atacará este año con nuevos medios, probablemente con gas. No era precisamente que ellos pareciesen aprobar tal cosa, pero se limitaban a esa pasividad moral que es una de las características del hombre moderno. Los argumentos más eficaces en estos casos continúan siendo los técnicos; así, por ejemplo, el de que, si los alemanes nos encontrásemos en inferioridad aérea, semejante atrevimiento equivaldría a un suicidio.

Si Kniébolo abriga esos planes, las consideraciones determinantes serán las de política interior, como ocurre en todas las cosas que él concibe. La propaganda pasa por delante de todo lo demás. Lo que le importaría en ese caso sería abrir entre los pueblos un abismo tal que no pudiera salvarlo ni la mejor voluntad del mundo. Al obrar así actúa de conformidad con su *genius,* el cual estriba en la separación, en la división, en el odio. Uno ha llegado a conocer a los tribunos.

A este respecto, un detalle esclarecedor: cuando tales espíritus reciben noticias de atrocidades cometidas por la parte contraria, el efecto producido en su rostro no será la indignación, sino un brillo de alegría demoniaca. De ahí que, en el reino de las tinieblas, el difamar al enemigo forme parte del servilismo de los cortesanos.

Tras haber visto ciudades como Rostov, París se me aparece con un brillo nuevo, inaudito, aunque la depauperación ha seguido avanzando. Lo único que queda son los libros; he festejado mi reencuentro con ellos adquiriendo una hermosa monografía sobre Turner. En ella he encontrado el relato de su extraña vida, que hasta ahora desconocía. No es frecuente que la llamada del destino se exprese de una manera tan perentoria. En sus últimos años Turner ya no pintaba, sino que se daba a la bebida. Siempre habrá así artistas cuya vida dura más que su misión: ocurre especialmente cuando el talento se manifestó pronto. Tales artistas se parecen entonces a esos funcionarios jubilados que se abandonan a sus inclinaciones, como Rimbaud a ganar dinero, y Turner, a beber.

París, 21 de febrero de 1943

Comida en la Tour d'Argent, en compañía de Heller y del pintor Kuhn. Hablamos de que los libros y los cuadros causan efecto aun si nadie los ve. «Pues en el interior sí está hecho.»[3] Es este un pensamiento que a los hombres de nuestro tiempo va haciéndoseles inconcebible a medida que incrementan la comunicación y la circulación, es decir, a medida que van sustituyendo los vínculos espirituales por los técnicos. ¿Es que lo que importaba era que las oraciones de un monje las oyesen también aquellos a quienes iban a beneficiar? Wieland sabía todavía eso; le dijo a Karamsin que en una isla desierta él habría escrito sus obras con el mismo celo, seguro de que habrían llegado a oídos de las Musas.

Luego, todavía, en el hotel Meurice, donde Kuhn, que cumple allí su servicio como cabo de segunda en el equipo del comandante en jefe, estuvo enseñándonos cuadros suyos; me gustó especialmente una paloma de plumaje multicolor, cuyos tonos rosados y oscuros se fundían con los de una ciudad que aparecía al fondo: *Crepúsculo en la ciudad.* En el camino de vuelta fuimos charlando de eso y también acerca del crepúsculo como ambiente y de la influencia que ejerce. El crepúsculo convierte a los individuos en personajes — despoja a las personas de sus particularidades y hace que resalten con un significado universal, con el significado, por ejemplo, de varón, de mujer, de ser humano. Se parece así al artista; en efecto, para que este vea figuras, personajes, es menester que aliente en él también mucho crepúsculo, mucha oscuridad.

Hace un momento, a última hora de la tarde, he estado hojeando todavía un número de 1939 de la revista *Verbe* y en él he encontrado unos textos de Pierre Reverdy, autor que me es desconocido. De ellos extraigo las frases siguientes:

«Estoy armado con una coraza hecha únicamente de errores».

Être ému, c'est respirer avec son cœur.

«Su flecha está envenenada; la ha sumergido en su propia herida.»

En las paredes de los edificios de París puede verse ahora con frecuencia el número *1918,* escrito con tiza. También: *Stalingrado.*

¿Quién sabe si no ocurrió en esas ocasiones que, a la vez que nosotros, los alemanes, también fueron vencidos ellos, los franceses?

París, 23 de febrero de 1943

Por la mañana estuve viendo un álbum de fotografías tomadas por la Sección de Propaganda durante la voladura del barrio portuario de Marsella. Una vez más ha quedado arrasado allí un lugar que se sustraía a las normas y al que yo había llegado a querer.

Durante el descanso del mediodía intercalo ahora siempre un festín para los ojos. Así, hoy he estado hojeando mi Turner; en sus marinas, de tonos verdes, azules y grises, hay una gran frialdad. Dan la apariencia de esa profundidad que nace de los reflejos.

Luego en el pequeño cementerio del Trocadéro, donde he vuelto a ver el mausoleo de Marie Bashkirtseff; se percibe en él a la difunta con una presencialidad impertinente. Estaban ya en flor diversas plantas, como el alhelí amarillo y el musgo de colores.

En la librería de la plaza de Victor Hugo encontré todavía una serie de obras de Léon Bloy, autor al que quiero estudiar más a fondo. Cada una de las grandes catástrofes produce efectos también en las existencias de libros y empuja al olvido a legiones de ellos. Después del terremoto es cuando se ve cuál fue el terreno del que se fio el autor en tiempos de seguridad.

A última hora de la tarde he dado un corto paseo. Nunca antes había visto una niebla tan espesa — hasta tal punto que los rayos de luz que se filtraban por las rendijas de la ciudad oscurecida parecían sólidos como vigas, contra las cuales temía yo que iba a chocar. También he encontrado a muchas personas que preguntaban por dónde caía la Étoile, sin que yo pudiera indicarles la dirección; y, sin embargo, estábamos en el centro mismo de ella.

París, 24 de febrero de 1943

La medida verdadera del valor que poseemos es esta: el crecimiento que los demás experimentan merced a la fuerza de nuestro amor. Por ese crecimiento nos enteramos de cuál es el peso que tenemos y también de lo que significa la terrible frase: «Dios te ha pesado en la balanza y te ha encontrado falto de peso»; es una frase que se nos vuelve clara cuando fallamos.

Hay un morir que es peor que la muerte: consiste en que una persona amada vaya matando dentro de sí la imagen con la que vivíamos en su interior. En esa persona nos extinguimos. Eso puede deberse a las radiaciones oscuras que enviamos; ante nosotros van cerrándose en silencio las flores.

París, 25 de febrero de 1943

Noche en vela. A intervalos, momentos de sopor, con sueños — primero una pesadilla, en la que se cortaba hierba, luego escenas como salidas de un espectáculo de marionetas. También melodías, que aumentaban hasta convertirse en rayos amenazadores.

De acuerdo con las leyes de una estética moral secreta, parece más digno, si uno cae, caer de cara que caer de espaldas.

París, 28 de febrero de 1943

Conferencia sobre mi viaje al frente del Este. Entretanto ha caído Stalingrado. La disyuntiva en que nos encontramos los alemanes se agrava con ello. Si, según Clausewitz, la guerra es la prosecución de la política con otros medios, eso quiere decir *implicite* que, cuanto más absoluto es el modo de librar la guerra, tanto menor es la cantidad de política que puede entrar en ella. Durante la batalla no hay negociaciones; faltan las manos libres para entablarlas y falta también aliento. La guerra en el Este es, en ese sentido, una guerra absoluta y lo es en un grado que Clausewitz no pudo imaginar, ni siquiera después de las experiencias de 1812 — es una guerra entre Estados, una guerra entre pueblos, una guerra civil y una guerra de religión, llevada hasta extremos zoológicos. En el Oeste hay todavía, por algún tiempo, manos libres. Esa es una de las ventajas de la guerra en dos frentes, guerra que forma parte del destino, del peligro clásico que corre quien ocupa una situación en el medio. También es manifiesto que, para los responsables, la estrella de la esperanza es *1763.* Envían por la noche patrullas a que escriban ese número en las paredes y a que tachen *1918* y *Stalingrado.* Pero en 1763 el meollo del milagro estuvo en que el Viejo Fritz gozaba de simpatías en todo el mundo. Kniébolo, por el contrario, es tenido por el enemigo del mundo entero y la guerra continuaría aun en el caso de que muriese alguno de sus tres grandes contrincantes, da igual el que fuera. Además, lo que en ese sueño se desea no es tanto que uno de los contrincantes tienda la mano cuanto que sucumba. Estamos así congelándonos cada vez más y no podemos deshelarnos con nuestras propias fuerzas.

En el comedor había encima de la mesa puros habanos en tubos de cristal. Se cambian en Lisboa por coñac francés, del que no les gusta prescindir a los Estados Mayores de la otra parte — eso continúa siendo, de todos modos, una especie de comunicación.

Mis quehaceres oficiales han aumentado, pues se me ha encomendado la jefatura de la censura postal militar en la zona ocupada — un asunto grotesco y también, según por donde se mire,

peliagudo.

París, 1 de marzo de 1943

A última hora de la tarde reflexionado sobre la palabra *Schwärmen.*[4]Podría servir de título a uno de los capítulos fundamentales en un libro sobre la historia natural del ser humano. Tres cosas forman parte del significado de esa palabra: la vibración vital intensificada, el ajuntamiento, la periodicidad.

La vibración vital, esa vibración que puede observarse, por ejemplo, en los mosquitos, es una fuerza sobreindividual; alza a los seres por encima de la especie. El ajuntamiento —el matrimonio, la recogida de la cosecha, la migración, el juego— está al servicio de los asuntos de ella, de la especie.

Sin duda en los primeros tiempos el ritmo del *Schwärmen* era completamente natural y venía determinado por la Luna y el Sol y por su influencia sobre la Tierra. Lo que es el *Schwärmen* lo sentimos de un modo maravilloso debajo de grandes árboles en flor enteramente traspasados de zumbidos. También pueden desempeñar un papel los momentos del día, como el crepúsculo, y, además, la atmósfera cargada de electricidad, como ocurre cuando hay «aire de tormenta». Esos hitos de índole cósmico-natural subyacen a los tiempos históricos y a sus mudanzas — perduran como *fechas* de las festividades, cuyo significado parece modificarse con el cambio de los cultos y de las culturas. Pero lo único que varía es la parte que consagra, la parte consagrante, mientras que la parte natural permanece idéntica. De ahí el componente pagano que existe en todas las festividades cristianas.

Por cierto que está bien elegida la expresión *Schwarmgeister* para designar un desvarío cuya esencia consiste en confundir la parte consagrante y la parte natural de las festividades.

París, 3 de marzo de 1943

A mediodía por las orillas del Sena, en compañía de Charmille. Recorrimos los muelles por la parte de abajo, desde la Place de l'Alma hasta el viaducto de Passy; allí nos sentamos sobre una barandilla de madera y estuvimos viendo correr el agua. En una rendija del muro había florecido ya una lechuga de roca; tenía siete cabezuelas de color amarillo oro y en una de ellas estaba posado un gran moscardón de un verde metálico. También he vuelto a ver varias veces, estampada en la piedra tallada del parapeto de la orilla, la pequeña concha en espiral.

París, 4 de marzo de 1943

Almuerzo con Heller en casa de Florence Gould, la cual ha tomado ahora un piso en la Avenue Malakoff. Además de ella y de Jouhandeau encontramos allí también a Marie-Louise Bousquet y al pintor Bérard.

Conversación ante una vitrina llena de objetos egipcios hallados en Rosetta. Nuestra anfitriona estuvo enseñándonos unas cajitas de ungüentos y unos vasos lacrimatorios vetustísimos, procedentes de tumbas antiguas; como si estuviera jugando, les quitaba con la uña las laminillas de color de nácar y de color violado oscuro que tenían en su superficie y que eran el sedimento dejado por los siglos; aquel polvo irisado revoloteaba en la luz. También hizo un reparto de objetos que allí había — no pude evitar el obsequio de un hermoso escarabajo de color gris claro, con una larga inscripción en la base. Luego nos mostró libros y manuscritos encuadernados por Gruel — en una obra con ilustraciones antiguas faltaban tres hojas; ella misma las había arrancado y regalado a un visitante a quien le habían complacido.

En la mesa me enteré de algunos detalles sobre Reverdy, al que mencioné — tanto Bérard como Madame Bousquet son, en efecto, amigos suyos. Basta un único epigrama para que se recomiende, para que se desvele un espíritu.

Con Jouhandeau, cuyas *Chroniques maritales* me envió Hercule hace años, conversación acerca de su manera de trabajar. Se levanta a las cuatro de la madrugada, tras haber dormido apenas seis horas, y se pone a trabajar en sus manuscritos hasta las ocho. Luego se dirige al colegio de segunda enseñanza donde da clase. Las horas más deliciosas para él son esas horas tranquilas del amanecer, que pasa con una botella de agua caliente sobre las rodillas. Luego hablamos de la construcción de las frases, de su puntuación y, en especial, del punto y coma, al que a él no le gustaría renunciar; lo considera el sustituto necesario del punto en aquellos casos en que la frase prosigue su marcha lógica. Sobre Léon Bloy; Jouhandeau conocía por Rictus algunos detalles de su vida que me resultaron nuevos. Bloy no es todavía un clásico, pero llegará a serlo. También en el caso de las obras transcurre siempre un cierto tiempo hasta que se descompone lo que en ellas es temporal. También las obras atraviesan un purgatorio. Luego crecen por encima de la crítica.

París, 5 de marzo de 1943

Durante el descanso del mediodía en el Trocadéro, para contemplar el croco o azafrán de primavera; álzase allí en las laderas de césped, en grupos de color azul, blanco y dorado. Esos colores, que

irradian desde cálices esbeltos, brillan cual piedras preciosas — se les nota que son las luces primeras, las luces más puras del año floral.

Acabado hoy *Quatre ans de captivité à Cochons-sur-Marne,* de Léon Bloy, que contiene sus diarios de 1900 a 1904. Esta vez me ha llamado especialmente la atención el hecho de que las ilusiones de la técnica no afecten lo más mínimo al autor. En medio de los enjambres humanos excitados por la atmósfera de la gran Exposición Universal de 1900, Bloy vive como un eremita antimoderno. Ve en los automóviles la aparición de unos instrumentos de aniquilación de primer rango. Establece una relación general entre la técnica y la próxima llegada de catástrofes — así, considera que los medios para desplazarse con rapidez, como los motores y las locomotoras, son inventos de un espíritu enderezado hacia la fuga. Dentro de poco, dice, podría ser importante el llegar a toda prisa a otro continente. El 15 de marzo de 1904 utiliza por vez primera el metro; admite que sus catacumbas poseen una cierta belleza, una belleza subterránea, pero añade que esa belleza es también demoniaca. Esa obra despierta en Bloy la impresión de que ha llegado el final de los manantiales y bosques, de los amaneceres y atardeceres del Paraíso, la impresión de la muerte del alma humana en general.

Significativa de este espíritu que aguarda el Juicio, esta inscripción de un reloj de sol: «Es más tarde de lo que crees».

París, 6 de marzo de 1943

Por la tarde en casa de Poupet, en la Rue Garancière. En su buhardilla, que está abarrotada de libros y pinturas, encontré al novelista Mégret, con quien yo había mantenido correspondencia en tiempos de paz, y a la Doctoresse. Ojalá que perduren largo tiempo islas como esta.

Sigue causándome molestias el ligero dolor de cabeza con que se inició el presente año, cuyo comienzo, sin embargo, me llenó a la vez de una fuerte confianza en un giro hacia tiempos mejores. Fácilmente olvidamos en épocas de debilidad, de melancolía, que todo resultará bien a la postre.

Dicho para nosotros los varones. Colocados entre dos mujeres, nuestra situación puede ser similar a la del juez en el juicio de Salomón — pero nosotros somos a la vez el niño. Hemos de otorgarnos a la mujer que no quiera partirnos.

París, 9 de marzo de 1943

Por la tarde en una proyección de la vieja película surrealista *Le sang d'un poète,* para asistir a la cual me había enviado Cocteau una entrada. Ciertas escenas me hicieron recordar, bien que solamente por su disposición externa, mi proyecto titulado *La casa.*[5] Por ejemplo, las miradas por el agujero de la cerradura a una serie de habitaciones de hotel. En una de ellas se veía, repetido en dos versiones, el fusilamiento de Maximiliano de México; en otra, la lección de vuelo que se le impartía a una jovencita con el auxilio de un látigo. El Universo, una colmena de celdillas secretas, en la que se desarrolla la inconexa contigüidad de los diversos segmentos de una vida retenida por arte de magia en una rigidez maniaca. El mundo, un manicomio construido racionalmente.

Es peculiar de este *genre* el hecho de que fueran los surrealistas quienes descubriesen a Lautréamont y a Emily Brontë, así como su extraña predilección por Kleist, del que, al parecer, lo único que conocieron fue *Käthchen von Heilbronn,* pero no su ensayo *Sobre el teatro de marionetas,* en el cual dio su peligrosa receta. Otros, como Klinger, Lichtenberg, Büchner y el propio Hoffmann, no llamaron su atención. Cuando se mira lo que hay detrás, a la fuerza nos hacemos la pregunta de por qué no es el Marqués de Sade el Gran Maestre de esa orden.

París, 10 de marzo de 1943

A última hora de la tarde en casa de Baumgart, en la Rue Pierre-Charron, para jugar nuestra habitual partida de ajedrez. En este juego adquirimos el conocimiento de la superioridad del espíritu, no de la superioridad absoluta, desde luego, pero sí de una superioridad particular, de una especie de coacción lógica, y de la sorda reacción de quien la experimenta. Esto nos da una idea de los sufrimientos de los tontos.

Al regreso, de acuerdo con mi costumbre, iba caminando con rapidez en la oscuridad y he tenido una dolorosa caída al chocar con una de las vallas protectoras instaladas delante de los edificios oficiales para prevenir los atentados. Aún no somos enteramente razonables mientras nos ocurran accidentes como ese; de nuestro interior es de donde salen tales lesiones. Las cosas que nos lastiman de ese modo lánzanse hacia nosotros como si vinieran del fondo de nuestra imagen reflejada en un espejo.

«Cementerios secretos»: una expresión de la etimología moderna. Para que el contrincante no desentierre y fotografíe los cadáveres, se los esconde. Tales pendencias propias de lémures son un indicio del monstruoso crecimiento de la maldad.

París, 11 de marzo de 1943

Comida en casa de Florence Gould. Allí, Marie-Louise Bousquet, que nos ha informado de su visita al estudio de Valentiner:

—Con un regimiento de jóvenes como él los alemanes habrían conquistado Francia sin disparar un solo cañonazo.

Luego Florence, sobre su actividad como enfermera en una sala de operaciones en Limoges:

—Me resultaba mucho más soportable ver la amputación de una pierna que la de una mano.

También, sobre el matrimonio:

—Yo puedo vivir bien en el matrimonio; eso es seguro, pues he estado casada felizmente dos veces. Solo con Jouhandeau haría una excepción, ya que él ama a las mujeres horribles.

Jouhandeau:

—Es que a mí no me gusta que me hagan las escenas con cuentagotas.

París, 12 de marzo de 1943

Lectura: *Contes magiques,* de P'Ou Soung-Lin. En este libro, una bella imagen: un literato que se ve obligado a cortar leña en unos bosques remotos pone en ello tanto empeño que le salen en las manos y en los pies «ampollas que son como capullos de gusanos de seda».

En una de las historias del libro aparece un medio con el cual resulta posible averiguar si nos las habemos con una diablesa. Se expone al sol el ser de cuya condición humana se duda y se mira si falta una parte de su sombra.

De la importancia que eso tiene nos enteramos enseguida, con ocasión de una infame jugada que una de esas magas le gasta a un joven chino. En un jardín sabe enloquecerlo de tal manera que el chino la abraza, pero inmediatamente después cae al suelo,

profiriendo un terrible grito de dolor. Ocurre que lo que el joven ha abrazado es un gran leño, con un agujero donde se hallaba al acecho con su aguijón un escorpión venenoso.

Entre los chistes que corren por el comedor del hotel Raphaël hay algunos muy buenos, como el siguiente:

Die Butterquote wird steigen, wenn die Führerbilder entrahmt werden. [Aumentará la ración de mantequilla cuando se les quite el marco a los retratos del Führer.][6]

Tal vez haya cronistas que lleven un diario de los chistes que han ido haciendo compañía a todos estos años. Merecería la pena, pues su orden de aparición es muy instructivo.

Hay también una descortesía estilística, que se hace patente en giros como, por ejemplo: *nichts weniger als* [cualquier cosa menos] o *ne pas ignorer.* Se parecen a nudos que hacemos en el hilo de la prosa y cuyo desenredo dejamos al lector. Los pequeños granos venenosos de la ironía.

París, 14 de marzo de 1943

Por la tarde en casa de Marcel Jouhandeau, que habita un pequeño inmueble en la Rue du Commandant-Marchand; de los rincones de París es esta una calle que me agrada de manera especial hace ya tiempo. Con su esposa y con Marie Laurencin estuvimos sentados en el jardincito; a pesar de que su extensión es poco mayor que la de un pañuelo, había en él una inmensa cantidad de flores. Su esposa hace pensar en una de esas máscaras que encontramos en viejas aldeas rodeadas de viñedos. No nos hechizan tanto por su mímica cuanto por la rigidez que irradia de sus rostros de madera, pintados de colores chillones.

Recorrimos la vivienda, que, aparte de la pequeña cocina, tiene una sola habitación en cada una de las plantas de que consta — abajo un pequeño salón, en medio el dormitorio, y arriba, casi como un observatorio astronómico, una biblioteca dispuesta como cuarto de estar.

Las paredes del dormitorio están pintadas de negro y ornamentadas con motivos dorados; los muebles son chinos, de laca encarnada. La visión de aquella alcoba silenciosa resultaba opresiva; a Jouhandeau, sin embargo, le gusta permanecer en ella, y es también

allí donde trabaja de madrugada, mientras su esposa sigue durmiendo. Estuvo contando muy bellamente cómo van despertándose uno tras otro los pájaros y cómo se relevan en sus melodías.

Más tarde llegó también Heller y nos sentamos en la biblioteca. Jouhandeau nos enseñó sus manuscritos —me regaló uno—, sus herbarios, sus colecciones de fotos. En una carpeta con fotografías de su esposa había también algunas de los tiempos en que ella era bailarina y en las que aparecía desnuda. Pero esto me asombró poco, pues yo sabía por los libros de Jouhandeau que su mujer se mueve de ese modo por la casa, sobre todo en verano, y que recibe así a los proveedores, a los obreros o al empleado del gas.

Conversaciones. Sobre el abuelo de la señora Jouhandeau, que era cartero y se levantaba a las cuatro de la mañana para cavar su viña, antes de ponerse a repartir el correo.

—El trabajo en aquella viña era su oración.

Aquel hombre consideraba el vino como un medicamento para todos los males, como una panacea, y se lo daba incluso a los niños cuando estaban enfermos.

Luego, sobre las serpientes. Un amigo de la casa llevó una vez a ella una docena, que se dispersaron por la vivienda; durante meses se las encontró debajo de las alfombras. Una de las serpientes tenía la costumbre de trepar al atardecer por el pie de una lámpara; se enroscaba al talle de la pantalla, que era el sitio más caliente.

Una vez más ha vuelto a quedar confirmada allí la impresión que en mí causan las calles, edificios y viviendas de París: son archivos que contienen una sustancia tejida con vida antigua, archivos llenos hasta el borde de piezas de convicción, de recuerdos de toda índole.

A última hora de la tarde visita a Florence, que está en cama; se ha lastimado un pie en casa de Céline. Contó que este autor, a pesar de sus enormes ingresos, se halla siempre sin dinero, pues da todo el que tiene a las prostitutas que acuden a su consulta para que les cure sus enfermedades.

Si quedasen destruidos todos los edificios, aún perdurarían, sin embargo, las lenguas; estas son castillos encantados que poseen torres y almenas, así como criptas y pasadizos antiquísimos que nadie explorará jamás. Allí, en aquellos pozos, mazmorras y minas será posible permanecer y quedar perdidos para el mundo.

Acabado de leer los *Contes magiques.* En este libro me ha causado alegría esta frase:

«Aquí abajo los únicos hombres capaces de un gran amor son los que poseen un espíritu elevado, pues solo ellos no sacrifican la Idea a los encantos exteriores».

París, 17 de marzo de 1943

A propósito de *El trabajador.* El dibujo es exacto; con todo, esa obra mía se parece a un medallón bien acuñado, pero al que le faltase una de las caras, la de atrás. En una segunda parte habría que exponer que los principios dinámicos descritos en el libro se encuentran subordinados a un orden estático de rango superior. Cuando la casa está amueblada salen de ella los fontaneros y los electricistas. ¿Pero quién será el dueño del edificio?

¡Quién sabe si todavía encontraré tiempo alguna vez para retomar el hilo de esa obra! De todos modos Friedrich Georg consiguió dar un paso significativo en esa dirección con su libro *Las ilusiones de la técnica.* Eso muestra que somos verdaderos hermanos, aún no separados en el espíritu.

La sangre y el espíritu. Su parentesco, tantas veces comprobado, se refleja también en su composición, por cuanto la diferencia entre los corpúsculos sanguíneos y el suero tiene también su correspondencia en el campo del espíritu. En él cabe distinguir un estrato material y un estrato espiritual, un doble juego del mundo de las imágenes y el mundo de los pensamientos. Pero en la vida ambas cosas se hallan estrechamente enlazadas y solo raras veces se separan la una de la otra. Las imágenes van rodando en la marea de los pensamientos.

De manera análoga cabe distinguir una prosa suerosa y una prosa corpuscular; en el enriquecimiento de la prosa con imágenes hay grados, hasta llegar al estilo jeroglífico de Hamann. También hay fusiones extrañas, como ocurre en Lichtenberg. El suyo es un estilo de imágenes roto por el intelecto, una especie de mortificación. Para seguir con la misma comparación podría decirse que ambos elementos se habían disociado antes el uno del otro y que luego fueron mezclados y agitados para lograr una síntesis artificial. La ironía va necesariamente precedida siempre de una ruptura.

París, 20 de marzo de 1943

Al mediodía conversación con el Presidente[7] acerca de las ejecuciones; él, por su condición de fiscal jefe, ha visto muchas. Sobre los tipos de verdugos; a este trabajo se presentan sobre todo personas cuya profesión es la de matarifes de caballos. Quienes siguen decapitando con el hacha muestran un cierto orgullo de artistas frente a quienes lo hacen con la guillotina; son conscientes de que su trabajo es un trabajo hecho a mano y a medida.

En la primera ejecución bajo Kniébolo: el verdugo, que se había quitado el frac para decapitar a la víctima, se presentó en mangas de camisa, la chistera ladeada en la cabeza, el hacha goteando sangre en la mano izquierda, la derecha levantada para el «saludo alemán», y dijo:

—Ejecución cumplida.

Los anatomistas del cerebro, deseosos de examinar lo antes posible el cráneo y el contenido del cráneo, están al acecho del golpe cual buitres carroñeros. Una vez, antes de la ejecución de un hombre que se había ahorcado en la celda, pero al que habían descolgado aún con vida, se los vio agolpados en tropel al pie del cadalso. Se asegura que, precisamente después de esa forma de tentativa de suicidio, se manifiesta en la vida posterior del individuo una enfermedad mental específica y que esa predisposición apunta ya tempranamente en ciertas alteraciones del cerebro.

Por la tarde en Saint-Gervais; hoy es la primera vez que he entrado en esa iglesia. Las estrechas callejuelas que la rodean conservan intacto un fragmento de Edad Media. Lo insustituible de estas edificaciones: cada vez que una de ellas es destruida queda destruido también un trozo de nuestras raíces. En la capilla de Santa Filomena, santa que yo no conocía. En ella he visto una colección de corazones de los cuales brotaban llamas como de botellines redondos; muchos eran de cobre, algunos, de bronce, y pocos, de oro. Me pareció un buen sitio para meditar sobre el giro con el que comenzó este año en el Cáucaso.

El 29 de marzo de 1918 una granada disparada por el «cañón de París» alemán atravesó las bóvedas de esta iglesia y mató a un buen número de fieles que estaban celebrando allí la festividad del Viernes Santo. A su memoria está dedicada una capilla especial, cuyas ventanas se hallan adornadas con una banda que lleva esta inscripción: *Hodie mecum eritis in paradiso.*

Luego en los muelles del Sena, para ver libros. Es siempre una hora que me serena de manera especial, un oasis en el tiempo. He adquirido *Le procès du Sr. Edouard Coleman, gentilhomme, pour avoir conspiré la mort du Roy de la Grande Bretagne.* Hamburgo, 1679.

Según me ha contado Florence, Jouhandeau ha dicho, a propósito de mi visita a su casa, que soy *difficile à développer.* Tal podría ser el juicio de un fotógrafo de almas.

Moisson, 21 de marzo de 1943

Salida en tren para Moisson, adonde me han enviado a hacer un curso de instrucción. Desde la estación de Bonnières fuimos luego a pie a lo largo del valle del Sena y veíamos elevarse a nuestra izquierda, en la otra orilla del río, una cadena de acantilados cretáceos. Delante de ellos se alzaban el castillo y la fortaleza de La Roche-Guyon y también un solitario campanario, que ha sido levantado sobre las bóvedas de la iglesia subterránea de La Haute Isle, construida en una caverna.

Me alojo en casa de un anciano clérigo que se llama Le Zaïre; es jesuita, ha pasado su vida en China levantando allí iglesias cristianas y ahora ha dedicado el resto de sus días a esta parroquia, situada en un suelo pobre y no ambicionada por nadie. Aunque es ciego de un ojo, la mirada de este hombre resulta agradable como la de un niño. He tenido con él una conversación acerca de los paisajes y he averiguado que su opinión es que no vale la pena viajar lejos, ya que en todas partes se encuentran las mismas formas — según él, unos pocos modelos son la base de todas ellas.

Es el pensamiento que corresponde a alguien que se ha retirado del mundo, a alguien que ama la vida allende el prisma y que también podría decir que no merece la pena observar el espectro, dado que su haz de colores está ya contenido en la luz solar. A eso habría que replicar, sin embargo, que, al otorgársele al ser humano el haz de colores, se le otorga a la vez, como un regalo precioso, la visibilidad de estos.

Esta conversación me ha hecho recordar una de mis dudas de otros tiempos: si no ocurrirá que, al regresar a la unidad, perdemos un goce que únicamente el tiempo y únicamente la variedad pueden depararnos, y si no se hallará la razón de nuestra existencia precisamente en el hecho de que Dios ha menester de la individuación. Es un sentimiento que he tenido muchas veces al mirar los insectos y los animales marinos y todos los prodigios inauditos de

la marea de la vida. Profundo es el dolor que se experimenta al pensar que un día habrá que decir adiós a todo eso.

Frente a lo anterior cabe decir que, al retirarnos de este mundo, obtendremos unos órganos que no conocemos, pese a que se hallan predispuestos y preformados en nosotros, como lo están, por ejemplo, los pulmones en el niño que la madre lleva en su seno. Igual que se seca el cordón umbilical, así se secarán también los ojos del cuerpo; seremos dotados de una facultad de visión nueva. Y de igual modo que *aquí* vemos los colores en lo dividido, así veremos *allí,* con un goce superior, su esencia en la luz indivisa.

A última hora de la tarde conversación sobre el Este y también sobre el canibalismo; alguien aseguró que se ha observado especialmente la degustación de los testículos. Parece que lo que subyace a eso no es la mera hambre; así, según se dice, se ha capturado a partisanos que llevaban en su mochila testículos con fines de trueque, para cambiarlos por cigarrillos, por ejemplo.

Ante tales rasgos zoológicos o también demoniacos de la zona más baja me viene siempre a la mente Baader, con su teoría de que las doctrinas puramente economicistas llevan forzosa y necesariamente al canibalismo.

Moisson, 23 de marzo de 1943

Goces nuevos que he descubierto aquí en Moisson: la visión de la flor del melocotonero; en esa flor se produce un maravilloso despertar del adormecimiento invernal — es como una mariposa que abriera sus alas al salir de la oscura crisálida. Ese brillo nuevo enaltece el suelo árido de los campos y las paredes grises de los edificios, que quedan alegrados por un tenue velo de color. Con todo, esa flor rosa es más escasa que la blanca, y, sin embargo, es tanto más flor cuanto que brota de la rama desnuda. De ahí también que sea más significativa la impresión que ella deja en el ánimo. El delicado telón con que inicia el año sus juegos de magia.

Además, el fuego por la mañana en la chimenea. Por la noche preparo en la fría habitación un montón de leña, con sarmientos secos y tarugos de encina, al que luego prendo fuego por la mañana, media hora antes de levantarme. La visión del fuego encendido, con su calor y sus rayos luminosos, levanta el ánimo y alegra el comienzo de la jornada.

Moisson, 26 de marzo de 1943

Por la mañana ejercicios en el seco páramo: está cubierto de líquenes de color verde y de color gris blancuzco y en él crecen acá y allá algunos abedules y también pinos. Un movimiento en espiral vuelve a confrontarnos con las cosas ya vividas y de ese modo las superamos — no es que se nos vuelvan insignificantes, es que se transforman para nosotros en material para triunfos más altos. Eso es lo que a mí me sucede con esta primera y esta segunda guerra. Se dice que al morir vuelve a pasar ante nosotros el curso de nuestra vida — entonces lo contingente queda santificado por lo necesario. Se imprime en ello un sello superior, tras haberse fundido en el dolor el sello de cera.

Hacía ya bastante calor en aquel páramo con sus grupos de pinos. A la luz del mediodía he visto pasar zumbando a mi lado un animal que me ha parecido extraño; era un ser que movía unas alas de cristal en un resplandor opalino y suavemente rosa, y que arrastraba tras sí, cual colas o banderas, unos cuernos largos, bellamente curvados. Pero luego he reconocido en ese animal el macho del acantocino, *Acanthocinus aedilis L.,* cuyo nombre popular alemán es «chivo de habitación»; era la primera vez que lo veía volar. Hay una gran dicha en esas visiones, que son rápidas como el rayo; en ellas vislumbramos honduras secretas de la Naturaleza. El animal aparece en su esencia auténtica, en sus danzas mágicas y con la armadura que Natura le ha otorgado. Es uno de los goces extremos que la consciencia puede depararnos. Nos adentramos en las profundidades del sueño de la vida y participamos en la existencia de las criaturas. Es como si hasta nosotros saltase una chispa desde ese placer nada común, desde ese placer desprovisto de reflexión que las colma.

Por la tarde he hecho por segunda vez la excursión a La Haute Isle y a La Roche-Guyon, en compañía de Münchhausen y de Baumgart. En este paisaje, con sus abruptos acantilados cretáceos, llenos a menudo de cavernas, que van haciendo compañía al curso del río y que lo dominan cual tubos de órgano, hay un rasgo que permite notar que ya en tiempos remotos lo habitaron seres humanos. En La Roche-Guyon se hace patente la sucesión de las épocas — en rocas blancas, cubiertas de hiedra, se ven las oscuras bocas de cavernas profundas, con amplias galerías, algunas de las cuales sirven todavía de graneros y establos; vienen luego, al lado mismo de ellas, las desmañadas fortalezas del tiempo de los normandos; y por fin, en la parte delantera se muestra el orgulloso castillo con sus torres, tal como ha ido creciendo en el curso de siglos más benignos que este. Por debajo de todo ello se conservan todavía, sin embargo, a manera

de sótanos profundos en que morase el espíritu de los tiempos primitivos, las cavernas; contienen bandas de pedernal y acaso tesoros, oro y armas, personas asesinadas, antepasados de estatura gigantesca y hasta dragones en no pocas de sus galerías secretas y hundidas. Es algo que incluso al aire libre se nota, como una presencia mágica.

París, 27 de marzo de 1943

Regreso a París en tren a última hora de la tarde, tras haber estado haciendo por la mañana, junto a la chimenea, unas cuantas anotaciones suplementarias en este diario. En el hotel Raphaël he encontrado ya montones de correspondencia con motivo de mi cumpleaños — primero he leído las cartas de los simples conocidos y de los miembros de mi «clientela», luego las de las personas de una mayor confianza, y por fin las de los próximos, sobre todo las cartas de Perpetua y Friedrich Georg.

Perpetua me comunica sueños suyos. En uno de ellos echaba una red para coger un pez y lo que en vez de él sacaba del agua, con grandes esfuerzos, era un ancla, y encontraba, arañadas en ella, estas palabras: *Persischer Diwan, 12.4.98. Rimbaud an seine letzten Freunde* [Diván persa, 12 del 4 del 98. Rimbaud, a sus últimos amigos]. Rascaba la herrumbre que cubría el metal y veía que el ancla estaba hecha de oro puro.

No nos es lícito imputarnos el rango de las personas más próximas a nosotros. Lo que en él se pone de manifiesto es que se hallan en un suelo bueno, en el sitio adecuado. De igual manera, la deslealtad de discípulos, de amigos, de amantes, es algo que habla en contra de nosotros. Eso ocurre más todavía en el caso de su suicidio: este es el testimonio de un terreno inseguro. Si, como Sócrates, caemos en desgracia, es preciso que aún sea posible un último simposio.

París, 28 de marzo de 1943

En el estudio de Valentiner. Me ha traído de Berlín una carta de Carl Schmitt con un sueño que anotó para mí en horas mañaneras. En la carta, también, una cita en *El secreto de la sal,* de Oetinger:

«Tened en vosotros sal de paz o seréis salados con otra sal».

Esto me ha hecho recordar mi imagen del congelarse y deshelarse, a la que me referí días atrás.

París, 29 de marzo de 1943

Dado que la noche pasada hubo un adelanto de una hora en los relojes, entré de un salto en el nuevo año de mi vida. En un papel, que encontré luego al levantarme, había garabateado, en el momento de despertarme de un sueño, estas palabras:

Evas Plazenta. Der Mad(t)reporen-Stock.

[La placenta de Eva. El polipero de mad(t)réporas.]

Si no recuerdo mal, la idea era aproximadamente esta: el cordón umbilical físico es cortado, el metafísico permanece. Eso hace que del fondo de la marea de la vida vaya creciendo un segundo árbol genealógico, invisible. Las venas de ese árbol nos mantienen unidos siempre y gracias a ellas nos hallamos también en comunión con cada uno de los que alguna vez vivieron, con todas las generaciones, con todos los ejércitos de los muertos. Estamos entrelazados con ellos por un fluido que retorna en los sueños y en las imágenes que vemos en los sueños. Sabemos los unos de los otros más de lo que cada cual vislumbra.

Dos son las maneras que tenemos de propagarnos: la gemación y la cópula. En la segunda nos engendra el padre; en la primera descendemos única y exclusivamente de la madre y nos hallamos insertos en un contexto que está siempre verde. En este sentido hay, para la humanidad entera, un único día de nacimiento y un único día de muerte.

Es cierto que el *mysterium* de la procreación posee también un polo paterno, dado que en cada una de ellas se produce un acto espiritual; y es esa una circunstancia que, en su cumbre más alta, ha de encontrar expresión en la procreación del Hombre absoluto. Tanto por lo que concierne al lado masculino como por lo que se refiere al lado femenino de su origen, «el hombre» corresponde, pues, a la posibilidad más extrema.

Por cierto que también en las parábolas de la Escritura cabe leer ese origen doble. Cabe dividirlas en parábolas en las que prevalece la procedencia material y parábolas en las que prevalece la procedencia espiritual: el hombre aparece como azucena, como grano de mostaza y de trigo, pero también aparece como heredero del cielo e hijo del hombre.

A las nueve de la mañana me telefoneó Speidel desde Járkov; él fue de ese modo el primero en felicitarme, a través de la enorme

distancia. La jornada ha transcurrido de forma serena y agradable. Cenado con Heller y con Valentiner en casa de Florence, a la que conocí hace hoy exactamente un año. Hemos reanudado la conversación que entonces mantuvimos acerca de la muerte.[8]

París, 30 de marzo de 1943

A última hora de la tarde en la casa donde se aloja el teniente Von Münchhausen, al que conocí durante las maniobras en Moisson. Lo mismo que los Kleist y los Arnim o los Keyserling en el este de Alemania, Von Münchhausen desciende de una de nuestras estirpes espirituales y eso es algo que se le nota. En casa de Von Münchhausen encontré también a su médico, el profesor Salmanoff, un emigrado ruso.

Sentados ante la chimenea, conversaciones sobre enfermos y sobre médicos. Después de Celsus, en cuya casa estuve hospedado en Noruega, y de Weizsäcker, que me trató brevemente en Überlingen, es Salmanoff el primer médico con ideas generales con que me tropiezo y bien me gustaría ponerme en sus manos. Es un hombre que parte de la totalidad y, por ello, también de nuestro tiempo como totalidad — de él dice que es un tiempo enfermo. Según Salmanoff, a la persona singular que vive en este tiempo le resulta tan difícil estar sana como a una gota de agua en un mar agitado por la tempestad no estar en movimiento. Un mal específico de nuestro tiempo lo ve él en la tendencia a las convulsiones y a los espasmos.

—Gratis lo es la muerte.

Esto quiere decir que es preciso ganarse la salud que uno tiene, y ganársela precisamente mediante un esfuerzo común del enfermo y el médico. La enfermedad suele comenzar en el enfermo como un mal moral, que luego se propaga a los órganos. Si el enfermo no muestra voluntad de curarse en ese estrato moral, el médico ha de rechazar el tratamiento; lo único que haría sería cobrar unos honorarios que no se ha ganado.

Salmanoff tiene setenta y dos años y ha estudiado y ejercido la medicina en casi todos los países europeos y en varios escenarios bélicos; siendo ya de edad avanzada y habiendo alcanzado el grado de catedrático en una universidad, abandonó la medicina académica con el fin de volver a dar una base práctica a sus conocimientos. Uno de sus pacientes fue Lenin. Según Salmanoff, la causa de su muerte fue el aburrimiento. La capacidad esencial de Lenin era la de conspirar y formar pequeños grupos revolucionarios — una vez que llegó al

escalón más alto y estuvo en posesión de una autoridad no cuestionada por nadie, se encontró en la situación de un jugador de ajedrez que no tuviese contrincantes o en la de un funcionario excelente al que jubilasen antes de tiempo.

Los honorarios esenciales de Salmanoff consistían en que, cuando visitaba a Lenin, podía entregarle un pedacito de papel en el que estaban escritos los nombres de personas encarceladas, cuya liberación se disponía posteriormente. Fue también Lenin el que le proporcionó a Salmanoff el pasaporte con el que él y su familia pudieron emigrar de Rusia.

Salmanoff no cree que sea posible lograr la victoria sobre los rusos; pero asegura que estos saldrán de la guerra modificados, purificados. La ofensiva alemana contra Rusia podría haber tenido éxito si hubiese estado sustentada en una moral más alta. Por lo demás, predice una alianza entre Rusia y Alemania para dentro de pocos años.

París, 31 de marzo de 1943

Durante el descanso del mediodía en el Musée de l'Homme; una y otra vez me deja asombrado su duplicidad: espiritualidad racional por un lado y artes mágicas por el otro. Lo veo como una medalla nítidamente troquelada, hecha toda ella de un metal antiquísimo, oscuro y radiactivo. En correspondencia con eso el espíritu se halla sometido a una acción doble — a la acción de la inteligencia ordenadora, sistemática, y a la acción también de la radiación invisible de la sustancia mágica acumulada por aquella.

A última hora de la tarde, en el hotel Raphaël, partida de ajedrez con Baumgart. A continuación charla con él y con Weniger, el cual estuvo conmigo en 1915 en Monchy; entonces era artillero. Ahora visita la tropa para pronunciar conferencias y sondear luego, en conversaciones nocturnas, al cuerpo de oficiales; opina que alrededor de los generales más significativos existe hoy un movimiento que hace pensar en el dicho del Evangelio de San Mateo: «¿Eres tú el que tenía que venir o debemos aguardar a otro?».

París, 1 de abril de 1943

Comida en casa de Florence, donde vi a Giraudoux y a Madame Bousquet. Florence me regaló, para mi colección de autógrafos, una carta de Thornton Wilder.

Cartas. Resulta notable el hecho de que a las mujeres de que más

cerca me siento las escriba a vuela pluma, dando muy poca importancia al estilo. Es algo que tal vez se base en el sentimiento de que tales cartas son casi superfinas. Se está en el asunto.

Me esmero, en cambio, cuando escribo a Friedrich Georg, también a Carl Schmitt y a dos o tres más. Ese esfuerzo se asemeja al que haría un jugador de ajedrez que considerase decisivo a su contrincante.

París, 2 de abril de 1943

Por la tarde en la Rue Lauriston para tomar un café turco en casa de Banine, mahometana procedente del Cáucaso meridional cuya novela *Nami* he leído hace poco.[9] En esa novela he encontrado pasajes que me han hecho pensar en Lawrence y también una similar desconsideración con respecto al cuerpo y a la violencia ejercida sobre él. Es notable que el ser humano pueda distanciarse tanto de su cuerpo, de sus músculos, nervios, tendones, cual si el cuerpo fuera un instrumento hecho de teclas y cuerdas — escuchando atentamente, como un extraño, la melodía que de él arranca el destino. Estas dotes encierran siempre en sí el peligro de una vulnerabilidad especial.

París, 3 de abril de 1943

Por la tarde en casa de Salmanoff, que pasa su consulta en una pequeña habitación enteramente abarrotada de libros. Mientras él me hacía preguntas yo estuve estudiando los títulos; me inspiraron confianza. Reconocimiento exhaustivo: encontró la pequeña lesión que me ha quedado del balazo que recibí en el pulmón. El diagnóstico y el tratamiento son sencillos: según Salmanoff, en tres meses estaré contento conmigo. *Speramus.*

Por cierto que Salmanoff se diferencia de mi buen Celsus en que él sí emplea fármacos, bien que con moderación. Siempre hay en los médicos, incluso en los mejores, una punta de charlatán; podría trazarse un esquema de su trato con los pacientes. Existe así en ellos un poco de profetismo — hacen una pregunta y esta acrecienta su reputación tanto si se le da una respuesta afirmativa como si se le da una respuesta negativa. En el primer caso los guiaba una ponderación muy detallada de las circunstancias, en el segundo pretenden ser adivinos:

—Ya ve usted, eso es lo que yo me había imaginado.

Eso hace que yo me sienta ligeramente incómodo: tal circunstancia se halla relacionada con el exceso de agudeza en la observación con que he sido castigado, igual que otros han sido

penados con un olfato extremadamente fino. Veo con demasiada claridad los recovecos que son peculiares de los seres humanos. Es algo que además aumenta en los períodos de debilidad, de enfermedad. Así, a los médicos que se acercaban a mi lecho los he visto a veces como si los iluminase por dentro con rayos X.

El buen estilista. Propiamente quería escribir: «He actuado bien», pero puso «mal» porque cuadraba mejor a la frase.

París, 4 de abril de 1943

Domingo. Cuando estaba cambiándome de ropa en el hotel Raphaël tras la comida, sonó la alarma aérea al mismo tiempo que el fuego de la artillería. Desde la azotea vi alzarse en el horizonte una alta pared de humo, mientras que ya se habían alejado los bombarderos. Parece que tales ataques duran apenas un minuto.

Después, como no funcionaba el metro, paseo a pie hasta la casa de Georges Poupet en la Rue Garancière. Era un día primaveral, de una suavidad y un azul espléndidos. Mientras en los suburbios seguían retorciéndose en su propia sangre centenares de personas, los parisienses deambulaban en masa bajo los verdes castaños de los Champs-Élysées. Allí estuve yo parado un largo rato ante el más hermoso grupo de magnolios visto nunca por mí. Las flores del primero eran cegadoramente blancas; las del segundo, suavemente rosas; las del tercero, de un color rojo púrpura. Flotaba en el aire el estremecimiento de la primavera, ese hechizo que se nota una vez cada año y que es la vibración de una fuerza amorosa cósmica.

En casa de Poupet encontré al matrimonio Mégret. Conversaciones sobre la guerra y la paz, sobre la subida de los precios, sobre Hercule y sobre los anarquistas de 1890, pues justo en estos días estoy estudiando el proceso contra Ravachol. Mégret contó que Bakunin, un día en que pasaba en coche por delante de una casa que estaba siendo derribada, bajó de un salto, se quitó la chaqueta, agarró un pico y se puso a colaborar. Gentes como esa son grotescos bailarines que inician la danza en el mundo de la aniquilación; que inician la danza roja, ante los ojos de los estupefactos burgueses.

Aún estuve brevemente en Saint-Sulpice. Allí vi las pinturas murales de Delacroix, cuyos colores se han deteriorado, y el gracioso órgano de María Antonieta, cuyas teclas rozaron también los dedos de Gluck y de Mozart. En el coro de la iglesia dos viejas estaban cantando un texto latino; un anciano, que asimismo cantaba, las acompañaba

con el armonio. Aquellas hermosas voces, que salían de unos cuerpos gastados, de unas gargantas resecas, en las cuales podía verse el movimiento de los tendones y cartílagos, y de unas bocas cercadas de arrugas, aquellas voces daban fe de las melodías eternas que cabe sacar de unos instrumentos frágiles. También bajo las bóvedas de la iglesia de Saint-Sulpice, como en la iglesia de Sankt Michael en Múnich, imperan la teología racional y la capacidad espiritual para la astronomía. En tales lugares me han asaltado con mucha frecuencia pensamientos sobre el plan de la creación, sobre la estructura espiritual del mundo. ¿Quién conoce el papel que una iglesia como Saint-Sulpice desempeña en la historia de los seres humanos?

A pesar de lo avanzado de la hora hice que me condujeran hasta la más alta de las dos torres, por la estrecha escalera de caracol descrita por Huysmans en *Là-Bas;* desde aquella torre se tiene tal vez la más bella vista en redondo sobre la ciudad. El sol acababa de ponerse y el fresco verdor de los Jardins du Luxembourg brillaba espléndido en medio de los muros de color gris plata.

El hecho de que los seres humanos hayan sido capaces de producir tales formaciones es algo que hablará siempre en favor de ellos, aunque los veamos revolcarse tan bajamente en sus negocios y en sus pasiones. En este aspecto causan asombro los habitáculos artificiosos e iridiscentes que los moluscos producen con sus secreciones y que siguen brillando largo tiempo a orillas del mar, cuando ya han perecido los cuerpos que los habitaron. Esas conchas dan testimonio, más allá de la vida y de la muerte, de un tercer poder.

París, 5 de abril de 1943

El número de muertos causados por el bombardeo de ayer asciende, hasta el mediodía de hoy, a más de doscientos. Algunas bombas cayeron en el hipódromo de Longchamp, que estaba rebosante de gentío; sobre los paseantes domingueros que salían de las bocas del metro se abalanzó una multitud de heridos que corrían sin aliento, personas con los vestidos desgarrados, que se sujetaban la cabeza o un brazo, una madre con un niño ensangrentado apretado contra su pecho. Una bomba que cayó sobre un puente arrojó al Sena a muchos transeúntes, cuyos cadáveres están siendo ahora sacados de las aguas como si se los pescase.

En aquel mismo instante deambulaba en el otro extremo del Bosque una alegre muchedumbre de personas elegantemente vestidas, disfrutando de los árboles, de las flores, del suave aire primaveral. Esa es la cabeza de Jano de nuestro tiempo.

París, 10 de abril de 1943

En la Place des Ternes en el momento en que sonó la alarma aérea. Conversación en el centro de la plaza, junto al pequeño puesto de flores, mientras las personas que se dirigían hacia los refugios pasaban corriendo a nuestro lado. Figuras retóricas — en las más audaces las ráfagas de las bombas iluminaban el aire en su caída. Por las calles desiertas nos encaminamos hacia la Estrella, mientras al otro lado del Bosque se elevaban sartas de proyectiles blancos, rojos y azules, que en lo alto se deshacían chisporroteando, cual centellas en la fragua. Eran un símbolo del camino de la vida, un recorrido como el que aparece en *La flauta mágica.*

París, 11 de abril de 1943

Los encuentros y las separaciones entre los seres humanos. Cuando está preparándose una separación llegan días en los cuales la relación languideciente se adensa y cristaliza una vez más — días en los cuales esa relación aparece en su forma más pura, en su forma necesaria. Y, sin embargo, son precisamente tales días los que confirman de manera irrevocable el final. Así es como una serie de jornadas serenas va seguida de un tiempo inseguro y luego el gran cambio atmosférico es anunciado por una mañana de claridad especial, por una mañana en la que todas las montañas y todos los valles vuelven a mostrarse en todo su esplendor.

Hoy por la mañana estaba yo en el cuarto de baño meditando sobre esto, y al igual que entonces, antes de emprender mi viaje a Rusia, he tirado al suelo un vaso, que se ha roto.[10]

La buena prosa es como el vino; igual que él, sigue viviendo, desarrollándose. Hay en ella frases que aún no son verdaderas; y, sin embargo, una vida misteriosa va alzándolas hacia la verdad.

La prosa reciente es también un poco tosca todavía; adquiere pátina con el correr de los años. Es algo que noto a menudo en cartas antiguas.

Durante la comida conversación con Hattingen sobre los relojes en general y sobre los relojes de arena en particular. El tiempo que va pasando mientras cae la arena es todavía el tiempo no mecanizado, el tiempo del destino; es el mismo tiempo que percibimos en los murmullos de los bosques, en el crepitar del fuego, en el oleaje de las

mareas, en el remolino de los copos de nieve.

Después, aunque el cielo estaba cubierto, brevemente en el Bois, cerca de la Porte Dauphine. Allí he estado viendo jugar a unos muchachos que tendrían entre siete y nueve años; sus caras y sus gestos me han parecido enormemente expresivos. Aquí en Francia la individuación despierta antes y deja una impronta más nítida. Pero uno tiene la impresión de que en la mayoría de los casos su primavera se extingue alrededor de los dieciséis años. Los latinos traspasan así demasiado pronto la frontera después de la cual están ya listos y acabados, mientras que los germanos no la alcanzan casi nunca. Por esa razón resulta favorable la mezcla; dos defectos se suman y producen una excelencia.

He estado parado al pie de un olmo en torno al cual abundaban las ortigas de color violeta pálido. Un abejorro sobrevolaba sus flores — mientras estaba detenido, zumbando, encima de los cálices, se veía su coselete de color castaño aterciopelado, su abdomen ligeramente curvo, su trompa levantada, que estaba dirigida, cual una sonda de asta negra, a un lugar preciso. Su frente tenía una mancha dorada de polvo de polen, una marca nacida de la muchedumbre de los contactos. El momento en que el abejorro introducía su trompa en la flor era notable; en él el animalito agarraba con sus dos patas delanteras la larga vaina de la flor y se la colocaba en la trompa como una funda, de modo parecido a como hacen los payasos en Carnaval con las narices postizas.

A tomar el té en el estudio de Valentiner; allí he encontrado a Heller, a Eschmann, a Rantzau y a la Doctoresse. Conversación sobre Washington Irwing, sobre Eckermann y sobre el príncipe Schwarzenberg; parece que por iniciativa de este último está reuniéndose en Viena un material enorme, aún no estudiado, relativo a las sociedades secretas europeas.

París, 12 de abril de 1943

Lectura: *Carthage punique,* de Lepeyre y Pellegrin. Hay en la conquista de esa ciudad muchos rasgos que cuadran bien a un acontecimiento tan formidable como ese. Una vez que los romanos penetraron en las murallas, los defensores resueltos a combatir hasta la muerte se hicieron fuertes en el más elevado de los templos; entre ellos estaba, sobre todo, Asdrúbal con su familia, y también otros cartagineses nobles, así como novecientos desertores romanos, que no podían esperar clemencia.

En la noche anterior al ataque decisivo Asdrúbal abandona en secreto a los suyos y se presenta ante Escipión con un ramo de olivo en la mano. Por la mañana el general romano manda llevar a Asdrúbal delante del templo y exponerlo allí a la vista de los defensores, con el fin de desmoralizarlos. Los defensores, sin embargo, tras haber lanzado una infinidad de improperios y maldiciones contra el general traidor, prenden fuego al edificio y se arrojan a las llamas.

Se dice que, mientras estaba prendiéndose fuego al templo, la esposa de Asdrúbal se atavió con sus mejores galas en una de las estancias interiores; luego, recubierta con todos sus adornos, salió a la balaustrada con sus hijos y habló en primer lugar a Escipión. Le deseó buena suerte en su vida — le dijo que no le guardaba rencor, pues había obrado de acuerdo con las leyes de la guerra. Después maldijo a su marido en nombre de la ciudad y de sus dioses, y también en el suyo propio y en el de sus hijos, y se declaró separada de él por toda la eternidad. A continuación estranguló a sus hijos y los arrojó a las llamas; finalmente ella misma se lanzó al fuego.

Los seres humanos alcanzan en tales coyunturas unas dimensiones inquietantes; los envases individuales se llenan hasta arriba de un contenido simbólico. En esta mujer es Cartago misma quien, en el instante en que sucumbe, sale al escenario en llamas y se presenta ante el altar preparado para el último sacrificio. Esa mujer bendice y maldice con una terrible fuerza sacral que la invade. El lugar y las circunstancias y la persona — todo está preparado entonces, y lo casual se desvanece. Por última vez se repite allí la antigua ofrenda a Baal, el sacrificio de los hijos en el fuego. Ese sacrificio se efectuaba para que la ciudad perdurase; aquí se lo ofrece para que viva eternamente. Y entonces puede arder, con los frutos, también el tronco; la madre se sacrifica a sí misma.

París, 13 de abril de 1943

Carthage punique. En aquellos tiempos las relaciones entre los Estados tenían un perfil más nítido que ahora; la fuerza de los pactos era más vinculante. En el famoso tratado entre Aníbal y Filipo de Macedonia estuvieron presentes también los dioses de ambas partes, en especial los dioses de la guerra, representados por los sumos sacerdotes.[11]

Tras la destrucción de la ciudad de Cartago se maldijo el lugar en que se alzaba. También se lo sembró de sal, en señal de maldición. La sal es aquí, por tanto, símbolo de esterilidad; en general se la tiene por símbolo de espíritu. Encontramos aquí, como siempre en los símbolos,

el polo negativo y el polo positivo. Esto rige sobre todo para los colores. El amarillo es el símbolo de la nobleza y del populacho; el rojo, del señorío y de la rebelión; el azul, de lo maravilloso y de la nada. Este desdoblamiento va acompañado también, con toda seguridad, de diferencias en la pureza, diferencias que Goethe menciona, en su teoría de los colores, a propósito del amarillo. Así, sin duda es lícito imaginarse gruesa y sucia la sal de la maldición, en contraste con la sal ática, con la cual se sazonan en la mesa del espíritu los alimentos y se los conserva duraderamente.

Kubin ha vuelto a enviarme desde Zwickledt uno de sus escritos jeroglíficos; cuando disponga de más ocio lo descifraré meditando sobre él. Grüninger me anuncia copias de las últimas cartas que el teniente coronel Crome envió desde Stalingrado. Parece que en esos puestos perdidos se produce un enérgico retorno al cristianismo.

París, 14 de abril de 1943

Visita del pintor Hohly. Me ha traído saludos de la esposa de Cellaris[12] y me ha dicho que este mantiene una gran actividad espiritual a pesar de su prolongado cautiverio y de sus graves quebrantos físicos. Cabe, pues, abrigar la esperanza de que aún vea la luz. La conversación con Hohly ha vuelto a traerme a la memoria aquel día terrible en que viajé a Berlín y mantuve una conversación por teléfono con la abogada de Cellaris — esperando en vano una palabra de aliento en aquella ciudad poblada por millones de seres humanos, igual que en el desierto se espera en vano un trago de agua. En la cabina telefónica tuve la impresión de que la plaza de Potsdam estaba incandescente.

Por la noche en la Comédie Française, en el estreno de *Renaud et Armide,* de Cocteau. He visto que yo había conservado bien en mi memoria los dos vigorosos pasajes que me llamaron la atención cuando la lectura en la Rue de Verneuil: el canto mágico de Armida y la plegaria de Olivier.[13] En un talento como el de Cocteau cabe observar bien el modo en que nuestro tiempo lanza hacia el talento sus lazos dolorosos, cosa contra la cual ha de mantenerse firme la sustancia. Las dotes mágicas aumentan y se esfuman según sean los estratos en que se muevan. En los estratos más tenues esas dotes se transforman en pirueta, en bufonada.

Muchos rostros conocidos entre el público; también he visto a Charmille.

París, 15 de abril de 1943

Por la mañana conversaciones con Rademacher sobre la situación militar. Él tiene puestas sus esperanzas en Cellaris y en Tauroggen. Por la tarde, a última hora, en la consulta de Salmanoff.

—Si los intelectuales alemanes hubiesen conocido a los intelectuales rusos tan bien como estos a aquellos, no se habría llegado a la guerra.

Luego hablamos sobre la fosa de Katyn; se pretende haber encontrado en ella millares de oficiales polacos que habían caído prisioneros de los rusos. Salmanoff considera que todo este asunto es una cuestión propagandística.

—Pero, entonces, ¿cómo han llegado allí los cadáveres?

—Sabe usted, hoy hay cadáveres que no necesitan billete.

Conversación sobre Aksakov, sobre Berdiáiev y sobre un autor ruso llamado Rozanov. Salmanoff me ha procurado un libro de este último.

Regreso por el Bois; la media luna se alzaba por encima del fresco verdor. Reinaba allí, pese a la cercanía de la populosa ciudad, un completo silencio; producía un efecto a medias agradable y a medias angustioso, como el que causa un escenario antes de una representación peligrosa.

París, 16 de abril de 1943

Cerca del amanecer un sueño significativo sobre Kniébolo, entrelazado con acontecimientos que se desarrollaban en casa de mis padres. En ella se aguardaba, por una razón que he olvidado, la llegada de Kniébolo. Se hacían preparativos de todas clases, mientras que yo, para no encontrarme con él, me retiraba a unas habitaciones bastante apartadas. Cuando yo reaparecía, Kniébolo había estado ya en la casa; oía detalles sobre la visita, y entre otros, sobre todo, que mi padre le había dado un abrazo. También al despertarme me llamó especialmente la atención esta circunstancia. Me acordé entonces de la espeluznante visión que me contó Benno Ziegler.[14]

En las conversaciones sobre la crueldad de estos días emerge con frecuencia esta pregunta: de dónde salen todas esas fuerzas demoniacas, como los desolladores y asesinos, esas fuerzas que, sin

embargo, nadie había visto y ni siquiera sospechado. Pero estaban presentes en potencia, como lo demuestra la realidad. La novedad está en que ahora se han hecho visibles, en que han quedado sueltas, lo cual les permite causar daño a los seres humanos. Ha sido nuestra culpa común lo que ha llevado a dejar sueltas esas fuerzas: al despojarnos de los vínculos desencadenamos simultáneamente lo que había en los subterráneos. No nos es lícito, pues, quejarnos si el mal nos golpea a nosotros también en cuanto individuos.

París, 17 de abril de 1943

Por la tarde en el parque de Bagatelle. El fuerte calor de estos días ha hecho que las flores se aglomeren para formar una sinfonía — innumerables tulipanes flameaban en los céspedes y en las islas del pequeño lago. Flora parecía haberse excedido a sí misma en no pocas de las flores, así en los racimos de glicinias que colgaban del muro, unos racimos de color azul violáceo y gris sedoso, ligeros como plumas y, sin embargo, pesados por su carga de belleza — es algo que acaba desembocando en los cuentos, en los jardines encantados.

Siempre percibo esto como un reclamo, como una promesa de magnificencias eternas — como un brillante rayo de luz que llega de cámaras de tesoros cuya puerta se hubiera abierto fugazmente. Lo fugaz es el marchitarse; y, sin embargo, estos milagros florales son símbolos de una Vida que nunca se marchita. De ahí procede el arrobo que sus colores y sus perfumes despiertan; hacen saltar al corazón chispas multicolores.

También he vuelto a ver a mi viejo amigo el carpín dorado; su lomo brillaba de repente en el agua azul de las grutas. Aquí ha permanecido él tranquilo mientras yo me movía por Rusia.

Sobre las perversiones — ¿no estará su fuente en una aversión entre el padre y la madre? Si así fuera, tendrían que ser más frecuentes en los países y en las capas sociales donde predominan los matrimonios de conveniencia. También tendrían que preponderar en razas de sangre fría, y no al revés, como se cree comúnmente. El odio, la aversión contra el otro sexo, se hereda por la cópula. Eso es lo fundamental, lo demás es accesorio. También se da, naturalmente, una selección; la Naturaleza prefiere los frutos de las procreaciones placenteras. Pero tal vez el individuo es recompensado con el espíritu — personas geniales son a menudo fruto de procreaciones habidas en la vejez, como es el caso de Baudelaire; piénsese también en la manera grotesca como el padre Shandy da cuerda al reloj en la obra de Sterne.

Estas circunstancias, que además escapan a la mirada científica, se hallan poco investigadas. Sería preciso adentrarse en la historia secreta de familias enteras, de estirpes enteras.

Podría hacerse a esta tesis la objeción de que hay zonas rurales en las que el matrimonio por interés es algo usual desde que existe memoria humana. En ellas, sin embargo, también la individuación ha progresado menos; cualquier persona sana le viene bien a la otra. Además la degeneración de ciertas zonas rurales no es menor que la degeneración de las grandes urbes, solo que está más escondida. Tal vez sean también distintas sus manifestaciones; la sodomía será más frecuente en el campo que en la ciudad.

Por cierto que eso que nosotros consideramos como una desviación puede ser que vaya ligado a una inteligencia más honda del mundo, precisamente porque la mirada no está tan sometida a la coacción, al velo de la especie. Eso es algo que llama la atención por lo común en los homosexuales dotados de capacidad de juicio espiritual. De ahí que siempre resulten útiles al hombre de espíritu, aun prescindiendo de que su trato es divertido.

El proceso a Dreyfus es un fragmento de historia secreta — es decir, de esa historia que comúnmente no llega a hacerse visible. Tales cosas permanecen de ordinario en los laberintos que se hallan ocultos bajo los edificios políticos. Cuando uno lee ese proceso tiene el sentimiento de estar ocupándose de un asunto tabú. Como en el caso de la momia de Tutankamón, uno se acerca aquí a sustancias muy densas; de ahí, también, que resulte angustiosa la despreocupación con que vemos a historiadores jóvenes, como Frank, manipular una materia como esa.

Elección de profesión. Me gustaría ser piloto de estrellas.

Sobre la educación de sí mismo. Aunque uno haya nacido débil puede ascender a grados considerables de salud. Lo mismo ocurre en la ciencia; mediante el estudio podemos liberarnos de la influencia de los malos maestros y de los prejuicios que encontramos en nuestro tiempo. Mucho más difícil resulta, en una situación enteramente corrompida, el avance, aun el más modesto, en la moral. Aquí las cosas tocan fondo.

Cuando en un Estado ateo un incrédulo exige juramento a los creyentes su proceder se asemeja al del banquero tramposo de una mesa de juego que aguardase que los otros jugadores pusiesen sobre el tapete oro auténtico.

En un Estado ateo la única suerte válida de juramentos son los perjurios. Todo lo demás es sacrilegio. A los turcos, en cambio, podemos hacerles juramentos e intercambiarlos con ellos; es un trueque sin fraude.

A última hora de la tarde he acabado la lectura del profeta Malaquías y, con ello, he dado fin a la lectura del Antiguo Testamento, que comencé en París el 3 de septiembre de 1941. Mañana empezaré con los Apócrifos.

Iniciado, además, la lectura de *Esseulement,* de Rozanov. Al instante he tenido la sensación de que Salmanoff me ha remitido aquí a un espíritu que, si no estimula en mí los pensamientos, sí los desencadena.

París, 18 de abril de 1943

A tomar el té en casa de Marie-Louise Bousquet, en la Place du Palais-Bourbon; es una plaza que se señala por la rigurosidad romana de su arquitectura. En el transcurso de decenios y de siglos estas viviendas antiguas, repletas de objetos heredados, han ido adaptándose a los seres humanos y a su naturaleza cual vestidos que, tras haber sido llevados mucho tiempo, se ajustan al cuerpo en cada uno de sus pliegues. Son conchas en el sentido de la zoología superior. Allí encontré también a Heller, a Poupet, a Giraudoux y a Madame Olivier de Prévost, una biznieta de Liszt. Madame Bousquet —en mi trato con ella hago que impere siempre, por cierto, una cierta cautela, como haría un químico al tratar materias de reacción indeterminada— me ha enseñado su biblioteca, una habitación pequeña y cuadrada y completamente revestida de madera. En ella estuve contemplando los manuscritos, las dedicatorias y las bellas encuadernaciones. Una parte de estas eran en cuero granulado, cuyo tacto duplica el goce de la lectura; los colores eran de esos que pueden estudiarse en el barniz de oro — irradiaban desde el violeta suave, que al hacerse más profundo se confunde casi con el negro, hasta sus matices más claros, y desde el oscuro gris oro hasta diseños con salpicaduras y llamaradas áureas.

El regreso, a última hora de la tarde, por los Champs-Élysées. Era un espléndido día soleado. También yo estaba contento conmigo mismo, cosa que anoto, pues solo muy raras veces puedo decir eso de

mí.

Acabado: *Esseulement,* de Rozanov, libro que es uno de los raros puntos en que se ha logrado en nuestro tiempo la autoría, el pensar propio. Siempre me parece, cuando entablo conocimiento con algo así, que se llena uno de los huecos incoloros que hay en la bóveda del techo que cierra nuestro espacio. En Rozanov es notable su parentesco con el Antiguo Testamento; así, él emplea la palabra «simiente» exactamente en el mismo sentido en que la utiliza aquel. Por cierto que a mí me ha resultado desagradable desde siempre esa palabra cuando se la aplica al ser humano como símbolo de su esencia — sentía por ella una aversión muy parecida a la que sentía Hebbel por la palabra «costilla», que borró de su Biblia. Es probable que aquí intervengan también viejas nociones tabú. El carácter espermático del Antiguo Testamento en general, frente al carácter pneumático de los Evangelios.

Rozanov murió en 1918 en un monasterio; se dice que de hambre. Sobre la revolución rusa hizo la observación de que fracasaría porque no brindaba nada a los sueños. Por esa causa, dijo, se vendría abajo también su doctrina. Resulta simpático el hecho de que sus fugaces anotaciones, una especie de movimiento del plasma del espíritu, se le ocurrieran en los instantes de ocio — cuando ordenaba su colección de monedas o cuando, tras bañarse, tomaba el sol en la arena.

París, 19 de abril de 1943

Neuhaus, gran amante de las flores, tuvo la sensata ocurrencia de abandonar conmigo el despacho por una hora para ir a hacer una visita al jardín botánico de Auteuil, en el que florecen las azaleas. Un gran vivero frío estaba completamente revestido de millares de tales arbustos, con lo que se asemejaba a un salón de paredes multicolores cubierto con alfombras de dibujos abigarrados. Parecía imposible reunir una mayor abundancia, una mayor vivacidad de colores suaves. Yo no me cuento, empero, entre los amigos de las azaleas; me parece ametafísica su tonalidad; exhiben colores unidimensionales. Esa es sin duda la razón de su gran popularidad; hablan puramente a los ojos. Pero en ese puro extracto de tintura falta la gota de *arcanum arcanorum supracoeleste.* Esa es la razón de que las azaleas no tengan olor.

También hicimos una visita a las gloxinias y a las calceolarias. Estas últimas forman uno de los almohadones de la vida, la diversidad tiene en ellas la máxima libertad de juego — no hay, entre todos los millones de individuos, dos flores que sean enteramente iguales. Las

variedades más bellas son las de color púrpura oscuro o amarillo atigrado; para gozar del todo la profundidad de esos cálices llenos de vida sería preciso tener la capacidad de metamorfosearse en un abejorro. Esta observación que hice a Neuhaus pareció divertir mucho al chófer que nos acompañaba, y yo adiviné la razón.

Solo pocas orquídeas estaban en flor, pero recorrimos sus plantaciones, ya que Neuhaus las cultiva. Un «zueco de Venus», listado de verde y violeta, nos llamó la atención por las pequeñas verrugas negras que adornaban su labio superior; en cada uno de los extremos brotaban, como un capricho, tres o cuatro pelitos espinosos. Al verlos hube de pensar en la sonrisa de una amiga desaparecida, en el oscuro lunar que ella tenía.[15]

En jardines como este es importante que los jardineros permanezcan ocultos; lo único que debería verse es su obra. La mano de un fantasma tendría que ir borrando así enseguida las huellas que se dejan al caminar por la arena. Solo entonces se alcanza el goce completo de las plantas y de su lenguaje; para definir su esencia podría grabarse esta divisa: *Praesens, sed invisibilis.*

El modelo de todos los jardines es el jardín encantado; el modelo de todos los jardines encantados es el Paraíso. La jardinería tiene un trasfondo cultual, igual que lo tiene cada uno de los oficios sencillos.

Acabado de leer, en la Biblia, el Libro de Judit, que es una de las piezas escritas a la manera de Heródoto. La descripción de Holofernes nos introduce en una de las lujosas estancias de la Torre de Babel; el dosel de su lecho está recamado de piedras preciosas. Antes de la noche que Judit pasa en su tienda, Holofernes intercambia con ella cumplidos orientales. Se esparce azúcar en el borde del cáliz; en su fondo hay un veneno letal.

A Judit se le ahorró el sucumbir a Holofernes, pero ella estaba dispuesta. En este libro se percibe el poder de la belleza; es más fuerte que los ejércitos. Después, el canto de victoria sobre la cabeza de Holofernes — en mi zoología superior me gustaría describir, en un capítulo sobre las danzas de victoria, posterior al dedicado al *Schwärmen,* la figura primordial que subyace a ese canto.

«Judit y Charlotte Corday, una comparación.» «Judit y la Doncella de Orleans como heroínas nacionales.» Dos temas para alumnos y alumnas de bachillerato, pero que tendrían que haber comido ya del árbol del conocimiento.

París, 20 de abril de 1943

A mediodía una horita mauritana en casa de Banine. Ella suele tomar el café en su lecho, que abandona tan a disgusto como el cangrejo ermitaño su caracol. Las ventanas de su estudio dan al depósito elevado de agua que hay en la Rue Copernic. Delante de ellas florece una gran paulonia, que aún no ha echado hojas. Los altos cálices de sus flores, de color lila pálido, en cuyos arcos de amor se sumergen las abejas, destácanse con nitidez, pero con suavidad, del azul pálido del cielo primaveral.

Conversación sobre el tipo meridional y, en particular, sobre los ligures y los gascones. Luego, sobre la ley y la mística en la religión. Banine asegura que la presencia de la Ley es manifiesta en las mezquitas. Yo creo que eso puede decirse también de las sinagogas. Finalmente, sobre las expresiones para decir «miedo» en los diversos idiomas y sobre los matices de tales expresiones.

A última hora de la tarde en casa de Rademacher, quien ahora está de vez en cuando en París y habita en la Rue François Ier. Allí he visto también, durante unos pocos minutos, a Alfred Toepfer, que regresaba de España y estaba a punto de salir para Hannover. Le he rogado que mirase de buscarme una casita en el páramo, a partir de Tanzen. Conversaciones políticas, luego rememoraciones de Cellaris y de los viejos tiempos nacionalistas. El encuentro secreto en Eichhof, en 1929, continúa siendo especialmente memorable. Aún no se ha escrito la historia de esos años, con sus pensadores, sus activistas, sus mártires y sus comparsas; vivíamos entonces en la yema de Leviatán. La Escuela Muniquesa, la más superficial de todas, es la que se ha alzado luego con el triunfo; lo ha hecho de la manera más barata. En mis cartas y escritos de aquellos años aparece una muchedumbre de personajes; y una gran visión de conjunto la poseían también Niekisch, Hielscher, Ernst von Salomon, Kreitz, así como Albrecht Erich Günther, que ha muerto hace poco. Los que intervenían en aquel juego están ahora asesinados, emigrados, desilusionados, o bien desempeñan altos cargos en el ejército, en el contraespionaje, en el Partido. Empero quienes aún habitan en esta tierra hablarán siempre con agrado de aquellos tiempos; entonces se vivía con intensidad en la Idea. Así es como yo me imagino a Robespierre en Arras.

En mi avance de la lectura de la Biblia he comenzado el Libro de la Sabiduría, de Salomón. La muerte tiene un significado enteramente distinto según que afecte a un necio o a un sabio. Al primero le trae aniquilación, el segundo es depurado y probado como oro en el crisol.



Su muerte es aparente: «El justo sufre pequeños castigos».

Al leer estas palabras he pensado en el bello dicho de Léon Bloy; según él la muerte significa mucho menos de lo que suponemos — tal vez no más que algo parecido a quitar el polvo de un mueble valioso.

París, 21 de abril de 1943

Al mediodía me visitó el coronel Schaer, un bajo-sajón a la antigua. Hablamos de la situación. Aún no ha aparecido el ramo de olivo. De las cosas que contó fue especialmente espantosa la descripción de un fusilamiento de judíos. Él conoce esto por otro coronel, creo que Tippelskirch, a quien su unidad envió al lugar para ver qué era lo que allí ocurría.

Cuando recibo informaciones como esa se apodera de mí el espanto, me invade el presentimiento de un peligro enorme. Pienso esto de manera completamente general y no me extrañaría que el globo terráqueo volase en pedazos, bien por la caída de un cometa o bien por una explosión. Tengo, en efecto, la sensación de que esos hombres están horadando la Tierra y de que no puede ser una casualidad su elección de los judíos como víctimas principales. En sus verdugos de mayor rango se da una especie de clarividencia siniestra, no basada en la inteligencia, sino en impulsos demoniacos. Esas gentes encontrarán en cada encrucijada la dirección que lleva a la destrucción mayor.

Por cierto que, a lo que parece, no se producen ya tales fusilamientos; se ha pasado a gasear a las víctimas.

Al mediodía en la tienda de Gruel. Al ir hacia ella volví a cortar una de las hojas nuevas de la higuera que crece junto a la iglesia de la Asunción; por tercer año me llena de alegría su reverdecimiento. Esa higuera es uno de mis árboles preferidos en esta ciudad — el segundo es la vieja y muy podada acacia del jardín del palacio de la Legión de Honor. Tal vez se agregue a ellos, en tercer lugar, la paulonia del jardín de Banine.

París, 22 de abril de 1943

Almuerzo en casa de los Morand; estaban allí una cierta condesa Palffy, Céline, Benoist-Méchin. La conversación propendió a las anécdotas macabras. Así Benoist-Méchin contó que su coche patinó en cierta ocasión sobre una capa de hielo y aplastó contra un árbol a una mujer que iba paseando por la calle con su marido. Introdujo al matrimonio en el coche para llevarlo al hospital y en el camino oyó

que los gemidos y suspiros del hombre eran más fuertes que los de la mujer.

—Espero que no esté también usted herido.

—No… pero ella tiene una fractura de pelvis… eso significará por lo menos tres meses de hospital… ¡qué gastos! Y luego, ¿quién me preparará la dieta durante ese tiempo?

El reconocimiento demostró que, por suerte, la mujer solo había sufrido contusiones, pero que la curación llevaría, de todos modos, ocho semanas. Al cabo de ese tiempo el ministro fue a visitar a la mujer para informarse de cómo le iban las cosas y la encontró vestida de luto. El marido había fallecido entretanto; de una indigestión. Cuando Benoist-Méchin se disponía a expresarle su condolencia:

—Por favor, déjelo. No sabe usted el servicio que me ha prestado.

También hablamos sobre mujeres de prisioneros de guerra. De igual manera que la Guerra de Troya es el modelo mítico de toda guerra histórica, así reviven también una y otra vez la tragedia del hombre que vuelve a casa y la figura de Clitemnestra. Una mujer que oye decir que su marido prisionero va a ser puesto en libertad le manda todavía, al enterarse de la noticia, un paquetito de víveres. Entretanto el marido regresa antes de lo esperado por su esposa y se tropieza no solo con ella, sino también con su amante y con dos niños. En el campo de prisioneros en Alemania los camaradas del liberado se reparten el contenido del paquetito. Cuatro de ellos mueren tras haber probado la mantequilla; contenía arsénico.

A continuación contó Céline historias de su consulta, la cual parece señalarse por una acumulación de casos atroces. Por cierto que Céline es bretón — eso arroja luz sobre la primera impresión que me produjo y por la cual lo clasifiqué en la Edad de Piedra.[16] Está a punto de ir a visitar la fosa de Katyn, con la que ahora se hace propaganda. Es evidente que lugares como ese lo atraen.

En el camino de vuelta me acompañó Benoist-Méchin, que está devorado por una excitación demoniaca. Tuvimos una de esas conversaciones que se han repetido innumerables veces desde que el mundo es mundo: la que pregunta en qué despliegue de poder hay una satisfacción más alta, si en el político-práctico o en el invisible, espiritual.

A última hora de la tarde lectura del artículo de Cocteau sobre la muerte de Marcel Proust que me dio Marie-Louise Bousquet. En él,

una frase en la que se hace visible de modo directo el silencio enorme a que descienden los muertos:

Il y régnait ce silence qu'est au silence ce que les ténèbres sont à l'encre.

Al leerla pensé en la terrible descripción por Thomas Wolfe de un muerto en el metro de Nueva York.

París, 23 de abril de 1943

Viernes Santo. Por la mañana visita de Eschmann, que venía de casa de Valéry. Conversación sobre los sueños; la charla bordeó asuntos que no me pareció aconsejable tocar. Me proporcionó, sin embargo, ciertas aclaraciones, como si me contemplase a mí mismo en un espejo nítido. Los espejos más nítidos son, por cierto, los empañados — poseen una dimensión onírica. Se penetra en ellos. Captan también el aura.

Por la tarde al Quai Voltaire, por la Rue du Faubourg-Saint-Honoré. En esta calle suelo demorarme; reina en este camino el tiempo del reloj de arena. Entré en la iglesia de Saint-Philippe du Roule. Habían caído al suelo las flores blancas, con minúsculos toques de rojo, de los castaños y se hallaban esparcidas por el pavimento del atrio de tal manera que rodeaban las piedras como un marco hecho de marfil y de otras materias preciosas. Esto daba a la entrada un rasgo de solemnidad. En primer lugar fui a la capilla, donde estaba expuesto un crucifijo; luego pasé a la iglesia, en la cual se apretujaban las mujeres; allí oí un buen sermón sobre la Pasión. Los grandes símbolos, como el de que el hombre elige al asesino Barrabás y no al Príncipe de la Luz, vuelven a cumplirse cada día.

En el estudio de Valentiner; allí estaban los dos hermanos, así como Eschmann y Marie-Louise. Conversación sobre las *Nouvelles chroniques maritales,* de Jouhandeau, sobre el juego de ajedrez, los insectos, Valéry. Luego en casa de la Doctoresse, en compañía de Schlumberger. No habíamos vuelto a vernos desde 1938.

París, 24 de abril de 1943

Por la mañana entrevista con el coronel Schaer. Volví a preguntarle si recordaba bien que había sido Tippelskirch el testigo de vista y de oído de las matanzas cuyos detalles me había contado. Me lo confirmó. Estas cosas se me aparecen a veces como una pesadilla, como un sueño demoniaco. Pero es necesario verlas con los ojos del médico, no esquivarlas. El burgués se encierra en sí mismo ante tales

espectáculos.

Pensamientos sobre las columnas que ayer estuve contemplando en la iglesia de Saint-Philippe du Roule. Aunque parecían tan poderosas, propiamente eran, sin embargo, sitios muertos — no espacio en el espacio. Así somos también nosotros cadáveres en la marea de la vida. Solo cuando la muerte nos abra, rompiéndonos, estaremos vivos.

Por la noche lectura de *Los titanes,* que Friedrich Georg me ha enviado hoy; luego he dormido profundamente, como si hubiese tomado un medicamento abismal.

París, 25 de abril de 1943

Por la tarde en el Bois. Paseo desde la Porte Dauphine hasta Auteuil. En los arbustos, varios gorgojos; ese animal me ha hecho recordar un sueño que tuve en Voroshílovsk.[17]Luego caminado por calles desconocidas, hasta que de repente me encontré delante del gran inmueble del Quai Blériot en cuyo séptimo piso celebramos en otro tiempo el cumpleaños de la modistilla.[18]Continuado por el Boulevard Exelmans. Allí el metro se convierte en un ferrocarril elevado; los poderosos arcos tienen en sí algo antiguo, romano, definitivo, que difiere de nuestra arquitectura de hoy. Uno habitaría con más agrado en ciudades que estuvieran levantadas de acuerdo con esos modelos. Una y otra vez la paulonia, el árbol imperial. Constituye un enriquecimiento de la ciudad, ya que el delicado color gris de los edificios se envuelve muy felizmente en los velos violeta de las paulonias. Hay en los troncos de ese árbol una arquitectónica poderosa; se asemejan a candelabros solemnes sobre los cuales flotase una llama tenue. Lo que la *Poinciana regia* es para Río de Janeiro, eso es para París la paulonia; en esa equiparación podría incluirse a las mujeres.

En el estudio de Valentiner; allí estaba también el escultor Gebhardt, cuya madre corre peligro, después de que ha desaparecido sin dejar rastro una tía suya. En la escalera me tropecé con la princesa Bariatinski, que se cuida de él, y con el conde Metternich, que le ha procurado asilo bajo las alas del comandante en jefe. El regreso, por las Tullerías; allí, una vez más, la paulonia, así como el ciclamor o árbol de Judas, cuyas flores brillaban cual racimos de coral. Una vieja sin dientes, pero aparatosamente pintarrajeada, había llevado dos sillas a los arbustos y me hizo señas con un gesto de invitación, mientras reía haciendo muecas. Era la hora del crepúsculo; y aquella, una estampa crepuscular.

Continuado, en el hotel Raphaël, la lectura de *Los titanes;* uno recorre los capítulos de este libro como si recorriese los viejos talleres del mundo. Me imagino la llegada de los dioses como un desembarco desde los planetas, entre luminosas oleadas de alegría. A veces, mientras leía, veía a Friedrich Georg con esa leve sonrisa suya con la que suele inclinarse hacia adelante cuando, en nuestras correrías, contemplamos flores y cuadros.

París, 27 de abril de 1943

Comida en casa de los Morand, donde encontré también a Abel Bonnard. Me hice enseñar la imagen de la diosa mexicana de la muerte de que me había hablado Eschmann; Madame Morand la guarda, detrás de un biombo, en la semioscuridad de su gran salón. Es un ídolo tosco, espantoso, hecho de una piedra gris, ante el cual se desangraron innumerables víctimas. Tales imágenes son infinitamente más impresionantes, infinitamente más reales que cualquier fotografía.

Conversación sobre la situación, luego sobre Gide, al que Bonnard calificó de *le vieux Voltaire de la pédérastie.* Según él, movimientos como los formados en torno a Gide, a Barres, a Maurras, a George, se consumen a sí mismos; hay en ellos algo estéril, como lo hay en el ruido causado por los campos de espigas vacías bajo los rayos de un astro artificial. Al ponerse el sol, dijo, todo ha pasado, no queda fruto ninguno. Todo es pura emoción.

Hablado también sobre Léon Bloy, al que Bonnard recriminó el que hubiese creído en milagros obrados propiamente para él — un rasgo que a mí más bien me complace. Sobre Galliffet y sobre Rochefort, al que Bonnard conoció todavía personalmente — dijo que daba la impresión de ser un pequeño fotógrafo.

Luego sobre los rusos, que hoy son sobreestimados, de igual manera que hace dos años fueron subestimados. En realidad son más fuertes de lo que todos opinan; pero pudiera ser que esa fortaleza no fuera temible. Eso es algo que, por cierto, puede decirse de toda fuerza real, de toda fuerza generadora.

La conversación tuvo para mí un interés general, ya que Abel Bonnard encarna de manera excelente una especie de espiritualidad positivista que está extinguiéndose. Por ese motivo llama también la atención el carácter solar un poco abatido de sus rasgos, que se caracterizan por una especie de mal humor de anciano-niño. Uno siente que para un pensar como ese existen todavía puntos centrales. Es cierto que tales conversaciones, como también las que yo mantenía

con mi padre, se asemejan a momentos pasados en las antesalas. Pero a mí me dan más cosas que las charlas con nuestros especulantes y místicos alemanes.

París, 28 de abril de 1943

Carta a Friedrich Georg sobre *Los titanes.* También sobre sueños en que se nos aparece nuestro padre. Así, mi hermano me ha escrito que me veía con él en un jardín y que lo que en ello le llamaba especialmente la atención era que nuestro padre llevase un traje nuevo.

Cenado en el hotel Raphaël con Volckmar-Frentzel, el editor de Leipzig, con Leo y con Grewe, el especialista berlinés en derecho internacional; este último me ha contado detalles de la muerte de A.E. Günther; fue espantosa.

Continuado la lectura del Libro de la Sabiduría. Puede considerarse su capítulo séptimo como el equivalente del Cantar de los Cantares, pero en un plano más significativo — lo que en el Cantar de los Cantares es placer sensual es aquí placer espiritual. Existe una voluptuosidad del espíritu, a la que no llegan quienes pasan sus días en las antesalas de la vida verdadera; sus magnificencias permanecen cerradas para ellos. Empero «los que son amigos de ella tienen una voluptuosidad pura» (8, 18).

En este libro se ensalza a la Sabiduría como la Inteligencia suprema, independiente del ser humano, como el Espíritu Santo que llena omnipresente el espacio cósmico. Ni los más audaces caminos del espíritu humano nos acercan un solo paso a él. Solo cuando el hombre se ha purificado, solo cuando ha convertido su propio pecho en un altar, solo entonces penetra en él, sin ser notada, la Sabiduría. Todos pueden ser, pues, partícipes de la Sabiduría suprema. Ella es poder cósmico; la Inteligencia, en cambio, es poder terrenal y, tal vez, únicamente poder zoológico. En nuestros átomos somos más inteligentes que en nuestro cerebro.

Resulta notable el hecho de que haya encontrado acogida en la Escritura, con el Libro de los Proverbios de Salomón, un escepticismo extremo, mientras que este Libro de la Sabiduría, en el que impera totalmente la economía divina, es clasificado entre los Apócrifos.

París, 30 de abril de 1943

En el correo una carta de Hélène Morand sobre *El trabajador.* Dice en ella que el arte de vivir es el arte de obligar a los demás a trabajar,

mientras uno mismo disfruta.

«La famosa frase de Talleyrand, *"... n'a pas connu la douceur de vivre",* regía tan solo para una pequeña élite, la cual no era siquiera especialmente atractiva. Nosotros nos habríamos muerto de aburrimiento en el salón de Madame du Defand o en el de Madame Geoffrin. Esas personas no tenían ni corazón ni sentidos ni imaginación, y estaban maduras para la muerte; lástima únicamente que Talleyrand pudiera escapar al peligro... a rastras.»

Lo que en esta mujer me llama la atención son sus enérgicas dotes políticas, la fascinación y también el horror que inspira. Pero en eso hay siempre artes mágicas y, sobre todo, también fuego de la voluntad; cuando ese fuego brilla mucho hace aparecer los ídolos, como en los frontones de templos extranjeros, iluminados por el resplandor de los incendios. Esos mismos sentimientos los he tenido yo en presencia de Cellaris. Lo propiamente peligroso no está siquiera en el hecho de que aquí se juegue con unos naipes en cada uno de los cuales reside el destino de millones de seres humanos y de su felicidad; lo propiamente peligroso está en la decisión de la persona singular — en el modo que tiene de extender la mano. Cuando eso ocurre, el reino entero de los demonios presta atención. Cada uno de nosotros conoce, en efecto, el instante del riesgo, ese instante en que, con el fin de dar un determinado salto, un determinado golpe, imponemos silencio a todo lo que hay dentro de nosotros. Ese momento, pero enormemente potenciado, y ese silencio, pero infinitamente más hondo, yo los he sentido en ciertos encuentros que ha habido en mi vida. En correspondencia con eso, las naturalezas demoniacas son también más temibles cuando callan que cuando hablan y que cuando hay movimiento a su alrededor.

Leído después un nuevo número de la revista *Zeitgeschichte,* que dirigen Traugott y Meinhart Sild; en sus artículos noto, sin especial deleite, que es mi libro *El trabajador* el que les proporciona la columna vertebral. Pero es correcta la observación que hace uno de los colaboradores; ese libro es un dibujo del plano y con ese dibujo no se dice nada acerca de las arquitecturas que sobre el plano puedan edificarse.

En el dormir hay diversas intensidades; en el descansar, diversas profundidades. Se asemejan a ruedas de transmisión que girasen en torno a un centro llamado «quietud». Así, unos minutos de un dormir profundísimo pueden ser más reparadores que noches enteras de somnolencia.

Le Mans, 1 de mayo de 1943

En compañía de Baumgart y de la señorita Lampe, una joven historiadora del arte, viaje a Le Mans para visitar al pintor Nay. Antes pasamos casi toda la noche en una de esas pequeñas recepciones que da el comandante en jefe. En ella estaba también un catedrático al que se tiene por el especialista más eminente de la enfermedad de la diabetes. Una vez más me llena de estupor el que todavía hoy pueda oírse a alguien pronunciar completamente en serio frases como, por ejemplo, la siguiente:

—Hasta ahora hemos comprobado ya la existencia de veintidós hormonas que son secretadas por la glándula pituitaria.

Por mucho que ese espíritu progrese, siempre se tratará de un progreso en el refinamiento. Lo que él hace en el conocimiento es ir elevándose en espiral, como por la cara externa de un cilindro, mientras la verdad llena el interior. Así las cosas, por fuerza aumentarán las enfermedades, como es natural. La hormona más importante es aquella que no se deja descubrir.

Entre los invitados estaba también Weniger, que ha regresado de Alemania. Allí había oído este epigrama, nada malo, pensado como inscripción en un monumento futuro dedicado al recuerdo de esta Segunda Guerra Mundial:

Der siegreichen Partei die dankbare Wehrmacht.

[Al Partido victorioso, el Ejército agradecido.]

El comandante en jefe tiene en estas ocasiones un encanto particular, la sonrisa de un rey de cuento que estuviese haciendo regalos a los niños.

Después, por la mañana, salida desde Montparnasse. Era el día de los muguetes, que por todas partes se ofrecían en venta en grandes cantidades; hicieron que me acordase de Renée.[19] Siempre continúa llenándome de dolor el recuerdo de los jardines en que no llegué a entrar. Llovía, pero el campo florecido era muy bello. De los árboles me llamó la atención el acerolo; me gusta especialmente uno de sus colores, el gredoso, que se encuentra a medio camino entre el rosa claro y el rosa oscuro. En los bosquecillos el jacinto silvestre, que no se ve en Alemania. Sus flores, de un intenso azul oscuro, causaban un efecto especialmente magnífico en una ladera en la que se los veía brillar en medio de grupos de euforbias de color amarillo verdoso.

En Le Mans acudió Nay a la estación a recibirnos. Dado que él presta aquí servicio como cabo segundo, nos reunimos en su estudio después de comer; el estudio se lo ha puesto a su disposición un tal señor De Thérouanne, que cultiva la escultura como aficionado. En presencia de los cuadros tuve la impresión de un trabajo de laboratorio, de una creatividad prometeica, que cuaja en formas nuevas. Pero no llegué a formarme un juicio, ya que son obras que es preciso contemplar con frecuencia y durante largo tiempo. Conversación sobre la teoría; Nay sabe decir cosas acerca de ella, como les ocurre a la mayoría de los buenos pintores. También lo ha estimulado Carl Schmitt con sus pensamientos sobre el espacio. Encontré especialmente acertada su expresión de que él alcanza en el trabajo un punto en el que el lienzo adquiere «tensión» — a él le parece en tales instantes que el cuadro se agranda extraordinariamente. Eso ocurre también en la prosa — una frase, un párrafo, adquiere una tensión especial, una torsión especial. Es algo comparable al instante en que adquiere significado erótico una mujer a la que durante largo tiempo hemos estado contemplando con indiferencia. En ese instante cambia todo, cambia completa y absolutamente.

Luego estuvimos todavía en la tienda de un anticuario, un tal Morin, que nos enseñó sus libros; había entre ellos algunas magníficas ediciones antiguas.

París, 2 de mayo de 1943

Lluvia torrencial. Pese a ella los tres salimos a almorzar a L'Epeau, haciendo el camino a pie. Luego estuvimos en la tienda del anticuario Morin, donde encontramos también a Nay. El señor Morin estuvo enseñándome sus colecciones — cuadros, entre ellos un Deveria, muebles, monedas, porcelanas y cosas por el estilo. Esta colección es una especie de destilación, de fusión y refusión por reducción, cernido, selección y trueque de los objetos recopilados. En este sentido era una esencia fuerte, para formar la cual había sido condensado el contenido de dos, tres habitaciones.

Me detuve con el señor Morin en la habitación en que tiene su estudio su único hijo, el cual ha sido enviado hace poco tiempo a trabajar a Alemania, precisamente a Hannover. El padre estuvo contándome varias cosas de él — ya de niño trataba con respeto los libros y prefería pasar el tiempo con ellos que al aire libre o practicando deportes.

—*C'est un homme de cabinet.*

Al mencionar el señor Morin que le había instalado a su hijo una pequeña librería de viejo en París, en la Rue de Cherche-Midi, inmediatamente supe que no podía ser otro que el que me vendió hace poco el libro *De tintinnabulis,* de Magius.[20] El padre me lo confirmó y dijo incluso que su hijo le había hablado de la conversación que tuvimos con ocasión de aquella compra. Tal encuentro me resultó sorprendente y por ello me apunté la dirección del hijo, para ver, en mi próximo permiso, qué puede hacerse por él.

Luego regresamos a los libros. Pude adquirir una buena provisión de papel antiguo, casi todo él del siglo XVIII. En parte estaba encuadernado en esos grandes libros de contabilidad, poco usados, que vi en casa de Picasso y que yo puedo emplear también como herbarios.

Por la parte alta de la ciudad, en la que todavía se conservan calles góticas, a la catedral — en ella causa un efecto especialmente poderoso su estrecho coro, muy alto. En este gran edificio destaca con nitidez su plan; se muestra con una desnudez esquelética que asusta. Muchas desgracias venideras dormitan en ese atrevimiento que de un modo tan franco desvela su objetivo al entendido.

Por fin, para contemplar por segunda vez los cuadros, volvimos unos minutos al estudio de Nay. Llevan la marca tanto del primitivismo como de la consciencia; portan, pues, el auténtico sello de nuestro tiempo. Los colores están utilizados con libertad, a veces de una manera que simboliza su valor dinámico. Así, el brazo levantado para actuar está pintado de color rojo sangre.

Luego regreso a París, adonde llegamos a las nueve.

París, 3 de mayo de 1943

Al mediodía en el estudio de Valentiner, que hoy sale para Aix. Su buhardilla del Quai Voltaire desempeña ahora en mi vida un papel semejante al que desempeñó anteriormente la mesa redonda del hotel Georges V. Le di saludos para Médan.

Por la tarde vino Carlo Schmid. Comentamos la situación; el descalabro que se avecina en Túnez traerá consigo modificaciones políticas, especialmente en Italia. En la costa del canal de la Mancha están construyéndose, al parecer, enormes baterías de cohetes; mediante ellas se quiere bombardear Londres con aire líquido. Kniébolo ha sobreestimado desde siempre tales novelerías.

París, 4 de mayo de 1943

En el correo francés cartas de Banine y de Morin, quien posee una buena letra de archivero. Por la tarde fui a ver a Weinstock, a quien le dejé mi ejemplar de *Los titanes,* para el viaje. Cenado con Carlo Schmid en el hotel Ritz. Allí me contó, entre otras cosas, la grotesca historia de uno de sus colegas, un abogado de sesenta años, que trabajaba en la administración militar en Lille y dirigía allí la oficina de pasaportes. Este individuo solía citar en su piso a las solteras o casadas que solicitaban un pasaporte y en aquel lugar se desarrollaba siempre la misma conversación, previamente a que les entregase el documento:

—Pero, querida niña, antes de que usted consiga el pasaporte habrá de llorar.

—¿Por qué voy a llorar? ¡No lo entiendo!

—Enseguida lo verá.

Y diciendo estas palabras tendía de manera rutinaria a sus víctimas en un sofá, les subía rápidamente las faldas y con un bastoncito de caña les propinaba un enérgico castigo en las posaderas.

Dado que las afectadas no se atrevían a quejarse, este curioso automatismo se repitió un gran número de veces, hasta que por fin se ocupó del asunto el tribunal militar.

Hasta poco tiempo antes el protagonista de esta historia había sido en Berlín director de una oficina de asuntos judíos y colaborador de la revista *Stürmer,* donde escribía artículos sobre las atrocidades sexuales de los judíos. Se trata de correspondencias simétricas. Se busca al otro en el escondite de uno mismo.

Luego hablamos de Kniébolo. Muchos, también muchos de sus enemigos, le reconocen una cierta grandeza demoniaca. Sin duda podría ser tan solo una grandeza elemental, subterránea, pero carente de esa forma y elevación personales que observamos, por ejemplo, en Byron o en Napoleón. Carlo Schmid dijo a este respecto que a los alemanes les falta el instinto fisonómico. Quien tiene un aspecto tal que ni los pintores ni los fotógrafos son capaces de darle un rostro, quien maneja su lengua materna de un modo tan completamente trivial, quien consigue reunir a su alrededor tal cantidad de nulidades — y, sin embargo, hay ahí enigmas que llegan muy hondo.

París, 5 de mayo de 1943

Las numerosas paulonias de la Place d’Italie — forman un pasillo

en el que arde, en unos candelabros mágicos, un fino aceite aromático. Allí he vuelto a hacer memoria de mi querido padre, también de sus durezas y faltas — en el recuerdo la muerte añade al ser humano un complemento magnífico. En general voy siendo cada vez menos de la opinión según la cual hombres, actos y acontecimientos adquieren su forma irrevocable en el instante en que penetran en lo pasado, y permanecen así por toda la eternidad. Ocurre lo contrario, aquel tiempo que entonces era todavía futuro está modificándolos continuamente. En este aspecto el tiempo es un todo; y lo mismo que todo lo pasado actúa en el futuro, también el presente actúa sobre lo pasado modificándolo. Hay así cosas que entonces no eran todavía verdad; pero nosotros las *hacemos* verdaderas. Y asimismo se modifican los libros, como frutas o vinos que van madurando poco a poco en la bodega. Hay a su vez otras cosas que se marchitan con rapidez, que se vuelven nulas, incoloras, insípidas, que nunca han sido.

Ahí reside también uno de los muchos significados que justifican el culto de los antepasados. Viviendo nosotros como hombres justos enaltecemos a nuestros padres, de igual modo que el fruto enaltece al árbol. Eso es algo que se ve en los padres de grandes hombres; salen y se destacan de lo innominado, de lo pasado, cual si se hallaran circundados por una luz.

Pasado y futuro son espejos y entre ellos brilla, inaprensible para nuestros ojos, el presente. Pero al morir cambian los aspectos; los espejos comienzan a fundirse y el presente se destaca de un modo cada vez más puro, hasta que en el instante de la muerte se torna idéntico a la eternidad.

La vida divina es presente eterno. Y solo hay vida en aquellos sitios donde está presente lo divino.

Los pensamientos desagradables y penosos, las palabras o maldiciones sucias que nos avasallan cuando meditamos, cuando dialogamos con nosotros mismos. Son signos infalibles de que hay en nosotros algo que no está en orden — de igual modo que el humo en la llama denuncia una madera verde. Asimismo la violencia y la falta de dominio frente a otros — a menudo, signos de noches dedicadas a la bebida y de cosas peores.

Al mediodía con el Presidente, cuya habitación estuve buscando

en los tortuosos pasillos del hotel Raphaël. Conversación sobre la huida y el acercamiento de los bienes — acuden a nosotros con los años y con la madurez. En la juventud nos parecemos a cazadores inquietos, que espantan las piezas. Cuando alcanzamos la tranquilidad nos damos cuenta de que las piezas tienen empeño en meterse en nuestra red.

A última hora de la tarde en un pequeño local de la Rue de la Pompe. Parece mucho más fácil, al menos para las mujeres, pasar de la amistad al amor que viceversa. Eso es algo que se nota en los matrimonios que continúan existiendo en forma de amistad — siempre son, sin embargo, la tumba de misterios extinguidos.

Los cuerpos son cálices; el sentido de la vida está en ir enriqueciéndolos con esencias cada vez más preciosas, con bálsamo para la eternidad. Cuando esto se efectúa con plenitud, no tiene ningún significado el hecho de que el envase se rompa. Eso es lo que quiere decir el Libro de la Sabiduría cuando afirma que la muerte del sabio es solo aparente.

Continuado la lectura de los Apócrifos. La «Sabiduría» decae en la parte histórica, cuando pasa a ella. Esos pasajes se leen con menos tensión, igual que también se leen con menos tensión las pruebas de Spinoza, añadidas a sus tesis.

El paso del mar Rojo dejó en Israel un trauma, una de esas cisuras decisivas que nunca se olvidan. El milagro es la sustancia de que se alimenta la vida. El mar es rojo y es también un mar de juncos — símbolos de un círculo vital en el que dominan los usos de los peces; según tales usos un pez se come al otro. Queda el gran milagro, el de no quedar devorados por ese mar. Lo que aconteció una vez, eso da, en todas las persecuciones venideras, esperanzas.

El Libro de Tobías, una historia edificante que se lee con agrado. Ofrece unas vistas hermosas sobre la antigua vida pastoril durante la fase en que entra en contacto con potencias históricas y queda amenazada por ellas. He empezado a leer el Libro de Jesús Ben Sirá, llamado también el Eclesiástico — si no recuerdo mal, Lutero dice de él que es un buen devocionario doméstico; pero ya en el comienzo mismo nos ofrece unas visiones altísimas.

Acerca del estilo. El empleo del sustantivo es, en todos los casos,

más enérgico que el empleo de las formas verbales: «Se sentaron a comer» resulta más débil que «Se sentaron a la mesa» o que «Se sentaron para la comida». «Se arrepiente de lo hecho» es más débil que «Se arrepiente de la acción». Es la diferencia entre el movimiento y la sustancia.

París, 6 de mayo de 1943

Durante el descanso del mediodía en el restaurante Ladurée, al que me había citado mediante una llamada telefónica la Doctoresse. Antes entré todavía en una librería de viejo de la Rue de Castiglione y allí compré algunos bellos libros antiguos, como la colección de fuentes sobre los godos, de Grocio, y las *Mémoires sur Vénus,* de Larcher, que trata de los nombres, cultos y estatuas de esa diosa. Esta última obra la adquirí para Friedrich Georg, a pesar de sus prejuicios contra todas las aportaciones francesas a la mitología.

La Doctoresse me ha contado que esta mañana estuvo en su casa la policía informándose de las personas con que trataba y cosas parecidas. De los detalles de su relato cabía deducir que se trataba de una simple denuncia. No me pareció mala la brusca respuesta que soltó a los visitantes cuando estos quisieron identificarse:

—Gracias, ya lo veo.

París, 7 de mayo de 1943

A la clínica de Eastman. En la Place d’Italie suelo pararme un rato a contemplar las exhibiciones de un hombre de unos cincuenta años, un gigante de cabellos blancos vestido con un traje de malla, que se gana el pan levantando pesas y mostrando otras habilidades parecidas; en él se hace evidente de un modo especial lo que hay de animal bonachón en el ser humano. Recoge las monedas con un embudo.

Me gusta tomar el metro en esa dirección, pues hay en ella muchos sitios abiertos. Me hacen sentirme alegre las fachadas de las casas, que, aparentemente sin vida, se decoloran al sol; al verlas se despierta en mí una vieja almita de lagarto. Tras la calma de las paredes iluminadas por los rayos solares veo a los seres humanos reposar y soñar perezosamente en sus habitaciones, o bien entregarse a los juegos amorosos. Se recorre así un museo de bodegones secretos: se pasa junto a mesas en las que hay melones cortados y vasos con gotas como de rocío en sus paredes; y junto a una mujer vestida con un albornoz rojo que está abriendo un libro con un cuchillo; y junto a un hombre desnudo y barbudo que, sentado cómodamente en un

sillón, sueña con cosas sublimes; y junto a una parejita que, tras las caricias, está repartiéndose una naranja.

Quien piensa con conceptos y no con imágenes se comporta con la lengua tan cruelmente como quien solo ve categorías sociales y no seres humanos.

En nuestro tiempo el camino que lleva a Dios queda enormemente lejos; es como si el hombre se hubiera extraviado en los espacios ilimitados inventados por su *ingenium*. De ahí que haya un gran mérito también en el más modesto de los acercamientos. Es preciso concebir a Dios de un modo nuevo.

En tales circunstancias lo único que el ser humano es capaz de hacer es, en lo esencial, algo negativo: puede purificar el cáliz que él encarna. Eso tendrá su recompensa para él: un brillo nuevo, un aumento de alegría. Sin embargo, aun la regla más alta que el ser humano es capaz de darse de ese modo se realiza en el espacio ateísta, vaciado de Dios, más terrible que el espacio sin Dios. Entonces, un día, pasados los años, puede ocurrir que Dios responda — ya sea que se acerque lentamente, como con antenas del espíritu, ya sea que se revele en el rayo. Enviamos señales de radio a una estrella fija y se muestra habitada.

Una de las grandes bellezas del *Fausto* de Goethe está en eso, en la descripción del esfuerzo incansable, que dura toda la vida, por llegar a unos mundos elevados, y luego en la entrada en los órdenes de esos mundos.

En el hotel Majestic charla con el doctor Göpel sobre Max Beckmann, al que ve en Holanda de vez en cuando y del que me ha traído saludos. La pintura, que en sus escuelas románticas traspasó los límites de la poesía, osa realizar hoy incursiones en territorios que están reservados a la música. Beckmann posee una enérgica línea propia. La fuerza es convincente aun en los sitios donde se vuelve brutal; un determinado brillo anuncia: «También aquí hay dioses». Podría imaginarse de esa manera un cruce arcaico de elementos europeos y americanos: Micenas y México.

El doctor Göpel me contó además cosas de un conde al que ha visitado en la costa normanda y cuya familia vive allí desde hace ya mil años.

—En el transcurso de este tiempo mi familia ha gastado aquí tres castillos.

Una expresión muy buena, pues las casas son para las familias como los vestidos para las personas singulares.

Luego llegó todavía Clemens Podewils — me traía de Rusia saludos de Speidel. Cenado con Weniger en el hotel Raphaël. Conversación sobre George y sobre la «lámpara de sangre» de Schuler, y también sobre el extravagante libro que Klages ha escrito acerca de ese asunto. Weniger conoce a casi todo el mundo que tiene en Alemania algún significado y ese conocimiento llega hasta los enlaces genealógicos. Personas como él resultan importantes justo en estos días en que vienen produciéndose modificaciones fundamentales de la constelación político-espiritual sin que hayan pasado todavía a la consciencia general. En esto esas personas se asemejan a los hilos que cruzan las mallas y las reúnen para formar un tejido. También se encontrará que tales personas llevan casi siempre una vida viajera; a menudo es tanta su dedicación a las discusiones, a las conversaciones, a las charlas, que más tarde la historia casi no conoce ni sus nombres.

En el correo una carta de Friedrich Georg, que está de acuerdo con mi consejo de suprimir la introducción de *Los titanes.*

París, 8 de mayo de 1943

Por la tarde, con Heller, en Saint-Germain, en casa de Henri Thomas,[21] que vive allí en un viejo piso, enfrente del castillo adornado con salamandras. Además de él y de Madame Thomas encontramos allí a dos amigos suyos literatos; una vez más volvió a llenarme de asombro la precisión espiritual de tales reuniones, por comparación con reuniones parecidas con alemanes jóvenes, las cuales se señalan por su carácter anárquico-elemental. Faltan en ellas los lugares comunes superiores.

En el caso de la persona de Thomas lo que me llama la atención es la extraña unión de presencia y ausencia espirituales. Se habla con él como con alguien que residiera muy lejos, en países de sueño, y que luego, sin embargo, da unas réplicas sorprendentes, atinadas. Tal vez ambas cosas estén relacionadas entre sí; Thomas «importa» las respuestas. De él podría decirse, con el príncipe de Ligne: *J'aime les gens distraits; c'est une marque qu'ills ont des idées.*

Conversación sobre Pascal, Rimbaud, Léon Bloy; luego, sobre el progreso de la revolución europea. También sobre Gide, que ahora

vive en Túnez. El regreso, por las orillas del Sena; en ellas brillaban los sauces con un verde muy intenso, casi negro. El valle del Sena es un altar de Afrodita; una humedad ideal lo vivifica.

Cenado en casa de Florence, que ha regresado de Niza, con el grupo habitual. De Frank Jay Gould ha contado Florence que, tras leer *Les falaises de marbre,* dijo:

—Ese pasa de los sueños a la realidad.

Para venir de un millonario norteamericano no está mal ese juicio.

Jouhandeau, una vez que hubo bebido un poco, comenzó a servirnos historias de su matrimonio; nos divirtieron, aunque ciertamente sin razón. Así contó que, en una ocasión en que Elise estaba haciéndole una escena ya en el momento de preparar la mesa para el desayuno, él dio un puntapié tan certero, tan de volatinero, a la bandeja que ella tenía en sus manos que platos y tazas se desparramaron por el suelo hechos añicos.

París, 10 de mayo de 1943

En la tienda de libros viejos de Dussarp, en la Rue du Mont Thabor. Allí he comprado la obra de Balthasar Bekker *Die verzauberte Welt* [El mundo encantado], libro que hacía tiempo que andaba buscando; incluso he encontrado la firma del autor en cada uno de los cuatro volúmenes en octavo de que consta, impresos en Ámsterdam en 1694.

Pensamiento: también yo soy ahora una más entre los innumerables millones de personas que han dado a esta ciudad parte de la materia de sus vidas, parte de sus pensamientos y sentimientos, sustancias que este mar de piedra absorbe para transformarse y edificarse misteriosamente en el transcurso de los siglos, hasta formar un banco de coral del destino. Cuando pienso en que, de camino hacia la tienda del citado anticuario, he pasado junto a la iglesia de Saint-Roch, en cuyas gradas fue herido César Birotteau, y junto a la esquina de la Rue des Prouvaires, donde Baret, la bella vendedora de medias, le tomó las medidas a Casanova en el cuartito trasero de su tienda; y en que esas cosas son únicamente dos mínimos datos en un mar de sucesos reales y fantásticos — cuando pienso en ello se apodera de mí una especie de alegre melancolía, de placer doloroso. Con gusto participo en la vida de los seres humanos.

La oscura radiación póstuma de la vida vivida afecta también, a la

manera de los perfumes, de los olores, al recuerdo. Así, en las callejuelas que rodean a la Bastilla yo noto siempre un poco de *Essence de Verlaine*. Luego también sombras: en este sentido es Méryon el gran dibujante y cronista de esta ciudad.

Por la tarde en la consulta de Salmanoff. Me ha regalado un libro de Berdiáiev, que es uno de sus pacientes. Conversado con él sobre la caída de Túnez y sobre la situación política en general. Ha repetido su profecía de una alianza entre Rusia y Alemania en breve plazo. Eso presupone la caída de los dictadores también en ambos países.

Hablado luego sobre las enfermedades:

—La enfermedad desenmascara al ser humano, pone claramente de relieve tanto sus lados buenos como sus lados malos.

Ha comparado el schopenhaueriano «lo que uno representa» con las hojas de una alcachofa: hay circunstancias que deshojan ese follaje del ser humano; y entonces queda al descubierto, de manera magnífica o de manera lamentable, «lo que él es».

París, 11 de mayo de 1943

Cenado en el hotel Ritz con el general Geyer, que fue colaborador de Ludendorff durante la Primera Guerra Mundial. Hablado primero sobre la situación, que se ha agravado con la caída de Túnez. Luego, sobre la relación entre Ludendorff y Hindenburg, en la cual he visto yo desde siempre una manifestación especialmente clara de la diferencia entre la voluntad y el carácter. Después de 1918 lo único que Ludendorff tenía que haber hecho para ganarlo todo era estarse quieto; mas eso precisamente era lo que él era incapaz de hacer. Todas las excelencias y todas las debilidades del Estado Mayor prusiano cabe estudiarlas en Ludendorff. Tras el cese del viejo Moltke ese Estado Mayor fue orientándose de un modo cada vez más unilateral hacia la pura energética; esa es la razón de que fuera incapaz, y continúe siéndolo, de oponerse a Kniébolo. Lo único que tales espíritus saben hacer es mover, organizar, mas el presupuesto de ello es otra cosa, algo orgánico.

En Hindenburg está presente ese algo orgánico. Cuando Groener se enteró de que Hindenburg había llegado a presidente del Reich, dijo, y sin duda dio en el clavo:

—En todo caso el viejo señor no hará nunca tonterías.

Si alguien hubiera podido oponer resistencia a lo que estaba

surgiendo en el horizonte, ese alguien no eran, de ningún modo, las potencias democráticas, que precisamente alimentaban e intensificaban el principio energético. La derrota de Hindenburg resultaba inevitable; no dependía tampoco de su avanzada edad, la cual era más bien simbólica. Lo orgánico tenía en él una relación especial con la leña; el «Hindenburg de hierro» era un Hindenburg de leña recubierto de clavos. Sin la menor duda flota en torno a ese viejo el aura de la potencia histórica — en contraste con la irradiación devastadora, por elemental, de Kniébolo.

En cuanto joven oficial yo estaba, como es natural, a favor de Ludendorff. A ello contribuyó el que me hubiese molestado una observación que el Viejo hizo sobre mí:

—Es peligroso ser distinguido, cuando se es tan joven, con la más alta condecoración.

Entonces tuve por pedante esa frase, pero hoy sé que era atinada. Hindenburg la había visto confirmada en el destino de no pocos de sus camaradas de 1864, de 1866 y de 1870.

París, 12 de mayo de 1943

Conversación con la Doctoresse, que me ha llamado por teléfono porque su marido fue detenido en Vichy justo al día siguiente de recibir ella aquí la visita de la policía. Dado que tales deportaciones se ejecutan de acuerdo con el *Nacht-und-Nebel-Erlass* [Decreto «Noche y niebla»] de Kniébolo, es decir, sin indicar las causas y sin comunicar la detención, lo primero que hay que averiguar es adónde lo han llevado. Me alegra que la Doctoresse cuente conmigo.

París, 13 de mayo de 1943

Cenado con el doctor Göpel, Sommer y Heller en el restaurante Chapon Fin, en la Porte Maillot. Conversación sobre cuadros y sobre la magia de la sustancia artística retenida en ellos por un hechizo. Tras haber adquirido las *Rosas blancas,* de Van Gogh, el banquero Oppenheim estuvo dos horas contemplando ese cuadro; luego acudió a una reunión en la que compró la mayoría de las acciones del Banco Nacional — su mejor negocio. Vista así, la posesión de cuadros proporciona también un poder mágico real.

Charla con el propietario del restaurante, que nos ha servido magníficamente. Durante ella pronunció estas palabras, características de la naturaleza peculiar de su profesión:

—Je peux vivre partout où j'ai quarante copains.

En mi habitación he estado meditando largo tiempo sobre el componente trágico de las personas con que me he encontrado en el citado restaurante. Así, su dueño, al que sus vecinos llaman *le boche de la Porte Maillot.* Está animado de una pasión marcial y tiene una predilección infantil por los alemanes, a cuya belicosidad y camaradería se siente afín. Me ha conmovido el ver la forma desesperada en que ese hombre intenta compaginar tal relación, basada en el horóscopo, con la antítesis regional, basada en la sangre.

París, 15 de mayo de 1943

Sobre el estilo. La exigencia de Schopenhauer de no introducir frases de relativo en la frase principal, sino dejar que cada frase siga su propio curso, es completamente acertada, sobre todo por lo que se refiere a la conducción clara y lógica de los pensamientos y a su secuencia. En cambio, la presentación de imágenes y la participación en ella puede incrementarse incluso con la inserción de frases de relativo. Crece la tensión y luego salta, como si después de la interrupción se restableciese la corriente de la frase.

Utilizamos esos medios mucho antes de reflexionar sobre ellos y en esto nos parecemos al campesino que un día se entera, con gran asombro, de que está hablando en prosa.

Continuado la lectura del Libro de la Sabiduría de Jesús Ben Sirá o Eclesiástico. Es hermosa la descripción de la Luna, del Sol y del arco iris que se encuentra en el capítulo 43. Muy cerca de allí está también el pensamiento de que es bueno cada uno de los pormenores de la creación; el mal tiene un carácter perspectivista, aparece en las constelaciones temporales y en estas Dios se sirve de él. Se menciona el ejemplo del alacrán. En un proceso alquímico, en la fabricación, por ejemplo, de un *arcanum,* surgen así pasajeramente venenos y colaboran al plan de la Sabiduría.

Una frase como esa, y hay muchas parecidas en Jesús Ben Sirá, puede formar el cimiento de filosofemas y de doctrinas éticas, o de visiones al estilo de Jakob Böhme. En este sentido la Biblia es ciertamente el Libro de los libros, la simiente y materia primordial de todos los escritos; ha producido literaturas enteras y producirá otras todavía.

Pese a toda su experiencia, pese a todo su ingenio, pasado por la

criba en el curso del mundo, hay también en Jesús Ben Sirá toda la riqueza del Oriente, pues:

«Tengo que decir algo más; estoy lleno de pensamientos, como luna llena».

El pueblo judío ha de volver a esta su gran literatura; y a ella lo conducirá con toda seguridad la horrorosa persecución que ahora está sufriendo. El judío, que casi siempre resulta antipático en su listeza, tórnase amigo y maestro cuando habla como sabio.

Hannover, 19 de mayo de 1943

Partida hacia Kirchhorst, desde la Gare du Nord. Antes, una noche agitada. Mientras me bajaban el equipaje, escribí todavía a toda prisa unas líneas para el Presidente, recomendándole el marido de la Doctoresse; se ha averiguado ya en qué cárcel está.

Llegada tardía a Hannover, donde fui recibido por una alarma aérea. Me senté en un refugio y allí proseguí mi lectura — un relato sobre los desgraciados pescadores de langostas que fueron olvidados en la isla de San Pablo y que allí fueron luego muriendo de escorbuto. Su destino nos proporciona una visión tanto de los secretos de una de las islas más solitarias como de los secretos de nuestro mundo de documentos. La empresa que pretendía explotar aquellos acantilados repletos de langostas fue a la bancarrota y con su quiebra desaparecieron de la consciencia de los demás hombres los pescadores enviados allí por ella.

Una vez que cesó la alarma descansé todavía algunas horas en el hotel Mussmann, donde me habían asignado una habitación; en ella encontré a otro huésped, que ya estaba durmiendo.

Kirchhorst, 20 de mayo de 1943

Por la mañana, mientras me arreglaba, mantuve una breve charla con mi compañero de noche; en ella me contó que en Noruega había estado al mando de una compañía disciplinaria y que allí, poco antes de la ejecución de un voluntario de veinte años que había sido condenado a muerte, hubo de comunicarle el rechazo de su petición de gracia. Eso le había afectado tanto que sufrió unos ataques epilépticos que ahora se han vuelto crónicos.

Estuve escuchando, mientras me afeitaba, aquella larga y detallada historia y luego hice una serie de preguntas; el hombre, un individuo gordo, con cara de buenazo, que tendría unos cincuenta y

ocho años y que aún se hallaba acostado en la cama, me las contestó solícitamente. Yo tenía prisa y, propiamente, apenas sentía curiosidad; esto le dio al asunto un extraño cariz de charla de negocios.

Luego me fui en el autobús. Perpetua me ha llevado a recorrer el jardín, que está en perfecto orden. Me ha parecido más tupido y frondoso, y a la vez un poco extraño, como los oasis junto a los cuales pasamos a veces volando en el tren y cuya vista despierta en nosotros la añoranza de un recogimiento sombreado. Aquí he visto cumplido ese deseo. Entre las plantas he saludado al *Eremurus* o lirio de estepa, que confié a la tierra antes de partir para Rusia; tiene cuatro altos tallos florecidos, de un color níveo, que en la sombra verde brillan como plata.

Con Alexander en el pantano. Allí hemos tomado un baño de sol. La verónica — aunque conozco esta flor desde mi más tierna infancia, hoy la he visto por vez primera, con sus flores como ojos azules de pupilas grises rodeadas por el esmalte, de rayas oscuras, del iris. Me parece que desde hace poco están llamándome la atención cada vez con más fuerza las cosas azules.

Kirchhorst, 23 de mayo de 1943

El sueño de ir cargado con el cadáver de un asesinado, sin poder encontrar un lugar donde esconderlo, y el miedo horroroso que va asociado a tal sueño — sin duda es ese un sueño que ha de estar muy difundido y cuya procedencia es antiquísima. Caín es, en efecto, uno de nuestros grandes antepasados.

La antigüedad del Génesis se delata también en que en él se encuentran grandes figuras de los sueños, figuras que emergen en nosotros por las noches, tal vez todas las noches. También en esto se deja ver que el Génesis es una de las fuentes, uno de los documentos originarios de la historia humana. Además del sueño de la maldición de Caín son figuras del Génesis el sueño de la serpiente y el de estar expuestos desnudos, o más bien sin ropa, a las miradas de todos en lugares públicos.

El día en que se someta a juicio la historia de este planeta Tierra, ¿qué habrá sido el hombre? Algo oscuro, desconocido, se cierne en torno a este ser, al cual le entona el salmo 90 la terrible canción de su destino. Pues propiamente han sido solo tres los que han accedido del todo al rango de ese Hombre anónimo que vive en todos nosotros: Adán, Cristo, Edipo.

Dado que el arte estriba en la diferenciación, en la selección, extínguese necesariamente en los sitios donde todas las cosas se vuelven significativas. De igual manera, el que no hubiese malas hierbas, sino solo frutos, sería el final de la jardinería.

La gran ruta del espíritu lleva, por ello, allende el arte. Así, la piedra filosofal se encuentra al final de una serie de destilaciones que conducen con una pureza cada vez mayor a lo absoluto, a lo no-mezclado — y quien posee entonces la piedra no tiene ya necesidad de las artes de la separación alquímica.

También podemos representarnos eso como un recorrido por una serie de jardines, cada uno de los cuales sobrepuja al otro. En cada uno de ellos vuélvense más ricos y brillantes los colores y las formas. Esa riqueza alcanza por fuerza sus límites allí donde ya no cabe incrementarla como tal — entonces aparecen modificaciones cualitativas, que son a un tiempo simplificaciones y espiritualizaciones.

De ese modo los colores van haciéndose progresivamente más luminosos, luego traslúcidos cual piedras preciosas, y al final pasan, trascienden a lo incoloro. Las formas ascienden a modos cada vez más elevados y sencillos, atraviesan la forma cristalina, la circular y la esférica, y finalmente se extingue en ellas la antítesis entre el centro y la periferia.

Asimismo el fruto y la flor, la luz y la sombra y, en general, las distinciones y los reinos delimitados van concentrándose en unidades superiores. Desde la riqueza vamos ascendiendo a la fuente de la riqueza, a las cámaras del tesoro, que son de cristal. A este respecto habría que ver como uno de los símbolos de la trascendencia el atravesar tubos de cristal, cosa que aparece en los cuadros del Bosco.

Las primeras cuentas de este rosario podemos asirlas ya en nuestra vida cotidiana — pero luego hemos de realizar el tránsito al otro lado, abandonando el cuerpo.

Una unidad suprema reina en el Paraíso, primero y último de estos jardines, jardín de Dios; en él no se diferencian el Bien y el Mal, la Vida y la Muerte. Los animales no se despedazan los unos a los otros, se encuentran todavía en la mano del Creador, en el origen y en la figura espiritual e invulnerable. El papel de la serpiente consiste en enseñar las diferencias. Entonces se separan el cielo y la tierra, el padre y la madre.

De ese jardín proceden también las dos grandes sectas cuyos rastros pueden seguirse a lo largo de la historia entera del pensar y saber humanos. La una se acuerda de la unidad y ve las cosas sinópticamente; la otra procede por análisis. En los buenos tiempos se sabe *de dónde* procede la verdad, cualquiera que sea el campo en que aparezca.

La precisión de las acusaciones.

Atome [átomos] + *Hamannsches H* [H de Hamann] = *Athome* [áthomos] = *At home* [en casa].

Kirchhorst, 26 de mayo de 1943

A primera hora de la mañana nos anunció el jefe de estación de Burgdorff la llegada de la princesa Li-Ping; para que le dispensase el recibimiento enviamos a la gorda Hanne. Esta, con el fin de proteger del viento y de las inclemencias atmosféricas a la delicada dama, la cobijó junto a sus pechos, que tienen un tamaño considerable. El animalito es de color ocre; la cabeza, la cola y las patas parecen ahumadas con tinta china. Lo único que aceptó fue un trocito de atún, que, eso sí, devoró con avidez. Pese a su diminuto tamaño, se hizo respetar enseguida, como siamesa que es, por los tres gatos persas; para ello curvó el lomo, erizó el rabo y silbó como una serpiente. Una vez que hubo dormido un rato en mi cama, Li-Ping me siguió como un perrito al jardín y, cuando me senté, saltó a mi regazo. Hay en ella una grácil exquisitez, una agilidad extremo-oriental, con resonancias de bambú, seda, opio.

En lo que respecta al color de estos seres hace ya mucho tiempo que he perdido el sentido darwinista con el cual lo contemplaba antes. Hoy ese color me parece como producido por un acto espontáneo, como ejecutado con pincel y tinta china sacada de una caja de pintura. Un animalito como Li-Ping parece estar sumergido en el negro con las puntas de las patas. Naturalmente, la conclusión que hay que sacar de unas máscaras negras y de unas extremidades oscuras, como, por ejemplo, las pinzas del cangrejo ermitaño, es que pertenecen a seres que buscan protección en las cavernas. Pero la máscara y la caverna se juntan en puntos que escapan al cálculo.

La teoría de Darwin es verdadera, como son verdaderas las perspectivas; son *alignements,* «alineaciones». Que aquí interviene mucha materia fugaz es algo que cabe inferir ya del ingente papel que

se le asigna al tiempo, a los millones de años. Se capta la creación en su inflación.

En el correo una carta de Friedrich Georg, cuya llegada estamos aguardando. En ella dedica algunas observaciones al vocablo *übrigens* [por cierto que]. Es verdad, desde luego, que debería prestarse mayor atención a esas partículas, en especial cuando uno tiene predilección por ellas. En primer lugar han de ser necesarias y en segundo lugar han de convenir exactamente a la circunstancia que quiere indicarse con ellas. Desde este ángulo de visión resulta recomendable hacer con mucha frecuencia la disección de las frases que uno ha escrito.

Además una carta del Presidente, que promete intervenir en favor del preso. Ahora estoy aprendiendo a conocer la amistad de las personas de cincuenta años, una fuente en la que alienta una fecundidad jovial.

Kirchhorst, 27 de mayo de 1943

Llegada de mi madre y de Friedrich Georg. Paseo hasta la pequeña charca, pasando por Fillekuhle; durante él ha estado Friedrich Georg dándome noticias sobre los años más desconocidos de nuestro padre; así, sobre su estancia en Londres. Perpetua:

—Cuando lo vi tendido en su ataúd tuve el sentimiento de que en ese instante se despedía de nosotros el siglo XIX.

Es cierto; mi padre encarnaba ese siglo de un modo muy acusado, con una nitidez casi exagerada, y de ahí que me alegre que Friedrich Georg esté recopilando recuerdos de él.

En la guerra anterior, cuando volvíamos a vernos, mi hermano y yo nos dábamos noticias de los heridos y de los muertos; en esta, además, de los deportados y asesinados.

Kirchhorst, 30 de mayo de 1943

Visita de Charles Morin, mi anticuario parisiense, al que he enseñado los libros y papeles que adquirí en Le Mans en la tienda de su padre. Con él, con Friedrich Georg y Alexander, paseo hasta el pantano, en el cual florecía el verbasco o gordolobo; sus grises almohadones irradiaban un calor agradable.

Lo que me llena de asombro en las conversaciones con franceses jóvenes es el carácter enteramente concluso que tienen. Eso hace habitable la charla; siempre están ahí las cuatro paredes de la

habitación. En contraste con esto, el Vult de los *Flegeljahre* [La edad del pavo] se encuentra a gusto en una casa a la que le falta la fachada delantera, de manera que él disfruta al mismo tiempo de la naturaleza abierta, con sus montañas y sus praderas en flor. La antítesis de Shakespeare y Molière podría quedar abolida en el enlace espiritual de alemanes y franceses.

Hablado sobre *Los titanes* de Friedrich Georg y sobre las posibles objeciones filológicas — por ejemplo, que no se aducen fuentes tales como las tragedias de Sófocles. A eso hay que replicar que el autor es soberano con respecto a las fuentes y que él funda textos, pero no los comenta. Hablado, además, sobre nuestra metódica en general, sobre la diferencia entre el silogismo combinatorio y el lógico. Las grandes leyes de la correspondencia son más independientes del tiempo que las causales y por ello resultan más apropiadas para describir la relación entre los dioses y los hombres. Un tercer escrito sobre los Héroes vendrá a redondear los trabajos de mi hermano sobre el mito.

Kirchhorst, 3 de junio de 1943

Partida de mi hermano y de mi madre; los he acompañado hasta la estación de Hannover; también ella ofrece un aspecto cada vez más desolado. ¿Qué cosas ocurrirán antes de que volvamos a vernos? Hay una única máxima — la que dice que es preciso hacerse amigo de la muerte.

Con respecto a Friedrich Georg he tenido la impresión de que ha ingresado en la edad viril del arte, en la plena consciencia de la fuerza que le ha sido otorgada.

En el jardín florece el jazmín; este es el año en que por vez primera he hecho amistad con su perfume. Así nos ocurre con muchas cosas elogiadas a menudo: para poder tomarlas en serio es preciso haber superado antes la zona en que se las conoce como decoraciones, como temas literarios.

Hay personas que desempeñan en nuestra vida el papel de lentes de aumento, de lentes de agrandamiento, o, mejor, de agroseramiento, y que con ello nos perjudican. Tales individuos encarnan nuestras inclinaciones, nuestras pasiones, acaso también nuestros vicios secretos, y su compañía los hace visibles en nosotros. Carecen, en cambio, de nuestras virtudes. No pocas personas se aferran a sus héroes como a un espejo malo, deformante. De ahí que también en los autores sea un rasgo apreciado la utilización de tales personajes,

haciéndolos aparecer, por ejemplo, como criados; con ello arrojan una luz más nítida sobre sus personajes principales. Así, Falstaff está rodeado de viles compañeros de bebida, de parientes sensuales, sin fuerza espiritual. En correspondencia con eso viven del crédito de Falstaff.

Tales compañías nos son enviadas también para someternos a prueba, para que nos conozcamos a nosotros mismos; elogian los materiales baratos, chillones, de nuestro bagaje sensible y espiritual y nos desarrollan en esa dirección. Lo que nos aparta de tales compañías no es casi nunca nuestra inteligencia, sino alguna aventura poco honrosa, a que conducen infaliblemente. Entonces nos separamos de nuestro espíritu malo.

Kirchhorst, 4 de junio de 1943

En el jardín, que está completamente lleno de flores, podado por la tarde la parra; dado el reducido tiempo de que dispongo lo he hecho antes de lo que mandan los cánones. Dos eran los problemas colaterales que tenía también que solucionar: en primer término, respetar los zarcillos que adornan la habitación de Perpetua, y luego, conservar el nido de un petirrojo que se ha instalado bajo la ventana de la biblioteca.

La parra se aferra de un modo más firme a la pared con las ramas leñosas del año pasado y de años anteriores que con las ramas que aún están verdes. Es un buen ejemplo del papel que los órganos muertos desempeñan en el plan de la Naturaleza. También lo muerto está activo y lo está no solo histórica, sino actualmente.

Esa «actividad de lo muerto» no tiene nunca, como no lo tiene aquí lo leñoso, un mero carácter instrumental; en esa actividad vibra el eco de la vida. Tal eco actúa en materias como el carbón, el aceite, la cera, la cal, la lana, el cuerno, el marfil. Esa circunstancia tiene su reflejo también en la economía humana. El hombre se nutre de cosas que se corrompen con rapidez, pero también está rodeado de una capa de materias en las que alienta el eco de la vida. Se viste con ropa interior de lino, con trajes de lana y de seda, vive en casas de madera, rodeado de muebles de madera, se alumbra con velas de cera o con lámparas de aceite. Sus objetos temporarios: la cama, la cuna, la mesa, el ataúd, el carro, el barco, el violín, el pincel, la pluma, el cuadro de la pintura al óleo — todas esas cosas rodean al ser humano con un aura procedente de la materia viva. Pero en el hombre viene apareciendo con claridad desde hace mucho tiempo el empeño de desprenderse de esas envolturas que la Vida teje para protegerlo y que

deja en herencia al hijo de la Tierra. Con la fuerza del espíritu pretende el hombre tejerse un vestido artificial. Unos peligros todavía no vislumbrados serán la consecuencia de ello. El hombre se enfrentará al Sol como alguien al que le falta la capa de aire: expuesto a la radiación solar.

Para que nuestro amor fructifique es preciso reconducir la savia de nuestro corazón, mediante la poda, hacia una sola yema.

La resistencia de los judíos en el gueto de Varsovia parece haber acabado en su exterminio. Por vez primera han luchado allí como lo hicieron en otro tiempo contra Tito o durante las persecuciones de las Cruzadas. Y como ocurre siempre en tales coyunturas, se dice que también algunos centenares de alemanes se han puesto de su lado.

Kirchhorst, 7 de junio de 1943

Lectura: una vez más, Lichtenberg, raro ejemplo de un alemán que conoce límites. Al parecer, para que la raza germánica no se pierda en los elementos es preciso que se agreguen siempre cosas onerosas, una especie de atadura. Puede ser, como en el caso de los ingleses, la atadura del mar, o, como en el de Fontane, la mezcla de sangre occidental. En Lichtenberg esa atadura es la joroba que lleva.

El alemán se parece a ciertos vinos, que cuando mejor saben es cuando están picados.

Además, *Le naufrage de la Méduse,* de Corréard y Savigny, París, 1818. Lo muy instructivo de esos naufragios, y yo he venido estudiando toda una serie de ellos en los últimos tiempos, es que son, en pequeño, fines del mundo.

Kirchhorst, 16 de junio de 1943

Último día de permiso — ¿acaso el último en esta guerra? Tras el desayuno paseo en el jardín y por el cementerio. En este último, encima de las tumbas, unos ejemplares espléndidos de azucenas de fuego que acababan de florecer; esa flor causa un efecto especialmente intenso, iluminador, cuando arde en medio de hierbas grasas en la fresca penumbra de los arbustos. En esos lugares brilla como una lámpara desde la cual la consciencia sensible difundiera sus radiaciones sobre la plenitud oculta de la vida.

Nuestro *ingenium* se asemeja a esa tienda que aparece descrita en *Las mil y una noches* y que fue regalada por Peri Banu a su príncipe: doblada, cabe en una cáscara de nuez; extendida, ofrece cobijo a ejércitos enteros. Eso indica que tiene su origen en lo inextenso.

Hay ocasiones en que recurrimos directamente a ese *ingenium.* Así lo hacemos cuando, tras una conversación importante, tendemos la mano a un visitante para despedirnos de él: en un instante de silencio intentamos comunicarle más cosas que con todas las palabras anteriores. También sucede que, tras haber estado sopesando largo tiempo los pros y los contras de un asunto o de un proyecto, volvemos a meternos en nosotros mismos, sin prestar atención ni a objetivos ni a pensamientos, para escucharnos. Tenemos entonces el sentimiento de la confirmación o bien de la necesidad de cambiar.

La relación entre la juventud y la vejez no es una relación lineal-temporal, sino una relación periódico-cualitativa. Yo he sido ya algunas veces en mi vida, especialmente alrededor de mis treinta años, más viejo de lo que soy hoy. Es algo que me llama la atención también en mis fotos. Hay períodos en que estamos «acabados»; pueden ir seguidos de esos relajamientos repentinos que son tan importantes para la persona productiva. Y también, desde luego, Eros comporta a menudo una nueva juventud. El nuevo crecimiento puede ser preparado también por dolores, por una enfermedad, por pérdidas; así es como el joven follaje del árbol corona los cortes hechos por el jardinero.

La auténtica fuerza de la persona productiva reside en general en la vida vegetativa, mientras que la del hombre de acción se alimenta de la voluntad animal. Podrá ser muy viejo el árbol, pero es joven cada vez que vuelve a florecer. De la vida vegetativa forman parte también el dormir, el soñar, los juegos, el ocio y el vino.

Lectura: *Pylon,* de Faulkner, libro que releo tras muchos años, ya que en él está exactamente dibujado el infierno abstracto del mundo de las máquinas. Además, otra vez, la historia del capitán Raggad, el rompemontañas, que Cazotte recogió en la continuación de *Las mil y una noches* y cuya lectura vuelve siempre a deleitarme. Este Raggad es el prototipo del fanfarrón y del hombre bajo que tiene poder, y que con su insaciabilidad se cava su propia tumba y se lleva a sí mismo *ad absurdum.* Así, resulta casi imposible saciar la voracidad extraordinaria de Raggad, pero «al mismo tiempo el terror que causa a todo el mundo mantiene alejados de él los recursos precisos para sus necesidades». Su arsenal técnico inspira miedo, pero se hace añicos al chocar consigo mismo. A Raggad le es dado vencer, sin que pueda

disfrutar de la victoria.

En el tren, 17 de junio de 1943

Por la tarde partida de Hannover, como tantas otras veces; Perpetua me llevó a la estación. Un fuerte abrazo — no sé qué cosas ocurrirán en este tiempo, pero sí que conozco a la persona que aquí dejo.

Viaje a través de las ciudades del oeste de Alemania, devastadas por los incendios; van sucediéndose como los eslabones de una cadena negra. Una vez más, al verlas, este pensamiento: ese mismo aspecto ofrecen las cabezas. Tal impresión se vio reforzada por las conversaciones de mis compañeros de viaje; el único deseo que en ellos despertaba la visión de aquel mundo de escombros era el de agrandarlo; abrigaban la esperanza de ver pronto a Londres reducido a ese mismo estado y rumoreaban que en la orilla del canal de la Mancha se habían instalado unas baterías enormes para bombardear esa ciudad.

París, 18 de junio de 1943

Llegada a París alrededor de las nueve. Enseguida hice que el Presidente me informase de la suerte corrida por el preso; las perspectivas no son buenas.

En el correo, entre otras cartas, una de Friedrich Georg, quien pone fin a su estancia en Leisnig y va a marcharse a Überlingen. Allí extiende sus garras hacia él el Servicio del Trabajo y le ha reservado un puesto de mecanógrafo. El dominio de esos secretarios y policías lleva a fenómenos grotescos. Espíritus de esa laya rasparían los colores de la tela de un Tiziano para hacerse con ella unas polainas.

Además Grüninger me envía cartas y hojas de diario de soldados caídos en Stalingrado. Al suboficial Nüssle, al que también yo conocí, lo arrebató la muerte el 11 de febrero en las cercanías de Kursk. En estos dos últimos inviernos se ha llegado en el Este a confrontaciones decisivas, a encuentros en el desierto, una vez que se alcanzó el cero absoluto. Tras esos castigos el espíritu adopta unos rasgos infantiles, conmovedores; es lo que ocurre en los soliloquios de Nüssle. En una ocasión va caminando a trompicones por una carretera nevada y lleva apretada contra su pecho una granada de mano, mientras junto a él y tras él relampaguea en la oscuridad el fuego de los carros blindados que lo persiguen. «Dios mío, tú lo sabes, si ahora hago estallar la bomba, no es contra mí contra quien la dirijo.»

París, 19 de junio de 1943

Por la tarde en el «Rumpelmeyer», la sede de la policía, a preguntar por el preso; pese a todo, parece irle mejor de lo que cabría suponer por las informaciones del Presidente. Comprado en una librería de la Rue Rivoli la nueva monografía sobre James Ensor. Luego a Auteuil, a la consulta de Salmanoff, que se ha mostrado contento con mi vestimenta terrenal.

—Hay dos métodos en los médicos — el uno pretende maquillar, el otro, lavar, que es lo que yo hago con usted.

Salmanoff opina que en octubre habrá concluido la partida. Ponderación del estado de ánimo en las gentes: por muy abajo que descienda, es insignificante. Las masas descontentas se parecen a ceros; estos, desde luego, contarán terriblemente tan pronto como un nuevo «uno» les otorgue significado.

Es notable el hecho de que la escritura de los gastrónomos se oriente casi siempre hacia arriba.

La escritura de Kniébolo es, por el contrario, de todas las vistas por mí, la que más tiende hacia abajo. Es el *nihilum nigrum* en el laboratorio divino. Con toda seguridad Kniébolo carece también de sentido para apreciar una buena comida.

París, 22 de junio de 1943

Visita del pintor Hohly, quien me ha traído una de sus xilografías. Hablado sobre Cellaris, cuya actitud es sentida como un ejemplo. Esa actitud muestra lo muy rara que es en la Tierra la verdadera resistencia. Cellaris fundó ya en 1926 una revista que llevaba ese nombre, *Widerstand* [resistencia]. Parece que poco antes de que lo detuviesen lo rodeaba ya un aura de lo que iba a suceder. Así, su anciana madre, que falleció por aquellos días, gritaba una y otra vez en sus delirios de moribunda:

—Ernst, Ernst, es terrible cómo te persiguen.

También se dice que el doctor Strünkmann, de Blankenburg, tuvo durante una charla con él un ataque epiléptico que lo dejó rígido durante unos minutos, una especie de «clarividencia», y que luego, totalmente pálido, dijo:

—Cellaris… no volveré a verlo… le aguardan a usted cosas terribles.

Todo esto contrasta extrañamente con el carácter de Cellaris, lleno de sobriedad y orientado a las cosas de este mundo. Lo que es seguro es que este hombre podría haber llegado a ser importante para la historia alemana; él habría conducido la corriente a un cauce en el cual habrían podido celebrar su encuentro el poder y el espíritu, que ahora andan separados; de ese modo la solidez y la inatacabilidad resultantes habrían sido, gracias a él, incomparablemente superiores. Es cierto que los demagogos ofrecían todas esas cosas a un precio más barato; y al mismo tiempo se daban cuenta de la peligrosidad de Cellaris. Es seguro que bajo la égida de este se habría evitado la guerra con Rusia y, acaso, hasta la propia guerra en sí. Tampoco se habría llegado a las atrocidades contra los judíos, las cuales ponen en contra nuestra al universo entero.

París, 23 de junio de 1943

Al mediodía en casa de Florence. Me ha mostrado los cuadros que se ha hecho enviar para decorar su piso. Entre ellos, el retrato de lord Melville por Romney, un Goya, un Jordaens, algunos primitivos, en suma: un pequeño museo. Impresionaba el modo en que cogía y enseñaba los cuadros, que estaban en el suelo; lo hacía como alguien que venciese con *désinvolture* unos pesos superiores a las fuerzas humanas.

Almuerzo, luego café en el «despacho pequeño». Charla sobre *Pylon,* de Faulkner, y sobre *El libro de los bocetos,* de Irving.

A última hora de la tarde paseo por el Bois. Al pie de una robusta encina he visto posado un macho de ciervo volante, en una variedad cuya cornamenta se reduce a un simple par de pinzas. Ya en Mardorf, ese desolado pueblecillo en el pantano, junto al Steinhuder Meer, cazaba yo, en los viejos bosques de encinas, ejemplares enormes de ese animal, y siempre había abrigado la esperanza de tropezarme con esta raza chica. Aquí he visto ahora ese insecto: posado en una raíz, brillaba con un rojizo color córneo a la tardía luz del sol, saliendo de un sueño largamente acariciado. Siempre que veo cosas como esta vuelve a hacérseme evidente que la aparición de los animales es un milagro formidable, un milagro que nos pertenece a nosotros como pertenecen los pétalos de la rosa a su cáliz — lo que aquí se ve en un espejo lleno de facetas es nuestra materia vital, nuestra fuerza primordial.

Como ocurre siempre que uno espía cosas secretas se añadieron también otras visiones, unas visiones no queridas. Tropecé con parejas de enamorados que poblaban el suave crepúsculo del Bosque con todas las fases de los abrazos. El sotobosque que en él hay está formado por unos arbustos redondos que con el correr de los años se han vuelto huecos, parecidos a esferas verdes o a faroles venecianos. Las parejitas habían llevado a aquellos follajes las sillas de color amarillo que la administración municipal ha distribuido en abundancia por el Bosque. Allí se veía a los sexos, silenciosos, pegados el uno al otro, mientras iban creciendo las sombras. He pasado junto a grupos de una gran nitidez escultórica, como uno en que el hombre, sentado en una silla, acariciaba lentamente hacia arriba con ambas manos los muslos de su pareja, que estaba de pie ante él, y con esa misma maniobra, que alargaba hasta las caderas, iba levantando su ligero vestido primaveral. Así es como, tras los calores del día, coge el sediento bebedor la hermosa ánfora panzuda que va a llevarse a la boca.

En ese combate estoy en contra de las cifras y a favor de la letra.

París, 25 de junio de 1943

Por la mañana vino el doctor Göpel y estuvo informándome de una visita que ha efectuado a la casa donde murió Van Gogh. Había tenido allí una conversación con el hijo del médico que atendió al pintor e incluso mencionó su nombre — creo que dijo «el doctor Gachet». Según Göpel, en casos como ese un ambiente espiritual poco significativo evita más bien las catástrofes — y así fue un acierto, dijo, el que Hölderlin se alojase en casa de un artesano. Göpel añadió que Gachet se había mostrado extrañamente reservado. Le dijo:

—Nadie puede saber lo que dentro de cincuenta años escribirá alguien sobre esta conversación nuestra.

Desde luego eso es verdad, pero no es posible cambiarlo; nuestras palabras son proyectiles que lanzamos — no podemos saber sobre quién irán a caer detrás del muro de los años. Y eso ocurre de manera especial en la cercanía de los grandes individuos; estos actúan como lámparas en la oscuridad del olvido.

Luego el coronel Schaer. Conversación sobre Kirchhorst; su hermana vivió en la casa parroquial de allí con anterioridad a que la ocupásemos nosotros. El denominado «Servicio de Seguridad» de aquí, según me contó, se ha confabulado con criminales franceses a fin de

chantajear a franceses ricos — para ello amañan primero una fotografía en la que puede verse a sus víctimas en compañía de masones.

Schaer ha dicho además que el último ataque contra el oeste de Alemania ha costado la vida a dieciséis mil personas en una sola noche. Las estampas están volviéndose apocalípticas; la gente, se dice, ve llover fuego del cielo. Se trata de bombas incendiarias, hechas de una mezcla de caucho y fósforo, que envuelven a todo ser vivo con un fuego inextinguible, del cual es imposible escapar. También, a lo que parece, se ha visto a madres arrojar sus hijos a los ríos. Este horroroso incremento del crimen ha provocado una especie de pesadilla; la gente aguarda unas represalias inauditas, el empleo de medios más demoniacos todavía, que están ya preparados. Los seres humanos se aferran a la esperanza en nuevos medios de destrucción y hacen eso en una situación en que son pensamientos nuevos, sentimientos nuevos, los únicos que pueden apartar de nosotros las desgracias.

Luego cartas. Tras un largo intervalo he creído recibir otra vez unas letras de Flor de Fuego, pero luego he visto que no eran de ella, sino que las había escrito su madre. Me comunica el fallecimiento de su hija, ¡que ha muerto en París! Yo sabía que esta ciudad constituía su meta — ha llegado, pues, a ella, pero esta vez no ha oído en sueños, como en una ocasión anterior, la palabra *Tosdo: so Tod!* [¡así, la muerte!]. Esta muchacha, de la cual recibí por vez primera en Bourges, la Capua de 1940, aquella extraña carta, irrumpe en mi vida como un personaje romántico. Entonces me tomó espiritualmente de la mano y quiso enseñarme su jardín, con su castillo, en cuya veleta ondeaba esta inscripción: «Haz lo que te plazca». Nos vimos algunas veces; con el paso de los años me envió centenares de cartas. Esta floración súbita, esta eclosión espiritual, como en un invernadero, ofrecía un espectáculo cuya observación podría haber colmado enteramente a un hombre menos ocupado que yo; entonces me pareció un despilfarro, pero hoy comprendo su sentido. Creo también que encontraré ese sentido en los montones de papeles que escribió a toda prisa: en estos tiempos de destrucción lo que ella buscaba era un lector auténtico, un buen depositario. En ello, sin duda, no se habrá equivocado.[22]

Después una carta que viene de Zwickledt, una carta de Kubin, el viejo mago, cuyos signos astrológicos están resultando cada vez más ilegibles, pero a la vez más cargados de sentido. Las verdaderas cartas son eso, ideogramas que arrastran a los ojos en torbellinos oníricos. En un lugar he creído captar lo siguiente: «… al final, empero, solo el teatro astral, que nuestra alma se representa para sí misma… ¡yo!».

A última hora de la tarde paseo por el Bois, cosa que ahora hago casi todos los días. Por vez primera he visto allí un pico menor, el pájaro más pequeño de la familia de los picos, y me ha parecido que su comportamiento se ajustaba exactamente a la hermosa descripción que de él hizo Naumann. He informado de ello a Heinrich von Stülpnagel, que siempre está abierto a tales noticias.

Tal vez debería yo reunir material para hacer una descripción del período histórico en que se despertó mi consciencia, es decir, el período que se extiende desde 1900 hasta el final de esta guerra — podría utilizar para ello mi propia historia y las cosas que he visto y oído en otros. No podrían ser, desde luego, sino unos meros apuntes, pues para otra cosa me falta el ocio; y, además, todavía soy sin duda demasiado joven para ello.

Acabado el Libro de Baruc; su último capítulo resulta significativo por la detallada descripción de los cultos mágicos y de la idolatría. Es una de esas piezas de la Escritura que prolongan el mundo de Heródoto.

París, 26 de junio de 1943

En la tienda de Gruel. La permanencia en ella y la charla sobre las distintas especies de cuero y sobre las encuadernaciones me dan siempre la idea de una flor tardía, selecta, del artesanado. Con qué deleite viviría uno en ciudades que estuvieran habitadas únicamente por tipos como ese. Tal vez Tamerlán creó algo parecido, pues fue cazando para sus pajareras, cual si se tratase de pájaros multicolores, a los artistas, a los maestros de todos los países.

Luego en la pequeña iglesia de Saint-Roch; siempre que me hallo en su escalinata he de pensar en César Birotteau. Por cierto que también en ella se ve, disperso por muchos sitios, el pequeño símbolo de París: la concha en espiral.

En los muelles del Sena, entre los libros; el simple leer los innumerables títulos resulta ya instructivo. Entretanto volvieron a sonar una vez más las sirenas de alarma, cosa que ahora ocurre con mucha frecuencia; pero los parisienses no se dejan perturbar en sus actividades y ocupaciones por tan poca cosa.

Mientras iba deambulando, meditado sobre mi gramática. He de penetrar más hondo en los sonidos. La escritura ha creado una relación demasiado fuerte entre el lenguaje y los ojos — pero la

relación primordial es la que se da entre el lenguaje y los oídos. El lenguaje es *lingua,* lengua; y, escrito, presupone la presencia de un oyente especialmente sensible, la presencia del oyente en espíritu. *Orare* y *adorare* — la actividad es la misma, pero el prefijo indica la presencia divina. Qué diferencia tan enorme entre *o-a* y *a-o-a.*

Lectura: *Le cuisinier français,* de Guégan, París, 1934.

Coupez en morceaux la langouste vivante et failtes-la revenir à rouge vif dans un poêlon de terre avec un quart de bourre très frais.

París, 29 de junio de 1943

Clemens Podewils me cuenta cosas de Maillol, a quien ha visitado en Banyuls; a la edad de ochenta años bien cumplidos Maillol vive allí como escultor y como sabio. Según Podewils, cada dos por tres dice:

—*A quoi ça sert?*

Hablado luego sobre Li-Ping. Lo específico de los gatos siameses es que se aficionan más a la persona que a la casa; reúnen así las ventajas del gato y las del perro.

A última hora de la tarde un acceso de fiebre; he estado largo tiempo en el baño, mirando el nuevo catálogo de coleópteros que Reitter me ha enviado desde Troppau. Ahora estudio los secos latinismos como si fueran partituras, pero lo que asciende a la superficie del espíritu son colores en vez de música. La gran penuria de productos y la sobreabundancia de insectos provocan un alza de precios en el reino de los insectos disecados — también esta es una de las extrañas consecuencias de nuestra situación económica. Mientras van secándose las ramas principales del árbol de la economía experimentan un súbito florecimiento sus puntas más alejadas. Sobre esto me gustaría hablar alguna vez con un experto en economía política, alguien que sobrepasase los límites de su especialidad y viese por dentro la ficción que es el dinero. Mucho es lo que aquí podría aprenderse ahora, de igual manera que, en general, es en tiempos de descomposición cuando se hace patente el funcionamiento secreto de la máquina social. Miramos lo que hay detrás de ella igual que miran los niños el interior de los juguetes rotos.

Nosotros los seres humanos — nuestros encuentros en el amor, nuestras luchas por la fidelidad, por el cariño. El significado de esas cosas es mayor de lo que sabemos; pero lo vislumbramos en nuestros padecimientos, en nuestra pasión. De lo que se trata es de cuál es la cámara que compartimos en lo absoluto, allende el reino de la muerte, de cuál es la altura a que subimos juntos. Eso es lo que explica el espanto que puede apoderarse de nosotros entre dos mujeres — son cuestiones que afectan a la salvación.

Vocales: ¿copas? La consonante abarca a la vocal; y *esta,* la vocal, abarca lo inexpresable. Así es como el fruto abarca el hueso, y este, la simiente.

París, 30 de junio de 1943

Bombardeada la catedral de Colonia. En la prensa leo que «sus muros ennegrecidos por el humo deben significar para el pueblo alemán un fanal de represalia». ¿Quiere esto decir que, tan pronto como se esté en condiciones de hacerlo, se procederá a incendiar Westminster?

París, 2 de julio de 1943

Por la mañana visitas de varia índole. Por ejemplo, la de un capellán castrense, Mons, que me ha traído saludos; la de un experto en balística, Kraus, que es amigo de mi hermano Physicus; y la de Valentiner, que ahora vuelve a ocupar su estudio por algunos días. También el suboficial Kretzschmar me ha traído su biografía de Schiller.

El experto en balística me ha dicho que Cellaris corre ahora máximo peligro. Se ha empezado a «vaciar» el presidio en que está encerrado; sin embargo, parece que, al primer intento de apoderarse de él, el director de la cárcel, el capellán y también los carceleros lo impidieron. Es muy escasa, empero, la protección que esa gente puede ofrecer a la indefensa y enferma víctima contra los terribles ataques. El hijo de ese mismo Cellaris se halla, por cierto, en Rusia, en el frente.

París, 3 de julio de 1943

En Colonia se celebran las misas al aire libre, ante las ruinas humeantes de las iglesias. Es algo que no se inventa; yo lo había previsto bastante antes de que estallase esta guerra.

Muchas de las cartas que recibo están adquiriendo un cariz inquietante, escatológico; se parecen a llamadas que llegan desde los anillos inferiores del remolino, desde los cuales se divisa el fondo del arrecife.

Perpetua, el 30 de junio: «Por lo que a ti se refiere, siento con toda seguridad que escaparás ileso al gran Maelström; no pierdas la confianza en tu auténtico destino».

Una de las grandes visiones que previeron nuestra catástrofe, y, sobre todo, la visión más gráfica, la tenemos en el relato *Un descenso al Maelström,* de Edgar Allan Poe. Nosotros hemos bajado ahora hasta aquella parte del remolino en la que las cosas que nos rodean se tornan visibles en su oscura matemática y se vuelven al mismo tiempo

más sencillas y más fascinadoras; el movimiento supremo provoca simultáneamente la impresión de rigidez.

París, 4 de julio de 1943

En una recopilación de sentencias de tribunales de guerra que circula aquí en la casa para nuestra instrucción he encontrado, entre otros, los siguientes fallos:

Un oficial abate a tiros, sin estar amenazado, a unos cuantos prisioneros rusos y en el interrogatorio explica su acción diciendo que los partisanos habían asesinado a su hermano. Lo condenan a dos años de cárcel. Kniébolo, a cuya aprobación se somete la sentencia, la anula y dispone la puesta en libertad del oficial con el argumento de que la lucha es contra bestias y que en ella es imposible conservar la sangre fría.

Otro oficial, en un caso de embotellamiento del tráfico, no baja de su coche para intervenir y ejercer su autoridad sobre los conductores, como prescribe el reglamento. La sentencia es de degradación y dos años de cárcel.

Bien se ve, comparando ambos fallos, qué es lo que en un mundo de chóferes resulta excusable y qué es lo que constituye un delito. Desde luego no se trata únicamente, como yo mismo he estado creyendo durante mucho tiempo, de un daltonismo moral; eso es algo que afecta solo a las masas. Espíritus como Kniébolo tienden, de acuerdo con su inclinación más íntima, a matar al mayor número posible de personas; parecen pertenecer a un mundo de cadáveres, que quisieran poblar de muertos — les resulta agradable el olor de los asesinados.

Acabado: *Weites Land Afrika* [África, un vasto país], de Friltjof Mohr, Berlín, 1940. Tales libros procuran el mismo placer que las buenas películas y dejan tras sí la misma insatisfacción. La percepción de los colores, de las formas y de sus movimientos tiene un cierto carácter mecánico; la sucesión de los cuadros se presenta igual que en un viaje en automóvil, cuya velocidad es unas veces aumentada, y otras, reducida. Con esta especie de descripción de hechos la literatura alcanza un nivel para el que propiamente está capacitado todo el mundo, o al menos una gran mayoría, de igual modo que es una gran mayoría la que sabe sacar fotos.

Poco a poco voy apartándome, por cierto, de lo que yo juzgaba

antes, a saber: que esta especie de realismo técnico es preferible en todo caso al impresionismo. Pero su sucesión resulta forzosa.

Lo que molesta estilísticamente en esta traducción al alemán hecha del noruego es el uso frecuentísimo de *als* [cuando] con el presente. «Cuando [*als*] alcanzo la cima de la colina diviso un antílope en la orilla del bosque.» Pero *als* es en alemán una partícula que remite siempre al tiempo transcurrido; al emplear esa conjunción damos, por así decirlo, la primera pincelada a una pintura del pasado. En lo que respecta a la sucesión, delimitación y cruce de los tiempos verbales sigue estando viva en la lengua, en general, una conciencia que sabe bien lo que es correcto, aunque muchas formas verbales hayan desaparecido o caído en desuso. Hay, empero, una serie de medios y de recursos con los que cabe conservar la perspectiva y la arquitectura temporales de la descripción, sin que para ello sea preciso mantener artificialmente formas verbales anticuadas, como demanda Schopenhauer en sus observaciones sobre el estilo.

París, 5 de julio de 1943

Llegada de Benno Ziegler, al que no veía desde hacía casi un año. Conversación sobre su editorial; en contraste con todas las tendencias dominantes ha sido transformada en una empresa privada. Ziegler ha llevado con mucha habilidad las negociaciones y los tratos que han sido precisos para tal fin. En estos tiempos de automatismo es siempre grato ver a alguien que maniobra de manera transversal a la corriente o, no digamos, se opone directamente a ella.

Luego pasamos a hablar de la situación. Están perfilándose de un modo cada vez más claro dos guerras. Una se libra en el Oeste; la otra, en el Este. Con ello se corresponde una diferencia en la ideología. Lo mejor que Kniébolo puede prometer hoy al pueblo es que la guerra tendrá una duración indefinida. Ziegler mencionó también la frase que el joven Clemenceau, según creo, le oyó a Gambetta:

—No se fíe de los generales; son unos cobardes.

Dormido mal. A primeras horas de la mañana he estado pensando —esto es algo que me ocurre con frecuencia— en varios autores, entre ellos, en Léon Bloy. Veía un retrato suyo en el que aparecía en una pequeña casa de los suburbios, sentado a la mesa de escribir. Por la ventana abierta se veían los florecidos castaños de un sendero de jardín y un ángel que iba vestido con el uniforme azul de los carteros.

París, 6 de julio de 1943

En casa de Florence, donde la charla ha estado dedicada a las anécdotas. Me ha parecido buena la historia de un presidiario agradecido, que ha contado Giraudoux. Un abogado de Lyon, un tal Dupont, salvó de la guillotina a un individuo, que fue desterrado a Cayena. A aquel hombre le habría gustado enviar desde allí un obsequio a su defensor. Careciendo como carecía de todo, lo único que tenía era lo que la Naturaleza le brindaba. Por otro lado, siendo como era un presidiario, no le estaba permitido enviar paquetes. Un día atracó en Marsella un barco cargado de papagayos; entre ellos había uno al que se le oía gritar:

—*Je vais chez maître Dupont à Lyon.*

París, 8 de julio de 1943

Tras el desayuno he leído el salmo 90. El hombre, la mosca efímera que vive un solo día, ha logrado en él su canto más poderoso, su canto trágico.

En el correo, entre otras cartas, una de Grüninger, quien me pregunta si deseo marchar al Este a cumplir una determinada misión que el general Speidel ha reservado para mí y que afecta a la suerte de los combatientes de Stalingrado. Esto confirma mi experiencia de que somos atraídos una y otra vez por aquellos países con los que alguna vez tuvimos contacto. Y, sin embargo, ni siquiera tiré una moneda al río Pshish, como suelo hacer de ordinario en las corrientes que marcan fronteras. ¿Cuándo producirán efecto las piezas de cobre que, en Rodas, sumergí en el Egeo, y, en Río de Janeiro, en el Atlántico? Tal vez en la muerte — entonces ingresamos en todos los mundos de mares y de estrellas, entonces estamos en casa en todas partes.

A última hora de la tarde en casa del doctor Epting; allí he visto también a Marcel Déat y a su mujer. Conversación sobre la tercera entrega de los diarios de Fabre-Luce, que ha aparecido sorteando hábilmente la censura y que parece estar provocando un gran escándalo. Tengo la impresión de que la policía se ocupará pronto del asunto.

Déat, a quien yo veía por primera vez, exhibía unas marcas que ya he observado en diversas personas, pero a las que todavía no puedo dar un nombre determinado. Se trata de procesos morales incisivos que se hacen visibles en la fisonomía, sobre todo en la piel, a la que confieren un carácter que unas veces es apergaminado y otras veces es escaldado, pero que, en todo caso, la vuelve grosera. El ansia de poder a cualquier precio endurece al ser humano, pero a la vez lo expone a

ataques en el terreno demoniaco. Esa aura se nota; se me hizo especialmente clara cuando, una vez acabada la reunión, Déat me llevó a casa en su coche. Aun sin los dos corpulentos sujetos que nadie había visto en toda la noche y que entonces se sentaron junto al chófer, yo habría notado que aquel viaje en coche no dejaba de entrañar riesgos. Pero, en mala compañía, el peligro pierde su atractivo.

Entre las palabras-fetiche que aparecen en la charla con tales espíritus desempeñan un papel especial «la juventud» o *les jeunes* — pronunciadas con la misma entonación con que en otro tiempo se pronunciaba la palabra «Papa». Poco importa en esto que la juventud esté efectivamente del lado de ellos — de lo que se trata es más bien de invocar la unión, peculiar de la juventud, de ardorosa fuerza de voluntad y escasa fuerza de juicio, unión en la que los provocadores de alborotos intuyen el medio que a ellos les resulta favorable.

Lectura: el gran glosario del latín medieval, de Du Cange, tres infolios que adquirí por cuatro perras en los muelles del Sena. Leyendo este libro deambula uno por el cosmos de una literatura sumergida. Luego he vuelto a hojear un poco, tras no haberlo hecho durante años, a Schopenhauer; en él he encontrado confirmadas no pocas de las experiencias que he ido adquiriendo en estos años:

«Sería una gran ayuda para mí el poder desprenderme de la ilusión que me hace ver como iguales míos a esa ralea de sapos y víboras».

Sí, es cierto; mas por otro lado es preciso decirse una y otra vez, también a la vista de los animales más viles:

—¡Eso eres tú!

Mi eterna dualidad es esa, el ver a un tiempo la enemistad y el parentesco. Esa dualidad me frena en las acciones, en cuyos dibujos veo yo siempre transparentarse la trama básica de la injusticia, y es ella también la que siempre me muestra la porción de buen derecho con que sucumbe el vencido. De esta manera veo las cosas con más agudeza de la que conviene al individuo, a menos que escriba la historia retrospectivamente.

París, 9 de julio de 1943

Despedida de Benno Ziegler en el restaurante Caneton. Ha traído la noticia de que han detenido a Fabre-Luce esta mañana. Hablado de los últimos días de A.E. Günther, quien, antes de morir, respiraba con

mucha dificultad y se asfixiaba. Sus últimas palabras a su hermano: «... y todo esto, con plena consciencia». Aplicables a todos los calvarios del siglo XX.

Luego, a las diez, he vuelto deambulando por el Boulevard Poissonnière; cada vez que paso por él me viene a la memoria aquel tahúr que me abordó allí hace muchos años. Es típico de mí el hecho de que yo calase inmediatamente la situación, pero luego me dejase desplumar por él y por su compinche, con el cual nos topamos «casualmente» de una manera tan burda; es decir: el hecho de que, en el fondo, yo jugase a un tiempo contra mí mismo.

Leo en el Boletín Oficial de las Fuerzas Armadas que ha muerto en el frente el general Rupp, aquel pequeño, melancólico y simpático jefe de división en cuyo puesto de mando estuve durante mi viaje por el Cáucaso.[23]En general están aumentando las noticias que hablan de muertos entre mis conocidos, también las que se refieren a las pérdidas de sus casas por culpa de los bombardeos.

París, 10 de julio de 1943

Ayunado. Noto que la vida artificial de esta ciudad no me sienta bien a la larga. Por la mañana, brevemente, en Saint-Pierre de Charonne, mi iglesia-tortuga; volví a encontrar abierto el portal de la muerte.[24]

La batalla que se ha desencadenado hace algunos días en el centro del frente oriental parece ofrecer una estampa nueva, con una concentración de tropas inusual para aquellos espacios. Las fuerzas están equilibradas; con ello disminuye el movimiento y aumenta el fuego.

Por la tarde, otra vez en las callejuelas que rodean el Boulevard Poissonnière; allí he estado revolviendo en el polvo del pasado. Contemplado con placer libros en la agradable librería de Poursin, en la Rue Montmartre; en ella he comprado por cuatro perras una serie de *L'abeille,* cuyo primer volumen lleva, escrita con letra de anciano, una dedicatoria del entomólogo Régimbart.

A última hora de la tarde conversación con Schery, el músico vienés, sobre el ritmo y la melodía, el dibujo y el color, las consonantes y las vocales.

Este día de hoy es memorable, pues en él han desembarcado en Sicilia los ingleses. Ese primer contacto con Europa ha irradiado hasta aquí; hemos entrado en un nivel mayor de alerta.

Lectura: *Les bagnes* — en este libro se afirma que, cuando hay ejecuciones de presidiarios, hasta el más fiero y temible de ellos da un abrazo al sacerdote que lo ha acompañado, para despedirse de él. Aquí el clérigo está presente en su condición de hombre, es decir: no en cuanto representante de la humanidad frente a lo eterno, sino como el hombre simbólico, como aquel que en el salmo 90 elevó la voz por todos nosotros. En cuanto tal, es testigo en condición de algo que queda muy por encima de crímenes y castigos.

Palabras: a los alemanes nos falta un verbo que tenga una precisión comparable a la que tiene el francés *terrasser,* en el significado de *niederwerfen* [derribar], *zu Boden schlagen* [tirar al suelo]. En general poseen más fuerza los verbos que se derivan de sustantivos; en ellos el movimiento queda realzado por la energía material, por la regia energía de los sustantivos. Así, *fourmiller* [hormiguear] está más lleno de contenido que *wimmeln* [haber agitación]; *pivoter* [girar sobre su eje] es más intuitivo que *schwenken* [virar]; y *barbieren* [cortar la barba] es preferible a *rasieren* [afeitar].

Viceversa, los sustantivos derivados de formas verbales son más flojos. Así, *das Sterben* [el morir] es más flojo que *der Tod* [la muerte]; y *die Wunde* [la herida] es más fuerte que *der Schnitt* [el corte].

París, 11 de julio de 1943

Ayunado también hoy. Al mediodía en la ciudad, en muchas calles y plazas, sin rumbo, como un hombre de la masa, que hoy domingo estaba ociosa. Breve visita a Notre-Dame de Lorette. Allí he visto una serie de velas votivas, que no eran, sin embargo, de cera, como lo son comúnmente, sino de cristal; la llama estaba representada por una bombilla eléctrica puntiaguda. Se hallaban colocadas sobre unas mesas que tenían ranuras para echar por ellas monedas; de ese modo se establecía el contacto, que encendía las bombillas por uno o varios minutos, según el valor de la moneda echada. He visto a mujeres manejar estos autómatas de devoción, pues para expresar ese hecho como se merece es preciso sin duda emplear esa horrenda expresión.

En esta iglesia se conserva la puerta de la celda tras la cual estuvo preso uno de sus clérigos, el *abbé* Sabattier, antes de que el populacho lo matase en 1871.

Luego en el estudio de Valentiner, que hoy regresará a Aix. En el *quai* he visto dos viejos relojes de arena; por desgracia eran muy caros.

Escasas noticias sobre Sicilia. El desembarco ha tenido éxito; queda por ver si irá más allá de la formación de cabezas de puente. Todo el mundo ve en el desenlace de esos combates el pronóstico de la decisión final; una vez más vuelve a desempeñar esa isla su antiguo papel de fiel de la balanza entre dos continentes, como lo hizo ya en los tiempos púnicos.

París, 13 de julio de 1943

Noche agitada, nerviosa, que empezó con alarmas aéreas. Luego he soñado con serpientes, con unas serpientes oscuras, negras, que devoraban a otras multicolores, radiantes como el sol. Casi nunca siento repulsión por estos animales, que desempeñan un papel tan destacado en los sueños — parece que lo que a mí me muestran es sobre todo su lado vital, su carácter fluyente, rápido, móvil, carácter que ha sido visto de un modo tan bello por Friedrich Georg:

Und wie der Natter Bauch,

Der silbern glänzet,

Wenn schnell sie flieht, so floh

Der Bach umkränzet.

[Y como el vientre de la víbora,

que brilla plateado

cuando el animal huye con rapidez, así huía

el riachuelo festoneado de flores.]

La fuerza primordial de estos animales está, en efecto, en que ellos encarnan la Vida *y* la Muerte y, además, el Bien *y* el Mal — en el mismo instante en que el ser humano adquirió por medio de la serpiente el conocimiento del Bien y del Mal, en ese mismo instante adquirió la muerte. De ahí que la vista de la serpiente sea para todo el mundo una vivencia turbadora — casi más fuerte que la vivencia del sexo, con la cual está relacionada.

El comandante en jefe me ha hecho saber a través del coronel Kossmann que por el momento no puedo marchar a Rusia. Lo siento, pues me hubiera gustado cambiar de aires y tengo la sensación de que me haría falta aplicar la receta de César: marchas prolongadas.

En el correo, entre otras cartas, la de un teniente, un tal Güllich; en el Estado Mayor de su regimiento, en el frente oriental, los hombres se ocupan de *Sobre los acantilados de mármol:*

«… por las noches, cuando se relajaban las tensiones del combate y de las horrorosas vivencias, leíamos en nuestras tiendas, en *Sobre los acantilados de mármol,* justo las cosas que habíamos vivido».

Al mediodía encuentro con el joven capitán que en Kiev me cubrió con su capote.[25]No deja de ser notable la manera como se entretejen, como se reúnen, las diversas piezas, los diversos paisajes de nuestra existencia. Llevamos en nosotros una fuerza diseñadora y sin duda puede decirse: todas las cosas que vivimos están tejidas, como las figuras de un gobelino, de *un solo* hilo.

Velada en casa del conde Biéville de Noyant, que habita en la Rue des Saints-Pères una casa amueblada con gran esmero. Estos edificios, de los que todavía quedan muchos en París, especialmente en la Orilla Izquierda, se asemejan a graneros secretos que contuviesen una sustancia antigua; la radiación dentro de ellos es extraordinaria. Es verdad que al mismo tiempo van preponderando los objetos que para lo único que sirven es para la radiación, y no para el uso; esto vuelve espectral, fantasmal, la permanencia entre ellos. Me vino a la cabeza este pensamiento al ver encima de una mesa un antiguo juego de ajedrez, con piezas escogidas, que era evidente estaba allí únicamente para los ojos.

En aquella casa encontré al crítico Thierry-Maulnier, a la señorita Tassincourt y al almirante Célier, un hombre de sustancia, como la mayoría de los marinos de esta nación terrestre. Según él, el arte es aquí mucho menos individual que en Alemania, de ahí que haya en Francia pocos genios o ninguno, pero sí muchos talentos. Por la misma razón, dijo, el instinto arquitectónico es en Francia más colectivo y su gran hazaña, su obra de arte más significativa, es la ciudad de París.

Charla, en primer lugar, sobre el mariscal Lyautey, André Gide, Hercule, Janin, Malraux y otros. Luego, sobre los combates en Sicilia y sobre las perspectivas de un acercamiento entre Francia y Alemania. Al hablar de todas estas cosas se me hace patente que yo me encuentro ya, en gran medida, fuera del Estado nacional, y me ocurre en estas conversaciones un poco lo que le ocurría a Lichtenberg, quien jugaba a veces a dárselas de ateo, simplemente para hacer ejercicio, o

lo que le ocurría a Jomini en el campo de batalla, que pensaba también por el Estado Mayor enemigo. Hoy los seres humanos combaten bajo las viejas banderas por un mundo nuevo; se figuran que continúan estando aún en los puntos de que partieron. Pero aquí no está permitido querer ser demasiado listo, pues el engaño dentro del cual se mueven es necesario para la acción, forma parte de los engranajes.

La posición territorial alemana es favorable y eso es algo que se hará patente precisamente en caso de derrota. Pues entonces desaparecen las ventajas secundarias y solo subsisten las primarias, como, por ejemplo, la de la pura situación. Entonces se mostrará también que, como ha dicho muy bellamente Rivière, los alemanes no son un pueblo de «o lo uno o lo otro», sino de «tanto lo uno como lo otro». Volverán a tener así dos caminos, en vez de tener, como ocurre hoy, uno solo, por el que se han extraviado. En ese caso dependerá de ellos que el mundo del siglo XX esté vuelto hacia el Este o hacia el Oeste, o que sea posible la síntesis.

París, 15 de julio de 1943

Estilo. En combinaciones como: «Me gustaría oír su punto de vista sobre esto» y otras parecidas el lenguaje pasa indebidamente del terreno de un sentido al terreno de otro. Esas cosas se basan casi siempre en una atolondrada adopción de clichés; sin embargo, tal alternancia de las imágenes puede dar un relieve estereoscópico a la expresión, si procede de la fuerza.

París, 16 de julio de 1943

Por la mañana en el Ministerio de Marina para estudiar la situación. Asunto: la «Operación Penicion», es decir, el envío al Sur de todas las lanchas disponibles, para aprovisionar de esa manera con barcos pequeños a nuestras tropas de Sicilia, dado que la superioridad aérea y marítima inglesa hace imposible el envío de grandes cargueros. Esto dice bastante sobre la situación.

París, 17 de julio de 1943

Durante la comida, el Presidente. Breve intercambio de palabras, de manera discreta, sobre nuestro preso.

Café en casa de Banine, tan turco tan turco que toda la tarde he estado sintiendo las palpitaciones del corazón. Banine me ha dado *Pilgrim’s Progress,* de Bunyan, y *Brame New World,* de Huxley, que había comprado para mí. Charla, en primer lugar, sobre los harenes,

luego sobre Schopenhauer y el profesor Salmanoff, y finalmente sobre los territorios de los sentidos en el reino de la lengua, asunto en el que me ocupo ahora con frecuencia. A este respecto Banine ha indicado que en ruso se dice: «Oigo un olor».

Para decir «Ha fijado sus ojos en un objeto» los turcos dicen: «Ha cosido sus ojos a un objeto». Le he rogado que ande un poco a la caza de palabras para mí; tengo necesidad de colaboradores para mi plan. Como título podría elegir: *Metagramática,* o bien este otro: *Excursiones metagramaticales.*

Al volver a casa hacía un calor extraordinario; las calles se hallaban silenciosas bajo aquel bochorno. En la Rue Lauriston he estado contemplando por el escaparate el interior de una pequeña tienda de antigüedades. Entre los viejos muebles, cuadros, cristalerías, libros y objetos raros estaba sentada en un sillón de brocado, dormida, la dependienta, una mujer joven y bella, que llevaba en la cabeza un sombrero de plumas. Su dormir encerraba un cierto magnetismo — ni su pecho ni las ventanas de su nariz se movían. He estado así mirando en un gabinete encantado, en el cual parecía incrementarse hasta el infinito el valor de todos los objetos, pero en el que también la propia durmiente se había metamorfoseado en un objeto, en un autómata.

Toda esta tarde ha estado como embrujada. Se ha visto bien claro, por ejemplo, en la Librería Alemana, donde, al entrar yo, me ha parecido que las dependientas *en bloc* adoptaban una posición hostil a mí; es algo que me ha ocurrido poquísimas veces en mi vida. Como en sueños he subido la escalera que lleva a las salas de arriba, sin preocuparme de si el acceso a ellas estaba permitido al público, y he entrado en una sala en la que había revistas encima de la mesa. He hojeado algunas y escrito ciertas anotaciones al margen de determinadas fotografías políticas que me han llamado la atención. Luego he regresado a la tienda; allí el grupo de dependientas me ha examinado de arriba abajo con la mayor atención. A una de ellas la he oído preguntar:

—¿Pero qué es lo que ha estado haciendo ese hombre arriba?

Hojeado el *Dictionnaire de la langue verte,* de Delveau, París, 1867. En él he encontrado esta explicación de la palabra «Breda-Street»: «Citera parisiense en la que desde hace más de veinte años habita una población femenina *dont les moeurs laissent à désirer — mais ne laissent pas longtemps désirer».*

Bismarcker significaba, en la jerga de los jugadores de billar,

«carambola» — la palabra nació en mayo de 1866.

Donner cinq et quatre designa una de esas bofetadas económicas que se dan en la mejilla derecha y en la izquierda, es decir, a la ida con la palma y a la vuelta con el dorso de la misma mano. En el segundo golpe no interviene el pulgar. Si se repite la bofetada, entonces se dice también: *donner dix-huit.*

París, 18 de julio de 1943

Tras leer las primeras etapas de la «peregrinación» de Bunyan he pasado la noche sin dormir. El café de Banine continuaba produciendo su efecto. Hacia la medianoche volví a encender la luz y escribí, sentado en la cama, los siguientes apuntes:

Noto que experimento una animosidad especial contra las personas que aseguraron cosas que luego no resultaron verdaderas y que pusieron en juego toda su energía para convencerme de ellas. La caradura o la falta de escrúpulos, por ejemplo de la propaganda, encierran siempre algo que yo tomo en serio en el primer momento — me resulta difícil creer que detrás de los argumentos no haya otra cosa que la pura y simple voluntad.

Cuando luego hablan los hechos, cosa que a menudo sucede al cabo de años, siento con fuerza tanto mayor el puyazo — me doy cuenta de que se han burlado de mí unos individuos que no son otra cosa que macarras o míseros jovenzuelos de tres al cuarto al servicio de las fuerzas políticas del momento. Habían emperifollado a su puta de tal manera que parecía la verdad.

A lo cual se agrega que esos individuos no tienen ni el más mínimo sentimiento de vergüenza espiritual; el único sonrojo que conocen en sus mejillas es el que sigue a las bofetadas. De ahí que intentarán seguir puteando desde nuevos puestos y entonces lo harán acaso al servicio de hombres o de poderes que uno tiene en gran estima y reconoce como auténticos. Esto resulta especialmente amargo cuando se oye a esos canallas elogiar lo verdadero por puro oportunismo.

Me parece que donde más cerca estoy yo de lo absoluto es en mi amor a la verdad. Yo podré transgredir las leyes de la moral, yo podré ser poco de fiar en mis relaciones con el prójimo — pero no puedo apartarme de lo que reconozco como auténtico y verdadero. En ese aspecto me asemejo a un adolescente que tal vez accedería a casarse

con una vieja rica — pero en la noche de bodas no se llegaría a la consumación del matrimonio, a pesar de todos los afrodisiacos. Los músculos involuntarios de mi espíritu se niegan a prestar aquí servicio. La verdad se parece para mí a una hembra cuyo abrazo amoroso me condena a la impotencia con respecto a todas las demás. Solo en ella está la libertad y, por tanto, la felicidad.

Y así ocurre también que mi acceso a la teología pasa por el conocimiento. Antes de poder creer en Dios tengo primero que demostrármelo. Esto quiere decir que he de reandar el mismo camino por el que lo dejé. Es preciso tender previamente puentes espirituales, ejecutar un sutil trabajo de zapadores, antes de que yo me atreva a pasar a la otra orilla por encima de la corriente del tiempo, pasar con todo mi ser y sin ninguna reticencia. La gracia sería ciertamente más bella, pero no corresponde ni a la situación general ni al estado en que yo me encuentro. Esto tiene, a no dudarlo, un sentido: vislumbro que precisamente con mi trabajo —con esos arcos que construyo y a cada uno de los cuales otorga firmeza y solidez el contrapeso de la duda radical— puedo guiar a más de uno hacia la buena orilla. Puede ser que otros sepan volar, o que lleven de la mano, por encima de las aguas, a quienes se confían a ellos; no parece, sin embargo, que nuestro eón alumbre tales seres.

Por lo que se refiere a nuestra teología, es preciso que sea completamente modesta y que se adecúe a esta generación, la cual está debilitada en su fuerza elemental. Hace ya mucho tiempo, en efecto, que nuestra fe, para todo el que es capaz de ver fuerzas, vive más vigorosamente en la biología, la química, la física, la paleontología, la astronomía, que en las Iglesias — y también la filosofía se ha repartido, de manera muy similar, entre las ciencias particulares. Son caminos errados, naturalmente — hay que hacer que las diversas disciplinas vuelvan a quedar purificadas tanto de las influencias teológicas como también de las filosóficas, y eso en interés de ellas mismas, para que de la mera «concepción del mundo», de la simple *Weltanschauung,* se pase otra vez a la ciencia. Es preciso extraer con todo cuidado, como si fueran oro y plata, los elementos teológicos y filosóficos; la teología, que es el oro, otorga entonces a las ciencias valor y curso legal. También les pone frenos, pues ya está viéndose adonde conduce el conocimiento desenfrenado. Semejante al carro de Faetón, el conocimiento está prendiendo fuego al globo terráqueo y ha hecho de nosotros o de nuestras *imagines* unos moros, unos negros, unos caníbales.

Anotaciones sobre lo anterior:

En Brasil, tras extenuantes caminatas para cazar insectos en los bosques de montaña, yo clasificaba por la noche en el barco mis capturas. Sucedió que me equivoqué en un día al escribir las fichas que registraban el lugar de la captura — que escribí, por ejemplo, el 14 de diciembre de 1936 en vez del 15. Entonces volví a escribir los centenares de fichas, aunque eso no podía cambiar absolutamente nada.

Con frecuencia me quedo parado en mi charla, pues antes de pronunciar una frase la peso y repeso con el fin de protegerla contra todas las dudas y objeciones que pudiera encontrar. Me hallo así en desventaja con respecto a interlocutores que sueltan sin más sus opiniones como pistoletazos.

Cuando las conversaciones llevan a la concordancia el resultado es a menudo una especie de intimidad, de acorde sentimental. En esos casos yo noto en mí, y eso me ocurre aun en el círculo familiar y hasta con respecto a Friedrich Georg, una tendencia a no demorarme demasiado en aquella nota, sino a volver a zarpar de ese puerto, bien mediante la introducción de un argumento nuevo, no sopesado todavía, bien mediante una luz irónica. Este rasgo mío hace que yo resulte un hombre imposible en todos los círculos y en todas las reuniones cuyo auténtico sentido consista en producir estados de ánimo como el indicado, es decir, en todos los comités, en todas las conjuraciones y en todas las asambleas políticas. Esto puede llegar a ser especialmente desagradable en aquellos sitios donde soy yo mismo el objeto con el que se relaciona ese estado de ánimo — a la admiración he preferido desde siempre un respeto mesurado, crítico, o bien un reconocimiento fundado. Siempre he desconfiado de la admiración. Por cierto que me ocurre lo mismo cuando leo críticas de mis libros; más confortables que los elogios son para mí los análisis objetivos o también los rechazos bien argumentados. Los elogios me avergüenzan; pero también me molesta la desaprobación infundada, nacida acaso de una discordancia personal o voluntaria, y tardo tiempo en olvidarla. En cambio me resulta grata la crítica que se me enfrenta con buenos argumentos. Con todo, no siento necesidad de entrar en la polémica — pues ¿por qué no ha de tener razón mi adversario? Una crítica hecha a la cosa no afecta a la persona; se asemeja a la plegaria que oigo a mi lado cuando estoy ante el altar. Lo que importa, en efecto, no es que sea *yo* quien tenga razón.

Esta última frase encierra también el motivo por el que yo no me he hecho matemático, como mi hermano Physicus. No es en la precisión de la lógica aplicada donde está la última satisfacción. No puede ser que lo justo, lo correcto, entendido en su sentido más alto,

sea algo demostrable con pruebas; ha de ser algo sujeto a controversia. A ello ha de aspirarse en formas que nosotros los mortales podemos alcanzar solo de manera aproximada, pero no de manera absoluta. Esto nos conduce luego a terrenos en los que lo que honra al maestro no es su intervención mensurable, sino la imponderable, y nos conduce también al reino de las Musas.

Y lo que a mí me cautiva aquí, por encima de todo, es el servicio a la palabra y con la palabra, es el esfuerzo delicadísimo que va acercando más y más la palabra a aquella línea fronteriza que la separa de lo inexpresable.

También aquí hay nostalgia de las justas proporciones con que está creado el Universo y que el lector ha de divisar a través de la palabra como por una ventana.

Por la tarde en el Jardin d'Acclimatation. Allí he estado viendo cómo el macho de una raza especialmente vistosa de pavos reales mostraba el despliegue de su juego de colores exhibiendo unos intensos matices de azul lapislázuli, de verde dorado y de bronce dorado. Una espuma de flecos verdidorados circundaba con sus ondas aquel inaudito traje de plumas. La voluptuosidad de este animal consiste en la completa exhibición, en la ostentación de sus encantos — cuando se ha llegado al grado supremo de ese alarde alcánzase un estremecimiento, un delicado y espasmódico susurro y tableteo de los cañones de las plumas, con un escalofrío eléctrico, cual si en una aljaba se agitasen flechas hechas de asta. En ese gesto se exterioriza el temblor delicioso del placer, pero a la vez su automatismo, lo que tiene de convulsivo.

Luego en el parque de Bagatelle, donde estaba en plena floración el *Lilium Henryi.* También he vuelto a ver el carpín dorado. Hacía mucho calor.

Acabado: *Les bagnes,* de Maurice Alhoy, París, 1845, con ilustraciones. Los viejos presidios aceptaban al criminal, en su condición de tal, más que nosotros; no se dirigían a él con conceptos que cayesen fuera de su órbita. El criminal llevaba, en consecuencia, una vida más dura, pero más natural y vigorosa que en nuestras cárceles de hoy. En todas las teorías esquemáticas de mejoramiento, en todas las instituciones de higiene social hay un modo especial de destierro, una crueldad especial. La verdadera miseria es profunda, es sustancial, de igual manera que el mal forma parte del ser, de la

naturaleza interior; no es lícito dárselas de puritano y pasar por alto estas cosas. Puede encerrarse a las bestias tras rejas, pero lo que no es lícito querer es que allí se acostumbren a comer coliflor; es preciso servirles carne. Puede admitirse que los franceses carecen de ese impulso educativo puritano que se observa en los ingleses, en los norteamericanos, en los suizos y en muchos alemanes; pero en las colonias, en los barcos, en las cárceles de Francia todo marcha de un modo más natural. En tales sitios los franceses dejan que muchas cosas sigan su propio curso y eso resulta siempre agradable. De esto forma parte también su escasa relación con la higiene, cosa que se les reprocha; y, sin embargo, entre ellos se vive, se duerme y se come mucho mejor que en los parajes archidesinfectados.

Una noticia curiosa que he encontrado en este libro es que, todavía pocos años antes de 1845, en el presidio de Brest las aguas sucias de las letrinas le estaban reservadas al presidiario encargado de hacer la colada. Ese presidiario lavaba las camisas con orina; esta ha de tener, por tanto, una virtud detergente; es probable que la etnología pueda demostrar que ya en tiempos muy antiguos se usaba la orina con esos fines. En general el libro suministra buenas aportaciones al estudio de los rasgos de bestia, de animal depredador, que hay en el ser humano — y también aportaciones a sus lados luminosos, como, por ejemplo, una bondad de ánimo muy marcada y un instinto noble y fogoso. Los presidios eran, en cierto modo, Estados de criminales; y su observación despierta esta impresión: si el mundo estuviera habitado únicamente por criminales, pronto surgiría y se formaría la ley; el mundo no perecería. Por cierto que la historia de las colonias penitenciarias confirma esa tesis.

París, 20 de julio de 1943

Comida en casa de Florence. Cocteau contó que había asistido a un juicio que se había celebrado contra un joven inculpado de hurtar libros. Uno de los libros era una edición rara de Verlaine y el juez le preguntó:

—¿Es que no conocía usted el precio de ese libro?

Réplica del acusado:

—Su precio no lo conocía, pero sí su valor.

Entre los libros robados había también algunos de Cocteau; y otra pregunta fue:

—¿Qué habría dicho usted si le hubieran sustraído un libro

escrito por usted?

—Estaría orgulloso de ello.

Charla, también con Jouhandeau, sobre curiosidades de diversa índole. Le era conocido el estallido narcisista del pavo real macho que hizo mis delicias la mañana del pasado domingo; al parecer se lo oye solo con tiempo seco. El efecto detergente de la orina, de que habla el libro sobre los presidios, se basa probablemente en su contenido de amoniaco. En todo el Oriente, a lo que parece, las madres que están dando el pecho a sus hijos beben un poco de orina del lactante; se cree que eso es bueno para la leche.

Cocteau aseguró que en la India un prestidigitador le quemó su pañuelo a una distancia de veinte pasos y que, en casos urgentes, los ingleses de allí se sirven de indígenas para transmitir por telepatía las noticias; es más rápido que hacerlo por radio.

En tiendas para cazadores se venden, dijo, unos silbatos de una altura de tono que ni nuestros oídos ni los de la caza pueden captar, pero que sí oye el perro a mucha distancia.

Florence tenía en grandes floreros unas bellas «espuelas de caballero», en francés *pied d'alouette.* Ciertas variedades alcanzan unos matices metálicos que apenas se ven de ordinario en las flores; por ejemplo, un matiz verdiazulado y un matiz violeta azulado que son como mágicos. La flor azul parece irrigada con una tinta de color verde encendido o violeta que, al secarse, deja en ella un brillo de espejo. Esa flor, lo mismo que el acónito, debería cultivarse solo en sus tonos azules, que son sobre todo los que le dan un carácter muy marcado.

Por la tarde en el despacho: el Presidente. Luego Erich Müller, que publicó en otro tiempo el libro sobre la *Schwarze Front* [Frente negro] y que ahora es cabo en la defensa antiaérea en Saint-Cloud. Conversación sobre Cellaris y su encarcelamiento.

París, 25 de julio de 1943

¿Cómo es que yo me comporto, cuando trato con personas inteligentes y muy inteligentes, de una manera menos cohibida, menos ceremoniosa, más desenvuelta, más despreocupada, menos cautelosa? Tales personas producen en mí un efecto tónico. Tras eso ha de haber algo del *all men of science are brothers;* hay una cierta fraternidad, como si se estuviese *en famille,* en el entendimiento que se produce entre las personas, en el vaivén de los pensamientos libres y ligeros.

Y así también el enemigo inteligente me resulta a mí menos peligroso.

Cuando tropiezo, en cambio, con tontos, con espíritus que admiten los lugares comunes y viven de ellos, que están obsesionados por la jerarquía huera, externa, del mundo, me vuelvo inseguro, torpe, cometo equivocaciones, digo tonterías.

En este punto me faltan, por desgracia, dotes de disimulo; y así Perpetua sabe enseguida a qué atenerse cuando estoy ocupado con un visitante. «A quien tiene, se le dará» — esa es también mi máxima.

Das war die Lage, in der ich stand [Esa era la situación en que yo estaba]. Un modelo de numerosas faltas, que resultan excusables en el habla, pero inadmisibles en la escritura.[26]

La palabra francesa *cependant* tiene, lo mismo que la correspondiente palabra alemana *indessen,* tanto un sentido temporal como un sentido adversativo. Apunta aquí una de las conexiones entre la gramática y la lógica: dos acontecimientos simultáneos encierran siempre, al menos en la percepción, algo mutuamente excluyente.

París, 26 de julio de 1943

Por la mañana visitas; entre otras, la de un coronel, un tal Von Uslar, y la de un teniente, un tal Kutscher, que llegaba de Holanda y me traía una carta de Heinrich von Trott; la extraña visita nocturna de este en la casa de la viña en Überlingen contribuyó entonces a mi concepción de *Sobre los acantilados de mármol.*

A última hora de la tarde con Alfred Toepfer en el jardín del Hogar del Oficial en la Rue du Faubourg-Saint-Honoré. Allí hemos estado charlando en primer lugar sobre Cellaris; luego hemos ido a sentarnos en un banco solitario del parque para pasar revista a la situación. Y lo que muchos me han dicho en estos años, también Toepfer me lo ha dicho:

—Ahora tiene usted que preparar un llamamiento que esté dirigido a la juventud de Europa.

Le he contado que ya en el invierno de 1941/1942 escribí unos apuntes con ese mismo título, apuntes que luego arrojé a las llamas. Más tarde, en el hotel Raphaël, he estado meditando sobre esto:

La paz / Una palabra a la juventud de Europa / Una palabra a la juventud del mundo.

París, 27 de julio de 1943

Empezado el *Llamamiento;* lo he dividido en trece apartados, cosa que me ha llevado una media hora. Lo que ante todo importa es que yo sea siempre sencillo y comprensible, pero sin recurrir a lugares comunes.

París, 28 de julio de 1943

Trabajado en el *Llamamiento.* Esbozo y redacción del primer apartado, una especie de introducción, que tiene sus dificultades, pues lo primero que ha de hacer es dar el ambiente general, y hacerlo de manera intuitiva, dejándose guiar por el sentimiento. Ahora no escribo en clave, como hice entonces en el primer intento, sino que redacto un texto claro.

Al escribir la palabra *Jugend* [juventud] se me hizo patente la solemne eufonía de esa primera sílaba que se encuentra en *Jubel* [júbilo], *jung* [joven], *iucundus* [jocundo], *iuvenis* [joven], *iungere* [juntar], *coniungere* [conjuntar] y también en muchas invocaciones y nombres de dioses. La antigua festividad de las Juturnales.

Cenado en el hotel Wagram con Eckelmann, jefe de sección ministerial, el coronel Kräwel, el conde Schulenburg y el gobernador de Silesia. Kräwel, que hace poco estuvo sentado durante veinte minutos frente a Kniébolo, ha dicho que los ojos de este «oscilan como una llama», que atraviesan a las personas con su mirada y que pertenecen a un espíritu que se mueve rápidamente hacia la catástrofe. He comentado el *Llamamiento* con Schulenburg, el cual me ha comentado si no sería mejor para mí trasladarme a Berlín, al Cuartel General del Ejército. Parece, sin embargo, que allí no encontraría yo la protección que aquí me dispensa el comandante en jefe. Pues ya en otro momento previno Keitel a Speidel contra mí.[27]

La popularidad es una enfermedad que amenaza con hacerse tanto más crónica cuanto más tarde en su vida ataca al paciente.

París, 29 de julio de 1943

Muchas cartas. Friedrich Georg responde a mi pregunta por la ruidosa vibración de los pavos reales remitiéndome a un pasaje de su poema sobre esos animales:

Er schlägt sein Rad auf

Und bringt die starken

Federn zum Schwirren,

Dass sie wie Stäbe

Von Gittern erklirren.

[Abre su rueda

y hace chirriar

las fuertes plumas,

de modo que rechinan

como barrotes de rejas.]

Mi hermano ha visitado también, por encargo mío, al párroco Horion, quien reside en Überlingen desde que ardieron sus colecciones en Düsseldorf. Desde enero ha logrado reunir allí otra vez mil cuatrocientas especies de insectos.

Por desgracia ha ardido también la casa de Goecke, pero este ha podido salvar sus colecciones. De Hamburgo y de Hannover llegan noticias horrorosas. Se dice que en los ataques con fósforo el asfalto comienza a arder, de manera que los fugitivos se hunden en él y quedan así carbonizados. Hemos llegado a Sodoma. Perpetua escribe que se han distribuido a toda prisa máscaras antigás entre la población. Un ciudadano de Bourges me hace saber que allí se lee mucho la traducción francesa de *Jardines y carreteras* y que también se la comenta.

Acabado: *Brave New World,* de Huxley. En este libro se ve que lo que todas las utopías hacen en el fondo es describir el tiempo propio del autor — son variedades de nuestra esencia y dibujan las consecuencias de esta en un espacio más nítido, que se llama futuro. En general las utopías son optimistas, puesto que el futuro y la esperanza se hallan enlazados esencialmente; pero aquí se trata de una utopía negativa.

Me ha parecido significativo el detalle siguiente: un grupo de cinco altos rascacielos brillan en la noche como una mano que ha alzado sus dedos para alabar a Dios. Pero eso no lo sabe ninguno de los civilizados ateos que los habitan, el único que lo sabe es un salvaje

que ha venido a caer en aquel paisaje desde la selva virgen.

París, 30 de julio de 1943

Por fin llegan noticias de Perpetua. El ataque a Hannover ocurrió a mediodía, mientras ella estaba trabajando en el jardín. El niño sintió miedo y recitó una larga plegaria. El centro de la ciudad ha sido arrasado; han quedado destruidos la Ópera, el castillo del Leine y la iglesia del Mercado, así como la mayoría de las antiguas callejuelas y de sus edificios renacentistas y barrocos. Aún no se sabe con seguridad qué ha sido de mis suegros.

Nunca he visto más claro que al leer esas líneas que las ciudades son sueños. Resulta fácil borrarlas con las primeras luces del alba, pero también perviven, en una profundidad inaudita, en lo indestructible que hay dentro de nosotros. Con esta, como con otras muchas vivencias de nuestros días, me ocurre como si estuviera viendo arder un telón de boca bellamente pintado, pero que precisamente esas llamas abriesen la profundidad ante cuya invulnerabilidad se agitaba temblorosamente el telón.

Podrá sonar muy extraño esto que voy a decir: también en la pérdida hay una alegría honda — es el gusto anticipado de aquella alegría que nos sorprenderá en la postrera pérdida temporal, la de la vida.

Al mediodía en la tienda del *potard,* el farmacéutico, que aún no tiene noticias de la suerte corrida por su mujer. Por lo que se oye decir los lémures de la Avenue Foch califican a esas deportaciones de «Operación Espuma de Mar». La completa incertidumbre en que se deja a los familiares se basa en el Decreto «Noche y Niebla» de Kniébolo. Son ejemplos de un grotesco lenguaje de rufianes y demonios — cosas tomadas en préstamo a las fantasías del Bosco.

El bueno del farmacéutico ha dicho, y sin duda tiene razón:

—Los que hacen eso no son amigos de Alemania.

París, 1 de agosto de 1943

El sábado y el domingo los he pasado con el comandante en jefe en Vaux-les-Cernay, donde se estaba agradablemente durante los grandes calores.

En el lago y en sus espesos cañaverales hemos observado Weniger y yo las plantas y los animales. Reina allí ese sofocante bochorno

tropical que proporciona su ambiente a tales excursiones por zonas pantanosas. Hemos hablado sobre personas, para las cuales posee Weniger una memoria especial. Su cabeza es una enciclopedia de nombres. También sobre Hannover y los güelfos, a los que he decidido mencionar en mi *Llamamiento.* Mi vida política interior se asemeja a un reloj cuyas ruedecillas girasen a la contra unas de otras: pues yo soy, al mismo tiempo, un güelfo, un prusiano, un partidario de la Gran Alemania, un europeo y un ciudadano del mundo — pero en la esfera del reloj podría imaginarme un mediodía en el que todas esas cosas consonasen armónicamente.

En la cena conversaciones sobre materias botánicas, por las que siente una especial inclinación el comandante en jefe. La descripción de la *Hottonia palustris,* que ha trazado para mí Lottner, el director de las aduanas, me ha despertado un ardiente deseo de observar alguna vez esa planta en uno de sus ambientes pantanosos. Tampoco he visto yo todavía nunca el *Ledum.*

Wille and Wollen [Voluntad y volición]: en la segunda de esas palabras resuena un matiz que es a la vez más moral y más racional — es uno de los ejemplos del poder de la *o.* Esta vocal adquiere mayor intensidad en la eufonía repetida: *Wohlwollen* [benevolencia]; en cambio *Wohlwollen* [benevoluntad] es disonante. *Pondre, legen* [poner] — a los alemanes nos falta el enérgico sustantivo *la ponte* [la puesta], que a lo sumo cabe traducir por *das Eierlegen* [el depositar huevos]. Así es como las lenguas están sobrecosidas más o menos fugazmente al tejido de la realidad.

Tailler un crayon — en este caso, por el contrario, es más exacto, más certero, el alemán *den Bleistift spitzen* [sacar punta al lápiz].

París, 2 de agosto de 1943

En el correo, entre otras cartas, un relato infantil de Alexander sobre el ataque aéreo a la ciudad.

Por la tarde, como todos los lunes, clase con Madame Bouet; hemos repasado las preposiciones francesas. Resulta extraño que solo en el caso de Aviñón se haya conservado el viejo *en* delante de ciudades cuyo nombre empieza por vocal — ¿acaso porque esta ciudad fue considerada como un Estado? Creo que ya Daudet se burlaba de ese *en Avignon.* En el viejo castillo espiritual que son las lenguas esos detalles se asemejan a restos de arquitecturas anteriores que se transparentasen bajo la argamasa.

En la puerta me ha dicho Madame Bouet:

—He rezado para que no caigan bombas sobre Kirchhorst.

Las plantas acuáticas de Cernay, que brillaban en lo hondo con un color verde oscuro. Se asemejan a vegetaciones de sueños; el agua quieta es el dormir. Cuando por el día nos acordamos de detalles de un sueño es como si viésemos en la superficie una flor, una pequeña hoja, un tallo. Agarramos aquello y, tirando, sacamos a la luz la oscura y chorreante vegetación con sus muchas ramificaciones.

París, 3 de agosto de 1943

Las cartas, y esto es algo que sin duda no había vuelto a ocurrir desde la Guerra de los Treinta Años, están adquiriendo un carácter apocalíptico. Es como si en tales situaciones la trastornada razón del ser humano perdiera el sentido de la realidad terrenal; cae en los remolinos cósmicos y con ello se le abre un nuevo mundo de visiones espantosas, de profecías, de apariciones sobrenaturales. Me extraña, por cierto, que aún no haya aparecido llameante en el cielo ninguna señal, que es lo apropiado en tales mudanzas de los tiempos. Tal vez podría estar correlacionado con nosotros, sin embargo, el cometa Halley, como nuncio anticipador del mundo del fuego.

Continuado con el *Llamamiento,* cuyo capítulo segundo he comenzado y acabado hoy: «El sufrimiento ha de dar fruto para todos».

París, 4 de agosto de 1943

Almuerzo en casa de Florence Gould. Se asegura que los ataques de los últimos días contra Hamburgo han arrebatado la vida a doscientos mil seres humanos, lo cual es, sin duda, bastante exagerado.

Florence, recién vuelta de Niza, ha contado que la noticia de la dimisión de Mussolini se conoció allí hacia la medianoche. Antes de que amaneciera las tropas habían quemado sus retratos. Aunque en el fondo yo ya lo sabía desde siempre, me asombra la manera tan poco gloriosa como ha pasado a la nada, sin pena ni gloria, esa dictadura edificada sobre el terror.

Heller me ha informado, con gran alegría mía, de que se ha suavizado la prisión de Fabre-Luce en razón de las informaciones que sobre él di al comandante en jefe. Además, comparecerá ante un

tribunal ordinario.

París, 5 de agosto de 1943

Me hallaba, cosa que me ocurre a menudo en los sueños, en una feria o en un parque de atracciones. Lo cruzaba con un pequeño elefante, al que unas veces montaba y otras conducía rodeando su cuello con mi brazo izquierdo. De las imágenes vistas recuerdo todavía la de un campo despejado, en el cual se habían colocado rejas para fieras. Era una mañana fría, brumosa, y, para proteger a las fieras, los cuidadores removían con sus palas unas grandes masas de hierro, piezas que se parecían a eslabones de cadenas o a imanes grises; todas ellas estaban al rojo vivo, de manera que su movimiento atravesaba la niebla con un vivo centelleo.

Yo echaba una simple mirada a aquel modo de producir calefacción; me eran conocidos todos los pormenores de su técnica. Se utilizaba con tal fin una materia que no necesitaba ser quemada, como el carbón, sino que desprendía un calor radiactivo.

Acabado: *El libro de los esbozos,* de Washington Irving, una de las obras de la gran literatura cuya lectura había omitido hasta este momento. En ella he encontrado algunos fragmentos que me han gustado mucho y otros que me han proporcionado enseñanzas, como la descripción del carácter inglés con el título de *John Bull.* He tomado algunos apuntes para mi *Llamamiento.*

Al hablar de Jacobo I de Escocia, que pasó largos años de su juventud preso en Windsor, el autor menciona a Boecio; no cabe duda de que su lectura resulta especialmente consoladora en tiempos de desgracia. Yo mismo lo experimenté en mi barraca de las cañas en el Muro Occidental.

También he encontrado una buena observación sobre ciertos arribistas: «Atribuyen la modestia de los otros a su propia posición elevada».

París, 6 de agosto de 1943

Por la mañana he seguido trabajando en el *Llamamiento,* en concreto en el capítulo tercero; en él se trata de exponer que el sacrificio es el grano de semilla del que la guerra sacará fruto. Junto al sacrificio de los soldados, de los trabajadores, de los que sufren sin culpa alguna, no me es lícito olvidar el sacrificio de aquellos que han sido víctimas de matanzas sanguinarias e insensatas. La construcción

del mundo nuevo se apoyará sobre todo en ellos, que son como los niños a los que en otros tiempos se emparedaba en los pilares de los puentes.

Reparos estilísticos: *stärker verblassen* [empalidecer más fuertemente] me molesta con razón. He de esforzarme de un modo cada vez más insistente en utilizar con precisión las imágenes al manejar una lengua como la nuestra, que ha padecido la superficialización lógica. Es preciso retornar a las imágenes; el logos es únicamente la radiación de ellas, su cara pulimentada. La lengua es el edificio más antiguo, más venerable, que se nos ha conservado — en ella están impresas nuestra historia y nuestra prehistoria con sus rasgos vitales más finos.

Una vez más en el Musée de l'Homme, durante el descanso del mediodía. ¿Quién es más cruel — el salvaje que curte los cráneos de sus enemigos muertos y luego los colorea, los adorna con líneas abigarradas, rellena las cuencas de sus ojos con conchas y pedazos de nácar y hace todo ello con un gran esmero artístico, o el europeo que colecciona esos cráneos y los expone en sus vitrinas?

Una vez más, y con más fuerza todavía, se me ha hecho evidente el enorme enriquecimiento que experimenta la materia, y en especial la piedra, gracias al trabajo de la mano. Esa penetración, más aún, esa animación es posible percibirla con el cuerpo — en todos los trabajos a mano de tiempos antiguos se nota un arte mágico. Hoy apenas existen ya tales cosas, a no ser en algunas apartadas provincias de la China o en ciertas islas remotas — y, además, también en aquellos sitios donde un pintor sabe qué es el color y un autor sabe qué es la lengua.

Por cierto que en el Musée de l'Homme me sorprenden los ardientes deseos que siento de tocar los objetos, unos deseos que jamás he tenido ante otras colecciones. También es hermoso el tropezar allí tan frecuentemente con muchachos de doce a dieciséis años.

Cenado con Neuhaus y con su cuñado, Von Schewen, en el restaurante Coq Hardi. Conversación sobre los diplomáticos de los tiempos anteriores a la Primera Guerra Mundial, como Kiderlen-Wächter, Rosen, Holstein y Bülow, a los que Schewen conoce por su trato íntimo con ellos. Los más mínimos rasgos son aquí significativos, como la apertura de una partida de ajedrez cósmica.

En Alemania está creciendo la secta que ha adoptado esta divisa: «Disfruta la guerra, que la paz será terrible». En todas las conversaciones acerca de lo que pasará observo en general dos especies de personas — las unas creen que no podrán vivir en el caso de que se pierda la guerra, mientras que a las otras eso les parece perfectamente concebible. Tal vez tengan razón ambas.

París, 7 de agosto de 1943

Continuado con el *Llamamiento,* en el que he empezado el capítulo cuarto, destinado a prolongar las consideraciones sobre el sacrificio. En él pienso contraponer tres estratos de fertilidad creciente: primero, el sacrificio de quienes realizan una obra activa, es decir, los soldados y trabajadores de ambos sexos; después, el sacrificio de los que se limitan sencillamente a sufrir, sacrificio que alcanza una hondura mayor en los perseguidos y asesinados; y, finalmente, el sacrificio de las madres, al cual va a desembocar a su vez, como a una profunda alberca del dolor, cada una de esas categorías.

Por la tarde estudios callejeros en la zona que queda por detrás del Panthéon, la Rue Mouffetard y las callejuelas que salen de ella; allí se conserva todavía algo del trajín de los superpoblados barrios prerrevolucionarios del siglo XVIII. También vendían allí menta, lo cual despertó en mí recuerdos de la extraña noche que pasé en Casablanca en los barrios moros. Los mercados proporcionan siempre abundantes informaciones esclarecedoras, son para el ser humano el país de los sueños y de la infancia.

He vuelto a experimentar un intenso sentimiento de alegría, de gratitud, por el hecho de que esta ciudad de las ciudades haya escapado hasta ahora ilesa a la catástrofe. Cuántas cosas inauditas se nos conservarían si ella, cual un arca repleta hasta el borde de un cargamento antiguo y rico, alcanzase el puerto de la paz tras este diluvio y permaneciese nuestra por nuevos siglos.

París, 10 de agosto de 1943

Al mediodía en casa de Florence, donde estuve hablando con Vogel, el ingeniero jefe, sobre nuestra producción de aeroplanos. Hace algunos meses predijo que el aumento en la construcción de cazas nocturnos pondría fin por estas fechas a los ataques de los bombarderos enemigos contra nuestras ciudades — ¿pero qué pasará ahora, cuando las escuadrillas se presentan en pleno mediodía?

También hablamos del fósforo utilizado como arma — de hecho parece que nosotros poseíamos ya ese medio en el momento de nuestra superioridad aérea, pero renunciamos a emplearlo. Eso representaría un mérito; pero también es bastante extraño, dado el carácter de Kniébolo. La masa de fósforo se transporta en grandes recipientes hechos de arcilla, y en cuanto carga resulta, según parece, extremadamente peligrosa para el piloto; es suficiente un solo casco de metralla para transformar su aeroplano en una masa ardiente que desprende fuego y de la que es imposible escapar.

A última hora de la tarde en casa de Jouhandeau, en la tranquila y pequeña Rue du Commandant-Marchand, situada al borde del Bois. Cuando llegué encontré allí únicamente a su esposa, Elise, a quien ha hecho célebre la mayoría de las novelas de su marido; es una mujer llena de rasgos demoniacos y tiene un carácter fuerte, incluso demasiado fuerte, para los tiempos que corren. A Jouhandeau le gusta compararla a una piedra — bien a la roca de Sísifo, bien al arrecife en que él ha naufragado. Estuvimos charlando un rato y ella acuñó durante esa conversación el concepto de *dégénéré supérieur,* aplicable, según dijo, a la mayoría de los escritores franceses de hoy: afirmó que el cuerpo y también la moral han entrado ya en decadencia, mientras que el espíritu se señala por su fuerza y por su elevada madurez. La maquinaria del reloj es así demasiado débil para el poderoso resorte que la mueve, lo que da lugar a un gran número de indecencias y perversiones.

Hacia las diez llegó Jouhandeau y me acompañó a dar una vuelta por las calles que rodean la Étoile. Allí brillaba, por el lado de poniente, un cielo alto, de color verde botella, con esa luz fría que sigue al arrebol vespertino. Lo coronaban unas nubecillas de unos colores nocturnos, un amatista nacarado y un violeta gris. Jouhandeau dijo:

—*Voilà un autre Arc de Triomphe.*

Pasamos también junto al lugar en que yo entablé conocimiento con Madame L., por pura petulancia, para poner a prueba la receta de Morris, al que tengo derecho a considerar como uno de mis maestros en el mal. Así es como vuelven a florecer de repente, en nuestras correrías por el laberinto de las ciudades, las horas muertas, cual si en el caleidoscopio de los recuerdos se coloreasen, animasen y desfilaran multicolores los edificios y las calles. Jouhandeau estuvo de acuerdo conmigo y dijo que él dedicaba formalmente ciertas plazas y ciertas calles a la memoria de determinados amigos. Pasamos por la Avenue de Wagram, con sus cafés iluminados por luces rojas, sus cortesanas y

sus calles laterales repletas de pequeños *hôtels de passe.* Jouhandeau la calificó de isla extraña en un *arrondissement* tan digno como el 16 — de vena inflamada y multicolor en el tejido de sus calles.

París, 11 de agosto de 1943

Por la noche se prolongó durante horas el fuego de la defensa antiaérea contra los aeroplanos que regresaban de destruir Núremberg y que volaban a gran altura. El comandante en jefe me hizo llamar por la mañana y me regaló una hermosa obra de botánica. Luego se presentó en mi despacho el teniente Sommer, que había estado en Hamburgo. Contó que allí se ha visto una comitiva de niños con los cabellos blancos, ancianos diminutos, envejecidos en una noche de fósforo.

He terminado el apartado cuarto del *Llamamiento,* cuya redacción progresa con lentitud. Sus dos partes cabría caracterizarlas como parte de los cimientos y parte de la edificación — en la primera se hará la descripción del fundamento, es decir, el sacrificio, y en la segunda se describirá el orden nuevo que sobre él puede levantarse. En la primera parte resulta difícil no caer en la mera compasión y por ello aguardo que en la segunda la pluma adquiera mayor fluidez.

A última hora de la tarde jugado con Baumgart dos partidas de ajedrez. Krause, que estuvo en Hamburgo durante el ataque y poco después, cuenta que vio allí unos veinte cadáveres carbonizados que estaban apoyados unos junto a otros en el pretil de un puente, como si se hallaran en una parrilla. Sin duda se trataba de personas empapadas de fósforo que huían; habían tratado de arrojarse al agua, pero habían quedado antes abrasadas. También se cuenta que se ha visto a una mujer que portaba en cada brazo el cadáver quemado de un hijo. Krause, que lleva enquistada en su corazón una bala, había pasado junto a un edificio de cuyo tejado goteaba fósforo. Había oído gritos, pero no pudo prestar ayuda — todas esas cosas traen a la memoria una de las escenas del *Inferno* de Dante, un sueño espantoso.

París, 13 de agosto de 1943

Algunos días me levanto ahora veinte minutos antes de lo habitual, con el fin de leer unas cuantas páginas de Schiller mientras desayuno; para ello utilizo la pequeña edición preparada por Kretzschmar que él mismo me regaló hace poco.

Esta lectura me ha hecho recordar otra vez uno de mis viejos proyectos, el de un *Libro edificante laico.* En él me gustaría recopilar

una serie de breves fragmentos para leer, fragmentos en los cuales, de un lado, la religión desemboca en el arte y, de otro, el arte desemboca en la religión — un ramo que contuviese las más altas floraciones del espíritu humano en su confrontación con lo Eterno. Hasta ellas se alza, primero, el hombre natural, en virtud del bien que dentro de él habita, y asimismo el hombre confesional, el que profesa una religión determinada; este se eleva de un salto a declaraciones cuya validez se mantiene allende todas las divisiones de la fe y allende todos los desarrollos del dogma. En este breviario se recogerían también algunas reproducciones de obras de las artes plásticas. A pesar de lo extenso de mis lecturas he sentido siempre la necesidad de un *vademecum* de esa especie.

Con las *Tres palabras,* de Schiller, y con las *Protopalabras, a la manera órfica,* de Goethe, hizo entrada en nuestra existencia una excelsa constelación del espíritu ideal y el espíritu sustancial, y nunca dejará de ser maravilloso el hecho de que dos astros de tal magnitud se reuniesen en una corte provinciana, en la cual no faltaban otras luminarias, mientras que hoy el espacio de un Reich de cien millones de personas es incapaz de hacer brillar un solo astro que sea equiparable a aquellos.

Por cierto que para la mencionada distinción del espíritu ideal y el espíritu sustancial resulta significativa también, además de la frecuentemente alabada charla que Goethe y Schiller sostuvieron acerca de la protoplanta, la mención de la astrología que aparece en la correspondencia sobre el *Wallenstein.*

En el correo, junto a una carta casi ilegible de Tronier Funder, que parece haber huido de Berlín, también una recensión de *Jardines y carreteras* hecha por Adolf Saager y aparecida en el *Büchereiblatt* del 19 de junio de 1943. En ella leo, entre otras cosas, lo siguiente:

«El despiste absoluto de este antirracionalista se confirma también en la realidad de la campaña. Es cierto que el autor se comporta correctamente, también humanamente; mas, a pesar de su fina sensibilidad, intima con todos los franceses que puede, como si no hubiera pasado nada».

París, 15 de agosto de 1943

Regreso de Le Mans, donde he pasado, con Baumgart y la señorita Lampe, el sábado y el domingo.

En el estudio de Nay, que me regaló un dibujo: una pareja de amantes en un parque tropical donde hay una explosión de flora. Por encima de los troncos y de las palmeras ha salido una luna enorme; en el fondo hay un vigilante que tiene en la frente un solo ojo, grande y pintado de rojo.

Allí volví a encontrar al señor De Thérouanne, una persona de una espiritualidad como solo puede formarse en una vida pasada en puro ocio. En estos casos tengo la impresión de que ese traje que es el espíritu se ha vuelto viejo y cómodo y que se ha adaptado al cuerpo con cada uno de sus pliegues, más aún, que ha acabado convirtiéndose en una segunda naturaleza. Es en eso en lo que estriba la superioridad frente a todas las diferencias de estamento, riqueza, nacionalidad, fe y aun, puede decirse, espíritu — superioridad que se logra no mediante la dilatación en lo general, sino mediante el ascenso, el crecimiento, de la nobleza, de la aristocracia. La nobleza puede llegar a ser tan significativa que confiera unos rasgos infantiles a quien la porta y haga visibles en él los antiquísimos tiempos en que los hombres eran hermanos. Por encima de todas las divisiones lo más sencillo continúa siendo lo más aristocrático. Adán es nuestro príncipe supremo. De él se deriva toda nobleza.

Nay es uno de esos trabajadores obsesos que yo he encontrado con frecuencia entre los artistas y pinta también en el breve período de descanso que le deja libre a mediodía el servicio. A veces viene también Thérouanne al estudio para, tendido en el sofá, leer un libro — es su modo de comunicarse.

Aunque Nay está muy ocupado por sus labores de cabo, se siente muy bien en Le Mans, a pesar del servicio. Esto muestra que el Estado apenas mima a los artistas. Además, aquí no entran policías en el taller para comprobar si se utilizan los pinceles. En Kniébolo todo es simbólico, y así también lo es, a este respecto, su oficio de pintor de brocha gorda. La venganza por Sadowa es completa.

En la mañana del domingo estuve primero en la misa celebrada para los soldados católicos de nuestro ejército; a ella me condujo una feliz casualidad, feliz porque de ese modo pude disfrutar de un sermón breve y bueno acerca de María considerada como la Madre Eterna. Luego di un paseo por las orillas del Huine, un riachuelo de cauce escaso, de color terroso; sobre la superficie de sus aguas se extendían las hojas en forma de corazón de los nenúfares, mientras innumerables pescadores de caña se entregaban al cultivo del ocio. Cerca de la orilla están amarradas unas barcazas cubiertas que sirven de lavaderos públicos.

Más tarde estuve en el cementerio; alrededor de las tumbas reinaba una vida muy agitada, ya que era la Asunción de María y los muertos toman parte en las festividades. Un modesto obelisco indica, en medio de los monumentos funerarios, el lugar donde reposa Levasseur de la Sarthe, que se dio a sí mismo el inusual título de *exconventionnel.* Al verlo pensé si más tarde, dentro tal vez de treinta años, habrá también alguna vez alguien que se haga enterrar como exnazi. ¿Cómo pretender profetizar los recovecos y extravagancias del espíritu humano?

Al mediodía en casa de los Morin; la comida se prolongó hasta las cinco. La dueña de la casa nos obsequió, entre otras cosas, con un pastel cuyos ingredientes son setas, huevos y médula de buey y que lleva el nombre de *amourette.* Entre los vinos había un borgoña que el señor Morin embotelló el año en que nació su hijo y que está destinado a acompañar las fiestas de su vida como una melodía que irá haciéndose cada vez más bella, y también más suave, pues con el correr de los años el tanino ha galvanizado la pared interior de las botellas. Abajo, en la tienda, estuvimos viendo todavía los libros, allí adquirí la Vulgata que hace tiempo quería llevar conmigo, la hermosa edición parisiense de 1664, una edición famosa, pero impresa en caracteres microscópicos.

Durante el viaje de vuelta nos vimos sorprendidos por el espectáculo de un eclipse de luna. Dado que el instante de máximo oscurecimiento coincidió con el crepúsculo, el borde de la luna creciente, que al principio era blanco, fue coloreándose a medida que ella aumentaba de tamaño; y, al ir hinchándose, el borde se doraba.

Lectura en el tren durante el viaje: *Le Prince de Bismarck, psychologie de l'homme fort,* de Charles Benoist, París, 1900, editado por Didier. Lo único que en ese libro ha tenido significado para mí ha sido el goce de una cierta visión estereoscópica al leer, pues por lo demás estoy familiarizado desde pequeño con todos los detalles de la vida de Bismarck gracias a las conversaciones de sobremesa que durante decenios mantuve con mi padre.

Después hojeado un poco en *Le spleen de Paris,* en la edición que me regaló Charmille el año pasado. El epílogo:

Je t'aime, ô capitale infâme! Courtisanes

et bandits, tels souvent vous offrez des plaisirs

que ne comprennent pas les vulgaires profanes!

capta la fruición espiritual que nos proporcionan las cosas vulgares, su policromía, de la cual participamos como si atravesásemos las rejas de una casa de fieras. Eso es también lo que nos produce bienestar en Petronio.

El *Llamamiento* puede aparecer tan solo en una coyuntura que no cabe calcular en el tiempo. Si estuviese terminado antes, lo revisaré como un jardinero, hasta que llegue la hora.

París, 16 de agosto de 1943

En sueños contemplaba una máquina nueva, excelente, que utilizaba aire para fabricar telas. Cuando giraba despacio se veía salir de sus toberas una especie de algodón esponjoso que se coagulaba; cuando se movía más deprisa producía *shirting* y lino. Y cuando funcionaba a toda velocidad escupía tiras de lana gruesa. En cada uno de los casos la máquina absorbía gases diferentes. Yo observaba con cierta sorpresa admirada aquella fabricación de tejidos con aire, pese a que al mismo tiempo me producía repulsión.

Por la mañana sobrevolaron la ciudad unos trescientos aviones; desde la azotea del hotel Majestic estuve contemplando el fuego de la defensa antiaérea. Estos vuelos proporcionan uno de nuestros grandes espectáculos; se percibe el poder titánico en los amplios espacios. No pude distinguir pormenores, pero parece que uno de los bombarderos fue alcanzado, pues por encima de Montmartre cayó al suelo, meciéndose lentamente en el aire, un paracaídas.

París, 17 de agosto de 1943

El ataque aéreo contra Hamburgo representa, entre otras cosas, el primer acontecimiento de esa especie en Europa que escapa a las estadísticas de población. Las oficinas del registro civil son incapaces de precisar cuántos seres humanos han perdido la vida. Las víctimas murieron como peces o como langostas, fuera de la historia, en la zona elemental, que no conoce registros.

Estilo: la repetición de ciertas preposiciones en alemán, como ocurre en la frase: *Das reicht nicht an mich heran* [eso no llega hasta mí], o en: *Er trat aus dem Walde heraus* [él salió del bosque], no me incomoda ya tanto como antes; pues lo que hay en ello es un reforzamiento, una afirmación. Solo que es menester no prodigar esas cosas.

A última hora de la tarde conversación con Weniger y con Schnath sobre interioridades de Hannover; nos ha incitado a hablar de ellas la destrucción de nuestra vieja ciudad natal. En esa conversación han salido a relucir, entre otros personajes originales, Schrader, el encargado de los baños, Gross, el tallista de máscaras, y mi abuelo, el maestro de escuela.

Detrás de la Columna de Waterloo había un oscuro pasaje que llevaba a la Masch; en aquel pasaje se despedían de sus chicas, antes de que sonase la retreta, los soldados del cuartel de Bult, o bien vagaban como fantasmas algunos borrachos, o bien, en fin, se cometían muchas obscenidades y guarrerías de toda laya — de ahí que se lo llamase *Köttelgang* [pasaje de las cagarrutas]. Tras la revolución de 1918, que hizo de Leinert, excelente persona por otra parte, secretario general del ayuntamiento, podía leerse allí en una valla: Calle de Leinert (antes Pasaje de las Cagarrutas).

Un pasquín típico de la Baja Sajonia.

París, 21 de agosto de 1943

Velada en casa de Jouhandeau, que tiene mucho de monje medieval, concretamente de la variedad del tipo extático. En su espiritualidad llaman la atención algunas elevaciones exquisitas — un poco más de ligereza y alzaría el vuelo. Desde luego hay también en ello algunos rasgos luciferinos.

Conversación sobre la inseguridad en el Bois, que hace poco se me ha hecho patente con ocasión de un paseo solitario en la

oscuridad. Personajes sospechosos eran los únicos que se movían por los caminos y entre los arbustos. Muchos de los hombres que son llamados para ir a trabajar a Alemania abandonan sus domicilios y ello hace que aumente considerablemente el número de personas que viven fuera de la ley y, con ello, la delincuencia. Las graves y variadas amenazas contra la libertad proporcionan numerosos reclutas al estamento de los ladrones — hace años que preví eso, aunque sin saber aún las formas específicas en que se haría realidad.

La Rue du Commandant-Marchand queda cerca del Bois. Jouhandeau ha contado que allí se oyen con frecuencia disparos de revólver; hace poco uno de esos disparos fue seguido de unos espantosos lamentos de agonía. Elise se lanzó a la calle a prestar ayuda; es un rasgo que la caracteriza. Se asemeja a los soldados que se sienten fascinados por los cañones, es uno de esos seres cuyas fuerzas se liberan solo en el peligro. Tales mujeres pueden producir levantamientos populares. Por cierto que he observado, y aquí prescindo naturalmente de los sujetos venales, que la germanofilia se manifiesta justo en aquella parte de la población en la que está viva todavía una fuerza elemental. Es la misma secreta corriente subterránea que en Alemania aparece como rusofilia. Contra ella actúan allí las fuerzas del orden, las cuales se inclinan por el Oeste. De ese conflicto, cuyo campo de batalla es sobre todo el centro, emergerán formaciones nuevas.

Hablado sobre los muertos. La madre de Jouhandeau falleció muy anciana; en el instante de la muerte su rostro se iluminó como por efecto de un estallido interior; adquirió los rasgos de una joven de veinte años. Luego pareció envejecer de nuevo y hasta el momento del entierro conservó la cara de una mujer de cuarenta años. Hablado luego sobre la idiocia moderna, la cual se hace visible especialmente también en relación con la muerte, así como en la ceguera con respecto a las fuerzas gigantescas que ejercen su dominio en nuestra vecindad más inmediata. Hablado también sobre Léon Bloy.

En una noche del año de 1941 la mujer de un conocido de Jouhandeau estaba a punto de dar a luz; el marido salió de casa para avisar a la comadrona. Ya había sonado la hora del toque de queda; una patrulla francesa lo paró y lo condujo al puesto de guardia. Allí el hombre explicó su caso; se avisó a la comadrona, pero a él lo retuvieron hasta la mañana siguiente, para comprobar la verdad de sus afirmaciones. Entretanto llegó la noticia de que había habido un atentado; a toda prisa se procedió a juntar algunos rehenes, y, entre otras personas que habían infringido el toque de queda, se fusiló también a aquel hombre. Esta historia encierra una verdad superior y

recuerda por ello uno de los cuentos macabros que aparecen en *Las mil y una noches.*

Historias mauritanas:

1. Los acantilados de pórfido. Descripción de la ciudad excavada por Braquemart como la sede originaria de la violencia.

2. El sendero de Masirah. La búsqueda de la mina de piedras preciosas por Fortunio y sus aventuras en ese viaje.

3. El dios de la ciudad. Debe llevar más allá del superhombre, ya que el concepto supremo del hombre será animalizado y divinizado a un tiempo. Esa es una de las metas de la Edad Moderna y de su ciencia, la cual posee, debajo de su máscara racional, rasgos mágicos; congelación en la Torre de Babel.

Los primeros cincuenta años de nuestro siglo. El progreso, el mundo de las máquinas, la ciencia, la técnica, la guerra, como elementos del mundo preheroico y posheroico, del mundo de los titanes. Todas las cosas se vuelven incandescentes, adquieren una peligrosidad elemental. Para describir ese lapso de tiempo, en la novela por ejemplo, habría que empezar con un personaje que lo afirmase con vehemencia, bien que de manera poco clara, con un Werther del siglo XX, es decir, tal vez con Rimbaud. A esa figura demoniaca habría que asociar otra, alguien que tuviese un saber superior del orden, es decir, no un saber puramente conservador, sino un saber que actuase enérgicamente, un Gran Maestre de la Torre de Babel.

París, 24 de agosto de 1943

Estaba sentado a la mesa con mi padre y con algunos conocidos — era el momento en que el camarero se acercaba para presentar la cuenta. Me extrañaba que aquel hombre se extendiese hablando sobre todo del vino y del precio a que lo compraba y que luego, en el transcurso de la conversación, acercara una silla y se sentase en ella. Gracias a una observación de mi padre se me revelaba que quien estaba hablando con nosotros era el dueño del local. Sus movimientos y sus palabras se adecuaban a ese rango suyo, mientras que no concordaban con los de un camarero.

Al despertarme me pregunté, con Lichtenberg, por la economía y la dramática internas de tales procesos. ¿Por qué el esclarecimiento de

la situación real, acerca de la cual no cabían dudas desde el principio, se produjo tan solo gracias a una observación hecha de forma incidental en la charla? ¿Es que acaso el soñante interviene en la dirección escénica de sus sueños, para hacerlos más interesantes? ¿O bien interviene como actor en una obra de teatro cuyo significado queda por encima de él?

Ambas cosas son ciertas, por cuanto, en nuestros sueños, por un lado aparecemos como un personaje y a la vez somos parte del Universo. Por esta segunda cualidad está viva en nosotros una inteligencia incomparablemente superior, que admiramos cuando el despertar nos ha devuelto a nuestra condición separada, a nuestra individualidad. Al dormir nos asemejamos a estatuas que pensasen con sus cerebros y que, además, estuviesen conectadas en su totalidad, con todas sus moléculas, a las corrientes cósmicas de pensamiento. Nos sumergimos en las aguas de la inteligencia premortal y posmortal.

¿Era Lichtenberg demasiado listo para comprender este doble juego? Me gustaría, en todo caso, tener una charla con él sobre esto, pues su pregunta es una de esas que para mí han llegado a ser más fecundas que no pocas respuestas.

Acabado *Cashel Byron's Profession,* de Bernard Shaw. Es un libro que me ha divertido, a pesar de su polvo victoriano. En estas obras un poco anticuadas se aprende a ver qué es lo primero que queda destruido por el tiempo. De las abundantes paradojas esparcidas por el libro anoto la siguiente:

«La peor locura es la racional, pues posee armas contra la razón».

Acabado de leer además una corta biografía del pintor Pierre Bonnard, que me había sido recomendada por Madame Cardot. De las anécdotas que de él se cuentan me ha resultado especialmente comprensible esta: su tendencia a seguir trabajando en sus cuadros antiguos, aunque los hubiera vendido mucho tiempo atrás, ya que sentía como un reproche la distancia que los separaba de la perfección. Andaba así al acecho en los museos, hasta que el vigilante se alejaba; entonces sacaba del bolsillo una paleta minúscula y un trocito de pincel y con él aplicaba a toda prisa algunos toques de luz a sus cuadros.

Un rasgo como ese ilumina no pocas cosas — entre otras, la propiedad espiritual del pintor, que está menos desarrollada que la del autor de libros. Precisamente el pintor depende mucho más de la

materia y por ello los griegos lo ponían con razón por debajo del filósofo, del poeta, del aedo.

Hoy he estado acordándome de uno de mis pensamientos filosóficos infantiles; para ser de un chaval, no estaba nada mal:

«El “auténtico” pollo está desnudo, es el que se ve colgado ante las tiendas de volatería. ¿Qué tienen que ver, entonces, las plumas con el pollo? Están ahí tan solo como un traje, para dar calor».

Por analogía con eso yo podría haber deducido también, claro está, que en el fondo la auténtica forma humana la constituyen el esqueleto o los músculos o los nervios, con el cerebro y la médula espinal; y, de hecho, todavía hoy tengo un sentimiento de descubridor cuando hojeo láminas anatómicas. Pero al mismo tiempo veo las cosas desde el otro cabo, por cuanto los múltiples sistemas que forman nuestro cuerpo se me aparecen como esquemas, como proyecciones en el espacio extenso. Su realidad estriba únicamente en su relación con el todo, con lo inextenso, y sin ella se tornan ridículos y absurdos, como un pollo desplumado.

Los árboles son, por cierto, las mejores imágenes de ese despliegue a partir de lo inextenso; de igual modo que el auténtico eje de una rueda no es visible, así el auténtico punto vegetativo de un árbol no está situado en el espacio. Con esto se halla relacionado también el carácter de rama y de raíz por el que se señalan muchos de nuestros órganos. Así el cerebro se asemeja a un cotiledón de doble hoja que estuviese ligado al cuerpo por esas raíces principales y fibrosas que son la médula espinal. De eso se desprendería que el propio cerebro no es un fruto, sino una sustancia que forma frutos, que los prepara.

A las siete menos cuarto ha sobrevolado la ciudad a baja altura una gran formación aérea, enmarcada por las nubecillas de color violeta marrón de los proyectiles disparados contra ella. Sin dejarse desviar de su ruta ha volado en dirección a la Étoile por encima de la Avenue Kléber. Estos espectáculos sobre las metrópolis encierran algo propio de Titanes: la fuerza monstruosa del trabajo colectivo sale del anonimato, adquiere un carácter sobremanera visible. De ahí que posean también un cariz de cosa serenante.

El ataque iba dirigido contra el aeródromo de Villacoublay, donde ha destruido doce hangares y veintiún bombarderos y ha dejado la

pista como un campo arado. Además en las aldeas vecinas han quedado aniquiladas algunas casas de labor y han perecido muchos habitantes. En un bosquecillo se ha encontrado a un hombre que iba montado en una bicicleta; tanto él como ella habían sido lanzados hasta allí, desde una gran distancia, por la explosión de una bomba.

París, 25 de agosto de 1943

Por la tarde en Les-Essarts-le-Roi, a cazar perdices. Como el cristal en el agua madre, así va emergiendo invisiblemente ahora el otoño en el verano. Su aroma, el primer frescor, el modo como se hace visible en el paisaje su carácter frutal — su modo de hacer madurar las formas, de redondearlas, de volverlas enjundiosas.

No he llegado a disparar un solo tiro, pues me he dedicado a la caza sutil al borde de un charco; es mucho más interesante. Allí he encontrado la *Yola bicarinata,* un insecto del Oeste; a última hora de la tarde, con la ayuda de la hermosa obra de Guignot sobre los coleópteros acuáticos de Francia, he estado ocupándome de su estructura.

Tarde ya, he subido a la habitación del Presidente. De regreso de Colonia, ha contado que en los sótanos de los edificios en ruina de aquella ciudad se han abierto «Tabernas renanas»; en ellas se reúnen los que se han quedado sin vivienda por culpa de los bombardeos. Reina allí un ambiente muy animado. Los bebedores entonan las viejas canciones de Carnaval — especialmente popular es, a lo que parece, la titulada *Ja, das sind Sächelchen!* [¡Sí, estas son cositas!].

Esto me trae a la memoria mi lectura de *La máscara de la Muerte Roja,* de E.A. Poe, al cual cabe considerar desde luego, junto con Defoe y su *Diario del año de la peste,* como uno de los autores de nuestro tiempo.

París, 26 de agosto de 1943

Avanzado un poco en el *Llamamiento.* Durante los grandes calores he interrumpido mi trabajo en él, pues es notable lo poco que cabe crear con la mera voluntad. Precisamente todo lo relacionado con las Musas forma parte de nuestra existencia vegetativa y no de nuestra existencia animal. De ahí también que sea mucho más dependiente del clima. Tampoco es posible adiestrarlo, y ninguna amenaza lo forzará a pagar tributo; la pluma auténtica no puede ser nunca venal.

Cenado en Maxim's con Neuhaus y con su cuñado, Von Schewen; hallo en este, como en la mayoría de los viejos conservadores, el

defecto de que sobreestiman los poderes nuevos. No ven que la superioridad de esos poderes estriba en que trabajan más barato, por cuanto se atienen a las reglas de la costumbre, del derecho y de la decencia tan solo en aquellos sitios donde les viene bien. Ese es su doble juego, que les deja siempre la posibilidad de optar por lo más bajo. Así, por ejemplo, ponen fin a una partida de ajedrez con un bastonazo, o a un contrato de renta vitalicia asesinando al rentista. Tales cosas producen un efecto de sorpresa, pero solo por poco tiempo. Precisamente esos atletas de boquilla se achican tan pronto se les habla de esa misma manera, la única que a ellos les resulta comprensible. También los conservadores son muy capaces de hacer eso, si tienen suficiente calado y tocan su fondo autóctono; cabe verlo en Sila y todavía en Bismarck. A menudo tengo incluso la impresión de que ciertos virajes que se repiten en la historia sirven únicamente para provocar y poner en marcha esa reacción, como respuesta de la raza primordial, de igual manera que la lluvia hace germinar el grano. Desde luego, entonces se pierde la inocencia; la monarquía restaurada viene después del pecado original.

París, 27 de agosto de 1943

Café en casa de Banine. Todo el arte en el trato con los seres humanos está en mantener durante largos períodos de tiempo la misma agradable distancia media, sin alejamientos, sin acercamientos y sin variaciones de la cualidad. También el cosmos social de los conocidos, de los matrimonios, de las amistades reposa, igual que el cosmos astronómico, en ese equilibrio entre la fuerza centrífuga y la de la gravedad. La parte más agradable de la vida no es, sin duda, aquella que se basa en el cambio, sino aquella que se basa en la repetición.

Durante la cena en el hotel Raphaël larga conversación con Weniger sobre nuestro paisano Löns y sobre esa forma especial de *décadence* que le es común con los autores nórdicos y con bastantes autores ingleses. Una extraña *morbidezza* ataca a los germanos en esos decenios y el tener conocimiento de ella proporciona la clave para comprender una numerosa serie de personas y de cosas. Así, esa *morbidezza* ejerce una enorme influencia sobre el *Jugendstil,* el «modernismo», al que hoy todavía se concibe de una manera demasiado estrecha y formalista, sin verlo suficientemente como un espectáculo espiritual. Durante un determinado decenio casi todas las cosas forman parte de ese espectáculo. Por vez primera vi claro eso en el Casino del 73.º Regimiento, en Hannover; en sus paredes colgaban los retratos de los viejos oficiales, desde la batalla de Waterloo, y allí se transparentaba de manera general el extraño relajamiento que hubo

a finales de siglo. En esa situación también los germanos tienen necesidad de mentores judíos, tienen necesidad de su Marx, de su Freud o de su Bergson; los veneran de manera infantil y aspiran a convertirse más tarde en su Edipo. Es preciso saber esas cosas si se quiere comprender el antisemitismo de salón como síntoma típico.

En la cama he comenzado a leer *Point Counter Point,* de Huxley. También las temperaturas bajo cero resultan fascinadoras cuando descienden lo bastante. Eso se nota en ciertas novelas del rococó y es posible que, en este sentido, también Huxley experimente todavía una apreciación póstuma. A tales grados de temperatura pierden su brillo también la carne y el contacto erótico; resalta su ingrediente físico. En general Huxley da el armazón científico de nuestra época, como preciso dibujante y analista que es. El buen estilo presupone hoy una formación en ciencias naturales, de igual modo que en otros tiempos presuponía una formación teológica.

París, 28 de agosto de 1943

En las primeras horas del amanecer estaba hablando con mi padre sobre libros, como tantas veces en mi vida, y de repente me percataba de que me hallaba desde hacía tiempo en un error acerca de nuestra relación. El error consistía en que no era él quien había muerto, sino más bien yo. «Exacto, él muere en mí; pero entonces es imposible que yo no haya muerto en él.»

En ese momento intentaba hacer memoria de las circunstancias de mi fallecimiento, pero durante largo rato no encontraba ningún punto en que apoyarme. Era como si se hubiera tratado de un pequeño viaje, de un mero traslado, que uno olvida pronto. Mas luego cristalizaba de repente en mi recuerdo la estampa de la última caminata, con todos sus pormenores.

La cosa ocurría en una gran estación de ferrocarril; había allí pequeñas salas de espera y en una de ellas me encontraba yo, con un grupo de viajeros, delante de una puerta. Seríamos seis o nueve, tal vez también doce. Íbamos vestidos con sencillez, como trabajadores que se dispusieran a emprender una excursión dominguera; la ropa de los hombres era azul, de dril, y las mujeres llevaban unos monos de pana marrón. La insignia que portábamos era un alfiler con una de esas mariposas amarillas cuyo color tiende al azul cuando mueven las alas. Me llamaba la atención el hecho de que ninguno de nosotros llevase bulto alguno en la mano, ninguna maleta, ni tampoco una de esas pequeñas carteras que vemos con frecuencia en manos de los obreros.

Tras haber estado un rato de pie en medio de la aglomeración de la sala de espera, se abría la puerta y entraba apresuradamente un clérigo. Era un hombre delgado, de baja estatura, con una sotana negra, y mostraba esa agitación, propia de personas muy ocupadas, que tienen los pastores de almas que trabajan en parroquias grandes y mal dotadas de personal, los cuales ven interrumpida la sucesión de sus deberes unas veces por un bautizo, otras por un entierro y otras por una confesión urgente. Son curas de los suburbios.

El sacerdote nos estrechaba la mano y luego nos conducía hacia el interior de la estación por unos pasillos largos, mal iluminados, y por unas escaleras. Yo pensaba que acaso fuésemos a tomar con él un tren de cercanías para realizar una pequeña excursión a una imagen milagrosa o a un convento en el que el sermón iba a predicarlo un obispo extranjero.

Pero mientras íbamos caminando de aquella manera sentía agitarse dentro de mí las olas de una angustia creciente y por fin comprendía, con dificultad, como en un oscuro sueño, la situación en que me hallaba. El grupo de personas con el cual yo era conducido por aquellos pasillos subterráneos era una comunidad mortuoria, formada por gentes que se sentían necesitadas de la última purificación y que iban a despojarse de su cuerpo como de un vestido viejo. Había, en efecto, desde que el mundo se hallaba en desorden, muchas comunidades de esas y su formación dependía de la especie de muerte que sus miembros hubiesen elegido. Por lo que a nosotros se refiere, estaba aguardándonos un baño de fósforo. De ahí lo exiguo de nuestro grupo.

¡Cuánto había añorado yo esta gran purificación! Mis estudios teológicos no menos que mis conocimientos metafísicos, mis tendencias estoicas y espirituales, los deseos innatos de afrontar el último riesgo y también el lujo de una curiosidad sublime, las doctrinas de Nigromontano, la nostalgia de Dorotea y de los excelsos guerreros que me habían precedido — todas esas cosas se habían conjuntado para corroborarme en mi resolución y eliminar todos los obstáculos. Y entonces, en aquel pasillo estrecho, oscuro, se apoderaba de mí una angustia horrorosa.

«Qué buena cosa es», pensaba yo, «que al menos hayas abandonado tu equipaje y así puedas juntar las manos.» Enseguida comenzaba a aferrarme a la oración, como alguien que, sobre un abismo espantoso, estuviese colgado de la última raíz. Yo rezaba el padrenuestro con ahínco, más aún, lo rezaba de una manera salvaje, y, así que lo terminaba, volvía a rezarlo una vez y otra. No había en ello

ni un consuelo ni un mérito ni un pensamiento, lo único que había era un fiero instinto último, un saber ancestral, el que hace que quien está ahogándose luche por respirar y quien está sediento clame pidiendo agua y el niño grite llamando a su madre. Tan solo a veces pensaba, cuando llegaban algunas olas de alivio: «Oh tú, plegaria maravillosa, tesoro inmenso, ningún invento en la Tierra se equipara a ti».

Nuestra marcha por aquel laberinto había llegado por fin a su término: nos llevaban a una habitación iluminada con luz cenital y amueblada como un salón de música. El clérigo desaparecía en una pequeña sacristía y regresaba revestido con una capa pluvial de seda blanca y una estola adornada con piedras de colores. Nosotros habíamos subido entretanto a una especie de plataforma o balaustrada — desde arriba yo veía que estaba formada por la tapa de un piano de cola. El sacerdote se sentaba a aquel piano y tocaba. Nosotros empezábamos a entonar cantos, de acuerdo con la melodía que él interpretaba, y con aquellos sonidos, que me penetraban, inundábame un sentimiento de dicha — un coraje nuevo, más fuerte que cualquier otro coraje que puedan procurarnos las cumbres espirituales y corporales. La alegría iba creciendo y llegaba a ser tan intensa que me despertaba — y es extraño, pero este ha sido uno de los sueños de cuyo despertar no me he felicitado.

París, 29 de agosto de 1943

En la tarde de hoy domingo hojeado un poco en mi libro de cuentos — quiero decir en el Musée de l’Homme. Allí he vuelto a ver a Miss Baartman, la Venus hotentote, alrededor de la cual hay siempre un nutrido grupo de visitantes a los que aquello en parte divierte y en parte resulta chocante. Miss Baartman falleció en París hacia 1816, a la edad de treinta y ocho años, y entonces no fue ciertamente disecada, pero sí vaciada en un molde, con todos los pormenores de sus encantos íntimos, que se apartan de toda norma; de esa manera fue expuesta en una imagen de yeso completamente fiel al original. A su lado puede verse además su esqueleto.

Pensamiento mientras miraba a quienes miraban: ¿habrá acaso seres, seres invisibles y sumamente peligrosos, para los cuales sois vosotros objetos de museo y piezas de colección?

Luego en la exposición de temas marineros instalada durante algunas semanas en los bajos del museo. Junto a numerosos modelos de barcos, armas, instrumentos náuticos, relojes de arena y documentos se había reunido allí también un grupo numeroso de pinturas, como, por ejemplo, diversas marinas de Joseph Vernet, vistas

de ciudades portuarias y costeras. Uno de esos cuadros, una panorámica del golfo de Bandol, se halla animado en el primer plano por una pesca del atún. Las barcas de los pescadores, donde la matanza está en plena actividad, hállanse rodeadas por galeras de gala, en las que un público elegante contempla con asombro aquel baño de sangre. Entre las crestas blancas de las olas y las toscas mallas de las redes una banda de muchachos semidesnudos lucha a brazo partido con los peces, que tienen tamaño humano y están extrañamente rígidos. Los muchachos arrastran hacia sí a los peces con unos ganchos que les han clavado en las agallas o bien los rodean con sus brazos y los degüellan con largos cuchillos — niños asesinos con sus juguetes. La gente de la ciudad está fascinada por aquella fiesta de sangre: las mujeres se cubren los ojos o extienden los brazos, medio desmayadas, para protegerse de aquella avalancha de imágenes, mientras los caballeros las sostienen abrazándolas por el pecho. Bien se ve que la pesca del atún es un espectáculo rojo, como lo muestra también, en efecto, la hermosa descripción que de ella hizo el *abbé* Cetti.

Un naufragio, pintado por Gudin hacia 1821, me ha permitido comprender por vez primera la naturaleza de ese acontecimiento y, por encima de eso, la fatalidad, la densidad de la catástrofe, en la que se acumula un enorme número de imágenes. Ya el aspecto general de la pintura provoca un sentimiento de debilidad, de mareo, en quien la contempla. Ve un gran barco en medio de un mar terriblemente agitado, sobre el que se ciernen nubes oscuras y cuelgan cortinas de lluvia. La posición del barco es tal que se halla casi vertical sobre la proa; parécese, en efecto, a la punta de un leño o a una cuña que un remolino gigantesco succionase hacia las profundidades. Y así, lo único que sobresale de aquel remolino es la ancha popa, en la que se descifra la palabra «Kent», y una parte del casco, de cuyas ventanas y ojos de buey salen humo y llamas. Sobre aquel vasto pedazo de madera, que en parte se halla ya oculto por fuegos rojos, humaredas amarillas y espumas blancas, apretújase una muchedumbre de seres humanos; de su oscuro racimo se separan algunos que se arrojan a las profundidades o descienden agarrados a cuerdas. Sujeta a una driza se balancea en el aire, sobre el abismo hirviente, una mujer con un niño, a la que se pretende bajar hasta uno de los botes. Casi nos maravillamos de que en aquella confusión terrible pueda aún pensarse en tales tentativas de salvamento, pero en medio del grupo de seres humanos se ve allá arriba una figura tocada con un sombrero de copa que, con el brazo tendido en ademán imperioso, parece señalar algo y estar dando órdenes todavía. El barco que naufraga está rodeado de botes completamente abarrotados que combaten con las olas — en

uno de ellos se está a punto de apartar con la pala de un remo a alguien que se acerca a él a nado. En medio de las blancas espumas que giran, las aguas están lisas y brillan con un suave color verde de una fuerza narcótica. Vense allí personas que se agarran a los restos del naufragio y otras que, ya ahogadas, marchan hacia el fondo cual si estuvieran dormidas — aún son visibles sus colores, pero ya están incrustadas en el cristal verde, en el cristal azul marino. Allí destaca, hermoso y resplandeciente, un pañuelo rojo.

Velada en casa de Morand, que ha sido nombrado embajador en Bucarest. Llega el otoño, se van las golondrinas.

París, 30 de agosto de 1943

En la escalera del hotel Majestic han colocado, en un lugar de la vieja y gastada alfombra, un pedazo de alfombra nueva, muelle, de colores más brillantes. Observo que, cuando paso por allí, subo más despacio los peldaños. Esto, para la relación entre el dolor y el tiempo.

Carl Schmitt escribe que su hermosa vivienda de Berlín está en ruinas. De las cosas que ha podido salvar menciona únicamente las pinturas de Nay y de Gilles, y esa preferencia es justa, pues la obra de arte forma parte del mobiliario mágico de la casa, de los bienes más importantes, equiparables a las imágenes de los lares y penates.

París, 31 de agosto de 1943

Cena con Abel Bonnard en la Rue de Talleyrand. Conversación sobre los viajes por mar, los peces voladores y el *Argonauta argo o* argonauta común, el último de los amonites, que solo cuando el mar está completamente en calma asciende de las profundidades en su concha primorosa, parecida a una barca de gala, para entregarse a sus juegos. Luego hemos hablado sobre el cuadro de Gudin que puede verse en la exposición de temas marineros y cuyos pormenores le he descrito. Bonnard ha contado que ese pintor, en sus estudios previos para pintar tales escenas de naufragio, destruía a bastonazos bellos modelos antiguos de barcos de vela del siglo XVIII, hasta dejarlos en el estado que deseaba.

¿Por qué una cabeza tan lista, tan clara, como Bonnard se mete en estos reinos de la política? He pensado, mirándolo, en la frase de Casanova; según Casanova, por fuerza ha de ir ligado siempre un cierto encanto a las funciones de un ministro, encanto que él, desde luego, no puede comprender, pero que ha visto actuar sobre todos

aquellos que han ocupado ese cargo. En el siglo XX, sin embargo, lo único que queda de eso es el trabajo y las coces del *demos,* del populacho, con las que hay que contar más tarde o más temprano. También aumenta sin interrupción la mala fama.

París, 1 de septiembre de 1943

Cada vez con más frecuencia me veo obligado a poner en mi libreta de direcciones estos signos: ? † = muerto;  = destruido por las bombas.

Así, el doctor Otte me escribe desde Hamburgo que el 30 de julio quedó destruida allí, junto con la totalidad del Fischmarkt, el mercado del pescado, también su farmacia, incluidos todos los bienes heredados desde los tiempos de su bisabuelo y las habitaciones en que tenía su archivo sobre Kubin. Ahora ha instalado una farmacia provisional en un estanco: «Todo menos irme de Hamburgo. Aquí viviré o sucumbiré».

Cenado con el Presidente, que me ha contado cosas de los campos de concentración de Renania en el año 1933, con muchos detalles del mundo de los desolladores. Siento, por desgracia, que el conocimiento de tales cosas está empezando a causar efecto no, ciertamente, sobre mi relación con la patria, pero sí sobre mi relación con los alemanes.

París, 4 de septiembre de 1943

Ayer, inicio del quinto año de la guerra, muy melancólico; me fui pronto a la cama. Una vez más vuelvo a estar insatisfecho con mi salud, pero eso me inquieta menos desde que me he formado esta idea al respecto. Mi crecimiento se asemeja a un rizoma que vegetase bajo tierra; a menudo está casi seco, y, sin embargo, a veces, con el correr de los años, estimulado espiritualmente, produce retoños verdes, flores y frutos.

Continuado la lectura de Huxley, que se hace difícil, sin embargo, por la seca frialdad del autor. Me ha parecido notable un pasaje en el que expone que la influencia de las estaciones del año, la ordenación de la vida de conformidad con ellas, es algo que va disminuyendo a medida que aumenta la civilización. Así, dice, en Sicilia el número de

nacimientos es en enero todavía el doble que en agosto. Es verdad: la periodicidad decrece con el correr del tiempo. Es una suerte de desgaste, de erosión por rotación. Asimismo se difumina la diferencia entre el día laborable y el día festivo: en la ciudad todos los días son de feria. Quedan todavía algunos ecos de que antiguamente la moral cambiaba con los meses — a orillas del lago de Constanza se da por sentado que durante los días de Carnaval los cónyuges han de ser indulgentes el uno con el otro. Pero la desaparición de la periodicidad es tan solo una de las caras de ese proceso — la otra consiste en que el ritmo gana a costa de aquella. Las vibraciones son de menor amplitud y, a cambio, más numerosas. Al final se encuentra nuestro mundo de máquinas. El ritmo de la máquina es vertiginoso, pero a la máquina le falta periodicidad. Sus vibraciones son innumerables, pero iguales, sin distinción entre ellas. La máquina es un símbolo, su economicidad es una ilusión óptica — la máquina es una especie de molino de oraciones.

Mientras dormía fui sintiéndome mejor — me veía en un jardín en el que me despedía de Perpetua y del niño. Había estado removiendo la tierra y había descubierto con la laya una pequeña oquedad donde veía dormitar una serpiente de color oscuro. En el momento de despedirme le hablaba de ello a Perpetua; me preocupaba que el animal pudiese morder al niño durante sus juegos y por eso volvía sobre mis pasos para matarlo. Pero en ese instante descubría que el jardín albergaba numerosas serpientes — ovillos enteros de ellas estaban tomando el sol en la terraza de un pabellón semiderruido. Allí veía serpientes de color rojo oscuro, otras azules y otras jaspeadas de negro y amarillo, de rojo y negro, o de rojo y marfil. Yo comenzaba a expulsarlas de la terraza con mi bastón; manojos de ellas se alzaban entonces y me apretaban contra su cuerpo. Me daba cuenta de que eran inofensivas y por ello apenas me asustaba al divisar a mi lado al pequeño, que me había seguido sin que yo lo notara; el niño agarraba a los animales por el centro del cuerpo y, como si se tratase de un alegre juego, los llevaba fuera del jardín. Este sueño me ha reconfortado; me he despertado con nuevos ánimos.

A primera hora de la mañana de hoy se ha sabido que los ingleses han desembarcado en el extremo suroccidental de Apulia. En la incursión aérea de ayer sobre París cayeron por primera vez bombas en los barrios del centro, y en concreto en algunas calles que yo amo, como la Rue de Rennes y la Rue Saint-Placide. También cayeron dos bombas en la Rue du Cherche-Midi, una muy cerca de la librería de viejo de Morin, al que inmediatamente llamé por teléfono, y otra frente a la casa de la Doctoresse.

Por la tarde he estado en el Barrio Latino, primero a visitar a un lector desconocido, llamado Leleu, que por el correo neumático me había solicitado una entrevista. Resultó que era un representante de tejidos de Lyon, que me recibió en una minúscula habitación de un destartalado hotel. Una vez que tomé asiento en la única silla que allí había y que él se acomodó en la cama, nos enfrascamos en una charla sobre la situación; durante ella dio rienda suelta a algunas veleidades enérgicas, pero confusas, con inclinaciones comunistas. Esto me trajo a la memoria los años en que también yo recortaba mi vida con la tijera de los conceptos, transformándola en flores de papel. Cuánto tiempo valioso se desperdicia de esa manera.

Luego en la librería de viejo de Morin; por el camino fui mirando los destrozos de la Rue du Cherche-Midi. La bella piedra blanda de que está construida esta ciudad había sido ya recogida en grandes montones delante de los edificios afectados; de los huecos de las ventanas sin cristales colgaban cortinas o sábanas, o un tiesto solitario se hallaba todavía en su repisa. Los rayos que cayeron de un cielo sereno habían golpeado a los pequeños comerciantes y a esas gentes modestas que moran encima de sus tiendas en viviendas viejas, llenas de recovecos. También entré en casa de la Doctoresse; como ella está de viaje hice que me abrieran el piso para ver si todo estaba en orden. Los cristales habían caído de los marcos de las ventanas, como en casi todas las casas, pero no había otros desperfectos.

Durante estas caminatas un avión solitario, rodeado por las nubes de los disparos de la defensa antiaérea, estaba sobrevolando ya otra vez el centro de la ciudad sin que sonase la alarma y sin que las gentes que animaban las calles se mostrasen inquietas por ello.

El robo más grande que Kniébolo está haciendo a nuestra nación es el robo del derecho — es decir, ha despojado a los alemanes de la posibilidad de tener razón y de sentirse con derecho frente a las atrocidades que están cometiéndose con ellos en estos días y las que los amenazan en el futuro. Es cierto que el pueblo como tal se ha hecho cómplice, por su aclamación — esa era la nota básica, terrible, desconcertante, que se percibía por debajo de las tempestades de júbilo, de las orgías de júbilo. Como en tantas otras cosas, Heráclito dio en el clavo al decir que las lenguas de los demagogos son afiladas como cuchillos de carniceros.

París, 5 de septiembre de 1943

Una vez más, salud precaria; también es evidente que estoy

adelgazando. Dos son las causas de ello: de un lado, la vida sedentaria y de gran ciudad, pasado cierto tiempo, resulta perjudicial; de otro, mi naturaleza espiritual se asemeja a una lámpara que consumiese mucho. He decidido aplicar el único medio que promete éxito: paseos prolongados, y he empezado recorriendo el camino que desde la Étoile, pasando por la Cascade, lleva hasta Suresnes, y vuelta desde allí hasta la Étoile a lo largo del Sena, cruzando el puente de Neuilly.

Breve caza sutil a orillas del estanque de Suresnes. Las plantas que crecen en el gran vertedero que allí se extiende — paraíso de la hierba mora. En vano estuve buscando el estramonio, pero a cambio encontré por vez primera en terreno despejado la nicandra, esa baya venenosa que procede de Perú. Se había asentado, formando matas frondosas, de anchos zarcillos, en la vertiente sur de un montón de basura, y junto a los cálices en forma de estrella de cinco puntas con manchas amarillas y oscuras tenía unos pequeños farolillos todavía verdes. En jardines nunca la había visto tan robusta como en este sitio — al igual que muchas otras especies de hierba mora, la nicandra hace pensar en esas existencias que no son mejoradas por ninguna educación, pues es en los escombros y desechos de la sociedad donde mejor se desarrollan.

En el Quai Gallieni había grupos numerosos de pescadores de caña; un pescador acababa de capturar un escardino cuya longitud no era mayor que la de un dedo meñique e iba sacándolo con mucho cuidado hacia la orilla, sobre la lisa superficie del agua, mientras le decía cariñosamente.

—*Viens, mon coco.*

Los martines pescadores volaban de un modo maravilloso sobre el agua fangosa, con un silbido suave y sostenido. He hecho alto en una pequeña iglesia semiderruida, de apariencia rural, que se alzaba en medio de los suburbios. En el Quai National una placa en una barraca carcomida recordaba que el compositor Vincenzo Bellini murió allí el 23 de septiembre de 1835. Mientras la leía pensaba en el sacrificio del hombre creador y en su papel de extraño en este mundo. También allí, en el Quai National, había una multitud de pescadores de caña; en barcas, o en cuclillas sobre las piedras de la orilla, sacaban del agua como por arte de magia unos minúsculos peces plateados. La visión de un pescador de caña es reconfortante — él es el maestro del arte de estirar el tiempo, de dilatarlo agradablemente, y, por esa razón, uno de los personajes antitéticos del técnico.

Impatiens noli tangere, la hierba de Santa Catalina o «no tocar». Siempre que he paseado con mujeres por bosques he notado que son sensibles a los encantos táctiles de esa planta. Dicen:

—*Oh, ça bande.*

En los órganos que expelen las semillas hay una turgencia, una presión vital alta y elástica, pronta a disparar. Especies tropicales, casi en *grandeur naturelle,* las he visto en los invernaderos. En mi jardín ideal me gustaría plantar la hierba de Santa Catalina en los arriates que rodeasen las joviales estatuas de Príapo — la hierba de Santa Catalina, y también otras varias hierbecillas bromistas.

Yo no me contradigo — eso es un prejuicio de estos tiempos. Lo que hago es, más bien, moverme por diversos estratos de la verdad; y el estrato que en cada caso es el más alto somete a sí a los demás. Vista objetivamente, la verdad se vuelve más sencilla en esos estratos superiores; del mismo modo que, visto subjetivamente, el concepto adquiere una mayor fuerza subordinadora en los estratos superiores del pensar. Esa verdad se asemeja, vista intemporalmente, a una raíz muy ramificada que fuera agrupándose en filamentos cada vez más robustos y se cerrase en *un solo* brote en aquellos sitios donde irrumpe a la luz. Tal cosa ocurrirá, así lo espero, en el instante de la muerte.

Avanzado en la lectura de Huxley. En su estilo hay todavía mucho pensar teórico, mucho trabajo constructivo del pensamiento. Entremedias, de manera aislada, como pepitas de oro en la arena de aluvión, el espíritu se concentra en imágenes dotadas de fuerza material. Así ocurre, por ejemplo, en esta observación que hoy me ha llamado la atención: la economía humana tiende a explotar la vida muerta, como las minas de carbón, que son restos de bosques antiquísimos, o como los campos petrolíferos o como las costas de guano y otros lugares parecidos. En esos yacimientos convergen líneas ferroviarias y marítimas, en ellos se establecen muchedumbres de inmigrantes. Contemplado por un astrónomo lejano, en una compresión del tiempo, ese espectáculo se parecería a la agitación de un enjambre de moscas que hubiese olido un gran cadáver.

El autor alcanza en tales imágenes una gran profundidad y roza los estratos en que reside la superioridad del pensar de nuestro siglo, en comparación con el precedente. Es la diferencia que hay en la luz, la cual no aparece ya como pura vibración, sino al mismo tiempo de manera corpuscular.

París, 6 de septiembre de 1943

Avanzado en la redacción del *Llamamiento.* Observo en este trabajo una especie de esfuerzo que no es fácil de describir. Tengo clara una frase — podría pasarla al papel. Su escritura va precedida, empero, de una lucha interior. Es como si para esta arriesgada empresa faltara todavía la gota de una esencia especial, que solo con gran dificultad cabe procurarse. Pero es notable el hecho de que casi siempre la redacción se adecúe a la concepción — y de que, sin embargo, yo tenga la impresión de que se modifica al pasar deslizándose por la citada tensión.

Continuado la lectura de Huxley. Luego he soñado mucho con una estancia mía en una casa de labranza, donde estaba invitado — pero el único detalle de que he podido acordarme por la mañana ha sido el de que yo entraba en una habitación en cuya puerta podía leerse en un cartel la palabra *astuce.* Al despertarme he pensado: «Qué bien, sin duda era una especie de salón de respeto, puesto que *astuce* significa *Hochmut,* arrogancia». Pero al consultar acto seguido el diccionario he visto que la traducción alemana de esa palabra francesa es *Arglist,* perfidia, astucia. Y eso era lo que correspondía a la situación.

París, 7 de septiembre de 1943

En compañía de Jouhandeau he repetido mi ronda por bosques y aguas. Jouhandeau me ha contado que la avalancha de imágenes y de pensamientos lo tiene tan ocupado que trabaja casi sin interrupción. De hecho en el lugar donde nos citamos, un banco de la Étoile, lo encontré escribiendo afanosamente, absorto en sus anotaciones. Tengo la impresión de que la enorme desgracia que está afligiendo a los pueblos libera fuerzas espirituales que actúan sobre las percepciones más delicadas con unas olas cada vez más fuertes, con unas vibraciones cada vez más poderosas. Bandadas de palomas y de grajos giran alrededor de las cabezas como alrededor de las agujas de los campanarios cuando hay tormenta; legiones de espíritus buscan un lugar donde reposar.

Le he mostrado a Jouhandeau las plantas del vertedero y le he oído decir que en francés el nombre de la candelaria o gordolobo es *Le Bon Henri.*

París, 9 de septiembre de 1943

Esta mañana se ha conocido la noticia de la capitulación

incondicional de Italia. Estaba mirando todavía el gran mapa del Mediterráneo y en ese momento han vuelto a sonar las sirenas; entonces me he dirigido al hotel Raphaël. Allí he acabado la lectura de los Apócrifos y, con ello, la lectura del Viejo Testamento, que comencé hace dos años, el 3 de septiembre de 1941. Ahora he leído, pues, la Biblia entera y me propongo releer el Nuevo Testamento, con la ayuda de la Vulgata y de la versión de los Setenta.

Ambas partes se complementan de un modo prodigioso. Presentan la historia del ser humano, primero como criatura de Dios y luego como hijo de Dios. El carácter abierto, inconcluso, de la obra parece exigir un Tercer Testamento: *después* de la resurrección, desde la transfiguración. De hecho eso es algo que apunta en el final de la Biblia, en el Apocalipsis. Cabría interpretar los máximos esfuerzos del arte de Occidente como tentativas de crear ese Testamento; es algo que se transparenta en todas las grandes obras de ese arte. Pero también podría decirse que cada uno de nosotros es el autor del Tercer Testamento; la vida es el manuscrito y a partir de él se forma en lo invisible, en el espacio posmortal, la realidad superior del texto.

Al acercarme a la ventana he visto dos escuadrillas de bombarderos en formación triangular que volaban a baja altura sobre la ciudad, mientras los cañones de la defensa antiaérea disparaban contra ellos.

El bello pasaje que aparece al principio de los apéndices del Libro de Ester, el pasaje con que comienza la carta que Artajerjes dirige a los ciento veintisiete príncipes que le están sometidos, desde la India hasta Etiopía, y a sus ministros. Esas palabras son, empero, la introducción a una orden de derramar sangre. Es un modelo que todavía hoy posee vigencia.

Velada en casa de Jouhandeau; hemos estado examinando poesías de los siglos XVI y XVII — así, de Mellin de Saint-Gelais, el soneto en el que se repite graciosamente *II n’y a pas,* y cuyos lazos se anudan luego en el último verso. Me ha traído a la memoria la hermosa *Trost-Arie* [Aria de consolación] de Johann Christian Günther, en la que se repite de la misma manera *endlich* [por fin].

Endlich blüht die Aloe,

Endlich trägt der Palmbaum Früchte,

Endlich, endlich kommt einmal.

[Por fin florece el áloe,

por fin da frutos la palmera,

por fin, por fin esta vez llega.]

Las últimas palabras de Saint-Gelais son, por cierto, significativas. Los médicos celebraban una reunión junto a su lecho y discutían sobre su enfermedad y el modo de tratarla. Tras haber escuchado sus discusiones Saint-Gelais se volvió hacia la pared y diciendo: *Messieurs, je vais vous mettre d'accord,* expiró.

Continuado la lectura de Huxley. La prosa se asemeja a una red de delgados filamentos de cristal en los cuales estuviesen prendidos ya, acá y allá, algunos hermosos peces. Ellos son lo único que queda en el recuerdo.

París, 10 de septiembre de 1943

Por la noche sueños, de los que he retenido solo algunos fragmentos sueltos. Así, para caracterizar a un mal pintor, yo decía: «Ese hombre, al no poder vender sus cuadros, ha aceptado el subsidio de paro».

Al despertarme me vinieron a la cabeza los diarios míos de ciertos años, que quemé junto a trabajos y poesías de juventud. Es cierto que los pensamientos eran incompletos y con frecuencia ingenuos, pero con el paso de los años uno se vuelve más indulgente también en la autocrítica. Hemos de distanciarnos mucho de nuestros trabajos y hemos de sufrir mudanzas también nosotros mismos para poder verlos de un modo más justo, sin tantos prejuicios. Esa relación es semejante a la de los padres que están descontentos de sus hijos y que lo están por la única razón de que estos se parecen a ellos, mientras que se llevan bien con sus nietos. También Perpetua lamentó aquel auto de fe, consecutivo a un registro que la policía efectuó en mi casa durante la primavera de 1933. Creo que andaba buscando cartas del viejo anarquista Mühsam; este hombre, que más tarde fue asesinado de una manera espantosa, sentía por mí una inclinación infantil. Ha sido una de las personas más buenas y bondadosas con que me he topado.[28]

Muy fuerte tiene que ser en la Tierra la conexión, el enlace. Lo noto en el dolor que me causan algunos contactos omitidos, dolor que

permanece vivo mucho tiempo, más aún, siempre. Así, por ejemplo, la pequeña *Tentyria* oscura que vi en aquel reseco prado cerca de Casablanca, en el cual se alzaba una higuera raquítica. Cuánto me enoja el no haber cogido aquel pequeño animal. Y luego, en las relaciones eróticas — todas esas ocasiones perdidas, todas esas citas fallidas. Algo ha tenido que perderse, algo que va más allá de la esfera física, cuando en nuestra existencia de cazadores no hemos «cobrado pieza». En ese caso no hemos administrado bien los talentos que se nos habían confiado. A no dudarlo, también estas cosas forman parte, bien que en su reducido lugar, de esa gran parábola del Evangelio.

Pensamiento: cuando logramos el contacto tal vez se encienda de repente una luz en espacios desconocidos.

Con respecto a la percepción de las realidades históricas me ocurre que estoy conectado con antelación — esto significa que las percibo un poco antes, un poco antes de que aparezcan. Lo cual no favorece mi existencia práctica, pues me hace entrar en conflicto con los poderes que dominan en cada momento. Tampoco metafísicamente veo ventaja ninguna — pues ¿qué diferencia puede haber en que mi inteligencia se refiera a la situación de hoy o a uno de sus desarrollos posteriores? Yo aspiro, por el contrario, a contraer unas nupcias espirituales con el instante en su profundidad intemporal, ya que solo él, y no la duración, es símbolo de la eternidad.

Velada en casa de Florence. Allí estaba también Jouhandeau, que había pasado la noche en vela porque se dice que su nombre figura en una lista de personas a ejecutar. Mientras contaba esas preocupaciones suyas tenía el aire de un muchacho al que un policía le hubiese preguntado su nombre para anotarlo.

París, 11 de septiembre de 1943

En el correo, entre otras cartas, una de Carl Schmitt, uno de los raros espíritus capaces de ver imparcialmente la situación; me habla en ella del libro *Russland und das Germanentum* [Rusia y el germanismo], de Bruno Bauer.

«Ya en 1835 veía Tocqueville con claridad la situación. El final del segundo tomo de *La démocratie en Amérique* continúa siendo el más grandioso documento de la “decadencia de Occidente”.»

Schmitt habla luego de Benito Cereno y de la mención, inspirada

por mí, que de él hace Fabre-Luce. *Du reste: Pred. Salom. 10, 1.* [Por lo demás: Eclesiastés, 10, 1.]

En la carta diaria de Perpetua, a la que le ha gustado el sueño de las serpientes: «También siento que la fuerza necesaria brota para ti de ese punto solitario y que regresarás para completar aquí tu misión».

La aventura de estos años consiste en que no se ve salida. Ninguna estrella brilla en la noche solitaria. Nuestra situación metafísica y horoscópica es esa; las guerras entre las naciones, las guerras civiles y los medios de exterminio se presentan como un decorado secundario, como un decorado temporal. La tarea que hemos de solventar es la superación del mundo de la aniquilación, y esa superación no puede lograrse en el plano histórico.

Por la tarde en los Archivos Nacionales, donde Schnath me ha enseñado una serie de documentos que ponen en relación la historia de Alemania y la de Francia. El gran arte de los pergaminos floreció sobre todo en las cancillerías pontificias. Cuando los documentos concedían una gracia, el sello pendía de una cinta de seda; en los demás casos, de un cordón de cáñamo. Los monjes encargados de los sellos tenían que ser analfabetos, *fratres barbari,* para que los secretos quedaran así mejor guardados. La piel de los corderos no natos era la que proporcionaba unos pergaminos de especial finura.

Recorrido los depósitos; contienen todavía pasto para generaciones de archiveros y ratas de biblioteca. Los Archivos Nacionales se encuentran instalados en las salas del Hôtel de Soubise, un palacio del viejo Marais; es un edificio que nos permite ver que, en la época de su construcción, la nobleza aún poseía fuerza y desenvoltura.

Luego caminado en zigzag desde la Rue du Temple, pasando por los barrios viejos, hasta la Bastilla — numerosos nombres de calles me han gustado mucho, como, por ejemplo, la Rue du Roi Doré y la Rue du Petit Musc. He comprado racimos de uvas y los he ofrecido a los niños que estaban sentados delante de las casas. Casi todos se han negado a tomarlos o me han mirado con desconfianza; el ser humano no está acostumbrado a que le hagan regalos. En los puestos de libros de los muelles del Sena, donde he adquirido algunas láminas de pájaros tropicales.

Continuado la lectura del libro de Huxley. He topado hoy con esta observación: «Cada vivencia posee una relación esencial con el modo de ser propio de la persona que la experimenta». Eso es lo que

también yo pienso — el que aparezcamos, en el caso, por ejemplo, de un asesinato, como el asesino, como el asesinado, como testigo, como policía o como juez, no es algo casual. Con esa manera de ver las cosas no se halla en contradicción tampoco la teoría que dice que la causa está en el *milieu,* en el ambiente; antes bien, cabe encuadrarla *en bloc* en ella. Nuestro *milieu* es la marca de nuestra *species,* igual que lo son, en el mundo de los moluscos, la forma y el color de las valvas y de las conchas. Así como hay muchos *petit-gris,* así hay también muchos proletarios.

De ahí el significado enorme que tiene el trabajo que realicemos en nuestro interior. No solo modelamos nuestro destino, sino también nuestro mundo.

K. tiene la consistencia de la calabaza; si apretamos con el dedo, primero es duro, luego blando, y luego está hueco.

P., en cambio, se parece al melocotón: primero la carne, luego el duro hueso, el cual encierra la suave pepita.

París, 12 de septiembre de 1943

A mediodía en el estudio del escultor Gebhardt en la Rue Jean Ferrandi. Conversación sobre los desórdenes de Italia, que son unas flores nuevas, extrañas, brotadas de esta guerra. Los dos grandes elementos, la guerra civil o interior, y la guerra exterior, se interpenetran de una manera explosiva. Al mismo tiempo aparecen cuadros que no habían vuelto a verse desde el Renacimiento.

Hablado luego sobre Francia. También aquí está creciendo sin cesar el odio, pero lo hace de un modo más recóndito, como en aguas quietas. Son muchas las personas que en estos días han recibido por correo ataúdes pequeños. El papel de Kniébolo consiste también en difamar ideas buenas, al alzarlas él sobre su pavés. Es lo que ocurre con la idea de la amistad entre los dos países, Francia y Alemania, en favor de la cual hablan tantas cosas.

El regreso, por Saint-Sulpice; he entrado un momento en la iglesia. Detalles que me han llamado la atención: dos conchas enormes que sirven de pilas de agua bendita. Sus bordes ondulados están adornados con una orla de metal, su capa de nácar tiene el color del ópalo de tonalidad miel. Reposan sobre zócalos de mármol blanco; uno de ellos está decorado con plantas acuáticas y un gran cangrejo de mar, y el otro, con un calamar. El espíritu de las aguas se mecía

juguetón en el conjunto.

Pensamiento allí mismo, ante una pintura mediocre del beso de Judas: la espada que Pedro blande ha de llevarla sin duda de manera habitual — entonces, ¿es que Cristo le permitía llevarla ceñida? ¿O se la había arrebatado a Malco antes de darle el golpe con ella?

París, 13 de septiembre de 1943

Por la mañana llegó la noticia de que paracaidistas alemanes habían liberado a Mussolini. No se indican ni el lugar ni las circunstancias. La guerra se vuelve cada vez más espectacular. Si los asuntos de Italia se prolongan mucho tiempo es probable que se llegue, como en España, a grandes matanzas. El ser humano cae en una situación sin salida.

Hablado por teléfono con Schnath sobre el conde Dejean y sobre la posibilidad de ver las actas que se refieren a él. En mis escritos breves quisiera incluir una serie de artículos sobre los hombres y los libros que me han sido de ayuda en mi vida, como memorial de gratitud.

Horst acaba de comunicarme que en Mannheim ha quedado destruida la hermosa casa del general Speidel. Acto seguido un correo llegado de Rusia me ha hecho entrega, además de cartas de Speidel y de Grüninger, también de un detallado informe sobre la batalla de Bélgorod. Grüninger opina que difícilmente puede contarse con la entrada de los paladines sobre corceles blancos por la Puerta de Brandeburgo, pues, primero, es incierto el tiempo que permanecerá en pie la citada puerta, y, después, el color blanco está desapareciendo. Es cierto, pero la puesta mayor contra el rojo se efectúa en la casilla azul.

Continuado la lectura de Huxley, donde he hallado esta buena consideración: «Nunca deberíamos poner nombre a un mal que sentimos acercarse, pues, si lo hacemos, entregamos al destino un diseño con el cual puede configurar los acontecimientos».

Eso describe el proceso que el pueblo llama «tentar al diablo»; hoy son millones los que se entregan a esa tarea. El prefigurar con el espíritu los pormenores de un futuro nefasto, el quedarse absorto en ellos, en una palabra, el *miedo,* destruye la fina capa de salvación y seguridad que hay en nosotros y que nos protege. Eso es especialmente preocupante en una situación en que se ha perdido en gran medida el conocimiento de los medios de fortalecer y conservar

esa capa, el conocimiento sobre todo de la oración.

París, 14 de septiembre de 1943

Conversación telefónica con Marcel Jouhandeau:

—*Je vous conseille de lire la correspondance de Cicéron — c'est le plus actuel.*

Sí, una y otra vez se vuelve a ella. Wieland escribió casi lo mismo después de las batallas de Jena y de Auerstedt.

París, 15 de septiembre de 1943

Por la noche un poco de fiebre. Sueños: cruzaba prados pantanosos de vegetación exuberante y andaba buscando allí insectos. De un alto *Cerastium* o de un hinojo acuático recogía algunas especies delicadamente metálicas — eran bupréstidos, como veía con asombro.

«Un hallazgo notabilísimo — pues el modelado de estos animales está organizado enteramente para el calor solar seco, tan ajeno al mundo de los pantanos y de las aguas.»

A ello replicaba la voz más profunda:

—Pero es que son transiciones, confirmaciones en el elemento extraño. Con el hinojo esas especies han cambiado a lo húmedo, y además el hinojo, por su altura, se eleva hacia el ardor solar. Piensa en Prometeo.

Ocurre que, propiamente, nada nos resulta más explicable que la excepción — más aún, la excepción y la explicación están directamente relacionadas. Justo igual que la luz, también la regla es inexplicable, es invisible, y solo brilla cuando tropieza con una resistencia. De ahí que con razón se diga que la excepción confirma la regla — podría incluso decirse que es ella la que le otorga visibilidad.

El atractivo espiritual de la zoología consiste en eso — en el estudio de las desviaciones prismáticas que la Vida invisible experimenta en la infinita variedad de sus poblaciones. Qué arrobo sentía yo de niño cuando mi padre me revelaba uno de esos secretos. Todos esos detalles forman, en efecto, los adornos del marco que encuadra el gran misterio, que rodea la invisible piedra filosofal a que están consagradas nuestras investigaciones. Un día el marco se quemará y brillará de súbito la piedra.

Al mediodía en casa de la Doctoresse. Luego caminado por diversos barrios y calles de la ciudad, con una breve parada en la iglesia de Saint-Séverin; su exterior y su interior me han causado una viva emoción. Lo gótico no se ha quedado aquí en mera arquitectura: en esta ha conservado su radiación.

Estaba cenando en mi habitación del hotel Raphaël cuando han sonado, a las siete cuarenta, las sirenas de la alarma aérea. Pronto ha comenzado a oírse un intenso fuego y he subido corriendo a la azotea. Allí se ha mostrado a mis ojos una estampa que era terrible y grandiosa a un tiempo. Dos poderosas escuadrillas aéreas sobrevolaban en forma de cuña el centro de la ciudad, de noroeste a sureste. Era evidente que habían dejado ya caer sus bombas, pues en la dirección de que venían se alzaban en una vasta extensión nubes de humo que llegaban hasta el cielo. Era un espectáculo siniestro, que hacía enseguida evidente a los sentidos que en aquel mismo momento centenares y acaso millares de seres humanos estaban allí asfixiándose, quemándose, desangrándose.

Ante aquel telón sombrío se desplegaba la ciudad a la luz dorada del atardecer. El arrebol vespertino daba en los aviones desde abajo; los fuselajes se destacaban del cielo azul cual peces de plata. En especial los alerones de la cola parecían captar y recoger los rayos; resplandecían como bolas de luz.

Las escuadrillas marchaban en formación triangular, como las grullas, brillaban a baja altura sobre la extensión de la ciudad e iban acompañadas de nubecillas blancas y oscuras. Se veían los puntos de fuego, alrededor de los cuales se extendían las bolas de humo; estas eran primero nítidas y minúsculas, como cabezas de alfiler, y luego iban deshilachándose poco a poco. A veces caía ardiendo al suelo un aeroplano, muy lentamente, sin dejar estela alguna de humo, como una dorada bola de fuego. También se precipitó al suelo uno oscuro, dando vueltas como una hoja en el otoño; este sí dejó tras sí una señal de humo blanco. Otro se desintegró mientras caía y una de sus grandes alas estuvo planeando mucho rato en el aire. También cayó a gran velocidad algo enorme, de color sepia marrón; sin duda se precipitaba allí a tierra un hombre en un paracaídas que iba quedando carbonizado.

A pesar de aquellos disparos que derribaban algunos aparatos las formaciones mantuvieron su dirección, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda, y ese movimiento rectilíneo despertaba la impresión de una fuerza terrible. A ello se añadía el sordo zumbido de los motores, que llenaba el espacio y hacía que bandadas de palomas girasen asustadas

alrededor del Arco de Triunfo. El espectáculo tenía los dos grandes rasgos de nuestra vida y de nuestro mundo: el orden rigurosamente consciente, disciplinado, y el desencadenamiento elemental. Era a un tiempo de una excelsa belleza y de una fuerza demoniaca. Por algunos minutos perdí la visión de conjunto y mi consciencia se diluyó en el paisaje, en la sensación de la catástrofe, pero también del sentido que subyacía a ella.

Enormes incendios, cuyos focos se mezclaban en el horizonte, brillaban con más fuerza a medida que caía la oscuridad. Luego cruzaron la noche unos fogonazos, que fueron seguidos de explosiones.

Continuado la lectura de Huxley, cuya carencia de composición acaba cansando. Huxley es un anarquista con recuerdos conservadores, que toma posición contra el nihilismo. En esa situación tendría que usar más imágenes y menos conceptos. Pero, tal como escribe, raras veces alcanza la auténtica fuerza de su talento.

Es buena la imagen con que describe el ingrediente impersonal, entretejido, de las relaciones sexuales: un ovillo de serpientes cuyas cabezas se alzan en el aire, mientras abajo los cuerpos están entrelazados en una penetración confusa.

El cine, la radio, el mundo entero de las máquinas tiene como misión ayudarnos a conocernos mejor a nosotros mismos — a conocer lo que *no* somos.

París, 17 de septiembre de 1943

En el correo, entre otras cosas, una aportación a mis *hamanniana,* enviada por Donders, el prepósito del cabildo catedralicio de Münster: *I.G. Hamann. Eine Festrede, gehalten am 27. Januar 1916 in der Aula der westfälischen Wilhelms-Universität zu Münster von Julius Smend* [I.G. Hamann. Discurso solemne pronunciado por Julius Smend el 27 de enero de 1916 en el Aula Magna de la Universidad Guillermina de Westfalia en Münster].

Hamann, según Herder un «hombre del Antiguo Testamento» — esa es su singularidad jeroglífica, que yo denomino «carácter preherodótico», «preheraclíteo». Así como Weimar tuvo a Goethe y a Schiller, así Königsberg tuvo a Hamann y a Kant.

Kant habla del «lenguaje divino de la razón intuitiva» de Hamann.

El escritor ha de acudir también a la escuela de los pintores — sobre todo para aprender el arte de «trabajar encima», el arte de hacer sobre el texto en bruto retoques siempre nuevos y más finos.

Acabado a última hora de la tarde el libro de Huxley, uno de cuyos defectos es que no toma en serio a los personajes; los toma menos en serio que Dostoievski y menos en serio que Gide.

París, 18 de septiembre de 1943

Ronda por bosques y aguas en compañía de la Doctoresse. Entre las múltiples especies de hierba mora que florecen en este camino descubrí en los setos de las orillas del Sena, frente a la pequeña iglesia rural de Notre-Dame de la Pitiè, un estramonio de color verde hierba, muy frondoso, que tenía flores y frutos.

Acabado: *Le vrai visage du Marquis de Sade,* de Jean Desbordes, París, 1939. Es notable el grado en que lo infame ha quedado asociado al nombre de Sade y se ha condensado en él como en casi ningún otro. Solo si se tiene en cuenta la potencia superior que poseen la pluma y el espíritu resulta comprensible tal cosa: sin la autoría infame hace ya mucho tiempo que se habría olvidado la vida infame.

Cuando pasan a formar parte de la lengua nombres propios y producen en ella conceptos, categorías, raras veces suele estar la causa de eso en las acciones realizadas. De los grandes hombres de acción y de los grandes príncipes el único que resplandece de esa manera es César. Ciertamente podemos decir: esto es alejandrino, fridericiano, napoleónico — pero a cada una de esas palabras va siempre asociado lo especial, lo individual. Esto es cesáreo, este es un César, un Zar, un Káiser — aquí el nombre se ha desligado de quien lo llevó.

Mucho más frecuentes son los casos en que un nombre propio va asociado a una doctrina; es lo que ocurre en palabras como «calvinismo», «darwinismo», «malthusianismo» y otras. Tales palabras son numerosas y arbitrarias y casi siempre tienen corta vida.

En el escalón más alto están los nombres propios en que se juntan la doctrina y el ejemplo: budismo y cristianismo. La situación es única en el caso de los cristianos, pues cada uno de ellos lleva el nombre del Fundador: *Ich bin ein Christ* [soy un cristiano]. *Christ* es aquí una perífrasis para decir *Mensch* [hombre], y en eso se revelan el rango y

el misterio de esta doctrina, que resuenan también en títulos como «el hombre», «el hijo del hombre» y «el hijo de Dios».

París, 19 de septiembre de 1943

Por la mañana he acabado en el hotel Majestic la primera parte del *Llamamiento,* cuyo título es «El sacrificio». «El odio que es vencido completamente por el amor se trueca en amor: y ese amor es por ello más grande que si el odio no lo hubiera precedido.»[29]

París, 20 de septiembre de 1943

Comenzado a escribir la segunda parte del *Llamamiento;* su título es: «El fruto».

Lectura: *Fossiles classiques,* de A. Chavan y M. Monotoccio, París, 1938. Por este libro me entero de que mi pequeña concha en espiral lleva el nombre de *Cerithium tuberculosum.* El gran ejemplar que encontré en Montmirail en el embudo abierto por una bomba se llama *Campanile giganteum.* El primero en hacer la descripción de esos dos fósiles fue Lamarck.

París, 23 de septiembre de 1943

Esta mañana la radio ha dado la noticia de un nuevo y violento ataque aéreo contra Hannover; estoy aguardando más noticias.

Por la tarde, con Baumgart, en la tienda de Bernasconi, que va a encuadernarme el *Catalogus coleopterorum.* El regreso, por los jardines del Trocadéro; allí, en el césped, grandes dalias de color ladrillo, así como áster con muchas flores de disco amarillo y corolas lila. En esta época del año revolotean alrededor de esas plantas «moscas de flor» de color miel morena; también una *Vanessa atalanta* mantenía extendidas sus alas por encima de ellas. El rojo claro, puro, vivo de las alas de esa mariposa se funde en mi recuerdo con imágenes de parques y jardines tranquilos que sueñan al sol mientras el otoño va dando ya frescor a las sombras.

Luego, mientras estaba sentado en mi habitación con el Presidente, hablando de cuestiones políticas, alarma aérea. Los ejércitos alemanes del frente oriental se baten en retirada, los ingleses y norteamericanos se aferran al terreno en Italia, las escuadrillas aéreas dejan arrasadas las ciudades del Reich.

A veces tengo la impresión de que en esta desgracia que se abate

sobre nosotros desde todas partes intervienen también leyes de la reflexión especular. El Universo nos abarca como un espejo; para que el horizonte se aclare tenemos que aclararnos primero a nosotros mismos.

Con mucho trabajo van avanzando lentamente los nadadores hacia la costa a través de las olas. Solo pocos llegarán a ella, solo pocos se abrirán paso hasta los rompientes. Allí es donde se pone de manifiesto si han sabido hacer frente a la última ola, la más difícil.

Cenado con Heller y con el doctor Göpel en el restaurante Chapon Fin. Conversaciones con el dueño, el cual resulta notable por la circunstancia de que en él se hallan dibujados claramente todos los rasgos del Marte inferior. Su robusta figura se halla coronada por una cabeza cuyos oscuros cabellos cubren la frente hasta bien abajo. Los pómulos son muy pronunciados; los ojos, inquietos, escrutadores; y su agitación es grande. La desproporción entre la voluntad y la inteligencia se manifiesta en una especie de tortura con que articula las ideas y que se hace notar también en el lenguaje. La forma de la charla es una jovialidad ruidosa en un grupo de camaradas. Por una especie de afinidad electiva se ha hecho amigo de los alemanes, cuya naturaleza marcial lo atrae y mantiene en constante actividad y movimiento. Desde entonces no le faltan sobresaltos y amenazas. Ya le han enviado a casa un pequeño ataúd.

Cuando estábamos a punto de irnos sonaron las sirenas y la ciudad fue sobrevolada por escuadrillas de aviones. Nuestro hombre se sintió entonces en su elemento. Equipado con un casco de acero, un capote y una linterna iba y venía por la oscura plaza en compañía de un perro pastor alemán, tocando un silbato y parando a los transeúntes y a los automóviles. Gentes como él son los atareados servidores del mundo del fuego, sus correveidiles. Y, con todo, no les faltan virtudes, como el coraje y la lealtad; también, en general, les son peculiares las virtudes y los defectos de los perros, y siempre toparemos con perros en sus cercanías. Kniébolo tiene asimismo rasgos del Marte inferior, pero en él actúan a la vez, con su brillo siniestro, otros astros, como Júpiter. Kniébolo tenía todos los atributos para inaugurar una época de discordia, como instrumento que es de la cólera que ha abierto la caja de Pandora. Una aflicción infinita se apodera de mí cuando comparo las justas reivindicaciones de la patria con lo que se ha hecho de ellas en tales manos.

París, 24 de septiembre de 1943

Visita del pastor B., que acude con frecuencia a leerme poesías.

Conversamos sobre la situación; según su modo de ver las cosas, solo tiene una salida: el empleo de la nueva arma. En Alemania todo el mundo susurra maravillas acerca de ella, bajo la intervención y dirección secretas de los servicios de propaganda. La gente cree que es posible aniquilar grandes partes o incluso la totalidad de la población inglesa. Desde luego esa misma gente está convencida a la vez, y no sin razón, de que en la parte contraria —y no solo entre los rusos, sino también entre los ingleses— alientan iguales deseos. Los grandes ataques con fósforo, como el lanzado contra Hamburgo, constituyen ya una realización local de tales deseos. Y así se llega, en este desierto de incendios, a esperanzas y sueños que se atarean en borrar de la existencia a grandes pueblos. Significativo del grado en que los seres humanos han quedado prendidos en la maleza roja es el hecho de que un clérigo no solo haya sido víctima de esa locura, sino que divise en el exterminio la única salvación. Se ve a esas gentes ir desapareciendo paso a paso en las tinieblas, en la muerte espiritual, como desaparecían en la montaña los niños de Hamelín, de que habla el cuento popular.

Acabado: *Thèbes, palais et nécropoles,* de Maurice Pillet, París, 1930. En ese libro, la fotografía del sarcófago en que reposa Tutankamón con su máscara de oro y sus alhajas. Leyendo esta obra he vuelto a ver con claridad que nuestra afición a lo museístico corresponde, en un plano inferior, al culto egipcio de los muertos. Lo que en este es la momia de la imagen humana, eso es en nosotros la momia de la cultura, y lo que en los egipcios es angustia metafísica es en nosotros angustia histórica; la preocupación que nos conturba es esta: que nuestra expresión mágica se hunda en la corriente del tiempo. Pero el reposo en el seno de las pirámides y en la soledad de los mausoleos rocosos, en medio de obras de arte, escritos, instrumentos, imágenes de dioses, joyas y abundantes bienes del difunto, ese reposo está empeñado en especies más sublimes de duración.

París, 26 de septiembre de 1943

Durante el desayuno he comenzado la segunda lectura del Nuevo Testamento. Comparado el pasaje del Evangelio de San Mateo, 5, 3 con el texto de la edición Nestle: *Selig sind, die da geistig arm sind...* [bienaventurados los pobres de espíritu...]. Hasta ahora tenía en mi recuerdo este pasaje en la versión que decía *geistlich* [de espíritu eclesiástico]. Esa discordancia no aparece en las expresiones latina y griega: *spiritu y* τῷ πνεύματι. No hay duda de que en esas dos palabras se mienta primero *geistlich,* en el sentido de «docto en la Escritura»,

como lo son los fariseos, y luego *geistig,* por cuanto la disposición espiritual en su forma elevada expande también la duda y con ello hace invisible el camino de la salvación. El vocablo *einfältig* [simple] capta ambas cosas. «Bienaventurados los simples.» Esa palabra encierra a un tiempo la debilidad mundanal y la superioridad metafísica. También el grano de mostaza es simple. Muchas de las parábolas apuntan a esa fuerza, a la fuerza ingenua que hay en el ser humano, a sus virtudes del sueño y de la infancia.

Luego Evangelio de San Mateo, 6, 23. La enérgica frase: «Si, pues, la luz que hay en ti es oscuridad, ¿la oscuridad cuánta será?». También en este pasaje encuentro una referencia positiva: la oscuridad es una fuerza gigantesca. Los ojos arrancan y separan de ella una pequeña parte, por cuanto escinden, refinan y debilitan el sentido profundo de la oscuridad, el sentido del tacto. En el sexo tenemos un recuerdo de lo que significa propiamente ese sentido.

Tal vez, como los amotinados de las islas Pitcairn, volvamos a la Escritura como a la ley, después de habernos casi exterminado, de haber exterminado a nueve de cada diez de nosotros.

París, 28 de septiembre de 1943

Los comunicados vuelven a mencionar un violento ataque aéreo contra Hannover en la pasada noche. Así es como pasan los días por encima de nosotros, cual los dientes de una sierra.

Acabado: *Mirabeau,* de Erdmannsdörffer, uno de los mejores cuadros históricos de carácter con que me he topado en mi vida. El autor se acercaba ya a los setenta años cuando escribió esta obra, que irradia la suave claridad de la vejez y que delata así el bellísimo giro que el espíritu puede dar en su otoño: el giro hacia la simplicidad.

En mi mesa de trabajo he encontrado un trébol de cuatro hojas, dejado allí como obsequio por una mano desconocida; flotaba en el agua de un jarrón. También han llegado libros, por ejemplo *Plaisir des météores,* de Marie Gevers, autora que me resulta desconocida. De Friedrich Georg me ha traído el correo sus *Paseos por Rodas* y sus *Cartas desde Mondello.* Durante el descanso del mediodía me he enfrascado, acompañado de mi hermano, en nuestras caminatas a orillas del Mediterráneo.

París, 29 de septiembre de 1943

Todavía, todavía en este barco de esclavos, sin llegar a fondear. En mi próxima encarnación regresaré al mundo en forma de bandada

de peces voladores. De esa manera podré repartirme.

Por la noche sueños. En una habitación en la que me hospedaba encontraba en la mesilla de noche un álbum de visitas encuadernado en cuero rojo. Entre otros muchos nombres encontraba allí también el de mi querido padre.

Por la tarde en la Rue Raymond Poincaré. Allí he comprado para Perpetua, en la tienda de Schneider, la reducción para piano, hecha por Liszt, de la *Symphonie phantastique,* de Berlioz — extraños sonidos para Kirchhorst.

Las colas que se ven crecer ante las oficinas públicas y ante las tiendas. Cuando paso a su lado vestido de uniforme capto miradas de una aversión hondísima, sazonadas con el ansia de matar. Uno ve en esos rostros que les parecería delicioso que nos disolviésemos en el aire, que nos esfumásemos como un sueño. Innumerables personas aguardan con una especie de fiebre en todos los países a que les toque a ellas el turno de derramar sangre. Pero de lo que es preciso mantenerse alejado es justo de eso.

París, 30 de septiembre de 1943

Tiempo otoñal, húmedo y gris. El follaje pálido de los árboles se funde con la niebla. En el sueño se me ha aparecido Violetta, una amiga casi olvidada; entretanto ella había aprendido a volar o, más bien, a planear, y aparecía en el circo con una faldita roja, que se abombaba como un paracaídas sobre sus muslos rosa. Nosotros, sus viejos amigos de Berlín, la encontrábamos en una iglesia en que se disponía a tomar la comunión, y, de pie en el coro alto, nos susurrábamos como antiguamente chistes equívocos sobre el «amorcito del marinero». Pero también sentíamos el riesgo especial que ella corría cuando avanzaba hacia el altar por las coloradas baldosas del pasillo central de abajo. El espanto se apoderaba de nosotros cuando con gran estruendo se abría a sus pies un escotillón y los ojos divisaban allí una sima enorme. Con una sensación de vértigo apartábamos la vista. Cuando luego nos atrevíamos por fin a mirar distinguíamos en el fondo de la cripta un segundo altar, empequeñecido por la hondura del abismo; una corona de objetos de oro lo rodeaba. En su centro veíamos a Violetta: había bajado volando hasta allí como una mariposa.

Por la tarde en el Salon d’Automne, en la Avenue de Tokyo, para ver los cuadros de Braque, al que quiero visitar el próximo lunes. Los he encontrado llenos de fuerza tanto en la forma como en el color y

pintados con más corazón que los de Picasso. El instante que esos cuadros encarnan para mí es el instante en que emergemos del nihilismo y cristaliza en nosotros el material para composiciones nuevas. En correspondencia con eso las líneas quebradas están sustituidas por redondeces, y de los colores se hallan especialmente logrados un azul muy opulento y luego un violeta oscuro que tira a un castaño suave y aterciopelado.

Han sido numerosos los cuadros enviados a la exposición. Uno tiene la impresión de que los pintores y en general los artistas siguen trabajando instintivamente en medio de la catástrofe, cual hormigas en un hormiguero semidestruido. Pero acaso sea esa una visión poco profunda y puede ser que por debajo de la gran aniquilación permanezcan intactos unos filones más hondos. También yo dependo de ellos.

El ver cuadros me ha cansado, como siempre; la acumulación de obras de arte produce el efecto de una agresión mágica. Cuando luego nos hacemos amigos de algunas de ellas o, no digamos, nos las llevamos con nosotros a casa, cuando las «domesticamos», entonces sus fuerzas se agregan a las nuestras.

París, 2 de octubre de 1943

Depresión, que, como siempre, me hace adelgazar.

Continuado durante el desayuno la lectura del Evangelio de San Mateo. La historia de la moneda que los discípulos encontrarán en la boca de un pez es sin duda un añadido mágico posterior y se halla en contradicción con la sencillez, dirigida a la curación y no a producir pasmo, por la que se señalan en general los milagros. El versículo 14 del capítulo 16 confirma la intuición de que hay personas singulares que regresan a la Tierra: se mencionan los nombres de Juan el Bautista, Elías, Jeremías. Tal vez sea esa una creencia que se asocia de manera especial con los profetas. En este pasaje, como en otros muchos, parece haberse conservado la moneda pequeña y cotidiana de las conversaciones, de las cuales lo único que en general se nos transmite son las piezas de oro.

En el correo, entre otras cartas, una del teniente Häussler desde la cabeza de puente de Kubán. Me escribe que ha caído el doctor Fuchs, que en otro tiempo nos invitó a comer en Shaumián.[30]

Por la tarde la ronda por bosques y aguas en compañía de la Doctoresse. Los árboles a orillas del estanque de Suresnes, sus colores:

un delicado rojo vinoso, un amarillento, un intenso castaño dorado; se reflejaban en las claras aguas, que se hallaban atravesadas por las bandas verde claro de las algas y las hierbas. También hemos estado por poco tiempo en el parque de Bagatelle. Allí he tratado en vano de ver el gran carpín dorado. A cambio he visto un nenúfar que estaba abriendo su delicada flor de pétalos en punta como un jacinto. El otoño había rozado ya con su mano las hojas, en las cuales habían dibujado los insectos sus trazos jeroglíficos; las hojas ceñían, como un círculo de sellos de laca roja en forma de corazón, esos milagros que son las flores.

Hojeado a última hora de la tarde el número monográfico de la revista *Crapouillot* dedicado a la prensa francesa, con el sentimiento de estar echando miradas a los laberintos de la *Cloaca maxima*. La libertad de prensa es en el campo político y social lo que es la libertad de la voluntad en el terreno metafisico — uno de esos problemas que se plantean una y otra vez y que jamás solucionaremos.

París, 3 de octubre de 1943

Por la mañana avanzado en la lectura del Evangelio de San Mateo. En él, 18, 7: «Porque fuerza es que vengan escándalos; mas ¡ay del hombre por el que viene el escándalo!».

Ahí está *in nuce* el deslinde entre la predestinación y el libre albedrío; y sin duda fue ese uno de los pasajes que fecundaron a Boecio.

Fui simple y volveré a serlo.

París, 4 de octubre de 1943

Por la tarde, con Jouhandeau, visita a Braque, que posee un estudio pequeño, cálido, orientado al mediodía, en las proximidades del Parque de Montsouris.

Nos recibió un hombre de estatura mediana, pero robusto, de unos sesenta años; iba vestido con una chaqueta azul de lino y un pantalón marrón de pana inglesa. Cómodas zapatillas de piel, suaves calcetines de lana y la pipa siempre en la mano contribuían a reforzar la impresión de libre movimiento en el marco habitual. La cabeza era expresiva, decidida; el cabello, abundante y completamente blanco; los ojos, de bello esmalte, inusualmente abombados, como las lentes de cristales muy gruesos.

En las paredes había numerosas pinturas, bien colgadas o bien apoyadas. Me gustó de modo especial el cuadro de una mesa negra, cuya superficie, más bien que reflejarlos sencillamente, espiritualizaba unos vasos y unas copas que sobre ella reposaban. En el caballete, heredado de su padre, estaba colocado un bodegón empezado; ese caballete se hallaba recubierto de espesas costras de pintura, que colgaban cual estalactitas de colores.

Conversaciones sobre las relaciones entre la pintura impresionista y el camuflaje en la guerra; Braque dijo que fue él quien inventó el camuflaje, pues él fue el primero en quien se efectuó en el campo del arte la aniquilación de la forma por el color.

Braque, que detesta la presencia del modelo y del objeto, pinta siempre de memoria; eso otorga a sus cuadros una realidad más honda, la del sueño. A este respecto contó que recientemente había incluido una langosta en uno de sus cuadros, sin saber cuántas patas tenía ese animal. Cuando más tarde, comiendo, pudo verificarlo en un ejemplar real, vio que había acertado con el número exacto — relacionó eso con la concepción aristotélica según la cual cada especie está ordenada a un número determinado.

Le pregunté, como hago siempre que me encuentro con personas productivas, qué experiencias había tenido con la vejez. Dijo que para él lo agradable consistía en que lo colocaba en un estado en que ya no precisaba escoger — lo traduje como que en la vejez la vida se vuelve más necesaria y menos casual: la ruta es de una sola dirección.

Braque añadió:

—Además es preciso llegar a que la creación no parta ya de aquí, sino de aquí.

Mientras decía esas palabras señalaba primero su frente y luego su diafragma.

El gesto me sorprendió por el orden en que lo efectuó, pues en general se supone que el trabajo va haciéndose más consciente — aun en aquellos sitios donde el ejercicio, la rutina, la experiencia lo simplifican, se trata de la abreviación consciente de procesos creativos. El citado gesto me esclareció, sin embargo, ese cambio que se hace visible en el giro del cubismo hacia un realismo más hondo. Hay también un avance hacia la ingenuidad. En el reino del espíritu existen escaladores y existen mineros; los primeros siguen la tendencia paterna; los segundos, la material. Los primeros alcanzan mayores alturas, una claridad creciente; los segundos penetran, como el héroe de *Las minas de Falun,* de Hoffmann, en pozos cada vez más hondos — en sitios donde la Idea se revela al espíritu adormecida, grávida y con una belleza cristalina. Esa es también la auténtica diferencia entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Pero ambas fuerzas son propias de los más grandes — estos miden doble, como los Andes, cuya altura absoluta queda dividida para los ojos por el nivel del mar, pero cuyo reino se extiende desde la esfera de las alas del cóndor hasta los monstruos del fondo del mar.

Al ver a Braque y a Picasso he visto a dos grandes pintores de nuestro tiempo. La impresión ha sido igual de intensa, pero específicamente distinta, pues Picasso apareció, bajo su cerebralismo, como un mago poderoso, mientras que Braque dispone de una cordialidad irradiadora. Esto se revela también en la diferencia de los estudios, en la cual se marca a la vez el modo español de ser de Picasso.[31] En el estudio de Braque me llamó la atención la abundancia de pequeños objetos — máscaras, jarrones, vasos, ídolos, conchas y cosas parecidas. Tuve la impresión de que no eran tanto modelos en el sentido habitual cuanto talismanes, una especie de imanes para recoger sustancia onírica. Tal vez, cuando se adquiere un cuadro de Braque, lo que se adquiere es esa sustancia acumulada, pero irradiadora. Uno de los objetos era una gran mariposa con ojos azul oscuro en las alas. La había capturado Braque mismo en su jardín, en el cual crece una paulonia, y dijo que la mariposa había inmigrado del Japón con aquel árbol.

Cenado en el hotel Ritz con Schulenburg, los dos solos. Hemos comentado la situación y, en relación con ella, mi *Llamamiento a la paz,* cuyo esquema le he explicado. Tal vez sea ahora el momento de

trasladarme a Berlín. Ciertamente Schulenburg comentó que Keitel mira ya con desconfianza mi estancia aquí y que, por otro lado, Heinrich von Stülpnagel no me dejará ir, aunque se lo pida Speidel.

París, 5 de octubre de 1943

En el correo, entre otras cartas, la primera de Perpetua sobre la noche del 28 de septiembre en Kirchhorst. Cayeron bombas en los prados cercanos a nuestra casa. El colmo del horror parece que se avecina cuando en el cielo brillan «árboles de Navidad» — son haces de luces que anuncian el lanzamiento masivo de bombas. A la mañana siguiente fue llevada al manicomio la hijita de siete años de un vecino nuestro. El futuro de los niños me preocupa — ¿qué frutos hará madurar esta primavera? Las temperaturas altas y bajas imprimirán unos dibujos extraños en las alas de mariposa de esas almitas.

París, 6 de octubre de 1943

A última hora de la tarde la ronda habitual, esta vez con Husser, al que había citado junto a la tumba del Soldado Desconocido. Ha estado contándome su vida mientras caminábamos a lo largo del Bois hasta la Porte Maillot y allí dábamos la vuelta y regresábamos por la Place des Ternes. La desgracia de Husser consiste en que desciende de un padre judío, pero al mismo tiempo fue, con pasión, un soldado y combatiente alemán en Douaumont. En las circunstancias imperantes son cosas que no cabe conciliar por mucho tiempo. Así ocurre que Husser aparece aquí en Francia como una persona que se hubiese desprendido de su sombra: como un desconocido, con un nombre nuevo, unos datos personales nuevos y un pasaporte nuevo, el de un alsaciano difunto. Vive en un hotel barato en Billancourt y acaba de regresar de la costa del Canal, donde ha estado pastoreando las ovejas de un nacionalista bretón al que le había recomendado Hielscher. Por cierto que este, parece ser, pasará pronto por París, pues pretende enviar bretones a Irlanda.

He tomado conmigo correspondencia para la mujer de Husser y le enviaré también pequeños paquetes; la dificultad está en que ni ella puede figurar como destinataria, ni el marido como remitente, ni yo como intermediario.

En el hotel Raphaël he estado meditando sobre las pequeñeces de la bajeza, que ningún historiador futuro comprenderá; por ejemplo, la actitud de las viejas asociaciones de veteranos, que primero intentaron proteger a miembros como Husser y luego los entregaron al *demos,* al populacho, cuando la cosa se hizo peligrosa. Así, Friedrich Georg y yo,

junto a otros, nos dimos de baja en la «Asociación de veteranos del 73.º Regimiento» con ocasión de un espectáculo de esa especie. En mi plan de *La casa* tendría que añadir una sala en la que la caballería corrompida, bajo la presión del populacho que chilla fuera, planta en la calle a quienes está obligada a proteger.[32]La mezcla de falsa dignidad, miedo y huera jovialidad — yo la vi en la máscara del presidente Bünger cuando interrogaba a los testigos no deseados en el proceso del incendio del Reichstag. El prototipo es Poncio Pilato. Se absuelve luego al acusado, sabiendo en qué manos caerá en las propias escaleras del tribunal. También a mí podría ocurrirme eso si el comandante en jefe tuviera que abandonar el hotel Majestic. Solo que el acto de lavarse las manos estaría tal vez un poco perfumado:

—Mi querido J., sus dotes tienen aquí un campo demasiado pequeño para desarrollarse. Así es que lo hemos dejado «disponible».

Uno es despedido luego con una fiesta y pone al mal tiempo buena cara. El modo de levantar la copa para decir adiós: son rasgos que se encuentran en Shakespeare y con los cuales abochorna a todos los historiadores de oficio.

París, 10 de octubre de 1943

Acabado de leer por la mañana, en la cama, el Evangelio de San Mateo; luego desayuno de domingo, que ha transcurrido muy agradablemente gracias a la solicitud del Presidente. Pensamiento: aunque en esta Segunda Guerra Mundial me hallo rodeado en gran parte por las apariencias del confort, estoy corriendo, sin embargo, peligros mayores que durante la batalla del Somme o de Flandes. También me parece que, de cien antiguos guerreros, apenas hay uno que plante cara a los horrores nuevos que surgen cuando se pasa de la esfera de los héroes a la de los demonios.

Evangelio de San Mateo, 25: el gran asunto de este capítulo es que el ser humano puede aumentar su valor sobretemporal durante el lapso de tiempo que dura su vida, que puede hacer provisión de aceite para la lámpara que arde eternamente, que con su herencia, con sus talentos, puede obtener una riqueza imperecedera. Esa fuerza trascendente, capaz de sacar intereses al tiempo, es de hecho un milagro inaudito — digno de que se lo estudie en cien mil monasterios y en innumerables celdas de eremitas: el tiempo como lagar, el mundo como fruto. No en vano son muchas las imágenes que hacen referencia al vino y al trabajo de los viñadores en las viñas, pues el crecimiento del vino hasta el instante en que, bebido, se transforma en espíritu ofrece un poderoso símbolo de la vida.

Vivimos para realizarnos. Esa realización es lo que hace que la muerte carezca de significado — el ser humano ha cambiado sus bienes por otros, que conservan su cotización en todas partes y allende todas las fronteras. De ahí la sentencia de Salomón de que para los justos la muerte es solo aparente: «Dios los prueba como oro puro en el horno y los acepta como una ofrenda limpia».

Podemos alcanzar, por tanto, un estado en el que, al ser cambiados, no corremos peligro de sufrir pérdidas.

París, 11 de octubre de 1943

Los grandes planes de aniquilación pueden tener éxito solo si en el mundo moral se producen modificaciones paralelas a ellos. El valor del ser humano habrá de descender todavía más, el hombre tendrá que hacerse metafísicamente indiferente, antes de que resulte posible el paso de la aniquilación de masas que hoy estamos viviendo a la aniquilación total. También esa circunstancia, como nuestra situación entera, está prevista en la Escritura, y no solo en la descripción del Diluvio, sino también en la descripción de la destrucción de Sodoma: Dios dice que respetará la ciudad mientras albergue diez justos. También eso es un símbolo de la enorme responsabilidad que pesa sobre la persona singular en este tiempo. *Uno* puede ser garante de incontables millones.

París, 14 de octubre de 1943

En sueños descendía a una tumba, al ataúd de mi abuelo, el maestro de niños. Por la mañana consulté un libro de sueños y encontré bajo la palabra *Tombeau* la palabra *longévité.* Es una de esas interpretaciones superficiales por las que se señalan estos libros. Descender al sepulcro de un antepasado significa, antes por el contrario, que en una situación difícil queremos pedir el consejo que, como individuos, no podemos darnos a nosotros mismos.

En el correo, entre otras cartas, la de un joven soldado, Klaus Meinert, que ya me escribió en otra ocasión con motivo de mi pequeño trabajo sobre las vocales. Esta vez me comunica un descubrimiento suyo sobre el contenido simbólico de las mayúsculas latinas. Según él:

A encarna la amplitud y la altura. Esto lo atestigua con toda sencillez el signo `: dos puntos distantes se encuentran en el zenit.

E es el sonido de lo inespacial, del pensar abstracto. Lo indican

tres monótonas paralelas, ;, unidas por una recta vertical.

I expresa, como signo erótico, como *lingam,* las relaciones de la sangre, del amor, del ardor.

O representa, como sonido de luz, la encarnación del Sol y del ojo.

U, o, como escribían los antiguos, *V,* es el sonido de la Tierra, que se sumerge en la profundidad. También se expresa en ella que es el signo antitético de la fe.

Este trabajo me ha alegrado, pues delata un buen ojo. También he pensado en las condiciones en que ha surgido — durante las marchas, en noches de guardia, en campamentos. Los hombres jóvenes se aferran a los elementos espirituales de la vida como a una constelación que se ve desde la posición perdida. Qué pocas veces se los apoya en ese impulso suyo, que es el mejor que tienen.

Horst, sentado conmigo a la mesa, ha recibido la noticia de que su anciano padre ha sufrido heridas mortales en Münster durante el ataque aéreo. Las circunstancias han sido espeluznantes. Los golpes son cada vez mayores. Los destrozos causados en Hannover durante la noche del 9 al 10 de octubre son considerables; se dice que centenares de miles de personas han quedado sin techo que las cobije. ¡Todavía no tengo noticias de Perpetua!

Por la tarde charla con un capitán, un tal Aretz, que, cuando era estudiante, me visitó en una ocasión en Goslar; he hablado con él largo y tendido sobre la situación. Opinaba que yo no reconocería el estado de espíritu de los hombres de entre veinte y treinta años, los cuales creen tan solo lo que viene en los periódicos y nunca han aprendido otra cosa. Parecía considerar eso como algo favorable para la solidez de los poderes dominantes — cuando la verdad es precisamente lo contrario: basta, pues, con cambiar lo que viene en los periódicos.

París, 16 de octubre de 1943

He estado reflexionando sobre la máquina y sobre lo que en ese terreno hemos dejado de hacer. En cuanto producto del puro intelecto masculino la máquina se asemeja a una bestia depredadora de cuya peligrosidad no se dio cuenta enseguida el ser humano; la crio despreocupadamente a su lado, para hacer la experiencia de que no cabe domesticarla. Es notable el hecho de que la primera vez que se

utilizó la máquina, en forma de locomotora, se llegase a una buena solución. En manos estatales o semiestatales, y con un orden exactamente regulado, el ferrocarril ha procurado en estos cien años una existencia modesta, pero suficiente, a innumerables familias — un ferroviario es en general una persona satisfecha. En ese marco los ingenieros, los funcionarios y los obreros disfrutan de muchas de las ventajas del soldado y padecen pocos de sus inconvenientes. Mejor nos irían las cosas si desde el principio se hubiera procedido de igual manera en el reino de los telares automáticos, dando desde su origen a ese reino una organización constructiva. En el caso del ferrocarril, ciertamente, se añade una circunstancia particular — su carácter espacial, el hecho de poseer una instalación extensa. El ferrocarril tiene la propiedad de incorporar a sí un gran número de existencias que están ligadas a la técnica solo con la mitad de sí mismas, mientras que con la otra mitad están ligadas a la vida orgánica; es lo que les ocurre a los guardavías y a los guardabarreras, que llevan una vida simple, pero sana. Desde el principio tendría que haberse dado así a cada uno de los oficios técnicos un lote de terreno, aunque solo fuera un huerto o un jardín, pues toda vida depende de la tierra, que es la que nos alimenta a todos, y en las crisis solo en ella se encuentra protección.

La técnica se asemeja a un edificio que estuviera levantado sobre un suelo no bastante estudiado. En cien años ese edificio ha crecido de una manera tan descomunal que se ha vuelto extraordinariamente difícil realizar cambios generales, cambios en el gran plan de la construcción. Esto rige especialmente para los países en que más se ha desarrollado la técnica. En eso consiste la ventaja de Rusia, una ventaja que está haciéndose visible ahora y que cabe explicar por estos dos motivos de principio: Rusia no tenía una prehistoria técnica y poseía espacio suficiente. Es cierto que también experimentó enseguida gigantescas destrucciones en bienes y en vidas, pero fue por una causa que quedaba fuera de la planificación.

Las grandes destrucciones de nuestra patria, Alemania, podrían tener *una* ventaja, al proporcionarnos un segundo comienzo para estas cosas que parecían tener ya una configuración irrevocable. Esas destrucciones crean una situación que sobrepuja los sueños más audaces de Bakunin.

Terminado: el primer volumen de *Causes cèlèbres,* editado en 1772 en Ámsterdam por M. Richet, exabogado en el Parlamento. En él he encontrado, en la descripción del proceso seguido contra la marquesa de Brinvilliers, esta frase: *Les grands crimes, loin de se soupçonner, ni*

s'imaginent même pas. Es totalmente cierto, y la razón de ello está en que los crímenes son mayores a medida que, elevándose y sustrayéndose a lo animal, se espiritualizan. En igual proporción se esfuman también los indicios. Los más grandes crímenes reposan en combinaciones que, vistas desde la lógica, son superiores a la ley. Además el crimen va desplazándose cada vez más del acto al ser, para alcanzar niveles en los que, en cuanto espíritu abstracto del mal, vive en el puro conocimiento. Finalmente se pierde también el interés — se hace el mal por el mal. El mal es objeto de una celebración, se celebra como se celebra un culto. Entonces la pregunta *cui bono* no proporciona ya ningún punto de apoyo; en el Universo no hay más que *un* poder y a él le viene bien el mal.

A última hora de la tarde ha venido Bogo al hotel Raphaël, acompañado por Husser. En estos tiempos tan escasos en fuerzas originales Bogo se me aparece como uno de mis conocidos sobre el que más he meditado y sobre el que menos he podido llegar a formarme un juicio. Antes creía que entraría a formar parte de la historia de nuestro tiempo como uno de sus personajes más ingeniosos, pero poco conocidos, y hoy creo que hará mucho más que eso. Ocurre, sobre todo, que de los hombres jóvenes con inquietudes espirituales, pertenecientes a la generación que creció en Alemania después de la Gran Guerra, muchos, más aún, quizá los más han experimentado su influencia y en no pocas ocasiones han pasado por su escuela, y he podido observar que ese encuentro los ha marcado.

Bogo venía de Bretaña y había estado antes en Polonia y en Suecia. Según su vieja costumbre bufonesca comenzó a prepararse para la discusión sacando de sus bolsillos diversos objetos: una serie de pipas talladas, bolsas de tabaco, limpiapipas y, además, un gorrito de terciopelo negro; con él adornó su cabeza, que está completamente calva hace ya tiempo. Entretanto me miraba con ojos astutos y escudriñadores, pero también con complacencia, como alguien que estuviese aguardando diversas aclaraciones y tuviese asimismo en reserva cosas agradables que contar. Yo tenía la impresión de que iba escogiendo las pipas según lo exigía el avance de la conversación.

Le pregunté por algunos conocidos, como Gerd von Tevenar, muerto hace poco, y le oí decir que él mismo le había dado sepultura y oficiado su funeral. De Aretz, en cambio, que me visitó ayer, dijo:

—A ese lo casé yo.

De esa manera me confirmó una sospecha que yo abrigaba desde

tiempo atrás, a saber, que ha fundado una Iglesia. Bogo está elaborando ahora la dogmática, mientras que la liturgia la tiene ya muy adelantada. Me enseñó, por ejemplo, una colección de cantos y un ciclo de festividades, «El año pagano», que abarca un conjunto de dioses, festividades, colores, animales, manjares, minerales y plantas correlacionados entre sí. En ese «año pagano» he podido ver que la bendición de la luz se celebrará el 2 de febrero. Esa festividad está consagrada a Berchta, cuyo emblema es el huso, cuyo animal es el oso y cuya planta es la campanita de las nieves; sus colores son el rojo subido y el «níveo»; el regalo que se recomienda en tal festividad es el pentagrama, el «pie de bruja»; los manjares apropiados son los arenques con albóndigas; como bebida, el *Seehund* [la foca]; y como pastel, el *Klemmkuchen* [masa pegajosa]. En cambio he encontrado que para el martes de Carnaval, dedicado a honrar a Freya, los respectivos objetos son la lengua, el champán y los buñuelos.

Sobre la situación. Aquí Bogo ha dicho que, puesto que los Biedenhorn no han sido capaces de hacer saltar por los aires a Kniébolo, es esa una tarea que corresponde a determinados círculos. Ha dejado entrever que, llegado el caso, él mismo se vería forzado a prepararla y a dar la orden de que se ejecutase — como el Viejo de la Montaña, por así decirlo, que enviase sus hombres jóvenes contra los palacios. Tal como él lo concibe, el problema básico de la política de hoy se formula aproximadamente así: «¿Cómo se penetra durante cinco minutos, y con armas, en el cordón de seguridad número uno?». Mientras le oía exponer los detalles vi claramente la situación de Kniébolo, al que hoy andan acorralando y batiendo desde diversos lados sus propios cazadores.

Básicamente he creído percibir en Bogo una mudanza que me parece característica de toda la élite: consiste en que se apresura a adentrarse en los terrenos de la metafísica con el ímpetu heredado del racionalismo. Eso fue algo que ya me llamó la atención en Spengler y constituye un indicio favorable. Dicho de manera sumaria, el siglo XIX fue un siglo racional, mientras que el siglo XX es un siglo cultual. De eso es de lo que está viviendo ya Kniébolo, y de ahí la completa incapacidad de las inteligencias liberales para ver ni siquiera el lugar en que él se encuentra.

Luego hablamos de los viajes de Bogo. A este propósito me contó no pocos secretos. Me produjeron una especial consternación los detalles que narró del gueto de Lodz, o, como ahora se llama, Litzmannstadt. Bogo se había introducido en él con un determinado pretexto y había mantenido conversaciones con el presidente de la judería, un antiguo teniente austriaco. Viven allí ciento veinte mil

judíos, hacinados en un espacio estrechísimo, y trabajan para la industria del armamento. Han levantado uno de los más grandes complejos industriales que hay en el Este. Y así es como pueden ir viviendo, pues resultan imprescindibles. Entretanto afluyen allí más judíos cada día, que llegan deportados de los países ocupados. Para borrarlos de la faz de la Tierra se han construido crematorios en las cercanías de los guetos. A las víctimas se las transporta hasta allí en unos camiones que, según se dice, son una invención de Heydrich, el nihilista jefe — los gases de los tubos de escape son introducidos en el interior de los camiones, que de esa manera se convierten en celdas de muerte.

Al parecer existe un segundo método de carnicería; consiste en llevar desnudas a las víctimas, antes de quemarlas, a una gran placa de hierro por la que se hace pasar luego una corriente eléctrica de alta tensión. Se ha recurrido a estos métodos porque se ha mostrado que los hombres de las SS destinados a liquidar a los judíos de un tiro en la nuca padecían trastornos de salud y al final se negaron a hacerlo. El personal que se precisa para esos crematorios es escaso; se dice que quienes actúan en ellos son una especie de amos y criados infernales. Allí es, pues, donde desaparecen las masas de judíos que son enviados de Europa para su «reasentamiento». Ese es el paisaje en que sin duda se revela del modo más claro la naturaleza de Kniébolo y que ni siquiera Dostoievski previó.

El propio judío que está al frente de cada gueto es el que ha de dar los nombres de los destinados a los crematorios. Tras una larga consulta con los rabinos selecciona a hombres viejos y a niños enfermos. Se dice que son muchos los ancianos e inválidos que se presentan voluntariamente — de ese modo, pues, tales horrores acaban redundando siempre en honor de los perseguidos.

El gueto de Litzmannstadt está aislado de la ciudad — en otras poblaciones más pequeñas hay también guetos que constan únicamente de unas pocas calles, las habitadas por los judíos. Se dice que los policías judíos encargados de capturar a las víctimas han cogido también, y han entregado, a personas alemanas y polacas que en aquel momento pasaban por el gueto, y que nunca más se ha vuelto a saber de ellas. Se asegura que esto ha ocurrido en especial con «alemanes del Volga» que estaban allí aguardando a que les asignasen una parcela de terreno. Naturalmente esas personas insistían en decir a sus verdugos que no eran judíos, pero sin duda la única respuesta que oían era:

—Eso lo ha dicho aquí todo el mundo.

Al parecer en los guetos nadie engendra hijos, excepto los miembros de la secta más piadosa de todas, los *chassidim.*

El nombre de «Litzmannstadt» deja claro cuáles son los honores que Kniébolo es capaz de dispensar. Ha vinculado para siempre a una barraca de desolladores el nombre de ese general, cubierto de gloria ganada en batallas victoriosas. Desde el principio vi claramente que las condecoraciones que más había que temer eran las concedidas por Kniébolo, y dije con Friedrich Georg:

Ruhm nicht bringt es, eure Schlachten

Mitzuschlagen.

Eure Siege sind verächtlich

Wie die Niederlagen.

[No aporta ninguna gloria

combatir en vuestras batallas.

Vuestras victorias son despreciables,

como las derrotas.]

París, 17 de octubre de 1943

Por la tarde en el Théâtre de Poche, situado en el Boulevard du Montparnasse, que ha reabierto sus puertas. Schlumberger nos había invitado a mí y a la Doctoresse a ver su obra *Césaire.* Se dio, además, *Tempestad,* de Strindberg; es una pieza que se ha vuelto fantasmal ya en sí misma y ese carácter suyo quedó potenciado todavía más al ser representada en tal lugar. Los actores aparecieron con trajes de finales del siglo pasado, exhumados de viejos armarios; también era según el gusto de aquel tiempo el teléfono, que entonces constituyó sin duda una novedad inaudita en el escenario.

Luego té en casa de la Doctoresse:

—El trabajo de los grandes se reconoce en su carácter matemático: los problemas son divisibles y no dejan resto. Quedan solventados.

Aunque ese juicio abarca una sola de las dos caras que posee la fuerza productiva, hay en él algo que es cierto. Por otro lado, sin

embargo, los resultados *sí* dejan resto — siempre permanece algo que es indivisible. Esa es la diferencia entre Molière y Shakespeare, entre Kant y Hamann, entre la *ratio* y el lenguaje, entre la luz y la oscuridad.

También existe, es cierto, un pequeño número de espíritus que son a la vez indivisibles y divisibles. De ellos forman parte Pascal y E.A. Poe y, en la Antigüedad, san Pablo. En los sitios donde el lenguaje, una fuerza sin ojos, fluye en los elementos de luz de los pensamientos brillan palacios en una oscuridad pulimentada.

París, 18 de octubre de 1943

Al mediodía en casa de Florence. Una vez más han vuelto a encantarme los colores de las botellas y vasos encontrados en tumbas antiquísimas — su azul es más profundo y precioso incluso que el que exhiben las alas de las mariposas de los bosques de montaña del Brasil.

Marie-Louise Bousquet ha contado la historia de una mujer que acudió a una de las ciudades bombardeadas de la costa para buscar a su marido, que no había regresado de un viaje. Preguntó en el ayuntamiento, pero su nombre no figuraba en las listas de las víctimas. Al salir a la plaza mayor vio en ella una serie de ataúdes encima de unos coches; en cada uno de ellos estaba colocado un palito con un papel, en el que se hallaba escrito el nombre del muerto. Enseguida descubrieron allí sus ojos el nombre de su marido, en el preciso instante en que el coche se ponía en marcha para dirigirse al cementerio. Fue, pues, caminando, detrás del ataúd con traje de viaje — uno de esos trueques de imágenes, rápidos como el rayo, que solo conocemos por los sueños. La vida se vuelve cada vez más un sueño.

París, 19 de octubre de 1943

La radio ha dado, una vez más, la noticia de un terrible ataque aéreo contra Hannover la última noche. En vano he intentado lograr comunicación telefónica con Hannover para hablar con Perpetua — las líneas están destruidas. Parece que esta vez la ciudad ha quedado completamente reducida a escombros.

Por la tarde en casa del anticuario Etienne Bignou, quien a petición mía ha sacado de la caja fuerte de su banco una pintura del aduanero Rousseau que durante largo tiempo ha estado desaparecida. A este cuadro de grandes dimensiones, que pintó en 1894, Rousseau lo tituló *La guerra o la cabalgata de la discordia* y le puso este lema: «Pasa llevando el terror y deja tras sí desesperación, lágrimas y ruinas».

Lo que en la primera ojeada llama la atención son los colores: unas nubes que se abren como grandes flores rosa ante un cielo azul; delante de ellas un árbol negro y otro delicadamente gris, de cuyas ramas penden hojas tropicales. Sobre un corcel negro, sin ojos, galopa el ángel de la discordia por un campo de batalla. Lleva puesta una túnica de plumas, en la mano derecha sostiene en alto una espada y en la izquierda, una antorcha, de cuya oscura estela de humo saltan puntitos de fuego. El terreno sobre el que va volando ese terrible visitante astral está cubierto de cadáveres desnudos o apenas vestidos; unos cuervos celebran allí su festín. Al cadáver que está en primer plano y que, por cierto, es el único que se halla apenas cubierto por un pantalón remendado, Rousseau le prestó su propio rostro; otro cadáver que queda al fondo y cuyo hígado está devorando un cuervo tiene los rasgos del primer marido de su mujer.

Veo en este cuadro, de cuyo redescubrimiento me había informado Baumgart, una de las grandes visiones de este tiempo; también da una idea de pintura necesaria, en contraste con la índole caleidoscópica de los objetos que en él aparecen. De igual manera que había una conformidad entre las pinturas de los primeros impresionistas y los viejos daguerrotipos, así también la hay entre esta pintura y la fotografía instantánea. Con la carga elemental del contenido contrasta forzosamente una especie de hechizo del terror o de rigidez decorativa — pueden contemplarse con calma cosas que de ordinario escapan a la percepción, bien por el secretismo propio de lo demoniaco o bien por su terrible velocidad. Se ve que ya en aquel tiempo se habían vuelto enormemente peligrosas las cosas. A ello se agrega lo mexicano — treinta años antes había regresado Galliffet de México a Francia. Uno de los orígenes de nuestro mundo de horrores está, a no dudarlo, en el desarrollo de gérmenes tropicales en suelo europeo.

Notable resulta también, entre las diversas cualidades, el infantilismo — pureza en medio de horrores propios de cuentos, como en la novela de Emily Brontë.

París, 20 de octubre de 1943

Por fin llegan noticias de Perpetua. El espantoso ataque del 10 de diciembre, que ha destruido grandes sectores de Hannover, apenas rozó a Kirchhorst. Desde la casa parroquial ella veía cómo iba derramándose sobre la ciudad el fósforo, semejante a plata derretida. En la mañana del 11 de octubre logró abrirse paso hasta la casa de sus padres a través de escombros humeantes. Era el único edificio que en una amplia zona se había mantenido en pie, pero en las habitaciones

habían caído bombas incendiarias. Perpetua encontró a sus padres agotados por los esfuerzos hechos para apagar el fuego y con los ojos hinchados. Su pequeña sobrina Viktoria se había destacado de manera especial en los trabajos de extinción; vemos así a los débiles desplegar en esos momentos unas fuerzas que nadie hubiera sospechado en ellos.

París, 23 de octubre de 1943

Capriccio tenebroso. Estampa de un arrendajo común muerto, con la pelusilla gris rosácea del pecho y las plumas de la cola con toques negros, blancos y azules. Yace ya medio enterrado sobre una tierra blanda, en la cual escarba una bandada de escarabajos enterradores. Su cuerpo va desapareciendo a golpes, a espasmos, en el oscuro suelo. Pronto lo único que resulta visible todavía es la punta, color azul claro, de un ala, que está cubierta de pequeños huevos amarillos. También la punta del ala desaparece, mientras ya empiezan a salir de los huevos las larvas y resbalan de ella.

Cuando el crimen se convierte en una enfermedad la ejecución se convierte en una operación médica.

París, 24 de octubre de 1943

Una carta de Perpetua me tranquiliza por fin, también con respecto a la noche de horrores del día 19. Kirchhorst fue alcanzado por las bombas y ardieron algunas casas de labor y algunos graneros. Alrededor de la casa parroquial cayeron bombas explosivas, bombas incendiarias y bidones de fósforo; sus habitantes estaban entretanto tendidos en el pasillo. Entonces se oyó un estruendo enorme, como si el viejo y buen edificio fuera a venirse abajo, y Perpetua salió corriendo al jardín con nuestro pequeño — allí se apretaron ambos contra la tuya, el árbol de la vida.

En este año he perdido no solo a mi padre, sino también la ciudad de mi padre. Llegan asimismo noticias amenazadoras de Leisnig y de Múnich. En la Primera Guerra Mundial yo estaba solo y era libre; esta segunda voy atravesándola con todos mis seres queridos y con todas mis pertenencias. Pero en la Primera Guerra Mundial soñaba a veces con esta segunda; y, de manera parecida, durante el avance a través de Francia en 1940 me aterrorizaban menos las estampas del momento que la visión anticipada de futuros mundos de aniquilación, que adivinaba en el espacio vacío de seres humanos.[33]

Por la tarde en el estudio de Klaus Valentiner, que ha llegado de

Aix. Me ha traído saludos de Médan — sus paisanos le han enviado ya a casa dos ataúdes y una sentencia de muerte. Su crimen consiste en tener por posible la amistad entre Alemania y Francia.

Ahlmann, tío de Valentiner, a quien conocí a través del Magister, y un general estaban invitados a cenar en casa de Carl Schmitt y acudieron juntos a la Kaiserswertherstrasse de Dahlem. Una vez llegados a ella encontraron la casa en ruinas; con todo, y más bien para hacer un experimento, tocaron el timbre de la puerta del jardín. Apareció entonces, subiendo de una de las habitaciones del sótano, la señora Duschka, vestida con un traje de terciopelo negro, y les comunicó ceremoniosamente que, por desgracia, se veía forzada a cancelar la cena. Es un rasgo que la caracteriza.

También ha contado Valentiner una historia horrorosa ocurrida en Aix. Allí está acantonada una compañía de las SS y un joven soldado huyó a España. La deserción tuvo éxito, pero fue extraditado. Entonces el jefe de la compañía lo hizo llevar esposado ante la tropa formada y lo ejecutó personalmente disparando con su ametralladora. El hecho hubo de provocar una impresión terrible: varios de los soldados jóvenes cayeron al suelo desmayados.

Esta atrocidad resulta casi increíble, si se piensa que el jefe, por serlo, es siempre también el padre de sus hombres. Desde luego corresponde a una situación en que impera inequívocamente la fuerza bruta, y de ahí que la máxima autoridad resida en el verdugo.

En los Jardins du Luxembourg, bajo una ligera lluvia. Allí florecía, alrededor de la gran superficie oval, en cuyo suelo se cultivan ahora en la guerra coles y tomates, un espléndido cañacoro o caña de la India, de un magnífico color rojo con bordes de amarillo de llama.

París, 25 de octubre de 1943

Comida en casa de Florence. Ha contado pormenores sobre la manera como estaba amueblado un castillo que hace años compró en Normandía, pero cuyo nombre había olvidado.

En la mesa, también, Marie Laurencin, con la que he charlado sobre el aduanero Rousseau. Cuando ella era una muchacha lo conoció, en una época en que él daba clases de pintura y de violín, y ha alabado el eufónico sonido de sus palabras; escucharlo hablar procuraba mucho más placer que verlo pintar. También, en una ocasión, Marie Laurencin posó para él, para un retrato; aunque entonces era muy delgada, Rousseau la pintó enormemente gruesa. Se

lo hizo notar y él respondió:

—*C'est pour vous faire plus important.*

Un rasgo propio de la Edad de Piedra.

París, 26 de octubre de 1943

En un banquete al que también estaba invitado Sócrates. Era pequeño de estatura, tenía rapada la cabeza, su rostro era descarnado e inteligente, y llevaba un traje gris de calle, de buen corte.

«Es un consuelo que todavía viva un hombre como él», me decía, y lo pensaba de igual manera que si me hubiera enterado de que Burckhardt o Delacroix estaban aún vivos.

Charlaba acerca de ello con uno de los comensales, el cual derramaba mantequilla líquida sobre mis tostadas de pan blanco. Era un crítico nórdico, que conocía también a mi amiga Birgit y me hacía el elogio de una obra épica que esta le había enviado. De algunos versos que citaba, el único que me ha quedado en la memoria es el primero, que empezaba con estas palabras:

Morus, mehr Tänzer als Heimer…

[Morus, más bailarín que hombre de su casa…]

El crítico nórdico decía que ese comienzo era «excelente», pero yo comprendía, por una especie de entendimiento directo entre nosotros, que utilizaba ese adjetivo en un sentido a la vez elogioso y restrictivo, pues «excelente» se refiere siempre a lo general, mientras que no puede decirse de lo absoluto.

Los sueños me dan esperanza en el futuro, me dan seguridad. Esto rige sobre todo para el sueño que tuve durante la travesía a Rodas y en el que resistía a Kniébolo y a su banda en el centro de su poder. *Tout ce qui arrive est adorable* es una de las mejores frases de Bloy.

Al despertar he descubierto una armonía nueva — me refiero a la armonía en la que un verde delicado se une en líneas y bandas con un amarillo suave y que cabría calificar de «armonía del cañaveral». Resultará muy apropiada en pabellones situados a orillas de las aguas, en chalés, en cenadores de jardín, en chozas para patos, en puentes de bambú, y como encuadernación de las obras de Turguéniev y Walt Whitman.

Avanzado en la redacción del *Llamamiento;* he comenzado el capítulo sobre el nihilismo, mientras voy pasando a limpio algunas de las partes ya escritas.

París, 27 de octubre de 1943

En su carta del 21 de octubre me habla Perpetua de los niños berlineses que están refugiados en nuestra casa. Uno de ellos, un pobre diablillo de seis años, le ha dicho:

—Tita, mis piernas se espantan siempre tanto que tiemblan.

Luego habla de la confianza de nuestro pequeño en su madre fuerte, que mantendrá alejados los peligros. Son cosas de las que nunca habríamos tenido experiencia en tiempos de seguridad.

París, 28 de octubre de 1943

Por la tarde ha venido a verme Cramer von Laue, uno de esos lectores que conocieron mis escritos ya de niños y han ido creciendo con ellos. Entretanto ha llegado a capitán y luce en su mejilla izquierda la cicatriz que en ella ha dejado una bala; le sienta bien.

Comentado la situación y en especial el problema de hasta qué punto la persona singular ha de sentirse responsable de las iniquidades cometidas por Kniébolo. Me complace ver que los hombres jóvenes que han pasado por mi escuela abordan enseguida el corazón de los asuntos. La suerte de Alemania es desesperada si no le brota una caballería nueva, surgida de su juventud y, en especial, de sus trabajadores.

Cramer me ha hablado de un libro de Walter Schubart titulado *Europa y el alma del Este,* que ha sido publicado en Suiza. Me ha citado algunos pasajes. Espero hacerme con él, aunque solo circula un pequeño número de ejemplares.

París, 29 de octubre de 1943

En la tienda de Bernasconi en la Avenue de Lowendal. He recogido las dos partes del *Catalogus coleopterorum,* que Bernasconi ha encuadernado sólidamente. Luego, por la Rue d’Estrées y la Rue de Babylone, a casa de la Doctoresse, que había recibido por la mañana la orden de presentarse a la Gestapo, por causa de su marido, que sigue pudriéndose en la cárcel. Dado que una citación de ese género

encierra siempre también el peligro de nuevas ilegalidades, la horita que he pasado allí se ha parecido a la visita a un convaleciente.

He vuelto a sentirme muy a gusto en las viejas calles; he deambulado en su hechizo como en una ligera embriaguez.

París, 30 de octubre de 1943

Horst, que ha regresado de Münster del entierro de su anciano padre, muerto por una bomba, me ha traído saludos de Donders, el prepósito del cabildo catedralicio. Este ha perdido en el gran incendio su hermosa biblioteca, que contenía más de veinte mil volúmenes.

Le dijo a Horst:

—Fue una buena cosa que regalase a tiempo el Hamann a Ernst Jünger.

Los grandes incendios producen en la consciencia de la propiedad más cambios que todos los mamotretos que sobre ese asunto se han escrito desde el comienzo del mundo. Es la *révolution sans phrase.*

Das sechs Nektar grosse Weingut [la viña de seis néctares]. En la *Pariser Zeitung* de hoy. Una hermosa errata.[34]

Por la obra de Benoist-Méchin sobre la historia del ejército alemán me entero de que el chófer de Kniébolo tenía el apocalíptico nombre de *Schreck* [espantajo].

Vaux-les-Cernay, 31 de octubre de 1943

Desde ayer por la tarde en Vaux, invitado por el comandante en jefe. Durante la velada las acostumbradas conversaciones junto a la gran chimenea. El general contó que en Ucrania esbirros de Sauckel anunciaron que volvería a celebrarse a la manera antigua, con solemnidad, la festividad de la Pascua — luego rodearon las iglesias y se llevaron consigo, de la multitud que había concurrido a los oficios, a quienes les pareció bien.

Hoy domingo por la mañana en los bosques, dedicado a la caza sutil. He visto un hermoso coccinélido que volaba, iluminado por el sol, hacia un cañaveral. En sus élitros, de un delicado amarillo, tenía un buen número de puntos blancos — una armonía que solo se alcanza cuando es la Naturaleza la que mezcla los colores.

Dos grandes crabrones, con el cuerpo de color amarillo limón y unos tatuajes castaño caoba, succionaban la savia de una encina. A veces se tocaban mutuamente la cabeza y el pecho con las mandíbulas, casi picoteándose, sin duda para lamer un poco de la savia que en esos sitios había quedado pegada. Los gestos que realizaban se parecían a los de un abrazo cariñoso, y es seguro que en tales movimientos hay también simpatía, pues una de las fuentes de la caricia nace del deseo de limpiar. Con esto se halla relacionado el hecho de lamer a la cría inmediatamente después del parto, cosa que hacen no solo muchos mamíferos, sino también los esquimales, así como el alisar y ordenar las plumas con el pico, y cosas parecidas. Son orígenes de la simpatía — captados en su sentido profundo en *Les chercheuses de poux,* el bello poema de Rimbaud.

Después los bejines, que poblaban los bordes de los tranquilos caminos otoñales; tenían formas de bolas hendidas, o de émbolos de color amarillo castaño, o de copas abombadas en su tercio superior. Cuando están maduros se forma en su ápice una pequeña fontana por la que se escapa el fino polvo de las esporas. Son criaturas que se transforman completamente en semilla, en fecundidad, y que lo único que dejan tras sí como resto individual es una membrana apergaminada. Podría verse a esos hongos también como morteros que disparan vida. Contemplados de ese modo no serían un mal ornato encima de las tumbas o en los escudos de personas dadivosas.

París, 1 noviembre de 1943

Comienzo de noviembre. Dormido mal; en el sueño erraba por el destruido Hannover, pero de pronto me daba cuenta de que, preocupado por mi mujer y mis hijos, había olvidado del todo a mi abuela y su pequeño piso, que aún estaba en la Krausenstrasse.

París, 5 noviembre de 1943

Velada en casa del matrimonio Didier. Allí, Hendrik de Man, el antiguo ministro belga, que me ha dado su escrito sobre la paz, ya impreso, pero aún no distribuido.

Hemos charlado sobre Leipzig, donde vivió antes de la Primera Guerra Mundial como colaborador del periódico socialdemócrata *Volkszeitung.* Una y otra vez resulta asombroso el ingrediente típico que hay en estos viejos socialistas, a quienes entonces se tenía por revolucionarios. El estrato que salió a luz en todos los países con los dolores de parto del Estado de trabajo fue en el fondo un nuevo estrato de gentes de orden. El cambio de empleado a funcionario, o,

para decirlo con palabras de Carl Schmitt, el paso de la legitimidad a la legalidad, se parece a las transiciones de la escritura hierática a la demótica. Es algo que puede verse también en las fisonomías. MacDonald en Inglaterra y Winnig en Alemania son tipos de esa especie.

París, 8 de noviembre de 1943

Almuerzo en casa de Florence. Allí me ha hablado Heller de un doble, un sosías, que, por lo que dicen, tengo, y que se parece completamente a mí en los gestos, en la voz y en la escritura. En tales casos tiene que haber sin duda también un parentesco de sangre.

A Marie-Louise, que es incapaz de retener las fechas:

—Usted, Marie-Louise, seguro que tampoco se acordará del día en que nació su marido.

—No, no me acuerdo, pero, a cambio, lo que nunca olvido es el día en que murió.

Esta réplica es certera, pues la muerte nos confía de manera definitiva la persona, como yo siento ahora con respecto a mi padre.

Los discursos de Kniébolo hacen pensar ahora en una reunión de acreedores de una quiebra, reunión en la que quien está en bancarrota asegura a los acreedores, para ganar tiempo, que les pagará sumas fantásticas.

Creo que aún hoy sigue subestimándose el horroroso goliatismo de Kniébolo.

París, 9 de noviembre de 1943

Hoy he terminado la copia en limpio de mi *Llamamiento.* Me gustaría saber qué suerte le espera a este trabajo. En él alabaría tal vez Léon Bloy el que esté dirigido «contra todos». Considero una buena señal el mero hecho de haberlo escrito.

París, 10 de noviembre de 1943

Por la tarde conversación con Schnath, que marcha a Hannover. También la mayor parte de sus archivos ha sido pasto de las llamas, junto con los ficheros, de manera que lo que queda se ha transformado en una inmóvil masa de papel. Hemos estado hablando sobre la

instalación de sus tesoros en minas de potasa. En ellas es tan grande la sequedad que vuelve quebradizos los hilos con que están cosidos los legajos. También se depositan en las cubiertas cristales salinos y estos atraen agua cuando se sacan fuera los papeles. El dolor de los archiveros a la vista de los incendios es especialmente grande.

A última hora de la tarde en el despacho de Haumont, un pequeño editor de la Rue Boissonade, que es un obseso de la manía tipográfica. He hablado con él y con Heller sobre el príncipe de Ligne, cuya obra está imprimiendo. Luego ha llegado también el doctor Göpel, que me ha traído el trabajo de Huebner sobre el Bosco. Hemos ido al restaurante Viking y allí hemos cenado con un poeta llamado Berry, que ha dedicado al río Garona una epopeya de más de seis mil versos. Uno de ellos, que ha citado entre trago y trago de vino, dice así:

Mourir n'est rien, il faut cesser de boire.

También en otros aspectos ha mostrado ser un tipo alegre — así, quería acometer, en honor de nuestro único comensal de sexo femenino, que había venido con Haumont, la arriesgada empresa de versificar un diálogo en el que uno de los senos de la mujer compitiese con el otro. La idea no me ha parecido adecuada a un objeto en el que la simetría deleita mucho más que la diferencia.

París, 13 de noviembre de 1943

Por la mañana me ha visitado la señora Von Oertzen, presidenta de la Cruz Roja; ha venido a verme en su condición de lectora mía. Hemos intercambiado los signos secretos por los cuales se reconoce hoy enseguida la gente. Conversación sobre los viajes que ella emprende por todos los frentes, por todos los territorios ocupados. Luego, sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Ha dicho que si solo pudiera llevarse consigo dos libros, uno de ellos habría de ser la Biblia. ¿Y el otro? En mi caso, probablemente *Las mil y una noches.* En suma, dos obras orientales.

Por la tarde, con Marie-Louise, a visitar a Marie Laurencin, que posee un estudio en el último piso de un edificio de la Rue Savorgnan de Brazza; el estudio se parece a una casa de muñecas o al jardín del hada buena de los cuentos. Reina allí su color favorito, un verde fresco entremezclado con un poco de rosa. Hemos estado viendo libros de cuentos ilustrados, sobre todo los que fueron impresos en Múnich en la segunda mitad del siglo pasado.

Me entero de que los F. de Bucarest muestran ahora inclinaciones bolcheviques. Es una mala señal para Kniébolo. Su bíceps está perdiendo *charme*.

París, 14 de noviembre de 1943

Por la tarde con la Doctoresse en Versalles, para pasear allí bajo la lluvia por las grandes avenidas solitarias. Regresamos de Trianon a la ciudad cuando casi se había hecho ya de noche. Ningún pintor conseguirá jamás aquellos colores, que, en la niebla, casi solo cabía adivinar — un soplo de rosa, una pizca de amarillo, un marrón rojo canela iban sumergiéndose en la noche cual animales marinos que se retiraran a sus conchas, y al desaparecer revelaban el secreto de su magnificencia.

París, 15 de noviembre de 1943

Almuerzo en casa de Florence. De un autor en cuya prosa se tratan, dándoles mucha importancia, lugares comunes ha dicho Cocteau que es *une limande des grandes profondeurs.*

Por la tarde ha venido furtivamente a mi despacho, como un Peter Schlemihl, Husser. Me ha traído la *Historia de la conjuración española contra Venecia.*

Comentado la situación; ahora dejo siempre descolgado en estas ocasiones el auricular del teléfono. Husser ha citado una frase de Voltaire que aparece en su *Historia de Carlos XII* y que dice que alguien que lucha contra una coalición de adversarios fuertes es difícil que pueda ser aniquilado del todo. Sí, pero se comienza por meterlo en el saco.

Hablado luego sobre el clero católico. Husser ha dicho que en ese clero el nihilismo se manifiesta en sus polémicas contra las ciencias.

París, 16 de noviembre de 1943

Por la tarde ha venido a verme Morin, que me ha informado del fallecimiento de su padre y me ha pedido ayuda en los asuntos que lo conciernen a él. Ha vuelto a asombrarme la destreza con que los franceses, ya de jóvenes, saben ordenar a su alrededor las cosas. Se mantienen en el centro de ellas, mientras que los jóvenes alemanes están unas veces fuera del plan de sus intereses y otras van errando sin meta ninguna por ese plan. Su evolución es más caótica y elemental, implica en medida mucho mayor lo imprevisto. Al hacer esas comparaciones lo que a mí me viene siempre a la cabeza es la

diferencia entre Molière y Shakespeare, y, con ella, el pensamiento de si no sería posible una humanidad superior apoyada en esas dos columnas — encarnación de un orden nuevo que sacase sus propios vínculos de cosas opuestas: de la fuerza centrífuga y de la gravitación.

Velada en el Instituto Alemán. Allí, el escultor Breker con su esposa griega, y además la señora Abetz, Abel Bonnard y Drieu la Rochelle, con el que intercambié disparos en 1915. Fue en Le Godat, el pueblo ante el que cayó Hermann Löns. También Drieu se acordaba de la campana que allí daba las horas; ambos la oíamos.[35]Se han agregado luego plumas compradas, sujetos que uno no tocaría ni con tenazas de atizar. Todos esos individuos se fríen en una mezcolanza de interés, odio y miedo, y no pocos llevan ya en su frente el estigma de la muerte cruel. Estoy entrando en un estadio en que la visión de los nihilistas me resulta físicamente insoportable.

París, 18 de noviembre de 1943

Por la mañana conversación con Bargatzki, al que he entregado mi *Llamamiento;* es su segundo lector. Hemos hablado de la posibilidad de una edición clandestina, *rebus sic stantibus.* He pensado en Haumont y también en una traducción hecha por Henri Thomas, al que abordará Heller.

Por la tarde ha llegado de Hamburgo Ziegler y me ha informado de los grandes bombardeos. En los barrios en llamas las personas en parte se asfixiaban por falta de aire y en parte morían por culpa del óxido de carbono que penetraba en los sótanos. Estos detalles hacen comprensible el número de víctimas. Una gigantesca nube de ceniza, semejante a la mencionada por Plinio en su descripción de la catástrofe de Pompeya, transformó en noche el día, de manera que Ziegler, al mediodía, encendió una vela para escribir una carta a su esposa.

Los grandes focos. Los profetas convergen radialmente hacia ellos, los apóstoles irradian de ellos.

París, 20 de noviembre de 1943

Cramer von Laue me ha traído otro libro de Schubart. Napoleón, Nietzsche y Dostoievski son vistos en él como los tres personajes capitales del siglo XIX, en un tríptico en que el gran hombre de acción está acompañado, en las alas, por el buen ladrón y el mal ladrón.

Cramer conocía también algunos datos de la vida del autor;

parece que antes del estallido de la guerra viajó a Riga para visitar a su esposa y que después de la entrada de los rusos ha sido deportado. Luego no ha vuelto a saberse nada de él. Sus libros son extremadamente significativos ya por el mero hecho de que en ellos se trata la segunda posibilidad de los alemanes, la vinculación al Este. Y así no es sin duda un azar el que yo haya descubierto en ellos citas de *El trabajador,* la obra en que más me he acercado al polo del colectivismo.

En el tren, 24 de noviembre de 1943

Viajando hacia Kirchhorst. Voy leyendo *El sueño de una noche de verano.*

En la escena primera del acto cuarto dice Oberón a Titania:

Y deja los sentidos de esos cinco

más muertos que con el dormir *común.*

El dormir tiene, pues, cualidades — también puede decirse que posee varias dimensiones: por un lado, la longitud, por otro, la profundidad; esta última conoce unas regiones distintas de las del mero reposo. En el aspecto mecánico el dormir es el simple contrapeso del estar despierto, pero con la profundidad en que cae se activan las fuerzas de la aleación de que está compuesto. De ellas forman parte la profecía, los avisos, la curación, el trato con espíritus y difuntos. También la confortación puede ser inusual en esas profundidades — hay así breves adormecimientos en cuyas simas nos hundimos por pocos minutos y de los que despertamos como si hubiéramos vuelto a nacer. La enfermedad concluye con un sueño salvífico en el que expulsamos de nosotros, como en un baño, los restos del mal. El arte de la medicina busca en todos los tiempos conseguir esa relación — de una manera especialmente bella en Grecia, pues allí había en los templos de Esculapio unos lugares destinados a dormir y en ellos la divinidad predecía a los soñantes los remedios salvadores. También la parte que en el mesmerismo se ha mostrado sólida está referida a un dormir más profundo. Hoy nos hemos vuelto casi extraños a todas esas cosas; el dormir no alcanza jamás en nuestras ciudades aquellas capas en que nos hace señas el gran botín; y es horrible pensar que tal vez por ese motivo esté perdiendo fecundidad la muerte.

La *Porta Westfalica.* Cuando llego del Oeste la saludo siempre como la entrada que conduce a mi suelo natal más propio, a la Baja Sajonia. Estos son signos sagrados; subsistirán. Mientras meditaba

junto a la ventanilla del tren he estado reflexionando sobre un sepulcro en esa zona.

Kirchhorst, 26 de noviembre de 1943

Sentado a mi mesa de trabajo en la habitación de arriba, donde se apilan a lo largo de las paredes paquetes no abiertos de libros. También están almacenados aquí montones de alfombras persas que conocidos nuestros han salvado en la ciudad y traído a nuestra casa. El equipaje para la huida está dispuesto en el pasillo de entrada, como en una sala de espera. El jardín se encuentra en estado de abandono; unos prisioneros han construido en él un refugio. Los bancales y también los caminos están verdes, invadidos por los cardos. En la turbera y también en los campos hay esparcidos acá y allá bidones de fósforo lanzados por los aviones, octavillas, bolas de papel de estaño. Por la noche los ingleses sobrevuelan por centenares la casa, mientras ruge el fuego antiaéreo y caen con un chirrido sobre las tejas fragmentos de metralla. El edificio parece perder sus cimientos, uno llega a tener con él esa relación que por lo demás solo conocen los habitantes de las islas Frisias. Es como si se hubiera transformado en un barco; uno abriga la esperanza de que no naufrague en la tempestad, sino que alcance el puerto con su buena carga. En la biblioteca clasifico en carpetas las cartas que han ido acumulándose y los manuscritos. Luego me acerco al microscopio para estudiar los coleópteros acuáticos que he estado pescando con Alexander en la turbera. En los almohadones de musgos flotantes que verdean en las aguas grises de los cortes de la turbera se esconden ya especies boreales, que ahora comparo con las especies del Oeste recogidas por mí en los arroyos y estanques de la cuenca parisiense. Pues siempre es un placer de índole mágica el ver las variaciones que se producen en un mundo de formas. De indicios minúsculos, ranas de la creación, deducimos diferencias climáticas de una finura que por lo demás solo la música alcanza. Los científicos del siglo XIX me parecen cajistas de imprenta que sin duda conocen los tipos, pero no el texto maravilloso en que trabajan. Ahí reside, por cierto, una parte de la grandeza que se les reconocerá.

La cercanía de la aniquilación hace que a la ocupación en estos delicados objetos se añada un placer nuevo, una percepción nueva de su fugacidad.

Noticias locales. Perpetua ha ido a visitar al pequeño Grethe, que ha sido atacado y casi matado por un carnero. Estaba jugando cerca de un prado con su hermano y, sin duda porque llevaba una chaqueta

colorada, el animal lo volteó y arrojó al suelo. A cada una de sus tentativas de ponerse en pie, el carnero se enfurecía más, le pisoteaba las dos clavículas, le golpeaba con los cuernos la cabecita, que se hinchó hasta quedar casi irreconocible. Su hermanito corrió a la aldea a buscar ayuda. Oyó cómo el pequeño, cada vez que se levantaba, trataba de apaciguar a su astado adversario con estas palabras:

—Carnero, que yo soy bueno.

Un bombero que estaba de servicio durante el gran ataque de aniquilación contra Hannover vio que un viejo corría hacia él por una calle en llamas en el momento en que una fachada se inclinaba y caía al suelo. Se desplomó sobre él, pero, una vez que se disipó la polvareda, el viejo se puso de pie, ileso, con gran asombro del bombero: el cuadro de una ventana lo había enmarcado como la abrazadera de una red.

Kirchhorst, 27 de noviembre de 1943

Por la tarde en Hannover, que he encontrado convertido en un montón de escombros. Los lugares en que viví de niño, de estudiante, de joven oficial, han quedado arrasados. He estado parado un buen rato ante el edificio de la Krausenstrasse donde durante más de veinte años vivió mi abuela y yo le hice compañía un sinnúmero de veces. Quedaban allí algunos tabiques de ladrillo y con el recuerdo les he agregado la cocina, el pequeño dormitorio para los huéspedes, el salón y el acogedor cuarto de estar, en cuyas ventanas cultivaba ella flores. En una sola noche han quedado aniquiladas diez mil de estas viviendas con su aura, cual nidos tirados al suelo por una tempestad.

En la Ifflandstrasse, donde murió mi abuelo, se derrumbó un edificio junto al que yo acababa de pasar en compañía de Ernstel; el deambular por estas ruinas entraña peligros.

Habían ardido las agujas de los campanarios; sus muñones se alzaban en el aire cual coronas tiznadas. Me ha alegrado que se haya conservado la Torre de las Beguinas situada en la Rivera Alta. Las edificaciones más antiguas de todas son más sólidas que las góticas.

Entre los escombros había mucho trajín. Los movimientos en círculo y los hacinamientos de las masas grises me han traído a la memoria estampas que había visto en Rostov y en otras ciudades rusas. El Este va avanzando.

La contemplación de estas cosas me ha deprimido; con todo, el malestar ha sido menor que el que sentía antes de la guerra, cuando

preveía en espíritu el mundo del fuego. También tuve ese sentimiento en 1937 en París. La catástrofe tenía que llegar; ha elegido la guerra como su mejor agente. Sin embargo, también sin ella la obra habría sido ejecutada: por la guerra civil, como sucedió en España, o sencillamente por un cometa, por un fuego caído del cielo, por un terremoto. Las ciudades habían alcanzado su madurez, estaban blandas como yesca — y el ser humano se hallaba ansioso de hacer de incendiario. Cuando en Rusia prendía fuego a las iglesias, en Alemania a las sinagogas, y cuando sin razón y sin juicio dejaba morir a sus semejantes en los campos de concentración, cabía adivinar lo que tenía que venir. Las cosas habían alcanzado un punto tal que clamaban al cielo.

Kirchhorst, 6 de diciembre de 1943

En la zona pantanosa de Oldhorst. Había helado y ello me ha permitido escoger en las espesuras de los abedules unos senderos en los que de ordinario solo ponen el pie los jabalíes.

Estoy leyendo los números antiguos de la *Zeitschrift für wissenschaftliche Insektenbiologie* [Revista de biología científica de los insectos], que alterno con *La guerra judía,* de Flavio Josefo. He vuelto a tropezar aquí con el pasaje (II, 12) en que se describe el comienzo de los desórdenes en Jerusalén bajo Cumano. Mientras los judíos se concentraban para celebrar la festividad de los panes ázimos los romanos emplazaron en lo alto del pórtico del Templo una cohorte para vigilar a la muchedumbre. Uno de los soldados se levantó ante ella el manto, volvió hacia los judíos, con una reverencia burlona, su trasero y «soltó un sonido indecoroso, en correspondencia con la posición en que se hallaba». Aquello dio la ocasión a un enfrentamiento que costó la vida a diez mil personas, de tal modo que puede decirse que ha sido la ventosidad más funesta de la historia del mundo.

En ese ejemplo se muestra con especial claridad, desde luego, qué es una ocasión, o un motivo desencadenante, en contraste con una auténtica causa. La filosofía no ha valorado aún del todo el significado que tienen los motivos desencadenantes; cabe considerarlos de una manera que encierra un fuerte ataque contra la ley de la causalidad. En cierto sentido, en efecto, toda acción es tan solo un motivo que desencadena fuerzas de índole desconocida. Al actuar nos parecemos a compradores que para pagar extienden un cheque; lo que sucede en el banco, y las reservas de este, eso nos es desconocido.

Al igual que ocurre con todos los procesos físicos, es en el mundo

moral donde el motivo desencadenante adquiere auténtico interés. Un niño juega con cerillas, y una populosa ciudad queda reducida a cenizas. La cuestión es si la persona del desencadenante de la catástrofe no desempeña en esas circunstancias un papel mucho más significativo que el que comúnmente se supone. Estoy pensando en Kniébolo — a veces tengo la impresión de que el *Weltgeist,* el Mundo adelanta las piezas insignificantes.»36También el percutor cuya pequeña fuerza enciende la carga tiene su forma precisa. En *Las mil y una noches* se describen las intrigas de una perversa mujer a la que finalmente se la ahoga en el Nilo. El cadáver toca tierra en Alejandría y desencadena allí una epidemia. Mueren cincuenta mil seres humanos.

Kirchhorst, 9 de diciembre de 1943

Continuado la lectura de Flavio Josefo; junto a la descripción histórica ofrece también una serie de estampas generales de primer rango. Entre ellas están las descripciones de la ciudad de Jerusalén y del poder militar de Roma. Proporciona unos conocimientos inestimables.

Resulta notable la escasa dosis de judaísmo que aparece en este autor, a pesar de que fue sacerdote y guía de su pueblo. Parece que resulta más difícil desprenderse del ingrediente judío que de los ingredientes de otros pueblos, pero que en los raros casos en que eso se consigue el elemento humano asciende a una altura especial.

Kirchhorst, 10 de diciembre de 1943

A última hora de la tarde visita de Cramer von Laue, que ha venido en bicicleta y me ha traído el libro de Schubart. Conversación sobre las tremendas destrucciones de Berlín, que él ha visto, y sobre la formación de un proletariado de nueva especie, que se halla relacionado con esas ruinas. Le he dejado echar una ojeada a mi escrito sobre la paz, el *Llamamiento.*

Kirchhorst, 14 de diciembre de 1943

La mañana ha transcurrido en la contemplación de insectos persas que fueron traídos de Oriente hace treinta años por Bodo von Bodemeyer y que yo le adquirí a Reitter.

Lectura: *Das Elisabeth-Linné-Phänomen* [El fenómeno Elisabeth Linné], de A.W. Thomas. Este escrito trata del «relampagueo» de ciertas flores durante el crepúsculo, un fenómeno que viene ocupándome, más aún, inquietándome, desde hace tiempo.

Además: *Erlebnisse* [Vivencias], de Weressáiev. Descripciones de un médico en la guerra ruso-japonesa. Entonces fue cuando empezaron las matanzas áridas y automáticas — propiamente comenzaron ya con la Guerra de Crimea.

Continuado la lectura de Flavio Josefo; al final del libro quinto me ha llamado la atención el pasaje en que el autor escribe que si los romanos no hubieran destruido Jerusalén se la habría tragado la Tierra, la habría sumergido bajo sus aguas un diluvio o la habría devorado, como a Sodoma, un fuego caído del cielo. Tropiezo aquí con pensamientos que me ocupan vivamente y que sin duda retornan siempre que hay catástrofes. Cuando se acerca la hora de la muerte vuélvese inesencial la enfermedad. La Muerte se pone las máscaras que encuentra.

También me ha llamado la atención el notable pasaje del libro séptimo en que se habla de la muerte por fuego elegida voluntariamente por los hindúes. Se le atribuye al fuego la propiedad de «separar el alma del cuerpo con la mayor limpieza posible». El fuego actúa aquí como elemento purificador. Por eso se lo emplea también como medio para extraer por destilación de la carne especialmente tenaz lo que hay de auténtico en ella. Es lo que se hace en la cremación de herejes o cuando el espíritu está entretejido hasta el fondo de sus fibras con la *luxuria,* como en otro tiempo en Sodoma, o con la *materia,* como en la actualidad.

En el correo, entre otras cartas, una de Carl Schmitt; trata en ella las malas relaciones entre protección y obediencia que aparecen entre la población en los sótanos durante los ataques aéreos. De todos los espíritus que yo conozco es Carl Schmitt el que mejores definiciones sabe dar. Como pensador clásico del derecho que es se halla ordenado a la Corona y su situación se vuelve necesariamente ambigua cuando una élite del *demos,* del populacho, es sustituida por otra. Cuando emergen fuerzas ilegítimas queda en el lugar del jurista de la Corona un vacío y el intento de llenarlo se realiza a expensas de la reputación. Son inconvenientes del oficio. En este aspecto quienes se encuentran hoy en mejor situación son los comediantes; un actor de fama mundial superará sin esfuerzo todos los cambios. Si hacemos una pequeña modificación en una frase de Bacon podríamos decir que hoy, para andar por el mundo, uno ha de poseer bastante de comediante y no demasiado de hombre de honor.

Siguiendo su costumbre Carl Schmitt cita también un pasaje de la Biblia: Isaías, 14, 17.

Kirchhorst, 17 de diciembre de 1943

Hojeado los diarios de los Goncourt. Resultan extrañas las modificaciones que en esta guerra están produciéndose en el lector — uno siente que masas enormes de libros no pasarán las aduanas espirituales establecidas por ella. Hay aquí reinos de destrucciones de que casi no nos damos cuenta. Así es como las polillas causan destrozos en armarios cerrados. Uno toma un libro en la mano y ve que ha perdido su encanto, como una mujer amada en la que ha pensado a menudo con añoranza, pero cuya belleza no ha superado ciertas crisis, ciertas aventuras. El aburrimiento pasará por la criba las existencias de libros de un modo más terrible que todos los censores, que todas las prohibiciones. Cabe prever, sin embargo, que eso favorecerá a su vez a los libros de primer rango y, por tanto, sobre todo a la Biblia.

En las anotaciones del 16 de mayo de 1889 de los citados diarios he encontrado un buen sueño de Léon Daudet. Se le aparecía Charcot y le daba los *Pensamientos* de Pascal. Al mismo tiempo, y como prueba, le mostraba en el cerebro de un gran hombre las células en que habían estado alojados sus pensamientos — se parecían a las celdillas de un panal reseco.

Poco después se menciona el obelisco que se alza en la Place de la Concorde, cuya vista ha despertado tantas veces en mí la impresión de la aguja mágica de un reloj — en los diarios de los Goncourt el obelisco suscita recuerdos «del color rosa de un sorbete de champán». En tales imágenes se percibe ya la *morbidezza* que va disgregando la piedra.

Edmond de Goncourt menciona conversaciones con Octave Mirbeau; este, por su parte, estuvo en relación con Sacha Guitry, con el que también yo he charlado algunas veces. Así es como se tienden los puentes entre los muertos y los vivos — sobre pilares intermedios. Con frecuencia pienso en la cadena erótica: una misma mujer puede haber tenido relaciones carnales con dos hombres, uno de los cuales nació en el siglo XVIII, antes de la Revolución francesa, mientras que el otro murió en el siglo XX, después de la Primera Guerra Mundial.

En el tren, 20 de diciembre de 1943

Despedida de Kirchhorst, con viento cálido y llovizna. Loehning me envió su coche. Como perdí el tren, estuve recorriendo otra vez las tristes ruinas de Hannover y en medio de los escombros me acordé de las alegres muchedumbres cargadas de regalos que antes de 1914, y

también antes de 1939, abarrotaban estas calles en los días anteriores a la Navidad. Qué animación había en la Packhofstrasse, transformada ahora en dos montones de escombros. Mi buena madre solía llevarme consigo y me ofrecía por la mañana empanadillas y por la tarde, tarta de nueces.

Ahora los rostros han cambiado; no solo están volviéndose más cansados, demacrados y escuálidos, sino también más feos en sentido moral. Es algo que noto sobre todo en las salas de espera de las estaciones — tengo el sentimiento de hallarme en una jaula y rodeado de animales. ¿Pero no serán el propio abandono, las propias pérdidas, lo que crea esa impresión? En esas salas de espera se ve claramente la enorme distancia que nos separa de la meta.

Luego fui a la Königswortherstrasse, tras haber visitado antes el viejo cementerio cercano a la Langenlaube, con sus extrañas lápidas sepulcrales. El edificio próximo al río Leine en el que vivimos nosotros en 1905 estaba intacto. Allí hice memoria de las melancolías que a menudo me asaltaban en el camino hacia la escuela, del gran desamparo que sentía. Entonces me atormentaba la idea de qué sería de mí si mi madre moría, y también el sentimiento de que yo era muy distinto de lo que se aguardaba de mí. Al recorrer ahora las calles destruidas retornó del olvido aquel estado de ánimo — de igual manera que en un mal sueño nos acordamos también de angustias anteriores.

El arco iris en los velos que se alzan sobre el estruendo de las cataratas. Esos velos, ¿están hechos de lágrimas o de las esencias de que nace la perla? Da igual, vislumbramos el puente maravilloso que nos saca de la aniquilación.

París, 21 de diciembre de 1943

En el correo francés que he encontrado en el hotel Raphaël había, entre otras cartas, una de Jean Leleu sobre Léon Bloy, cuya lectura le había yo recomendado. A Leleu le sorprende «lo inhumano» de ese autor. Le reprocha sobre todo que su catolicismo deje de ser cristiano con tanta frecuencia. Es cierto; como a otros muchos latinos, también a Bloy podría reprochársele la desviación «española», ese endurecimiento peculiar que acaba convirtiéndose en falta de misericordia. En el otro extremo está la desviación germánica, que tiende a disolverse en lo elemental. El gran Inquisidor y Angelus Silesius.

Lectura: *Das Irrlicht* [Los fuegos fatuos], de Horst Lange, una

narración con ilustraciones de Kubin que este me ha enviado desde Zwickledt. Ya en la primera novela de Lange me llamó la atención su completo dominio del mundo de la ciénaga con su flora y su fauna y su vida en fermentación. En el desierto de nuestra literatura se encuentra aquí uno que es dueño de sus símbolos y está seguro de ellos. Forma parte del sombrío ramillete de autores del Este que alguna vez será visto acaso como una escuela — estoy pensando en nombres como Barlach, Kubin, Trakl, Kafka y otros. Estos cronistas orientales de la decadencia son más profundos que los occidentales; van más allá de su forma social de manifestarse, penetran en conexiones elementales y llegan a visiones apocalípticas. Así, Trakl es experto en los oscuros secretos de la descomposición, como lo es Kubin en los mundos del polvo y la putrefacción, y Kafka en los reinos demoniacos de los sueños, y como es experto Lange en las ciénagas en que con más energía alientan las fuerzas de la decadencia, en que despliegan incluso fertilidad. Por cierto que Kubin, como viejo conocedor que es, me dijo un día que a este autor lo aguardaban malas experiencias.

París, 22 de diciembre de 1943

Fiesta navideña en casa de Vogel, el constructor de aeroplanos. Allí he conocido a Benvenuti, pianista italiano que hace remontar sus orígenes a los Donati y posee una serie de antepasados comunes con Dante. Sus rasgos tenían un extraño parecido con la conocida cabeza de este último, parecido que adquirió una fuerza terrorífica cuando Florence le envolvió la cabeza de Benvenuti en una tela roja y dio así al rostro un carácter de máscara.

París, 25 de diciembre de 1943

Entre otros mensajes sombríos me llega la noticia de la muerte del joven Münchhausen, al que conocí la pasada primavera. En sus formas y en su espiritualidad tenía rasgos que eran aún del siglo XVIII. También Salmanoff apreciaba eso en él. A menudo me parece que los tiempos venideros están preparándose por una selección negativa — podan personas, edificios, sentimientos, como poda el jardinero ramas en un parque. Vamos hacia una sociedad «pelada».

Avanzado en la lectura del Evangelio de San Lucas; hoy he leído el capítulo 22. En él reprocha Cristo a sus adversarios que lo ataquen de noche, aunque se dejaba ver a diario en el Templo — «pero esta es vuestra hora, cuando mandan las tinieblas». Esa es también la divisa que conviene a los actos de violencia de nuestro tiempo; son ejecutados en una oscuridad horrenda y detrás de fachadas que han

sido aderezadas para el gusto del *demos,* del populacho.

París, 26 de diciembre de 1943

Ronda solitaria por bosques y aguas, con densa niebla y aire templado. En las afueras de Suresnes me detuve en un lugar en el que un desagüe enturbiaba las aguas del Sena. Allí encontré reunida una media docena de pescadores de caña. Habían colocado en los anzuelos unos gusanos colorados y sacaban con rapidez de la corriente unos pececillos plateados, del tamaño de las sardinas, que tenían en el lomo escamas de color azul acero.

Velada en la habitación del Presidente, con Leo, Schery y Merz. Análisis de la situación — la armadura de Alemania ha llegado a ser tan tenue que no podrá hacer frente a las exigencias que el nuevo año planteará también aquí en el Oeste.

En mi *Historia in nuce* tendría que incluir un capítulo titulado «Las guerras de los germanos»; en él habría que exponer que siempre se han cometido los mismos errores. Hay aquí misterios que otros pueblos no entenderán jamás — como, por ejemplo, la fascinación mágica ejercida por el palacio de Atila. ¿Fue ese palacio el que sedujo a Kniébolo — o de qué otra manera se explica su tendencia, su perspicacia para eludir la victoria que tenía en las manos?

París, 28 de diciembre de 1943

He soñado con Li-Ping, que me llamaba con sus maullidos. Al levantarla del suelo la encontraba más pesada, también había adquirido un pelaje blanco: con ella levantaba a un tiempo al gato Jacko.

Es algo típico de los sueños — en ellos podemos toparnos con una mujer que tiene a la vez los rasgos de la madre, de la hermana, de la esposa. En esas penumbras ponemos el pie en el mundo de los *genera.* Esto me lleva a pensar que los *genera* zoológicos son las imágenes primordiales, los prototipos, de las especies. El *genus* no existe en el mundo diurno, en el mundo visible, como tampoco existe en él la imagen primordial. Aparece únicamente en las especies, no en sí mismo. En el sueño vemos cosas que fuera de ellos no resultan visibles.

En la discusión entre Schiller y Goethe sobre la protoplanta destaca también la diferencia entre la visión diurna y la visión nocturna.

«Luchar *contra* el enemigo» y «luchar *con* el enemigo» — dos sinónimos que caracterizan a los germanos. Se lucha *con* el enemigo, es decir, se lucha *con* él *por* algo que pertenece a ambos o no pertenece a ninguno. De ahí que no se trate propiamente de la victoria.

Shakespeare conoce el secreto del que también Rivière vislumbró algo al correlacionar con los alemanes no el «o lo uno o lo otro», sino el «tanto lo uno como lo otro». Eso es algo que se encuentra desarrollado en sentido místico en los escritos de Eckart.

Perpetua me escribe que ahora también ha caído su hermano. El 4 de noviembre lo arrebató el destino cerca del Dniéper, durante un reconocimiento. En los últimos años me había acercado más a él; de este cuñado mío tomé prestados algunos rasgos para la figura de Biedenhorn, entre otros su expresión favorita:

Ihr Mannen, macht das Armbein krumm,

de Willekum geiht um

[Vosotros, hombres, empinad el codo,

la copa da la vuelta.]

Naturalmente, sin preocuparse en absoluto por lo que había detrás de ella, dio la bienvenida a esta guerra, como una vía libre para las camorras y las francachelas. A través de su envoltura diurna brillaba el viejo elemento bajosajón; procedía de una de las familias autóctonas, cuyos orígenes se remontan hasta los tiempos anteriores a los güelfos. Era uno de esos cuya vida está dedicada a la camaradería y que florecen en ese ambiente. En esto era oro puro, aunque en muchas otras cosas no era de fiar. En una ocasión en que, en el jardín, me hallaba a su lado junto a los tomates me di cuenta de que, aunque rudo de ordinario, era capaz de una ternura muy grande. Su pérdida me aflige.

Cayó en las líneas rusas. Sus hombres no pudieron rescatar el cuerpo. Había salido solo porque consideraba que la situación era muy peligrosa.[37]

París, 29 de diciembre de 1943

Por la tarde en casa de Jouhandeau. Conversación sobre su nuevo

libro, *Oncle Henri.* Luego, sobre la novela de su coetáneo Alain Fournier, *Le Grand Meaulnes,* que apareció en 1913 y en cuya lectura me ocupo ahora. Intercambio de sueños; Jouhandeau me ha contado uno en el que iba a ver a un médico por causa de una inflamación dolorosa que se le había formado en el dedo índice. El doctor le abría el dedo por la segunda falange y aparecía una protuberancia colorada que se parecía a un capullo. De este salía una especie de geranio de una belleza maravillosa; en adelante Jouhandeau llevaba cuidadosamente aquel geranio con la mano extendida.

En su casa he vuelto a ver el pollito que ha criado supliendo él a la gallina clueca, dándole de comer en la mesa de desayunar y calentándolo en su cama. Ahora el pollito ha crecido y se ha transformado en un gran gallo blanco con una cresta roja, que se deja acariciar, abrazar y tomar en el regazo y que incluso canta cuando se le anima a hacerlo.

Por la noche creía encontrarme en el jardín de Kirchhorst y veía que fuera, por la carretera, pasaban a gran velocidad unas camionetas. Iban cargadas con unos bloques cuadrados de hierro, que estaban al rojo vivo; de ellos irradiaban ondas de calor. Los conductores se lanzaban a gran velocidad con el fin de que el calor fuese llevado hacia atrás — pero en vano: sus vestidos y sus cuerpos empezaban ya a arder y se oían sus gritos de dolor, que se perdían con rapidez, como sonidos de proyectiles que pasasen silbando.

En una tabla colocada en el límite del jardín, esta frase, escrita con ideogramas: «Quien cabalga un tigre no puede apearse». Delante de los ideogramas, un signo especial, como una clave musical: «Transfiguración occidental».

París, 31 de diciembre de 1943

Por la mañana sobrevolaron la ciudad grandes formaciones aéreas. Me trasladé, como suelo hacer, del hotel Majestic a la habitación del Presidente; solemos celebrar estas interrupciones haciéndonos café y desayunando. Oíamos el intenso trabajo de la artillería antiaérea. Luego los edificios temblaron bajo las bombas arrojadas, que causaban devastaciones en los barrios periféricos.

A última hora de la tarde se habían contado más de doscientos muertos. En un refugio alcanzado por una bomba murieron más de veinte obreros. Me han contado que, mientras se intentaba llegar a los cuerpos a través de los escombros, había allí una mujer que gritaba el nombre de su marido. Este, al que una compra que tuvo que hacer lo había mantenido apartado del lugar de la desgracia, le contestó entre la muchedumbre y se abrió paso hacia ella. En instantes como ese la gente se abraza con violencia, como después de la resurrección — con un poder espiritual.

Por la tarde en la consulta del doctor Salmanoff, al que he encontrado entristecido por la muerte de Münchhausen. Comentado la situación. Salmanoff opina que cabe aguardar en las próximas semanas el desembarco de los ingleses y norteamericanos. En favor de ello hablan muchas cosas — en contra, la consideración de qué ventajas podría traer, especialmente para Inglaterra, tal empresa, aun en el caso de que tuviera éxito. Cuanto más tiempo y más a fondo se desgasten mutuamente Alemania y Rusia, tanto más aumenta el poder de Inglaterra. Se halla en la situación del banquero en el juego, que saca ventaja de la suma de las pérdidas. Un ataque induciría a pensar que Rusia es ya más fuerte de lo que se supone.

Salmanoff opina además que es inminente la hegemonía de Rusia en Europa y que cabe contar con una mudanza en la política interior rusa y con una estrecha vinculación a Alemania. Ha dicho que el bolchevismo es una primera fase; en la segunda se verá también la resurrección de la Iglesia ortodoxa. Según él, los agentes de la nueva situación serán los campesinos, aliados a los generales victoriosos. La gente no devolverá los fusiles. Una consecuencia necesaria de la victoria será también el dominio de los Balcanes y la posesión del

Bósforo por los rusos.

En este contexto ha tocado el carácter específico de la colonización rusa, cuyo héroe es el pequeño campesino; con un pedazo de pan en la mano y unas cuantas cebollas en el bolsillo ha ido expandiéndose, lejos de la historia universal, por los ríos, por las selvas y por las heladas estepas de tres continentes. Desde luego hay en eso una fuerza enorme.

Sobre las indemnizaciones de guerra. Sin duda no podrán consistir en otra cosa que en fuerza de trabajo, en mano de obra, como corresponde a la edad del trabajador. Pero aquí hay grados, que van desde un trabajo de esclavos, pasando por indemnizaciones acordadas y pactadas, hasta la libre cooperación entre todas las fuerzas que han estado combatiéndose rabiosamente. De esa última manera es como lo he visto yo en mi *Llamamiento,* pero tal vez el odio, que es alimentado constantemente por la bajeza, convierta eso en una utopía. Frente a esto no quiero olvidar jamás que también un camino elevado, el camino del espíritu, lleva a los mundos nuevos en cuyo umbral nos encontramos los humanos. Semejante al arco iris, ese camino asciende desde la aniquilación.

De todas las catedrales la única que queda ya es la formada por la cúpula de las manos juntas. Únicamente en ella hay seguridad.

París, 2 de enero de 1944

El año 1943, que ahora ha transcurrido y cuyos comienzos viví en el Cáucaso, ha traído consigo todas las cosas que se temían. No ha traído, en cambio, el final de la guerra, que muchos predecían para el otoño.

He comenzado el nuevo año sustrayéndome mediante un rizo a las ocupaciones habituales y dedicando el tiempo a una *siesta* de dos días, con conversaciones, lecturas, café cargado, frutas y vinos.

Leyendo a Hölderlin ha vuelto a caer bajo mis ojos la carta a Belarmino, con las terribles verdades que en ella hay sobre los alemanes. Qué acertada es la observación de que el hombre superior vive aquí en este país, en Alemania, como Ulises, del cual hacían escarnio en su propio palacio, por su apariencia de mendigo, los indignos usurpadores. Qué verdadera es también esta frase: «Crece el servilismo y con él crece el coraje grosero».

Además, acabado: *Le Grand Meaulnes,* de Alain Fournier. Es una de las ramas secas con que el Romanticismo se adentra en el siglo XX. Se nota que a cada decenio que pasa resulta más difícil transportar la savia hasta lo alto de las ramas.

Para acabar el rizo, errado largo tiempo por los rincones del Barrio Latino y por las notables callejuelas que rodean a la Rue Mouffetard, y regreso al hotel Raphaël, en el que me he colado por la escalera de la parte de atrás.

París, 3 de enero de 1944

Durante el descanso del mediodía me proponía visitar la tumba de Verlaine, pero me he equivocado y he ido a parar, en vez de al cementerio de Batignolles, al de Clichy. Aquí me he topado, en uno de los muros, con la lápida de un tal Julien Abondance, que deambuló por nuestro planeta de 1850 a 1917. Ahora sé, por tanto, dónde se quedó la abundancia.

París, 4 de enero de 1944

Por la mañana alarma aérea, cosa que ahora sucede de un modo casi regular; la he aprovechado para contemplar el *Altar del juicio final,* del Bosco, en la obra de Baldass sobre este pintor; el libro ha

aparecido hace poco y me lo ha regalado el doctor Göpel. En estas pinturas el terror está escondido, como en los dibujos con sorpresa; cuanto más se las mira, más y más detalles espantosos van saltando a la vista.

Lo que diferencia al Bosco de todos los demás pintores es la visión directa, que Baldass llama su carácter profético. La profecía consiste en que él conoce unas vigencias más profundas, en las cuales se reflejan y reencuentran las edades — como hoy el mundo técnico y sus detalles. De hecho pueden adivinarse en esas tablas las formas de las bombas volantes y de los submarinos, y en una de ellas, creo que en *El jardín de las delicias,* se encuentra también el horrible péndulo de E.A. Poe, uno de los grandes símbolos del mundo rítmico de la muerte. El Bosco es el vidente de un *eón,* como Poe es el vidente de un *saeculum.* Qué certero es también el retrato del hombre desnudo que, para mover unas máquinas extrañas, corre como una ardilla en el interior de una rueda cubierta de pinchos. El hecho de que aparezcan moros entre las legiones de los bienaventurados esconde una verdad que, expresada en palabras, habría llevado al pintor a la hoguera.

Al mediodía ante la tumba de Verlaine en el cementerio de Batignolles. Está cubierta por una de esas sencillas construcciones de piedra que se encuentran a millares en las necrópolis parisienses. Entre la serie de nombres que allí están grabados se encontraba también el suyo:

PAUL VERLAINE *Poète*

Una cruz hecha con violetas azules de papel cubría esta inscripción, pero a los pies encontré un ramo fresco, del que corté una hojita. No todos los poetas tienen sobre su tumba flores frescas a los cincuenta años de su muerte.

En la cabecera de una de las esquelas mortuorias que estoy recibiendo estos días:

«Tu camino está en el mar, y tus sendas, en las grandes aguas, y tus pisadas no son conocidas».

«Sobre su cabeza habrá alegría eterna».

Hay en estas dos frases una buena combinación de los misterios del poder terrenal y de la claridad del poder celestial. Ambos están en nosotros, de ahí que haya anotado esas palabras en especial para el

capítulo «Cabeza y pie» de mi proyectado libro sobre la relación entre el lenguaje y la estructura corporal. En él quisiera tratar de manera simbólica la figura física del ser humano como clave del plan del mundo.

París, 7 de enero de 1944

En el correo, entre otras cartas, una de Carl Schmitt sobre la *vis verborum,* cita a los árabes Avicena y Averroes, al humanista italiano Valla, a Bismarck y a E.A. Poe. Califica la frase de Bismarck *In verbis simus faciles* de «grado supremo de la guardabosquería mayor».

Al mediodía estaba aguardándome en el hotel Majestic Madame Noël. Trabajaba en Hamburgo, donde ha visto con sus propios ojos cómo una bomba volante destrozaba a su marido y cómo ardían todas sus pertenencias. Además la persiguen por *collaboratrice.* Yo había podido hacer algo por ella y me ha traído por eso un ramo de flores.

París, 9 de enero de 1944

Primer aniversario de la muerte de mi querido padre.

Por la mañana he continuado la lectura del Evangelio de San Juan. *Er muss wachsen, ich aber muss abnehmen* (3, 30) [él tiene que crecer, pero yo tengo que menguar] es uno de esos grandes pasajes cuyo sentido no cabe traducir del todo a palabras. Mejor en latín: *Illum oportet crescere, me autem minui.* Hay también en ese *autem,* que es la más pacífica de las conjunciones adversativas, no solo una contradicción, sino al mismo tiempo una relación: el hombre inmortal ganará, pese a que y mientras que el hombre mortal pierde.

Luego, en ese mismo Evangelio, 4, 50, un texto muy apropiado para este día de luto: «Tu hijo vive». Meditado sobre esta frase. El Maestro está hablando a los incrédulos, de ahí que no sean suficientes esas poderosas palabras. Para convencer a los obtusos sentidos de los incrédulos se ve obligado a hacer visible la verdad en su manifestación corporal; es necesario que el *cadáver* resucite. Se aguarda así de El, en todo, lo más barato, como también el reino terrenal. El Príncipe de la Luz se ve obligado a añadir sombras a sus palabras y a sus actos para proporcionar a los ojos humanos un atisbo de su poder. También sus milagros son parábolas.

Además, acabado de leer *The Garden Party,* narraciones de Katherine Mansfield, joven escritora neozelandesa fallecida prematuramente. Se describe en ese libro una hermosa escena de claro de luna en su país. Las sombras se asemejan a los barrotes de la reja

de una puerta de acero. Me es conocido ese sentimiento de miedo a las sombras de la luna y a su hechizo; se acrecienta de manera significativa cuando coincide con un encuentro erótico.1

Finalmente, hojeado una carpeta con reproducciones de las antigüedades orientales, en especial las asirias y fenicias, del Louvre; me ha hecho gracia, a pesar de su venerable antigüedad, el sarcófago de Eshmunazar. Este rey de Sidón lleva la moda funeraria egipcia con una marcada seriedad provinciana.

Hielscher me envía, tomando ocasión de la charla que mantuvimos aquí hace poco, algunos extractos de los diarios de Leonardo que contienen profecías. En uno de los pasajes se dice sobre los seres humanos lo siguiente:

«En su desmesurada presunción querrán incluso viajar al cielo, pero el peso demasiado grande de sus miembros los retendrá aquí abajo. Entonces no quedará ni sobre la tierra ni debajo de la tierra ni en el agua nada que ellos no persigan, remuevan o aniquilen, y tampoco nada que no arrastren de un país a otro. Su cuerpo servirá de tumba y de lugar de paso a todos los cuerpos vivos que hayan matado».

En fin, mi editor de Berlín me comunica que en el bombardeo de Leipzig han quedado aniquiladas todas las existencias de libros míos que allí había. Otro *stock* ha ardido en Hamburgo, según me escribe Ziegler. De esa manera se desprende uno de no pocas preocupaciones.

Por la tarde en la Madeleine, porque necesitaba un lugar donde poder pensar en mi padre. Allí he estado sentado junto a la placa que recuerda al sacerdote Deguerry, muerto el 24 de mayo de 1871 en la cárcel de La Roquette *pour la foi et la justice.* Feliz quien logra eso sin que el terror se apodere en demasía de él.

A continuación la aventura con el leproso en la Rue Saint-Honoré.

París, 11 de enero de 1944

En sueños veía la ciudad de Leisnig durante un bombardeo. Bloques de viviendas se derrumbaban en lejanas colinas, las fachadas de las casas se desplomaban. Yo iba cruzando la plaza mayor y veía a mi padre de pie en la puerta de casa, con su bata blanca. Era su vieja bata de laboratorio, pero que ahora estaba consagrada a unas investigaciones más elevadas. Unos soldados me apartaban de la entrada enredándome en una conversación; pero mi padre y yo nos

hacíamos señas con la mano.

Visita de Hotop, que como tipo escapa a las clasificaciones usuales entre los alemanes. En la India se lo reconocería enseguida como miembro de esa casta especial a la que le toca en suerte prestar servicio a la mesa, en la cocina y en los baños, y que se cuida de los goces en el interior de los palacios. Son gentes cuyo sentido del tacto está desarrollado al máximo y a las que eso las hace tener al mismo tiempo una relación especial con el miedo y con el goce. Entre esos individuos se encuentran los más refinados conocedores de los materiales, en la medida en que cabe valorarlos por el tacto, por el gusto, por el olfato — son expertos en tejidos, en pieles finas, en perfumes, en perlas, piedras preciosas, maderas, muebles y exquisitos platos, así como en esclavas y en todos los objetos pertenecientes al mundo de los sentidos. Habitamos su reino cuando leemos el *Kamasutra.*

Tales conocimientos hacen que esos hombres resulten inestimables para príncipes y grandes señores, como localizadores de objetos raros, organizadores de fiestas, alcahuetes, *maîtres de plaisir.* En nuestro país se los encontrará entre los gastrónomos, los fabricantes de objetos de lujo, los directores de los grandes restaurantes. Y siempre veremos que se les ha otorgado una epidermis especial; ella es su capital, del cual viven en las regiones del *luxus* y de la *luxuria.* Pero pronto nos damos cuenta, en cada uno de los casos, de que su boato proviene de esferas inferiores. Para que ese boato pueda hacerse realidad en niveles superiores, los citados individuos se ven obligados a ofrecerlo al hombre espiritual o al hombre aristocrático, por lo cual no nos toparemos casi nunca con ellos como poderes independientes, sino integrados en el séquito de otros. No es, en efecto, a los sastres a quienes mejor les cae la ropa, ni a los peluqueros el peinado.

Conversación sobre perfumes y su fabricación. Para «hacerle a medida» a una clienta su perfume, los especialistas de las grandes firmas no preguntan por el color de su cabello. Se hacen enviar una pieza de ropa interior que la clienta haya llevado puesta.

Lectura: *L'equipage de la nuit,* de Salvador Reyes, el cónsul de Chile, que me ha sido presentado por la Doctoresse. Reyes toma como modelo, aunque introduce variaciones sudamericanas, a los narradores anglosajones que dieron que hablar a finales del siglo pasado, como Kipling, Stevenson y Joseph Conrad, y cuya acción puede describirse

con tres palabras: romántica, puritana, planetaria.

De las imágenes de esta prosa me ha llamado la atención la de las estrellas que aparecen en el cielo en una noche de lluvia y tempestad — brillan como si las nubes las hubiesen pulimentado. Aunque meteorológicamente es un error, tiene fuerza poética.

Entre otras frases: *C'est l'amour des femmes qui forme le caractère de l'homme.* Cierto, pero las mujeres nos dan forma como se la da el escultor al mármol: arrancándonos pedazos de nosotros mismos.

París, 16 de enero de 1944

Continuado la lectura del Evangelio de San Juan. Capítulo 8, versículo 58: «Antes que Abraham viniese a ser, soy yo». Frente a eso, en la otra dirección del tiempo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Cristo tiene conocimiento de que él es el Hombre Eterno y, en cuanto tal, se declara de origen divino, hijo de Dios. Dura más que el cosmos, que es una creación espiritual.

Así habla el hombre como ser eterno, frente a la óptica de los mortales, de la mosca efímera que vive un solo día y que aparece en el salmo 90. La diferencia entre el lenguaje de Cristo y el de Moisés es la misma que hay entre el lenguaje del bautizado y el del circuncidado. A lo terrenal se agrega la luz, se añade un ingrediente cósmico.

Nihilismo y anarquía. Es difícil la diferenciación, como lo es la de las anguilas y las serpientes, pero resulta imprescindible para el conocimiento de cuál es el auténtico juego. Tiene una importancia decisiva la relación con el orden, relación que le falta al anarquista, pero por la que se señala el nihilista. De ahí que sea más difícil calar el nihilismo, pues está mejor camuflado. Una buena señal de reconocimiento es la relación con el padre: el anarquista lo odia, el nihilista lo desprecia. Así Henry Brulard, en contraste con Piotr Stepánovich. Luego están las diferencias con respecto a la madre y a la Tierra en especial: el anarquista pretende transformarla en una ciénaga y un bosque; el nihilista, en un desierto. La investigación tendría que comenzar por una clarificación de la coyuntura teológica. Ella aguzará los ojos — así se verán las figuras que están ocultas tras la pantalla, tras las bambalinas de la pintura moderna. La citada clarificación le será útil sobre todo a la juventud guerrera. El joven atraviesa necesariamente una fase de anarquía y en ella es con mucha facilidad víctima de los poderes de la pura destrucción.

París, 17 de enero de 1944

Continuado la lectura del Evangelio de San Juan. En el capítulo 10, versículo 34, Cristo responde a las dudas sobre su origen divino remitiéndose al salmo 82. En este se dice de los hombres: «Dioses sois, e hijos todos vosotros del Altísimo». En los dos versículos siguientes Cristo interpreta luego esas palabras como referidas especialmente a él.

Tales pasajes son importantes para la exégesis del siglo XX, la cual ha de estar a la altura de todas las objeciones de la consciencia y por ello ha de diferenciarse de todas las exégesis anteriores.

¿Cuál es la diferencia entre los milagros y las parábolas? Las parábolas se refieren a lo Absoluto, mientras que los milagros confirman las parábolas en el espacio y en el tiempo, es decir, en lo episódico. El rango de las parábolas es más elevado, pues son indicaciones espirituales, mientras que los milagros lo son materiales.

Terminado de leer *Mis prisiones,* de Silvio Pellico. Estos recuerdos, aparecidos en 1833, son un caso ejemplar de prosa clásica; a los italianos les ha sido dada, en efecto, en sus tipos más significativos, una relación directa con ella, una relación no debilitada por ninguna ramificación. Las frases y los pensamientos son presentados con un conocimiento innato del equilibrio. Siempre queda claro cuáles son las frases principales y cuáles las subordinadas, cuáles son los asuntos capitales y cuáles los secundarios. Esto causa un efecto vivificante y formativo, como un paseo entre palacios y estatuas.

Conversación con el doctor Schnath, el archivero de Hannover; ha regresado de la Baja Sajonia y me ha comunicado una notable observación que ha hecho. Cuando uno se ha habituado a residir en ciudades destruidas y llega luego a otras que aún se conservan intactas, como Hildesheim, Goslar o Halberstadt, lo asalta el sentimiento de estar en mundos museísticos o entre decorados de ópera. Ese sentimiento muestra con más claridad que la destrucción misma lo muy fuera que estamos ya de la vieja realidad, de nuestra imagen innata de la historia.

Velada en casa de los Schnitzler, en la Rue des Marroniers. Estaban allí Bourdin, antiguo corresponsal de la *Frankfurter Zeitung,* y el alférez de navío Von Tirpitz, hijo del gran almirante. Este último ha contado que entre los papeles de su padre de la época anterior a la Primera Guerra Mundial ha encontrado un gran número de cartas de

destacados judíos alemanes e ingleses, en todas las cuales se califica de gran desgracia la posibilidad de una guerra entre ambos imperios. Aun suponiendo puros intereses comerciales, eso es también más verosímil que no las imputaciones opuestas.

París, 18 de enero de 1944

Almuerzo en casa de Drouant, con Abel Bonnard, Heller, el coronel Alerme, sentados a la mesa redonda de la Académie Goncourt. Bonnard ha estado burlándose de los oradores que preparan tan bien sus discursos que estos suenan como si fueran improvisados. Incluso imitan esos incisos que son producto de la inspiración y los aprenden de memoria. Es, ha dicho, una variante especial de la estafa.

—¿Y si a alguien no se le ha otorgado el don de la palabra?

—Entonces que lea. Eso lo han hecho aun grandes oradores, como Mirabeau.

Sobre Poincaré. Este no solo se aprendía de memoria sus discursos, sino que incluso preparaba variantes, utilizables en cada caso según el estado de ánimo que advirtiese en sus oyentes. Así, por ejemplo, para un discurso que tuvo que pronunciar en la Cámara durante un período de tensión entre Francia e Italia se había aprendido una versión suave, una intermedia y una áspera. Como la Cámara estaba enojada pronunció la tercera.

Sobre el accidente de automóvil sufrido por Abel Bonnard, después del cual estuvo inconsciente tres horas. Le he preguntado por los detalles:

—Era de noche, una noche profunda.

—¿Y cree usted que después de la muerte será exactamente así?

—Estoy convencido de ello.

Y al decir estas palabras me ha mirado con tristeza, como alguien que le revelase a un amigo un secreto desagradable.

El coronel Alerme, que durante la Primera Guerra Mundial fue jefe de gabinete de Clemenceau y que en sus tiempos de joven oficial sirvió en el Sáhara, ha contado cosas de su vida entre los tuareg. Ha dicho que la buena raza no solo estaba grabada en el rostro de los hombres, sino que también se manifestaba en la nobleza de sus actos. Es algo que propiamente debería aguardarse en todos los sitios en que

se habla de raza. Nuestros expertos de hoy son numismáticos que aprecian solo el cuño, pero no el metal de la moneda, son analfabetos que dan importancia a la mera forma de las letras porque les falta el conocimiento del texto.

A propósito de esto ha hablado de los camellos de silla; los más nobles pierden su vigor cuando se los lleva del corazón del desierto a los oasis. Me he anotado algunos detalles para *El sendero de Masirah.*

París, 20 de enero de 1944

En casa de Florence. Durante la comida ha contado Jouhandeau que había entrado en una tienda de antigüedades próxima a la Place du Palais-Burbon, en la cual primero se había expuesto para su venta una estatua de un dios indio y luego se había visto que era milagrosa. La propietaria de la tienda está sacando beneficios de ello — así, recibe comisión de un grupo de mecanógrafas cuya súplica de ganar un premio de lotería ha sido escuchada. Jouhandeau ha visto a un señor anciano practicar sus devociones en esa tienda; tocaba con la mano derecha la estatua y con la izquierda se quitaba respetuosamente el sombrero. Cosas como esta no me asombran: en este aspecto veremos todavía maravillas.

A media tarde me ha visitado el doctor Göpel, y a última hora, Friedrich Hielscher, con quien he estado en el hotel Raphaël. En la conversación ha salido a relucir también la extraña velada pasada en Stralau durante el invierno de 1929, velada que comenzó con la gran eufonía y la quema de muebles y en la que Bogo y Edmond se dieron la mano por encima de los carbones encendidos.

París, 22 de enero de 1944

La ronda por bosques y aguas, acompañado por la Doctoresse. Hay inteligencias con las que tenemos una armonía especial, y no por su grado, sino por su especie. Con ellas no nos encontramos en tensión, sino en concordancia. La charla resulta benéfica, recreadora, grata; avanza como la maquinaria de un reloj cuyas ruedecillas estuviesen bien coordinadas entre sí. Es el eros de la inteligencia, que le quita a esta su aspereza.

La Doctoresse ha dicho que mi modo de pensar es el de un químico, mientras que Paul trabaja como un albañil. Lo que en esa frase hay de cierto es que yo no avanzo físicamente, con el engranaje de la causa y el efecto, sino atómicamente, por transmutación de partículas mínimas, por ósmosis y filtración. Una frase lógicamente

correcta es para mí insignificante si no es armoniosa también en sus vocales. De ahí el sentimiento de estar activo no por actos mentales claramente circunscribibles, sino de estarlo de manera ininterrumpida, de día y de noche, y en especial de noche, como un reloj de arena. Por esa razón resulta también difícil ver la estructura de lo que hago. Pero la modificación es básica; es molecular. Eso es lo que explica también que tenga amigos que han llegado a serlo contra su voluntad, más aún, por causa de sueños.

El eros posee una relación especial con la simetría; lo indican ya sus propios símbolos, el arco de Cupido, el espejo de Venus y su nacimiento de la concha. En *El banquete* dice Platón que los sexos surgen por una división, por un corte. El número de la simetría es el dos, el par; ese número trata de abolirse en el todo, en la unificación. Véase a este respecto la configuración de los hermafroditas del mundo de los insectos: a derecha y a izquierda del eje de la simetría. Los órganos sexuales serán siempre simétricos; donde más bellamente se ve eso es en las flores. ¿Qué relación guardan entre sí las disposiciones simétricas y las asimétricas en las criaturas, y es posible extraer de eso conclusiones sobre el plan de acuerdo con el cual están formadas? Me ocuparé de esas cuestiones en mi trabajo sobre la relación entre el lenguaje y la estructura corporal.

Junto al color complementario físico hay también un color complementario espiritual. Así como el verde y el rojo dividen el blanco, así también en las parejas espirituales se polarizan unidades superiores — como se polariza, por ejemplo, el Universo en el azul y el rojo.

Los grandes combates de nuestro tiempo se libran bajo la superficie — es lo que ocurre con el combate entre el técnico y el hombre amigo de las Musas. Hay aquí buenas armas, como, por ejemplo, *Los titanes,* de Friedrich Georg, que hoy he recibido de Vittorio Klostermann.

París, 24 de enero de 1944

Siempre nos hace bien oír a un médico hablar de los asuntos de la salud con un robusto optimismo; así es como habla el doctor Besançon en su libro *Les jours de l’homme,* que la Doctoresse me ha regalado en estos días. Besançon es un discípulo de Hufeland y, lo mismo que este en su *Macrobiótica* y que mi paternal amigo Parow, fija la duración de la vida del ser humano en ciento cuarenta años. Como muchos

médicos viejos, Besançon es un cínico, pero tiene un sano sentido común y buenas bases empíricas.

De sus máximas generales anoto las siguientes:

«La muerte es un acreedor al que de vez en cuando hay que pagarle un plazo para que nos prolongue la letra de crédito».

«La salud es una generación continua».

«Todo acto de violencia es un acto de locura» *(Tour de force, tour de fou)*.

«Quien quiere curarse hasta la raíz se cura hasta la muerte».

Entre las reglas higiénicas llama la atención el que Besançon desprecie el beber agua, los baños frecuentes, la dieta sin carne y el deporte, en especial cuando se lo practica después de cumplir los cuarenta años.

Del agua asegura que no es pura y, sobre todo, que no es «isotónica». A ella prefiere el buen vino, el té y el café endulzados, los zumos de fruta. Según él han muerto muchos más seres humanos por culpa del agua que por culpa del vino.

«Se digiere con las piernas.»

Hay una sola manera de limpiar los poros, con el sudor. A los baños frecuentes hay que preferir el frotarse el cuerpo ante la ventana abierta y el darse a continuación friegas con alcohol fuerte.

No son recomendables los abrigos de piel; cuando nos los quitamos cae sobre los hombros una capa de hielo. Es preferible la ropa interior de lana.

A edad avanzada hacemos bien pasando algún que otro día en la cama.

Es bueno calentar el dormitorio con fuego de leña seca quemada en la chimenea, sobre todo durante esos peligrosos resfriados provocados por el cambio de las estaciones. Frente a eso la calefacción central actúa como un veneno.

Le bordeaux se pisse, le bourgogne se gratte.

Hay también, esparcidos por el libro, muchos datos curiosos. Así, el mariscal Richelieu, cuando ya había sobrepasado con mucho los

ochenta años, se casó con una muchacha de dieciséis y todavía vivió ocho años más en feliz coyunda. La mariscala parece que heredó de él la longevidad, pues una noche dejó estupefacto a Napoleón III con esta frase:

—Sire, como le dijo en una ocasión el rey Luis XIV a mi esposo...

Las ballenas tienen que alcanzar una edad increíble — hay indicios de ello. En el cuerpo de uno de esos animales se ha encontrado la punta de un arpón normando del siglo noveno de nuestra era.

París, 29 de enero de 1944

Acabado la lectura del Evangelio de San Juan. En el último capítulo, cuando el Resucitado se aparece junto al lago de Tiberíades:

«Pero ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Quién eres? Pues sabían que era el Señor».

A la vista de lo maravilloso el ser humano se queda como petrificado, de tal manera que le falla el medio de la palabra. Es ahí, sin embargo, donde la palabra tiene su origen — se suelta la lengua, como en los mudos.

A esto corresponde el comienzo de este Evangelio: «En el principio estaba la palabra, y la palabra estaba junto a Dios». Para que la palabra divina pueda llegar a los hombres y hacerse lenguaje es preciso que sea revelada — entonces se vuelve audible, divisible, se convierte en vocablos, de igual modo que la luz incolora se revela, por la división prismática, en los colores del arco iris. En los Hechos de los Apóstoles, 2, 2-4, se describe ese fenómeno con la exactitud de un proceso físico. Tras el ruido de un viento recio aparecen «lenguas, repartidas, como de fuego», y dan a los apóstoles la capacidad de hablar. Con ese lenguaje puede irse a «todos» los pueblos, pues en él habita algo del carácter indivisible, del carácter prebabélico de la palabra.

Lectura en estos días: *L’attentat de Fieschi,* de Robert Burnand (París, 1930).

El estudio de los atentados merece la pena, pues constituyen una de las incógnitas en la ecuación histórica. Esto, sin embargo, rige solo para los grados inferiores de la visión de las cosas, pues, cuando se las mira más de cerca, se agregan varias determinaciones. Así se

descubrirá en el autor del atentado, aun en el caso de demencia, casi siempre tan solo al individuo que se hace visible sobre el trasfondo de estados de ánimo populares, de oposiciones o de minorías significativas. A ello tiene que añadirse el éxito del atentado. El hombre histórico posee un aura propia, una necesidad superior propia, una fuerza que desvía los disparos funestos. Aquí rige el dicho de Napoleón: mientras él se halle bajo el hechizo de su tarea no podrá derribarlo ningún poder de la Tierra; pero una vez que su misión esté concluida bastará para ello un granito de polvo. ¿Pero cómo integrar a César o a Enrique IV en este sistema?

Los atentados actúan a menudo como estimulantes, toda vez que con las reacciones que provocan hacen que resalten con mayor claridad las tendencias que subyacen a la época; es lo que ocurrió con el fallido atentado contra Lenin. Pero el querer golpear a los representantes en su manifestación física delata siempre un pensar tosco. Se cortan las yemas de unas ramas, que por eso mismo brotan más vigorosas.

En Fieschi destaca bien la locura, el ingrediente autodestructor que hay en tales actos — el lado ciego, el reverso del tapiz histórico en que él actúa. A plena luz pasa Louis-Philippe por fuera, a caballo, con su brillante séquito, mientras Fieschi, en una pequeña habitación que tiene echadas las cortinas y en la que arde un fuego en la chimenea, coloca la mecha a su máquina infernal, parecida a un órgano hecho con cañones de fusil. Algunos estallan; los cascos de la metralla le mutilan las manos y le abren el cráneo a Fieschi, mientras en la calle se revuelcan en sangre cuarenta seres humanos, entre ellos el mariscal Mortier. Tales individuos son portadores de las desarmonías — hay que preguntarse: ¿es la máquina infernal la que estalla o es Fieschi? Con muchas dificultades se logró curarlo y luego fue decapitado. Hoy es uno de los Santos Padres en las catacumbas de la anarquía.

Entre los comienzos de capítulo he encontrado uno cuya precisión me ha gustado especialmente: *Le roi monta à cheval à neuf heures.* En esta sencilla frase las palabras van desfilando una tras otra de acuerdo con su rango; ninguna sobra ni falta. La traducción al alemán la debilita — rezaría de este modo: *Der König stieg um neun Uhr zu Pferd.* Aquí las palabras se apartan de su distribución óptima; tanto lógica como fonética como sintácticamente su conexión es más floja.

Además: *Jours heureux d'autrefois,* de Marcel Fouquier, París, 1941. Esta descripción de la sociedad parisiense de 1885 a 1935 se asemeja a un pastel de pastaflora en el que se hubiesen colocado acá y allá las uvas pasas de las buenas citas. Entre ellas, una frase de la

duquesa de La Trémoille:

«La credulidad se expande en la misma medida en que vemos desaparecer la fe».

La Rochefoucauld: «Nos resulta más difícil disimular los sentimientos que experimentamos que fingir los sentimientos que no experimentamos».

Nego — considero más difícil lo segundo. Esa divergencia en la valoración toca una de las diferencias significativas entre los latinos y los germanos.

París, 2 de febrero de 1944

Sobre el lenguaje. En alemán: *eine Flasche Wein* [una botella (de) vino], *ein Löffel Suppe* [una cuchara (de) sopa], *eine Karre Kohlen* [una carreta (de) carbón]. En estos giros nuestra lengua subraya mediante la sucesión de las palabras el contenido de los envases, en contraposición a *Suppenlöffel* [sopacuchara] y *Weinflasche* [vinobotella]. Los franceses tienen, en cambio, una terminación especial para designar los contenidos: *assiettée, cuillerée, gorgée, charrettée.* Es bello eso de que con la *e* acentuada al final se le dé «la carga» al envase. Pero también podría decirse que el envase adquiere con esa *e* una feminidad potenciada, comparable al embarazo.

París, 7 de febrero de 1944

En cama por culpa de una gripe. Visita del Presidente, al que el comandante en jefe le ha contado cosas de la velada que pasó conmigo y con Baumgart. Ha dicho que fue difícil que yo arrancara, como les ocurre a los motores potentes, pero que luego eché a andar de súbito, con un gran número de revoluciones.

Estamos preocupados por Speidel, que se encuentra cercado en Rusia con su ejército. Se habla de un llamamiento que el general Von Seydlitz le ha dirigido a través de emisoras rusas.[2]

Sobre el lenguaje. El vocablo alemán *Wort* [palabra] tiene dos formas de plural, *Wörter* y *Worte* — en los léxicos se encuentra indicado en general que *Wörter* se utiliza sin tener en cuenta la conexión, mientras que se elige *Worte* para cosas conexionadas entre sí. Esta definición es imprecisa; a mí me parece más bien que en el plural el significado se escinde: se escinde en una rama físico-

gramatical y en una rama metafísica. En *Worte* hay un bien indivisible. Un efecto parecido se produce en otros sustantivos mediante la diferencia en el artículo — ejemplo, *der Verdienst* [ganancia material] y *das Verdienst* [ganancia moral, mérito].

París, 12 de febrero de 1944

Me he levantado, pero la gripe continúa rondándome por los huesos. Hacia media noche me llamó por teléfono el capellán castrense Ronneberger. En mi estado febril vi entrar a un camarero y le oí decir:

—*Capitaine, un appel téléphonique à longue distance.*

En el primer momento pensé seguir acostado, pero me pareció haber oído la palabra «Wilhelmshaven» y de pronto me cruzó la cabeza el pensamiento de que precisamente allí, en la costa, estaba cumpliendo Ernstel su servicio militar, como aprendiz en la Marina. «Tal vez haya ocurrido una desgracia durante un ejercicio de tiro.» Esto me hizo dar un salto. Abajo me enteré, medio aliviado, del arresto de un grupo de alumnos; se tiene a mi hijo y a uno de sus camaradas, llamado Siedler, por los cabecillas de la banda. Ambos están presos desde hace algunas semanas en Wilhelmshaven y, si he entendido bien, ya se ha dictado una condena de cárcel de seis y de nueve meses respectivamente. Parece que el motivo han sido unas conversaciones francas y valientes sobre la situación. Por una discreción mal entendida el muchacho no ha dicho nada, aunque un asunto como ese no puede sino honrarlo. Parece también que ninguno de sus superiores ha considerado necesario informarme. En vez de eso lo que se ha hecho ha sido espiar a los chiquillos durante meses «para reunir material» y luego entregarlos a las garras del poder estatal.

Tales noticias nos llegan de preferencia en los momentos en que no nos hallamos en plena posesión de nuestras fuerzas.

París, 13 de febrero de 1944

Pasado la mañana en conferencias telefónicas con Hannover y Wilhelmshaven. Por la tarde me ha llamado el profesor Erik Wolf, que se aloja en el estudio de Valentiner, y me ha enredado en una charla sobre los bupréstidos del Kaiserstuhl; no he podido seguirla con el interés que ese tema despierta en mí de ordinario.

París, 15 de febrero de 1944

He podido arreglar un poco el asunto, ya que he encontrado en el

comandante de la base de Wilhelmshaven una persona razonable. También parece que su almirante, Scheuerlen, no es de los negros. A través del general Loehning, comandante de la región de Hannover, he conseguido informar a Perpetua para que trate de hacer enseguida lo que pueda por el chico. La dificultad ha sido en primer lugar técnica, pues resultaba casi imposible obtener comunicación. Se ha conseguido por fin, gracias a los esfuerzos del suboficial Kretzschmar, que trabaja en la central telefónica.

Lectura: *Lieder aus der Silberdistelklause* [Canciones desde la ermita de los cardos ajonjeros], de Friedrich Georg, que me ha mandado el manuscrito. Resulta notable que su mano esté volviéndose más ligera y libre a medida que avanza la destrucción. Tras el mundo del fuego reposa algo misterioso — el orden de las figuraciones espirituales, que atraviesa a veces el mar de llamas.

Luego, en las últimas horas de la tarde, he releído a Saint-Simon, cosa que no ocurría desde hacía mucho tiempo. Me parece que he gustado como nunca antes lo había hecho la elegancia de ciertos giros, sobre todo los que matizan las descripciones de los caracteres y de su jerarquía — también como lector va uno creciendo.

París, 16 de febrero de 1944

Visita del doctor Göpel, que venía de Niza y me ha traído un reloj de arena. Por su forma puede ser del siglo XV o del XVI; los años han opalizado el cristal de tal manera que el polvo rojizo se desliza como por detrás de un velo tejido por el tiempo. Este objeto me vendrá bien, pues cada vez me resulta más desagradable la vista de los relojes de ruedas, especialmente durante la charla, la lectura, las meditaciones y estudios silenciosos, cuya duración no me gusta medir al minuto — en esos casos se deja correr la arena de una ampollita. El tiempo del reloj de arena es diferente, está ligado más íntimamente a la vida; no se oye el toque de las horas ni hay tampoco ninguna aguja que avanza. Aquí continúa siendo tiempo que pasa, que se desliza, que resbala — un tiempo sin tensión, sin ritmo.

A última hora de la tarde un capitán de las SS ha dado una conferencia sobre el modo y manera de interrogar y embaucar como es debido a los aviadores ingleses y norteamericanos derribados, para sonsacarles noticias. La técnica de los procedimientos es repugnante; todavía nuestros abuelos habrían considerado indigno de ellos el dirigir ni siquiera una sola pregunta de esa clase a un prisionero. Hoy el ser humano se ha convertido para el ser humano en materia prima, en material del que se obtiene trabajo, noticias y otras cosas. Es un

estado que puede calificarse de canibalismo de altura. Uno no cae precisamente en manos de antropófagos, aunque también eso puede ocurrir, pero sí bajo los métodos de los psicólogos, de los químicos, de los investigadores de la raza, de los así llamados médicos y de otros fisgones. Así es como en las grandes pinturas del Bosco demonios extraños parten y cortan con sus instrumentos a los seres humanos que capturan desnudos.

De los detalles anoto esta observación: «Los fumadores son mucho más dados a hablar que los no fumadores».

París, 18 de febrero de 1944

Nueva llamada telefónica desde Wilhelmshaven; entretanto Perpetua ha estado allí y haciendo uso de su gran energía ha conseguido entrar en la cárcel. El próximo martes viajaré a Kirchhorst y a Berlín por el asunto del muchacho. El comandante en jefe, al que había hecho llegar la noticia por mediación de Weniger, ha dicho:

—Este es uno de los casos en que puede solicitarse un permiso al propio general.

Así es como saldamos las deudas que tenemos con nuestros padres, y de ahí también que las personas sin hijos sean los zánganos en las celdillas de nuestra colmena — a menos que en lugar de la fecundidad natural se despliegue la fecundidad metafísica; con ella el individuo se incorpora, bien en cuanto clérigo, bien en cuanto donador y aumentador, a la serie de los *patres*.

Por la tarde hubo un gran estrépito en el pasillo delante de mi despacho del hotel Majestic. Un cabo de aviación se había encontrado allí con una mujer que supuestamente se dedica desde hace tiempo a estafar a los soldados y al momento la agarró por el brazo y empezó a propinarle puntapiés, en medio de un enorme griterío por ambas partes. He visto ese grupo vil: el hombre, completamente fuera de sí, fijos sus ojos llameantes en la mujer, y esta, a su vez, vuelta hacia él como un pequeño hurón que se hubiera topado con una serpiente. Hice que arrestasen a los dos.

Es notable la gran debilidad, más aún, la aniquilación a que sucumbe el ser humano cuando se entrega al odio en esa medida.

Continuado la lectura de Saint-Simon. La consciencia de este príncipe tiene un ingrediente completamente moderno: la Corte es descrita como una gran molécula de la química orgánica. Las

relaciones sociales entre los seres humanos, la graduación de su rango, que llega hasta los matices más sutiles — frente a eso los observadores más recientes, como Stendhal, no pasan de chapuceros. También es característico de Saint-Simon el hecho de que conozca su tarea, su responsabilidad; en su actitud hay dolor histórico, el saber de un habitante de la Ciudad de Latón.3

Avanzado en la lectura de la Epístola a los Corintios. Las parábolas de Cristo se refieren enteramente a la relación del hombre con Dios, mientras que en las de san Pablo pasan a primer plano la relación del hombre con el hombre y la vida transfigurada en el seno de la comunidad. Esa es la mengua con que toparemos una y otra vez en la historia de las riquezas de esta Tierra — la abundancía disminuye forzosamente cuando pasa del fundador al administrador. Esto rige también para el príncipe, también para el arte. La mengua en la sustancia, mengua que trae consigo un aumento de los atributos, aparece así también en la relación del Bosco con Brueghel.

No son pocas las cosas del Antiguo Testamento que vuelven a surgir en el Nuevo, pero realzadas como una imagen reflejada en un espejo. Y así, el magnífico capítulo decimotercero de la Primera Epístola a los Corintios se me aparece como la correspondencia del Cantar de los Cantares de Salomón. Contiene frases maravillosas como esta:

«Mas cuando llegue lo completo desaparecerá lo fragmentario».

También es significativo el versículo 12:

Wir sehen jetzt durch einen Spiegel in einem dunklen Wort, dann aber von Angesicht zu Angesicht [ahora vemos por un espejo, en una palabra oscura, pero luego, cara a cara]. La traducción alemana del griego *enigma* por *dunkles Wort* [palabra oscura] hace que el texto pierda ese suplemento de doctrina platónica de las ideas que lo adorna en griego. Días enteros sería preciso meditar sobre pasajes como este.

Palabras. *Wabe* [celdilla del panal], de *weben* [tejer] — es el vestido de cuna. Tampoco se basará en un azar la similitud fonética entre *Wachs* [cera] y *Waffel* [barquillo].

Kirchhorst, 29 de febrero de 1944

He estado en Berlín por el asunto de Ernstel y he vuelto de allí el viernes pasado. Primero quise llegar hasta Dönitz e incluso estuve ya fuera en su cuartel general, pero me advirtieron expresamente contra

él. La única consecuencia de una entrevista mía con Dönitz sería un agravamiento de la sentencia. En general he notado en los hombres de la Marina la tendencia a despacharme con una helada cortesía, cosa que le resulta especialmente sorprendente a quien como yo viene de un Estado Mayor «blanco» como el de Stülpnagel. El asunto que yo llevaba era desagradable y nadie quería mezclarse lo más mínimo en él. De manera que hube de tratar con quienes por oficio tenían que ocuparse de él, como Kranzberger, juez de la Marina. En el despacho de su sustituto estuve examinando con el doctor Siedler la sentencia, en la que leí todavía algunas circunstancias agravantes. Así, el muchacho habría dicho que, si los alemanes querían llegar a una buena paz, tendrían que colgar a Kniébolo — ocurre que de los dieciséis camaradas que son mencionados como testigos solo uno, justamente el soplón, pretende haber oído eso. Pero el tribunal dio por probado el testimonio. Además, Ernstel no habría mostrado «ningún arrepentimiento» durante la vista de la causa, cosa que también prefiero. Las personas con que uno tropieza en un asunto como este proporcionan un buen cuadro de los hilos negros y los hilos blancos de que está confeccionado el tejido político.

Aún no se tiene una visión de conjunto de las consecuencias del arrasamiento de unas ciudades tan grandes. A primera vista parece digno de atención el hecho de que el tráfico aumente en las ruinas, pero es lógico, pues ha disminuido su correspondencia estática, la vivienda. Las calles y los tranvías de Berlín estaban abarrotados de gente. Este reencuentro con la capital y con el estado en que se halla me ha extrañado menos de lo que había imaginado; y esto me ha hecho ver que hace ya mucho tiempo que yo no confiaba en su estabilidad. Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial y durante la época de la inflación aparecía ya, desde luego, bastante quebrantada; de aquella época tengo recuerdos de una ciudad soñada. Luego, después de la llamada «toma del poder», reinó en ella el pico; calles enteras fueron reducidas a escombros. Finalmente se saquearon tiendas, se incendiaron sinagogas, sin que tales atrocidades encontraran el juez que las condenase. También la sangre quedó en el país. Creció desmesuradamente el gusto por todos los objetos rojos y explosivos.

Pero la destrucción hay que contemplarla también desde dentro: como un mudar la vieja piel. Tal cosa produce desconcierto; luego vendrá el acostumbrarse. Norteamérica triunfa sobre los lugares de la vieja cultura — me refiero a aquella Norteamérica que cabía notar en el berlinés moderno, con mayor claridad a cada año que pasaba.

Me he alojado en casa de Carl Schmitt, quien, tras la destrucción de su piso de Dahlem, se ha trasladado a vivir a un pequeño chalet junto al Schlachtensee. Por la noche, ante unos vasos de buen vino tinto, comentamos la situación; la ha comparado a la de los anabaptistas de Münster durante el asedio. Solo dos días antes de que cayese conquistada la ciudad prometía Bokelson el paraíso a sus seguidores.

Leimos juntos el final del volumen segundo de *La démocratie en Amérique,* de Tocqueville. Se encuentran allí intuiciones asombrosas. Ante una mirada como esa el teatro histórico se vuelve pequeño y preciso, y simples y nítidos sus personajes. Estos son los autores que mantienen viva nuestra fe en el sentido que se esconde tras el movimiento aparentemente sin orillas.

También hablamos de Bruno Bauer, cuyos papeles póstumos compraron antes de esta guerra los bolcheviques y se los llevaron a Moscú. Amigos como Carl Schmitt resultan insustituibles ya por el mero hecho de que ahorran inmensos esfuerzos de clasificación.

Al mediodía siguiente regresé a Kirchhorst.

Kirchhorst, 1 de marzo de 1944

Ha comenzado marzo y será sin duda un mes de grandes acontecimientos. Estoy estudiando el escrito de Bruno Bauer sobre Filón, Strauss y Renan que Carl Schmitt me dio como lectura para el viaje. Es un escrito que incita a ocuparse de Filón con más detenimiento. La gran destrucción de bibliotecas dificultará la caza de libros y es posible que origine durante decenios situaciones parecidas a las que había antes de la invención del arte de la imprenta. Probablemente se copiarán libros a mano. Una vez más será una gran bendición, y eso puede leerse ya en Grimmelshausen, que queden incólumes algunas regiones como Suiza.

La vida es una generación continua — durante su transcurso intentamos perpetuar en nosotros a nuestro padre y a nuestra madre. Esa es nuestra auténtica tarea y es de ella de la que irradian nuestros conflictos, nuestros triunfos.

El modo en que nuestro padre y nuestra madre van relevándose y juntándose en nosotros es algo que la grafología puede demostrar a menudo muy bellamente. Las colecciones de cartas son importantes ya por este motivo — para estudiar las fuerzas que actúan sobre el

carácter en el transcurso de los años y de los decenios y para estudiar el equilibrio de esas fuerzas.

Kirchhorst, 2 de marzo de 1944

Tomado el desayuno en la cama. Durante él lectura de Samuel Pepys y agradable charla con Perpetua sobre la organización de nuestra vida familiar en el futuro tiempo de paz. La cuestión es, desde luego, si alcanzaremos la orilla.

Continuado la lectura de Bruno Bauer. Son buenas las cosas que dice sobre las descripciones paisajísticas de Renan, que se parecen a decoraciones de ópera; uno se siente inclinado, en efecto, a pensar en cuadros de Millet. Filón exige que se ejerciten y practiquen también los sentidos; sin ellos no es posible captar el mundo sensible y de ese modo «permanece cerrada la antesala de la filosofía».

Tempestades de nieve; con todo, el cálido sol de marzo ha brillado a través de los claros de las nubes; arriba, junto a la ventana abierta, me he dejado bañar por sus rayos mientras leía las recensiones de Grabbe. Sus desahogos a propósito de la correspondencia entre Schiller y Goethe llaman la atención por su especial descaro. En cambio es un acierto la amenaza que dirige a Bettina von Arnim: «Si la autora continúa por ese camino habrá que tratarla no como a una dama, sino como a un autor».

Lo que el propio Grabbe dice en su *Gothland* se aplica también a él:

... Der Mensch

Trägt Adler in dem Haupte

Und steckt mit seinen Füssen in dem Kote.

[... el hombre

lleva águilas en su cabeza

y tiene los pies metidos en los excrementos.]

Así es como acuña cada uno su propio mote heráldico.

La crítica textual de los siglos XIX y XX no proporciona

conocimientos de la Biblia mayores que los que el darwinismo proporciona sobre los animales. Ambos métodos son proyecciones en el plano del tiempo — en el primer caso se pretende disolver el logos, y en el segundo la especie, en lo temporal. La palabra se vuelve divisible, la imagen del animal se convierte en un tránsito fugaz, en una impresión.

Frente a eso vale el dicho de Lutero: *Das Wort sie sollen lassen stahn* [que dejen tranquila a la Palabra]. La Biblia y también el mundo animal son revelaciones y en eso consiste su poderosa fuerza, su fuerza de parábolas.

Kirchhorst, 3 de marzo de 1944

Por la mañana me ha llenado de alegría una carta de Ernstel, quien, gracias sean dadas a Dios, puede leer libros en su celda.

El tiempo ha sido borrascoso, el cielo ha estado cubierto por grandes bancos de nubes de una blancura deslumbrante. Después de las once pasaron volando por encima de nuestra casa varias escuadrillas rodeadas por numerosas nubecillas explosivas que se destacaban nítidamente de los lugares claros. Los aviones, como si fueran patinadores en hielo azul, dejaban también tras sí unas estelas blancas onduladas.

Avanzado en la lectura del *Journal* de Gide, que me ha cansado. Cada diario ofrece, naturalmente, la imagen del autor reflejada en un espejo; pero no debería agotarse en esa reproducción. En cambio es significativo en Gide un sentido tardío, pero maravilloso, de la justicia. También la balanza de pesar oro que él tiene en su oído y que equilibra las palabras y frases de la prosa es solo un don, una consecuencia de la mencionada virtud; esta posee hondos cimientos y da a su portador un significado que rebasa las fronteras de su país.

Comenzado además la lectura del *Journal d'un interprète en Chine,* del conde D'Hérisson, que he descubierto revolviendo libros en mi biblioteca. En estas descripciones de países lejanos y acontecimientos importantes resulta favorable que el autor no disponga de una capacidad demasiado grande. Para describir a Goethe, por ejemplo, sería menos apropiado un segundo Goethe que Eckermann.

En el tren, 4/5 de marzo de 1944

Partida de Kirchhorst. Por la mañana estuve todavía revisando antiguos diarios míos, como, por ejemplo, los de Rodas y Brasil, pero no pude decidirme a llevarme alguno de ellos a París.

Una vez más tuve el sentimiento, como me ha ocurrido ya en no pocas ocasiones al separarme de Perpetua, de que antes de que volvamos a vernos se producirán grandes cambios. En el instante en que estábamos despidiéndonos el chófer del general Loehning, que había venido a buscarme, nos dio la noticia de que Wilhelmshaven ha sufrido un duro bombardeo. Llenos de preocupación pensamos en el frágil barracón en que está preso nuestro muchacho.

En el tren he estado charlando con un coronel médico sobre recuerdos de infancia del Hannover de 1905. «Antes de 1914» — esa noción llegará a ser tan significativa como lo fue antaño «antes de 1789». Luego hemos hablado de Rusia y de los rusos, cuyo idioma parecía dominar mi interlocutor. De los refranes que ha citado he encontrado especialmente atinado el siguiente:

«El pez empieza a heder por la cabeza».

Con gran retraso hemos cruzado algunas ciudades que se hallaban en estado de alerta, como Colonia, donde acababa de caer una bomba en el matadero destrozando a sesenta personas.

Reflexionado, medio dormido, sobre diversas cosas. Me ha venido a la cabeza la acertada observación de Perpetua sobre Weininger:

—Seguro que ese hombre se suicidó en otoño.

En ese aspecto posee Perpetua capacidad de juicio y, sin dejarse impresionar, sabe penetrar los más grandes aparatos espirituales, como si no existieran, para juzgar a sus dueños. Justo las inteligencias agudas aparecen en ocasiones ante ella en la postura del avestruz: mientras hurgan con la cabeza en sus teorías, filosofemas y utopías cual si hurgasen en arena cristalizada, le ofrecen *in toto* a Perpetua, sin darse cuenta, un objeto de contemplación divertida.

Luego ha vuelto a alegrarme una vez más el instante en que, pasada la isla de San Miguel, vi los primeros peces voladores. Lo primero que capté, de una manera supernítida, fue una bandada que se deslizaba a estribor — llegué a ver incluso las gotas de agua que caían como perlas de sus aletas. La concepción, sin embargo, era espiritual: aquellos animales yo los veía casi transparentes, como si fueran de nácar. Tuve por un engaño de los ojos tal aparición, sobre todo porque había estado aguardando una imagen como aquella. Luego vi una segunda bandada; se elevó por delante de la proa y me fue confirmada por otros testigos. En esas dos imágenes tuve la realidad ideal y la realidad empírica, o, dicho de otra manera, la

realidad del sueño y la realidad del día. En la primera la imaginación trabajaba con una fuerza incomparablemente mayor, y, además, esa imagen refulgía de un modo más maravilloso. ¿Eran realmente peces aquellas cosas que allí se opalizaban en la luz, o aquello era solo un juego de olas que se encendía en mi interior? La pregunta me parece casi fútil. Es algo que me ha ocurrido a veces con los animales — es como si los inventase yo, pero luego me resultaran conocidos. El aspecto mítico precede al aspecto histórico.

A las dos de la tarde ha entrado el tren en la estación del Norte.

París, 7 de marzo de 1944

Continuado la lectura de la Primera Epístola a los Corintios. En ella, capítulo 15, versículo 22:

«Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo».

La distinción entre el hombre natural y el sobrenatural se asemeja al descubrimiento de una química superior. Cristo es el mediador que hace capaces de unión metafísica a los seres humanos. Esa posibilidad estaba en ellos desde el principio; y así, tampoco el sacrificio los crea de nuevo, sino que más bien los «redime», los lleva a una actividad superior. Esta se hallaba allí siempre, como potencia de la materia.

Voy a salir de casa por la mañana y mientras estoy bajando las escaleras me doy cuenta de que he olvidado el llavero. Regreso para metérmelo en el bolsillo y salgo a la calle un minuto más tarde. A consecuencia de ello me encuentro con otras gentes, con otros acontecimientos. Tropiezo con un viejo amigo al que no veía desde veinte años atrás; en ese momento acaban de abrir una tienda de flores y de pronto veo en ella una especie desconocida; piso una cáscara de naranja tirada al suelo por alguien que va caminando delante de mí, me caigo y me produzco una lesión en el brazo. El minuto perdido se asemeja así al giro minúsculo dado al tornillo de una pieza de artillería que disparase contra blancos muy lejanos. Es este en verdad un aspecto que me ha causado ya muchos sustos — sobre todo en estos tiempos de malos encontronazos al caminar por el mundo lleno de peligros.

Es preciso decirse, para consolarse, que el número de las casualidades, de los azares, es ciertamente incontable e incalculable, pero que es probable que en todos los casos lleve a idéntico resultado.

Medida en su resultado final, no en los diversos puntos de su recorrido, la suma de la vida da una magnitud fija, a saber: la efigie del destino que se nos ha asignado y que, visto temporalmente, aparece compuesto de innumerables puntos casuales. Vistos metafísicamente, tales puntos no existen en la carrera de nuestra vida, como tampoco existen en la trayectoria de una flecha.

Después, la solución teológica de ese laberinto dada por espíritus excelsos como Boecio. El azar permanecerá impotente mientras sigamos nuestro destino; lo que a nosotros nos guía es la confianza en la Providencia. Si perdemos esa virtud, entonces el azar queda liberado y nos invade como un ejército de microbios. De ahí también la oración como regulativo, como fuerza que nos hace invulnerables. El azar permanece cristalizado, calculable.

Hay aspectos del nihilismo que diluyen todas las cosas en el azar. Uno de esos aspectos es el ridículo miedo a los microbios que siente el hombre moderno, miedo que encontramos especialmente desarrollado en sus provincias más carentes de espíritu y que es de igual condición que el delirio de brujas y demonios de los siglos XV y XVI. También son aspectos del nihilismo muchas abstracciones de la física moderna; esta libera como *scienza nuova* fuerzas del azar y no experimentará una vinculación adecuada hasta que no se la proporcione la reina de las ciencias — la teología. De ahí que sea tan importante el que nuestras mejores cabezas se dediquen al estudio de la teología, hoy en decadencia. Desde luego están aquí fuera de lugar los que llenan huecos, los suplentes. La estrecha conexión del creer y el saber, que marca tan nítidamente nuestra época, hace deseable que todos los que aspiren a llegar a ser aquí maestros, *magistri,* realicen primero su examen de oficial en el campo de las ciencias particulares. Los más excelsos habrán de tener una visión de conjunto de la totalidad; esa será la demostración del alto lugar que ocupan.

Tal solución hará que desaparezcan grandes territorios de discordia, como la querella de la educación laica o la educación religiosa. El presupuesto es que el Estado intervenga ahí de una manera completamente distinta, cosa de la que a su vez no es capaz en modo alguno el Estado nacional liberal. Pero si pensamos en cómo estarán las cosas en Rusia y en Europa tal vez ya mañana mismo, cabe esperar que se hagan realidad mundos espirituales en cuyos dolores de parto nos encontramos ahora. También se disipará entonces la pesadilla que hoy quita las ganas de vivir a mucha gente: ese oscuro sentimiento de estar actuando en lo absurdo, en espacios de aniquilación, de puro azar. También se comprenderán las cosas que han ocurrido estos años en Rusia, en Italia, en España, en Alemania,

pues hay honduras del sufrimiento que permanecerán eternamente sin sentido si no brota de ellas un fruto. Y en eso reside a su vez la enorme responsabilidad de los supervivientes.

París, 9 de marzo de 1944

Al mediodía en casa de Florence. Allí he visto al doctor Verne, el gran especialista y adversario de la sífilis. Hemos charlado sobre los honorarios que el paciente paga al médico; ha dicho que son tan secundarios como el modo de pagar a los bomberos durante un gran incendio. Resulta digno de atención el hecho de que en nuestro tiempo el cuadro de la enfermedad se separe tanto del individuo — también en eso está perdiéndose la propiedad. Tanto en los países capitalistas como en los bolcheviques se llega, por cierto, a los mismos resultados. Fue una cosa que me llamó la atención ya en Noruega. Verne me ha invitado a visitar su laboratorio el próximo martes.

Conversación con Jouhandeau, que me ha recomendado la lectura de la correspondencia de Miguel Ángel con su padre. Parece que esas cartas contienen consejos muy importantes sobre la salud y el modo de vivir.

París, 11 de marzo de 1944

Mi libro *El trabajador* y *Las ilusiones de la técnica,* de Friedrich Georg, son como el positivo y el negativo de una fotografía — la simultaneidad de los métodos indica una objetividad nueva, mientras que los espíritus estrechos verán en eso solo la contradicción.

Pensamiento en la estación de metro Concorde: ¿cuánto tiempo habré de seguir recorriendo aún estos tubos y estos canales, cuyas vías fueron ideadas con sutileza a principios de nuestro siglo por unos cerebros técnicos?

Solo amputando la cabeza será posible curar enfermedades de esa índole. Así en La Roquette.

El cristiano del siglo XX está más cerca del físico, del químico, del biólogo de primer rango que del cristiano del siglo XIX.

Libros que lo único que tienen de tales es el nombre, pero que en verdad son máquinas espirituales construidas para modificar al ser

humano. El lector entra en un gabinete repleto de rayos ultravioleta. Y también el propio leer se vuelve diferente — va acompañado de la consciencia del peligro.

París, 13 de marzo de 1944

En el correo, entre otras cartas, una de Speidel, quien me envía al mismo tiempo un informe confidencial sobre la batalla de ruptura en la bolsa de Uman, dirigida por él como jefe de Estado Mayor — documento de denuedo humano, de sufrimiento humano, de coraje humano, que no puede leerse sino con respeto. La operación fue precedida de la decisión de prender fuego a los vehículos y abandonar a su suerte a mil quinientos heridos con sus médicos y enfermeros. Muchas cosas se remedian, muchas cosas vuelven a equilibrarse con ello.

París, 14 de marzo de 1944

Por la tarde en el instituto del doctor Verne. Primero estuve con él en el laboratorio y allí charlé largo rato con un investigador del cáncer, un hombre de barba blanca, que me enseñó con bonhomía los árboles genealógicos de familias con predisposición a esa enfermedad. Los miembros a quienes el azote había respetado se encontraban representados por círculos claros, en cambio quienes habían contraído la enfermedad brillaban cual flores oscuras en su correspondiente rama. El esquema se asemejaba a una página llena de notas musicales; pensé en la poderosa sinfonía del destino que estaba allí bajo sello, no accesible a la investigación.

—Aquí está usted viendo al tío de esa mujer que enfermó de cáncer de nariz; también en él existía una predisposición a la enfermedad, pero no llegó a manifestarse.

Mientras decía estas palabras señalaba un feto en un frasco lleno de alcohol.

También vi fotografías de dos viejas hermanas gemelas en las cuales se desarrolló simultáneamente un cáncer de mama cuando contaban noventa y dos años. Lo que llama la atención en tales lecciones de cosas es que nuestra ciencia está suministrando al espíritu muchísimos más datos para la religiosidad que toda otra ciencia anterior.

Luego fui con Verne al dispensario. Unos médicos dedicados a la clasificación canalizaban en sus celdas la avalancha de trescientos sifilíticos. También estuvimos en las cabinas de tratamiento; en ellas

se veía a mujeres subirse las faldas y bajarse las bragas para recibir inyecciones en las nalgas, mientras unos doctores con bata blanca pinchaban a otros pacientes en las venas de la zona del codo para ponerles inyecciones de salvarsán o extraer sangre. Al final de aquella fila de cabinas estaba una camilla junto a la cual una enfermera atendía a un anciano que había sufrido un colapso a consecuencia de una inyección demasiado fuerte.

El conjunto se asemejaba a un gran autómata en el que hubieran ido a caer los enfermos para ser llevados, según sus reacciones, a esta o a aquella de las vías ideadas por el cerebro del doctor Verne. Es el descubridor de una medicina puramente matemática y, con ello, el polo opuesto del doctor Parow, en cuya casa estuve en Noruega. Es cierto que también son distintos sus pacientes: la solicitud de Parow iba dirigida a la persona libre, independiente, mientras que Verne trata de sanar a una población urbana anónima. Con ello también la enfermedad se vuelve otra; el uno ve su cuerpo individual; el otro, su micelio. Así, en el caso de Verne son los factores extraindividuales, como las curvas estadísticas y los indicadores sociológicos, los que desempeñan el papel más importante. Parow, en cambio, apenas hablaba de sífilis; nombres como ese le parecían una pura abstracción. Para Parow cada enfermo era diferente de todos los demás.

Por la noche sueños de mundos más avanzados en nuestra misma línea — me encontraba en un avión gigantesco, estaba sentado a una mesa de mandos y observaba al piloto, que, sentado a una segunda mesa, hacía despegar el aparato. El piloto estaba distraído y casi rozó algunas veces las crestas de las montañas que sobrevolábamos, y solo la completa impasibilidad con que yo lo observaba y hablaba con él impedía que se produjese una catástrofe.

París, 15 de marzo de 1944

Los años se asemejan en su movimiento a una máquina centrifugadora cuya rotación expeliese una élite de espíritus capaces de tener una concepción más alta del espacio, dotados de una mayor capacidad para el espacio. Está formándose así un pequeño grupo de personas dueñas de una capacidad europea, de una capacidad mundial.

París, 17 de marzo de 1944

Todavía me dura la gripe. Se ha vuelto crónica porque interrumpí el dormir curativo. Almorzado con Heller y Velut en un local de los

Champs-Élysées. Allí estuvimos sentados al cálido sol del primer día de primavera y brindamos con vino tinto. Velut se ocupa ahora en una traducción de *El trabajador*. Hablamos sobre el vocablo *style,* por el que piensa traducir *Gestalt.* Ya en eso apunta la dificultad de la empresa. Inteligencia precisa, positivista.

París, 23 de marzo de 1944

La gripe va cediendo poco a poco, la tos disminuye, la temperatura vuelve a ser normal. Lo noto en que, cuando hablo por teléfono, el auricular permanece seco.

En el correo, entre otras cartas, una de Kubin; me habla en ella de sus dibujos para la edición, proyectada por Benno Ziegler, de mi obra *Myrdun.*

Ayer acabé la transcripción de mi diario siciliano de 1929; lo he titulado *La concha de oro.* El texto ha aumentado considerablemente durante ese trabajo. En la revisión los breves apuntes de tales cuadernos de viaje se despliegan como flores de té. Proporcionan el armazón de los recuerdos.

Avanzado en la lectura de san Pablo. En la Epístola a los Colosenses, 2, 17, el bello pasaje que dice: «... todo eso es sombra de *lo que vendrá*». Hay en esa frase una excelsa flor de sabiduría griega; también nosotros somos sombras proyectadas por nuestro auténtico cuerpo. Alguna vez aparecerá él.

París, 24 de marzo de 1944

Tras mucho tiempo, otra vez a tomar café en casa de Banine. La hermosa paulonia de su jardín se halla inmersa todavía en su adormecimiento invernal. A la vuelta he pasado por delante de la tienda de antigüedades a cuya dependienta vi dormitar un día entre sus raros objetos. Habría entrado en aquella tienda si hubiese visto en el escaparate algún objeto que me diese pretexto para hacerlo — mas no ha habido hasta ahora ningún anzuelo con suficiente fuerza de atracción.

He vuelto a reflexionar sobre la simetría y su relación con lo necesario. Tal vez habría que partir de los átomos y pasar de ellos a las moléculas y luego al cristal. ¿Qué relación hay entre la simetría y el sexo y por qué en las plantas son sobre todo los órganos sexuales los que se señalan por su conformación simétrica? Además, la simetría del sistema nervioso y del cerebral, que son las vasijas que dan forma al espíritu. Y a su vez las simetrías, todas ellas, pueden ser únicamente

de segundo rango. Los tibetanos las evitan en sus edificaciones, por miedo a que atraigan demonios.

París, 25 de marzo de 1944

He comenzado a revisar mi escrito sobre la paz.

En el correo, entre otras cartas, una de Rehm, que firma: «Su inolvidable Rehm». Describe sus aventuras en el Este, entre ellas dos heridas. Ya en 1941 se rompió un brazo en una escalera oscura de Magdeburgo durante una alarma aérea; el pasado otoño fue herido por un casco de metralla. También se ha lesionado hace poco una muñeca. Por fin, recuerdo un accidente parecido que sufrió cuando estábamos en el Muro Occidental — todo en el mismo brazo. A veces parece que los astrónomos, cuando pretenden detectar en nuestro horóscopo que determinados órganos y determinadas zonas del cuerpo se hallan especialmente expuestos a peligros, tocan con ello unas relaciones bien fundadas. Hay todavía otras explicaciones de eso, como, por ejemplo, nuestro ritmo innato de danza, que nos hace cometer una y otra vez el mismo *faux pas.* Pero el horóscopo continúa siendo para todos la mejor de las figuras clave.

París, 27 de marzo de 1944

Continuado la lectura de san Pablo. En la Segunda Epístola a los Tesalonicenses el pasaje 2, 11, que dice:

«Por eso les enviará Dios errores poderosos, de modo que darán crédito a la mentira».

Ayer domingo en Saint-Rémy-les-Chevreuse con la Doctoresse, que ahora trabaja con Verne, al que se la recomendé. Almuerzo en el restaurante de l'Ivette. Qué hermoso sería estar allí en tiempos de paz. Fue el más caluroso y soleado de los días habidos hasta ahora, pero los árboles y los arbustos seguían brillando en la luz sin el menor rastro de verdor. Vista desde las laderas sobre el vasto paisaje; a gran altura por encima de él ejecutaban su vuelo del domingo por la tarde algunos ingleses y norteamericanos aislados.

Lectura en estos días: *Les moeurs curieuses des chinois,* de Smith. Contiene buenas observaciones. Además las cartas y diarios de lord Byron y las poesías de Omar Jayyam: tulipanes rojos brotados de la tierra blanda de un cementerio.

Continuado la revisión del *Llamamiento.* Es verdad, muchas de mis

opiniones han cambiado, en especial mi valoración de la guerra y también la del cristianismo y su duración. Pero mientras trabajo en estas antiguas minas no sé nunca si y cuándo tropezaré con filones. Es preciso ver también la entalladura, semejante al cuello del reloj de arena. Mientras los pequeños granos van moviéndose hacia el punto de máxima densidad, de máximo roce, su tendencia es diferente de la que tienen una vez pasado ese punto. La primera fase está sometida a la ley de la concentración, de la angostura, de la movilización total; la segunda, a la ley del asentamiento y extensión definitivos. Son los mismos átomos y su circulación es la que proporciona la imagen.

A última hora de la tarde ha venido a verme el teniente coronel Von Hofacker; al entrar ha descolgado el auricular del teléfono. Es uno de los miembros de nuestro grupo a los que el personal del hotel Raphaël ha puesto apodos especiales. A él lo llaman *l'aviateur,* a Neuhaus, *il commandante;* y a mí, *la croix bleue.*

Aunque había descolgado el auricular no parecía encontrarse a gusto en mi despacho, en el cual se han tratado ya, sin embargo, no pocos asuntos, y por ello me rogó que lo acompañase a la Avenue Kléber para hablar. Mientras íbamos y veníamos del Trocadéro a la Étoile me ha dado algunos detalles contenidos en informes de gente de confianza que trabaja para los generales en el alto mando de las SS. En este se mira con máxima desconfianza el círculo que rodea a Stülpnagel. Hofacker ha dicho que allí se tiene por impenetrables y sospechosos sobre todo al pastor Damrath y a mí. De ahí que él considere bueno que yo deje esta ciudad por algún tiempo y marche al sur, a Marsella, por ejemplo. Quiere hablar en ese sentido al comandante en jefe. Me he contentado con replicar que aguardaré la decisión.

A continuación hemos hablado de la situación; ha mencionado una serie de nombres, en primer lugar el de Goerdeler, que viene oyéndose desde hace años en todas las combinaciones de esta índole, especialmente cuando se conoce a Popitz y a Jessen. Es imposible que Schinderhannes y Grandgoschier[4] no estén informados de ello, sobre todo si se piensa en los personajes mexicanos que, disfrazados de generales, escuchan las conversaciones en el hotel Raphaël y en el Majestic.

Nuestra patria, ha dicho Hofacker, se encuentra ahora en extremo peligro. No es posible evitar la catástrofe, pero sí atenuarla y modificarla, pues el hundimiento en el Este será más temible que el que amenaza en el Oeste y es seguro que irá ligado a matanzas en

gran escala. En consecuencia, ha añadido, se impone entablar negociaciones en el Oeste y hacerlo *antes* del desembarco; ya hay contactos en Lisboa. La condición previa es la desaparición de Kniébolo, al que hay que hacer saltar por los aires. La mejor ocasión la ofrecen las reuniones que se celebran en el Gran Cuartel General para estudiar la situación. Ha mencionado a este respecto nombres de personas pertenecientes a su círculo más íntimo.

También en este caso, como ya en otras ocasiones parecidas, he manifestado el escepticismo, la desconfianza y la repugnancia que me inspira la perspectiva del atentado. Hofacker me ha contradicho.

—Mientras no impidamos a ese individuo lanzarse al micrófono le bastarán en todo caso cinco minutos para poner otra vez a las masas de su parte.

—Sería necesario precisamente que ustedes fueran más fuertes que él al micrófono. Mientras no posean ustedes esa fuerza, no la obtendrán tampoco con atentados. Tengo por posible crear una situación en la que pueda sencillamente detenérselo. Si Stülpnagel quiere, y sobre ello no hay dudas, Rundstedt se adherirá. Así caen en manos de ustedes las emisoras del Oeste.

Sobre esto, luego, vueltas y más vueltas al asunto, como me ocurrió ya con Schulenburg, con Bogo y con otros. Nada habla más en favor del significado extraordinario que Kniébolo ha sabido darse a sí mismo que el grado en que dependen de él también sus adversarios más fuertes. La gran partida se juega entre el *demos* plebiscitario y los restos de la aristocracia. Si cae Kniébolo la hidra formará una nueva cabeza.

París, 29 de marzo de 1944

Día de mi cumpleaños. El Presidente había preparado en mi habitación una mesita con velas. Entre los que me han felicitado estaba Valentiner, que ha venido de Chantilly. Continuado la lectura de San Pablo; en el fragmento correspondiente al día de hoy he encontrado esta buena sentencia:

«Y lo mismo el atleta; no recibe la corona si no ha competido según el reglamento» (Segunda Epístola a Timoteo, 2, 5).

Al mediodía en el pabellón de Armenonville. Los pequeños insectos animaban ya el aire. Desde siempre me ha parecido especialmente solemne y misterioso su zumbido cristalino en el mes de marzo; es como la inauguración de un nuevo espacio de sensaciones, de una dimensión nueva.

Cenado en casa de Florence. Es la tercera vez que celebro este día allí y una vez más han sonado las sirenas mientras estábamos sentados a la mesa. Había un ambiente deprimido, por causa de las numerosas detenciones que se han practicado en la ciudad. Jouhandeau ha contado que en su pueblo natal los jóvenes se matan unos a otros *pour des nuances.*

Gegen Demokraten helfen nur Soldaten [contra demócratas solo valen soldados] — eso era cierto todavía en 1848, pero hoy ya no rige ni siquiera en Prusia. En nuestro paisaje elemental es preciso atenerse más bien a la frase que dice que solo con un contraincendio puede combatirse un incendio en la estepa. Las democracias están uniformándose a escala mundial. Por eso la única guerra que queda es la popular.

Pero la casta de los guerreros cae en falacias ópticas cuando desea sacar provecho de eso. Las mejores cabezas del Estado Mayor estuvieron en contra no solo de la ocupación de Renania y los territorios limítrofes, sino también en contra del rearme intensivo en general. Sobre esto me ha contado el comandante en jefe algunos detalles que todos los historiadores futuros calificarán de increíbles. Cabría describir la situación con esta paradoja: la casta de los guerreros querría ciertamente conservar la guerra, pero en su forma arcaica. Quienes hoy dirigen la guerra son los técnicos.

En esa esfera se producen los ataques que los nuevos dueños del poder lanzan contra el viejo concepto del honor militar y los residuos de la caballería. Al estudiar los documentos me ha llenado de asombro en ocasiones la testarudez de Kniébolo en ciertas desavenencias que políticamente resultaban insignificantes; por ejemplo, la disputa por las cabezas de un puñado de inocentes. Es algo que nunca se comprenderá si no se ve tras ello esa voluntad de destruir el *nomos* que guía infaliblemente a Kniébolo. De manera imparcial puede formularse esto así: Kniébolo quiere crear un nivel nuevo. Y como en

este Reich están vivas todavía muchas cosas medievales, el desnivel es especialmente pronunciado.

Visto políticamente el ser humano es casi siempre un *mixtum compositum.* Numerosos tiempos y espacios reivindican sus derechos sobre él.

Así, yo soy por linaje y por feudalidad un güelfo, mientras que mi concepción del Estado es prusiana. Al mismo tiempo formo parte de la nación alemana y soy por mi formación un europeo, más aún, un ciudadano del mundo, un cosmopolita. En tiempos conflictivos como estos las ruedas interiores parecen moverse a la contra las unas de las otras y al observador le resulta difícil darse cuenta de cuál es la posición de las agujas del reloj. Todas esas ruedas se moverían conformes entre sí si nos tocase la gran suerte de hallarnos insertos en unos órdenes superiores. También se llenarían entonces de sentido los sacrificios, y de ahí que tengamos el deber de aspirar a lo mejor, no solo para nuestra felicidad personal, sino sobre todo por motivos del culto a los muertos.

París, 2 de abril de 1944

Almuerzo de despedida en honor de Volckmar-Frentzel, el editor de Leipzig, que vuelve a su oficio en el momento en que las bombas han destruido sus libros, sus máquinas y sus edificios. Durante el almuerzo he estado hablando con Damrath, el pastor de la iglesia de la Guarnición de Potsdam. El comandante en jefe ha hecho saber a Hofacker que no piensa renunciar a nuestra compañía. Damrath ha citado también la frase que hizo grabar en su campana grande de Potsdam. Escogió un pasaje de las cartas de Federico Guillermo I a Leopoldo de Dessau:

«Si únicamente levantase el país y no convirtiese a mis hombres en cristianos, de ninguna ayuda me sería. Quien no es leal con Dios no será tampoco leal conmigo, que soy un hombre».

A su lado cabría poner esta frase de Léon Bloy:

Il n'y a plus de serviteurs dans une société qui ne reconnaît plus Dieu pour maître.

A última hora de la tarde salida para Kirchhorst, adonde voy con algunos días de permiso para el asunto de Ernstel. Abrigo también la esperanza de verlo en Wilhelmshaven, donde sigue preso, pues el asunto está aún sin decidir. Pero es preciso que se halle en libertad

antes de que sobrevenga la catástrofe.

En el tren, 3 de abril de 1944

El tren marcha con mucho retraso, lo que se debe a los diarios ataques aéreos contra las vías y las estaciones. Lectura: los diarios de Byron y *Les moeurs curieuses des chinois.*

Junto a la ventanilla dos jóvenes oficiales de las tropas blindadas; uno de ellos se distingue por tener una buena cara. Sin embargo, hace ya una hora que van hablando de asesinatos. Uno de los dos quiso, en compañía de sus camaradas, hacer desaparecer en un lago a un francés sospechoso de espionaje; el otro defiende la opinión de que tras cada atentado contra nuestras tropas hay que llevar al paredón a cincuenta franceses:

—Así se acabarán pronto esas cosas.

Me pregunto cómo ha podido extenderse con tal celeridad esta mentalidad de caníbales, esta completa maldad, esta falta de corazón para con los demás seres, y cómo se explica esta rápida y general transformación en negros. En el caso de estos jóvenes es muy posible que no hayan sido ya afectados por ningún resto de moral cristiana, pero cabría aguardar que en su sangre se hubiera conservado el sentimiento de la vida caballeresca y del honor militar, o también el decoro de los antiguos germanos y su consciencia de lo justo. Pues de suyo no son tan malvados y su corta vida afronta de buen grado sacrificios que son dignos de admiración. Desearía que además del indubitable predicado «sin miedo» les correspondiese también el predicado «sin tacha». Pues, desde luego, solo lo segundo hace que sea valioso lo primero.

Frente a mí un teniente paracaidista con un libro. Va pasando las páginas en silencio, deteniéndose de cuando en cuando y poniendo cara de reflexionar. Luego sigue leyendo y de pronto sonríe al llegar a un pasaje que le hace gracia. «El lector» — un gran asunto a tratar, una significativa representación de la humanidad espiritual.

Por la tarde en Aquisgrán, y luego, pasando por Colonia, la serie de las ciudades calcinadas del oeste de Alemania. Resulta horrible la rapidez con que uno se acostumbra a estas visiones.

«Con la bendición de los rectos la ciudad se eleva; la boca de los malos la destruye» (Proverbios, 11, 11). Una frase para futuras primeras piedras, para nuevas puertas de ciudades.

Kirchhorst, 4 de abril de 1944

Ordenado escritos y libros y echado también una ojeada al *Don Juan* de Byron.

Mis paisanos de la Baja Sajonia. Esa calma imperturbable que hay en ellos y que es uno de sus rasgos mejores acabo de verla bellamente documentada en una crónica de Hildesheim. El 1 de agosto de 1524 se declaró en la parte nueva de la ciudad un incendio que destruyó un gran número de casas y acabó alcanzando también la aguja de la Torre de la Pólvora. El plomo del tejado empezó a derretirse y a gotear. Desde lo alto de aquella torre dirigía los trabajos de extinción el arquitecto municipal, Oldekopp. A su lado estaba su hijo Johannes. El padre le había indicado ya varias veces que abandonase aquel sitio y por fin le dijo:

—*Unser ein is hire to vele. Westu nicht, dat wi wol twintig tonnen pulvers under den voten hebben?* [Uno de nosotros está aquí de sobra. ¿Es que no sabes que tenemos veinte toneladas de pólvora bajo los pies?]

Solo entonces abandonó Oldekopp hijo aquel sitio.

Kirchhorst, 5 de abril de 1944

Con Alexander en el pantano de Oldhorst para observar allí el hormiguero que descubrí el pasado invierno. Pues siempre produce alegría hacer realidad un propósito como este — es un nudo atado en la red de la vida. Los animalitos estaban ya llenos de animación; entre los huéspedes he encontrado un *Myrmecoxenus subterraneus,* que aún no conocía y que fue descrito en 1835 por Chevrolat, exfuncionario de Hacienda en París.

A la ida entramos en un almacén porque la artillería antiaérea abrió fuego contra los bombarderos norteamericanos que nos sobrevolaban, y a la vuelta nos mojó la lluvia. Conversación sobre la aventura de Don Quijote con los molinos de viento y sobre el hada Peri Banu de *Las mil y una noches.*

En el jardín van ya alzando la cabeza las azucenas, y el *Eremurus* o «lirio de estepa» se anuncia con seis vigorosos retoños. También brillan por todas partes, entre el césped silvestre que ha crecido, los crocos que planté antes de la guerra en compañía de Friedrich Georg — puro amarillo oro, azul intenso, blanco con fondo amatista, del que irradian unas venas que abrazan el cáliz cual broches de una copa de

plata. El frescor de esos tintes reconforta: colores iniciáticos. Al enterrar estos pequeños bulbos parduzcos enterré unos tesoros que a veces suben a la superficie como en los cuentos. La entera metafísica reposa, en efecto, en el reino vegetal; y no hay mejor curso universitario sobre las cosas invisibles que se hacen visibles que el año del jardín.

El polen dorado que los abejorros, al rozarlo, han hecho caer al fondo azul del cáliz.

A última hora de la tarde hojeado diarios antiguos que Perpetua ha guardado en una maleta especial. Veo que siempre he de aguardar algunos años antes de volver a ocuparme de tales anotaciones. Entretanto se marchitan algunos pasajes y otros siguen madurando.

Leído además algunas páginas de la *Exhortación al martirio,* de Orígenes. En el parágrafo 46 la advertencia de no invocar a Dios con otros nombres que los que le corresponden — es decir, no invocarlo, por ejemplo, como Júpiter. Pues ciertos sonidos y ciertas sílabas podrían atraer, como si fueran remolinos, a aquellos seres cuyo nombre se pronuncia. Anotado esto para mi escrito sobre las vocales.

Kirchhorst, 7 de abril de 1944

Por la tarde en el prado; allí he estado extrayendo del suelo, en compañía de Alexander, acacias silvestres. Mientras realizábamos ese trabajo nos sobrevolaron a plena luz del día dos escuadrillas aéreas norteamericanas. En el momento en que pasaban por encima de la ciudad la artillería antiaérea abrió un violento fuego contra ellas; poco después vimos cómo regresaba uno de los aparatos, cuya ala derecha dejaba tras sí una larga estela de humo. Iba acompañado por disparos ininterrumpidos que llegaban de la hondonada y que enmudecieron así que su suerte estuvo clara. El avión dio un viraje, durante el cual se desprendieron de él tres paracaídas, y empezó a descender hacia nosotros. Carente de piloto, trazó una amplia espiral y fue agrandándose enormemente. Pensamos que iba a caer cerca de nuestra casa, pero fue planeando sobre el Bosque de Lohne; inmediatamente después de que desapareciese se alzó sobre las copas de los árboles un mar de llamas de color cobre oscuro, que pronto se transformó en una pared de humo. En esta tranquila aldea, ¿quién habría pensado en semejantes espectáculos?

Tras el célebre vacío del campo de batalla estamos entrando ahora en un teatro bélico con escenas que son visibles desde lejos. Ocurre así a menudo que en las grandes batallas aéreas participan

como espectadores centenares de miles e incluso millones de personas.

Continuado la lectura del *Don Juan.* En el canto tercero, a partir del verso 61, el modelo de un banquete suculento en cuya preparación compiten la sensualidad y la inteligencia.

Kirchhorst, 9 de abril de 1944

Reflexionado sobre las enormes pérdidas de libros causadas por los bombardeos. Los libros antiguos se harán raros; su reimpresión presupone unas planificaciones inteligentes. De igual manera que en un terreno completamente destruido lo primero que se hace es trazar un camino que sirva de orientación, así una serie de buenas ediciones tendría que reponer primero lo que hay de clásico en la teología, en la literatura universal, en la filosofía y en las disciplinas particulares. Luego podría descenderse hasta los autores de tercer y cuarto rango, también hasta los extravagantes, y graduar esas ramas secundarias de acuerdo con un plan de ediciones de escasa tirada. Esto acarrearía incluso ventajas — como la de un decidido retorno de los espíritus a lo importante.

Sustituir las revistas será difícil, desde luego — pero tal vez puedan hacerse ediciones para bibliotecas. El rasgo colectivo de la existencia traerá consigo un gran desarrollo de las bibliotecas públicas.

Kirchhorst, 13 de abril de 1944

Regresado de la costa, adonde he viajado con Perpetua para el asunto de Ernstel. Salimos de aquí el lunes de Pascua. También el domingo de Pascua hubo numerosas incursiones aéreas con *Vollalarm* [alarma total], o *Vollala,* como dice Peter, un niño de tres años que está refugiado en nuestra casa. En el momento de partir volví a echar una ojeada en el jardín a los azules cálices del croco; en su fondo había caído cual un polvo de oro el azafrán que las abejas habían rozado. Estas cosas son viáticos poderosos.

Muchos son los motivos que en estos tiempos hacen incómodo el viajar, pero los aviones constituyen la plaga peor de todas. Atravesamos Oldenburg una hora después de que hubiera sido atacado y cuando nos bajamos del tren en Wilhelmshaven fuimos recibidos por el ulular de las sirenas. En el tren conocimos a dos oficiales; uno de ellos, Emmel, era ayudante del comandante de la base y había ido ya, por propia iniciativa, a visitar en su celda a Ernstel. No dejamos que la alarma nos perturbase, sino que fuimos enseguida al hotel. Una vez

que comimos allí, acudimos a ver en su semiderruida vivienda al capellán castrense Ronneberger.

A la mañana siguiente sonó otra vez la alarma en el preciso momento en que estábamos aguardando el tranvía delante del hotel. Cargados con los paquetitos para Ernstel recorrimos a pie las calles, que cada vez estaban más vacías. Por fin nos metimos en una de las torres de hormigón que sirven de refugios antiaéreos. En ellas se tiene el sentimiento de caer en una sección del *Inferno* que Dante pasó por alto cuando efectuó su visita. El interior de esas torres se asemeja a la cavidad de una concha de caracol; en torno a un huso interior va elevándose suavemente en espiral una rampa que está llena de bancos. Grandes partes de la población, hacinadas en un espacio angostísimo, aguardaban allí los acontecimientos. Un plasma humano que exudaba un miedo sordo llenaba la concha de caracol. Mientras iba subiendo la pendiente observaba los rostros que en aquel lugar dormitaban extenuados. Los habitantes de estas ciudades pasan acurrucados en estas desapacibles torres una parte significativa de sus días y asimismo de sus noches. Como en todas las instalaciones de esta índole, también aquí encontré que el adormecimiento vegetal va estrechamente ligado a actos maquinales. Oía el zumbido de los ventiladores, también una voz que de vez en cuando decía: «Ahorren oxígeno».

Tras haber contemplado aquella espiral, cuya visión provocaba un malestar mayor que el pensar en el bombardeo, salimos a la calle y nos sentamos en un jardín abandonado situado en medio de las ruinas. La defensa antiaérea estuvo disparando un poco tiempo y luego las sirenas anunciaron el final de la alarma.

En las prisiones militares. Un cabo trajo al muchacho a la habitación en que nosotros aguardábamos. Estaba pálido y parecía debilitado. Su mentón sobresalía; se hallaba cubierto de arruguitas pequeñas. Los ojos, hundidos en las cuencas, habían perdido su frescor infantil, expresaban una experiencia precoz. Pero su porte era bueno, a la vez humilde y fuerte. Al verlo así sentado ante mí con su chaquetilla de marinero me acordé de las muchas esperanzas que Ernstel había puesto de niño en conquistar los laureles de la guerra y de que todos sus pensamientos y deseos estaban orientados a sostener una batalla campal. Iba a mostrarse digno de su padre — y de ahí que lo atrajese el punto más peligroso de todos. «Qué certeramente has dado con él, muchacho», pensé para mí, «y qué buena cosa es que yo sepa comprender esto también como padre.» Pues en la medida en que se desarrolla entre naciones la guerra representa tan solo una decoración teatral tosca — el combate se libra por otros premios, por unos premios más peligrosos. Y me pareció bien visitar aquella

modesta celda portando mis altas condecoraciones de la Primera Guerra Mundial. Pues nosotros hemos conocido todavía un brillo que ya no les es otorgado a estos muchachos; por ello su mérito es mayor.

Al día siguiente viajamos a Cuxhaven para hacer una visita al almirante Scheuerlen, que es el comandante en jefe de la *Deutsche Bucht,* la Bahía Alemana, y juez en última instancia de Ernstel. Encontramos en él una persona excelente. En general cabe observar que, cuando uno se ve envuelto en un asunto como este, llega a conocer los dos auténticos frentes del gran proceso. Si la persona con que nos topamos es un ser humano o una máquina, eso es algo que la primera frase con que nos responde pone de manifiesto enseguida.

Kirchhorst, 17 de abril de 1944

En este último día de permiso he estado plantando todavía guisantes y con ellos he sembrado buenos deseos para Ernstel. Hoy entierra uno las simientes sin saber quién cosechará sus frutos.

Cortado perifollo — esta hierbecilla es para la sopa lo que la asperilla es para el vino. Crece silvestre en abundancia bajo el viejo tilo y Alexander ha estado ayudándome a cortarlo. Estuve preocupado, no fuera el niño a recoger también cicuta, y ello ha tenido como resultado una charla sobre la copa que bebió Sócrates; así ha tenido Alexander su primer conocimiento de él.

Las semillas las traje conmigo de Francia. Su forma y su color son un poco diferentes de los de las nuestras — ya veremos cómo prenden aquí.

En el tren, 18 de abril de 1944

Por la noche en el Japón, donde me comportaba de manera torpe con personas y cosas extranjeras. Creía que la estantería en que estaban expuestas las mercancías de una tienda era una escalera y subía por ella, causando así desperfectos. Mientras lo hacía, los japoneses me miraban con una atención en que se mezclaban la cortesía y el asco.

Luego en una habitación donde encontraba en un sofá hombres y mujeres embriagados de éter. Uno de ellos salía a mi encuentro tambaleándose y levantaba un pesado jarrón para darme un golpe. Como su borrachera me mostraba que no me acertaría esforzábame en no moverme: «... pues de lo contrario acabará acertando por equivocación».

Por la tarde el general Loehning ha enviado un coche a recogerme y llevarme a la estación; allí he subido al tren de París bajo nubes de granadas explosivas.

Sobre las vocales. En una nueva revisión de ese ensayo mío aducir también lo siguiente, como un indicio más de que el colorido sonoro de las palabras no es casual: cuando en nuestro ángulo de visión penetran cosas nuevas ofrécense casi siempre varios vocablos para nombrarlas. El espíritu de la lengua elegirá de entre ellos el más adecuado y lo introducirá en el uso; y preferirá el orden sonoro a la significación lógica. Por ese motivo tiene más fuerza en alemán el vocablo *Auto* que el vocablo *Kraftwagen* [carro de fuerza].

París, 21 de abril de 1944

Por la noche una gran incursión aérea. Disparos de la defensa antiaérea. Bombas en el *arrondissement* decimoctavo y en Saint-Denis. Los habitantes del hotel Raphaël se reunieron por vez primera en el refugio, cosa de la que me enteré por la mañana. Una especie de letargo me retuvo en la cama. Se habla de centenares de muertos.

Al mediodía en casa de los Schnitzler, que se van esta noche.

París, 22 de abril de 1944

Lectura: el diario de un teniente, un tal Salewski, que describe los días pasados en la bolsa de Uman. El manuscrito me lo ha enviado Horst Grüninger. También he hablado de ello con Speidel, a quien han nombrado jefe del Estado Mayor de Rommel; anteayer volví a verlo por vez primera después de mucho tiempo. La descripción de Salewski es clara y seca, tiene la frialdad del metal que primero ha sido fundido y luego se ha endurecido formando un espejo; corresponde a la atmósfera que reina en una posición perdida. He vuelto a encontrar razonamientos conocidos, pero como si hubieran nacido de semillas que, llevadas por el viento, hubieran volado sobre los muros de un jardín para ir a caer en una arena de cuarzo y allí hubieran ido creciendo con extrema parquedad. Todo esto resulta aleccionador, pues la bolsa, el cerco, es la expresión más pura de nuestra situación; lo vi con claridad ya antes de que empezase esta guerra. Había estampas previas que lo anunciaban; la suerte de los judíos, por ejemplo.

Por la tarde en casa de Heller, donde he estado mirando con atención el cuadro que me fue regalado para mi cumpleaños por el

doctor Göpel. De camino hacia allí encontré cortada la Place des Invalides; habían instalado en su centro una batería de artillería antiaérea pesada y había en aquel lugar pilas de munición y pequeñas tiendas cónicas de campaña para los sirvientes. Aquel espectáculo tenía en sí algo de siniestro — especialmente por el hecho de las tiendas de campaña en pleno centro de una urbe tan inmensa como París, que parecía haberse convertido ya en un desierto, estar muerta.

Mi lugar se halla en la cabeza de un puente que está tendiéndose sobre una oscura corriente. La existencia en ese arco avanzado se hace más insostenible a cada día que pasa, el riesgo de caída es cada vez mayor, a no ser que desde la otra orilla le salga al encuentro, como una imagen reflejada en un espejo, la parte que le corresponde y que lo completará. Pero la otra orilla se encuentra envuelta en una espesa niebla — solo a veces llegan de la oscuridad luces y sonidos imprecisos. Esa es la situación teológica, la situación psicológica, la situación política.

París, 23 de abril de 1944

Excursión a las Trois Vallées. Para tener una imagen de la fuerza del pueblo es preciso ver también la población que recorre las carreteras, no solo la que pasea por los bulevares.

Dans les forêts lointaines

On entend le coucou.

París, 29 de abril de 1944

La tarde y una gran parte de la noche de ayer las pasé en compañía del comandante en jefe, que vino a verme a mi Malepartus,[5] acompañado por el coronel Ahrends, por Baumgart y por Walther, catedrático de matemáticas. Las inclinaciones matemáticas del general llevaron la conversación en primer término hacia los números primos; luego, una vez que se trataron algunas cuestiones de balística y de los experimentos con cohetes, fue necesariamente a parar a los acontecimientos militares y políticos que están perfilándose para un futuro próximo. Cuando se despidió Walther, que se hallaba de paso e iba a marcharse en el tren de la noche, estuve un rato a solas con el general. Me hizo una descripción de la situación y en especial del carácter de Rundstedt, del cual depende el que no se haya llegado hace ya tiempo en el Oeste a una clarificación, a un desenmascaramiento.

Si uno conoce a Stülpnagel, Popitz y Jessen, y además a Schulenburg y Hofacker, tiene un cuadro de lo que es la Fronda en el Estado total. También ve que lo que impulsa a actuar no es la sustancia política, sino la sustancia moral. En la acción esa sustancia es la más débil, y de ahí que la situación podría tomar un giro favorable tan solo si apareciese un Sila o incluso un general del pueblo, capaz de simplificar las cosas.

Sobre los espejos y la extraña modificación que aportan a la fisonomía del ser humano. Si nuestra mirada se desvía y ve en un espejo a nuestros interlocutores, revélanse en estos unos rasgos completamente nuevos. Ese es el aspecto que tuvieron acaso antepasados suyos; o bien salen a la luz significados espirituales que estaban latentes en ellos. El efecto es especialmente intenso cuando la superficie del espejo parece moverse, ondular, como ocurrió ayer por efecto del humo ascendente de los cigarros puros dejados en el cenicero de una consola. Los espejos producen aberturas. Piénsese también en la modificación que se da en el rostro de los muertos: los vemos en la luz que se desprende de un espejo oscuro.

Esta mañana han venido a verme dos jóvenes valones, Claes y Willem. Hemos charlado sobre Alemania y Francia, cuya mutua relación ellos ven con más claridad desde su posición *à cheval.* Sobre la situación, los mauritanos, las dos literaturas, especialmente sobre Léautaud, cuyo *Passe-Temps* estoy leyendo ahora.

Hace muchos años que vengo observando que mi capacidad de hablar depende de la índole espiritual de mis interlocutores. Es como si la rueda de la charla se deslizase por un suelo más o menos liso — y, con ello, de un modo más o menos seguro y más o menos fácil. Resulta notable el hecho de que, cuando me encuentro por vez primera con desconocidos, no necesite aguardar a que se hayan expresado — probablemente porque el ser humano posee también un aura espiritual, un perfume de espiritualidad.

París, 30 de abril de 1944

Primera visita a Speidel, que ahora es jefe del Estado Mayor de Rommel y, por ello, el hombre que tiene sin duda la más clara visión de conjunto de la situación en el Oeste. El Cuartel General está fuera de París, en La Roche-Guyon, un castillo de los La Rochefoucauld. Allí he hablado también brevemente con el duque y la duquesa, en especial sobre mi estancia en Montmirail.[6]

El paisaje que rodea a La Roche-Guyon, con sus grandes cavernas y los acantilados que se elevan cual tubos de órganos desde el valle del Sena, tiene un aire de misterio laberíntico. En ese sentido parece apropiado para ser sustrato de acciones históricas; de hecho ha venido siéndolo periódicamente desde los tiempos de los normandos y aun antes. Es un paisaje que atrae a la historia y colorea sus hilos.

Las laderas tenían en su parte alta, coronándolas, baterías antiaéreas y en el valle se hallaba estacionada una sección blindada, para la protección personal del comandante en jefe y sin duda también por consideraciones políticas. La monstruosa fatigación de la guerra adquiere en estas zonas la apariencia de una mayor ligereza; se está más cerca del centro en torno al cual gira el terrible peso de la rueda. Con esta imagen quiero permanecer en la esfera técnica, en el sistema de coordenadas del empleo de la violencia con sus lugares más o menos espirituales, en Mauritania. De ello forma parte también una cierta jovialidad, la que adornaba sin duda a Sila mientras ponía sitio a Atenas.

París, 1 de mayo de 1944

Día de los muguetes. Speidel ha mandado a recoger el manuscrito del *Llamamiento,* para Rommel, que quiere leerlo. Me he desprendido de él a disgusto.

En casa de Drouant almuerzo con Abel Bonnard. Siempre vuelvo a admirar el orden y la precisión de sus pensamientos, su ingenio volteriano y a la vez como de gato, que tiende ágilmente la zarpa hacia hombres y cosas, les da la vuelta como jugando y también les causa heridas, arañazos. Aprovecho la ocasión para informar a Bonnard de que Léautaud, tal vez el último clásico, malvive en situación precaria en uno de los suburbios de esta ciudad, casi sin recursos y ya de edad muy avanzada. Bonnard ha escuchado con mucho interés lo que le decía y me ha pedido más detalles. Desde luego Léautaud es un cínico, que se contenta con un sillón y la compañía de sus gatos; con él puede verse uno expuesto a groserías. A ello se agrega la desgraciada situación política, que proyecta luces turbias sobre todas las acciones humanas.

Por la tarde, una vez más, en Vincennes, en compañía de la Doctoresse. Hemos estado tomando un poco el sol, sentados en el césped junto al camino que rodea el Fuerte. En sus bastiones había soldados semidesnudos, que bromeaban y miraban desde arriba a los endomingados parisienses; parecían legionarios romanos en la ciudadela de una ciudad conquistada.

Las escilas o «jacintos de bosque» florecían por millares en el Bosque. En los arroyos de aguas turbias de color verde grisáceo abundaban los renacuajos; algunos estiraban ya sus patitas traseras. ¿Cuál será propiamente la razón de esa diferencia temporal en el desarrollo de los dos pares de patas, que, sin embargo, dependen el uno del otro? La vieja escuela nos remitirá a la metamorfosis de las aletas — mas justo eso hace maravillosa la previsión. Vemos al Demiurgo ir colocando motivo tras motivo en la materia viva. Unos niños descalzos andaban a la pesca de renacuajos; los encerraban en pequeños charcos, que rodeaban con muros de lodo.

Luego otra vez junto al Fuerte — en el preciso instante en que lo sobrevolaban dos escuadrillas norteamericanas y un cañón abría fuego desde los baluartes. Los horrores y las imágenes de muerte se insertan en la vida cotidiana y en sus alegrías con nexos de sueño — como en jardines de coral en cuyas sombras multicolores viésemos tentáculos y fauces de monstruos.

París, 2 de mayo de 1944

Al mediodía en el Pont de Neuilly; largo tiempo estuve allí mirando el agua desde lo alto. En la poco profunda orilla jugueteaba una bandada de peces minúsculos, que, como si respirase, unas veces se dilataba y otras se contraía y al mismo tiempo parecía estar girando en torno a un punto central. Desde arriba resultaba difícil captar lo que ocurría, pues los lomos de aquellos alevines se diferenciaban poco del color del agua. Pero a veces pasaba brillando por sobre el anónimo hervidero un como rayo de plata, que describía un círculo centelleando. Se debía a que de vez en cuando uno de los animales, forzado por la tensión general, se alzaba de un salto a un movimiento más rápido y giraba como un barquito sobre el agua. Al hacerlo se tumbaba de lado, de manera que su flanco claro brillaba a la luz del mediodía.

Largo tiempo estuve mirando cómo se encendían, saliendo del oscuro hervidero, aquellos puntos plateados y luego volvían a sumergirse, una vez que quedaba completada la titilante figura que trazaban. ¿Qué señales son esas y para qué ojos han sido ideadas?

Largo tiempo estuve mirando — allí se revelaba en una imagen simplicísima lo que entre nosotros es la gloria, la fama. No faltaba ninguno de sus elementos — ni la afluencia de la masa anónima, ni su latido, ni su ritmo, ni su tensión, que luego se descarga en la trayectoria superior de la persona singular que sobresale y es expelida a la luz. Así es como se destacan por su brillo y emergen de la

muchedumbre de los guerreros y de los ejércitos grises los héroes, los combatientes individuales; así es como sobresale de los ballets el solista, por su atavío más bello; y así es como se eleva del concierto de los coros la voz de los grandes cantantes.

Con qué hondura, con qué sencillez hace palpitar los corazones aquello que vive en nosotros y aguza nuestros sentidos — la cuna de las mareas marinas, recuerdo de aletas, alas, cuerpos de dragón, los relojes de sol y de estrellas del Universo, el gran país de los sueños y de la infancia que es el Génesis. Y, por encima de todo, los puentes de mármol desde cuya altura de arco iris se llena de sentido el espectáculo.

París, 3 de mayo de 1944

Durante el descanso de mediodía en el cementerio de perros que hay en una de las pequeñas islas del Sena, cerca de la Porte de Lavallois. En la entrada un monumento a *Barry,* un perro de San Bernardo que salvó la vida a unos cuarenta caminantes extraviados en la nieve. Es el polo opuesto de *Becerrillo,* el gran braco que despedazó a centenares de indios desnudos. El ser humano se refleja con sus virtudes y sus vicios en los animales que cría. Este sitio me ha hecho recordar los días de mi infancia y los cementerios que construíamos en nuestros juegos; en ellos enterrábamos insectos y pajaritos.

Continuado la lectura de la Epístola a los Hebreos; el judaísmo echa en ella unas flores excelsas, que brotan de una madera limpia y sin injertos. Lo que se lee en el texto y entre líneas sobre la sublimación de los sacrificios es muy bueno.

Cabría establecer como ecuación progresiva la siguiente:

Caín/ Abraham/ Cristo: Abel/ Isaac/ Jesús.

Es la sucesión de los sacerdotes y de las víctimas inmoladas. En cada una de esas parejas se inaugura un nuevo estado de la sociedad, del derecho, de la religión.

París, 4 de mayo de 1944

En casa de Florence, donde, además de con el doctor Verne y con Jouhandeau, me he topado con Léautaud; se ha presentado con un traje a la moda de 1910, con una corbata larga y estrecha, atada cual un cordón de zapatos para formar un lazo. Como autor, Léautaud ha permanecido en la línea recta, sin debilitamientos románticos; dice muchas menos cosas innecesarias que todos los demás colegas suyos

que he tenido ocasión de observar hasta el momento.

Charla sobre el *Mercure de France,* luego sobre la lengua y el estilo. Léautaud odia las imágenes, las comparaciones, los rodeos. Según él el autor debe expresar con una precisión y una economía completas lo que opina. Tampoco debe detenerse, preocupado por el ritmo y el acabado.

—*J'aime plutôt une répétition qu'une préciosité.*

Si uno quiere decir que está lloviendo, que escriba sin más: «está lloviendo». A la réplica de Paulhan, que ha dicho que eso podría encomendarse también a un empleado, ha contestado:

—*Alors, vivent les employés.*

Piensa que es posible expresar exactamente con las palabras aquello que se quiere y que, cuando se tiene un dominio completo de la lengua, puede evitarse la más mínima pérdida entre lo que se dice y lo que quiere decirse. Desde luego eso solo rige entre los no metafísicos. Y solo a esos reconoce Léautaud.

Lo que a mí me cautiva en él es el espectáculo de un hombre que sabe perfectamente y con claridad lo que quiere, cosa que hoy es mucho más rara de lo que se piensa.

Al decirle yo que Victor Hugo es uno de los autores que hasta ahora he descuidado, su respuesta fue:

—*Vous pouvez continuer.*

París, 5 de mayo de 1944

Sobre el simbolismo marino. En Turena, cuando un matrimonio joven espera un hijo y desea que sea niña, es costumbre que la futura madre lleve puesto un collar de conchas fósiles. Eso sería una nota para el bello artículo de Mircea Eliade que leí en la revista *Zalmoxis.*7

Estilo: *Hierher hat sich die Königin Hortense zurückgezogen, nachdem sie auf einem Thron gesessen und alle Schmach der Verleumdung getroffen hat.* [Para acá se retiró la reina Hortensia, tras haber estado sentada en un trono y haber golpeado todo el oprobio de la calumnia.] De una traducción de las *Memorias* de Chateaubriand al alemán.

La lectura de semejante frase es insufrible, como un salto contra

el sentido de la marcha.

París, 7 de mayo de 1944

A última hora de la tarde a orillas del estanque de Suresnes para observar la vida en los arces en flor. Unas cuantas escuadrillas aéreas sobrevolaban la periferia de la ciudad, como es ahora habitual; contra ellas disparaba con variada intensidad la artillería antiaérea. Estos ruidos y estas imágenes están pasando a formar parte del tejido de la vida cotidiana.

El ciclamor y la nota especial que da a la paleta de la primavera. Su color rosa tiende al rojo coral y causa por ello un efecto más decidido que el rosa de las flores del melocotonero, del acerolo y del castaño. También es más animal.

París, 8 de mayo de 1944

Por la noche sueños de trilobites, que yo adquiría en el instituto de Rinne, el mineralogista de Leipzig. Los compraba por catálogo y los que faltaban los tomaba en reproducciones que estaban fabricadas con un esmero extraordinario, en parte en oro puro y en parte en lacre rojo. También este sueño, como todos los míos de asunto paleontológico, era de una nitidez especial.

Por la mañana ha venido a verme Clemens Podewils, que ha acompañado a Rommel en uno de los viajes de inspección emprendidos estos días por el mariscal a lo largo de la costa atlántica. Hay un rasgo antiguo en ese empeño suyo de ver el mayor número posible de combatientes antes de la acción. El mariscal quiere luchar por la costa:

—El enemigo ha de sucumbir en el agua.

Con ese propósito guarda relación el hecho de que esté acumulando reservas.

El desembarco preocupa a todos; tanto el mando alemán como el francés creen que se producirá en estos días. ¿Pero qué ventajas reportaría a los ingleses? Pues estos se asemejan al banquero de una mesa de juego, que saca ganancias seguras de las vicisitudes de la guerra en el Este. ¿Por qué razones iban a interrumpir los ingleses esta partida tan favorable para ellos? Dejando aparte los deseos de los norteamericanos, podría haber varias causas: los rusos podrían estar haciéndose demasiado fuertes; o podrían estar debilitándose demasiado; o podrían amenazar con entablar negociaciones. Contra

esto último habla la existencia de Kniébolo: mientras él esté en activo constituye la masilla que aglutina toda coalición dirigida contra Alemania. Es uno de esos hombres que, como dice Goethe, «sublevan contra sí al Universo».

Aún no es desesperada la situación para Alemania — pero qué náuseas produce contemplar el espectáculo.

París, 10 de mayo de 1944

Por la noche incursiones aéreas y violentos disparos de la artillería. Algunos agentes secretos habían predicho el desembarco para las cuatro de la madrugada de hoy.

Acabado: *Passe-Temps,* de Léautaud. Así como hay peces, pájaros, insectos, así hay también diversas especies de autores. Lo que uno quiere ver y gozar en ellos es que dominen con seguridad el elemento que les es propio. Eso es lo que ocurre en el caso de Léautaud. Afines a él son, entre los franceses, Chamfort, y entre los alemanes, Lichtenberg. Anoto esta cita:

Être grave dans sa jeunesse, cela se paie, souvent, par une nouvelle jeunesse dans l'âge mûr.

Viniendo de Rousseau, puede uno aprender en Léautaud cómo se sirven secas las confesiones. Desde luego se expondrá al peligro del cinismo. El libro es en ese aspecto una verdadera mina.

Acabado también: *Manual de los partisanos,* en su tercera edición de 1942, unas ordenanzas rusas de combate. En el capítulo titulado «Reconocimientos» se encuentra esta frase: «Hay que *camuflar* los cadáveres enemigos» — un delicado sinónimo para decir «enterrar».

París, 12 de mayo de 1944

Aburrida sesión de trabajo en la Avenue Van Dyck. Pero tuve la suerte de que delante de las ventanas se alzase un gran castaño en flor. Por vez primera pude conocer ese árbol a la luz del mediodía. Cuando la iluminación es desfavorable las flores parecen perder ligeramente su color y adquieren un tinte apagado, parduzco, encarnado. En cambio a pleno sol se destacan del cielo azul por su luminoso color rojo coral. También a la sombra tienen un perfil muy nítido esas flores — resaltan del follaje verde como modeladas en cera rosa. Más tarde, cuando se marchitan, sus pétalos caen con tal profusión que el tronco queda rodeado por un círculo de sombra intensamente rojo. Esto permite ver una belleza más — un vestido de

flores que el árbol se ha quitado.

El asunto tratado ha sido el del empleo de los batallones caucasianos, cuya inspección, en la medida en que están bajo el mando del comandante en jefe, nos ha sido encomendada al comandante Reese y a mí. Una cuestión aburrida y desagradable; de sus aspectos técnicos se ocuparán, gracias a Dios, los especialistas del Este del general Von Niedermayer, los cuales han reclutado entre los prisioneros de guerra masas enormes de tropas auxiliares. Desde que los citados regimientos se hallan estacionados aquí en Francia en la zona de ocupación, ha habido todo género de abusos, que, naturalmente, se nos cargan a nosotros. Ahora los parisienses ven con asombro en el metro mongoles con uniforme alemán. Tribus enteras de hormigas amarillas quedan absorbidas de ese modo. Su control exige artes especiales — además de hombres de confianza, conocidos como tales por las unidades, hay otros que solo van a ver al jefe en secreto, y también estos son vigilados a su vez por terceros. Tales unidades se sustraen enteramente a las normas habituales; serían imposibles sin un poder despótico. De ahí que estén surgiendo entre los oficiales unos tipos nuevos. El propio Niedermayer es un hombre muy notable. Durante la Primera Guerra Mundial organizó disturbios en Persia y en Afganistán; recuerdo que Stapel lo llamaba «el Lawrence alemán». En el Cáucaso vi fotografías suyas en las que aparecía en medio de centenares de asiáticos. Júntanse en él capacidades e inclinaciones geográficas, etnográficas, estratégicas.

París, 13 de mayo de 1944

Por la tarde, con Horst y Podewils, en la residencia del general Speidel en La Roche-Guyon. Cenamos juntos, dimos luego un paseo por el parque y más tarde estuvimos bebiendo todavía una botella de vino en la parte más antigua del castillo, debajo de las almenas normandas.

Speidel es sin duda la cabeza decisiva por el lado alemán en el próximo embate, cuyos perfiles están dibujándose con mayor claridad cada vez. Es hermoso que no comparta los hábitos de otros jefes de Estado Mayor, a quienes vemos retirarse a sus habitaciones, ya de noche, cargados con abultadas carpetas de documentos. En su proximidad reina, antes por el contrario, la quietud, la calma que resulta adecuada al eje de la gran rueda, al centro de los tifones. Lo observo mientras, sentado al escritorio, contempla una flor o hace un comentario sobre el valle del Sena, que aparece abajo con sus prados y árboles en flor. Suena el teléfono; Speidel descuelga el auricular y, tras

haber tomado una breve decisión, vuelve a colgarlo:

—Una división acorazada no es una empresa de transportes; dígaselo.

—¿Cómo? El Führer no puede juzgar eso.

En la aldea florecen, más lozanas que nunca, las glicinias, las cabezuelas blancas de las clemátides, las lilas, las citisas o «lluvias de oro», las primeras rosas. Deambulamos junto a los jardines disfrutando de sus colores y de sus aromas. Speidel cita el verso de Platen:

Wer die Schönheit angeschaut mil Augen…

[Quien ha mirado con sus ojos la belleza…]

Luego dice una de esas frases que le sientan bien al caudillo, el cual debe ser al mismo tiempo un augur:

—En otoño habrá acabado la guerra en Europa.

París, 15 de mayo de 1944

Continuado la lectura del Apocalipsis; es un libro que retiene una de las grandes miradas que los ojos han echado directamente a la estructura del Universo. A su lado transcurren movimientos extraños — como esos que hacen que comience a fundirse la rigidez simbólica del antiguo Oriente. De la crisálida egipcia, babilónica, sale la mariposa de alas con muchos ojos, regresa al brillo superior de sus orígenes. Eso introduce en la lectura, todavía hoy, un elemento desconcertante, como si estuviéramos asistiendo a unas metamorfosis supremas. Aquí sentimos una de esas ramificaciones enormes que no son alumbradas por ninguna batalla decisiva, por ningún ascenso o hundimiento de imperios, sino únicamente por la visión que se tiene en el centro. El profeta está por encima de los reyes y sus acciones.

Los únicos que escaparán a la gran aniquilación anunciada en este libro serán los que lleven en la frente el sello de Dios.

Por la tarde he estado releyendo estos diarios míos; dada la inseguridad de la situación le he dado a Hanne Menzel algunas partes para que me las copie. He advertido que con fecha del 10 de enero de 1942 escribí que en sueños había visto muerto a mi padre. No deja de ser notable el hecho de que muriese exactamente un año más tarde, en la noche del 10 de enero de 1943. También en esa hora lo vi en

espíritu, hallándome despierto — vi en el cielo nocturno sus ojos, que me miraban de un modo más significativo y radiante que nunca antes en mi vida.8

Velada en casa de los Didier. Allí he vuelto a toparme con Hendrik de Man, que me ha enseñado en su libro *Après coup* el pasaje en que describe nuestro encuentro anterior.

París, 17 de mayo de 1944

En casa de Florence. Allí, el *abbé* Georget, su *aumônier*. Hablado con él sobre los celtas y sobre Bretaña, de donde es oriundo. ¿Qué puede quedar de celta en nosotros? De igual modo que en los castillos están incrustados fragmentos de edificaciones antiguas, así quedan en el tejido de las naciones elementos de razas desaparecidas. Nodrizas olvidadas se acercan a nuestra cama en los sueños.

Georget fue confesor de la hija de Léon Bloy. Contó algunos detalles de este autor y mencionó la frase *Entrepreneur de démolitions,* que Bloy hacía imprimir en sus tarjetas de visita. Es un rasgo nihilista, igual que el «filosofar con el martillo» de Nietzsche y otras frases parecidas. Sin embargo, la valoración del nihilismo carece todavía de distancia — ha de incluir el mundo ambiente con que el nihilista se encuentra y la problematicidad de los valores de ese mundo, problematicidad que en él y por él lo único que hace es manifestarse. Por ello se convierte el nihilista en un escándalo. Pero más escandaloso resulta el espectáculo de los espíritus que son insensibles a la situación barométrica, al mínimo cósmico que anuncia el tifón. Ellos intentan lapidar a los profetas.

En la ciudad escasean cada vez más la corriente eléctrica, la luz y el gas. Vivimos en un estado de sitio de nueva especie. Los ataques aéreos no se dirigen tanto contra las fábricas y depósitos cuanto contra las arterias de comunicación y de energía, que es lo que corresponde a una guerra entre trabajadores. Los actos de sabotaje refuerzan la acción de los grandes bombardeos.

La situación es parecida a la de 1939; se habló entonces tanto y tan largo tiempo de la guerra que acabó por estallar realmente. Algo similar está ocurriendo ahora con la invasión, que tal vez no es deseada sinceramente por ninguna de las partes. Pero en eso precisamente se revela su rasgo de destino.

Y, a todo esto, uno sigue encontrando por las calles hermosas

mujeres, con unos sombreros nuevos, muy altos, en forma de turbante. Es la moda de la Torre de Babel.

París, 19 de mayo de 1944

Lectura: *Versucb über die Zerstörung Hamburgs* [Ensayo sobre la destrucción de Hamburgo], de Alexander Friedrich — un informe que me ha sido remitido en manuscrito. Uno tiene la impresión de que esas ciudades se asemejan a «botellas boloñesas»; la tensión interior ha atomizado tanto su contextura que basta un golpe para reducirlas a polvo. Resulta notable el gran número de personas de las que parece adueñarse una nueva consciencia de libertad cuando sus pertenencias quedan completamente aniquiladas. Friedrich Georg previo ya eso incluso en lo espiritual:

Das Wissen, das ich mir erworben,

Ist dürrer Zunder.

Kommt, Flammen, und verzehrt, verschlingt

Den ganzen Plunder.

[Los saberes que he adquirido

son yesca seca.

Venid, llamas, quemad, devorad

todos esos cachivaches.]

La propiedad es puesta en duda no solo desde fuera, por los desheredados; también desde dentro se les vuelve cuestionable y aun molesta y aburrida a los propietarios. De la posesión forma parte sobre todo, en efecto, la capacidad de poseer — ¿a quién le gustaría hoy mantener un castillo, rodearse de criados, acumular masas de objetos? A lo cual se añade la visión directa del mundo de la aniquilación, su cercanía. Quien ha visto alguna vez consumirse de pronto en llamas una gran ciudad como si sobre ella hubiera caído un meteorito, mirará con unos ojos nuevos su casa y sus armarios. Tal vez lleguemos a vivir tiempos en que se ofrezca como regalo la propiedad.

Capriccios como los que Kubin previo ya en 1909 en su novela *La otra parte.* Manadas de vacas van trotando por las calles en llamas tras haber roto los vallados de sus cercas de las afueras de la ciudad. Los

animales acuden a la ciudad mientras los seres humanos pernoctan en los bosques.

En una de las casas envueltas en llamas está sentada una pequeña cajera en medio de los vecinos que allí aguardan impacientes y que no han huido porque se lo impiden las bombas explosivas. De pronto se precipita dentro un hombre hercúleo para ponerla a salvo, cosa que hace agarrándola por las caderas y llevándola a rastras afuera. Pasando por encima de una tabla la lleva a un lugar que aún no está rodeado por el fuego, mientras a sus espaldas se derrumba con gran estrépito el edificio. A la luz de la hoguera el hombre se percata entonces de que ha salvado a una desconocida, no a su esposa.

Friedrich termina su manuscrito con esta observación: es un bello pensamiento el que tuvo Goethe al hacer que Fausto recobrara la consciencia «en una región encantadora».

París, 20 de mayo de 1944

Jean Charet, el explorador de los polos: «Más allá del círculo polar no hay ya ni franceses ni alemanes ni ingleses: allí hay únicamente hombres».

La nostalgia de los polos que se siente en los siglos XIX y XX hace pensar en la búsqueda de la piedra filosofal — son lugares mágicos, puntos límite que la consciencia planetaria se da a sí misma. También son polos germinales, que los ojos de los descubridores fecundan; las naciones experimentan con ello una modificación, como la experimentan también muchas magnitudes del viejo mundo. El círculo polar es lo absoluto, en él no puede subsistir ya ninguna fuerza diferenciada, sino solo la fuerza primordial. Frente a eso, la estrecha visión de Schubart, según la cual están previstos para las naciones unos cielos separados, unas patrias separadas para siempre. Es uno de los pasajes cuya lectura me ha hecho daño; y además está en contradicción con el sentir germánico. Para nuestros padres, los adversarios que momentos antes habían estado mutuamente despedazándose atraviesan cogidos del brazo, en sus figuras, las puertas de la eternidad, el Bosque de Glasor, cuyos árboles tienen hojas de oro; y allí se reúnen a celebrar el banquete.

A mediodía en el estudio de Madame Didier en el Boulevard des Invalides. Como no ha podido conseguir barro fresco ha modelado mi cabeza con la misma masa que le sirvió ya para hacer el busto de Montherlant. Un detalle que habría hecho las delicias de Omar Jayyam.

En las Tullerías estaba en flor la amapola, que en alemán se llama *Klatschmohn* [adormidera chismosa] — al pasar he pensado en lo muy certeramente que la naturaleza de esa planta es descrita por el nombre que lleva en nuestra lengua. Ese nombre indica en primer lugar el carácter chillón, parecido a un latigazo, del color, y luego también la frágil condición de sus pétalos, que quedan destruidos por un mero soplo. Es algo que rige para todas las palabras auténticas — están tejidas de significados cristalizados, de materia iridiscente. Ya por esa razón no comparto yo el recelo que de las imágenes sienten autores como Marmontel y Léautaud, ni tampoco la perspectiva evolutiva de la etimología. El escribir o el pronunciar una palabra se asemeja a un toque de campana, que hace vibrar el aire en un amplio círculo.

París, 23 de mayo de 1944

Por la tarde ha dado a conocer la radio la condena a muerte del general Von Seydlitz, dictada *in absentia*.[9] Parece que su actividad está llenando de preocupación a Kniébolo. Tal vez tengan allí también los rusos un general que sea el equivalente de nuestro Niedermayer. Al mismo tiempo se ha leído un mensaje de adhesión enviado a Kniébolo por los mariscales del ejército y redactado con los giros habituales. Creo que fue Gambetta quien preguntó:

—¿Ha visto usted alguna vez un general que tenga coraje?

Cualquier pequeño periodista, cualquier mujer de obrero da muestras de mayor coraje. A los generales se los selecciona precisamente por su capacidad de mantener cerrada la boca y ejecutar órdenes; a ello se añade la senectud. Eso podría acaso admitirse todavía en las monarquías.

A última hora de la tarde en el estudio de Madame Didier; el busto que está haciéndome progresa. He vuelto a tener el sentimiento de una génesis prometeica, demiúrgica; es algo que me resulta inquietante, sobre todo esos movimientos de las manos que amasan, que acarician, y con los cuales va conformándose la materia como bajo conjuros. El artista es el que más se acerca a los grandes poderes mundiales creadores; sus símbolos son los que siguen dando testimonio, en los mundos de tumbas y de ruinas, de la vida por la que en otros tiempos circuló la savia en abundancia.

París, 25 de mayo de 1944

Visita de Wepler, que estaba de paso y con el que he vuelto a hablar sobre la muerte de Flor de Fuego.[10] El amigo más viejo y el

amigo joven de una difunta. Solo la muerte de esa mujer nos acerca.

París, 26 de mayo de 1944

Muy temprano salida para Sissonne, donde no había vuelto a estar desde 1917.[11] En Laon encontré destruido por bombardeos recientes el barrio de la estación; en cambio la catedral y la parte alta de la ciudad estaban casi intactas. Las ciudades del destino y los caminos del destino, que siempre volvemos a recorrer — ¿en qué figura se inscribe nuestra peregrinación por esta tierra? Tal vez en figuras de lazos y flores de índole maravillosa.

Teníamos cosas que hacer en el campo de instrucción, ya que se han producido irregularidades en uno de los batallones caucasianos. Para llegar hasta allí nos servimos de un automóvil que funcionaba con gasógeno y llevaba una especie de estufa en la parte de atrás. De vez en cuando el chófer paraba el coche y echaba leña en ella; lo hacía bien a cubierto, por causa de los aviones de vuelo rasante. Los automóviles calcinados a orillas del camino contribuían a mantenernos bien despiertos. También las metralletas que ahora llevamos entre las rodillas cuando hacemos estos viajes eran un testimonio de que las cosas se han puesto serias.

He de cambiar mis máximas; mi relación moral con los seres humanos se hace a la larga demasiado fatigosa. Así, por ejemplo, con respecto al comandante de batallón que dijo que él mismo iba a llevar al frente al primer desertor que fuese capturado y allí iba a «eliminarlo» con sus propias manos. En tales encuentros se apodera de mí una especie de malestar. Es preciso, empero, que yo alcance un estado tal que desde él pueda observar esas cosas como se observa la naturaleza de los peces en un arrecife de coral o la de los insectos en un prado, o también como el médico observa al enfermo. Sobre todo hay que ver que esas cosas son válidas en los niveles inferiores. Mi náusea encierra todavía una debilidad, una participación demasiado intensa en el mundo rojo. Es menester calar la lógica de la violencia, guardarse de hermosear las cosas a la manera de Millet o de Renan, y guardarse asimismo de desempeñar el infame papel de los burgueses, que desde lo alto de sus seguros tejados moralizan a quienes intervienen en un terrible conflicto. Quien no esté mezclado en él, que dé gracias a Dios, pero eso no lo legitima para convertirse en juez.

Estos eran los pensamientos que me ocupaban mientras me hallaba de pie junto a Reese, que ha dirigido una arenga a los soldados extranjeros. Nos rodeaban en un cuadro abierto y llevaban uniformes alemanes en cuyas mangas lucían los distintivos de sus

tribus. Así, una mezquita con dos minaretes y estas palabras alrededor: «Biz Alia Bilen. Turkistan». Reese ha hablado lentamente, con frases cortas, que iban siendo traducidas por un intérprete.

Nuestra posición en el centro de aquel cuadro me parecía extraña, como las posiciones en un tablero de ajedrez que estuvieran preparando unos movimientos inteligentes, entre ellos algunos de gran finura etnográfica.

Hemos comido con los oficiales alemanes, que dan la impresión de ser a medias unos técnicos y a medias unos jefes de mercenarios — el siglo XVIII y el XX se fundían en unas pseudomorfosis de difícil clasificación. En los sitios donde desaparece el barniz teórico, aparece la pura violencia. No hay tribunales militares; los comandantes deciden de la vida y la muerte. Han de contar, por otro lado, con que los asesinen a ellos y a sus oficiales en cualquier momento en el caso de que deserte su unidad.

En Boncourt hemos bebido un vaso de vodka con los jefes de compañía rusos, mientras los turcomanos y los armenios se reunían formando un amplio círculo. Horas enteras se han pasado en cuclillas entonando cantos monótonos; de vez en cuando saltaban al círculo bailarines solitarios o por parejas y danzaban hasta el agotamiento.

En el intervalo he conseguido tomarme una media horita de permiso para dedicarme a la caza sutil. Durante ella he encontrado por vez primera en la Naturaleza la *Drypta dentata,* un animal de color verde azulado y de una elegancia exquisita. El nombre se lo puso en 1790 el italiano Rossi, que era médico en Pisa.

París, 27 de mayo de 1944

Alarmas, incursiones aéreas. Desde la azotea del hotel Raphaël he visto alzarse por dos veces, por la parte de Saint-Germain, unas nubes enormes producidas por explosiones, mientras de allí se alejaban escuadrillas que volaban a gran altura. El blanco de sus ataques eran los puentes del Sena. El modo y la sucesión de las operaciones dirigidas contra las líneas de avituallamiento indican una cabeza fina. La segunda vez, a la puesta del sol, yo tenía en mi mano un vaso de borgoña en el que flotaban fresas. La ciudad con sus torres y cúpulas rojas se extendía allí en su poderosa belleza, semejante al cáliz de una flor sobrevolado para recibir una fecundación letal. Todo era espectáculo, era poder puro, afirmado y realzado por el dolor.

París, 28 de mayo de 1944

Domingo de Pentecostés. Después de desayunar he acabado de leer el Apocalipsis y con ello he concluido mi primera lectura completa de la Biblia, que comencé el 3 de septiembre de 1941. Antes había leído algunas partes, entre ellas el Nuevo Testamento. Puedo decir que el esfuerzo ha sido meritorio, sobre todo porque se ha basado en una decisión personal y se ha impuesto a no pocas resistencias que se le oponían. Mi educación marchó en la dirección contraria; mi pensamiento estuvo marcado desde la primera juventud por el severo realismo y positivismo de mi padre. Todos mis maestros significativos colaboraron también a ese modo de pensar. Los profesores de religión eran casi siempre aburridos y con no pocos tuve el sentimiento de que la materia los incomodaba. Holle, el más listo de ellos, dejaba entrever que la aparición de Cristo sobre las aguas cabía explicarla por una ilusión óptica; aquella zona, decía, era conocida por sus nieblas a ras de suelo. Mis camaradas más inteligentes, los libros que yo apreciaba estaban afinados en ese mismo tono. Era menester que yo recorriese ese círculo, y siempre quedarán en mí huellas de eso. Sobre todo, la necesidad que siento de una fundamentación lógica — no me refiero tanto a la demostrabilidad de algo cuanto a la testificación y cercanía del entendimiento, que siempre debe aportar también su luz. Las metas no pueden encontrarse sino delante de nosotros. Eso es lo que me separa de los románticos y lo que ilumina con una luz propia mis viajes por los supramundos e inframundos: en mi nave espacial, en la que buceo, nado, vuelo, en la que cruzo con rapidez mundos de fuego y reinos de sueño, siempre me acompaña un instrumental que ha sido conformado por la ciencia.

París, 29 de mayo de 1944

Excursión a las Trois Vallées. Ha sido un día caluroso, luminoso. Qué bien se estaba en las silenciosas espesuras, bajo el follaje de los matorrales, a través del cual brillaba un cielo sin nubes: puro presente. «Detente...»

Las glicinias y la manera como se ve a sus ramas leñosas corroer los barrotes de las verjas de los jardines. Los ojos abarcan de una sola mirada una sustancia que ha tardado decenios en vaciarse en un molde.

La avispa dorada, la *Chrysis,* en un muro gris — con su tórax de un verde metálico sedoso y su abdomen de color rojo frambuesa chillón. Es un animalito que, como el foco de una lente, parece concentrar en sí los rayos solares. Vive envuelto en ardores sutiles y acariciadores.

Las ranas verdes y cómo el martilleo de las guadañas las incita a cantar en coro.

«Ese quería cabalgar el violín» — un dicho popular, destinado a caracterizar al hombre engreído.

A última hora de la tarde en la habitación del Presidente. Cinco mil seres humanos han caído aquí en Francia en estos días de Pentecostés a consecuencia de los bombardeos. Entre otros objetivos fue alcanzado un tren abarrotado de gente que iba a las carreras de caballos de Maisons-Lafitte.

El Presidente me ha hablado de un cabo que se ofrece con insistencia para participar en las ejecuciones. De ordinario apunta al corazón — pero cuando la persona que va a ser ejecutada le cae mal apunta a la cabeza, que vuela en pedazos. Es un rasgo infrahumano: la voluntad de robarle al prójimo su rostro, la voluntad de desfigurarlo.

¿A quiénes apuntará a la cabeza ese hombre? Probablemente a los que más se acercan a la imagen humana, a los bien parecidos, a los bondadosos, a los nobles.

Cuando a Murat lo llevaban al paredón para fusilarlo gritó:

—Soldados, apuntad al corazón, respetad la cara.

Anteayer por la mañana se fusiló aquí, por cierto, a un capitán de veintiséis años, hijo de un armador de Stettin, por haber dicho que el Gran Cuartel General bien merecía una bomba. Lo denunció un francés del entorno de Laval.

París, 30 de mayo de 1944

Al mediodía en el estudio de Madame Didier. Conversación con un sobrino suyo, un niño de cinco años, que me ha caído bien. Hace poco lo llevaron por vez primera a misa, donde vio cómo se distribuía la comunión. Preguntado por lo que había hecho el párroco, dijo:

—*Il a distribué des vitamines à tout le monde.*

Vaux-les-Cernays, 30 de mayo de 1944

En Vaux, con el comandante en jefe. A pesar del gran calor que hacía hemos encendido la chimenea a última hora de la tarde para purificar el aire. Estaban sentados alrededor de ella, además del

general, los catedráticos Krüger, Weniger y Baumgart.

Los generales son casi siempre enérgicos y tontos, es decir: tienen esa inteligencia activa y ejecutiva que hay en todo buen telefonista y a la que la masa tributa una admiración estúpida. O bien son cultivados y eso va a costa de la brutalidad que forma parte de su oficio. Siempre falta así algo en alguna parte, o bien voluntad o bien visión de conjunto. Es muy rara esa unión de energía y cultura que se vio en César y en Sila, o, en nuestros días, en Scharnhorst y en el príncipe Eugenio. Por ese motivo los generales son en la mayoría de los casos peones de que se sirven otros.

Por lo que se refiere a Heinrich von Stülpnagel, al que, para diferenciarlo de otros generales de esta antigua estirpe de soldados, se le llama también «Stülpnagel el rubio», tiene esos rasgos principescos que cuadran a su puesto de procónsul. De ellos forma parte el aprecio de la calma, del ocio, de la influencia sobre un pequeño círculo espiritual. Todo esto difiere del trajín que de ordinario encontramos en los Estados Mayores. Su carácter aristocrático tiende a valorar a los seres humanos por su espíritu. Su vida hace pensar en la de un científico; también ha adquirido una vasta erudición en prolongadas estancias en el lecho por enfermedad. Busca el trato con matemáticos y filósofos y de la historia lo cautiva la del Bizancio antiguo. Es lícito decir, sin embargo, que como general ha mandado bien, como estadista ha negociado bien y como político no ha perdido jamás de vista la situación en que nos encontramos. Todo ello hace comprensible que fuera desde el principio uno de los antagonistas de Kniébolo. Pero está cansado; es algo que yo veo claro sobre todo en uno de sus gestos, que se repite a menudo. El general suele pasarse la mano izquierda por la espalda, como si la sostuviera o enderezase su postura. Una expresión preocupada invade su rostro cuando lo hace.

Conversación sobre el estoicismo y su principio fundamental: «En ciertas situaciones llega a ser un deber para el hombre excelente abandonar la vida». Parece que el general mantiene una correspondencia reservada con su esposa sobre este y otros asuntos de ética.

Empezado la lectura de la traducción del Nuevo Testamento por Hermann Menge, que me ha regalado el pastor Damrath.

Hojeado además *Essais pour une esthétique générale,* de Georges Migot, un pequeño volumen en el que me han llamado la atención algunas observaciones sobre la simetría. Es un asunto sobre el que vengo meditando con frecuencia desde hace meses. El autor atribuye a

los egipcios una inclinación por la asimetría y entre otras pruebas menciona su preferencia por las cabezas de perfil. Lo que es en las artes plásticas la simetría perfecta, la imagen reflejada en un espejo, eso es en la música la repetición. La necesidad de simetría que el hombre siente es, según el autor, un rasgo subalterno — de ahí también que haya que referirla más a la forma que al contenido, como ocurre con los *pendants* en la pintura, donde pueden ser iguales el tamaño del cuadro, el marco y, en determinadas ocasiones, también el asunto, pero no la ejecución propiamente dicha. Por lo demás las observaciones del autor son marginales y no especialmente precisas. La simetría es una materia enorme. Cuando disponga de algún ocio me gustaría atreverme a abordarla sobre todo por dos vías, a saber: el estudio de sus relaciones con el libre albedrío y el estudio de sus relaciones con lo erótico. Me lo han sugerido la contemplación de los insectos y la descripción de una mariposa hermafrodita.

París, 31 de mayo de 1944

Antes de emprender el viaje de vuelta a París me he bañado todavía en el lago y después me he dedicado a la caza sutil. Esta primavera he vuelto a sucumbir a esa pasión.

Almuerzo en casa de Madame Didier. Ha dado los últimos toques a mi busto y luego lo ha envuelto en unos paños húmedos para guardarlo en el sótano, pues parte hacia la montaña para reunirse con Hendrik de Man.

Sobre el estilo de los politécnicos: convierten el femenino *Entscheidung* [decisión] en el masculino *Entscheid* [decisión] — esto quiere decir, en primer lugar, que lo masculinizan de manera barata y, en segundo lugar, que lo llevan de la profundidad de la reflexión a la superficie de la presencia de la voluntad.

París, 1 de junio de 1944

Al mediodía en casa de Florence. Tras la comida, breve conversación con Jules Sauerwein, que ha llegado de Lisboa, sobre la posibilidad de la paz y sobre el modo de construirla.

En la cena charla con el Presidente y con un capitán, un tal Uckel, sobre Stalingrado. Parece que unidades de una compañía de los Servicios de Propaganda han estado filmando allí los hechos hasta las últimas horas. Las películas han caído en manos de los rusos y se dice que los noticiarios suecos están proyectándolas. Una parte de los

tenebrosos acontecimientos se desarrolla en la fábrica de tractores en la que el general Strecker se hizo volar por los aires junto con su Estado Mayor. Se ven los preparativos, se ve abandonar el edificio a los hombres no pertenecientes al Estado Mayor, y luego la tremenda explosión. Hay un cierto automatismo en ese afán de registrar las cosas hasta el final: en él se exterioriza una especie de «reflejo» técnico, parecido a las contracciones de las ancas de rana en el experimento de Galvani. También intervienen rasgos científicos. No se trata de monumentos que se leguen a la posteridad o a los dioses, aunque solo sea en forma de una cruz hecha con varitas de mimbre mal atadas, se trata de documentos de mortales para mortales y nada más que mortales. Es, muy espantoso y muy real, el eterno retorno en su forma más gris: el morir en el espacio helado vuelve y vuelve una vez y otra vez en una repetición monótona — resultado de un conjuro demoniaco, sin sublimación, sin brillo posterior, sin consuelo. ¿Dónde queda ahí la fama, la gloria?

El capitán opinaba que habría que haber quemado antes las películas — mas ¿para qué? Son comunicaciones transmitidas por trabajadores a trabajadores.

Luego hemos hablado sobre la fotografía en general. El Presidente ha contado a este propósito una escena de la que él mismo fue testigo ocular en el hotel Dreesen, de Godesberg. Kniébolo bajaba las escaleras y fue saludado en el vestíbulo; entre otros homenajes, una niñita le entregó un ramo de flores. Kniébolo se inclinó para recogerlo y dar unas palmaditas a la niña en la mejilla — al mismo tiempo giró un poco la cabeza y gritó con sequedad:

—¡Foto!

París, 6 de junio de 1944

Ayer velada en la residencia de Speidel en La Roche-Guyon. El viaje resultó complicado a causa de la destrucción de los puentes del Sena. Emprendimos el viaje de regreso a París hacia las doce de la noche y eso hizo que por una hora no nos encontrásemos en el Cuartel General en el momento en que llegaron a él las primeras noticias del desembarco. En París se ha conocido por la mañana; ha cogido por sorpresa a muchos y especialmente a Rommel, que ayer no se hallaba en La Roche-Guyon porque había marchado a Alemania para el cumpleaños de su esposa. Realmente, una nota falsa en la obertura de una batalla de tal envergadura. Las primeras fuerzas que saltaron en paracaídas fueron detectadas después de medianoche. En las operaciones han participado numerosas flotillas y once mil

aeroplanos.

Se trata sin duda del comienzo de la gran ofensiva, que hará que este día pase a la historia. Yo mismo he quedado sorprendido, precisamente porque se habían hecho tantos vaticinios sobre esto. ¿Por qué aquí y ahora? Son preguntas sobre las que seguirá hablándose en un futuro lejano.

Lectura: *La historia de San Luis,* de Joinville. Husser, al que hace poco fui a visitar en su nuevo piso de la Rue Saint-Placide, me dio una versión abreviada de esta obra. En muchas escenas, como la del desembarco de los cruzados en Damieta, se ve a la humanidad en el más alto esplendor que puede alcanzar. La historiografía materialista capta en las cosas únicamente lo que a ella le resulta visible. No conoce la multiplicidad, que es la que proporciona colores y dibujos al tejido. De nuestra tarea forma parte también eso: redescubrir la pluralidad de los móviles. Eso requiere una objetividad más fuerte que la positivista.

París, 7 de junio de 1944

A última hora de la tarde paseo con el Presidente. En el Boulevard de l'Amiral-Bruix estaba parada una columna de carros blindados que se dirigía al frente. Los jóvenes soldados que formaban sus dotaciones estaban sentados sobre los colosos de acero; el ambiente era como de vela de armas, esa especie de jovialidad con toques melancólicos que yo recuerdo muy bien. De aquellos jóvenes irradiaba densísima la cercanía de la muerte, la gloria de corazones prestos a morir entre llamas.

Cómo pasaban a segundo plano las máquinas, cómo se esfumaba su complejidad y se volvían a un tiempo más simples y más significativas, cual el escudo y la lanza en que se apoya el hoplita. Y cómo estaban sentados los jóvenes en sus carros, comiendo y bebiendo, deferentes los unos con los otros cual novios en la víspera de su fiesta, como en un banquete espiritual.

París, 8 de junio de 1944

Durante la comida Florence se ha levantado de la mesa para atender una llamada telefónica y al volver ha dicho:

—*La Bourse reprend. On ne joue pas la paix.*

Parece que quien tiene las antenas más sensibles es el dinero y que el juicio de los banqueros sobre la situación es más cuidadoso,

exacto y precavido que el de los generales.

Por la tarde me ha visitado el doctor Kraus, el experto en balística. Conversación sobre mi hermano Physicus y sus trabajos acerca de los quebrados y los números primos; luego sobre Cellaris, que sigue en prisión. Pero pronto sonará para él, como para muchos millares de compañeros suyos de sufrimientos, la hora de la libertad.

Luego sobre la denominada «arma nueva» y las pruebas de tiro que se han hecho con ella. Kraus ha contado que hace unos días un proyectil, tras haber descrito una curva imprevista, fue a caer en la isla danesa de Bornholm y que, además, no estalló; de modo que los ingleses hicieron fotografías de él aquella misma tarde. Pudieron estudiar así su piloto electromagnético e inmediatamente instalaron en el sur de su país un generador de energía de una potencia enorme, destinado a desviar los proyectiles.

En las habladurías que circulan acerca de esa arma cabe estudiar bien, por cierto, cómo la aniquilación es la fuerza que se encuentra en el polo opuesto al eros. En ambas fuerzas es posible advertir una cierta coincidencia, como en la electricidad positiva y la negativa. Los chismorreos que se difunden por nuestro país son así muy semejantes a los que rodean los chistes eróticos: no debe hablarse de ello, pero Kniébolo abriga a la vez la esperanza de que corran de boca en boca los rumores que él mismo alimenta cuidadosamente. Todo eso es sumamente nihilista, hedor de barraca de desolladores.

París, 11 de junio de 1944

De nuevo un paseo desde Saint-Cloud hasta Versalles por la Route de l'Impératrice. Y también otra vez el baño de sol en el pequeño claro entre los matorrales de los castaños. En cada uno de estos paseos pienso: puede ser el último.

París, 12 de junio de 1944

Visita a Husser en su piso de la Rue Saint-Placide; allí quiero depositar algunos documentos y tal vez alojarme yo mismo por algunos días. De mis puntos de apoyo en el Barrio Latino este es el izquierdo. En el centro está la Doctoresse, mientras que el derecho lo tiene a su cargo el anticuario Morin. Los amigos que uno ha adquirido son mejores que el oro.

He reducido mi equipaje a un mínimo. Kniébolo y su banda profetizan una victoria pronta, igual que la profetizaba también el príncipe de los anabaptistas. Detrás de qué personajes va corriendo el

populacho y cómo se ha vuelto omnímodo el *ochlos,* la multitud.

París, 17 de junio de 1944

Ayer y anteayer he vuelto a sentir la pesadilla, una extraña contracción del diafragma, de la que no me he liberado hasta hoy por la noche. ¿Era un peligro que me afectaba a mí personalmente o a otros? Siento que lo he apartado.

El comunicado oficial del ejército anuncia que el «arma de represalia» ha comenzado a disparar. Al mismo tiempo los Servicios de Propaganda tratan de divulgar en las fábricas francesas el rumor de que grandes sectores de Londres han quedado reducidos a escombros. Entre el populacho se difunde una especie de júbilo festivo. Las bombas volantes, que, según se dice, desprenden una luz cegadora antes de estallar, son uno de los últimos fuegos fatuos en la ciénaga de la aniquilación. Si poseyesen valor de arma, y no solo de propaganda, se las lanzaría contra la cabeza de puente del desembarco. Pero hay una cosa que aquí es completamente auténtica: la voluntad de transformar el mundo vivo en un desierto y de hacer realidad en él el triunfo de la Muerte. Quien hoy pone en duda la «represalia» y la «aniquilación» comete sacrilegio.

Por la mañana ha entrado en mi despacho el alférez Von Trott zu Solz, que manda una compañía en un regimiento de hindúes; era la primera vez que lo veía desde aquella noche fatídica en Überlingen. También en esta ocasión se me acerca antes de grandes acontecimientos. Conversación sobre la situación, en especial sobre el general Von Seydlitz, luego sobre el modo en que los prusianos han caído víctimas del Partido.

París, 22 de junio de 1944

Al mediodía en casa de Florence. Allí estaba Heller, que ha regresado de Berlín; los aviones enemigos han ametrallado con sus armas de a bordo el tren en que viajaba. Me ha contado que inmediatamente después del desembarco aliado Merline acudió a nuestra embajada a solicitar con urgencia los documentos y que ya ha huido a Alemania. Qué notable resulta lo mucho que se preocupan de su mezquina existencia unos sujetos que piden a sangre fría las cabezas de millones. Las dos cosas han de estar relacionadas.

Escuadrillas aéreas han sobrevolado la ciudad a última hora de la tarde; en el patio del hotel Majestic han llovido del cielo cascos de metralla. Reservas gigantescas de gasolina y petróleo han sido

alcanzadas en el transcurso del bombardeo; semejante al pino de que habla Plinio el Joven, la nube formada por los incendios, que ha ido ascendiendo de un estrecho tronco, ha oscurecido la bóveda celeste. Un gran bombardero se ha precipitado al suelo en las cercanías de la estación del Este.

La lengua francesa posee, para decir *Kettenglied* [miembro, eslabón de una cadena], una palabra propia: *chaînon.* Nuestra palabra *Schäkel* [grillete], que se usa en el sur de Alemania y que sin duda está anticuada, procede de la misma raíz. *Der Kettenmacher* es *le chaînetier:* nosotros tenemos *Kettler,* que se ha conservado en apellidos.

La casa de la esquina de la Rue du Regard, frente a las prisiones militares de la Rue du Cherche-Midi. Cada vez que paso junto a ella me viene a las mientes Perla, la ciudad de sueño de Kubin.

París, 24 de junio de 1944

A última hora de la tarde en la residencia de Speidel en La Roche-Guyon. A consecuencia de la destrucción de los puentes del Sena nos fue preciso dar varios rodeos para llegar hasta allí. También hubimos de apearnos en una ocasión, pues por encima de nosotros andaban revoloteando unos aviones.

Tras la cena paseo por el parque. Speidel nos ha contado detalles de su visita a Kniébolo, a quien hace unos días presentó en Soissons un informe sobre la situación. Ha dicho que Kniébolo está envejecido, que tiene el cuerpo vencido hacia adelante, que en la conversación salta distraídamente de un asunto a otro. En el desayuno devoró una enorme cantidad de arroz, bebió de tres copas de licor medicinas de diferentes colores, tragó píldoras. Tenía entre los dedos una serie de lápices de colores y de vez en cuando trazaba con ellos una raya en el mapa. Kniébolo expresó su estupefacción por el hecho de que los ingleses y norteamericanos hayan tenido posibilidad de desembarcar, pero no entró en detalles tales como la superioridad aérea del adversario. No tiene sino ideas vagas acerca del curso futuro de los acontecimientos y parece esperar o tal vez también creer que se repita aquí la combinación favorable que ya en varias ocasiones lo ha sacado de situaciones desesperadas. A ese respecto ha citado por dos veces la Guerra de los Siete Años. También cree que sus adversarios están enemistándose y que se encuentran en vísperas de revoluciones. Anuncia nuevas armas para el otoño, sobre todo cañones capaces de perforar los blindajes, y cae en una *rage du nombre* cuando habla del

«rendimiento» de las industrias. Se ha referido también a los *Höllenhunde* [perros infernales], las bombas volantes; una de ellas, tras haber seguido una trayectoria especialmente bromista, ha ido a caer cerca del Gran Cuartel General mientras Kniébolo se encontraba en él y ha hecho que se apresurase a partir.

He hablado con el almirante Ruge de las circunstancias en que se produjo el desembarco. Parece ser cierto que en la noche decisiva no había salido de puerto ni un solo patrullero alemán «porque el mar estaba demasiado agitado». Los ingleses desembarcaron con bajamar, durante la cual quedan visibles en la playa los obstáculos submarinos. Estaba previsto instalar obstáculos para la marea baja, pero aún no se los había colocado.

El coronel Von Tempelhof ha contado la muerte del general Marcks. Su hermano, un teniente coronel, se ha interesado por la hora en que murió, pues en su casa el día del fallecimiento su retrato se desprendió de la pared a las once. El general fue efectivamente alcanzado por un proyectil a las once menos cuarto y murió cuando sonaban las once.

En el viaje de regreso nuestro chófer perdió el control del coche, se salió de la carretera y fue a caer a gran velocidad en un zarzal; fuimos acogidos muy suavemente por sus ramas, que eran como redes elásticas.

Lectura: *Après coup,* de Hendrik de Man. En estas memorias, ya al comienzo, esta hermosa regla: «Es preciso apuntar siempre un poco más arriba del blanco». También he encontrado la descripción de nuestro encuentro en casa de los Didier.

París, 27 de junio de 1944

Combates en las calles de Cherburgo. Perpetua me escribe que en la mañana del 15 de junio cayeron bombas muy cerca de nuestra casa; una de ellas fue a parar al pequeño estanque próximo a Lohne donde solemos bañarnos e hizo saltar por los aires centenares de carpas y barbos.

París, 1 de julio de 1944

Estoy revisando una vez más el *Llamamiento,* de acuerdo con mi norma de que nunca se recopiará bastante un trabajo.

En el sueño una aparición nueva, amable, prometedora: el

diácono. Uno tiene enseguida en estos encuentros la impresión de que forman parte de nuestro entorno habitual y que regresarán, como el personal fijo de una tertulia.

Después, hace algunos días, en unos grandes pozos que se perdían con curvas serpenteantes en las profundidades de la Tierra, tras una barrera de alambre de espino que yo tenía que atravesar, el Guardabosque Mayor — con una cazadora ligera, aparición de un poder nada común concentrado en sí. El estaba de pie en un descansillo de la escalera, «entrando», y, aunque yo portaba conmigo un arma, enseguida me daba cuenta de que allí era inútil el empleo de tales juguetes. La irradiación del Guardabosque Mayor paralizaba mi mano.

Sobre el estilo. Podemos marcar con nitidez los tiempos verbales, pero también podemos difuminarlos; por ejemplo, mediante auxiliares — en vez de decir *Ich werde das tun* [haré eso] puede decirse *Dann tue ich das* [luego hago eso] o *Morgen tue ich es* [mañana hago eso].

De ese modo se produce una pequeña renuncia a la lógica, pero también a la pedantería. Menge, cuya versión de la Biblia estoy leyendo ahora, en vez de traducir: *Klopfet an, so wird euch aufgetan* [llamad y se os abrirá], traduce: *Klopfet an, so wird euch aufgetan werden* [llamad y os será abierto] — pura pedantería.

Lectura en estos días: *Minerve sous les armes,* del general J. Perré. Un ensayo sobre la inteligencia y la conducción de la guerra, cuyo manuscrito he leído en mi condición de censor. He encontrado en él esta frase del mariscal Joffre sobre el arte del mando supremo:

Ne rien faire; tout faire faire; ne rien laisser faire.

Muy acertado; es preciso que en el general en jefe haya algo divino, divinidad cesárea. Más importantes que sus órdenes son sus emanaciones.

Luego hojeado una *Guide officiel des voyages aériens* de 1930; en cada página aparece una cita sobre los viajes por aire. Pululan los lugares comunes:

L'aviation constituera un des facteurs les plus importants de la civilisation (Louis Bréguet).

II n'y a plus de Pyrénées… surtout en avion (Alberto I de Bélgica).

L'air deviendra le véritable élément d'union entre les hommes de tous les pays (general De Goys).

L'aviateur conquérant du ciel est l'incarnation véritable du surhomme (Adolphe Brisson).

Y así página tras página. El viejo Leonardo vio estas cosas con una claridad mucho mayor.

París, 3 de julio de 1944

Por la mañana ha venido a verme al hotel Majestic el coronel Schaer. En el tiempo transcurrido desde que marchó de aquí ha estado al mando de un regimiento en el frente del Este, donde fue condenado a once meses de cárcel porque, en el acaloramiento de un combate, no fue capaz de callarse lo que pensaba. En general están aumentando los arrestos y los fusilamientos de oficiales.

Schaer me ha enseñado la fotografía de una barraca de

desolladores cercana a Nikópol, una imagen espantosa, que uno de sus hombres consiguió fotografiar durante la retirada — sacó la foto en secreto, pues son lugares tabú de una especie atroz. Su visión me ha movido a hacer una corrección en mi escrito sobre la paz.

París, 6 de julio de 1944

En casa de Florence. Allí he encontrado a Léautaud, que me ha recomendado la lectura de Jules Vallès. Con mucha delicadeza me ha ofrecido su ayuda, si se diera el caso de que los alemanes nos encontrásemos con dificultades aquí en la ciudad.

Dos son los caminos que hay para superar las divisiones nacionales: el de la razón y el de la religión. Léautaud ha llegado a la meta por el primero. En él puede verse que, cuanto más se esfuma de la consciencia de un ser humano lo nacional, tanto más fuerte es la vitalidad que lo nacional adquiere en su esencia.

París, 13 de julio de 1944

Los rusos están acercándose a Prusia oriental, los norteamericanos, a Florencia, mientras en la cabeza de puente continúa furiosamente la batalla, con pérdidas ingentes. Al ser incapaz de tener pensamientos nuevos, el mando intenta reanimar en el pueblo las esperanzas en el arma nueva, desconocida. Resulta notable la completa falta de juicio con que la masa se deja engañar acerca de su situación y cae en una especie de euforia.

París, 14 de julio de 1944

En compañía de Baumgart y de la señorita Lampe he visitado al señor Groult en su casa de la Avenue Foch. Una vez pasado el patio, la casa hace pensar en el castillo encantado de Aladino o en la cueva del tesoro de Alí Babá. Jardines con surtidores y estanques en los que dan vueltas cisnes y patos mandarines, pérgolas con estatuas y espejos, galerías pompeyanas, terrazas con papagayos y tórtolas de Indias — todas esas cosas están protegidas de las miradas por unas altas rejas en las que se entretejen la yedra y la vid silvestre.

Las colecciones, en cuya adquisición Groult padre fue asesorado por los Goncourt, sobrepujan incluso aquellas enumeraciones increíbles en que se complacía Balzac. Hay en ellas bastante más de cien cuadros y dibujos de Fragonard, y de Turner hay más obras que las que pueden encontrarse en las islas Británicas. Una obra maestra sucede a la otra en unas galerías inmensas. Y eso que ya se ha distribuido por castillos lejanos más de un millar de las mejores

piezas. Estas colecciones son poco conocidas; nunca se ha publicado un catálogo de ellas. Y los únicos a quienes se permite la entrada en este sitio son los amigos o personas recomendadas por los amigos.

Con el propietario de estos tesoros inauditos hemos hablado primero sobre la seguridad y luego sobre el valor. Considera que lo mejor es dejarlos aquí en París — los transportes los dañan, también pueden ser ametrallados por los aviones, y, además, la suerte de todos los demás lugares de Francia es casi más incierta que la de esta ciudad, que esperemos sea protegida por su nimbo, como lo ha sido Roma. En las incursiones aéreas los techos de cristal de la casa son rotos a veces por los cascos de metralla que caen. Si eso sucede con tiempo lluvioso, el agua penetra en las habitaciones y origina daños. Hemos visto un pastel de Watteau cuyo *velours* estaba estropeado y corroído por pequeñas manchas verdes, como si sobre él hubiese florecido moho. Era notable el modo como la destrucción había trabajado aquel cuadro — no de manera puramente mecánica, sino fisonómica, tal como lo hace una enfermedad en un ser vivo. El retrato de Dorian Gray se modificó de acuerdo con leyes semejantes.

También resulta desagradable, dijo, la escasez de carbón. El mantenimiento de la casa requiere más de veinte personas de servicio.

Con respecto al valor el señor Groult ha afirmado que este no existe para él; como no piensa vender jamás ninguno de sus cuadros, tal cuestión carece de significado. Qué opresiva se ha vuelto la propiedad, sobre todo en este mundo de fuego. Llevar hoy tales cargas sobre los hombros es algo que requiere la audacia de un nadador lastrado de oro, como hicieron los soldados de Cortés en la Noche Triste.

Lectura: *Méditations d'un solitaire,* de Léon Bloy. El libro fue escrito en 1916, en circunstancias parecidas a las de hoy, y refleja todas las virtudes y todos los vicios de este autor — también su espantoso vigor en el odio, en el que puede competir con Kniébolo. Y, a pesar de todo, encuentro no solo tranquilizadora, sino también explícitamente reconfortante esta lectura. Contiene un auténtico *arcanum* contra el tiempo y sus debilitamientos. Elevarse a esas alturas desde las cloacas es un espectáculo raro, que nos ofrece este cristiano. Los pináculos de su torre álzanse hasta un aire sublime. Con ello ha de estar relacionada también la añoranza de la muerte, a la que da a menudo una expresión vigorosa: nostalgia de extraer la piedra filosofal de espumas viles y heces oscuras: nostalgia de la gran destilación.

París, 16 de julio de 1944

Por la tarde en La Roche-Guyon con Speidel, que nos agasajó en su pequeño cuarto de trabajo situado en la parte más antigua del castillo, bajo las almenas normandas. Se veía forzado a hacer frecuentes llamadas telefónicas, pues Kniébolo, que teme un segundo desembarco aliado, quiere disponer de dos cuerpos blindados a su antojo y de manera diferente a como lo exige la situación. Conversaciones — también sobre el tiempo que todavía precisarán los alemanes para quitarse de encima a esa figura de pim pam pum. Ahora es el destino el que le marca el compás. Me acordé a este respecto de las palabras de mi padre: «Antes de que cambien las cosas habrá de sobrevenir una gran desgracia». El general, por el contrario, parecía de buen humor, pues declaró que mi escrito sobre la paz «aparecerá pronto».

Luego fui, con Podewils y Horst, a Giverny. Allí visitamos a la nuera de Monet, que nos dio la llave del jardín del pintor. A orillas del estanque de los nenúfares, con sus sauces llorones, sus álamos negros, sus setos de bambú y sus semiderruidos puentes de madera — hay en aquel lugar un aire de magia. En todo paisaje de praderas húmedas se encuentran esos estanques poco profundos, rodeados de juncos y azucenas y llenos de lentejas de agua, pero no he visto ninguno que esté tan lleno de savia, de sentido, de color como este. Un fragmento de Naturaleza como otros miles, pero sublimado por la fuerza del espíritu y de la creación. También habita ciencia del siglo XIX en esta isla, de la cual extrajo el artista, como de una retorta, mediante fuego solar y frescor acuático, unos colores inauditos. Cual si fuera un ojo, un pequeño charco captura mundos de luz.

En el gran estudio, ante el ciclo de los nenúfares; Monet comenzó a trabajar en él cuando contaba setenta y cinco años. Aquí cabe observar el ritmo creativo de cristalización y disolución, con poderosos acercamientos a la nada azul, a la viscosidad azur de Rimbaud. En una de las grandes telas, al margen de la trama de la luz pura, un ramillete de nenúfares azules, como un nudo de rayos luminosos materiales. En otro cuadro aparece únicamente el cielo con sus nubes, que se reflejan en el agua de tal manera que producen vértigo. Los ojos vislumbran la osadía y también la grandiosa conquista óptica de aquella disolución sublime, así como sus tormentos en medio de raudales de luz. La última de las pinturas está rasgada a cuchillazos.

París, 21 de julio de 1944

Ayer se dio a conocer el atentado. Me enteré de los detalles por el Presidente cuando regresé de Saint-Cloud al atardecer. La situación, ya sumamente peligrosa, adquiere así un agravamiento especial. Parece que el autor del atentado es un tal Stauffenberg, un conde. Ese nombre se lo había oído ya a Hofacker. Ello confirmaría mi opinión de que en tales inflexiones de los tiempos entra en combate la aristocracia más antigua. Ese acto inaugurará, según todas las previsiones, un tiempo de matanzas horribles. También resultará cada vez más difícil conservar la máscara — hoy por la mañana, por ejemplo, he tenido una discusión con un camarada que ha calificado de «cerdada inaudita» lo ocurrido. Con todo, hace tiempo que estoy convencido de que los atentados modifican poco las cosas y, sobre todo, no aportan ninguna mejora. Hice ya alusión a ello en *Sobre los acantilados de mármol* al describir al príncipe Sunmyra.

Por la tarde se ha difundido, en un círculo reducidísimo, la noticia de que el comandante en jefe ha sido relevado de su cargo y se le ha ordenado presentarse en Berlín. Cuando llegó de la Bendlerstrasse la noticia del atentado Stülpnagel ordenó arrestar a todos los hombres de las SS y del Servicio de Seguridad y luego hizo que los dejasen en libertad, una vez que conferenció con Kluge en La Roche-Guyon y no pudo quedar duda de que el atentado había fracasado.

El Presidente ha dicho, cuando a puerta cerrada y sumamente excitados discutíamos la situación:

—¡Haber tenido la serpiente gigante en el saco y haberla dejado escapar!

Es asombroso el carácter seco, mercantil, que ha tenido ese acto — la base del arresto fue una simple llamada telefónica hecha al comandante del Gran París. Sin duda había en ello también la solicitud de no poner en peligro más cabezas que las estrictamente necesarias. Pero esos puntos de vista están fuera de lugar frente a tales poderes. A ello se ha agregado el que fuera jefe del Estado Mayor un hombre como el coronel Von Linstow, completamente incapaz y enfermo del estómago, y al que se le había puesto al corriente poco antes, ya que resultaba imprescindible por razones técnicas; ahora se lo ve deambular por el hotel Raphaël como un fantasma momentos antes de disolverse. Si hubiese sido todavía jefe del Estado Mayor mi antiguo alférez Kossmann; al menos él habría hecho lo que se aguarda de un oficial de Estado Mayor, a saber: aclarar la fiabilidad de las noticias. A lo anterior se agrega el accidente sufrido por Rommel el día 17 de julio; con él se hundió el único pilar en que podía apoyarse

con sentido una empresa semejante.

Frente a eso, la terrible actividad de la *Volkspartei,* el Partido del Pueblo, que apenas se ha tambaleado por el golpe. Sí, todo ha sido muy instructivo: no se cura el cuerpo en las crisis, y no se lo cura sino curándolo en su totalidad, no en uno de sus órganos. Aunque la operación hubiera tenido éxito, hoy tendríamos no un forúnculo, sino una docena, con tribunales de sangre en cada aldea, en cada calle, en cada casa. Estamos atravesando una prueba que está justificada y es necesaria; y no puede hacerse que estas ruedas giren hacia atrás.

París, 22 de julio de 1944

Llamada telefónica del general Loehning desde Hannover; me ha dicho que todo marcha bien en Kirchhorst. Me he quedado asombrado de sus bromas, pues no cabe duda de que todas las conversaciones están vigiladas. Inmediatamente después me he enterado por Neuhaus de la espantosa noticia de que Heinrich von Stülpnagel se disparó ayer un tiro con su pistola, mientras viajaba hacia Berlín, pero que no murió y ha perdido la vista. Eso hubo de ocurrir a la misma hora en que me había citado para comer juntos y mantener una conversación filosófica. Me conmovió el hecho de que, en medio de toda esta confusión, se preocupase de cancelar la comida; es un rasgo que caracteriza su modo de ser.

Qué víctimas vuelven a caer aquí, y precisamente en los pequeños círculos de los últimos hombres caballerescos, de los espíritus libres, de los que sienten y piensan allende las pasiones sórdidas. Y, sin embargo, estas víctimas son importantes porque crean espacio interior y evitan que la nación como conjunto, como bloque, caiga en las espantosas simas del destino.

París, 23 de julio de 1944

La primera pregunta del general cuando se despertó ciego parece que estuvo dirigida a informarse del funcionamiento del hospital militar; quería saber si el médico jefe estaba contento. Sus enfermeros, que son al mismo tiempo sus guardianes, lo han incomunicado; es un preso.

He pensado en la conversación junto a la chimenea que sostuvimos en Vaux sobre el estoicismo, en la que comentamos que la puerta de la muerte está siempre abierta para los seres humanos y que con ese trasfondo resulta posible actuar con decisión. Son enseñanzas terribles.

París, 24 de julio de 1944

Por la tarde en el despacho del general Von Niedermayer, que se parece vagamente al viejo orientalista Hammer-Purgstall — me refiero al modo en que puede impregnar a una persona lo oriental, lo asiático, y colorear sus ideas, sus actos e incluso su aspecto externo.

Se introduce en el ejército el denominado «saludo alemán», como signo de que ha perdido el envite. Es una de las formas modernas de pasar varias veces al día *sub jugo.* También puede concebírselo como un progreso en el automatismo.

Los norteamericanos están en Pisa; los rusos, en Lemberg y Lublin.

En la mesa conversación sobre Laval y sus supersticiones, con las cuales está relacionada también, según parece, la corbata blanca que lleva. Asimismo porta siempre consigo una moneda de cobre de dos céntimos y se mantiene lejos de cualquier negociación cuando la ha olvidado. Está convencido de su suerte, de su buena estrella, y considera como un *omen,* como un presagio especialmente favorable, el hecho de que, al nacer, la placenta estuviera como una cofia sobre su cabeza, cosa que también las creencias populares tienen por un presagio significativo. Bien, ya se verá.

París, 26 de julio de 1944

Velada en casa de Vogel. Hemos hablado del atentado y de sus circunstancias, de las que Vogel está informado. El efecto de tales acciones se sustrae al cálculo; casi siempre se desencadenan fuerzas enteramente diferentes de aquellas que el autor sospechaba. También influyen menos en la dirección que en el ritmo de los acontecimientos históricos: el decurso de estos es o bien acelerado o bien frenado. Lo primero ocurrió en el atentado contra Lenin, mientras que el atentado de Fieschi contra Louis-Philippe retardó el progreso de las potencias democráticas. En general cabe observar que el atentado, si bien no favorece a la causa de la víctima, en todo caso desarrolla esa causa en sus consecuencias y la impulsa con energía hacia adelante.

París, 30 de julio de 1944

Un extraño mecanismo de la historia hace que las tachas de los alemanes se hagan visibles en igual grado en que la rueda del destino gira hacia abajo para ellos. Ahora los alemanes están aprendiendo a conocer la experiencia de los judíos: ser un objeto de escándalo.

Valeriu Marcu solía decir, cuando la conversación recaía sobre ese asunto, que el vencido lleva la peste en el cuerpo.

En el hotel Raphaël está expandiéndose una atmósfera de pánico. Llegan unos tipos que ya no son jefes en el antiguo sentido, sino comisarios, y que destruyen a fondo los últimos vínculos, conservados intactos desde los tiempos de Federico Guillermo I.

Postrer almuerzo en casa de la Doctoresse. Regreso por la Rue de Varennes, donde, como siempre, me han deleitado los altos portales característicos de los viejos palacios del Faubourg Saint-Germain. Servían de paso a los carros cargados hasta arriba que llevaban el heno a las caballerizas.

Un aguacero me ha dado ocasión de entrar brevemente en el Musée Rodin, que, por lo demás, no me atrae. Olas de mar y de amor; los arqueólogos de épocas futuras encontrarán tal vez esas estatuas justo debajo de un estrato formado por tanques y bombas volantes. Se preguntarán cómo es posible que semejantes objetos estén tan próximos y urdirán hipótesis ingeniosas.

París, 31 de julio de 1944

Max Valentiner ha llegado de Lyon. Parece que en el sur está extendiéndose una pura atmósfera de lémures — ha hablado, por ejemplo, de una mujer que llevaba cuatro meses encerrada en la cárcel. Dos esbirros del Servicio de Seguridad estaban charlando sobre qué cabía hacer con ella, toda vez que no había participado en el asunto por el que se la había detenido.

—Fusilemos también a esa mujer, así nos la quitamos de encima.

París, 1 de agosto de 1944

Velada en casa del doctor Epting; allí me he enterado de que Médan ha sido asesinado en Aix. También él ha sido víctima, pues, de ese odio que va creciendo día a día. Su único crimen consistió en tener por posible la amistad entre nuestros dos pueblos. Con esos sentimientos me abrazó ya en 1930, cuando lo vi en Aix por primera y última vez en mi vida. Ambos mandamos tropas de choque en la Primera Guerra Mundial.

Tengo ante mí su última carta; es del 15 de julio y en ella escribe: «Si debo morir, mejor en mi casa, o al menos en mi ciudad, que no en un lugar cualquiera al borde del camino, en una zanja llena de fango. Es más digno de mí y también menos complicado».

Y añade: *Je tiens à vous dire que c'est l'amitié admirative que vous m'avez inspirée qui m'a rapproché de mes anciens adversaires de 1914/1918.*

Ahora veo que eran a sabiendas palabras de despedida — no menos que su plegaria, de la que me ha informado Valentiner: quiera Dios evitar que se manche con mi sangre un joven francés. En estas semanas he llegado a conocer la amargura de ver infamados a los mejores. En la Primera Guerra Mundial mis amigos caían bajo las balas — en esta segunda eso es el privilegio de los afortunados. Los demás se pudren en las cárceles, se ven obligados a atentar contra sí mismos o mueren a manos de verdugos. Se les niega la bala.

París, 5 de agosto de 1944

Los norteamericanos se encuentran en las cercanías de Rennes, de Mayenne, de Laval, y están incomunicando la Bretaña. Visitas de despedida; a última hora de la tarde, por ejemplo, en casa de Salmanoff. También mi peluquero, que viene cortándome el cabello desde hace años, parecía tener el sentimiento de que hoy prestaba sus servicios por última vez. Sus palabras de despedida han correspondido al espíritu de su profesión y a su simpatía por mí:

—*J'espère que les choses s'arrangeront.*[12]

París, 8 de agosto de 1944

Una vez más en la terraza del Sacré-Coeur, para echar una mirada de despedida a esta gran urbe. He visto temblar las piedras bajo un sol ardiente, cual si estuvieran aguardando nuevos abrazos históricos. Las ciudades son mujeres y se muestran gentiles únicamente con los vencedores.

París, 10 de agosto de 1944

Al mediodía en casa de Florence; tal vez sea este el último jueves.

Regresado por la calurosa Rue Copernic. Allí he adquirido una pequeña libreta de notas, de esas con las que sustituyo el diario en tiempos agitados. Al salir de la tienda me he topado con Marcel Arland, del que no había llegado a formarme una idea hasta estas últimas semanas, tras leer su novela. En él aprecio su intrepidez, que, ciertamente, roza la *hybris*. Hemos intercambiado un apretón de manos.

J'aime les raisins glacés

Parce qu'ils n'ont pas de goût.

J'aime les camélias

Parce qu'ils n'ont pas d'odeur.

Et j'aime les hommes riches

Parce qu'ils n'ont pas de coeur.

Estos versos me han sugerido el pensamiento de incluir en mi trabajo sobre el nihilismo, como uno de sus estadios preparatorios, el dandismo.

París, 13 de agosto de 1944

Por la tarde visitas de despedida, últimos encuentros. Paseo con Charmille por las orillas del Sena. Cada una de las grandes cesuras se hace realidad en innumerables separaciones personales.

En camino, 14 de agosto de 1944

Partida súbita a la caída de la noche. He puesto orden en mi habitación, he dejado un ramo de flores sobre la mesa y he repartido propinas. Por desgracia he olvidado en un cajón de un armario ciertas cartas que son irreemplazables.

Saint-Dié, 15 de agosto de 1944

Cruzado Sézannes, Saint-Dizier, Toul y Nancy, hasta llegar a Saint-Dié, en la Lorena. Las carreteras centelleaban a la luz del estío; desde arriba las vigilaban cazabombarderos. Hemos pasado junto a numerosos vehículos en llamas. Otros habían quedado ya reducidos a polvo blanco.

Saint-Dié, 17 de agosto de 1944

En un cuartel que hasta hace pocos días aún se llamaba «Cuartel Witzleben»; ahora se le ha quitado ese nombre. Por la noche sueños muy animados, extraordinariamente nítidos, de tal manera que no solo las formas, sino también los colores adquirían densidad, como vistos con unos prismáticos invertidos. Me hallaba de pie en una escalera de mármol por cuyos peldaños subían silbando serpientes.

Cenado con Klaebisch en el hotel Moderne. Ha traído consigo a un camarada suyo, que ha contado cosas del progreso de la evacuación de París. No se ha ejecutado la tajante orden de Kniébolo de volar los puentes del Sena y dejar devastaciones a nuestras espaldas. Parece que entre los espíritus llenos de coraje que se han opuesto a esa profanación se encontraba en primer lugar, junto a Choltitz, mi amigo Speidel.

Saint-Dié, 18 de agosto de 1944

Ayer, a última hora de la tarde, llegada del Presidente; con él venían Neuhaus y Humm. El Presidente había echado todavía un vistazo a mi habitación; la encontró en orden y arreglada. El adiós del personal del hotel Raphaël ha sido cordial e incluso emocionado.

Por la tarde baño en el río Meurthe; las aguas son poco profundas, pero las matas de plantas acuáticas de color verde claro rizan las límpidas ondas. Desde allí se divisan las cimas redondas de las estribaciones de los Vosgos.

Lectura: *Louis XVI,* de Maurice de la Fuye. Nuestro tiempo y los sucesos que en él están ocurriendo hacen que este rey gane en igual proporción en que pierde Napoleón. Tales mutaciones indican el grado en que las consideraciones históricas dependen del propio curso de la historia. Parece que con el gran reloj del destino están conectados también, como en un reino de sombras, todos los relojes parados por habérseles acabado la cuerda.

La destrucción del mundo antiguo, que comenzó a hacerse visible con la Revolución francesa y propiamente ya con el Renacimiento, se asemeja a la necrosis de los lazos orgánicos, de los nervios y arterias. Cuando el proceso ha llegado a su fin salen a escena los hombres de la violencia; introducen en el cadáver hilos y alambres artificiales y lo agitan, promoviendo así un juego político más violento, pero a la vez más grotesco. Ellos mismos tienen también ese carácter de títeres, ese rasgo chillón, charlatán y a menudo horripilante. Los Estados nuevos poseen una tendencia consuntiva. Únicamente pueden prosperar en aquellos sitios donde todavía queda herencia. Cuando esta se ha gastado hácese insoportable el hambre: devoran a sus propios hijos, como Saturno. De ahí que sea puro instinto de conservación el meditar sobre unos órdenes diferentes de los de 1789.

Saint-Dié, 20 de agosto de 1944

Paseo con el Presidente por el camposanto, que es grande y está situado en un alto. He anotado algunas inscripciones para mi diario, como hago siempre en semejantes ocasiones. Entre otras inscripciones, la siguiente, que he leído en una pequeña placa ovalada de bronce:

Ici repose Paul Rotsart, Bon de Mertaing. Né à Bruges (Belgique). Mort loin de sa famille pour ses idées trop libérales.

1835-1885

A veces tengo la sensación de que reflexionando sobre tales escasos datos alcanzo una comprensión más profunda del destino de un desconocido que leyendo una biografía suya. Los detalles estropean las cosas.

Saint-Dié, 21 de agosto de 1944

Continuado la lectura de *Louis XVI.* Algunos pasajes, como el de la huida a Varennes, me conmueven tanto que intercalo en la lectura capítulos de la *Géographie linguistique,* de Dauzat.

De la Fuye advierte que la huida a Varennes se señala por una gran riqueza de relaciones simbólicas y ofrece ejemplos de ello. Nada asombroso hay en tal cosa, pues cuanto más significativo es un acontecimiento tanto más llenos de significado están sus pormenores. En las horas universales se hace patente el centro de las conexiones simbólicas. Así, el Gólgota es la colina mundial, la Cruz es el destino del hombre, Cristo es el hombre.

Baño en el río Meurthe; la atmósfera estaba cargada de electricidad. Allí he participado en la caza a la que se dedicaban unos muchachos; metidos en la corriente, daban la vuelta a las piedras y pinchaban con tenedores los pequeños peces que se habían escondido bajo ellas. Los animalitos, de un dedo de largo, eran como de mármol, o, mejor, como de granito; los muchachos los ensartaban en grandes cantidades en un alambre *pour faire de la friture.* Lo que en aquello resultaba delicioso era la «pequeña economía», que tanto gustaba a Goethe, por contraposición a la economía oficial.

A última hora de la tarde he seguido leyendo la *Géographie linguistique,* de la que he sacado algunas notas para mi trabajo sobre el lenguaje y la anatomía del cuerpo. Tras esta orgía de fuego me preocupa el problema de la bibliografía. Solo ahora se sabrá apreciar bien el hecho de que hayan sido respetados países como Suiza. Por cierto que veo en el apoyo de Suiza a la recuperación del nivel espiritual y cultural la compensación por las enormes ventajas de la neutralidad. En sí esta ya no existe, pues ya no se trata del *balance of power,* sino del destino del mundo. En esa medida hay en la posibilidad de conservar todavía la neutralidad una suerte especial, y no solo para los neutrales, sino a la vez para todos los demás. Pervive ahí algo de la riqueza de los tiempos antiguos.

Saint-Dié, 22 de agosto de 1944

Llegan más personas, entre otras Lämpchen, con la que he ido a dar un paseo por las orillas del Meurthe, y Toepfer, que todavía anteayer a última hora de la tarde se encontraba en París. Las tropas habían formado ya «erizos», por ejemplo alrededor del hotel Majestic y del Ministerio de Marina. Se oían disparos de fusil en la Cité, en la Place de la Concorde y en los barrios extremos. En muchas calles ondeaban ya banderas tricolores en las ventanas de las viviendas.

Saint-Dié, 23 de agosto de 1944

Entrada de los norteamericanos en París. Por la tarde, una vez

más, en las orillas del Meurthe. Las cimas y los oscuros peñascos de los Vosgos causan un efecto tranquilizador, transmiten una clara sensación de estabilidad terrenal.

Mientras tomaba un baño de sol, reflexionado sobre las combinaciones *cl, kl* y también *schl,* tal vez los labios imitaron con ellas el ruido del cerrar. Así *clef, clavis,* κλεῖς [llave], *Klappe* [tapadera], *clapier* [madriguera], *claustrum, clandestin, Schlinge* [lazo], *Schluss* [cierre]. Hay aquí conexiones que están por encima del tiempo; la etimología moderna con sus derivaciones se aferra al mismo empirismo que el darwinismo en la zoología.

Paseo en la oscuridad por jardines prohibidos.

Saint-Dié, 24 de agosto de 1944

Por la tarde ha venido Toepfer y se ha llevado consigo una copia del *Llamamiento* para entregársela en Hamburgo a Ziegler. Además de esa copia yo llevo otra conmigo en mi cartera de mano. La tercera se ha quedado en París, mientras que la cuarta está escondida en Kirchhorst, en el doble fondo de una caja de insectos.

A última hora de la tarde en el pabellón de caza con el Presidente y con Lämpchen, que nos ha llevado allí en coche.

Lo múltiple y sus sistemas — por ejemplo, el sistema de los insectos, al que yo he podido echar una ojeada. El atractivo está en la óptica, que atravesando las cien mil facetas de la *Natura naturata* se sumerge en el abismo de la *Natura naturans.* Los rayos son los del prisma invertido — primero refulgen con colores de arco iris y luego ciegan. En la zona de colores predomina la sorpresa; en la blanca, en cambio, el susto alegre y presagioso. El espíritu se sumerge en las criptas del tesoro, donde reposa el gran *sigillum,* la matriz de toda impronta.

Y luego, los talleres. Cuando desde los acantilados hundo la mirada en los jardines de coral, en las actividades de los seres multicolores que están en el fondo de la Vida — qué superiores son tales estampas a toda la aniquilación de los individuos, a todas las hostilidades avarientas. Obtengo entonces unas vistas magníficas y de mí se apodera un sentimiento de gratitud al pensar que tal vez me estén reservados todavía no pocos años para mirar.

Saint-Dié, 28 de agosto de 1944

La vida se asemeja a una caña de bambú, la cual va formando nudos de manera rítmica y con ello refuerza su solidez. Siempre vuelve a haber así tiempos en los que se concentra en plenitud de sentido el progreso puramente cronológico, el ir haciéndonos mayores. Son cumpleaños en un sentido superior, maduraciones frente al mero envejecimiento. Al morir vuelve a anudarse el sentido de la vida, antes de la fructificación que es la eternidad.

Saint-Dié, 29 de agosto de 1944

Un grupo de soldados se aloja en una granja. Si hay hurtos de gallinas, o incautaciones de paja sin entrega de recibo, o se cometen otros abusos, siempre habrá entre ellos uno u otro que advertirá que aquello es ilegítimo y tratará de impedirlo. Tal vez sea un hijo de campesinos, que tiene ante los ojos la granja de su padre. En marcos más elevados, en la proximidad del comandante en jefe, yo he visto que, cuando llegaba la orden de tomar rehenes, había miembros del Estado Mayor a los que aquello impresionaba profundamente y sufrían como por una acción que conturbase su conciencia moral. El hombre primitivo, por el contrario, se atiene a esta máxima: «Lo que hace mi grupo, bien hecho está». Y por desgracia parece que ese primitivismo está aumentando sin cesar y con él aumenta el carácter zoológico de la política.

¿Qué puede recomendarse al hombre, y sobre todo al hombre sencillo, para sustraerlo a esa uniformación, a la que también coopera sin cesar la técnica? Solo la oración. En ella está dado, también para el más humilde, el punto en el que entra en relación no con partes del engranaje, sino con la totalidad. De ese punto fluye una ganancia inaudita, también soberanía. Esto rige asimismo fuera de toda teología. En situaciones frente a las que los más inteligentes fallan y los más valerosos piensan en buscar una escapatoria, a veces se ve a uno aconsejar con calma lo justo, hacer el bien. Podemos estar seguros de que es un hombre que reza.

Saint-Dié, 30 de agosto de 1944

Por la tarde con el Presidente en La Roche Saint-Martin, una de las cimas próximas, que tiene un acantilado de arenisca roja. Desde lo alto hemos echado una mirada en redondo sobre las verdes praderas y sobre los oscuros picos del mundo de los Vosgos.

Saint-Dié, 1 de septiembre de 1944

A última hora de la tarde lectura del libro de Filón sobre la

emperatriz Eugenia. Mientras leía se escuchaban disparos de fusil en el cercano Kempberg, que se ha convertido ya en un maquis. He fortificado un poco la casita que habito con el sargento Schröter; lo he hecho como si estuviera recordando un viejo oficio semiolvidado.

En el sueño atravesaba una ciudad magnífica; era superior en elegancia a todas las conocidas por mí, ya que a las formas europeas se juntaban formas de la antigua China. Veía la calle de las tumbas, el mercado, los rascacielos de granito rojo.

Como suelo hacer a menudo en tales excursiones, también esta vez metía algunos escarabajos en el frasco de éter. Al vaciarlo para contemplar el botín llamábanme la atención dos o tres animalitos que no recordaba haber cogido, entre ellos una *Anoxia* de color rojo coral que era casi transparente. Al despertar me he acordado, sin embargo, de que la había metido en el frasco durante otro sueño tenido hace algunas noches, y me he quedado asombrado; es como si fuera un rasgo que penetrase en ese mundo de una manera notablemente concreta.

Pasado mañana partiré para Hannover; el Estado Mayor del comandante en jefe se disuelve.

Saint-Dié, 2 de septiembre de 1944

Regresa de una reunión celebrada en el Gran Cuartel General el capitán de caballería Adler. También Himmler ha pronunciado allí una conferencia. Es preciso ser duros, ha dicho — contó que hace poco desertó un suboficial, pero fue detenido y devuelto a su batallón, que en esos momentos estaba haciendo la instrucción en el patio del cuartel. Inmediatamente se lo condenó; le hicieron cavar su tumba, lo fusilaron, echaron tierra encima y la aplanaron pisoteando sobre ella. Luego prosiguieron los ejercicios como si nada hubiera ocurrido.

Es una de las atrocidades más espantosas que he oído de ese mundo de desolladores.

Colmar, 3 de septiembre de 1944

A última hora de la tarde en Colmar, por encima de cuyas casas brillaba un espléndido arco iris. Por la noche he dormido en el consultorio de un médico, sobre la camilla recubierta de hule negro en la que se reconoce a los pacientes. Al abrir la ventana había otra vez un arco iris en la atmósfera cargada de electricidad; establecía una unión mágica entre los Vosgos y la Selva Negra.

Kirchhorst, 4 de septiembre de 1944

A primera hora de la mañana llegada a Hannover, donde he dormido todavía algunas horas. Luego he ido a visitar al general Loehning y por el camino he visto con asombro que las ruinas estaban comenzando a cubrirse de verdor; hierbas y plantas varias crecen sobre los cascotes de las paredes en el centro de la ciudad.

Kirchhorst. Saludos. Nuevos refugiados en la casa. El jardín se halla en estado salvaje, las vallas están cayéndose; los pasillos se encuentran repletos de maletas y cajas.

El nogal que planté en 1940 da sus primeros frutos.

Kirchhorst, 7 de septiembre de 1944

Se ha dado alojamiento en la aldea a nuevos refugiados — esta vez se trata de holandeses que no se sentían ya a gusto en su país. Las persecuciones cambiarán de nombre, pero no cesarán.

Por la tarde ha entrado a verme el doctor Göpel; venía de Ámsterdam e iba camino de Dresde. Ha contado que Drieu la Rochelle se ha pegado un tiro en París. Parece haber una ley según la cual han de caer necesariamente aquellos que por motivos nobles querían fomentar la amistad entre nuestros dos pueblos, mientras que salen bien librados los negociantes viles. Se persigue también a Montherlant, quien continuaba pensando que era posible la amistad caballeresca. Y ahora los limpiabotas están enseñándole lo contrario.

Kirchhorst, 9 de septiembre de 1944

Visita de Ziegler, con el que he hablado sobre la impresión del *Llamamiento*. Lo lleva siempre consigo en su cartera de mano. Por él me he enterado de que unos terroristas han fusilado en París a Benoist-Méchin.

Kirchhorst, 16 de septiembre de 1944

Numerosas incursiones aéreas. Misburg, blanco principal en estos alrededores, volvió a ser alcanzado ayer por las bombas. Grandes reservas de petróleo han estado ardiendo al otro lado del pantano; formaban una humareda de color gris plomizo. Los ruidos nocturnos se han vuelto mucho más siniestros desde 1940: crece la impresión de que se avecina la catástrofe.

Estoy de permiso hasta nueva orden y aguardo el último estadio

de este envite. También ese estadio es sumamente peligroso; los lémures están empezando a cometer numerosos asesinatos, calculados ya para el estado de cosas posterior a su muerte. Practican una especie de venganza profiláctica, de la cual han sido ya víctimas, entre otros, el antiguo dirigente comunista Thälmann y el socialdemócrata Breitscheid. Si los lémures fueran más inteligentes podría decírseles esta frase de Séneca: «Por muchos que matéis, no se hallarán entre ellos vuestros sucesores». Pero, estando como están las cosas, la única esperanza es que ya no les quede un plazo demasiado largo. Se dice que también ha sido asesinada ya alevosamente una gran parte de la aristocracia de Pomerania.

Kirchhorst, 17 de septiembre de 1944

En el pantano con Alexander y Ernstel, al que he encontrado todavía debilitado a causa de su arresto. Ha solicitado voluntariamente incorporarse a una sección acorazada y tengo la impresión de que aún no se halla en condiciones de soportar las fatigas de la instrucción. Lo que me agrada especialmente es que no haya quedado en él ningún rencor.

Cuando lo he visto sentarse agotado en la linde del bosque he comprendido la terrible situación en que nos encontramos. Frente a ella son poca cosa los soplos ardientes de las ciudades quemadas.

Kirchhorst, 18 de septiembre de 1944

Lectura: *L'île de Ceylan et ses curiosités naturelles,* de Octave Sachot, París, 1863. Hay en esta obra un bello resumen del libro de sir James Emerson Tennent sobre la jornada en los trópicos; ando buscando hace tiempo ese libro.

Por la tarde visita de Gustav Schenk, con el cual mantuve hace años correspondencia sobre el *Arum maculatum.* Charla sobre el peyote, el cacto embriagador, y luego sobre un ayuno de treinta días, para el cual está preparándose. Muchas cosas en Schenk me han hecho recordar mis años posteriores a la Primera Guerra Mundial; en ellos andaba yo siempre a la caza de entradas de favor para acceder a los rangos espirituales. Desde luego es mejor elegir las puertas que están abiertas a todo el mundo.

Sobre la situación. Nuestra patria se asemeja a un pobre de cuya causa justa se hubiera apoderado un abogado infame.

Kirchhorst, 21 de septiembre de 1944

Trabajado un poco en *El sendero de Masirah.* He comenzado por la invención de los nombres propios y la introducción.

Beobachten [observar] y *betrachten* [contemplar] — impera ahí una diferencia sutil entre la visión concreta y la visión abstracta: contemplo la manecilla del reloj, pero observo su marcha.

Por la mañana he buscado las *Odes funambulesques,* de Banville, sobre las que había llamado mi atención una observación de Verlaine. Aunque estuve mirando con todo cuidado tanto en la biblioteca como en el cuarto de trabajo, no logré encontrar el libro, de modo que creí haberlo perdido. Pero luego lo descubrí entre los autógrafos, pues lleva una dedicatoria del autor a Elisabeth Autement.

Una hermosa figura: cree uno haber perdido algo y encuentra luego que lo posee en una forma realzada.

Kirchhorst, 2 de octubre de 1944

Lectura: las leyendas griegas en la versión de Gustav Schwab. Hay en esa versión, a pesar de algunas flaquezas, rasgos congeniales en la descripción del mundo heroico de la Antigüedad. Schwab alcanza la profundidad cristalina, inmóvil, límpida, de su espacio, en el cual se llevan a cabo antes y fuera de la historia las concepciones y alumbramientos espirituales. El origen precede al comienzo.

También ayer a última hora de la tarde estuve leyendo en el segundo tomo de las leyendas griegas, hasta el bello pasaje en que se compara a Agamenón con Ulises. Allí se dice que el pastor de pueblos era el más alto de los dos cuando estaban de pie, pero que Ulises lo era cuando estaban sentados.

Tras dormir un poco me despertó el ruido de un violento tiroteo. Perpetua se levantó y vistió al pequeño, mientras yo, en bata de dormir, contemplaba el espectáculo de pie junto a la ventana. Se oía el zumbido de numerosos motores y en el cielo se veían los centelleos de los proyectiles — no eran mayores que las chispas que en la herrería desprende el acero ardiente. Luego se elevó de pronto, al otro lado del pantano, cerca de Anderten, una llamarada roja. Acto seguido se oyó un silbido prolongado y estridente; la atención, el miedo de los alrededores pareció concentrarse entonces en una flecha roja que caía del cielo. Di un paso atrás e inmediatamente después sentí un golpe llameante que hizo temblar la casa en sus cimientos. Nos precipitamos escaleras abajo para alcanzar el jardín y encontramos bloqueada la

puerta por la presión del aire; sus cristales yacían diseminados por el pasillo, hechos añicos. Pero aún quedaba la salida que da al prado. Por ella sacamos a los niños, mientras por entre las ramas de los árboles caían silbando cascos de metralla. En el refugio estuvimos aguardando el final del bombardeo.

Una mina aérea había caído en el campo, a medio camino entre Kirchhorst y Stelle, causando daños especialmente en la granja de los Cohrs y arrancando los tejados de las proximidades. En nuestra casa se ha abierto una grieta que va desde el sótano hasta el desván; la escalera se ha torcido y en el tejado hay desperfectos.

En el correo, entre otras cartas, una de Ruth Speidel; comunica que el general está arrestado. Con él ha sido hecho prisionero el último participante en la histórica conversación de La Roche-Guyon; todos los demás han muerto.

Kirchhorst, 4 de octubre de 1944

A pleno sol de otoño corto las tomateras, mientras revolotean por el aire las atalantas. El cuchillo resbala en los tallos llenos de savia; las manos se impregnan de un aroma acre. Al lavármelas fluye de ellas un agua verde oscura.

La busca de setas en los pastizales: desde lejos tiende uno hacia sus brillantes grupos blancos. Las más bellas son como huevos, están completamente cerradas, pero también son espléndidas aquellas en las que se ve, a través de la membrana rota, la carne de las láminas, una carne con estrías rojas y que huele suavemente a anís. Uno agarra las setas con toda la mano, las agarra por el pie, como si cogiera una campanilla por el mango, y tira con delicadeza hacia arriba, mientras la firme piel de cera refresca los dedos.

Luego la ordenación de mis libros de caza. Hoy he estado anotando los lugares en que me he topado con el *Dromius meridionalis* — casi siempre debajo de erizos de castañas en cementerios parisienses, por ejemplo cerca de la tumba de Verlaine en las proximidades de Batignolles. Otros ejemplares procedían de la corteza de los grandes plátanos que bordean las orillas del Sena no lejos del puente de Puteaux. Por la hermosa obra de Jeannel me entero que se trata de una especie cuya difusión es claramente atlántica; se citan como lugares en que se encuentra, además de Gran Bretaña e Irlanda, también São Miguel y Terceira entre las islas Azores. Bajo uno de mis ejemplares hallo efectivamente la siguiente anotación: «Ponta Delgada, São Miguel, 26.10.1936». Allí estaba el animal calentando al

sol su caparazón azul en la corteza gris plata de un laurel abatido. Esto muestra que no he dejado de recorrer mi vastísimo territorio de caza, el cual se extiende desde el cabo Norte hasta los oasis del Sáhara y desde las islas del mar Amarillo hasta las Hespérides. Y a pesar de la inclemencia de los tiempos abrigo la esperanza de realizar todavía algunas incursiones maravillosas en este mi coto de caza.

Kirchhorst, 6 de octubre de 1944

En el pantano. Los bosques lejanos brillaban ya con sus copas doradas, sombreadas de azul. El sol otoñal reclama mucho azul. Eso mismo acontece en lo espiritual. El otoño lleva a la metafísica, también a la melancolía.

Necesito dormir mucho, necesito mucha noche. El cerebro es como el hígado de Prometeo, que va siendo comido por el águila de la luz. Es preciso que vuelva a crecer en la oscuridad.

Frutos de lectura. *Trabajos sobre entomología morfológica y taxonómica.*

Se menciona un artículo sobre la abeja obrera en la antigua India, publicado en 1886 por el profesor Ferdinand Karsch bajo el pseudónimo de «Canus».

Un pseudónimo parecido era el de J.Ch.F. Haug, que firmaba «Hophthalmos».

Kniébolo llevó a los alemanes al monte, después de su gran ayuno, y les mostró el poder del mundo. No se hicieron de rogar mucho tiempo para adorar al tentador.

Kirchhorst, 11 de octubre de 1944

Por la noche soñado con mi padre. Jugábamos al ajedrez en dos habitaciones distintas; yo estaba en la antesala, pero nos veíamos a través de una puerta corredera que iba abriéndose poco a poco en el curso de la partida.

Luego delante de un edificio al que me unían recuerdos; unas veces me parecía que era la casa destruida, pero vuelta a levantar, de mi abuela, otras la casa de Florence en la Avenue Malakoff, y otras la casa de la Rue du Cherche-Midi. Lo formidable de los sueños está en que hacen resonar los temas fundamentales, como, en esta ocasión, «la

casa perdida». Ante semejantes imágenes la vivencia individual se vuelve imprecisa y lo único que queda es una melancolía honda. De manera muy parecida decrece también en el crepúsculo lo individual y, en cambio, se hace más significativo lo general. Y, finalmente, en los umbrales de la noche de la muerte advertiremos la identidad de las vivencias, el engaño del mundo de los números. Solo hay *un* número, como solo hay *un* hombre. Hacia él tiende el eros.

Kirchhorst, 12 de octubre de 1944

Por la noche soñado otra vez con mi padre. Lo acompañaba en unas escaleras, él subía vino para mí de la bodega, como provisión para un viaje. Luego yo volvía a estar en París.

Por la mañana alarmas, de esas que poco a poco van minando los nervios de la población en las ciudades.

Schenk me animó a que hiciese una colección de semillas de plantas. Se tiene así un enorme archivo no solo de formas bien acuñadas, sino al mismo tiempo de fuerzas, de venenos, de medicinas y sustancias embriagadoras. También concentra uno en la redoma prados floridos, bosques y jardines.

Avanzado en *El sendero de Masirah.* Tal vez resulte demasiado dificultoso, demasiado fatigante para este tiempo el trabajo en un terreno nuevo. Ahora utilizo una tinta que fluye azul de la pluma y por la noche se torna profundamente negra. Con ello el trabajo nuevo resalta con claridad; se ven los surcos recién arados en el campo de labor.

Kirchhorst, 15 de octubre de 1944

Por la noche incursiones aéreas. En dirección a Braunschweig se veía el lejano resplandor de un gran incendio.

También a la hora del desayuno han estado dando vueltas sobre los alrededores aviones que volaban a baja altura. La casa ha temblado cuando caían las bombas.

Kirchhorst, 18 de octubre de 1944

Avanzado en *El sendero de Masirah,* a pesar de la inclemencia de los tiempos que corren. Es notable que en estas narraciones resulte tan difícil encontrar nombres propios para los personajes, no obstante hallarse a nuestro servicio el alfabeto entero. No es menos notable el

hecho de que, una vez que el texto ha ido hilvanándose más allá del comienzo, resulte casi imposible cambiar esos nombres. Quienes los llevan han adquirido entonces vida propia, realidad.

El uso del pluscuamperfecto durante párrafos largos hace leñoso, rígido, el texto; es recomendable contentarse con el imperfecto, a costa de la exactitud gramatical, y hacer sonar de vez en cuando el pluscuamperfecto. El lector permanece así en la dimensión temporal. Del estilo pueden formar parte negligencias, pero no faltas.

Por la tarde, con Ernstel, en el pantano de Oldhorst. Una planta con flores como de cera, de color rosa pálido, que me he traído para el herbario de la flora palustre, ha resultado ser una mata de romero.

A las ocho de la noche, cuando todavía estaba sentado al microscopio, aviso de incursiones aéreas, seguido inmediatamente de la aparición de los aviones. Se veían «árboles de Navidad» verdes y rojos por encima de la ciudad, cuya parte sur se ha transformado en una hirviente caldera de bombas. Una granja de Neuwarmbüchen ha ardido completamente.

El llamamiento radiado de Kniébolo a formar batallones de *Volkssturm,* batallones populares de asalto, da nuevos pretextos para que se tomen medidas de aniquilación contra el pueblo en cuanto totalidad. Todas las ocurrencias de Kniébolo han demostrado ser experimentos que luego se han aplicado en máxima escala a los alemanes. Estoy pensando en la voladura de las sinagogas, en el exterminio de los judíos, en el bombardeo de Londres, en las bombas volantes y en otras cosas. Kniébolo muestra en primer lugar que tales actos son concebibles y posibles, destruye los dispositivos de seguridad y da a la masa ocasión de asentir. El aplauso frenético que acompañó su salida a escena fue en sí una aprobación dada a la autoaniquilación, un acto sumamente nihilista. Mi horror viene de que yo entreoí desde el principio eso: el júbilo monstruoso con que se escuchaba la música del cazador de ratas. Kniébolo es también, naturalmente, un fenómeno europeo. Alemania, que ocupa el centro, será siempre el lugar donde tales cosas se harán visibles en primer lugar y con máxima nitidez.

Kirchhorst, 20 de octubre de 1944

En la comandancia general me he enterado de que se ha dispuesto mi licenciamiento. Parece que en Berlín se han dado prisa en desprenderse de mí de esa manera. Ahora podré trabajar todavía aquí un poco, como en un barco que va hundiéndose lentamente o como en una ciudad sitiada en la que ante altares desiertos se balancean al

viento las ofrendas que los habitantes han tejido. Es bueno que se haya venido abajo todo lo relativo a las publicaciones — eso hace que el trabajo tenga más sentido y no esté sujeto a una finalidad. Así podría uno cincelar copas que mostraría al sol y luego arrojaría al mar.

En la ciudad he sabido que el ataque de anteayer costó la vida a muchos seres humanos. Los más fueron aplastados en las aglomeraciones que se formaron ante las puertas de los refugios. Hay algunos refugios a los que se baja por escaleras que descienden por pozos; y hay gente que salta la barrera y cae encima de quienes están apretujados abajo. Su caída les rompe a estos las vértebras cervicales. Harry había observado una de esas entradas al infierno; los alaridos y lamentos que salían de aquella oscura sima llegaban lejos en la noche.

Luego con Schenk en el estudio de Grethe Jürgens; allí charla sobre la flora de los pantanos y de las islas Frisias.

Regreso por Bothfeld; allí he estado en el cementerio y entre las tumbas he visto también la de W., con quien tuvo mi padre un pleito por unas tierras. Ahora descansan ambos en el mismo suelo, se han transformado en él. ¿Qué queda de esta vida si no coleccionamos monedas que en la gran aduana del reino de los muertos sean cambiadas por oro, por algo imperecedero?

En el sueño cenaba con el comandante en jefe y pensaba: «Así, pues, sin razón han dicho que estaba muerto». Pero en su sien veía la clara cicatriz del pistoletazo.

Kirchhorst, 25 de octubre de 1944

Por la tarde he llevado a Ernstel a la estación de Burgdorf. Aún se encuentra muy debilitado a causa del arresto; también sus pies están todavía lastimados por las marchas. Pero no ha querido que se fueran sin él sus camaradas, que están a punto de partir. Nos hemos dado un abrazo en el pequeño y frío pasillo que conduce al andén.

Kirchhorst, 27 de octubre de 1944

En Bothfeld, para mi licenciamiento del servicio militar. Como ahora la guerra se ha vuelto omnipresente, esto apenas significa una variación. Por el camino he encontrado un trozo de herradura.

Kirchhorst, 28 de octubre de 1944

Lectura: otra vez Léon Bloy — los diarios, luego *Sueur de sang,*

descripción de sus aventuras como *franc-tireur* en el invierno de 1870/1871, que sin duda son inventadas en su mayor parte. Esta descripción proporciona un anticipo del mundo de los partisanos y *maquisards* de hoy. Entre los crímenes que se atribuyen a los alemanes no falta casi ninguna atrocidad. Pero también en sus propios héroes elogia Bloy el que mutilen a los adversarios con machetes y culos de botella, los quemen con petróleo, profanen los cadáveres y hagan otras cosas de índole parecida. Se llega a horrores tantálicos. Bloy se asemeja a un árbol que hunde sus raíces en las ciénagas, pero tiene en su copa unas flores sublimes. En mi relación con este autor, que me repugna en muchas cosas, me doy cuenta de que mi trabajo me ha sustraído en gran medida a los odios nacionales.

El mito y la ciencia. En el primero se interpreta el mundo, en la segunda se lo explica. Si Palinuro se duerme al timón de la nave es que un dios le ha tocado los párpados. Los químicos atribuyen ese fenómeno a la formación de ácido láctico en los tejidos. La alquimia ofrece una de las raras transiciones — científica en el experimento, mitológica en la teoría.

Friedrich Georg tiene razón al decir que el mundo titánico está más cerca del mundo técnico que el Olimpo. Y así los titanes encuentran refugio y alojamiento en casa del único dios al que podría calificarse de técnico, en casa de Hefesto, y son robustos colaboradores suyos en su taller, como se describe magníficamente en la escena de la forja de las armas de Eneas.

El hundimiento del *Titanic,* que chocó contra un iceberg, corresponde, visto míticamente, a la Torre de Babel del Pentateuco. El *Titanic* es una Torre de Babel *en pleine vitesse.* No solo el nombre es simbólico, lo son casi todos los pormenores. Baal, el becerro de oro, piedras preciosas famosas y momias de faraones — está presente todo.

Kirchhorst, 30 de octubre de 1944

En Celle, donde tenía cosas que hacer. En las granjas solitarias situadas al borde del camino se conserva todavía el espíritu de los primeros ocupantes de tierra. La realeza estaba repartida entonces entre todos. Cuando esa realeza desaparece completamente en el ser humano vivimos tiempos como los actuales; el ataque contra la dignidad va precedido de la pérdida de la soberanía.

Continuado la lectura de Léon Bloy, cuyo verdadero efecto estriba en que representa a *el ser humano,* lo representa en su infamia, pero

también en su gloria.

Las hojas de la parra junto a la repisa de la ventana del dormitorio, desde donde miro la niebla por las mañanas, están tiñéndose de un color amarillo claro y sus puntas se ponen rojas, como mojadas en sangre. La vida de las plantas y su ciclo garantizan la realidad, que las fuerzas demoniacas amenazan con disolver. Los antagonistas del Guardabosque Mayor son el jardinero y el botánico.

Cuando cayó la mina aérea las paredes de la casa parecieron hacerse transparentes, cual si lo único que resistiera fueran los cabios, que constituyen el verdadero entramado orgánico de la vivienda.

En el camposanto; allí yacen desde tiempos inmemoriales los autóctonos, los Ebeling, los Grethe, los Lahmann, los Rehbock, los Schüddekopf.

En el morir ha de haber necesariamente un acto significativo, más aún, genialidad. Una y otra vez observo que, cuando me llegan noticias de fallecimientos, se apodera de mí una especie de emoción y de asombro incrédulo, como si el fallecido hubiera aprobado un examen difícil y llevado a cabo una proeza de la que no le creía capaz. También el cuadro de su vida se modifica al instante de un modo maravillosísimo.

Pensado también en Lessing y en el poema que dedicó al papión muerto:

Hier liegt er nun, der kleine, liebe Pavian,

Der uns so manches nachgethan!

Ich wette, was er itzt gethan,

Thun wir ihm alle nach, dem lieben Pavian.

[¡Ahí yace ahora el pequeño, querido papión,

que nos imitó en tantas cosas!

Apuesto a que todos nosotros imitaremos al querido papión

en lo que ahora él ha hecho.]

Kirchhorst, 1 de noviembre de 1944

Comienzo de noviembre. Aún duran los combates en Holanda, en Alsacia, en Prusia oriental, en Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia, en Grecia, en los Balcanes, en Italia. Incremento descomunal de la guerra aérea, que se concentra sobre Alemania.

Se oye decir que Holanda, partes de la cual han sido inundadas, tiene el propósito de resarcirse anexionando territorios alemanes. Parece que fueran a repetirse todos los viejos errores y que el mundo, en vez de aprender del personaje de Kniébolo, se lo hubiera prescrito a sí mismo como modelo a imitar.

Sobre la oración. En el sentido de una mecánica superior la oración posee también una fuerza desviadora — atenúa y consume el miedo. En los tiempos en que se ha perdido la práctica de la oración acumúlanse en las poblaciones cantidades grandes de angustia animal, imposibles de digerir. En la misma proporción se desvanecen la libertad de la voluntad y la fuerza de resistencia y, en correspondencia, se hace más apremiante la llamada de los poderes demoniacos, se vuelven más terribles sus mandatos.

La oración purifica la atmósfera; en ese sentido el tañido de las campanas es la oración colectiva, la oración directa de la Iglesia. Tal cosa es sustituida ahora por el aullido de las sirenas, que en parte se hallan instaladas incluso en los campanarios.

Kirchhorst, 2 de noviembre de 1944

Lectura: el mamotreto de Volhard sobre el canibalismo, que me ha traído Schenk y que contiene una enorme cantidad de material. Las conclusiones son menos extensas; también resulta difícil dar un juicio sobre un fenómeno que posee tantas ramificaciones. En unos sitios aparece como la «práctica habitual de los peces», entre los que el pez grande se come al chico, y en otros va ligado al ceremonial de una cultura muy desarrollada.

Son significativas algunas leyendas aisladas que se hallan difundidas por todo el planeta y que dejan entrever que unos sacrificios superiores pueden vencer el canibalismo. Así, el hijo de un rey de los mares del Sur se encuentra la víspera de una fiesta con un esclavo que va envuelto en unas ropas color de llama y le pregunta adónde se dirige. El hombre responde que acude al palacio del rey, pues está destinado al banquete solemne. El hijo del rey le promete entonces salvarlo, acude al palacio en sustitución del esclavo y hace que allí lo envuelvan en hojas de palmera. Cuando se lo presentan así al rey, este abre el revestimiento y bajo él encuentra, en lugar del

esclavo, a su hijo. Aquel espectáculo le hace gracia y lo conmueve hasta tal punto que prohíbe para siempre la inmolación de personas. Aquí resuena el tema supremo del género humano.

Entre los pueblos indogermánicos tiene que haber habido desde tiempos inmemoriales un espantoso tabú referido a la carne humana; es algo que apunta en nuestros cuentos. También la maldición tantálica se atribuye a un festín de esa especie. La fortaleza de tal prohibición cabe medirla por el hecho de que incluso esta guerra, que ha removido los posos más bajos, apenas ha atentado contra ella; lo cual, ciertamente, es digno de mención cuando se conoce qué espíritus son los que están actuando. En el fondo toda economía racionalista, no menos que toda teoría racial consecuente, lleva necesariamente al canibalismo.

Por cierto que donde más desarrollada está la teoría de esas cosas es entre los anglosajones, por ejemplo en Swift. En *Brave New World,* de Huxley, se extrae el fósforo de los cadáveres y se lo aprovecha en la economía nacional.

Kirchhorst, 3 de noviembre de 1944

En el correo, entre otras cartas, una de Ina Speidel, la hija del general. Escribe que el día 29 de octubre detuvieron también a Horst. Ha quedado muy mermado el círculo de los viejos caballeros jorgistas y rafaelistas, es decir, de los hombres que en París se reunían en el hotel Georges V y en el Raphaël — unos han sido ahorcados, envenenados, encarcelados, otros están dispersos y cercados por esbirros.

La lengua alemana posee todavía senderos de campo, mientras que la francesa discurre por raíles. En esta se multiplican, en consecuencia, los elementos convencionales, no individuales; uno de ellos es la *liaison.*

A este respecto, el dicho de Rivarol: «Si las vocales y las consonantes se atrajesen según leyes naturales, como sustancias magnéticas, la lengua sería única e inmutable, igual que el Universo».

Por la tarde ha llegado Hanne Wickenberg, a la que sorprendió hace poco un ataque aéreo diurno cuando se encontraba en la parte vieja de Hannover. Ha contado escenas que se desarrollan en los refugios. Las bombas caían aullando allí cerca, el polvo y el humo

entraban por una pequeña ventana y hacían irreconocibles los rostros. El espacio estaba repleto de suspiros, gritos y lamentos, las mujeres se desmayaban. A los niños les habían anudado pañuelos en la cara, pues vomitaban de miedo. Una mujer estaba a punto de dar a luz:

—Un médico, rápido un médico, que arde, que arde.

Algunas voces respondieron:

—¿Pero dónde arde, por Dios, dónde arde?

Ninguno de los que allí se encontraban era capaz de tenerse en pie; estaban tumbados en el suelo, temblaban, les salía espuma por la boca. La propia Hanne, que es una mujer robusta, ha dicho:

—*Ek was fertig, as es to Enne was* [estaba hecha polvo cuando acabó aquello].

Kirchhorst, 4 de noviembre de 1944

Hacia el mediodía una gran incursión aérea, durante la cual se reunieron en el pequeño refugio los habitantes de la casa. Al principio apareció una escuadrilla de cuarenta aviones, contra la que abrió un violento fuego la artillería antiaérea; pudo verse cómo dos aparatos dejaban tras sí estelas de humo; uno, que iba ardiendo, trazó una curva muy cerrada y desapareció en una nube blanca, de la que luego llovieron sus pedazos.

A continuación llegaron grandes formaciones de bombarderos; a la luz del día brillaban con una blancura de plata. El fuego antiaéreo se intensificó al máximo y a veces los silbidos de las bombas que caían a toda velocidad llenaban el aire. Yo observaba los acontecimientos desde el jardín y entraba en el refugio en los momentos culminantes. Inmediatamente después de la incursión —teníamos viento del oeste— unas nubes densísimas que llegaban de la ciudad impidieron ver nada.

El zumbido de las escuadrillas que tapan el cielo es tan fuerte que llega a ahogar el fuego de la artillería y hasta los estallidos de las bombas. Es como si uno se encontrase debajo de una campana que estuviera llena del zumbido de un enjambre de abejas metálicas. La energía monstruosa de esta edad, que de ordinario está repartida, abandona su estado potencial abstracto y se vuelve perceptible a los sentidos. La impresión que causan los bombarderos, los cuales siguen imperturbables su marcha aunque en medio de ellos estallen o ardan algunos aparatos, es más poderosa incluso que la que causa la propia caída de las bombas. Es visible la voluntad de aniquilar aun al precio

de la propia aniquilación. Es un rasgo demoniaco.

El pequeño Alexander y su coraje me han causado alegría — ese coraje resulta sorprendente si se tienen en cuenta los monstruosos medios de aniquilación a que se ve confrontado un corazoncito como el suyo.

Cuando pasaron zumbando las bombas que fueron a caer a la autopista, cosa de la que nos enteramos más tarde, dijo:

—Ahora me palpita un poco el corazón.

A última hora de la tarde un nuevo ataque, con numerosos «árboles de Navidad», entre ellos uno que brillaba con una luz blanca, como en una gran fiesta de reparto de regalos navideños. También el horizonte estaba enrojecido por los incendios. En la linde del bosque del pantano ha sido instalada una batería nueva; cada uno de sus disparos asesta un golpe a la casa y la sacude en sus cimientos.

Cuando suena la alarma aérea ponemos a los niños sus abriguitos, y cuando retumba el zumbido de los aviones o el ruido de los primeros disparos los llevamos al refugio. Solo Edmund Schultz, que tiene trece años, se aventura a corretear por el jardín. Su tía Fritzi permanece en la casa y a veces mira hacia afuera con una indiferencia notable — me gusta ver que se queda en las habitaciones un alma sin miedo. En lo que a mí se refiere, entro de vez en cuando a ver si todo sigue en orden. Es una cosa extraña el observar cómo las fuerzas demoniacas van devorando el espíritu doméstico, especialmente la solidez de los cimientos. Tengo la sensación de estar moviéndome por los camarotes de un barco, sobre todo cuando mis miradas rozan el dial iluminado de la radio, que es lo único que, junto al rojo rayo incandescente de las estufas, atraviesa las tinieblas de las habitaciones rigurosamente oscurecidas. La voz asexuada de una locutora comunica los movimientos de las escuadrillas hasta el instante en que «empiezan a volar sobre la ciudad y es inminente la caída de bombas». A veces escucho otras emisoras; en muchos lugares del planeta se emite música de baile, en otros se pronuncian conferencias científicas. Radio Londres da noticias y dice palabras amables y al final advierte a los oyentes que cambien de longitud de onda; entretanto se oye el redoble de los impactos de las bombas.

Kirchhorst, 5 de noviembre de 1944

Después de comer, en la iglesia; han saltado rotos varios cristales del hermoso rosetón que queda encima del altar.

Ha venido a tomar café el general Loehning, acompañado de Schenk y de Diels. Este último posee una experiencia especial de los bajos fondos de la política, conoce sobre todo la génesis de la policía del Estado, ya que fue él quien la fundó. Le he escuchado detalles espantosos sobre el calvario sufrido por amigos y conocidos míos antes de ser ejecutados. A Schulenburg, lo mismo que a los demás acusados, el presidente del Tribunal del Pueblo le daba el título de «canalla Schulenburg» o «criminal Schulenburg». En una ocasión, cuando semejante verdugo lo llamó por un descuido «conde Schulenburg», el interpelado hizo una ligera inclinación y lo corrigió:

—Por favor, canalla Schulenburg.

Una réplica que me ha hecho recordarlo vivamente.

Diels ha mencionado también la obra de Röpke, *La crisis de la sociedad en nuestro tiempo,* libro que, por lo que ha dicho, se lee mucho fuera de nuestro país. Parece que Diels se encuentra en el extranjero como en su propia casa; el general ha contado que se lo ha visto en un aeródromo turco con uno de los jefes del *Secret Service.*

Kirchhorst, 6 de noviembre de 1944

Por la tarde paseo en dirección a Moormühle y Schillerslage, hasta el bloque errático donde encontré la herradura. Allí he estado mirando los animales que han caído en los agujeros excavados a lo largo de la carretera para que sirvan de protección a la gente contra los aviones que vuelan a baja altura.

Mientras caminaba he meditado sobre la frivolidad con que los pensadores de hoy juzgan ideas y símbolos en los que millares de años han estado trabajando y que han ido así formando. Y ocurre que esos pensadores desconocen el lugar que ellos mismos ocupan en el Universo, la pequeña labor de destrucción que el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, les asigna. Pero eso, ¿qué es sino espuma que salpica, por encima de los viejos y duros acantilados, las fugitivas banderas de ese Espíritu? Ya se siente la resaca del reflujo.

Estupendo es también el espectáculo que ofrecen los viejos liberalistas, dadaístas y librepensadores, los cuales, tras una vida dedicada en su integridad a destruir los lazos antiguos y a minar el orden, están empezando ahora a moralizar. Dostoievski, que conocía a fondo semejante acuario, lo dibujó anticipadamente en esa especie de molusco que es Stepan Trofimovich. Se anima a los hijos a que silben todo aquello que hasta ahora se ha considerado como fundamento. Al

final esos adeptos con demasiada facilidad para aprender dicen:

—Bueno, vejete, ya has parloteado bastante, ha llegado el momento de hacer jabón contigo.

Grandes son entonces los lamentos. Y si en ese instante se casca también a los conservadores, entonces el caos está servido — así, en *Demonios* el asunto entero queda pendiente del gobernador alemán, Lemke creo que se llama, el cual no está a la altura de las circunstancias. La situación de ese Lemke tiene un parecido sorprendente con la del viejo Hindenburg. A ello se añaden los jóvenes conservadores, que primero apoyan al *demos,* al populacho, porque sienten en él la nueva fuerza elemental, y luego lo atan corto y son así arrastrados a la muerte. En esos remolinos el único que conserva una fortaleza terrible es el nihilista, y quien piense en atreverse a ser su antagonista habrá de pasar antes por su escuela.

Kirchhorst, 9 de noviembre de 1944

A medianoche alarma e inmediatamente después, mientras estábamos «vistiendo a los niños», cuatro bombas, que han estallado con estruendo. La cosa se repitió a las tres y media; tras el cese de la alarma vino el estallido de proyectiles de espoleta retardada. En el jardín caía con estrépito la lluvia y desde el casco viejo de Hannover llegaba a través del aire húmedo el rojo resplandor de los incendios producidos por el bombardeo.

Mientras suena la alarma, y también mientras los aviones sobrevuelan el terreno y la artillería antiaérea abre fuego contra ellos, reina todavía un cierto orden, pero cuando empiezan a silbar las primeras bombas todo el mundo se precipita, más o menos vestido, hacia el refugio. Incluso en esos momentos se lleva de la mano a los niños; a ellos se dedica todo el cuidado.

Kirchhorst, 10 de noviembre de 1944

En el correo, entre otras cartas, una tarjeta postal de Ernstel, que se halla de viaje hacia Italia como *Panzergrenadier,* granadero de carros blindados. Luego una carta de Ruth Speidel, por la que vemos que el general sigue con vida, lo cual nos llena de alegría. He pensado en él, como en Ernstel, cada mañana y cada noche.

Hace poco —ahora son las nueve de la noche— una incursión aérea; durante ella el cielo de poniente, húmedo por la lluvia, se puso rojo a causa de los incendios y las violentas explosiones. También cerca de aquí ha caído una bomba; la presión del aire ha roto uno de

los cristales, que ya tenía una raja, de mi cuarto de trabajo, así como el tragaluz de la puerta de la casa.

Lectura: *Rasgos fundamentales de una ecología de los reptiles chinos,* de Mell. En ciertas serpientes marinas que se sirven de la cola como remo funciona uno solo de los ovarios, el otro expele huevos inmaduros. Con ello se evita una excesiva dificultad al nadar durante la gestación y se garantiza la plena capacidad de caza durante el tiempo en que son mayores las necesidades de alimento. También parece que en ciertas especies las encías son aptas para absorber oxígeno y, con ello, están capacitadas para respirar. En trayectos largos bajo el agua las encías sustituyen a los pulmones, de modo parecido a como actúan las bombonas de oxígeno en los submarinos. Está documentado uno de los raros casos en que seres humanos han sido atacados por serpientes: una mujer china que estaba ocupada en cortar hierba en una isla cercana a Hong Kong dejó a su pequeñuelo en el suelo, donde lo devoró una serpiente pitón que salió repentinamente de la maleza; no fue posible prestarle ayuda. Desde luego casi todos los animales, incluidas las hormigas, atacan a los lactantes que no están vigilados.

También en este libro encuentro, como hace poco en el de Sachot sobre la isla de Ceilán, la opinión de que en todas las zonas abundantes en serpientes viven hombres que poseen una capacidad destacada para tratar con esos animales. Existe en tales casos una afinidad especial. Supongo que la serpiente siente, cuando esos cazadores la cogen, una especie de neutralidad e incluso de simpatía, como la que ha de imperar también cuando la toca una congénere.

El libro es bueno porque tiene como base la pasión de la observación de los animales, el escalofrío del encuentro mágico y totémico, sin el cual se convierte enseguida toda zoología en un reseco esqueleto de datos.

En este contexto, meditado una vez más sobre el darwinismo. Su debilidad capital está en su carencia de metafísica. Visto metodológicamente eso es algo que encuentra su expresión en el hecho de que se vuelva dominante una de las meras formas de la intuición, a saber: el tiempo.

Frente a eso es preciso ver que en su relación con el mundo que los rodea y en su relación entre ellos mismos los animales se asemejan a un ovillo que tuviera múltiples nudos y trenzados. Tal riqueza exige una mirada no tanto cronológica cuanto sinóptica. El darwinismo

diluye la potente simultaneidad, la yuxtaposición y trabazón que en esa riqueza hay, y la transforma en una sucesión — se hace así del ovillo una bobina. Con ello se pierde la grandiosidad de la creación, el milagro del orto, del salto primordial, que crece de golpe o que lo hace en ciclos y eones enormes, como en los siete días de Moisés, en la jerarquía cosmográfica de Hesíodo o en la filosofía china de la Naturaleza.

Vista teológicamente es más significativa la concepción de Lamarck. Era de prever, sin embargo, que se alzaría con el triunfo la teoría más mecanicista. También, a partir de cierto momento, la selección se realiza con vistas a las máximas posibilidades de destrucción.

Kirchhorst, 11 de noviembre de 1944

Ayer por la noche, tras haber escrito las anotaciones anteriores, lectura de *Los cómplices,* obra en la que Goethe hace una descripción muy certera del *milieu,* del ambiente de una pequeña posada. El final, sin embargo, es abrupto; y causa fastidio el que Sophie quede en manos del malvado Söller. A eso cabría objetar que la moraleja está en el título.

Después de medianoche —el cielo estaba claro y lleno de estrellas — un segundo ataque con numerosos aviones. La luz de los proyectores pinchó a uno, como si fuera un insecto, de manera que el aparato planeaba pespunteado por unas explosiones parecidas a esas estrellitas coloradas que se desprenden del yunque. La presencia de los niños hacía que aquel espectáculo tuviese una densidad, una humanidad mayores que las que a mí me eran familiares por haberlo visto desde los refugios de la Primera Guerra Mundial.[1] Perpetua tiene al pequeño en su regazo, se inclina completamente sobre él, lo rodea, por así decirlo, con sus hombros, de manera que a él no puede tocarlo ningún mal que no la hiera antes a ella. Es la actitud de Níobe frente a la flecha de Apolo.

Luego me adormilé y soñé con mi padre. En un gabinete ornitológico me hallaba absorto en la contemplación de pájaros, como, por ejemplo, en la de un gran pico gordo manchado. Me admiraba que las manchas se extendiesen hasta el pico de aquel pájaro y meditaba sobre los motivos de eso. Luego una urraca de Java, que era enteramente igual que las nuestras. «Pero, entonces, ¿por qué es de Java?» — ah, es que, a la manera de ciertas aves del Paraíso, llevaba, bajo la cola de forma de abanico, un bulto encarnado.

Kirchhorst, 12 de noviembre de 1944

A menudo las alarmas aéreas hacen que nos despertemos de repente cuando estamos profundamente dormidos. En esas ocasiones vuelvo a notar que hay regiones del sueño completamente desconocidas, profundidades del fondo de los mares en las que no penetra ningún rayo de luz. Y así como las criaturas que por azar atrapa la red en esas profundidades sufren una modificación al enfrentarse al aire y a la luz, así sufre también un cambio en ese instante el plasma de los sueños profundos al enfrentarse a la consciencia. Lo único que queda en las mallas son algunas escamas. Nos hemos sumergido en honduras insondables, carentes de ojos, en la placenta de las imágenes.

Kirchhorst, 14 de noviembre de 1944

Noche sin molestias. Leído: *La hija natural,* de Goethe, unos fríos fuegos artificiales. Se asemeja a una creación en la etapa previa prometeica. Precisamente el elevado carácter de taller testimonia, sin embargo, el *ingenium.*

Además unas biografías no publicadas de Planck y de Laue, que me ha enviado Keiper, el librero de viejo de Berlín, y que voy a pasar a mi hermano Physicus. En esos niveles supremos de la inteligencia física la relación con el mundo en torno vuelve a ser sencilla, instintiva — el sentido óptico, matemático, ondulatorio, cristalográfico atraviesa como un fluido los cuerpos. La ciencia no puede llevar a otros territorios que a aquellos que se hallan ocultos en lo hondo de nosotros. Descubran lo que descubran los telescopios y los microcospios — nosotros lo conocíamos en nuestro interior desde mucho tiempo antes. Con esfuerzo sacamos a la luz fragmentos de palacios que están enterrados en nosotros.

En el correo de ayer, entre otras cartas, una de Gerhard Günther, con extractos de diarios de su hijo, que ha caído en los Cárpatos del Sur. Junto a oraciones, meditaciones y pasajes de la Escritura encuéntranse también en ellos glosas sobre mis trabajos, que el hijo de Günther había leído con mucha atención.

La imagen prefigurada. Nuestra ciencia aspira a ella, es un trabajo de mosaico sobre un fondo ya diseñado. Cuantos más son los huecos que quedan «llenos», tanto más perentorios se vuelven los pedacitos que se brindan. Al comienzo es posible todavía crear según este o aquel plan, al final el lugar está definido.

Con ello el libre albedrío mengua siempre en apariencia, pero es preciso verlo como algo que habita en el todo. Decisiones tremendas determinan el proceso, que hacia el final parece ir haciéndose cada vez más automático. Estamos ocupados en ajustar las últimas piedras en bóvedas y cúpulas contempladas y proyectadas por eremitas en meditaciones teológicas. El libre albedrío, naturalmente, es mayor en el *homo magnus* que en el *individuum,* pero también este participa de aquel. En lo indiviso, en la decisión sobre el bien y el mal, el *individuum* continúa siendo soberano también hoy. Se verán milagros si se apela a su soberanía.

Por la tarde en el dentista, en Burgdorf; en la sala de espera he estado leyendo a Eckermann. He encontrado mencionadas en él las *Pastorales* del sofista Longo y enseguida me han entrado ganas de poseerlas, cosa que, sin embargo, no ocurrirá por el momento, dado lo difícil que se ha vuelto el procurarse libros. Entretanto pensaba en las orillas del Sena entre los puentes y en las numerosas bandadas de peces que allí hay.

Después, mientras me hacía la perforación, el dentista me ha susurrado al oído noticias políticas.

Kirchhorst, 15 de noviembre de 1944

La primera nieve del año.

Tal vez les ocurre a muchos hoy en Alemania lo mismo que a mí; el conocimiento de las infamias me hace sentir asco de participar en los asuntos colectivos, pues preveo que los grupos del porvenir serán asimismo ramas brotadas del mismo tronco. También ahora, tras unas señales tan poderosas del destino, la ceguera del populacho, de un populacho que se ha vuelto inabarcable, sobrepasa todo lo imaginable, toda medida.

Kirchhorst, 18 de noviembre de 1944

Noches sin bombas; hay que atribuirlas, por un lado, al tiempo de

noviembre, y, por otro, a que los ingleses y los norteamericanos necesitan también sus escuadrillas estratégicas para su ofensiva de otoño contra la orilla izquierda del Rin.

Estoy leyendo a Stifter; su obra *Bunte Steine* [Piedras de colores] se halla hace mucho tiempo entre mis libros, pero no la había tocado porque el círculo de sus admiradores resulta muy poco atractivo. Bellas capillas en las que se quema incienso barato.

¿La aptitud para formar Estados totales estará por ventura en correspondencia con la musicalidad? No deja de ser llamativo en todo caso el hecho de que en ello hayan destacado las tres naciones musicales, los alemanes, los rusos y los italianos. Pero es probable que dentro de la musicalidad esté produciéndose al mismo tiempo un desplazamiento hacia los elementos más toscos, un desplazamiento de la melodía al ritmo — ese movimiento tiene luego su culminación en la monotonía.

Kirchhorst, 19 de noviembre de 1944

A última hora de la tarde de ayer incursión aérea con bombardeos lejanos, pero violentos. Por encima de Hannover se desplegó como un funesto astro rojo un «árbol de Navidad». Fue seguido de fuertes sacudidas.

Continuado la lectura de *Piedras de colores.* «Granito», «Piedra calcárea», «Turmalina», «Cristal de roca». Vale la pena reservarse para los años de madurez la primera ascensión a determinadas cimas de las cordilleras literarias.

Stifter es el Hesíodo de los modernos y conoce aún el *nomos* de la Tierra. La vieja Austria se transparenta en él de un modo maravilloso, como una gran obra de arte que solo podrá volver a ser apreciada ahora, cuando se hayan disipado los últimos fantasmas napoleónicos. Un viejo bosque de altos árboles, donde se forma el humus de la dicha. Entre nosotros, en cambio, lo que se produce es dolor.

Recuerdo haber hablado con lectores de Stifter a los que su suicidio les parecía incompatible con su obra y con su existencia. Pero debería prestarse atención al rasgo de pedantería y de exagerada escrupulosidad que en él hay y que con facilidad puede trocarse en hipocondría. Es algo que resalta así en lo gramatical como en lo narrativo y que indica, al menos en lo espiritual, una constitución delicada y vulnerable.

Die Kinder hatten breite Strohhüte auf, sie hatten Kleider, aus deren

Armeln die Arme hervorgingen. [Los niños llevaban puestos unos anchos sombreros de paja, llevaban vestidos de cuyas mangas sobresalían los brazos.]

Kirchhorst, 22 de noviembre de 1944

Recrudecimiento de las incursiones aéreas y de los bombardeos, que están adoptando un carácter cada vez más meditado, cada vez más maligno. En Misburg han vuelto a arder los depósitos de petróleo. De día aparecen en el cielo las líneas y bandas de las escuadrillas, como si por el mar del aire fueran serpenteando hidras blancas. Por encima de las escuadrillas los cazas cortan el espacio a velocidad de proyectiles.

Continuado la lectura de Stifter, en cuya prosa se infiltran también elementos del viejo estilo cancilleresco austriaco. Uno se acostumbra a florituras como *derselbe* [el mismo], *dieselbe* [la misma], *ersterer* [primero], *letzterer* [último], como a rarezas que empieza a apreciar.

Por la noche sueños. Me enseñaban plantas, entre ellas una tropical, del tamaño del brezo, que tenía numerosas cerezas oscuras. «También posee la ventaja de que nadie sabe que son comestibles.»

Luego, a orillas de un estanque, estaba frente a otra persona y jugaba con ella una especie de partida de ajedrez. Pero no teníamos piezas, sino que operábamos con creaciones espirituales. Así, en la superficie del agua se desplegaban armadas para reñir batallas navales en las que lo que decidía no era la fuerza, sino la belleza. Emergían unos animales extraños que se dedicaban a cazarse o a abrazarse; en aquel certamen se mostraban los tesoros de las profundidades del mar.

«En lo infinito cada uno de los puntos es centro.» Este axioma, que he establecido hoy por la mañana mientras estaba removiendo la tierra de los bancales, confirmaría que lo infinito posee no una superioridad cuantitativa, sino una superioridad cualitativa, metafísica. Podemos imaginarnos tan extensos como queramos un círculo o una esfera sin que aumente en absoluto el número de centros — siempre hay uno solo, un único centro. Para que cada uno de los puntos se convirtiera en centro sería preciso que se produjese un acontecimiento cuya percepción escapase a nuestros sentidos — una alteración misteriosa del espacio, probablemente una simplificación.

Como todo hecho matemático o físico, también este posee una vertiente moral. En cuanto ser metafísico, cada uno de los seres

humanos es centro en el Universo, y ni siquiera los más lejanos mundos de estrellas fijas pueden perjudicar esa posición suya. Las bambalinas espaciales, cuya visión nos produce vértigo, húndense y desaparecen en el instante de la muerte, en favor de la realidad.

La impresión que las distancias inmensas dejan en nosotros está emparentada con la angustia animal, forma parte de los espejismos del mundo ilusorio.

La cita. El ambiente que reina en ella es el de la caza mayor y también el de la operación mágica. Contiene rasgos mágicos, que se asemejan al acercamiento de unos animales sumamente asustadizos, también a la realización, que fue puesta en duda, de sueños. Esos rasgos provocan una mezcla de sorpresa incrédula, miedo y felicidad, también una gran ternura. En la repetición todas esas cosas se desvanecen, en favor de una hermosa seguridad.

Chawdar, el pescador. Cuando, buscando el anillo del poder supremo, penetra en las zonas subterráneas tropieza allí con una serie de fantasmas a los que ha de vencer. El último es su propia madre — también aquí se sabe, por tanto, que la Tierra vencida nos regala las estrellas, para decirlo con palabras de Boecio.

La conquista del mundo por un César, por un Alejandro, hay que concebirla también simbólicamente; la púrpura es símbolo de la victoria, mientras que el cetro de marfil es símbolo del vencedor — lo primero es de procedencia matriarcal, lo segundo, de procedencia patriarcal. El oro es púrpura sublimada, es poder terrenal concentrado.

Kirchhorst, 23 de noviembre de 1944

Yo ocupaba en una ciudad desconocida una de las innumerables habitaciones amuebladas que tengo a mi disposición para mi vida de los sueños. Entraba Pons y se sentaba en un sillón a contarme detalles de un asunto amoroso. Añadía que iba a casarse al día siguiente. Al despertar he pensado: «Mira, la mujer que ha descrito, con todas las circunstancias en que se conocieron, se amolda a él mucho mejor que no aquella con la que en realidad se ha casado».

Los seres humanos penetran así en nuestros sueños no solo con su figura histórica, sino también con sus posibilidades. En la imagen que vemos en el sueño los aprehendemos no como caracteres empíricos,

sino como caracteres inteligibles.

Hoy empiezo a recopiar mi diario de Rodas tras haber dejado de lado, hace ya algunas semanas, *El sendero de Masirah.* El momento es demasiado desfavorable para semejantes trabajos. En *El sendero de Masirah* me gustaría trazar, más adelante, un compendio de la moral en figuras históricas, geográficas, físicas. Es preciso que el mundo moral no solo se transparente en el mundo físico, sino que se imprima en él como en lacre.

Kirchhorst, 24 de noviembre de 1944

No una historia, una *sinopsis* de la filosofía, exposición de la piedra filosofal con las facetas que en ella ha tallado el genio de los tiempos y de los pueblos.

Conversación con Alexander: «Cómo se lleva un diario». Sobre ese mismo asunto he escrito luego a un capitán, un tal Müller, que me ha enviado algunas anotaciones del suyo.

La revisión de mis diarios de viaje me hace ver con claridad la parte que en ellos tiene la acción del tiempo. Este modifica el contenido, igual que la fermentación y la maduración modifican el vino que está en lo hondo de la bodega. La revisión equivale a hacer con todo cuidado un nuevo trasvase, a eliminar las heces. Sobre esto mantuve en casa de Florence una larga conversación con Léautaud, que desaprueba esa práctica y declara inviolable, sacrosanta, la palabra tal como salió en el primer lance. Es un precepto que a mí me resulta imposible de seguir ya por razones técnicas, pues salpico muchas cosas con alusiones, que son, en cierto modo, el sello del recuerdo. La mejor captación de la impresión primera es fruto de esfuerzos repetidos, de recopias apasionadas.

Kirchhorst, 26 de noviembre de 1944

Mañana de domingo. En los últimos días ha llovido mucho, pero hoy el tiempo es seco, y la visibilidad, buena. Como ya ha habido la pasada noche dos incursiones aéreas, he abandonado el diario de Rodas y me he puesto a clasificar los elatéridos; su visión me hace recordar mis paseos por el Bosque de Saint-Cloud.

Luego el anuncio de la aproximación de potentes formaciones aéreas. Me he puesto el abrigo para salir al jardín; lo primero que desde él he visto ha sido un gran número de aviones que cruzaban el

espacio por la parte norte. Más tarde se han acercado, viniendo de la dirección de Celle, más de quinientos aparatos; volaban escalonados en escuadrillas de unos cuarenta aviones cada una. Tras lanzar señales de humo blancas, que han engalanado la parte sur del cielo con bandas dentadas, han girado uno tras otro hacia Misburg y allí han soltado sus bombas. Se oía el zumbido y el crujido, que ahogaba el ruido de los disparos de las baterías antiaéreas, así como unas violentas explosiones, que han hecho retemblar la tierra a mucha distancia. Los atacantes volaban a baja altura y las nubecitas de los disparos de la defensa antiaérea estallaban por encima de ellos.

Dos o tres escuadrillas han virado hacia nuestra casa, se han lanzado hacia ella en línea recta y han descargado sus bombas al pasar por encima, de manera que estas habrán ido a caer, según mis cálculos, en las cercanías de Bothfeld. El fuego antiaéreo se ha recrudecido. El aparato que iba en cabeza ha sido tocado de lleno y una llama larga, ardiente, de color rojizo, se ha adherido a él. Se ha precipitado al suelo cerca de aquí. Pronto la humareda del impacto ha envuelto la casa. Parecía que uno de sus pedazos, un ala grande, plateada, de la que pendía un motor y que giraba lentamente sobre sí misma, fuese a caer sobre nosotros, pero ha ido dando vueltas sobre la casa del maestro, con un ruido estridente, y ha desaparecido tras ella. También han pasado sobre el jardín dos paracaídas; uno de ellos iba muy bajo, de manera que al hombre que colgaba de él se lo veía como si uno lo hubiese encontrado en la calle. Al mismo tiempo el aire estaba lleno de fragmentos y virutas, como si el aeroplano, al despedazarse, se hubiera convertido en confetis negros. El espectáculo era en verdad embriagador; hacía tambalearse a la razón. En estos acontecimientos se alcanza un grado tal que la propia seguridad empieza a volverse secundaria: los elementos de la intuición se intensifican de tal manera que ya no queda sitio para los de la reflexión, ni aun para el miedo.

Kirchhorst, 27 de noviembre de 1944

Sin luz, sin agua, sin corriente, pues también ha sido alcanzada la central eléctrica de Ahlten. Se dice que en la incursión aérea de ayer participaron mil seiscientos aparatos. Con sus espirales y lazos blancos se asemejan a bandadas de microbios que estuviesen jugueteando en una enorme gota de agua azul.

El ala del avión que cayó ayer fue a parar a un prado cercano; el aparato chocó contra el suelo inmediatamente detrás de Bothfeld y ardió. Cerca de Grosshorst se ha encontrado una cabeza y una mano. También había cerca de allí dos cadáveres destrozados; pudo verse

que los paracaídas se enredaron el uno en el otro y por ello no pudieron abrirse.

Uno de los pilotos tocó tierra en Stelle; se dice que uno de sus habitantes, un refugiado holandés, se abalanzó sobre él y le asestó dos hachazos. Nuestro vecino Rehbock, que está de permiso y que en aquel preciso momento pasaba por allí con un carro de labor, le arrebató el herido y lo llevó a lugar seguro, con peligro de su vida.

Kirchhorst, 28 de noviembre de 1944

Hoy han sido enterrados en el pequeño cementerio los dos norteamericanos cuyos paracaídas se enredaron.

Por la tarde ha venido el general Loehning; también él había oído algo de los rumores que circulan desde hace varias semanas y según los cuales yo estaría en la cárcel o habría sido fusilado.

Tarea del autor es no la exactitud absoluta, sino la exactitud óptima. Eso tiene su justificación en la diferencia que hay entre la lógica y el lenguaje. De ahí que uno de los presupuestos del buen estilo sea que el autor se dé por satisfecho con la expresión óptima. La búsqueda de lo absoluto lleva a descarríos.

Las palabras son un mosaico; eso quiere decir que hay entre ellas intersticios. Vistos lógicamente son huecos; ellos son, sin embargo, los que proporcionan tierra a las raíces de una profundización más honda.

Kirchhorst, 29 de noviembre de 1944

Perpetua ha soñado que le sacaban un colmillo.[2]

Hacia el mediodía, con cielo muy cubierto, aparecieron numerosas escuadrillas y tiraron bombas. Un tiovivo gigantesco, del cual caían chaparrones de hierro, parecía estar dando vueltas por encima de la aldea. Las bombas han estallado en los alrededores de Kirchhorst — en Stelle, en Lohne, donde vi, desde el jardín, las salpicaduras de los impactos de treinta bombas, en Buchholz, donde han ocasionado grandes destrozos, en Misburg, donde se han sacado de los escombros los cadáveres de cincuenta muchachas que trabajaban como auxiliares de la fuerza aérea.

En el correo, entre otras cosas, un telegrama de la condesa Podewils. Su marido ha escrito desde Inglaterra — entre tantas

noticias lúgubres, una agradable.

En el sueño iba a hacer una visita a mi padre y también lo encontraba en casa, pero las dos columnas de la entrada se habían juntado tanto que me costaba mucho trabajo pasar entre ellas.

Kirchhorst, 2 de diciembre de 1944

Por la noche turno de guardia; a causa de los aviones se ha dispuesto que se realice aquí en la aldea ese servicio. Los campesinos tienen un sueño pesado y casi siempre son las bombas que caen lo que los despierta. Por suerte he tenido de compañero a mi vecino Lahmann, un hombre que no carece de pensamientos en su cabeza. La presencia de una persona inteligente o agradable divide el tiempo. Ese sorprendente efecto llega tan lejos que en los encuentros espirituales o eróticos puede el tiempo perder completamente su peso y aun su existencia. En cambio el dolor y la obtusidad de espíritu lo estiran hasta el infinito. Es menester dar muchas vueltas en torno a ese pensamiento si se quiere vislumbrar en su auténtico rango la muerte como aniquiladora del tiempo. Ella aporta lo que nadie más es capaz de aportar.

Por la mañana visita de Kohlberg; conversación con él sobre Löns y sobre autores de la Baja Sajonia en general. Nuestro seco suelo es el más desfavorable que cabe imaginar para la producción de existencias consagradas a las Musas. *Frisia non cantat* — también a nosotros se aplica ese dicho.

Por la tarde en Burgdorf a recoger unos patos, regalo de Hanne Menzel enviado desde Silesia.

Kirchhorst, 4 de diciembre de 1944

Lectura: *Sobre la oración,* de Orígenes. Además, los diarios de Léon Bloy.

Bloy es eminentemente humano en su manera de instalarse en la basura, en los excrementos, en la fetidez, en los elementos del odio, y conocer al mismo tiempo, sin embargo, la ley suprema, invisible. Esto hace que la lectura resulte penosa y que en largos pasajes se asemeje a la supuración producida por la salida de cascos de metralla que se hubiesen incrustado bajo la piel. Pero me estará permitido decir que he hecho un esfuerzo como lector, y que lo he hecho en circunstancias agravantes. No debería tenerse miedo a las humillaciones, a los insultos. Entonces se sacan de la arena de aluvión, lavándola, las pepitas de oro.

Tal vez incluya a Bloy en la lista de autores a los que, como acto de agradecimiento espiritual, pienso dedicar un estudio. Hace tiempo que vengo coleccionando materiales para una documentación de esa especie, que estará dedicada a personas, libros, objetos con que me he topado en mi camino y que me han colmado de regalos.

Por la mañana ha sido encontrada muerta, rígida ya, en un campo cercano, la gata preferida de Ernstel, la bella persa Hexe — suponemos que ha comido veneno. Era hija de la vieja Kissa, que estuvo muchos años en casa, y madre de la joven Kissa, que me da muchas alegrías. Además de ella siguen haciéndonos compañía Jacko, el gran gato blanco de Angora, que tiene una gorda cabeza, y Li-Ping, la princesa siamesa.

Kirchhorst, 5 de diciembre de 1944

Por la noche turno de guardia antiaérea con mi vecino Lahmann; durante él hemos estado hablando de los tiempos que corren y hemos descorchado una botella de ajenjo. El incendio habido en Grosshorst, la mina aérea caída en Stelle, la mañana del domingo y la del martes de la semana pasada son cosas que se incorporarán para siempre a los anales de la aldea, y todavía nuestros nietos hablarán de ellas a los suyos, en el caso de que los haya.

A primera hora de la mañana grandes incursiones aéreas, pero que no han dejado caer bombas. Me lo había figurado y por ello he seguido cavando el jardín, «a la sombra», como los lacedemonios.

Continuado la lectura de *Mon journal,* de Léon Bloy. En él uno puede tropezar, como me ha ocurrido a mí hoy por la mañana, con pasajes como el siguiente:

«Kolding en Dinamarca. 8 de abril de 1900. Domingo de Ramos. Tiempo horrible. Es el aniversario del imbécil rey Christian y toda Dinamarca está de fiesta. Su innoble yerno, el príncipe de Gales, está en Copenhague, tras haber escapado a una tentativa de asesinato en la estación del Norte de París. Un joven belga ha disparado sobre ese cerdo y ha fallado. De ordinario a los cerdos se los desangra. Es más seguro y mejor para la morcilla».

Para escribir tales cosas y no digamos para publicarlas (París, 1904) se necesita o bien una tremenda insolencia o bien una seguridad de juicio maniaca. De hecho en la persona de ese príncipe Eduardo se amontonan de una manera especial, y sin contrapartida,

las materias putrefactas propias de los tiempos de seguridad. En París se conserva, en memoria suya, un aparato, una especie de silla ortopédica que había mandado construir y que le permitía practicar el coito de la manera más cómoda posible, a pesar de la enorme barriga que tenía. Se enseña ese aparato como curiosidad a los viajeros, en uno de los grandes lupanares, y Morris, que parecía tenerlo por una de las maravillas del mundo moderno, insistió en que fuera a verlo. Aunque de ordinario no rehuyo las rarezas eróticas, en este caso no pude decidirme — el carácter enteramente mecánico y el confort trivial de esa ocurrencia resultan demasiado repugnantes. Máquinas como esa podrían tener su sitio en los grandes cuadros del Bosco.

Mientras escribo estas líneas contemplo numerosos combates aéreos que se desarrollan en los azules claros del cielo que se abren entre mi cuarto de trabajo e Isernhagen. Tal vez, no tal vez, sino con seguridad, están relacionados esos espectáculos, de manera mágica e incluso causal, con el hecho de que hubiera monarcas como ese Eduardo o como Leopoldo de Bélgica o también, en otro aspecto, como Guillermo II, y no, en su lugar, las últimas espadas de la caballería occidental.

Observado por el ojo de la cerradura las nuevas gallinas, a las que todavía tengo encerradas en el gallinero. El gallo está erguido majestuosamente junto al plato de grano, llama a algunas gallinas para que se acerquen, picotea a otras para que se alejen. Tras la comida se aproxima a él una gallina, tal vez la favorita, se alza sobre las patas y, con picoteos, le toca con toda delicadeza las barbillas rosa y la cresta, mientras el gallo se da importancia — una escena galante.

Kirchhorst, 7 de diciembre de 1944

El jardín hace progresos. Del estiércol que se deja demasiado tiempo al aire libre se dice aquí que *auslodert* [se disipa en llamas]. Un término muy expresivo.

Sobre la distribución de la inteligencia. Está adaptada a la especificidad de los órganos y solo tiene sentido en relación con ellos. El pato, la rana, el pelícano, la azucena — cada uno de esos seres posee su inteligencia especial, que está cortada a la medida de su *habitus.* De ese modo salen adelante. Tanto un exceso por arriba como un exceso por abajo los perjudicaría.

La destacada inteligencia del ser humano parece sobrepasar esa

necesidad adecuada; el exceso se explica, sin embargo, porque está correlacionado con unos órganos invisibles. Cuando los órganos metafísicos no funcionan, cuando se atrofian, aparece esa perturbación del equilibrio que estamos viviendo ahora, ya que quedan liberadas grandes cantidades de inteligencia y se dedican a la aniquilación.

A este respecto también lo siguiente: la formación espiritual del trabajador manual ha alcanzado un nivel que sobrepasa las necesidades orgánicas. De esa manera quedan liberadas también en el espacio social unas energías enormes, que tienen consecuencias destructivas. Hay dos vías para remediar eso — o bien la reducción de la espiritualización o bien la creación de órganos nuevos, y estos pueden ser únicamente invisibles. Esa es una de las razones que me mueven a completar con una parte teológica mi libro *El trabajador*.

De las tesis de Weininger la que ha provocado el máximo escándalo es la que dice que no ha de verse un mérito especial en el amor materno. Sin embargo, no es posible quitarle la razón si uno mira la forma en que se comportan con sus crías el petirrojo, el gato, el pelícano. En la esfera zoológica no hay diferencias. La dedicación de los animales es tan maravillosa como la del propio ser humano. Lo que merece veneración se encuentra más allá de eso y presupone un elevarse por encima de las relaciones sexuales, más aún, también por encima de todas las relaciones temporales — consciencia de la unidad última de la sustancia, por encima de todo contacto casual: parentesco en la eternidad.

Kirchhorst, 8 de diciembre de 1944

En el correo, entre otras cartas, la largo tiempo esperada de Ernstel; se encuentra en una pequeña ciudad del norte de Italia. Me alegra que haya ido a parar a ese frente. Escribe que está leyendo *La cartuja de Parma* en una edición francesa.

Por la tarde ha venido, como cada viernes, Hanne Wickenberg. Hemos hablado sobre las auxiliares de la fuerza aérea que la semana pasada fueron matadas en el gran bombardeo de Misburg. Se las encontró unas al lado de otras, en las trincheras, sin señales de heridas externas; lo que se las llevó al otro mundo fue la ruptura de los pulmones. La presión del aire les había arrancado los vestidos y también la ropa interior, de manera que se hallaban completamente desnudas. Un campesino que ayudó a sacar los cadáveres estaba consternado por aquel estrago espantoso:

—Unas chicas tan altas, tan hermosas todas ellas, y pesadas como el plomo.

Kirchhorst, 10 de diciembre de 1944

Asistido a los oficios divinos, visitado luego la tumba de los dos norteamericanos; el único adorno que tiene esa tumba, si se prescinde de unas cuantas flores, son sus cascos.

Melancolía. La necesidad metafísica que el hombre siente merece hoy una atención especial porque la educación está predirigida de antemano a aniquilar esa necesidad, a exterminar los gérmenes mejores. Pero tal vez estén abriéndosele a la citada necesidad unas perspectivas completamente nuevas, desconocidas, como a alguien que hubiese llegado a la cima escalando una pared tenida por infranqueable. Es preciso encolarse a la roca con la propia sangre.

Arras. ¿Se habrá advertido ya que es la ciudad donde nacieron dos regicidas: Damiens y Robespierre? Supongo que sí. A cambio se han firmado en ella también dos tratados de paz.

Cuando en 1493 cayó Arras en manos de los austriacos, estos colocaron encima de una de las puertas la siguiente inscripción:

Quand les Français prendront Arras,

Les souris mangeront les chats.

Sin embargo, cuando los franceses rindieron la ciudad en 1640 lo único que eliminaron de la inscripción, con un cincel, fue la *p.*

Es un ejemplo de que la réplica es capaz de producir un efecto más escueto y al mismo tiempo más ingenioso que no la provocación arrogante. Fue algo que me llamó recientemente la atención en Francia, en la propaganda. Por ejemplo, en los enormes carteles en los que aparecía un trabajador francés que estaba en Alemania delante de una máquina con todos los signos de hallarse satisfecho. Frente a eso la contrapropaganda nocturna se limitaba a añadir con tiza a la figura del cartel un círculo: un anillo nasal.

Kirchhorst, 11 de diciembre de 1944

Cerca de la aldea están excavando trincheras a toda prisa. Al borde del pantano van a emplazar dos docenas de cañones. Aun prescindiendo del redoble de los disparos, eso atraerá sobre nosotros

ataques más violentos todavía, más cercanos.

A última hora de la tarde incursiones aéreas con bombardeos. Adviento: en el aire había un «árbol de Navidad» verde. Una pesada bomba ha pasado por encima de la aldea con un bufido infernal y ha ido a estrellarse lejos, tal vez en las cercanías de la autopista. La presión del aire ha abierto todas las ventanas y arrancado las cortinas de oscurecimiento.

En barcos que se hunden, en restos de naufragio a la deriva. Primero se racionan las provisiones, luego los maderos se despegan y comienza la lucha por las plazas. Al final, hundimiento entre restos, cadáveres y tiburones.

Burckhardt tenía ya razón al temer una «putrefacción rápida»; no se fiaba ya del asado.

Estoy leyendo *El mendigo ingrato,* de Bloy, un diario en el que este mendigo disfrazado ha dejado un gran tesoro de consuelo.

Palabras: *Désobligeant,* que en general se traduce al alemán por *unhöflich* [descortés], es propiamente el vaciado de esta palabra, por cuanto describe el estado de ánimo que la descortesía deja en el otro.

Kirchhorst, 13 de diciembre de 1944

Sueños de exámenes. Esta especie de congojas es demasiado clara, está circunscrita de un modo demasiado estrecho como para que pueda basarse puramente en el recuerdo. ¿Por qué, en cambio, retornan tan raras veces y de manera vaga en los sueños impresiones mucho más intensas, como la del combate?

El sueño del examen ha de tener relación con la muerte; en él se esconde la advertencia de que aún no está cumplida, de que aún no está estudiada la tarea de la vida, la asignatura de la vida. El examen final de bachillerato, el examen de madurez —y eso ya me lo contó también mi padre— es el que aparece de preferencia como un fantasma horroroso.

«Oh Dios, pronto cumpliré los cincuenta años y ya he estado en universidades y, sin embargo, aún no he hecho el examen de madurez, el *Abiturium.*»

Es el sueño de las vírgenes necias, del mal padre de familia, del

hombre que enterró su talento. Terrible es el sentimiento de que uno no aprobará nunca, y magnífico el despertar precisamente de ese sueño.

Soñado además que estaba contando dinero y que lo hacía en compañía de Friedrich Georg. La interpretación que el pueblo da de eso es que uno tendrá dificultades que vencer. Por cierto que tales explicaciones son casi siempre insuficientes, si bien una parte de ellas se basa en la experiencia, en la inteligencia del parentesco secreto de la sustancia. Los libros de sueños cultivan la simbólica en el sentido de la traducción; los libros de palabras, los vocabularios, lo hacen en el sentido de la mera enumeración, de parecida manera subalterna a como acontece en *La catedral,* de Huysmans.

A este respecto me viene otra vez a la cabeza la hermosa observación de Léon Bloy sobre los ocultistas de esa laya, que para conjurar al Maligno tienen necesidad de rituales, libros de magia y excursiones a zonas remotísimas y extrañísimas, y no ven el satanismo, que salta a la vista, del comerciante de ultramarinos que tiene su tienda en la esquina.

Raras veces llega el correo sin traer malas noticias. La jefa de Correos, una mujer menuda, se acerca a nuestra casa a primera hora de la mañana como un pájaro que cruzase rápidamente el jardín anunciando desgracias. Así hoy ha traído el mensaje de que se da por desaparecido a Edmond, cuya hermana y cuyos hijos viven en nuestra casa — pero es probable que haya caído prisionero.

Friedrich Georg escribe que en el ataque que destruyó en veinte minutos la antigua y bella ciudad de Friburgo ha sido pasto de las llamas también su libro *Las ilusiones de la técnica,* que estaba allí almacenado sin haber sido distribuido todavía. Casi parece que la técnica quisiera mantener en secreto ese libro, pues dos veces se han fundido ya en Hamburgo los tipos de imprenta del texto ya compuesto.

Kirchhorst, 14 de diciembre de 1944

Participaba en la excavación de un enorme nido de termitas. Enormes eran también los esfuerzos; se ponían en movimiento grúas y las excavaciones se asemejaban a las de una inmensa gravera. Aquella construcción oscura, de forma redonda, brillaba en medio de la abrupta pared amarilla. Bandadas de termitas se precipitaban fuera en formación militar; entre ellas veía termitófilos y simbiontes, por

ejemplo ciempiés, con dorsos negros, coriáceos, que escapaban arrastrándose sobre sus muchas patas. Yo participaba en aquello como experto, como conocedor de la construcción de tales sistemas estatales.

Emplazamiento de las baterías al borde del pantano. Se van del pueblo las primeras familias. La inminencia de la catástrofe va precedida de esos rumores que son acertadamente descritos por Defoe en su libro sobre la peste de Londres y por Hebbel en su *Judit*. Lo que produce pánico está entonces en los pormenores, en los pequeños detalles. Así aquí se ha divulgado el rumor de que se deben «descolgar los cuadros de las paredes».

Por la mañana en Burgdorf, en la consulta del médico. Es notable la turbación que se apodera de mí cuando me preguntan por los libros que estoy escribiendo. Sin duda se basa en que es difícil transmitir con palabras el sentido de las cosas que hago. Visto en lo absoluto resulta también insignificante, desde luego, el que yo precisamente escriba — podría ejecutar la misma obra también de otra manera, por ejemplo con la meditación. Los libros son virutas, desechos de la existencia. Interviene, en fin, un rasgo secreto, emparentado con lo erótico: es cierto que uno enseña sus hijos, pero no se extiende sobre los detalles de su concepción.

Alto en el bosquecillo de Beinhorn, que es uno de mis lugares espirituales, como lo es en París la Place des Ternes. Allí he tomado la decisión de hacer una segunda lectura completa de la Biblia, en la traducción de Lutero y con el aparato de notas. Espero que con las diversas lecturas vaya haciéndose más tupida la red de los pasajes que me parecen reveladores y que de ese modo surja, con el paso del tiempo, una exégesis para mi uso personal.

Mientras ordenaba papeles he tropezado con la recensión de *Sobre los acantilados de mármol* escrita por Näf y publicada hace ya años en una revista suiza. Si un crítico neutral, al cual no pueden caberle dudas sobre la situación reinante en Alemania, refiere el contenido de ese libro a nuestras circunstancias políticas, en ello tiene que haber por fuerza, si no maldad, sí incuria. En cuanto al estilo me reprocha que casi en cada una de las páginas hay una frase que empieza por la partícula *so* [así], y señala que uno de los máximos adeptos del lenguaje, Mallarmé, borró esa palabra de su diccionario. Para mí eso no es un criterio. En mi sentimiento de la vida desempeña un papel la partícula *so* — como referencia a algo superior, a algo que ejerce su

dominio en los objetos y sus conexiones y que se hace visible a nuestras miradas.

Sobre mi inclinación a empezar las frases con conjunciones y partículas: no solo de la frase como tal hay que exigir que las palabras que en ella figuran guarden entre sí una conexión necesaria. También es ventajoso que se exprese la relación que impera entre las frases: la sucesión lógica, la contradicción, la coordinación, la gradación, la introducción de puntos de vista inesperados. En ese sentido hay palabras de introducción que se asemejan a claves musicales; están destinadas a indicar la tonalidad, la atmósfera de la frase que viene a continuación. Las palabras viven en las frases y las frases viven a su vez en un contexto más amplio.

Considero que el autor tiene el deber de meditar sobre estas cosas; es el mínimo de aseo profesional que puede exigírsele. La única objeción a la que merecería la pena replicar sería esta: ¿no es demasiado digno de veneración el lenguaje como para acercarse a él con semejantes técnicas? ¿No son estas demasiado apropiadas para lastimar lo oscuro, lo inconsciente que vive en él?

A eso hay que decir: lo digno de veneración no es el lenguaje, sino lo inexpresable. Lo que hay que venerar no son las iglesias, sino lo invisible que vive en ellas. A eso es a lo que el autor se acerca con palabras, sin alcanzarlo jamás. La meta del autor queda allende la lengua, esta no la aprehende nunca. El autor lleva con palabras a lo silencioso. Las palabras son su herramienta y lo que hay que aguardar es que la mantenga en orden, que se ejercite en ella sin cesar. El autor no debería dejar pasar una sola sílaba de la que no estuviese contento, pero tampoco debería figurarse nunca que posee maestría. Siempre ha de estar descontento consigo mismo. También habrá de resignarse a que con toda seguridad provocará escándalo precisamente por eso.

Kirchhorst, 15 de diciembre de 1944

Por la mañana y a última hora de la tarde ataques de un carácter amenazador; no lejos de aquí han caído bombas.

Por la tarde visita de Cramer von Laue; ha sido herido gravemente en Italia por segunda vez y ha llegado con muletas. Conversación sobre el atentado y en especial sobre la salud de Kniébolo, que ha quedado muy quebrantada, al parecer. Se dice que su pesar por no haber reconocido al enemigo, por no haberlo «olido», ha sobrepasado todas las demás consideraciones — eso concordaría con ciertos detalles que Kleist me contó en Stávropol y es también el

motivo de que yo haya evitado siempre encontrarme con él. Se dice que ha ordenado introducir un nuevo instrumento para exterminar a sus adversarios, una especie de garrote vil. La barraca de los desolladores, esa es la realidad.

En el correo, entre otras cosas, una carta de Ernstel, que pronto afrontará su primer combate. Además, *Las ilusiones de la técnica,* de Friedrich Georg, libro al que ha dado el nuevo título de *La perfección de la técnica.* Me ha mandado uno de los pocos ejemplares de autor que le fueron enviados antes del gran incendio de Friburgo.

«Maldito sea el suelo por tu causa, con fatiga te alimentarás de él todos los días de tu vida» (Génesis, 3, 17).

Este pasaje corresponde a la frase de Hesíodo que dice que los dioses ocultaron a los seres humanos el sustento y que con anterioridad bastaba el trabajo de un solo día para todo un año.

La verdadera abundancia, la riqueza paradisiaca están fuera del tiempo. Allí se encuentra el paisaje de esas grandes producciones inmediatas descritas por el mito e ilustradas por el Génesis. Allí no hay tampoco muerte. Una chispita de la gran luz del mundo de la creación la hemos conservado en el abrazo amoroso — como si nos disparase una ballesta, volamos allende el tiempo. En el mito la victoria de Crono pone fin a esa fuerza primordial. Crono, al mutilar con su hoz de diamante al primer padre de la estirpe de los dioses, lo incapacita para procreaciones ulteriores. El papel de Gea es afín al de la serpiente.

Luego Génesis, 3, 24. La expulsión del ser humano del Paraíso no ocurre tanto para castigarlo cuanto para impedir que alargue su mano también hacia el árbol de la vida y viva eternamente. Por ello son colocados los querubines, con sus espadas desnudas, cortantes, ante el ingreso al árbol de la vida.

¿Qué significa esto? El ser humano, en estado de pecado y simultáneamente inmortal, se ha convertido en el demonio del poder violento. De ahí que, si pretende avanzar hacia el árbol de la vida, sea golpeado por el acero del ángel de la muerte, y, en la medida en que pertenece a la Tierra, sea abatido delante de las puertas. Pero en su otra condición, la de *odem,* la de aliento de Dios, regresa a la eternidad.

Kirchhorst, 16 de diciembre de 1944

Por la tarde en Hannover, que está ardiendo desde ayer por la mañana. Las calles se hallaban cubiertas de escombros y de cascotes de metralla, así como de automóviles y tranvías alcanzados por las bombas. Eran un hervidero de gente, que iba atareada de un lado para otro, como en una catástrofe china. He visto pasar a mi lado una mujer a la que le caían por la cara lágrimas del tamaño de gotas de lluvia. También he visto a gente que llevaba a cuestas hermosos muebles antiguos recubiertos de polvo de cal. Un elegante caballero de sienes plateadas empujaba una carretilla encima de la cual iba un pequeño armario rococó.

Luego en casa de mis suegros en la plaza de San Esteban. También allí estaban destrozadas otra vez las ventanas y las puertas, pues una ristra de bombas había devastado los alrededores. Cuando se está de ese modo en el abanico de los puntos de bombardeo se oye cómo el poderoso redoble va aumentando de manera cada vez más horrorosa hasta que, poco antes del impacto, se convierte en un ruido sibilante. Parece, pues, que no es cierto eso que se asegura con frecuencia, a saber: que uno no percibe ya la bomba que le cae encima. Un espeso polvo de mortero había llenado el sitio en el que los habitantes de la casa aguardaban el final tumbados en el suelo. Hice que me enseñasen ese refugio: un pasillo desnudo y encalado, en el que había siete sillas, como en una sala de espera — tal es el aspecto que tienen las modernas cámaras de tortura.

Regresado por calles que estaban ya casi a oscuras. He vuelto así a recorrer una parte de lo que fue mi camino escolar de 1906 — pero no he pasado, como entonces, al lado de escaparates iluminados y llenos de objetos, sino junto a ruinas de una lobreguez piranesiana. De los sótanos salía el rojo resplandor de los carbones almacenados allí para el invierno. Las gentes seguían pululando. De vez en cuando pasaban junto a una casa en cuyas habitaciones se veía al fuego lamer las paredes y los techos — pero nadie hacía caso de ello.

Kirchhorst, 18 de diciembre de 1944

En el supermercado subterráneo. Las tiendas estaban excavadas en la roca a gran profundidad; una de ellas era la carnicería, que estaba tallada en una vena de mármol rojo con rayas blancas. Se hallaba muy limpia; un torrente de aguas cristalinas, que brotaba espumeante de las grietas, arrastraba lejos los despojos.

Por la tarde de nuevo en Hannover, donde continúan elevándose de las ruinas nubes de vapor. He visto a hombres y a mujeres hurgar

entre los escombros y sacar de ellos a tirones algunos objetos. Las aceras estaban bordeadas de muebles, mientras comenzaba a llover. Causa una sensación extraña el ver que las calles se encuentran completamente limpias, barridas con esmero. Un rasgo de orden que sobrevive y que puede enjuiciarse de una o de otra manera. Yo lo he encontrado a medias repulsivo y a medias digno de aprecio.

Mezclados con las bombas que estallan en el acto caen también proyectiles de espoleta retardada; hacen explosión al cabo de unas horas o, si la espoleta es de larga duración, al cabo de unos días. *Est modus in rebus* — en el marco del mundo de las bombas esos proyectiles encarnan el elemento cómico. Cabe acrecentar más esa comicidad; así, en el ataque que el año pasado se lanzó contra Berlín el día de Nochebuena los proyectiles de espoleta retardada estaban regulados para que estallasen en el momento preciso en que se distribuían los regalos en las familias.

En casa de Grethe Jürgens, en su estudio. Hoy se visita a los conocidos no para ver qué tal les va, sino para ver si todavía existen.

Kirchhorst, 19 de diciembre de 1944

Continuado la lectura del Génesis. Lamec, que ante sus mujeres Ada y Sela se jacta de haber matado a un hombre por una herida y a un joven por un cardenal, y dice que quiere ser vengado no siete veces, como Caín, sino setenta y siete veces. Es un pensamiento genial de Herder el haber relacionado este primer canto de triunfo de la humanidad con la invención de la espada, a la cual se hace alusión poco antes. Lamec es el padre de Tubalcaín, el primer forjador de herramientas de bronce y hierro. Tiene así una enorme superioridad de poder.

Lamec es uno de los titanes, de los superhombres de la cultura cainita; a esta hemos de imaginárnosla en posesión todavía de una gran parte de la fecundidad primordial y llena de un sombrío esplendor. Los sacrificios de seres humanos forman parte de sus festividades; en la corrupción (6, 2) esa cultura alcanza dimensiones extremas.

La cultura cainita es el modelo antediluviano de toda pura cultura de poder. En ese sentido son tardías colonias suyas lugares como Sodoma, Gomorra, Babilonia, Dahomey. Cainitas son los grandes lugares donde se celebran fiestas fratricidas en esta Tierra, como los teocallis mexicanos, el circo romano, las cavernas para asesinatos de la civilización de las máquinas. Cainitas son las banderas rojas,

cualesquiera que sean los símbolos que lleven, cainitas son los regimientos de Kniébolo cuya insignia es la calavera, cainita es un navío de guerra que se jacta de llevar el nombre de Marat, uno de los más grandes carniceros de hombres.

A las mujeres cainitas se las describe como sobremanera hermosas. *Dans l'état de chute, la beauté est un monstre* (Léon Bloy).

Kirchhorst, 21 de diciembre de 1944

Los sueños son espumas — llegadas de lo infinito.

Kirchhorst, 23 de diciembre de 1944

Continuado la lectura del Génesis. Leo al mismo tiempo el *Comentario al Génesis* (1880), de Delitzsch, y *Maimónides. Crítica de la dogmática judía,* de Goldberg. Goldberg toca en su libro algunos asuntos que vienen ocupándome hace tiempo — por ejemplo, qué relación mantendrá el judaísmo con el siglo XX. El suicidio de Weininger se asemeja en este marco a la pérdida de un caudillo en un combate de vanguardia. El judío es eterno — eso quiere decir que tiene una respuesta para todos los siglos. Estoy empezando a apartarme de mi opinión de que el siglo XX es completamente adverso para los judíos y creo que su segunda mitad traerá sorpresas en ese aspecto. A ello apuntan precisamente los horrorosos sacrificios.

A medida que la Escritura avanza los rasgos comunes del ser humano van haciéndose rápidamente más nacionales, más diversos. Adán es el padre del género humano; Abraham, el padre de los pueblos semitas; Isaac, el padre de los judíos y edomitas; Jacob, el padre de Israel.

Jacob no es el más grande de los patriarcas, pero sí el más notable. En su persona se toman varias decisiones importantes. La astuta sustracción de la primogenitura y, en especial, de la bendición paterna encuentra su analogía en el privilegio del Pueblo Elegido frente a todos los demás pueblos. La estancia de Jacob en casa de Labán es el primer exilio judío, y Esaú, el primer antisemita.

Los dioses antiguos están aún presentes de una manera mágica, acaso también compiten entre sí. El rapto de los ídolos de Labán es un robo del *nomos.* Quien los hurta es Raquel, la cual los protege contra Labán, que va en su persecución, mediante un acto tabú: los esconde bajo sí y se vuelve intocable al asegurar que tiene la menstruación. Más tarde se los entierra, junto con los pendientes de las mujeres, al

pie de una encina próxima a Siquén. Tal vez sea la misma encina bajo la cual se proclamó rey más tarde a Abimelec (Jueces, 9, 6).

La lucha nocturna de Jacob con el Señor. A este respecto dos pensamientos de índole general:

El ser humano no debería dejarse vencer por poco; es preciso que Dios se imponga a él por la fuerza. Tendrá la tentación de tirarse a tierra por fatiga, de dejarse caer antes de haber sido penetrado completamente, subyugado enteramente por la fuerza de lo alto. Es este un peligro específico de nuestro tiempo, en que la gran amenaza llevará hacia la Cruz a los seres humanos, en masa, pero sin mérito.

Luego: la lucha es nocturna porque el ser humano, desde su caída, no puede soportar el rostro de Dios. Solo en la aurora lo reconoce y recibe su bendición. La noche es aquí la vida humana, en la que con frecuencia se hace sentir cruelmente el brazo del Dios invisible; la aurora es la muerte y en ella aparece su rostro.

Hemos de dejarnos vencer en nuestra condición de racionalistas, y esa lucha es la que está librándose hoy. Dios presenta la contraprueba contra nosotros.

Kirchhorst, 28 de diciembre de 1944

El elemento puramente activo no penetra más que hasta la realidad episódica, pero no llega a la realidad histórica. En ese sentido es justo que se tenga a Colón por el descubridor de América y no a los islandeses, los cuales desembarcaron en aquellas tierras mucho antes que él. Para crear realidad y fecundidad históricas se necesita un disparo que dé en el blanco porque se apuntó a él, no acertar por casualidad; es preciso que se agregue un ingrediente espiritual que realce el ciego azar.

El eco espiritual de la caricia — un temblor que responde desde la médula más íntima de la vida.

Kirchhorst, 29 de diciembre de 1944

En el jardín, con helada, pero con un hermoso sol. Al mirar el haya, desnuda pero bañada en luz, un sentimiento de secreta alegría: «El verano descansa en su estuche».

He empezado la lectura, muy tempestiva, de los relatos de

naufragios; el primero, el libro *Les naufragés,* de Raynal. Describe la robinsonada del autor y de cuatro compañeros suyos tras un naufragio en las islas Auckland, situadas al sur de Nueva Zelanda. Los náufragos vivían de la carne de los leones marinos, muy abundantes en aquella zona, de los peces, moluscos, huevos de albatros y bayas silvestres. Con ese motivo se menciona un árbol que está enteramente cubierto de bayas muy sabrosas de color rojo encendido; tal vez sería apropiado para plantarlo e injertarlo en nuestros jardines. El clima es áspero, las tempestades rugen durante semanas enteras alrededor de los bastiones rocosos, contra los que rompe la marea del océano Pacífico. En un suelo de turba crece un bosque de árboles contrahechos por el viento; pájaros de vistosos colores cruzan rápidamente sus espesuras y entre ellos hay incluso un pequeño papagayo de color gris, que anida en las cuevas y tiene en el pecho como adorno una mancha de color encarnado chillón.

La pequeña comunidad es laboriosa, lo primero que construye con las velas salvadas del naufragio es una tienda, después una choza y un taller con fragua y carpintería; en él surge en el lapso de veinte meses un bote capaz de navegar. Con tal embarcación se consigue hacer en julio de 1865 la travesía hasta la isla Stewart, que queda en la punta meridional de Nueva Zelanda. El autor es sencillo, claro, está lleno de *common sense.* Menciona como medio que favorece la convivencia la lectura de la Biblia y la oración en común; tiene, en cambio, por peligrosos los juegos de naipes y las bebidas fermentadas. De ahí que tras una disputa se quemen las cartas y se destruya un alambique de destilar.

Este libro merecería ser traducido al alemán; he hecho algunos resúmenes para la obra sobre las islas proyectada por mi hermano Wolfgang, el geógrafo.

Kirchhorst, 30 de diciembre de 1944

Por la mañana visita de un lector cuyo nombre es Rosenkranz. Inclinaciones botánicas, ligadas al conocimiento de la farmacología y la toxicología modernas.

Sentados junto a la estufa hemos hablado de la mescalina; a ese respecto ha contado que le ha escrito una persona que ha perdido la vista, lo ha hecho por hambre de colores, con la esperanza de conseguir una embriaguez óptica. Luego, sobre los diversos modos de preparar la masa de opio en China, en la India, en Persia, en Turquía. A las cápsulas de la adormidera hay que hacerles la incisión en días soleados, solo bajo la influencia de la luz se cuaja la leche amarga

transformándose en una fuerza narcótica, solo bajo esa influencia se forma en ella una luminiscencia interior. Además, sobre una droga obsoleta, el *lactucarium,* que se saca de la savia láctica cuajada de la lechuga venenosa. Parece que es especialmente en Zell an der Mosel donde se planta esa lechuga en campos enteros. Los médicos antiguos equiparaban su efecto al del opio.

Kirchhorst, 31 de diciembre de 1944

El último día de este año. Por la mañana en la iglesia, que va desmoronándose no solo en su exterior, sino también en su carisma. Continúa siendo, con todo, el mejor sitio para recordar a los muertos y a quienes están lejos, en el fuego, y asimismo para pensar de forma digna en el propio destino.

Luego desayuno con Hanne Menzel y Perpetua. Una alarma lo puso fin; poco después aparecieron en el cielo azul brillante unas escuadrillas aéreas, mientras la Tierra yacía bajo un deslumbrante manto de nieve. Las nuevas baterías emplazadas cerca de Stelle comenzaron a disparar; al poco tiempo estuvo salpicada de nubecillas la bóveda celeste. Entretanto oleadas de aparatos, que llegaban de la dirección de Grossburgwedel, se dirigían hacia Misburg, de donde pronto volvieron a alzarse enormes humaredas. Las dos estelas condensadas que van pegadas como cortas barbas a los motores despiertan la impresión de una fuerza sumamente comprimida, de una corriente concentrada en la estela de la energía. Por encima de las escuadrillas evolucionaban en amplios círculos y espirales los cazas, seguidos de unos hilos largos, como espiroquetas; se oían sus armas de a bordo en el combate. Uno de los cazas se precipitó primero humeando y después ardiendo en dirección a Bothfeld. Yo he estado en parte junto a la ventana y en parte en el prado, para grabarme unas veces una impresión y otras otra, como alguien ocupado en hacer una gran serie de fotografías.

Kirchhorst, 1 de enero de 1945

Nochevieja, pasada con Perpetua, Hanne Menzel, Fritzi Schultz y Hilde Schoor. El año lo ha inaugurado un discurso de Kniébolo, profundamente emparedado entre los muros del espíritu del odio y de la concepción cainita. Es terrible ese ir hundiéndose en unos espacios cada vez más carentes de luz, ese alejamiento meteórico de la esfera de la salvación. Lo que de esos abismos brota necesaria e ininterrumpidamente es la destrucción, el fuego.

Meditación en la Nochevieja: estamos acercándonos al remolino más interno del Maelström, a la muerte casi segura. De ahí que tenga que prepararme, que equiparme interiormente para pasar al otro lado, al lado luminoso del Ser, y hacerlo con libertad, no forzado, sino con un asentimiento íntimo, con una expectación tranquila ante la puerta oscura. Sin dolor he de dejar mi equipaje, mis tesoros. Pues solo son valiosos por cuanto habita en ellos una relación con el otro lado. La muchedumbre de los manuscritos, el trabajo de los años de maduración — he de habituarme al pensamiento de verlos devorados por las llamas. Lo único que permanece es aquello que no he concebido y escrito para los seres humanos: el núcleo de la autoría. Ese núcleo perdura para la gran peregrinación allende el tiempo. Lo mismo ocurre con las personas y las cosas que dejo — completamente indestructible es lo real, lo divino de mi relación con ellas: el estrato donde las he amado. El más íntimo de los abrazos es solo símbolo, parábola de esa inseparabilidad — allí estaremos unidos en el seno que no se corrompe, y nuestros ojos no serán ya lumínicos, sino que estarán en la Luz.

El nuevo año ha comenzado con cielo azul y con sol. Muy pronto se ha cubierto la bóveda celeste de escuadrillas de aviones que ejecutaban sus complicadas maniobras bajo un intenso fuego. Entre los proyectiles era posible ver algunos que quedaban suspendidos en el aire como copos ardientes. Nuestra casa ha sido sobrevolada algunas veces en línea recta — las escuadrillas pasaban por encima de ella cual rastrillos letales. Cerca de Schillerslage fue lanzada una de esas señales de humo dentadas que cuelgan desde grandes alturas hasta casi el suelo como cintas indicadoras del blanco. Luego resonaba a intervalos el temible redoble de las bombas; uno tiene cada vez más la impresión de que crean zonas de aniquilación en las que no puede subsistir ya vida ninguna. El objetivo tiene que haber sido Dollbergen, de donde se extrae petróleo.

También a última hora de la tarde ha habido incursiones aéreas con «árboles de Navidad» rojos.

Lamentation de l'epée, de Léon Bloy, aparecida en octubre de 1890 en *La plume.* La espada expresa su asco por los hombres de hoy, que ya no son dignos de llevarla, y amenaza con recobrar su forma primitiva: la de la espada de fuego que extermina a la estirpe entera.

Divisa para una cortina de oscurecimiento: *S'ils ont éteint le jour, qu'ils soient éclairés de la foudre!* Michelet.

Sin duda puede decirse: «la mano de Dios», pero no: «el puño de Dios».

Kirchhorst, 4 de enero de 1945

Lectura: Baader, que me resulta difícil, como todo lo que se deriva de Böhme. Hay algunas imágenes, sin embargo, en las que salta enseguida la chispa, como aquella en que habla de las ventajas que tiene incluso la oración mecánica. Compara la juntura que así se alcanza con la presión a que un carpintero somete a dos tablas rebeldes, hasta que por fin la cola de pegar las une.

Yo diría que la oración mecánica hace surgir un *vacuum,* un hueco, en el transcurso causal del día, y que ese hueco posibilita influjos de lo alto. De ahí que en nuestros días no carezca en absoluto de sentido, como se piensa de ordinario, la decisión de atenerse, para empezar, y aun sin llamada interior, a una norma de fe. Esa decisión proporciona, antes por el contrario, la mejor abertura de la partida metafísica. A Dios le toca mover ahora las fichas. Véase sobre esto el Evangelio de San Mateo, 7, 7-11.

Ese pasaje es instructivo también porque contrapone el pez, como objetivo y don de la oración, al animal terrestre, a la serpiente. Tales cosas no se fundan nunca en Cristo en imágenes casuales, sino que llegan siempre hasta los cimientos del edificio del mundo.

Kirchhorst, 5 de enero de 1945

Por la mañana en Burgdorf; motivo, el mando del *Volkssturm,* del que debo hacerme cargo. Nos encontramos en una situación en que lo único positivo es la falta de salida. Ello hace que la inteligencia quede remitida a sus bastiones interiores y auténticos. Ahora la salvación es

posible únicamente si hay una intervención desde un orden diferente.

Por la tarde he llevado a Hanne Menzel a la estación. A última hora grandes incursiones aéreas. En el refugio. Desde la ventana del desván he visto hervir la ciudad bajo los impactos; por encima del pantano subían las amarillas campanas de fuego de las bombas en cadena.

Mientras estoy escribiendo estas líneas en la tranquila habitación rigurosamente oscurecida suena ya de nuevo en el aparato de radio la monótona voz de la locutora:

«Numerosos aviones están acercándose desde la zona del mar de Steinhuden hacia la capital de la comarca. Es absolutamente necesario atenerse a las normas de la defensa pasiva».

Dios mío, quién hubiera pensado en 1911 en semejantes paisajes. Es algo que sobrepuja todas las novelas utópicas.

A las diez un nuevo ataque con fuego, más violento todavía. Las explosiones han sido tan fuertes que en la casa han caído objetos al suelo.

Continuado la lectura del Levítico. Quien supusiera que son propósitos higiénicos lo único que hay detrás de las prescripciones rituales de los antiguos legisladores se parecería a quien viese el significado de las calles y plazas de una gran ciudad únicamente en su aportación de aire. También eso es verdad, pero solo en un sentido subalterno. Aquí no se trata de la vida higiénica, sino de la vida óptima, la cual incluye *también* el óptimo higiénico, por cuanto el estado sacral abarca y realza la salud natural. En su forma de santidad ese estado roza incluso la inmortalidad — véanse los pasajes en que el rostro de Moisés se vuelve «resplandeciente» y resulta insoportable para los ojos humanos.

Y véase también a este respecto el *Dionysos,* de Walter F. Otto, obra que se cuenta entre mis lecturas de estos días y cuya introducción delata un buen conocimiento de nuestra situación teológica:

«Lo que determina el carácter fundamental de los actos de culto no es que sus primeros ejecutores quisieran atraer a sí algo deseable, sino que poseyesen lo deseable, la cercanía de Dios».

Cabe suponer que Israel intentó eliminar durante el éxodo los

fermentos egipcios — sobre esto el documento sustancial es la lapidación del hijo de Selomit (Levítico, 24).

Kirchhorst, 6 de enero de 1945

Mi amigo Speidel me ha enviado desde Freudenstadt la noticia de que está libre. La carta lleva fecha del día de Nochebuena y es uno de los raros mensajes gratos que me llegan. También en Speidel he pensado cada día, lo he hecho con mucha intensidad y espero que con penetración. De Ernstel, en cambio, nada aún. Ese consumirse de millones de personas en la espera de cartas es también una de las características del mundo del terror.

Por la tarde en la ciudad. Las ruinas han vuelto a ser bombardeadas, y con más intensidad todavía; tras el golpe de látigo, el de escorpión. La parte sur de la ciudad estaba ardiendo; en las casas de la Podbielskistrasse y de la Alte Celler Heerstrasse, que he recorrido en bicicleta, las carboneras de los sótanos estaban incandescentes y los techos se desplomaban desprendiendo chispas. Los incendios ya no llaman la atención, forman parte del cuadro. En las esquinas personas sin hogar envolvían en sábanas los objetos salvados. Una mujer que he visto salir de la puerta de una casa llevaba en la mano un orinal, pero lo único que colgaba del asa era un pedazo. Enormes embudos rodeaban también la estación del ferrocarril, delante de cuyos desnudos vestíbulos seguía montado en su corcel el rey Ernesto Augusto. Dos de las entradas al gran refugio, en el que habían buscado protección veintiséis mil personas, quedaron obstruidas por los escombros; la ventilación dejó de funcionar algún tiempo, de manera que la muchedumbre que allí se apretujaba comenzó ya, en los primeros estadios de la asfixia, a arrancarse del cuerpo los vestidos y a gritar pidiendo aire. Dios nos libre de semejantes ratoneras.

En los andenes había trenes calcinados; el paso subterráneo, del lado de Correos, había sido perforado por una bomba que no estalló y que se encontraba allí en el pavimento.

Vi todavía en pie la casa de mi suegro, en la plaza de San Esteban; por ella había emprendido este viaje de reconocimiento. En cambio su refugio había aguantado varios impactos sin irse al garete. Entre el primer ataque y el segundo muchos hombres habían ido a echar un vistazo a sus hogares y habían regresado a donde estaban sus mujeres con esta frase en los labios.

—La casa ya no existe.

Kirchhorst, 7 de enero de 1945

Tristitia. Antes de despertarme soñado con Cellaris. También a él lo recuerdo cada día — qué no daría yo por que Cellaris tornase a ver la luz, libre física y espiritualmente, aunque sin duda su salud quedará quebrantada para siempre.

En lo hondo del pantano, entre Colshorn y Stelle, hay una barraca solitaria desde la que un soldado dispara «árboles de Navidad» cuando se producen incursiones aéreas nocturnas; lo hace con la finalidad de engañar a las escuadrillas inglesas e inducirlas a creer que aquella es la señal dejada por los aviones de cabeza para lanzar allí las bombas. Ayer Alexander calificó aquello de «pararrayos» — una comparación excelente para un niño.

Comenzado a leer el primer tomo de *Historia de los naufragios,* de Deperthes, París, año tercero de la República. Lo primero que allí se cuenta es la invernada de Barents y su tripulación en 1596/1597 en Nueva Zembla. Luchas con osos polares, que resultaban verdaderamente peligrosas, dado lo imperfectos que eran entonces los fusiles. Esas luchas nos dan una idea de los encuentros del ser humano con los grandes animales de los tiempos prehistóricos. Se describe como venenoso el hígado de los osos polares; su consumición va seguida de enfermedades graves, casi mortales; la piel se cae. Contra el escorbuto, la *Cochlearia,* que en el plazo de dos días cura incluso los casos graves. Se dice que un remedio excelente es también «una ciruela que crece en la tierra» — supongo que se trata de la mora enana.

Kirchhorst, 8 de enero de 1945

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios.* Ocho marineros ingleses, cazadores de ballenas, que en 1630 se alejaron de su barco, el *Salutation,* viéronse forzados a invernar en Groenlandia. Se instalaron confortablemente en una barraca que había servido para cocer el aceite de ballena y se alimentaron principalmente de chicharrones, de los cuales habían quedado allí grandes montones al freír la grasa de las ballenas; también cazaron zorros con trampas confeccionadas con huesos de ballena. El sol desapareció el 14 de octubre y no volvió a dejarse ver hasta el 3 de febrero. El 28 de mayo de 1631 regresó su barco.

El relato se debe al marinero Pelham, uno de los ocho. Cuando leo esos nombres me acuerdo a veces del deseo que Friedrich Georg

manifestó en una de nuestras conversaciones nocturnas: el de un registro de las catacumbas, en el que cupiera encontrar el nombre de cada uno de los seres humanos que han peregrinado por la Tierra, junto a una breve semblanza de su destino. ¿Quién sabe si no existirá ya? Pero tal vez en lo absoluto ese registro no es mayor que una hoja cubierta de jeroglíficos: las figuras temporales se asemejan las unas a las otras y lo que proporcionan es la biografía de *el ser humano.* También los millones de libros que se han escrito se reducen, en efecto, a las veinticuatro letras.

Se dice que Langenhagen ha quedado destruido por el ataque de ayer. Cadáveres de ese pueblo llegaron volando hasta la autopista, que queda bastante lejos. También cerca de aquí, en la zona de Altwarmbüchen, cayeron algunas bombas.

Aún sin carta de Ernstel.

Kirchhorst, 9 de enero de 1945

Aniversario de la muerte de mi querido padre, una fecha que voy a recordar siempre.

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios.* Invernada del capitán inglés Thomas James en la isla de Charlton, en la bahía de Hudson. El escorbuto ocasiona la caída de los dientes y la inflamación de las encías. Para obtener verdura fresca sembraron guisantes en una habitación cerrada. El beber nieve derretida causa enfermedades. De ahí que excavasen un pozo cuya agua les pareció «tan suave y nutritiva como la leche». Tras muchos fallecimientos y privaciones, regreso. La descripción de esos sufrimientos causó en los ingleses un efecto tan desalentador que durante treinta años se abstuvieron de emprender expediciones árticas.

Además, la robinsonada de siete marineros que el día 26 de agosto de 1633 fueron desembarcados, con su consentimiento, por la holandesa Compañía de Groenlandia en la isla de San Mauricio, con el fin de observar el curso del invierno ártico. El escorbuto minó pronto sus fuerzas, también padecieron un frío tal que hacía que el aguardiente se congelase en los toneles, que las piedras saltasen en pedazos y que el mar pareciese una lavandería. Uno tras otro fueron muriendo; llevaron el diario hasta el 30 de abril de 1634. El 4 de junio regresó la flota ballenera y encontró los cadáveres en las yacijas. Uno de ellos tenía en sus manos pan y queso, de los que había comido poco antes de fallecer; otro sostenía en las suyas una caja de ungüento para

las encías y un libro de oraciones.

Sobre la sincronía. Mientras ocurrían esos sufrimientos solitarios fue asesinado Wallenstein en Egger y estaba desarrollándose en otras partes del planeta la Guerra de los Treinta Años.[1]Tales pensamientos me conmueven siempre con especial hondura. Llevan al gran Ojo solar que ve todo, al gran Corazón del mundo.

Kirchhorst, 10 de enero de 1945

A última hora de la tarde incursiones aéreas con violentos bombardeos, una vez que fueron emplazados encima de la ciudad algunos funestos astros de mal agüero. Me quedé junto a la señora Schoor, que no estaba en condiciones de bajar al refugio por causa de una fuerte gripe.

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios.* Se menciona, entre otras invernadas, la de Bering, cuyo barco, el *San Pedro,* naufragó el 5 de noviembre de 1741 ante la costa de Kamchatka. Ya antes del naufragio padecía de escorbuto la tripulación. Muchos murieron al ser llevados de la mal ventilada atmósfera del barco al aire libre — este era demasiado fuerte, demasiado consuntivo, para la llama vacilante de su vida. También Bering falleció, y fue enterrado en la isla que desde entonces lleva su nombre — más aún, todo el mar alrededor tomó de él su denominación. Entre sus oficiales se encontraba, como médico y naturalista, Steller. Los hombres se alimentaban de animales marinos, muy abundantes en aquella costa, sobre todo de la vaca marina, ya extinguida, que fue bautizada con el nombre de Steller. También fue saludado con alegría el embarrancamiento en la playa de dos ballenas; sus cadáveres congelados se utilizaron como «depósito de carne». Con la habilidad propia de los rusos en la elaboración de la madera se emprendió la construcción de una nueva nave de cuarenta pies de largo, que fue terminada el 10 de agosto de 1742. Con ella se consiguió regresar a Siberia. La participación de Steller otorga a este viaje un rasgo espiritual, académico, con lo cual adquiere enseguida una luz superior la estampa del sufrimiento sordo, tan repetida en estas invernadas.

Kirchhorst, 12 de enero de 1945

¡Ernstel muerto, caído, mi buen niño, muerto ya desde el 29 de noviembre del pasado año! Ayer, 11 de enero de 1945, a última hora de la tarde, poco después de las siete, llegó la noticia.

Kirchhorst, 13 de enero de 1945

Mi querido muchacho encontró la muerte el 29 de noviembre de 1944; tenía dieciocho años. Cayó de un tiro en la cabeza durante un choque entre patrullas de reconocimiento en las montañas de mármol de Carrara, en Italia central, y, según cuentan sus camaradas, murió instantáneamente. No pudieron llevárselo consigo en aquel momento, pero poco después lo recogieron con un carro blindado. Ha encontrado su última morada en el camposanto de Turigliano, cerca de Carrara.

Mi buen muchacho. Desde niño aspiró a imitar el ejemplo de su padre. Y ahora, ya en la primera ocasión, lo ha hecho mejor que él, lo ha sobrepasado infinitamente.

He estado hoy en la pequeña habitación del desván que le había cedido y en la que aún permanecía toda su aura. He entrado allí en silencio, como en un santuario. Entre sus papeles he encontrado un pequeño diario, que comienza con este lema: «El que más lejos llega es el que no sabe adónde va».

Kirchhorst, 14 de enero de 1945

El dolor es como una lluvia, que primero cae en tromba y luego va calando lentamente la tierra. El espíritu no lo capta de una vez. También nosotros hemos entrado ahora en la verdadera, en la única comunidad de esta guerra, en su fraternidad secreta.

Medito mucho sobre Ernstel. No son pocas las cosas que en su muerte se asemejan a un enigma difícil de resolver. ¿Qué significa el que en el mismo año consiguiese yo arrancarlo a las manos de la tiranía? Eso estuvo bajo signos muy favorables; todas las fuerzas buenas cooperaron, como en una conjura secreta. Pero tal vez Ernstel, antes de su muerte, debía dar ese testimonio y salir airoso en el auténtico empeño, que tan pocos son capaces de afrontar.

Kirchhorst, 15 de enero de 1945

El dormir me hace bien; inmediatamente después de despertarme vuelve el dolor a ocupar su lugar. Me pregunto cómo es posible que durante todas esas semanas pensásemos cada día en el muchacho, y que no nos llegase un eco de la verdad. Queda ciertamente lo que yo anoté en estas páginas el 29 de noviembre de 1944, día de su muerte, tal vez a la hora en que él moría. Entonces pensé enseguida en la muy difundida creencia popular, pero es notable que, a pesar de todos mis intentos de interpretar el sueño de Perpetua, no viera ni remotamente esa posibilidad, que era la más apropiada.

Nos alzamos como acantilados en el silencioso oleaje de la eternidad.

Kirchhorst, 16 de enero de 1945

Ceremonia religiosa en memoria de Ernstel. El superintendente Spannuth la ha celebrado en la biblioteca. Encima de la mesa la fotografía del muchacho, entre ramas de abeto y dos cirios. Como texto, el final del salmo 73 y la frase de su confirmación, Evangelio de San Lucas, 9, 62:

«Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es a propósito para el reino de Dios».

Estaban presentes la familia, los refugiados que viven en nuestra casa y los dos vecinos, Lahmann y Colshorn.

La muerte de mi hijo inserta en mi vida una de las fechas, uno de los puntos cruciales. Las cosas, los pensamientos, los actos son diferentes antes y después.

Kirchhorst, 17 de enero de 1945

Ido a Burgdorf. Al pasar por Beinhorn pensado vivamente en Ernstel. En diciembre del año anterior íbamos caminando por los bosques en medio de la niebla y en aquel sitio estuvimos hablando de la muerte. Ernstel dijo:

—A veces siente uno tal curiosidad por ella que apenas puede aguardarla.

Kirchhorst, 20 de enero de 1945

Cómo intentan los lémures inmiscuirse en esa muerte, cómo tratan, por así decirlo, de devorarla también a ella. Así, el comandante de su compañía, que es el que me ha enviado el mensaje, da por supuesto que Ernstel ha caído «por el Führer». Y eso que le eran bien conocidos los antecedentes del muchacho. Después, el funcionario, que, según la fórmula, había de transmitirme el mensaje «en forma digna» — espantoso. Sí, esas cosas forman parte de nuestra realidad y yo tuve pronto claro que la única cualidad que con ella se coordina con sentido es el dolor.

De la tragedia de los mejores de hoy forma parte la no coincidencia del *ethos* y la *polis* en la acción. Pero en lo infinito esas cosas se cortan como líneas paralelas.

Kirchhorst, 23 de enero de 1945

Sueño a menudo con mi difunto padre y son sueños que están llenos de sentido; alrededor de mi hijo, en cambio, solo hay oscuridad. Es como si en torno a su muerte hubiera un aire de cosa no resuelta, no reconciliada, de algo que aún no hubiera encontrado la paz. Perpetua ha tenido la pasada noche el primer sueño claro del muchacho. Ella estaba en un hospital y lo encontraba en un pasillo; él se asustaba al verla. Se hallaba ya muy débil y moría en sus brazos; Perpetua oía cómo «caía con un ruido como de lluvia» el sudor de la muerte.

Invasión de Prusia oriental y de Silesia por los rusos. Nuevos esfuerzos para taponar esa brecha, mientras perdura la carnicería en el Oeste. No dejan de ser asombrosas la actividad atlética y la energía de la voluntad; bien es verdad que el único lugar en que esas cualidades se despliegan es en el mal camino y que lo único a que tienden y en que aciertan es lo trivial y cosas peores. Esto no es ya una guerra, y también por ello, según Clausewitz, la política no debería permitir que se llegase a tales situaciones.

Los comunicados anuncian que se ha volado el monumento de Tannenberg y que se ha llevado a lugar seguro el cadáver de Hindenburg. El viejo no encuentra reposo en su tumba; él fue, en efecto, el portero de Kniébolo, el que le abrió la puerta; desde luego le opuso resistencia, pero pensaba aprovecharse de él; Kniébolo demostró ser más astuto.

Kirchhorst, 24 de enero de 1945

Noche abundante en sueños. Me veía a mí mismo en el extranjero en una tierra a la que daban animación aves de colores; estaba en un camino que atravesaba bosques, pero también, a veces, túneles de metro. Llevaba estrechados contra mi pecho, bajo el abrigo, en el lado izquierdo una paloma blanca y en el derecho un murciélago negro. Ambos animales, de los que me era querido especialmente el negro, salían de vez en cuando a volar y regresaban a mí como a su nido. Ha sido un sueño consolador y hermoso.

En estos días he contemplado a menudo fotos de Ernstel y se me han ocurrido pensamientos nuevos sobre la fotografía. Ninguna foto puede competir con una buena pintura en el terreno donde impera el arte y donde son dominantes las ideas y la consciencia. Pero las

fotografías poseen una cualidad propia, más oscura — una foto es en el fondo una imagen de sombra, una silueta. Transmite algo de la sustancia del ser humano, de su irradiación, proporciona un trasunto de él. En ese sentido la fotografía está emparentada con la escritura. Para recordar a alguien hojeamos cartas y fotos. Una buena compañía es entonces el vino.

Kirchhorst, 26 de enero de 1945

Dos semanas han pasado desde que llegó la noticia. Reanudación de los trabajos. He terminado de transcribir el diario de Rodas, ahora queda por hacer la copia en limpio. A menudo tengo la impresión de estar escribiendo sobre un papel que ya empieza a tostarse bajo el soplo de la llama.

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios.* En el curso de ella me han venido a la cabeza algunos pensamientos de índole general. Así, el barco representa el orden, el Estado, el *status:* cuando se produce un naufragio y los maderos se despegan, con ellos se diluye también ese vínculo y las relaciones humanas descienden al nivel de los elementos. Se convierten en relaciones de naturaleza física, zoológica o caníbal. De la pura física de las fuerzas forman parte las manos cortadas a hachazos, de las que se habla continuamente. Un bote salvavidas tiene cabida para un determinado número de personas; cualquier otra que se agarre a él amenaza con llevarlo a las profundidades. Entonces el *modus in rebus* consiste en que quienes están en el bote recurran a los remos, a los cuchillos, a las hachas para defenderse de la sobrecarga mortal. A veces ese acto se realiza con un barniz de orden; fue lo que ocurrió cuando en 1786 naufragó en un grupo de acantilados de África oriental el *Santiago,* la nave almirante portuguesa. En este caso la tripulación del sobrecargado bote eligió un jefe dotado de poderes absolutos y lo hizo en la persona de un indio mestizo de familia aristocrática. Este se limitó a señalar ligeramente con el dedo a los más débiles, que fueron arrojados inmediatamente al agua. En esas circunstancias lo normal es que la violencia busque los puntos de resistencia más débil. Así, cuando va a llegarse a la agresión caníbal, los hombres se ponen de acuerdo en elegir al grumete, cosa que también es contada por Bontekoe.

Podría otorgarse el nombre de «capitanes negros» a los dirigentes que los marineros se dan a sí mismos en tales casos o que se imponen a ellos por la fuerza; ellos regulan en general el crimen, la fuerza bruta, a la manera de los piratas. Cuando naufragó el *Batavia* en una isla solitaria de la costa de Nueva Holanda, uno de esos cabecillas, Cornelis de nombre, hizo matar, una vez que se le entregó el poder, a

todos los que no se amoldaban a sus planes. Distribuyó el botín, en el que contó también a cinco mujeres que habían formado parte de los pasajeros. Una la retuvo para sí, otra, hija de un embajador, la asignó a su lugarteniente, las otras tres fueron dejadas a los marineros, para su uso común.

El naufragio plantea la cuestión de si existe un orden que sea superior al del Estado. Ese orden es el único capaz de traer la salvación, como se vio asimismo en el caso de los hombres de las islas Pitcairn. Cada tripulación se encuentra aquí en la encrucijada.

La evacuación de Prusia oriental y de Silesia va acompañada de estampas nunca vistas en la historia de Europa: hacen pensar en la destrucción de Jerusalén. La persecución de los judíos tiene sus lados desconocidos para los ciegos hombres que la llevan a cabo; abroga el Nuevo Testamento y difunde la ley del Antiguo.

Kirchhorst, 27 de enero de 1945

Persiste el intenso frío. Por lo que se oye, muchos de los niños huidos de las provincias orientales se han helado en las carreteras o en los vagones abiertos en que eran transportados. Está llegándose ahora a un espantoso ajuste de cuentas a costa de los inocentes.

Por la tarde en el bosque con el viejo Kerner, para marcar árboles, ya que está terminándosenos el carbón. Hemos estado también en el pantano, donde todavía queda un pequeño grupo de abedules que talar. Bajo los hachazos el corazón de la madera salía claro y brillante a la luz — mientras escribía los números he visto en ellos, como en la superficie de un espejo, a mi padre, que fue quien adquirió el bosque. La madera es una materia maravillosa, digna de veneración.

A la vuelta charla con el viejo, en el cual conviven, como en muchos de nuestros campesinos de la Baja Sajonia, una cierta bonhomía y un corazón de bronce. Son naturalezas que pasan por encima de los cadáveres también en el círculo de la propia familia. Kerner me ha contado entre otras cosas una escena de su juventud; a medias borracho, y a medias simulando estarlo, había estado espiando a su mujer, que se encontraba con un amigo suyo, pero aguardó en vano el *fait accompli.*

Kirchhorst, 28 de enero de 1945

En la iglesia, donde se ha celebrado el funeral por Ernstel. Mañana hará dos meses que cayó el muchacho. Para mí él será siempre parte de lo que uno puede llevar consigo: en el estuche más íntimo. *Omnia mea mecum porto* — esa sentencia está hoy más vigente que nunca.

Kirchhorst, 29 de enero de 1945

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios*. Es notable el destino de la tripulación de un balandro portugués que en 1688 naufragó en un banco de arena de las islas Calamianas. En aquella inhóspita planicie los supervivientes se alimentaban, durante una mitad del año, de las tortugas marinas que acudían allí a poner sus huevos, y, durante la otra mitad, de la carne y los huevos de los drontes, unas grandes aves marinas que hacían sus nidos en la arena. Esas dos especies animales se relevaban la una a la otra. La estancia en la isla duró seis años, luego las aves dejaron de acudir. Los náufragos, cuyo número se había reducido a dieciséis, se pusieron entonces a construir un bote, o, más bien, una especie de cajón; lo fabricaron con maderas arrojadas a la playa por la marea y lo calafatearon con una mezcla de plumas de ave, arena y grasa de tortuga. Para atar las tablas se valieron de los fuertes tendones de las tortugas. Con pieles de aves cosieron una vela. Lograron alcanzar con semejante embarcación un puerto del sur de la China, desde donde unos misioneros los llevaron a Macao.

Kirchhorst, 2 de febrero de 1945

Leído pasajes de las memorias del conde de Vieil-Castel, obra sobre la cual tuve hace ya años una charla con Friedrich Georg. Óptica desagrable, que ve en el ser humano únicamente sus puntos flacos y sus rasgos escandalosos. Bien es verdad que en el Segundo Imperio no faltaron motivos para ello. Ya entonces estaban dados todos los presupuestos para la catástrofe en cuyos remolinos estamos girando nosotros ahora. A menudo me asombro de que el desenlace de una guerra como la de 1870 fuera tan benigno —tan benigno para ambas partes, quiero decir— y no degenerase ya entonces. También Bismarck vislumbraba ese peligro y se alegró cuando consiguió tener a buen recaudo la paz.

Kirchhorst, 6 de febrero de 1945

En el correo, cuya mayor parte hace referencia a la muerte de

Ernstel, también una tarjeta de Carl Schmitt.

Ernestus non reliquit nos sed antecessit. Cum sciam omnia perdere et Dei sententia qui mutat corda hominum et fata populorum, rerun exitum patienter expecto [Ernstel no nos deja, sino que nos precede. Si sé perder todo y conozco la sentencia de Dios, que cambia los corazones de los hombres y los destinos de los pueblos, aguardaré con paciencia el desenlace de las cosas].

Remitente: Schmitt, soldado del *Volkssturm,* Albrechtssteerofen. Esta tarjeta me ha llenado de desasosiego: me ha hecho ver claro el abrupto cambio que ha acontecido y en el cual millones de seres humanos han sido arrojados estos días a la pura catástrofe, al lodo y al fuego. Puesto que siempre se asocian a tales pensamientos imágenes de algún detalle, en mi recuerdo ha surgido el sillón de seda roja en el que tantas veces estuve sentado en la casa de Schmitt en Steglitz, cuando a altas horas de la noche contemplábamos, ante una botella de buen vino, el curso del mundo.

Desde la muerte de Ernstel he olvidado anotar las incursiones aéreas y los bombardeos, que no han escaseado en el entretanto. También esta mañana, mientras escribo estas líneas, hay una gran agitación en el aire. Estoy preocupado asimismo por mi hermano Physicus. Últimamente se encontraba en Schneidemühl, ciudad que ahora está cercada.

Hojeado de nuevo los escritos de Chamfort, a propósito del cual puede decirse, igual que a propósito de Rivarol, que hay una especie de claridad atribuible a la esterilización. Pero a ello va asociada una libertad nueva, cuya contemplación *in statu nascendi* proporciona un gran placer. Escritores llenos de ingenio han estado alimentándose de eso un siglo entero.

Ha vuelto a deleitarme la siguiente anécdota: el Regente no quería que lo reconociesen en un baile de máscaras. El *abbé* Dubois le dijo:

—Yo puedo arreglar eso.

Y durante el baile se dedicó a darle patadas en el trasero. A lo que el Regente replicó:

—*Abbé,* me enmascaras demasiado.

Partir en leños: *aufklöben* [leñar].

Kirchhorst, 7 de febrero de 1945

Concluido la lectura de *Historia de los naufragios.* Habría que organizar ese material en un tratado pragmático.

Canibalismo. Tras el hundimiento del *Betsey* en la costa de la Guayana holandesa, en 1756, el timonel Williams, el más robusto de los supervivientes, que estaban a punto de morir de hambre, tuvo la «generosidad» de ofrecer a sus compañeros un pedazo de su trasero para que así, con su sangre, pudieran prolongar un poco la vida.

Donde se llegó a la carnicería fue en el navío norteamericano *Peggy,* que en 1665 perdió la capacidad de maniobrar en un viaje que hacía desde las Azores a Nueva York y fue durante meses juguete de las olas. Tras haber devorado el gato de a bordo, última provisión que quedaba, la tripulación resolvió prolongar, matando a uno de sus miembros, la duración de la vida de los demás. Contra la voluntad del capitán, que estaba enfermo en su camarote, se hizo la elección por sorteo y le tocó la suerte a un negro que iba a bordo como esclavo. Esto permite suponer que el infeliz estaba ya preseleccionado para víctima y que el sorteo fue solo una formalidad. Fue acuchillado en el acto.

El cuerpo del negro proporcionó alimento durante dos semanas. Luego hubo que pensar en una segunda víctima, y esta vez fue el capitán mismo quien dirigió el sorteo, temeroso de que se realizase sin él. Escribió los nombres en unos papelitos, los metió en un sombrero y los agitó. La tripulación miraba en silencio los preparativos, con la cara pálida y la boca temblorosa. En cada rostro estaba impreso visiblemente el terror. Un hombre sacó la papeleta; el capitán la abrió y leyó el nombre: David Flat. A ruegos del capitán se accedió a retrasar el acuchillamiento hasta las once de la mañana siguiente. A las diez, cuando ya se había encendido un gran fuego y colocado encima el caldero, se divisó afortunadamente una vela: era la nave *Susana,* cuyo capitán proporcionó provisiones al *Peggy* y lo remolcó.

Un detalle que hace pensar en una de las novelas de Joseph Conrad: un navío inglés, el *Fattysalam,* destinado al transporte de tropas, hizo agua en 1761 delante de la costa de Coromandel; la avería era de tal magnitud que era previsible el hundimiento del barco en brevísimo plazo. Antes de que se divulgase entre la tripulación tal infortunio el capitán y sus oficiales subieron en secreto a la chalupa que iba remolcada por el barco y abandonaron este a su suerte. Desde

una distancia segura vieron cómo en el *Fattysalam* había primero un estallido de pánico, pero luego la tripulación les hacía señas indicándoles que se había reparado la avería. El capitán se inclinaba a regresar, pero sus oficiales lo pusieron en guardia contra ello. Poco después vieron cómo se hundía la nave; la tripulación había intentado con aquellas señas atraer a la chalupa.

Esta colección de naufragios contiene abundantes rasgos de bestialidad inteligente como ese. El estudio de los naufragios proporciona una de las claves de nuestro tiempo. El hundimiento del *Titanic* es el más significativo de sus presagios.

Sobre el barroco guillermino: *Es unterliegt meines Erachtens gar keinem Zweifel…* [No está sometido, según mi estimación, absolutamente a ninguna duda…]

Prueba de estilo sacada de: *Bürgermeister Mönckeberg. Briefe* [Cartas del alcalde Monckeberg], Stuttgart, 1918. En la misma página aparece usado como comparativo *unbedingter* [más incondicional].

Kirchhorst, 11 de febrero de 1945

Durante los oficios divinos tronaron las baterías emplazadas en Stelle — un avión de reconocimiento daba vueltas a baja altura sobre el pueblo, sin duda para sacar fotografías. Dado que vuelve a trabajar la refinería de petróleo de Misburg, habremos de contar con nuevos ataques contra los alrededores inmediatos. En Burgdorf un avión de vuelo rasante ha ametrallado un tren de pasajeros. Veinte muertos.

Kirchhorst, 12 de febrero de 1945

Diariamente siguen llegando cartas que se ocupan de la muerte de Ernstel, y, con ellas, no pocas palabras de consuelo. Así, hoy, el pensamiento de queenuestra vida presupone otro lado diferente; sería exagerado el gasto si solo hubiera nuestra existencia visible.

Versos de Friedrich Georg, que me han traído al recuerdo la infancia de Ernstel en Goslar y en Überlingen:

AUF ERNSTELS TOD

Die Winde fragen nach dem Gespielen:

«Wo bist du?» Und das Echo kehrt wieder.

Der Frühling kommt nun, bald kommt der Frühling.

«Wo bist du, Ernstel? Kommst du nicht wieder?»

Der Harz will grünen. Und auf den Wiesen
In dichten Hecken tönen die Lieder.
Die Amsel ruft dich aus den Gebüschen:
«Wo bist du, Ernstel? Kommst du nicht wieder?»

Er ruht nun. Ach, ihr ruft ihn vergebens
An kühlen Wassern und in den Hainen.
Ihm ward ein früher Friede beschieden.
Wir aber blieben, ihn zu beweinen.

[A LA MUERTE DE ERNSTEL

Los vientos preguntan por su compañero de juegos:
«¿Dónde estás?» Y el eco regresa como respuesta.
Ahora llega la primavera, pronto llegará la primavera.
«¿Dónde estás, Ernstel? ¿Es que no volverás?»

El Harz está a punto de verdecer. Y en los prados
suenan las canciones en los espesos setos.
El mirlo te llama desde los arbustos:
«¿Dónde estás, Ernstel? ¿Es que no volverás?».

Ernstel descansa, lo llamáis en vano
desde las frescas aguas y los bosques.
Se le ha deparado una pronta paz.
Pero nosotros nos hemos quedado para llorarlo.]

Ernstel ha dejado, pese a su juventud, una impresión nítida; eran muchos los que también lo querían. Hoy ha llegado de Carrara la fotografía de su tumba; cada día trae así un eco suyo.

Ziegler me escribe desde Hamburgo que, por disposición particular de Grandgoschier, los periódicos no mencionarán mi quincuagésimo cumpleaños. Esa es también la única distinción a que otorgo valor.[2]

Kirchhorst, 14 de febrero de 1945

Noche intranquila. Los ingleses han adoptado una táctica de desgaste consistente en que algunos aparatos aislados dan vueltas insistentemente sobre la zona y arrojan de vez en cuando una bomba, para que no disminuya la tensión.

Asimismo una alarma sustituye a la otra a lo largo del día. He oído que Dresde ha sufrido un violento bombardeo. Sin duda habrá quedado así reducida a escombros la última ciudad que permanecía intacta; al parecer han sido lanzados sobre ella centenares de miles de bombas incendiarias. Innumerables refugiados han perecido en las plazas.

He estado trabajando en el jardín, en cuyo suelo vi llamear ya ayer el brote rojo de una peonía. También he removido el estiércol debajo del gran olmo. Tiene algo de instructivo y consolador la manera como se descomponen todas las cosas y se convierten en tierra.

Leído en la pequeña edición bilingüe de Heráclito que Carl Schmitt me regaló el 23 de marzo de 1933, y en el estudio de Louis Réau sobre Houdon. Este último es un personaje que me interesa desde que vi su Voltaire en el vestíbulo de la Comédie Française. Es extraordinario el grado de verdad fisonómica a que llega este escultor del rococó; uno siente que en ella se exterioriza la propia verdad interna de esa edad: su núcleo matemático-musical. Un cincel de precisión mozartiana. Sería instructivo un estudio que le comparase con Anton Graff.

Heráclito: «Los durmientes actúan y cooperan en los acontecimientos del mundo».

Lo peor para los alemanes han sido los éxitos — en todas las partidas arriesgadas la ganancia al comienzo es la más peligrosa. Es el cebo, el anzuelo al que queda enganchada la codicia. Esa ganancia induce también al jugador a descubrir sus cartas. Se quita la máscara.

Después de la victoria sobre Francia también la burguesía estaba convencida de que todo se hallaba en orden. No oía ya la voz de los infelices, su *De profundis*.

Por cierto que las potencias occidentales están llegando a una situación parecida. El éxito las hace despiadadas. Así, a medida que sus armas van adquiriendo superioridad pasan sus emisoras de hacer el elogio de la justicia a lanzar amenazas y prometer venganza. La fuerza bruta reprime el lenguaje de la razón. La disposición a concertar la paz está bajo el signo de la balanza: siempre sube uno de los platillos en tanto baja el otro. Ha sido así siempre desde los tiempos de Breno.

¿Quién nos queda después de estos espectáculos? No aquellos con quienes compartimos los goces y nos sentamos a las mesas de los banquetes, sino solo aquellos que sobrellevaron con nosotros el dolor. Esto rige para los amigos, rige para las mujeres y rige, en general, para las relaciones entre nosotros los alemanes. Ahora encontramos un fundamento nuevo, más sólido, para nuestra comunidad.

Kirchhorst, 15 de febrero de 1945

La mañana, sentado a la mesa de escribir, mientras disparaban las baterías antiaéreas y grandes escuadrillas de aviones rugían por encima de la casa. Como en una nave en medio de un fuerte oleaje bailoteaban y temblaban las puertas, los cristales en las ventanas, las copas en los armarios, los cuadros en las paredes.

Por la tarde me he llevado conmigo a Alexander a realizar estudios subterráneos, a fin de aguzarle un poco los ojos. Hemos excavado una topera y un nido de hormigas rojas, también hemos echado un vistazo a una conejera. El hormiguero estaba construido en el núcleo muerto de un tronco de pino; las cámaras, pasillos y galerías seguían las venas de la madera y así, dejando unos tabiques tan delgados como hojas de papel, habían ido llenando de algo parecido a celdillas el bloque de leña. Aquellas construcciones descoloridas eran de una firmeza delicada, de modo que la mano, cuando cogía un pedazo de aquello, tenía que tirar fuerte antes de reducirlo a fragmentos secos. Al ver aquel hormiguero he recordado la gran

narración de mis aventuras con las hormigas, narración con la cual mantenía sin aliento a mis hermanos y a mis hermanas hasta bien entrada la noche, cuando yo contaba quince años. Si alguna vez retornase a mí aquel desparpajo para inventar fábulas, que entonces poseía, las cosas que han ido almacenándose en mí como en un cráter podrían fluir a la manera de un río.

Continuado la lectura del Antiguo Testamento. El canto de triunfo de Débora, Jueces, 5: la terrible alegría festiva suscitada por la sangre humeante. Desde el versículo 28 al 30 el irónico goce por la pena de la madre de Sísara, que aguarda torturada a su hijo, ignorante todavía de que no regresará porque le han traspasado la cabeza con un clavo. Como inaudito hombre de violencia aparece en este libro también Abimelec.

Las montañas son consideradas en general como zonas de retirada, como baluartes de la libertad, donde resiste el pueblo que cede. Pero aquí se encuentra lo contrario: Israel avanza en las montañas y no puede asentar el pie en las llanuras, donde moran poblaciones con «carros de hierro». Tal vez la regla sea que las montañas son propicias a la fuerza más débil, pero más intrépida.

Kirchhorst, 16 de febrero de 1945

Hermoso día. El alto avellano que se alza ante mi cuarto de trabajo se ha engalanado durante la noche con unas lanosas ristras de flores verdiamarillas. Avance de las horrorosas destrucciones: además de Dresde, también Viena ha sido bombardeada con violencia. Uno tiene la sensación de golpes dirigidos contra un cadáver.

Continuado los trabajos en el jardín y en mi mesa de escribir. Pensamiento: si no se asemejará acaso esta actividad mía a la actividad de esos insectos que a veces encontramos en el camino — vemos a la cabeza seguir moviendo las antenas y comiendo, mientras el tronco está ya separado de ella.

Pero eso es solo una de las caras del asunto; la otra es simbólica, sacramental. Se siembra sin expectativas de que nos esté permitido también recoger la cosecha. Semejante trajín es o bien algo que carece de sentido o bien algo transcendental. En nuestras manos está el determinar cuál de las dos cosas es.

Disidencia junto a la valla del jardín:

Yo: —Está hoy muy animado el aire.

El vecino: —Sí. Se dice que han sido destruidos Osnabrück y Chemnitz.

Pero yo había querido referirme a los mosquitos, que por primera vez jugueteaban este año en el aire.

Kirchhorst, 22 de febrero de 1945

Hoy se ha ido Manfred, que ha pasado aquí algunos días de permiso. Entretanto ha llegado a comandante de una sección de blindados y lleva la Cruz de Caballero. Tampoco le faltan heridas: tiene deformada la mano izquierda y el brazo le ha quedado inútil, destrozado por un proyectil explosivo. Sus ideas, sin embargo, se han aclarado con esa fermentación, con ese terrible paso por el lagar. Estos son los jóvenes que estoy viendo crecer desde hace años.

Me ha dado alegría su manera de enjuiciar la situación; también le he enseñado mi escrito sobre la paz, con lo cual se ha convertido en uno de sus pocos lectores. Charla sobre ese escrito, luego sobre los libros de Schubart y de Tocqueville, así como sobre Rusia en especial.

Ahora nos hallamos en estado de alerta casi continuo. Por la tarde he ido al Prado del Rincón, en parte para vigilar la tala de los árboles y en parte para dedicarme un poco a la caza sutil. Durante ese tiempo grandes incursiones aéreas. Caían silbando cascos de metralla; un proyectil que no ha estallado ha ido a caer con gran violencia en el suelo pantanoso.

Kirchhorst, 23 de febrero de 1945

Por la mañana en el jardín, removiendo todavía con la azada la tierra, he desenterrado una raíz de mandrágora. De talle esbelto, retorcido, y de sexo hermafrodita. Una hembra que era al mismo tiempo un macho. En sus flores el pistilo está formado de manera parecida, uno lo tendría más bien por un órgano masculino que por un órgano femenino. Largo rato he estado contemplando la raíz de mandragora, como un dibujo con sorpresa, en el cual salta a los ojos unas veces una cualidad y otras veces otra.

Kirchhorst, 24 de febrero de 1945

Por la mañana, mientras trabajaba en la transcripción de mi diario de Brasil, incursiones aéreas. Desde la ventana he vuelto a ver cómo se alzaban sobre Misburg humaredas negras y más tarde he oído

decir que se había puesto fuego a una fábrica simulada. Burgdorf ha sido alcanzado por las bombas: la iglesia y la casa parroquial están destruidas. Ahora les llega el turno a los pueblos pequeños, que son las últimas moradas de los viejos tiempos. Bandadas de aparatos que vuelan con vuelo rasante hacen compañía a las escuadrillas «para ir a por las aldeas».

Por cierto que durante el día se siente uno menos inclinado a meterse en el refugio; es un signo del papel que la fantasía desempeña en los ataques aéreos.

Kirchhorst, 26 de febrero de 1945

Dos rusos que han estado cortando leña para nosotros le han contado a Perpetua en la cocina que era la primera vez, en los tres años que llevan de prisioneros, que se les daba de comer en una casa para la que hubieran trabajado. Esto es algo más preocupante que la propia crueldad. Bien es cierto que Rozanov vio ya cosas parecidas en Rusia después de la Primera Guerra Mundial; es un mal generalizado.

Un tiempo tan entendido en energética como el nuestro ha ido perdiendo el conocimiento de las enormes fuerzas que se esconden en un pequeño trozo de pan compartido.

Continuado la lectura del Antiguo Testamento. Si se quiere hacer política a la manera de Kniébolo, debería renunciarse a las frases hueras y emplear el lenguaje de Najas, el amonita (I Samuel, 11, 2).

Saúl y Samuel. El primer emperador y el primer papa.

Pensado en Carus. Le deseo un físico hermoso y un espíritu elevado. A propósito de esto: el primero está siempre presente, testifica en nuestro favor. El segundo, en cambio, tenemos que hacerlo presente: presencia de espíritu. De ahí la ventaja de Afrodita frente a Atenea; en el juicio de Paris hay justicia astrológica. Bien es verdad que a la larga vence siempre el poder más espiritual, y de ahí que hubiera de ser destruida Troya.

Kirchhorst, 27 de febrero de 1945

Meditado sobre los nombres de los colores, que siempre son un poco imprecisos, vagorosos. Así, *weinrot* [rojo vinoso] — hay docenas de tonalidades del rojo vinoso. Parece, sin embargo, que el espíritu de la lengua escoge la relación por la sonoridad de las vocales — la imaginación óptica es estimulada no tanto por la comparación cuanto

de manera directa.

En su sonoridad está el que *purpurn* [purpúreo] tenga por fuerza un brillo más oscuro que *scharlachrot* [escarlata]. *Bordeaux* [burdeos] es más claro que *burgunderrot* [rojo de Borgoña] — y no solo en consideración de las sustancias así comparadas, sino también de manera «estereoscópica», por la magia de los sonidos. Sin el dominio instintivo de estas leyes no hay buen estilo.

Se dice que ha sido bombardeada Überlingen, la antigua, magnífica ciudad. Estoy preocupado por Friedrich Georg.

Por lo que se oye, Polonia recibirá la Alta Silesia y la Prusia oriental como compensación por los territorios cedidos a Rusia. Esto significa que tampoco en la parte contraria piensan hacer las cosas mejor que Kniébolo. Inspira espanto la ceguera de los seres humanos frente a todas las enseñanzas que unas señales de fuego vienen impartiendo tan claramente desde hace años.

Lectura: al cabo de muchos años, otra vez *Là-Bas,* de Huysmans. Este libro ejerció en mí una cierta influencia poco después de la Primera Guerra Mundial; él despertó en mí la tendencia hacia un catolicismo impresionista, que luego quedó soterrada. Hay lecturas que son comparables a vacunas.

Además: *Pitcairn, The Island, the People and the Pastor,* del Rev. Thos. Boyles Murray, Londres, 1860, en conexión con mis lecturas sobre naufragios. En este escrito se dice de los habitantes de las islas Fiyi lo siguiente:

Their horrible habit of feeding on human flesh is the more remarkable, as they excel their neighbours in talent and ingenuity: una de las raras alusiones a que el canibalismo y una cultura elevada no se excluyen. Fue algo que me llamó la atención por primera vez cuando leí *Los dioses blancos,* de Stucken.

Kirchhorst, 3 de marzo de 1945

Por la tarde junto a la valla del jardín que linda con el camposanto, por encima de la cual se asoman las lápidas y las losas de mármol con sus inscripciones. Llevo retrasada la cava del jardín, en parte a causa de la situación general y en parte a causa de la muerte de Ernstel. Por la mañana han estado alternándose las tormentas de nieve y las grandes incursiones aéreas, y más tarde el sol ha brillado algunas veces en las márgenes de los claros bancos de nubes. También

en la tierra se sentía ya el calor; la he hecho pasar por entre mis dedos para extraer las raíces de las malas hierbas que crecen entre las grosellas. En el suelo esponjoso, cultivado de antiguo, la mano coge las plantas que aún están escondidas y las saca sin dificultad, como animales marinos extraídos con la red. Hay ya, bajo el fino manto, una germinación poderosa, por ejemplo en las ortigas, que brotan, en forma de estrella, de los viejos y amarillentos cuellos de la raíz, con una verde pompa. Eso es verdadero poder, más real que mil aviones.

La voz con que atraemos o alejamos a los animales se diferencia según la especie de que se trate en cada caso. La gallina, el perro, el gato, el gorrión, el caballo, la serpiente — para cada uno tenemos unas llamadas especiales, unos sonidos especiales y una melodía especial. Aquí hablamos con lenguas y con el idioma del espíritu de la vida, que está derramado tanto sobre nosotros como sobre ellos.

Kirchhorst, 5 de marzo de 1945

Plantado habas panosas, en la última fecha permitida. Las semillas, planas, son grandes, ovaladas, cobrizas, como monedas de dos peniques; no sin placer las he apretado con el pulgar para enterrarlas en el suelo blando. Con perejil machacado y lonchas de magro tierno proporcionan, cuando son nuevas, un plato nórdico, desde luego, pero sabroso, que ciertamente habrá sido degustado también por Hamann. En Sicilia vi una variedad más chica, más dulce, que se servía en la mesa de la misma manera que los guisantes.

La llegada mañanera de los burros y carros cargados de hortalizas en ciudades meridionales es uno de los recuerdos más intensos de mi vida. Así me acuerdo de la hora en que, desde un balcón de Nápoles, contemplaba yo los manojos de cebollas, puerros e hinojo que se mecían en luminosas cargas verdes y blancas y que iban acompañados de sinfonías, como si pueblos enteros de pájaros se hubieran puesto a trinar. Son estampas que nos recrean y reconfortan, como ofrendas para los ojos.

Kirchhorst, 7 de marzo de 1945

En el correo, entre otras cartas, una de mi hermana Hanne, que escribe desde Leisnig. Dice que la noticia de la muerte de Ernstel ha sido el clarinazo de todos los males que se aproximan. Hace semanas que no llega la menor noticia de mis dos hermanos menores, el geógrafo y el físico, que estaban uno en Schneidemühl y el otro en Crossen.

Hanne escribe también: «Uno puede, desde luego, tachar completamente de su programa la bondad y la humanidad; pero entonces se volverán gigantescas las olas del odio».

En la Biblia, el pasaje sobre la construcción del Templo y su consagración (I Reyes, 6, 7). Es notable la aversión a utilizar hierro para finalidades cultuales y para el servicio religioso. Incluso las piedras son talladas en sitios alejados, para que no se oiga ningún ruido de hierro mientras se edifica. Se hace, en cambio, abundante uso del «bronce». Resulta misteriosa esa aversión; en ella apuntan tanto rasgos conservadores como rasgos morales. El hierro es también un metal cainita y la base fundamental del poder sobrehumano.

Da que pensar, sin embargo, el escaso escándalo que ha provocado la introducción de la electricidad en nuestras iglesias. De todo culto forma parte el incorruptible sentido levítico de la pureza de las sustancias e instrumentos usados en las ofrendas. Desde luego ese sentido no debería proceder, como ocurre en Huysmans, de estómagos estropeados.

Kirchhorst, 9 de marzo de 1945

Sobre el estilo. Mi repugnancia a que aparezcan números en el texto — con la única excepción de las fechas y de las páginas de textos citados. Fundamentalmente se basa en que siento aversión por todos los conceptos preformados, alejados de la intuición, y entre ellos están los números, a excepción precisamente de los de los años; en ese caso poseen verdadero cuerpo. 1757, 1911, 1914 son magnitudes intuibles. En cambio me repugna escribir: 300 caballos, 256 muertos, 100 árboles de Navidad. Las cosas no desean ser vistas con los ojos de la estadística.

De esto mismo forma parte también mi horror por el sistema decimal en todo escrito no técnico. Palabras como centímetro, kilómetro, kilogramo me suenan a mí en la prosa como les sonaba a los levitas el ruido del hierro durante la construcción del Templo. Si uno se esfuerza en evitar esas palabras, retorna a la intuición: el pie, la vara, el palmo, la braza, el tiro de piedra, la hora de camino son magnitudes de índole natural.

Eso mismo rige para todos los conceptos de moda y para todos los giros coloreados por el momento; quienes contribuyen a formar semejante léxico son especialmente la política, la técnica y las relaciones sociales. Se trata de uniones fugaces de la materia

lingüística, y un espíritu se clasifica por el grado en que sucumbe a ellas. De eso forman parte también las abreviaturas; es preciso o bien evitar los giros acuñados de esa manera o bien darlos en su forma original — entonces se los escribirá con todas las letras.

Rivarol. He comenzado a traducir sus *Pensamientos y máximas.* Acaso hasta hoy no esté acercándose nuestra lengua alemana a la fluidez adecuada para fundirse en semejantes formas. Eso implica ciertamente una pérdida de energía potencial.

Una vez más ha vuelto a hacer mis delicias esta frase: *Un livre qu'on soutient est un libre qui tombe.* Su perfección se basa en la congruencia, en el ajuste absoluto de su cualidad física y su cualidad espiritual. Ese equilibrio es una de las características de la prosa excelente en general.

La muerte se ha acercado ahora tanto que se la tiene en cuenta aun en las decisiones más insignificantes — por ejemplo, la de hacerse o no hacerse empastar un diente.

Continuado la lectura de los Libros de los Reyes. El capítulo tercero del libro segundo permite echar una ojeada a la horrible pompa del mundo mágico. Los reinos aliados acosan al rey de los moabitas delante de su ciudad. En ese apurado trance reúne setecientos hombres armados de espada para lanzar un ataque contra la persona del rey de Edom, a la manera asiática descrita con todo detalle por Jenofonte. Esa empresa desesperada fracasa y entonces el rey inmola con sus propias manos a su hijo primogénito sobre los muros de la ciudad, ofreciéndolo como holocausto. Ningún poder, por grande que sea, es capaz de hacer frente a ese terrible conjuro; este contrapesa incluso la ayuda prestada por Jehová: «Por eso sobrevino gran cólera a los israelitas, que se retiraron de aquel país y volvieron al suyo».

La inaudita realidad de esos hechos se me impone a veces con gran fuerza — cuánto más reales son ellos que no la teoría de Darwin o el modelo atómico de Bohr. Pero tal vez, pienso luego, es precisamente en esa irrealidad de nuestro mundo, en su carácter absolutamente fantástico, en su espiritualidad gótico-tardía, donde reside su más auténtico mérito.

Kirchhorst, 13 de marzo de 1945

Elías. Eliseo. Los milagros obrados por estos hombres de Dios son los modelos, los vaciados de los milagros cristianos. En los primeros es todavía mágico lo que en los segundos es carismático. La fuerza está asimismo al servicio del mal: permite que unos osos despedacen a unos niños o hace que se cubra de lepra el cuerpo del criado infiel.

El parecido de ambas clases de milagros es, sin embargo, evidente; de ahí que haya también entre los discípulos algunos que ven en Cristo al Elías regresado a la Tierra. Pedro, sin embargo, acierta a expresar la diferencia: «Tú eres el hijo de Dios».

Hay en el Nuevo Testamento pasajes en los que el milagro carismático no se ha disociado completamente del vaciado del milagro mágico; por ejemplo, la anécdota de la moneda que se encuentra en la boca del pez.

Kirchhorst, 14 de marzo de 1945

Cumpleaños de Perpetua. Al mismo tiempo han llegado nuevos refugiados a nuestra casa, que va pareciéndose cada vez más a un bote salvavidas en la proximidad de barcos que se hunden. Perpetua muestra estar a la altura de tal concurso de gente — los medios aparecen afluir a ella en igual proporción en que los distribuye. Siempre queda algo — en eso reconozco yo la auténtica relación con la abundancia, con la fecundidad.

Mucho correo. Friedrich Georg me tranquiliza con una de sus reconfortantes cartas, en la que también confirma, ciertamente, que Überlingen ha sido bombardeada. Durante esos momentos de peligro se encontraba de visita en casa del filósofo Ziegler. Reconozco en su relato los rasgos que le son peculiares.

«Fueron matados hombres y destruidas casas. El aire estaba perfumado con el aroma de tuyas, cipreses, árboles de la vida, abetos y otras coníferas, cuyas ramas y verdor habían sido segados y machacados por los cascos de metralla.»

También me dicen de Leisnig que ha escrito mi hermano Physicus; otro peso que se me quita de encima.

Rosenkranz, que me abastece abundantemente de literatura, me envía un manuscrito del legado póstumo de Georg Trakl; lo reenviaré a Friedrich Georg. No he encontrado en él nada nuevo, pues la lírica de Trakl se asemeja a las rotaciones de un caleidoscopio de sueños, rotaciones que repiten tras el cristal opaco, en un resplandor de claro de luna, monótonas configuraciones de pocas, pero auténticas piedras.

Kirchhorst, 15 de marzo de 1945

Por la mañana a Burgdorf, al dentista. Mi pronóstico no parece completamente desfavorable, por tanto.

Espléndido tiempo primaveral — al pasar por el bosquecillo de Beinhorn he pensado en Ernstel, como siempre, y en que ahora él ya no ve los prados y las flores terrenales. Su muerte trae a mi vida una experiencia nueva: la de una herida que no quiere cerrarse.

En estos días de primavera millares de afodios rojos cruzan el aire en enjambres. Los élitros son aún de un brillante rojo de lacre, aún no tienen ese sucio color pardo rojizo que mostrarán en los próximos meses. También hoy he visto revolotear por el aire legiones de ese insecto; la carretera estaba ya cubierta de un enorme número de ellos, aplastados por los pies de los caminantes o por las ruedas de los vehículos. Semejante aparición masiva en espacios inanimados hasta ahora es algo que hace pensar — suscita la cuestión de la imagen primordial, del arquetipo, que se propaga con fuerza inaudita en esas miríadas de ejemplares. El fenómeno se asemeja al velo rojo, a la nube roja en torno a un polo invisible. Eso era lo que provocaba la curiosidad de Ernstel cuando en estos campos me dijo que apenas podía aguardar la muerte, como si se tratara de una fiesta misteriosa.

Por cierto que en cada procreación se produce un contacto con el arquetipo, una transustanciación, que florece de la carne. Novalis:

Sie wissen nicht,

Dass du es bist,

Der des zarten Mädchens

Busen umschwebt

Und zum Himmel den Schoss macht.

[Ellos no saben

que eres Tú

el que flotas en torno al seno

de la delicada doncella

y haces de su regazo un cielo.]

Durante todo el trayecto estuvieron sobrevolando la zona escuadrillas aéreas que, con un brillo plateado, pasaban retumbando como carros de guerra titánicos. Pero era tal el vigor con que yo sentía la primavera que también aquello me alegraba. Vida poderosa por doquier.

En la sala de espera lectura de Kipling, cuyo tardío dandismo va asociado a un buen conocimiento de todo lo que de moralidad y también de amoralidad es necesario para ejercer el dominio. Una aleación buena: de los antepasados germánicos, la vasta consciencia de poder, dominadora del espacio; de los romanos, la dote formal y social; y luego, tal vez de autóctonos celtas asimilados, un suplemento metafísico todavía — una especie de *second sight* de los misterios del mundo, con sus pueblos, archipiélagos y paisajes.

Entre los germanos son los alemanes los que más desfavorablemente se han mezclado, al menos en lo que se refiere a la fundición común — en ellos es mayor, en cambio, la probabilidad de que entre la escoria de los crisoles se encuentre un gran diamante, un Kohinoor.

A la vuelta he entrado en el vivero. La clavellina, o, como se llama en alemán, el «corazón ardiente», una de mis flores preferidas, había perforado ya el blando suelo de los bancales, lo había hecho con dientes de jade finísimos, en los que brillaban ya rojizas puntas de jaspe. La fuerza, el espíritu terrenal de tales formaciones es hechizador, es extraordinario. Son órganos en el regazo de nuestra buena Madrecita, de la vieja Tierra, que es siempre todavía la más joven de las hembras de falda roja — digna sin duda de que nuestro cuerpo entero se funda con ella al concluir el gran espectáculo.

A última hora de la tarde, mientras estoy escribiendo estas anotaciones, uno de los más violentos ataques aéreos contra Misburg. Aviones de reconocimiento han trazado primero una verdadera avenida de señales luminosas de color amarillo naranja y luego han seguido los bombardeos.

Kirchhorst, 18 de marzo de 1945

Regresaba a casa como piloto de automóviles de carrera con una gran copa en la mano, y le gritaba a mi esposa que preparase la mesa en el jardín, pues aguardaba invitados:

—Coloca encima esta copa, y los premios que están en las vitrinas, y puedes añadir también algunos de los lazos y de esos trastos

de laurel que cuelgan de las paredes.

Yo estaba rendido y, con todo, tenía los modales del campeón engreído, pero que depende enteramente de la opinión de la masa, de sus aplausos.

Cuántas veces me ha resultado desagradable, al despertar, esta intromisión mía tanto en las costumbres como en el carácter de una existencia completamente ajena, más aún, opuesta.

Acabado de leer: *À rebours.* Dicho teológicamente, los méritos de Huysmans no van más allá de un intento de romanticismo tardío. Y lo que a él lo empuja a retirarse a los viejos bastiones es una náusea estética, pero no una náusea moral. En esto Léon Bloy, que por cierto es mencionado ya en *À rebours,* posee una fuerza incomparablemente mayor. Huysmans ha tenido, sin embargo, unos efectos significativos, ha pescado en charcas y desagües a que no llega ninguna otra red. Pues con frecuencia es de estados morbosos, de influencias neuróticas de donde brota la chispa inicial para tener revelaciones en cuyos ámbitos no existen diferencias de salud. También aquí en el aparador son las copas más delgadas las que primero se balancean cuando se acercan las escuadrillas de aviones.

En las regiones del estilo puede decirse algo parecido de la paleta con que Huysmans colorea su prosa. En esa inaudita mezcla y delicuescencia de los colores, en esas remotas fiestas de la retina es la *décadence* la que celebra triunfos, y son compases de corcheas y semicorcheas de una sensibilidad nueva los que se despiertan. El afán de espiar y describir, a orillas de lo invisible, los últimos destellos lleva a veces a una prosa que hace pensar en Sade y que evidentemente ha pasado por su escuela. Qué diferencia entre esa escala y la escala de un Memling, por ejemplo; la de este último se despliega en los puros colores de las piedras preciosas, en el claro espectro del arco iris.

Pero las descomposiciones de gran estilo son también meritorias, pues en la pura literatura no hay un orden jerárquico de primitivismo y *décadence,* como tampoco lo hay de moralidad e inmoralidad. Lo único que hay es la percepción y el objeto, el ojo y la luz, el autor y el mundo, y, entre ambos, la expresión óptima, que nunca pasa de ser una ofrenda.

Kirchhorst, 19 de marzo de 1945

Otra vez en Burgdorf. Hacía un poco de fresco, de ahí que también haya visto solo algunos ejemplares sueltos de afodios rojos; ya no estaban tejiendo telarañas de cristal en el aire. A veces me gusta pasar revista en mi espíritu a la legión de los coprófagos; hay en ese mundo variopinto el gremio más inofensivo, que ni siquiera se alimenta de hierbas, sino que se limita a retirar los restos digeridos de hierbas. Es una vida como de santo; y, de hecho también se ha canonizado al escarabajo. Son notables las antenas, cornamentas y protuberancias de los animales; se encuentran en muchas especies herbívoras. No son tanto armas cuanto morriones de la fuerza de la madera y de las raíces. Hay también, finalmente, especies que exhiben colores magníficos, verdaderas piedras preciosas — así me acuerdo de que en Rodas, en la linde de un campo, vi descomponerse en una media docena de brillantes esmeraldas el cagajón de un asno que yo había rozado con el pie: era una especie verde de *Onitis,* que estaba merendándose el cagajón. Esa es la verdadera alquimia de la Gran Madre, que forma diamantes con los excrementos y destila de la descomposición vida de oro.

Meditado en el trayecto sobre sistemas políticos en que la vida progresista y la conservadora lograran un ajuste entre sí — son los únicos sistemas de los que cabría aguardar mejoras. Así, la concentración imperial de las unidades históricas en grandes espacios tendría que fomentar al mismo tiempo los intercambios y tranquilizar la tierra, hacerla en cierto modo «baldía». Es preciso que con el engranaje más exacto de los medios técnicos, el supremo de los cuales es el Estado mundial como *machina machinarum,* vayan coordinadas una independencia y una libertad crecientes de las zonas orgánicas. Patria y matria. El orden nuevo ha de asemejarse a un reloj lleno de sentido, en el cual la rueda principal de la centralización mueva las pequeñas ruedas de la descentralización. La significativa innovación está en que las fuerzas conservadoras no trabajan ya como un freno, sino como un resorte.

Cabría aumentar la universalidad del derecho de voto incluyendo en él, además de a las mujeres, también a los niños, que estarían representados por sus padres. En eso habría al mismo tiempo un mayor liberalismo y una mayor solidez, un cerrojo contra la influencia de radicalismos puramente espirituales o literarios, influencia a la cual están mucho menos sujetos los varones casados. Es preciso que vuelvan a sobresalir los *patres.* También el campo volvería a tener mayor influencia frente a los partidos de masas de las grandes urbes, que hoy operan de manera arrasadora.

Podría haber asimismo una desamortización de las abstenciones, contándolas como votos en favor del gobierno, pues es lógico suponer que un votante que es demasiado comodón como para molestarse en acudir a las urnas no está descontento con las circunstancias imperantes. Los que no votan encarnan el elemento sedentario, que tiene su valor propio.

Los discursos en los parlamentos tendrían que ser leídos, como en los tiempos de Mirabeau. Eso reforzaría los argumentos, pondría freno a la retórica vacía. También debería reflejarse en los parlamentos la composición sustancial del pueblo, y no la espiritual. En la medida en que se imponga la práctica a costa de las teorías se atajará también la influencia de personajes inestables.

Ahora estoy leyendo a Petronio en la congenial versión que de su obra hizo Heinse. De todos los personajes que salen en la novela el más logrado es el de Trimalción; constituye uno de los grandes aciertos de la literatura universal y lleva también la infalible característica de esta: la validez para todo tiempo y todo lugar. Veremos aparecer figuras trimalciónicas siempre y en todas partes donde, con una autoridad debilitada, tengan éxito las grandes especulaciones financieras; es algo que con toda probabilidad ocurrirá también después de esta guerra. Así como Homero describió el tipo de hombre que regresa al hogar, así Petronio describió el tipo de hombre que saca ganancias de la guerra; ese es su gran mérito. Petronio es el autor de una *species nova,* de una «buena» especie.

Kirchhorst, 20 de marzo de 1945

Por la mañana Alexander, que está en cama resfriado, me ha enseñado un cuento que ha escrito; en él cinco aprendices se convierten en ranas por arte de magia.

Al mediodía almorzado con Perpetua y Hanne Wickenberg, pues era día de gran colada. He contado algunos chistes con un humor que Hanne ha calificado de *wählig,* adjetivo típico de la Baja Sajonia y que se aplica a una especie de bienestar con una punta de erotismo.

Luego, en el jardín, me he ocupado de las malas hierbas, cuyas raíces y brotes es preciso extraer, para que no se rompan, poniendo en ello más cuidado incluso que al sacar la filaria de Medina.

Por la noche volvía a aparecérseme Kniébolo, al que cedía una habitación para que celebrase una reunión con ingleses. El resultado

era el anuncio de la guerra de gas. Yo me daba cuenta de que Kniébolo sacaría necesariamente provecho en todos los casos, pues había alcanzado un grado tal de nihilismo que lo situaba fuera de los partidos — cada muerto, fuera del lado que fuera, representaba una ganancia para él. Asimismo me hacía esta reflexión: «Sí, por eso mandabas fusilar también tantos rehenes, pronto sacarás de ellos un interés del mil por uno, a costa de los inocentes».

Y, por fin, también: «Pronto has conseguido todas las cosas que desde el principio codiciabas».

Todo esto en una atmósfera de náusea casi desinteresada, pues el techo de mi casa estaba ya destruido por los proyectiles y me fastidiaba que cayese lluvia sobre mis insectos suramericanos. Bien es cierto que con ello se volvían también blandos y dúctiles y aun me parecía que se instalaba en ellos la vida.

Kirchhorst, 21 de marzo de 1945

Cuando, después de uno de los primeros días cálidos, hay un atardecer marceño álzase de los surcos de un campo abonado semanas antes con estiércol un vaho que posee una fuerza enorme. Los elementos de que está compuesto ese vaho son: un densísimo vapor animal, que subraya la putrefacción, pero luego también una vida en fermentación, con su fecundidad, que mueve legiones de gérmenes. Es un olor en el que se funden la melancolía y la alegría desbordante y que hace que las rodillas se doblen. Es el radical celo amoroso de la Tierra y de su regazo, de la *terra cruda nuda,* de la cual proceden todos los aromas de las flores. En ella habita también de manera directa la salud, la fuerza vital, y no sin razón recomendaban los médicos antiguos, en el caso de dolencias consuntivas, dormir en establos de vacas.

Kirchhorst, 24 de marzo de 1945

Se marchitan las campanitas de nieve y los crocos, pero a cambio florecen las anémonas, las violetas y los narcisos amarillos.

Estoy leyendo los poemas de Johann Christian Günther, que se encuentran desde hace mucho tiempo entre mis libros en una bella y antigua edición hecha en Breslavia. Es un alimento vigoroso, en cierto modo la raíz de ginseng del Barroco. A lo que se agregan observaciones como la siguiente, por ejemplo:

Und damit lag zugleich ihr Haupt in meinem Schoss.

Der Zephir riss vor Neid den halben Busen bloss,

Wo Philomen sogleich, so weit sie ihm erlaubte,

Der Schönheit Rosenknopf mit sanften Fingern schraubte.

[Y con esto la cabeza de ella reposó enseguida en mi regazo.

El céfiro le desnudó por envidia la mitad del seno,

y en él Filomeno, hasta donde ella se lo consintió,

pronto retorció con suaves dedos al botón de rosa de la belleza.]

J'espère que les chases s'arrangeront.

Palabras de despedida de mi peluquero parisiense el pasado mes de agosto. Si bien no se ajustaban completamente a la situación, estaban dichas con buena intención y eran, si se las entiende bien, un ejemplo de la mejor razón francesa.

Kirchhorst, 25 de marzo de 1945

Resplandeciente mañana de domingo, hasta que aparecieron grandes escuadrillas aéreas y bombardearon en Hannover un depósito de petróleo o de caucho; la humareda oscureció el cielo, como en un eclipse de sol.

En las cartas que llegan de las zonas situadas más al oeste se nos advierte contra los aviones que vuelan bajo, pues su aparición representa un peligro sobre todo para los niños.

Novalis, en los *Himnos a la noche:*

Die Lieb ist frey gegeben

Und keine Trennung mehr.

Es wogt das volle Leben

Wie ein unendlich Meer…

[El amor anda libre

y ya no hay separación.

La vida plena se agita

como un mar infinito...]

Al desmoronarse las separaciones viénense abajo también los conflictos terrenales. La separación y los celos. A este respecto, la soberana respuesta dada por Jesús a los saduceos, cuando le preguntaron a quién se uniría tras la muerte una mujer que había tenido muchos maridos. Avanzamos hasta el supremo elemento espiritual del amor, del cual es solo una parábola todo contacto terrenal.

Cum enim a mortuis resurrexerint, neque nubent, neque nubentur, sed sunt sicut angeli in caelis. [Pues cuando resuciten de entre los muertos, no se casan ni ellos ni ellas, sino que son como ángeles en los cielos.]

Kirchhorst, 28 de marzo de 1945

Tropas inglesas y norteamericanas se encuentran en Limburgo, en Giessen, en Aschaffenburg y en las afueras de Frankfurt.

Por la mañana incursiones aéreas, durante las cuales estuve trabajando en parte en el jardín y en parte en la mesa de escribir, mientras pensaba que cada uno de esos redobles de tambor que siguen a los silbidos de las bombas han llamado a la muerte a docenas y tal vez a centenares de seres humanos y que lo han hecho en un puro paisaje de espanto, sin alturas desde las que pueda darse la *absolutio in articulo mortis.*

También es preciso tener presente que esa carnicería provoca satisfacción en el mundo. La situación de los alemanes es ahora exactamente igual que lo fue la de los judíos en Alemania. Pero eso es mejor que verlos disponer de un poder injusto; de su miseria sí puede participar uno.

Kirchhorst, 29 de marzo de 1945

Mi quincuagésimo cumpleaños. Es la mitad de la vida, si no se la mide con la vara, sino que se la pesa con la balanza. Pero en este siglo es también una edad avanzada, si se piensa en la larga y peligrosa subida, especialmente de quien no se ha tratado a sí mismo con miramientos y ha estado en las dos grandes guerras en puestos de peligro — en la primera, en los remolinos de la batalla de material, y durante la segunda, en los oscuros y peligrosos vericuetos del mundo

de los demonios.

El nuevo año de mi vida ha comenzado con una solitaria guardia nocturna durante la cual me he preparado una pequeña fiesta con las siguientes lecturas:

1. El salmo 73.

2. *Urworte, orphisch* [Protopalabras, a la manera órfica], de Goethe.

3. *Gründonnerstag* [Jueves Santo], de la Droste-Hülshoff.

4. *Trost-Aria* [Aria de consolación], de Johann Christian Günther.

El poema de la Droste parafrasea uno de los viejos, secretos escollos de mi vida y contiene al mismo tiempo una enérgica exhortación a la modestia. Se ha ajustado así especialmente bien a esta doble ocasión de que hoy sea mi cumpleaños y sea también Jueves Santo.

El *Aria de consolación* contiene asimismo pasajes maravillosos, como este:

Endlich blüht die Aloe;

Endlich trägt der Palmbaum Früchte;

Endlich schwindet Furcht und Weh;

Endlich wird der Schmerz zunichte;

Endlich sieht man Freudenthal,

Endlich, endlich kommt einmal.

[Por fin florece el áloe;

por fin da frutos la palmera;

por fin se esfuman el miedo y el sufrimiento;

por fin queda aniquilado el dolor;

por fin se ve el valle de la alegría,

por fin, por fin esta vez llega.]

Por la tarde ha venido Rosenkranz; con él he plantado en el jardín una mata de lilas, como cebo para las mariposas; más tarde ha llegado el general Loehning, que ayer perdió su vivienda y todas sus pertenencias en Hannover. Pero tales cosas apenas conmocionan hoy más que antes una mudanza. Perpetua nos ha servido una cena abundante, y no solo ha sacado vino, sino incluso una botella de champán, de manera que hemos banqueteado muy alegremente.

Kirchhorst, 1 de abril de 1945

Los norteamericanos han llegado a Brilon y a Paderborn. Fuera, en la carretera, va creciendo esa especie de intranquilidad, de fiebre, que caracteriza el acercamiento del frente. Los campesinos empiezan a enterrar los objetos de plata y los víveres y se preparan para marcharse al pantano. En la parte opuesta del pueblo están excavándose trincheras defensivas. Si, como está proyectado, se entabla un tiroteo entre las grandes baterías emplazadas en Stelle y los tanques que avancen por la carretera de Celle, habrá llegado entonces el fin de estos pueblos y estas granjas, que sobrevivieron a la Guerra de los Treinta Años. He recorrido la casa y sus habitaciones, especialmente el cuarto de trabajo y la biblioteca.

Ernstel. La muerte de un miembro de la familia puede ser también algo así como enviar un centinela avanzado en el momento en que se aproximan grandes peligros. Pues allí reina la visión clara; pero nosotros no conocemos la situación.

Empezado a leer: *De cadete a mariscal,* de Evelyn Wood, especialmente para instruirme sobre la flota inglesa, que es una de las grandes instituciones y uno de los grandes talleres de troquelado de nuestro mundo, parecida a la Orden de los jesuitas, al Estado Mayor prusiano y a la ciudad de París.

El libro empieza con el sitio de Sebastopol; Wood participó en él como cadete de una de las baterías desembarcadas del *H.M.S. Queen.* En el curso de mis lecturas de los últimos años he tropezado varias veces con descripciones de ese episodio, como, por ejemplo, las escritas por Tolstói y por Galliffet. No es casual que el lado propiamente duro y doloroso de la guerra moderna —aquella de sus cualidades en la que esta se convierte enteramente en sufrimiento— se anuncie de manera temprana y poderosa en todos los conflictos en que

interviene Rusia. Es algo que puede entreverse ya en 1812, y también destaca claramente el rasgo ruso en la batalla de las Naciones, librada junto a Leipzig. La Guerra de Crimea y la guerra ruso-japonesa anticipan todos los horrores de las posteriores batallas de material, y nuestros ojos han visto luego los inauditos infiernos de Stalingrado o del segundo Sebastopol. Spengler tenía razón, como hemos visto nosotros entretanto, cuando advertía contra todo avance en dirección a Rusia, por razones de espacio. Pero son razones metafísicas las que hacen más inquietante todavía cada una de esas invasiones, por cuanto con ellas se produce un acercamiento a uno de los grandes sufridores, a un titán, a un genio de la capacidad de padecer. En su aura, en su círculo mágico llegará a conocerse el dolor de una manera que sobrepasa mucho todo lo imaginable.

Y, sin embargo, a mí me parece que los alemanes también han aprendido algo, también han ganado algo allí — a veces lo noto al conversar con soldados que han regresado de las batallas de cerco.

Por la tarde con Fritz Meyer en el pantano de Oldhorst, en paseo de exploración. En el jardín comienza a marchitarse la segunda floración del año; de ella me ha gustado especialmente una alfombra tejida de narcisos amarillos, violetas y anémonas. El añadido del blanco logra que se vuelva más intensa todavía la luminosidad de dos colores complementarios. Parece brillar ahí de pronto una oculta armonía del todo y de sus partes — tal vez, en el juego de los colores, la misma verdad que en la geometría revela el teorema de Pitágoras.

Kirchhorst, 3 de abril de 1945

Antes de la tempestad. Por la tarde ha venido el general Loehning con Diels, que ha salido de la cárcel y cuya mujer, hermana de Göring, se ha divorciado de él. Diels estaba de buen humor; Loehning le había puesto encima un uniforme de cabo de la fuerza aérea. Luego ha aparecido un suboficial con una carta de Manfred Schwarz, quien lo enviaba para que sacase una copia de mi escrito sobre la paz; Manfred quiere llevársela consigo a la Alemania Meridional . Parece así que ese escrito mío está empezando a actuar por cuenta propia e independientemente de su autor.

Al mismo tiempo tenía en mi biblioteca a los mandos del *Volkssturm* para impartirles órdenes. No he encontrado en estas semanas tiempo para anotar los detalles, llenos de tensiones y sumamente complicados. El *Volkssturm* es una creación del Partido,

que da sus órdenes desde Burgdorf. Al mismo tiempo está obligado a colaborar con los alcaldes, los dirigentes campesinos, el Servicio del Trabajo y las unidades militares. Esto comporta una gran cantidad de contactos escabrosos. La inminencia de la catástrofe hace que aparezcan con mayor desnudez todas las relaciones. De lo que dice la radio deduzco que muchos de los jerarcas locales tienden a despedirse de la población con unos pequeños fusilamientos. Eso impone respeto y también favorece la huida. A uno no le gustaría ayudarles, a costa propia, en ese afán de facilitarse de ese modo la partida.

Los mandos del *Volkssturm* son propietarios de granjas; en esta zona el güelfismo es la última realidad política. Hemos estado discutiendo la construcción de barreras antitanque. En el momento de la despedida, distraídamente, como si estuviera perdido en mis pensamientos, he dado por fin la consigna:

—Es preciso que las granjas permanezcan en pie.

Bien es verdad que esto no depende únicamente de nosotros. Pero he tenido la impresión de que aquellos hombres asentían de corazón a mis palabras.

Kirchhorst, 4 de abril de 1945

Por vez primera he soñado con Ernstel — por lo menos en ese estrato del que a uno le quedan recuerdos. Moría y yo lo abrazaba. Oía sus palabras de adiós, en las que había al mismo tiempo la esperanza de que volveremos a vernos.

Además de con Ernstel, que iba vestido con un uniforme azul oscuro de marino, he soñado también con Pfaffendorf, mi camarada en la Primera Guerra Mundial.[3] Su carácter, sin perder su especificidad, había sufrido cambios. Había llegado a notario en una ciudad de tipo medio y me daba un banquete en el que hacía aparición una muchedumbre de invitados extraños y en parte preocupantes. Al despertar me ha venido de pronto a la cabeza que Pfaffendorf tenía que hallarse en Kassel, ciudad que ayer fue tomada al asalto después de un combate breve, pero violento.

Por la mañana me ha visitado el comandante de la gran batería; quería saber cómo pienso yo hacer entrar en acción al *Volkssturm* cuando se aproximen los tanques. Dado que sobre ese asunto tengo mis ideas, le he dicho que estaba aguardando instrucciones y armas. A lo que él ha replicado revelándome su propósito de «aplanar», esa es la palabra que ha empleado, los campos de prisioneros con sus

cañones de largo alcance.

Dado que a los locos debe contradecírseles lo más posible en su propio sistema, le he replicado que lo único que conseguirá con eso será lo contrario de lo que se propone — pues con los primeros disparos saltarán por los aires las instalaciones de los campos de prisioneros, y sus ocupantes, exasperados, se esparcirán por todo el país. Pero luego he tenido que poner mis cartas boca arriba y decirle que me opondría por la fuerza a sus propósitos, haciendo un llamamiento a la población. He conocido en esta ocasión a un hombre en el que van unidas la inteligencia obtusa y la brutalidad, cosa que es muy frecuente en nuestro mundo. Los caracteres de los tipos que ejecutan la parte grosera del proceso histórico están compuestos según la receta siguiente: un cuarto de inteligencia técnica, un cuarto de tontería, un cuarto de bonachonería y un cuarto de brutalidad — esa es la mezcla sin cuyo conocimiento nunca llegarán a comprenderse las contradicciones de nuestro tiempo.

Por la tarde revisado con el suboficial la copia de *La paz.* Se ha marchado a última hora de la tarde, llevándose dos ejemplares, una vez que escribí un pequeño prólogo. Dedico ese escrito a mi querido Ernstel.

Kirchhorst, 5 de abril de 1945

Los ingleses continúan aún a orillas del río Weser, que será cruzado, sin embargo, en los próximos días. El *Gauleiter,* el dirigente comarcal del Partido en Hannover, lanza un sanguinario llamamiento a luchar hasta el último hombre, pero Loehning sabía que estaba haciendo ya preparativos para su salvación personal. Los campesinos entierran algunos objetos en los campos, llevan otros a los sótanos y también destruyen parte de ellos.

El mayor tráfico que discurre ahora por las carreteras comporta que pasen y entren a vernos conocidos de todas clases, como hoy un tal Wollny, un alférez, que iba de camino al río Weser. Traía noticias de Niekisch. Se dice que está prevista la «liquidación» de todos los detenidos en los presidios. Niekisch ha conseguido hacer llegar a su mujer una carta en la que le escribe que esa será sin duda la conclusión lógica de su destino. Añade que ahora se han cumplido todas sus profecías, en especial también la de su escrito *Hitler, fatalidad alemana.* Pero la esposa conserva la esperanza de que no se llegue a la matanza. Medito sobre este destino con un sentimiento especial de amargura.

Kirchhorst, 6 de abril de 1945

Veía una gran encina de la que colgaban, como de un árbol de Navidad, peces espada de tamaño superior al humano. El color de los animales, que giraban sobre sí mismos pendientes de unos hilos de seda, ondulaba como en las madreperlas e iba desde un intenso azul plateado hasta todas las tonalidades del arco iris. Veía desde cierta distancia aquel juguete, en el que habían colaborado Neptuno, Diana y Helios, y lo oía al mismo tiempo que oía el sonido de una caja de música.

Las avanzadillas de los tanques ingleses han cruzado el río Weser y se dice que están cerca de Elze. Se ha hecho un llamamiento al *Volkssturm* para que tome posiciones en las barreras antitanque; de ahí que haya marchado a Burgdorf a informarme.

Las carreteras estaban ya abarrotadas de personas que huían hacia el este. Una gran excitación reinaba en Burgdorf. La gente llevaba a rastras a los sótanos cestas y utensilios domésticos. He hablado con los mandos del *Volkssturm* y con el *Kreisleiter,* el dirigente del distrito; parecían ya más muertos que vivos. Todavía se daban órdenes de resistir y, en especial, de disparar contra los tanques, pero se hacía más bien *pro forma,* pues en las habitaciones de al lado estaban preparándose ya las maletas.

He expuesto con brevedad mi oposición a cualesquiera actos de violencia contra los prisioneros y no he encontrado ninguna inclinación a cometerlos.

Los campesinos bajosajones están comenzando a volverse sensatos ahora que lo que está en juego son sus granjas. Bien es verdad que continúa siendo sumamente peligroso declarar que se querría conservarlas, y más de un alcalde que lo ha intentado ha sido llevado al paredón. Creo, con todo, que he utilizado mis mejores fuerzas para salvar estas antiguas moradas humanas y que en ello me ha favorecido el que a nadie se le ocurre que yo pueda sentir miedo.

Dentro de dos o tres días veremos tropas extranjeras en nuestro término municipal. Es un espectáculo que, si prescindimos de lo ocurrido en 1866, no había vuelto a darse desde las guerras napoleónicas. En esta inflexión de los tiempos echo mucho de menos a Ernstel.

Kirchhorst, 7 de abril de 1945

Mañana soleada después de una noche fría. Grandes columnas de prisioneros marchan hacia el este. Aparatos que vuelan a baja altura siegan la carretera; se oye el crepitar de las ráfagas de sus armas de a bordo. Frente a nuestra casa, pero lejos, parece que han hecho blanco en algún objetivo; una manada de caballos de monta regresa al galope, con las crines al viento y las sillas vacías. De vez en cuando entran prisioneros en nuestra casa para ponerse a cubierto. El granero queda así inundado por un grupo de rusos, que se lanzan sobre un montón de zanahorias. Perpetua les reparte rebanadas de pan. Luego entran polacos — pregunto a uno de ellos si va a continuar su marcha sin parar hasta llegar a la frontera oriental:

—Oh, no, tardaré un año en llegar. Antes tienen que largarse de allí los rusos.

Ya están perfilándose los nuevos conflictos.

Inmediatamente después de la comida suena la voz del locutor de radio: «Los tanques prosiguen su marcha en dirección noreste y amenazan ahora la capital de la comarca».

La carretera se vacía. Se ven carros de campesinos que marchan hacia el pantano; desde lejos brillan los edredones blancos y rojos. También mi vecino Lahmann ha enganchado su carro —«por los caballos»—, quiere salir todavía al campo a plantar patatas.

Por la tarde «pinchado» rabanitos colorados, dormido y acabado el libro de Wood, mientras de vez en cuando entraban fugitivos en la casa a pedir algo. Por desgracia tengo un fuerte resfriado, ya que ayer el viaje en bicicleta a Burgdorf lo hice bajo la lluvia. Anoto esto no tanto por la incomodidad que me causa cuanto porque en semejantes situaciones se precisa una extremada acuidad de observación.

Por lo demás la situación no es desagradable. Han dejado de tener vigencia las órdenes del Partido, las cartillas de racionamiento y las normas de la policía. También la emisora de Hannover ha interrumpido su labor. Las voces que durante años han estado regodeándose en un falso patetismo enmudecen en la hora del peligro, cuando con más urgencia que nunca necesita la población recibir noticias sobre cómo van las cosas. Ya ni siquiera suenan las alarmas aéreas.

Kirchhorst, 8 de abril de 1945

Noche tranquila. Ayer tomé quinina, lo que ha tenido como resultado que la gripe haya remitido un poco. Antes de dormirme

estuve leyendo algunas de las historias de caza de Turguéniev; hace tiempo que las aprecio, aunque me fastidia ese lujoso fusil de París que el autor saca a pasear por aquellos bosques.

Cumpleaños de mi querido padre, que tanto ansiaba conocer el desenlace de esta guerra y la nueva imagen del mundo que traería consigo. Pero ciertamente tuvo la experiencia de eso — estoy pensando en la hermosa frase de Léon Bloy que dice que en el instante de la muerte el espíritu vive la sustancia de la historia.

Parece que los ingleses están en Pattensen y también ya en Braunschweig y en la costa. Siguen abandonando la ciudad los refugiados.

Por la tarde grandes voladuras en los alrededores; en la zona de Winsen an der Aller se han alzado enormes humaredas. Frente a eso resulta muy agradable que se diluya en humo la presión que durante doce años ha acompañado el dominio del Partido y que yo sentía incluso atmosféricamente durante el avance por Francia.

A última hora de la tarde fuego de artillería más o menos por la zona de Herrenhausen, con puntos luminosos donde se producían las explosiones.

Kirchhorst, 9 de abril de 1945

Ayer volví a tomar quinina. Durante la noche la carretera ha estado abarrotada de soldados que se retiraban en desorden. Un joven suboficial ha entrado en nuestra casa; Perpetua le ha proporcionado un sombrero y un impermeable.

Por la mañana ha regresado del Weser el doctor Mercier. Le he regalado una copia de mi escrito sobre la paz.

Durante todo el día ha estado oyéndose en nuestra vasta zona de pantanos y turberas, unas veces en un lado y otras veces en otro, fuego de artillería. Se tiene la impresión de que los norteamericanos se han infiltrado en esta zona como en una hoja de papel secante.

Por la tarde han corrido rumores de que ya estamos cercados. A última hora de la tarde, muy cerca de aquí, disparos de pistola y de fusil.

Kirchhorst, 10 de abril de 1945

Noche intranquila. Al amanecer, con espesa niebla, comienzan a

tirar los cañones emplazados en Stelle; disparan ráfagas rápidas, estruendosas, que pasan al lado de nuestra casa. Los habitantes de esta se precipitan, más o menos vestidos, al jardín y se meten en el refugio. Yo estoy escribiendo estas líneas en mi cuarto de trabajo mientras se oyen nuevas ráfagas, que hacen que la casa retumbe como un yunque bajo los golpes del martillo.

El sol tarda en salir. Por la tarde entran en la aldea, viniendo de Neuwarmbüchen, dos tanques norteamericanos, capturan a cuatro soldados de la defensa antiaérea y se retiran. Se dice que también han aparecido tanques en Schillerslage, en Oldhorst y en otros lugares. La batería de Stelle envía a la periferia de la aldea soldados armados con granadas antitanque y continúa disparando. Durante la primera mitad de la noche sigue oyéndose su martilleo y sobre la casa se ven pasar proyectiles luminosos en dirección a Grossburgwedel. Más tarde violentos tiroteos en los bosques que rodean a Colshorn.

Kirchhorst, 11 de abril de 1945

Con las primeras luces del alba nos despierta el ruido producido por el rodar de los tanques. Los cañones emplazados en Stelle no entran en combate. Se dice que sus sirvientes se han dispersado durante la noche tras volar las piezas con los últimos proyectiles y matar a su comandante, que pretendía huir vestido de paisano. Era el hombre que se proponía «aplanar» los campos de prisioneros. Su cadáver yace ahora en el almacén de las bombas contra incendios.

A las nueve un ruido como de molino, un ruido enorme, cada vez más fuerte, anuncia la llegada de los tanques norteamericanos. No hay un alma en la carretera. La mirada, fatigada por haber trasnochado, la ve todavía más desnuda, más sin aire, a la luz del amanecer. Como ya me ha ocurrido con frecuencia en mi vida, soy en este pedazo de tierra el último hombre que posee mando. Ayer di, en esa condición, mi única orden: ocupar la barrera antitanque y luego abrirla cuando aparezcan las avanzadillas.

Como siempre en tales situaciones, también esta vez ocurren cosas imprevistas, de las que me entero por personas que las han observado. La barrera se encuentra en el «Lannewehrbusch», el antiguo parapeto, junto a un bosquecillo que mi padre adquirió antaño. Aparecen allí dos desconocidos armados con granadas antitanque y se apostan en la linde del bosque. Son vistos y hacen que la vanguardia de la columna se detenga, pues pasa bastante tiempo hasta que los desarman y hacen prisioneros unos fusileros enviados por delante.

Luego llega un caminante solitario y se detiene, no lejos de la barrera, en un camino del bosque. En el instante en que aparece el primer tanque gris con la estrella de cinco puntas quita el seguro a su pistola y se pega un tiro en la cabeza.

Estoy de pie junto a la ventana y miro hacia la carretera por encima del jardín, cuyos árboles aún no tienen hojas. Va acercándose el estruendo como de molino. Luego pasa deslizándose lentamente, como un espejismo, un tanque gris con una reluciente estrella blanca. Lo sigue, en orden cerrado, un número enorme de carros de guerra; horas y horas están pasando junto a la casa. Pequeños aviones sobrevuelan la columna. El espectáculo produce, en su conjunción de uniformidad militar y uniformidad mecánica, una impresión de elevado automatismo — como si fuera un desfile de muñecos, un cortejo de juguetes peligrosos. A veces se manda hacer alto a la columna. Se ve entonces a las marionetas inclinarse hacia adelante, como si alguien tirase de los hilos, mientras que cuando arrancan vuelven a inclinarse hacia atrás. Nuestra mirada se fija siempre en ciertos detalles, y así a mí me llaman especialmente la atención las largas antenas de radio que se balancean encima de los tanques y de los vehículos que los acompañan: despiertan en mí la impresión de una mágica excursión de pesca con caña, tal vez para capturar a Leviatán.

El río, el flujo de hombres y de acero pasa rodando sin interrupción, lento pero incontenible. Las cantidades de explosivos que semejante columna transporta la circundan de una irradiación terrible. Y una vez más vuelvo a sentir, como la sentí ya en 1940 en las carreteras por las que avanzaba hacia Soissons, la irrupción de un poder gigantesco en una región completamente devastada. Y también retorna la aflicción que ya entonces se apoderó de mí. Qué bien que Ernstel no vea estas cosas; le habrían causado demasiado daño. No se recupera uno de una derrota como esta, como sí se recuperó en otro tiempo la gente después de Jena o de Sedán. Esta derrota marca un viraje en la vida de los pueblos, y no solo han de morir muchos seres humanos, sino que en esta transición están hundiéndose también muchas cosas que nos conmovían en lo más íntimo.

Uno puede ver, entender, desear e incluso amar lo necesario, y al mismo tiempo hallarse traspasado, sin embargo, de un dolor inmenso. Es preciso saber eso si se quiere comprender nuestro tiempo y sus hombres. En este juego, ¿qué es dolor de parto, qué es dolor de muerte? Tal vez ambos son idénticos, de igual manera que el anochecer es simultáneamente el amanecer para mundos nuevos.

«La Tierra vencida nos regala las estrellas.» Esta frase se hace verdadera espacialmente, espiritualmente y sobreterrenalmente en un sentido inaudito. El esfuerzo extremo presupone una meta extrema, todavía desconocida.

Kirchhorst, 11 de abril de 1945

Ahora llegan las molestias: patrullas que buscan armas y se llevan el vino, aposentadores que requisan casas enteras y, de la nuestra, la planta baja, que es preciso desalojar sin demora. Así que me veo obligado a trasladar la biblioteca al desván; me ayudan en esa tarea los niños, que, como una hilera de hormigas, van subiendo a rastras cestas de las empleadas para la ropa.

Los niños están de buen humor; han birlado una botella de ajenjo, celebran reuniones a escondidas y se la beben a sorbitos. Está claro que les gusta esta alteración del orden doméstico. Las pasadas semanas les oía decir:

—Sería estupendo que mañana viniesen los bombarderos.

Pues entonces no tenían que acudir a la escuela.

En la aldea se oyen los cacareos de las gallinas a las que les retuercen el cuello. Una sección de tanques da un viraje y cruza el campo del vecino. Estaba recién sembrado y en él verdeaba ya la primavera; en un santiamén queda apisonado y convertido en una era negra. Por la carretera pasan rodando, en una cadena sin fin, camiones conducidos por negros. Observo desde una esquina del cementerio esa comitiva que afluye hacia el este. A mi lado se encuentra el hijo de una refugiada. Tiene nueve años. Me mira con ojos de listillo y dice:

—A mí esos me dan miedo.

Al mismo tiempo señala con el dedo a los conductores, que se deslizan ante nosotros como muñecos negros.

Kirchhorst, 12 de abril de 1945

La noche ha transcurrido sin incidentes. Por la mañana había florecido en el jardín el cerezo.

Los norteamericanos registran las casas. Les sirven de sabuesos los prisioneros polacos, que conocen bien el lugar. Observo cómo remueven en el campo del vecino un reciente montón de arena y hurgan en él con palos. El trabajo es inútil; la matanza está escondida allí, pero enterrada bajo el suelo cubierto de hierba. Cuando se trata de su salchicha el campesino se vuelve sagaz.

A cambio descubren entre la paja del granero un fusil; probablemente se desprendió allí de él un guripa alemán. Se arma un gran revuelo y la asustadísima esposa llama a Perpetua para que esta dé alguna explicación de tal hallazgo. Entretanto nuestro vecino ha huido ya al bosque.

Unos soldados exploran nuestro jardín con placas magnéticas sujetas a varas. Se ponen a cavar en un sitio y sacan una herradura vieja. La visión de esos buscadores de tesoros me hace pensar. Sin ninguna duda habrían descubierto ya mis fusiles de caza si los hubiese escondido, como había pensado, en las tablas de mantillo. Pero los hice enterrar, bien envueltos, en un campo de patatas lejos de aquí. Las armas de fuego las he tirado al estanque de los bomberos, pero no lo he hecho hasta esta noche. Yo creía que era de prever un interregno de anarquía más bien que no un sencillo traspaso de poderes.

Los líos en los que uno no es más que un simple objeto no tienen mucho sentido. En ellos se asemeja uno a esos personajes que aparecen en los cuadros de Brueghel mirando fijamente desde las ventanas toda suerte de acontecimientos.

Así es que me fui al pajar a trabajar un poco. Un soldado que estaba haciendo allí una inspección del gallinero me llamó. Su voz me resultó desagradable. Me dirigí hacia él y en la semioscuridad vi que había sacado un pesado revólver y lo apuntaba hacia mí. La boca del arma tocó mi pecho. Solté la horquilla de remover el heno que llevaba en la mano. Se hizo entonces un silencio absoluto, más aún, solemne.

Por fin me preguntó qué hacía yo allí y le contesté que era el dueño de la casa. Al oírlo puso el seguro a su arma y la metió en la funda. Era la segunda vez en mi vida que sentía en mi cuerpo el cañón de un arma, y la ocasión era parecida. Ya en 1918 me saludaron de esa manera unos espartaquistas que fueron a hacer un registro a nuestra casa. En ambas ocasiones el contacto del arma marcó el salto a un espacio nuevo. Volví a sentir aquella atención sumamente tensa, aquel escuchar el silencio.

Entretanto Perpetua gobierna la casa como el capitán su buque que va dando bandazos a la deriva sobre las olas. Aquí los hombres, para hacer fuego y calentarse, arrancan grandes trozos de la valla. En la leñera están escondidas, por cierto, las cajas de vino. Uno de los grupos de soldados acampados en el prado organiza allí un concurso de tiro; les sirven de blanco los árboles frutales jóvenes. Unos refugiados desconocidos vivaquean en el jardín y en los pasillos de la casa. De vez en cuando acude gente de las aldeas con sus problemas. Y la tempestad de los tanques sigue avanzando con estruendo por la carretera, sin la menor interrupción.

Apenas se entera el ama de casa del encuentro que he tenido en el pajar me castiga con arresto domiciliario. Sin duda es mejor así. De

modo que me retiro a la buhardilla, que está completamente tapiada de libros. Los únicos sitios libres son un ventanuco, la cama y la mesa de escribir. Abajo está el campamento de Wallenstein: altavoces que anuncian victorias, patrullas que traen de los pantanos prisioneros a los que han acorralado allí con perros. Un avión alemán tira bombas.

Una de las peculiaridades de las amas de casa es que su celo crece a medida que crecen las exigencias a que se enfrentan. En situaciones insólitas ese celo puede llegar hasta la bravura y propagarse como si fuera uno de los elementos. Es algo que ya varias veces me ha llenado de estupor. Así, también en este momento me pregunto, al mirar por el ventanuco, si realmente es necesario en un día como hoy sacar de los armarios y de los baúles la ropa vieja y golpearla para quitarle el polvo; no hay duda de que eso le sienta bien a la ropa, pero también es seguro que podía esperar. Veo a Perpetua ocupada en colgar de la cuerda los uniformes que el general Loehning depositó en nuestra casa por mor de los ataques aéreos. Las franjas rojas de los pantalones se ven desde lejos. Perpetua alza la vista y yo hago un movimiento negativo con la cabeza. Pero a los soldados que están tumbados cómodamente al sol eso los hace reír.

Observo al centinela que vigila la casa. Está sentado con descuido en un sillón de mimbre. Pero el fusil lo sostiene como un cazador al acecho. El comandante de la sección entra y sale de la casa sin mayores alharacas, excepto que los hombres lo saludan llamándolo *Sir,* y lo hacen con visible respeto.

Aprovecho mi estancia en el desván para leer a Rückert, al que hasta ahora había prestado poca atención, y lo alterno con el libro *Augusto y su tiempo,* de Karl Hönn. A veces se intercala en la lectura una visión fugaz, el revólver. Demasiado poco tenía que ver con mi esencia aquel pedazo de tosco hierro como para constituir de verdad una amenaza.

Kirchhorst, 13 de abril de 1945

Los norteamericanos se han ido por la mañana muy temprano. Han dejado medio devastado el pueblo. Nosotros estamos agotados como niños que hubieran correteado por una feria abarrotada de masas humanas, tiros, gritos, barracas, cámaras de horrores y quioscos de música.

Sobre esas cosas he estado charlando por la mañana en la escuela con un grupo de refugiados y de vecinos del pueblo; el grupo se había reunido allí después de la tormenta y estaba a medias excitado y a

medias aturdido, en un estado de ánimo que el berlinés suele calificar de «sonado». La opinión general era que habíamos salido bien librados. En otros sitios, por ejemplo en el paso a nivel de Ehlershausen, donde la Juventud Hitleriana destruyó un tanque norteamericano, las cosas habían sido distintas, por lo que contaban. Sobre todo nos ha favorecido el hecho de que la sección antiaérea se largase la noche antes de que entraran los norteamericanos, tras haber hecho saltar por los aires sus cañones. Las negociaciones entre el Partido, el Ejército y el *Volkssturm* llenaron los últimos días. Además de con la gripe, yo tuve que lidiar con el *Kreisleiter,* el dirigente de distrito de aquí, y Loehning me mantenía al corriente de lo que pasaba en la *Gauleitung,* la jefatura comarcal. Cuando el Partido se replegó hacia Holstein las cosas fueron más sencillas. Para cubrir su retirada yo debía destruir a tiros dos o tres tanques con mis campesinos.

He visto claro una vez más en esta ocasión que la guerra posee también su lado de teatro, del que no tenemos noticia ni por los documentos ni mucho menos por la historia. Hay en la guerra, lo mismo que en la vida privada, asuntos que transcurren en corrientes subterráneas y que casi nunca afloran a la superficie. Los hombres ametrallan con mucho ardor la zona, para hacer ruido, desembarazarse de la munición y luego poder decir, con la vieja fórmula, que se han defendido «hasta el último cartucho». Mantienen las posiciones hasta el último instante en que todavía es posible escapar, amañan los partes y luego desaparecen como por ensalmo. Mientras discutíamos sobre la defensa yo sabía, naturalmente, qué planes tenían aquellos sujetos, pero me guardaba muy bien de dejarlo traslucir, pues hay ocasiones en que lo que hay que hacer es tenderse mutuamente puentes de plata. Además, en esas partidas de cartas hay siempre quien, de vez en cuando, «arrastra», quiero decir: saca un buen naipe; el que descubre sus cartas demasiado pronto es fusilado. Eso infunde el respeto preciso en el momento de irse; también aquí hemos vuelto a verlo.

Al ir hacia la escuela he entrado, para grabármelo bien, en el depósito de las bombas contra incendios a contemplar el cadáver que allí yacía en el suelo de cemento. El rostro se hallaba desfigurado como por efecto de una fuerte caída o de un golpe violento. La chaqueta estaba abierta; bajo la tetilla izquierda relucía débilmente la pequeña herida del tiro. Aquel hombre hercúleo había sido temido; todavía la víspera, a última hora de la tarde, había pronunciado una inflamada arenga, pero luego durante la noche salió de casa vestido de paisano para largarse y pasar a la clandestinidad, como sin duda están haciendo ahora muchísimas personas. Sus subordinados, convertidos en ese momento en ogros, habían estado acechándolo; tras una breve

discusión le soltaron un tiro. Aquello representó, en lo que a ellos se refiere, el disparo de salida: para pasar a la anarquía se comienza por cometer un crimen, un asesinato, se carga con una culpa de sangre.

En el cementerio me he topado con el enterrador. Estaba cavando la fosa al lado mismo de la tapia y me ha preguntado si era ya lo bastante profunda. Luego se ha puesto a hablar del suicidio de uno de los jerarcas, que había llegado a sus oídos:

—*Nun is hei dode, das dicke Speckgesicht.* [Ahora está muerto, ese gordo cara de tocino.]

Ha dicho esas palabras con la sonrisa satisfecha del hombre insignificante que se siente seguro. Esta gente es como la hierba que crece bajo las encinas; se deja pisar fácilmente, pero con igual facilidad se endereza. La caída de los poderosos es siempre una fiesta para ellos.

Ni en nuestra aldea ni en sus alrededores hay una sola casa destruida. También están intactos, por lo que oigo, los puentes sobre el canal y sobre el río Leine; es algo que sin la menor duda se debe a Loehning. El *Gauleiter* ha desaparecido durante la noche, tras dirigir sanguinarias arengas a la población exhortándola a ofrecer resistencia y defenderse incluso a cuchillo.

No ha ocurrido, por tanto, todo lo que cabía temer. Ese era también el sentir que predominaba en la charla que hemos tenido en la escuela. Salen a relucir, ciertamente, algunos detalles lamentables. Varios de ellos hacen pensar en niños a quienes se hubiese dejado sin vigilancia en un parque zoológico. En ese momento se despierta el afán de destruir. Así, han sido desmontadas las piezas de los automóviles que estaban en las calles o en los graneros. Los alimentos que eran desenterrados o descubiertos en sus escondites han sido destruidos de una manera absurda. Se los rociaba con gasolina y se los quemaba. Es posible que a ello haya contribuido el miedo a los microbios, que ha llegado a convertirse en una verdadera manía. El viejo Haustein ha contado lo que pasó con su jamón.

—*Herr Jünger — ek was dazwischen.* [Señor Jünger — me interpuse.] Con ello quería indicar que se había llegado a las manos.

Se dice que ha habido violaciones de mujeres en los pueblos de alrededor, como, por ejemplo, en Altwarmbüchen, donde un negro forzó a una muchacha de catorce años, que ahora está en cama. Me han llamado la atención los giros anticuados que los reunidos

utilizaban al referirse a esas cosas. Así, uno dijo:

—*Sie haben die Frauen unter sich gebracht.* [Se han puesto a las mujeres debajo.]

La justicia exige añadir, sin embargo, que, tras los primeros momentos de confusión, nosotros hemos tenido buenas experiencias en general, y de manera especial aquí en nuestra casa. El comandante de la sección de tanques era un hombre caballeroso y no ha permitido el menor desorden a su alrededor. Le he regalado mi pistola de prácticas, que ya no me servía para nada. También de sus hombres podemos estar contentos. Antes de marcharse con las primeras luces del alba barrieron la casa. Y cuando Perpetua entró en la cocina, encontró llena de regalos la mesa: un montón de conservas, café, cigarrillos.

¿Qué decir, pues, de lo que uno ha visto y oído en estos días? A nuestro lado han pasado seres humanos. Con eso queda explicado todo.

En el jardín ha florecido la gran corona imperial.

Kirchhorst, 14 de abril de 1945

Los que ahora están convirtiéndose en una amenaza, tras esta primera acometida de las tropas de choque, son los prisioneros rusos y polacos, a quienes se ve cruzar en pequeños grupos por las carreteras. Irrumpen en las granjas para saquearlas, en busca sobre todo de ganado de carne, bebidas alcohólicas y bicicletas. Frente a eso los franceses adoptan una actitud reservada, como la élite que son de los prisioneros, e incluso intervienen. Los norteamericanos toman partido por la población; ello hace que los campesinos aguarden con impaciencia la implantación de una policía local también en las aldeas. La gente saca, pues, sus ventajas de tener que enfrentarse no a un único adversario, sino a una coalición.

En días como estos se aprende mucho, y se aprendería mucho más si uno pudiera sobreponerse al dolor. Bien es verdad que eso serviría únicamente para dar mayor agudeza, pero no mayor profundidad, a la observación; pues el dolor aporta experiencias insospechadas.

Cabe acotar el campo mediante los siguientes puntos de vista:

1. El histérico-morfológico. Así han sido y así son las cosas en las rutas y junto a las rutas por donde avanzan tropas. En mi caso esta visión se complementa con la visión desde el otro lado, la que tuve en

Francia, en Bélgica, en Luxemburgo. El capítulo cuarto del *Simplizius Simplizissimus* proporciona el modelo.

2. El teológico-moral. Se trata aquí de relaciones colectivas, a saber:

a) de los agentes. Se pagan con la misma moneda.

b) de los pacientes. Participan en la culpa y el destino de la comunidad sufriendo también ellos. Su sufrimiento tiene un efecto tanto mayor cuanto más injustamente hayan sido golpeados; esto arroja en la balanza el peso auténtico.

Por lo demás ha sido un hermoso día de primavera. Si vuelvo la vista atrás paréceme que en los períodos de anarquía yo no solo me he sentido especialmente jovial, sino que en ellos también he trabajado mejor. Es algo que seguramente supe ya muy pronto, cuando era niño; de ahí, sin duda, mi añoranza de las selvas vírgenes. Entonces se disipa el peso enorme de la civilización, su presión atmosférica. Las cosas se vuelven más peligrosas, sí, pero también más sencillas. Los pensamientos pierden sus adornos superfinos. La vida se hace más opulenta — afluyen los suministros y aun los víveres.

Así es como he estado instalado arriba en el desván, entre alfombras y libros, como en una tienda del desierto, absorto en mis apuntes del Brasil. A mi lado se hallaba una botella del borgoña que Loehning almacenó aquí. Sería vituperable dejar que cayese una sola gota de ese vino en manos de hombres de Kentucky; mi amigo estará de acuerdo con esto. Para que no me cansase, Perpetua o Louise me subían de vez en cuando un café muy cargado, regalo de nuestros huéspedes norteamericanos.

Fuera, a plena luz del día, me ha alegrado el espectáculo de las gallinas; he estado contándolas mientras les echaba de comer. Estaban todas. Luego me he colocado una silla en el jardín para disfrutar de la cercanía de la corona imperial, cuya floración es magnífica. Sus campanillas, bajo las altas hojas verdes, refulgen con un color de naranja madura que las venas rojo claro encienden como enciende la sangre la piel de las bailarinas moras. De ellas goteaba miel de una claridad cristalina.

Las azucenas forman una familia real, una estirpe principesca. ¿En qué podrá basarse el gran consuelo que nos deparan las flores y que es el regalo que ellas nos hacen? He estado meditando sobre eso.

En primer lugar ese consuelo es ciertamente de índole erótico-terrenal, pues las flores son los órganos amorosos, los brotes amorosos de la madre Tierra. Los momentos culminantes de las flores son magníficos, a su altura no llega ni siquiera la más elevada magnificencia animal. Parece como si ahí estuvieran expresándose unas leyes cósmicas con una pureza directa, igual que en el Paraíso. Tal vez sea parecida a esa la relación entre los soles y sus planetas. ¿Quién conoce las fuerzas que ejercen los unos sobre los otros?

Hay en la contemplación de los cálices, en segundo lugar, también un goce espiritual. Es tan hondo, tan convincente, tan simbólico su silencio. En todo jardín rural, en todo camino de campo refulgen mosaicos y bandas de pictografía. ¿En qué otro lugar se vislumbra de un modo tan claro la posibilidad, la existencia de mundos superiores al nuestro? Es néctar divino lo que brilla en esos cálices, es vino de la eterna juventud.

Kirchhorst, 15 de abril de 1945

Florecen los cerezos y los perales. En la costa van enmudeciendo poco a poco los violentos cañoneos. Estamos completamente incomunicados; falta la corriente eléctrica, falta la luz, falta el agua, y asimismo faltan el correo, los periódicos y las noticias. Son sustituidos por rumores siniestros.

Continúa predominando un sentimiento de irrealidad. Es el estupor de unos seres humanos que se encuentran de pie después de que ha pasado sobre ellos y a través de ellos una pesada rueda. Tal vez se trate de una ilusión óptica — también en el campo de batalla he visto yo a no pocos hombres que permanecían un momento en pie tras haber recibido un balazo mortal.

Detalles: en general los embutidos, el tocino y el jamón han sido respetados cuando estaban colgados a la vista. Cuando se los encontraba enterrados eran destruidos incluso con jactancia. Por lo que respecta a mis papeles, apenas he sentido preocupación; hace tiempo que están depositados en lugar seguro. No resulta nada fácil hallar un escondite que escape tanto a la astucia de los seres humanos cuanto a las inclemencias de los tiempos. De ahí que parezca casi un milagro el que hayan llegado hasta nosotros tantos libros y pergaminos antiguos.

Unos polacos que andaban merodeando le robaron su bicicleta a un trabajador que pasaba por aquí; eso es ahora algo habitual. Intervino una patrulla norteamericana que llegó en ese momento, la

cual devolvió al trabajador lo que era suyo. Este dio las gracias y quiso despedirse con un *Heil Hitler,* como le habían enseñado. Los norteamericanos se liaron a mamporros con él y volvieron a quitarle la bicicleta. Es la cara oscura de la disciplina.

Algo para una comedia: un norteamericano llegó a casa de nuestro vecino Pinkvoss, le tendió un vaso de agua y le dijo que se lo bebiera. Pinkvoss creyó que querían envenenarlo y lo rechazó con ambas manos. Entonces el soldado lo llevó a la bomba de sacar agua, le hizo llenar el vaso de agua recién sacada y le obligó a probarla — el soldado había sospechado, por su parte, que el pozo estaba envenenado.

Sobre esa desconfianza entre los seres humanos edifican su dominio los tiranos.

Kirchhorst, 16 de abril de 1945

Cuando en tiempos como estos se habita, como habitamos nosotros, junto a una de las grandes rutas de paso súfrense molestias de primera mano. Pero es más peligroso vivir en sitios distantes, en chalés solitarios o granjas perdidas; es cierto que quedan lejos de las carreteras por donde pasan los ejércitos, pero no escapan al olfato de los merodeadores. En esos lugares ocurren cosas espantosas.

Es lamentable el espectáculo que ofrece un campesino de la Baja Sajonia que habita una granja en la que tropas extranjeras hacen de las suyas. Es el viejo rey en medio de la masa plebiscitaria, que se burla de él mientras lo saquea.

Yo vivo ahora arriba, en la habitación de Ernstel, y leo en los libros que ha dejado. Qué grande era su deseo de dedicarse a los asuntos del espíritu, sobre todo al estudio de la historia; a eso era a lo que él aspiraba.

Allí he encontrado también las cartas que le envié, reunidas en una carpeta. Su lectura me enseña dolorosamente que toda carta que escribimos a uno de nuestros allegados es parte de una gran tarea. Ojalá fuéramos conscientes de ello siempre que cogemos la pluma. De igual manera que todo el mundo lleva su calavera en la cabeza ya cuando está con vida, así lleva también su cualidad de futuro muerto — la sustancia de preces futuras.

Kirchhorst, 17 de abril de 1945

El Libro de Ester — una joya a la manera de Heródoto. Siempre lo

leo con gusto. Nos introduce en reinos antiquísimos, que son como cámaras mortuorias.

Tampoco el rey Asuero pudo exterminar a los judíos. Todo se queda siempre en una simple poda y aboca, por tanto, a un reforzamiento, a un rebrote del viejo tronco. Los pueblos bautizados carecen de esa tenaz resistencia mantenida durante milenios. Es el misterio de la serpiente de bronce, es inmortalidad terrenal.

¿Ha sido la persecución de que los alemanes hemos hecho objeto a los judíos el último dolor de parto antes de la aparición del segundo Mesías, del Paráclito, con el que comenzará la Edad del Espíritu? No puede ser que tales sacrificios no den fruto. ¿La luz que comienza a brillar en los más altos glaciares es el reflejo de incendios? ¿O es la aurora de un gran astro que va a hacer su aparición? Tal vez sea ambas cosas, pues ¿qué son en lo absoluto los amaneceres y los ocasos? Nombres para designar perspectivas humanas.

Entre las mujeres judías tiene que haber por fuerza una *flor extra fina,* para hacerles perder la cabeza a los dueños del poder, a los señores del mundo. De esa clase son Ester, Judit, Salomé, Berenice y otras. Esa estirpe, que reúne en sí de una manera inaudita los encantos físicos y los espirituales, ha intervenido también con toda seguridad en nuestros conflictos de hoy, pero lo ha hecho de un modo más escondido. Lo que es el oro entre los metales, eso han de ser esas mujeres en el reino de los sentidos. Tijeras de Dalila en su versión más sutil. Antes de presentarse a Asuero, Ester fue preparada durante un año entero — seis meses con bálsamo y mirra, y seis meses con especias. Son conocimientos que se han perdido.

Dura todavía el descomunal ajetreo en la carretera. Pasan rodando cañones, tanques, camiones cisterna, también pontones gigantescos, sin duda para el cruce del río Elba. Allí se tenderá la mano a los rusos. Prisioneros alemanes, que son llevados hacia atrás. Produce un desgarrón especial el ver a soldados nuestros y, a su lado, extranjeros armados.

Vivimos sin noticias. Se dice que Roosevelt ha muerto y que Göring se ha pegado un tiro. Continúan los saqueos en la región.

Kirchhorst, 18 de abril de 1945

La lectura del Libro de Job, que he comenzado hoy, resulta siempre útil: en los buenos días, como advertencia, y en los malos,

como consuelo. En lugar de aquellos paralelismos ridículos que nos ponían como temas de redacción en el último año de bachillerato, los profesores tendrían que habernos mandado hacer una comparación entre Fausto y Job, o entre las acciones y los sufrimientos, en sus entrelazamientos. Cada vez noto más la gran falta de maestros que tuvimos, y puedo decir que yo fui afortunado, al no sufrir al menos escasez de libros.

Los campesinos vuelven a estar en los campos. También yo prosigo el trabajo — en el jardín, en mi colección de insectos y en la mesa de escribir, mientras fuera persiste la tempestad de los motores. Somos conscientes, sin embargo, de que en cualquier instante podemos ser echados de casa, robados y saqueados, quedarnos hasta sin camisa.

El alto mando norteamericano prohíbe a sus tropas «confraternizar» con los alemanes — también nosotros lo preferimos.

Kirchhorst, 20 de abril de 1945

Continuado la lectura del Libro de Job. Ninguna filosofía abarca más; el dolor es, de los buscadores de oro, el que más hondo cava.

Entretanto he leído las memorias de la condesa danesa Ulfeldt, aparecidas después de su muerte con el título de *Jammers Minde* [Recuerdos de mis calamidades]. Cautiverios largos y rigurosos, como el suyo en la Torre Azul, son indicio de una influencia horoscópica, de un hechizo imperioso. Es algo que puede actuar directamente, por mediación de una mala estrella, o que se crea a sí mismo recursos caracterológicos. Estos últimos son secundarios, pues la cárcel está abierta tanto para los culpables como para los inocentes; y tanto las virtudes como los vicios pueden llevarnos a ella.

Las cadenas convienen sobre todo a los instintos vitales no dominados. Eso es algo manifiesto por lo que respecta a la criminalidad. Pero rige también para el mundo erótico, como lo prueban los ejemplos de Casanova, Sade, Schubart, Trenck. Las cadenas constituyen el contrapunto de la fiebre de viajar que va unida al mundo erótico; creo que fue Weininger el primero en señalar eso. Don Juan se ve forzado a cambiar de escenario como un perseguido; Kant apenas salió nunca de Königsberg. Las naturalezas menos amenazadas son las equilibradas; también les resulta más llevadera la prisión.

Máxima: las cadenas interiores que nos faltan nos son impuestas

desde fuera. De ahí que esté especialmente amenazado lo titánico que hay en nosotros; Prometeo es el prisionero por excelencia. Esa es una de las razones de que hoy se multipliquen las cárceles. Forman parte del bagaje del colectivo técnico, lo mismo que los monasterios formaban parte del mundo gótico. Y de lo dicho forma parte también la locura, que es la camisa de fuerza del espíritu titánico.

Fuera continúa pasando el cortejo de los rusos y polacos liberados; al mismo tiempo prosiguen los saqueos. Ayer tuvimos en nuestra casa a tres franceses, personas agradables; a todo el que llama a nuestra puerta lo ayudamos en lo posible, proporcionándole bien comida o bien alojamiento. Eso no es solo un mandamiento de humanidad, es también, a la vez, el mejor cerrojo que puede echarse a los saqueos.

En esta situación vuelve a quedar confirmado el privilegio que hay en el trabajo original — el campesino puede seguir creando, también el autor puede hacerlo, pero no, en cambio, el que depende de la burocracia, de la central eléctrica o de otros distribuidores.

Lo que al autor le importa no es solo captar la situación, sino a la vez domeñarla, ponerla en un espejo en el que también encajen las imágenes del terror.

Kirchhorst, 24 de abril de 1945

La anarquía continúa y con ella continúan los saqueos. La naturaleza de los visitantes es muy variada. Los hay que solicitan cortamente un huevo; otros llegan por la noche, armados, y se llevan el dinero y las joyas. Otros les quitan a los campesinos los caballos de los establos y matan a cuchilladas el ganado de carne. No voy a hablar de las pequeñas pérdidas, como la consistente en que cada tarde sean menos las gallinas que vuelven al gallinero. Nuestra ama de casa se muestra a la altura de las circunstancias y no pierde el buen humor ni siquiera cuando ve delante de la puerta un negro acompañado de tres rusos. Lo que importa es eso. Es preciso que uno mismo cree la situación, no aceptar la que viene de fuera.

En algún sitio tendrán que haber empezado a gobernar las fuerzas del orden, pues desde ayer los hilos conducen otra vez corriente eléctrica. Como si un conjuro mágico hubiera despertado un ejército de duendecillos, de golpe empiezan a funcionar la luz, la bomba de agua, la radio. La red está conectada; los peces saltan de júbilo. Con ello recibimos también las primeras noticias. Se lucha en Berlín;

Bremen y Hamburgo están bajo el fuego de la artillería; tropas francesas han llegado al lago de Constanza. El espectáculo continúa, pues, sin nuevas ideas, hasta su horrendo final.

Sobre la visión intuitiva. En sus figuras disfrutamos de manera simultánea y junta lo que en la lógica aparece de manera sucesiva, como una cadena. Eso se me ha ocurrido hoy en el jardín mientras contemplaba una auricularia, una «oreja de oso», de un intenso color marrón aterciopelado, cuyo cáliz era amarillo. El goce sosegado que ha provocado en mí se basaba en que sus colores irradiaban el calor suave del fuego atenuado, amansado. Amarillo era el foco, marrón la penumbra que lo rodeaba. Un borde escarlata en torno al centro amarillo habría generado probablemente una jovialidad más viva, pero más inquieta.

Kirchhorst, 26 de abril de 1945

Inventos como el del telescopio o el del microscopio no descubren mundos nuevos; lo que hacen es más bien proporcionar los órganos, acaso solo las muletas, para visiones que los han precedido. De ahí que esos instrumentos no solo introduzcan confusión en los sentidos humanos, como decía Goethe, sino que pueden ser ya indicios de un desarreglo, la traza de ojos de cristal para desencantar el mundo. La óptica exterior sigue a la interior, no a la inversa. Cuando se tiene la idea, como Laue, de la reja de cristal, es preciso poseer ya una noción de la caza a la que se va a hacer atravesar los barrotes. Esto rige también para las excavaciones. La fotografía hizo su aparición cuando el ser humano comenzó a ver fotográficamente. Los viajes espaciales coincidirán necesariamente con el instante en que *una sola* mano abarque el globo, según el ejemplo del globo imperial. Las fronteras son trasladadas al Universo. De una bola cargada de electricidad saltan entonces chispas. El Estado mundial como masa exige su antítesis cósmica; un pensar cósmico habrá precedido necesariamente a eso. Lo invisible encuentra su trasunto en el poema, en el reino de los sueños; y este encuentra el suyo en lo visible. El historiador ha de recorrer en sentido inverso ese camino, hasta llegar a las cámaras del tesoro.

Kirchhorst, 28 de abril de 1945

Unos trabajadores polacos han asesinado la pasada noche al propietario de la gran finca que diviso desde mi mesa de escribir, porque se negó a darles gasolina. Se dice también que lo han torturado. A ello siguió una orgía, cuyo ruido llega todavía hasta aquí.

Parece que en B. han atado al alcalde a un automóvil y lo han arrastrado hasta hacerlo morir. A otros se los han llevado obligándolos a cabalgar sobre el radiador. En casa del dueño de la fonda se presentó un negro borracho y exigió una cama con una mujer dentro. Como no fue posible servírsela, el negro siguió adelante hasta la casa de los Haustein, donde entró hundiendo la puerta de una patada. Allí lo apaciguaron con un gran plato de huevos fritos que le prepararon a toda prisa.

Enjambres de rusos han acampado en las granjas donde han desaparecido o están en cautiverio los varones; matan cada día una res y organizan comilonas como los pretendientes de Penélope. Se los ve de pie junto a las vallas, tomando el sol; tienen unos pómulos enormes y una piel que, a consecuencia de las francachelas, florece como terciopelo puro.

Fuera continúa la tempestad de los motores, a dos pasos del muro del jardín en que trabajo. Es una antítesis que he visto ya en sueños a menudo: la corriente, y, a su orilla, las flores. Sobre eso he estado meditando mientras arrancaba las malas hierbas de un bancal. Con las raíces ha salido a luz un penique viejo; tal vez lo perdió allí uno de los párrocos hace tiempo fallecidos y formaba parte de la colecta del cepillo. Tiene en una cara el caballo encabritado, el escudo de armas del reino de Hannover, y en la otra la fecha de 1837 — un año fatídico, pues en él subió al trono el Rey ciego.

Kirchhorst, 29 de abril de 1945

Hoy se ha sabido que partisanos italianos han capturado a Mussolini cerca de la frontera suiza y lo han fusilado después de someterlo a una especie de consejo de guerra; luego lo han colgado ignominiosamente. Parece que Farinacci y otros jerarcas del Partido han corrido una suerte parecida. Sobre Hitler circulan rumores varios. Según una de las versiones «está agonizando».

Entramos ahora en la edad del ocaso de los Galbas, los Otones, los Vitelios; es algo que se repite en los detalles, pero sin que haya un Vespasiano en el fondo. Vitelio fue arrastrado de un gancho. Ese fin era ya perceptible en las aclamaciones de las masas populares. Si, según Heráclito, las lenguas de los tribunos son afiladas, tan afiladas como los cuchillos empleados en la matanza, las citadas aclamaciones aportan el compás de las hoces y las hachas. Saltan los viejos cerrojos.

Vuelvo a leer las actas del asunto Dreyfus, del que nunca me ocupo sin que me palpite el corazón. En él aparecen, como en un

modelo ideado por demonios, todos los poderes de nuestra época; se concentran en un cristal de múltiples lados. Ese proceso se vuelve tanto más significativo cuanto más ampliamente va documentándolo la historia en su progresión. Cómo se parece el destino del Estado Mayor alemán, una vez que se lio con los tribunos, al destino del coronel Henry. Drumont, Barrès, *La libre parole:* verdaderas minas de nuestros lugares comunes.

Kirchhorst, 1 de mayo de 1945

Florecen las lilas y los muguetes. Esas flores y el «corazón con lágrimas» adornan la fotografía de mi hijo; hoy habría cumplido diecinueve años.

En el salmo 119, manifiesto de la vida justa, leo este hermoso versículo: «Soy un huésped en la Tierra, no me ocultes tus mandamientos... Instrúyeme, y viviré».

La muerte es en ese sentido la más poderosa instrucción que puede dársenos. También dejamos de ser huéspedes; ingresamos en lo que constituye nuestra propiedad.

La radio ha dado a conocer a última hora de la tarde la muerte de Hitler; es oscura, como muchas de las cosas que lo rodean. Yo tenía la impresión de que este hombre, igual que Mussolini, era desde hace mucho tiempo tan solo una marioneta movida por otras manos, por otras fuerzas. La bomba de Stauffenberg no le quitó, ciertamente, la vida, pero sí le quitó el aura; era algo que se notaba también en su voz. Desde el principio sospeché que se produciría un ataque de esa especie y que lo efectuaría un varón de nombre antiguo — y también que el ataque no podría causar efecto más que si fracasaba. En 1939 expuse eso con todo detalle en la figura del príncipe Sunmyra.

Se dice que el gran hombre se ha envenenado. Eso estaría en contradicción con la visión de que me habló Ziegler en París, creo que en 1942. Su esposa había visto a Hitler tendido en un lugar tenebroso, le salía sangre de la boca.[1] Años antes ella había visto, a la hora astronómica, el incendio del gran dirigible en Lakehurst.

Cuando vuelvo a pensar en aquella charla con Ziegler se apodera de mí una sensación funesta. Fue en el Café de la Paix.

Es preciso que recorramos en sentido inverso el camino trazado por Comte: de la ciencia, pasando por la metafísica, a la religión. Bien

es verdad que el ir cuesta abajo resultaba menos fatigoso. ¿Y en qué se reconocerá que estamos acercándonos a la meta? En todo — y, espiritualmente, en que las perspectivas se harán más generales, y no más especiales, como ha ocurrido hasta ahora.

Kirchhorst, 2 de mayo de 1945

En el jardín el narciso blanco florece en rincones cubiertos de maleza. Me trae a la memoria mi paseo por los pedregales de Aïn Diab, donde lo vi brotar en frondosas matas del suelo del desierto en el mes de diciembre.

Sigo revisando mis notas del Brasil y al hacerlo percibo que mi oído se ha vuelto sensible a los pleonasmos más sutiles — por ejemplo: *noch unberührt* [todavía intacto].

Lo mismo puede decirse de las contradicciones secretas; así que los ojos se aguzan un poco, esas contradicciones empiezan a pulular como microbios. El giro *einen Beigeschmack gewinnen* [ganar un resabio] está propiamente justificado tan solo cuando el resabio es un resabio bueno; sin embargo, a las plumas de dicción matemática esas cosas no les causan problemas.

Con todo, no deberían llevarse los escrúpulos hasta el límite a partir del cual lo que comienza es la falsa sutileza, las ganas de querer partir un cabello. En el lenguaje la lógica no obtiene nunca resultados exactos; siempre quedará un resto. Si se quisiera extirpar ese resto se esterilizaría el lenguaje. El afán de exactitud absoluta lleva a extravíos. Es preciso que el autor conozca la diferencia que hay entre la exactitud matemática y la exactitud pictórica.

Me llama la atención una cosa notable: que quedasen olvidadas, tan pronto como pasaron los norteamericanos, las noches de bombas, unas noches que, sin embargo, han estado dando a la vida en los últimos años una nota tan determinante. La población las recuerda como un sueño. Eso arroja luz sobre la naturaleza ilusoria del mundo del terror.

El trabajo, el ocuparse en pequeñas cosas, no solo proporciona un contrapeso a lo ilusorio, sino que también ayuda a conservar la dignidad, o a restablecerla cuando ha sido lastimada. Cuanto más crece el pánico, tanto más placentera resulta la visión del hombre que no sobreestima el terror y se niega a inclinarse ante él — en tiempos

ateos eso no resulta más fácil, sino más difícil. En mi infancia, cuando apenas había aprendido a leer, me causó una gran impresión una historia de la Guerra de los Bóxeres. Creo que era un oficial del Estado Mayor del general Waldersee el que contaba una ejecución de rehenes chinos. Formaban una larga cola, mientras iban siendo decapitados uno tras otro. En aquella cola le llamó la atención al oficial un hombre que estaba leyendo un libro. La visión de aquello lo conmovió y entonces solicitó de quien dirigía las ejecuciones la vida del hombre, que le fue concedida. El oficial comunicó el indulto al lector. El chino dio las gracias cortésmente, se metió el libro en un bolsillo y abandonó el lugar del suplicio, donde el trajín siguió su curso. Más tarde me he preguntado: ¿de qué índole sería su lectura? Habría que conocer el texto. Hoy podría imaginarme que se ocupaba en leer un capítulo de la novela *Jin Ping Mei* o un manual sobre el cultivo de las azucenas. Al sapiente se lo reconoce no por su materia, sino por su saber. Ahí es donde está la prueba: hay oraciones hueras y hay sonrisas que convencen.

Los campesinos se encuentran otra vez en los campos, aunque en sus granjas están instaladas hordas glotonas. La cosecha es incierta. Pero el labrador que ara caminando detrás de los caballos, mientras por las carreteras pasan los ejércitos, ofrece una poderosa estampa de la continuidad, de la permanencia del esfuerzo humano. Ese esfuerzo es defraudado con mucha frecuencia y, sin embargo, es más importante, es más consolador, tiene unas bases más profundas que el progreso, el cual más bien tiende a alejarse de él. Quien ara retorna; vi ese personaje durante el avance alemán por tierras de Francia, y se dice que ese mismo personaje iba abriendo sus surcos entre los ejércitos que se desplegaban en Waterloo.

Kirchhorst, 4 de mayo de 1945

Han participado de nuestro desayuno dos detenidos que han sido liberados del campo de Belsen. Uno de ellos tenía apergaminado el rostro, curtida la piel, a consecuencia de fuertes descargas, de llamas asfixiantes, en alternancia con fríos intensísimos. Ha estado detenido desde 1939 — en los últimos años se hallaba al frente de la cocina, es decir, ocupaba un puesto privilegiado, que lo ha mantenido con vida. Ese hombre ha pasado por una serie de campos y yo he estado preguntándole detalles. Ahora cae sobre esos sitios una luz cruda, que viene a relevar a los rumores. Cae sobre los detalles de la putrefacción, sobre la basura de la práctica, sobre los más viles triunfos de la economía. Lo que esa luz hace es poner completamente al desnudo las cosas, mientras que los rumores le dejan todavía al

oyente la libertad de formarse una imagen propia, aunque también ella sea horrible. He pensado en Manz, que pasó más de un año en uno de esos lugares y que ni siquiera cuando estábamos bebiendo unos vasos de vino osaba ir más allá de algunas alusiones sombrías. En determinadas circunstancias cabe discutir las alusiones; con los detalles no es posible hacerlo. En una ocasión en que estábamos cómodamente sentados en el hotel Raphaël, entregados a las conversaciones habituales, Manz levantó el dedo y pronunció estas tres palabras:

—¡No decir nada!

Era como si algo imposible de comunicar emergiese de sus profundidades. Aquellas palabras interrumpieron por un momento las bromas, como un grito de lechuza. Manz había visto y aquello le había costado un ojo de la cara.

En Grosshorst un norteamericano ha realizado una pequeña pesca particular. Se apeó allí de su automóvil, detuvo con su metralleta a los transeúntes y fue quitándoles los relojes. En todo caso, mejor eso que no que les hubiera arrancado la cabellera.

Ordenando cartas y viejos apuntes he encontrado una cita que saqué hace diez años del escrito de Casiano sobre la organización de los monasterios:

«Nadie puede legítimamente combatir antes de haber vencido a su propia carne».

Kirchhorst, 6 de mayo de 1945

Las carreteras siguen abarrotadas de personas que han estado en los campos de concentración. Quienes pensaron que iban a extenderse por el país hordas de saqueadores se han equivocado en sus profecías, al menos en cuanto puedo juzgar desde aquí. Las gentes me parece que están más bien alegres, como resucitadas. Por la mañana se han presentado en la granja seis judíos liberados de Belsen. El más joven tenía once años. Con el asombro, con la avidez de un niño que nunca ha visto nada parecido, se puso a mirar libros ilustrados. También nuestro gato provocó su más profunda admiración, como si se acercase a él una poderosa imagen vista en sueños.

Ese cortejo de judíos me ha conmovido; era como una ventana a través de la cual veía yo las profundidades del despojo. «El número de los que sufren carece de significado» — también esta es una de esas

frases con las que me he arriesgado inútilmente.[2] Y, sin embargo, es una frase válida, lo es incluso psicológicamente, pues la visión de la persona singular, del prójimo, es la única que puede desvelarnos el sufrimiento del mundo. Y es válida teológicamente, por cuanto una persona singular puede tomar sobre sí el sufrimiento de millones, compensarlo, transformarlo, darle sentido. Forma un valladar, un reducto en medio de un mundo estadístico, de un mundo sin atributos, plebiscitario, propagandístico, trivialmente moralista, en una sociedad en que la palabra «víctima» asusta a los espíritus. Incluso hoy la enorme suma de dolor no puede llegar a tener sentido más que si ha habido seres humanos que han salido de la esfera de las cifras y han ingresado en la del significado. Eso es lo único que sublima la catástrofe y la saca de la vacía rotación, de la vorágine a la que afluyen tropas siempre nuevas de vengadores.

Kirchhorst, 7 de mayo de 1945

Los rusos anuncian que han encontrado en Berlín los cadáveres del doctor Goebbels y de su familia. Murieron a consecuencia del veneno que ingirieron.

He meditado una vez más sobre las etapas de nuestra relación de conocidos. Comenzó con el acorde disonante de Spandau y terminó hace seis semanas, cuando prohibió a la prensa que mencionase mi cumpleaños.

Franke, que sucumbió más tarde al mando de una cañonera suramericana, no dejaba de darme la lata para que asistiera a los mítines en que hablaba Goebbels, aunque sabía lo poco que yo esperaba de aquello. Por fin un día fuimos a Spandau. No debía de haber pasado mucho tiempo desde la llegada de «el Doctor» a Berlín. Lo que allí resultó instructivo fue el modo como aquel gnomo se apoderaba de la masa, gran parte de la cual estaba formada por individuos de la «Comuna», el modo como la sometía y la llevaba al frenesí. Era algo de lo que aún no se había tenido vivencia entre los alemanes, sobre todo en Prusia. Frente a eso los socialdemócratas eran unos ilustrados de espíritu científico. Los comunistas se dieron cuenta de lo que habían dejado escapar y trataron de imitarlo, pero llegaron demasiado tarde. Yo oí luego también el discurso en el que Thälmann invocó a Ulrich von Hutten y la libertad alemana. Aquello habría hecho furor unos diez años antes, por la época de *El acorazado Potemkin.*

Más tarde acudimos alguna vez a los mítines que celebraban ambos partidos en el Palacio de los Deportes; eran muy parecidos

tanto en su técnica como también en la creciente atmósfera familiar, hacían pensar en grandes campamentos en los que la gente confraternizase a los sones de música de marcha. También fue una novedad la aparición de mujeres fanatizadas.

«Este les arrebata a los otros de las manos la revolución» — eso fue más o menos lo que hube de sentir mientras lo escuchaba en Spandau. Es posible que como orador nunca volviera Goebbels a rayar a igual altura — no me refiero al entrenamiento, sino a la fuerza directa. Uno de los secretos de aquellos hombres estaba en el simple hecho de que tenían más arrojo. «El gobierno carece de arrestos para mandar que me fusilen, pero eso no se basa en la reciprocidad.» Creo que esta frase se pronunció una vez en Suramérica. Aquellos hombres caían sobre una república en la que había liberales, pero apenas republicanos, si prescindimos de algunas personas singulares, como Otto Braun, que pedía en vano una sangría saludable. En sí la situación no era desfavorable para un gobierno expeditivo. Era mejor que existiesen dos partidos extremos de masas, en lugar de uno solo. En una ocasión marcharon el uno contra el otro en Alexanderplatz. Vi, cosa de la que no había dudado, que bastaban unos centenares de policías para separarlos y amansarlos. Si uno sostiene el fusil en las manos, puede caer; pero si se lo deja arrancar con palabrerías, habrá de prepararse a sufrir ignominias.

La voz del Doctor no era groseramente agresiva. Era una voz sutilmente modulada, fina, disciplinada. No la voz de los grandes tribunos, que están completamente seguros de su misión, de su mensaje. El timbre de su declamación estaba muy pensado; suscitaba la idea de que se debía a unos estudios cuidadosos, realizados en ascéticas vigilias nocturnas. Era la misma voz que se encuentra en los jefes de publicidad, en los «cañones vendedores», que llegan a nuestra casa para hacer el elogio de unas complicadas pólizas de seguros y cuya visita suele acabar enredándonos en unos pagos de nunca acabar. Las imágenes que Goebbels empleaba eran fáciles, pero enérgicas, para darles eficacia. Un ejemplo: «la frente y el puño», para decir «la cabeza y la mano». El conjunto quedaba por encima del nivel de los oyentes, pero no de su capacidad de comprensión. El Doctor iba también vestido con esmero, llevaba un traje azul de buen paño. Pero no había duda de que él pertenecía al mismo grupo que sus oyentes; tenía el aspecto que suele tener en una familia de mecánicos el hermano que ha hecho estudios universitarios.

Aquella fue una de las fiestas en las que se descubrió la sociedad sin clases. Eso trajo un fuerte arrebato, un flujo de energía. Se la sentía hervir en aquel gran recinto. En lo que respecta a la fuerza

elemental, a la materia prima histórica y a su aprovechamiento, el espectáculo era bastante sorprendente. En la captación y en su técnica iban muy por delante de los burgueses y también de los comunistas. Estos se hallaban todavía profundamente anclados en el Estado de clases. Es cierto que en lo ideológico lo único que allí se mostraba eran los lugares comunes del siglo XIX, con un aliño nuevo, o ni siquiera eso, sino reconducidos a su origen, pues la democracia se había reconocido a sí misma por vez primera, en efecto, en su carácter nacional. En ese aspecto aquellos hombres andaban retrasados con relación al marxismo. Pero lo que en el fondo importaba no era lo que aquel ágil hombrecillo expusiese. A veces tuve la impresión de que el Doctor dirigía el coro con suaves movimientos de la mano, como un director de orquesta. Así es que abandoné también el mitin antes de que acabase.

Aquella misma noche, o ya de madrugada, volvimos a encontrarnos en casa de Franke, donde me enteré de que se había producido una verdadera batalla en el recinto. Mi papel era el del hombre al que se le había colocado en un lugar de honor y que luego había desaparecido al ponerse difíciles las cosas. Mi buen *genius* me había preservado de tales laureles. El concepto de «antiguo combatiente» desplazaba en aquellos tiempos su centro de gravedad hacia la guerra civil. Frente a eso palidecían las estrellas de Langemarck. En el piso de Franke pensé que el Doctor iba a desvelarnos allí los misterios; pero lo único que hizo fue repetir los mismos lugares comunes.

Más tarde volvimos a vernos de vez en cuando en la Heilbronner Strasse, en el domicilio de una tercera persona; él veía probablemente aquella casa como una oficina de reclutamiento para sus capitanes. Así fue como Goebbels se empeñó en conocer a Ernst Niekisch, lo que dio lugar a una maliciosa charla entre ambos — se enfrentaban allí el perro y el gato. Aquella conversación fue instructiva porque tocó los puntos neurálgicos — por ejemplo, la palabra «trabajador». En ese sentido se asemejó a una auscultación breve, precisa, con un diagnóstico lamentable. Niekisch ya no era marxista, pero, igual que Hendrik de Man, había pasado por la escuela de la dialéctica; no cabía negarlo. De ahí que la conversación tuviera también algo de representación absurda, de, por ejemplo, un enfrentamiento entre un peso pesado y un peso mosca; en ese enfrentamiento, de todas maneras, el más fuerte espiritualmente era a la vez el más débil políticamente. No se repitió. Y yo sospecho que no dejó de tener significado para el destino de Niekisch.

Más tarde aparecieron en aquella casa altos funcionarios;

acudieron después de los primeros grandes triunfos electorales y sin duda abrigarían la esperanza de sobrevivir a la amenazadora mudanza. Hicieron aparición allí gentes importantes del cine, de la radio y de la prensa, actrices y actores, entre ellos también Heinrich George, que en aquella casa estaba fuera de lugar, como si un hombre de la Edad Media, un Florian Geyer, se hubiese extraviado en un bar de hotel. Allí conocí también a Valeriu Marcu, un judío de baja estatura, inusualmente inteligente, que había desempeñado un papel en la revolución húngara bajo Bela Kun y que ya cuando contaba dieciséis años había hecho una peregrinación a Zúrich para ver a Lenin, sobre el cual existe también un libro suyo. En aquel momento Marcu estaba ocupado en estudiar los espíritus revolucionarios surgidos en el ejército prusiano después de 1806, había escrito antes sobre Scharnhorst y sobre *El nacimiento de las naciones* y preparaba un libro acerca de la persecución de los judíos en España y Portugal.

A toda la gente antes mencionada se añadían personas del «Frente Negro» — comandantes del ejército en paro, como Buchrucker y Gilbert; el primero había maquinado un alzamiento en Küstrin y el segundo había estado al mando de una división bolchevique en Turquestán; y también un tal doctor Heimsoth, médico amigo de Röhm que mantenía en el Wittenbergplatz una equívoca consulta, que era un verdadero pozo negro. Lo mismo que Hanussen, el vidente, también el citado médico estaba atiborrado de secretos peligrosos; fue uno de los primeros en ser liquidado.

También el Doctor traía consigo a algunos de sus secuaces, que en vano intento recordar, pues eran más evanescentes aún que su jefe. Uno de ellos me llamó la atención porque sabía adaptarse de tal manera a la opinión del momento que casi carecía de individualidad; se fundía como un camaleón con los dibujos del papel pintado de las paredes. Creo que más tarde llegó a ser alcalde de Berlín.

Aquel estudio de la sexta planta, que constituía la pesadilla de los demás inquilinos del edificio, se asemejaba a un acuario iluminado en el que no había escasez de cosas que pescar: sepias, medusas, nenúfares de largas cabelleras, embriones de tiburón con la piel muy delicada todavía. En el vestíbulo había un plano de la ciudad de Nueva York. Era difícil encontrar un grupo más heterogéneo, a no ser que uno frecuentase las fiestas que organizaba Ernst Rowohlt, el cual se complacía visiblemente en combinar mezclas pirotécnicas, sobre todo el día de su cumpleaños. Uno encontraba allí a Brecht, a Bronnen, a Ernst von Salomon, a Rudolf y Speedy Schlichter, y a grandes bebedores, como Thomas Wolfe.

Los centelleos sociológicos son uno de los indicios de las grandes caídas de barómetro, de las grandes depresiones, como lo es también el ofuscamiento de los espíritus, su optimismo, que les oculta el peligro. Hasta más tarde, hasta mucho más tarde no descubrí la naturaleza fatídica de aquellas reuniones. Un Cazotte habría visto tal vez que los más de los participantes estaban ya marcados, que, mientras ellos fumaban y el gramófono daba vueltas, tenían ya la muerte a sus espaldas — y qué muerte tan atroz. El parquet sobre el que se bailaba era muy delgado. La primera que se envenenó fue el ama de casa, una criatura maravillosa; se decía que había sido agente de los servicios secretos. Aquel estudio era demasiado atractivo como para que no introdujesen en él sus tentáculos poderes de toda índole. Siguieron otros suicidios, como el de un hombre gordinflón, al que yo había admirado como dechado de la satisfacción humana; luego llegaron las liquidaciones.

No voy a decir que nadie previera lo que se venía encima. Pero solo podía ser una previsión vaga. En una ocasión vi a Edmond, un sensitivo, mirando al techo como si buscara allí algo, un objeto fatídico. Un gran galgo ruso se puso a aullar; lo calmaron con somníferos.

Los acontecimientos de los últimos doce años han distorsionado el cuadro, que se señalaba precisamente por su insignificancia; esta forma parte de la marcha vertiginosa de la sociedad nihilista, de su roedora conversación nocturna. Cuando un polvorín salta por los aires se sobreestima el significado de las cerillas. Tampoco cabezas acomodaticias, que más tarde han pretendido que ellas sí sabían todo exactamente, tenían por aquellos días una idea exagerada del Doctor. A Stoffregen, que más tarde fue nombrado en la radio sucesor de aquel hombre gordo que se pegó un tiro delante del espejo, le oí decir:

—Pues no es nada lo que a estos chavales les queda todavía por aprender.

Más tarde uno se acuerda, o no se acuerda, según convenga, de haber pronunciado frases como esa. La memoria es complaciente.

Ese es también el peligro de las miradas retrospectivas. Resulta muy fácil inscribir en ellas las consecuencias, para no hablar del mero interés. Pero creo no engañarme al decir que entonces se juzgaban con escepticismo las perspectivas del nuevo partido de masas. Su naturaleza febril hablaba más bien en contra de él. Carl Schmitt me dijo un día:

—Puros lugares comunes.

Pero lo dijo con la sonrisa del hombre que conoce la famosa frase de Oxenstierna.[3]

Mi padre dijo:

—Cuando he visto cómo el gobierno se dejaba llevar ante los tribunales, he votado a esa gente.

En una tienda del barrio de Steglitz oí cómo una mujer a la que el carnicero le había puesto demasiado hueso en la compra invocaba el nombre de Hitler. Era un guiño de la justicia. Pero en las carnicerías del barrio de Wedding se oían otras cosas. Lo que la gente dice en las calles es siempre instructivo, pero carece de valor como pronóstico. En cualquier caso no se trataba de barricadas.

Los conservadores opinaban que había que «infiltrar cabezas», es decir, arretabarles a aquellos hombres la dirección. Los comunistas se preparaban a sucederlos en la guerra civil. En sus teóricos, en Wittfogel, por ejemplo, podía uno aprender las etapas que conducirían a la meta, según la receta dialéctica. Wittfogel era uno de los comunistas inteligentes; lo vi por última vez poco antes de que marchase a China, tras salir del campo de concentración. Ya en él me llamó la atención el silencio que rodea esos lugares, como si fueran casas de muertos.

Estaba bastante generalizada la opinión de que habría una tremenda sacudida, y que sería benéfica. «Las cosas no pueden seguir así.» Aquellos hombres alzarían el telón, como obreros de teatro, romperían trastos viejos de todas clases y luego se retirarían. Entonces quedaría libre el escenario. Eso es lo que ha ocurrido, pero el intermedio ha durado mucho más de lo que todos preveían hacia 1930. Lógica y también psicológicamente cabía prever más bien, en efecto, que se repetiría en mayor escala el espectáculo del *Bürgerbräukeller,* la cervecería de Múnich. También parecía posible que sencillamente se metiera a aquellos hombres en la cárcel y se les confiscase la caja. Eso era lo que Hitler temía. Una comparación que gozaba de mucha popularidad era la comparación de Hitler con Boulanger.

En todos esos parangones hay algo cierto, al menos en el carácter básico; el fallo de los pronósticos está siempre en que se aguarda el retorno de las cosas en los detalles y en los personajes, y eso está en contradicción con las leyes de la caleidoscopia. El destino entra en

escena por puertas simuladas y siempre con disfraces nuevos — también los personajes forman parte del disfraz. Pero debajo, detrás, hay algo de lo que no cabe despojarse en el guardarropa. Cuando se acierta a dar con eso, el parangón está bien fundado. Hay así también en el destino de ambos tribunos algunos puntos básicos que delatan que el paralelismo entre ellos, entre Hitler y Boulanger, era bueno; uno de esos puntos es el suicidio. La diferencia empírica consiste en que la Tercera República francesa era, incluso en tiempos de Boulanger y de los grandes *affaires,* más fuerte que la de Weimar, era un tigre real en comparación con un gato doméstico. Semejante animal cura sus heridas lamiéndoselas. El modo en que Boulanger, que en la hora fatídica tenía en sus manos unos ases mucho mejores que Hitler, fue llevado a un terreno helado y resbaladizo, hasta que el hielo cedió bajo sus pies — fue una obra maestra. Ayer estuve repasándola. Parece que aún no prospera bien en nuestro clima alemán un cierto tipo de abogado que allí en Francia se encuentra muy desarrollado. En la Paulskirche se lo buscará con una linterna.

Por aquellos años hubo de producirse una conversación que mantuve con Philippe Barrès, buen conocedor de Boulanger y de su trayectoria. Barrès opinaba que la contemporización desempeña un papel capital en la conducción de los procesos políticos. No cabe discutirlo, pues en la política el tiempo es aún más importante que el espacio. Pero quien contemporiza ha de tener tiempo, tiempo interior; es decir: es preciso que sea superior al tiempo. Si no es así, el tiempo trabaja contra él. También con Hitler contemporizaron, pero de una manera que se asemejaba a una incubación, sus adversarios, unos adversarios que no tenían tiempo y cuya hora había pasado. Y así en parte tuvieron que ofrecerle el poder y en parte entregárselo, y hacer eso en el momento más propicio para Hitler. Fue algo que al pueblo no se le escapó.

Cuando en 1935 emprendí mi viaje a Noruega me hice cortar el pelo en Hamburgo por un vivaracho peluquero. A mí y a los clientes que aguardaban estuvo divirtiéndonos con varias anécdotas, de las cuales recuerdo esta:

—Pues sí, no cabe duda de que este Atje es el hombre adecuado. Había una vez un estanque de peces dorados y dentro de él había un enorme pez dorado. Y nuestro Atje pensaba: yo quiero ese pez para mí. Y entonces se puso a vaciar el estanque muy poco a poco, muy poco a poco. Y cuando ya había salido toda el agua, pues entonces el pez dorado estaba allí y daba saltos. Y mientras estaba allí dando saltos — ¿qué os creéis?, ¿que nuestro Atje lo sacó? Ni hablar, él es un tipo demasiado listo. Primero estuvo mirándolo un buen rato. Y todos

se maravillaban de que no lo sacase. Pero Atje dijo: antes tiene que pedirme ayuda a gritos.

Le conté esta historieta a Hugo Fischer mientras nos dedicábamos a pescar en los fiordos. Dijo que también a nosotros iban a saltarnos los peces al bote. Por lo que respecta a Barrès, me refiero ahora al padre, cuya obra leí poco después de la Primera Guerra Mundial —precisamente entonces acababa de publicarse *Le génie du Rhin—,* había sido en su juventud «compañero de viaje» de Boulanger. Es algo que más tarde tiene que haberlo incomodado. Pero a mí me parece bien lo que dijo sobre eso en su vejez:

—Moi, j'ai marché avec l'espérance.

Los alemanes hemos llegado tarde a muchas cosas, y también a esta: el camino que Barrès pudo todavía recorrer no era ya transitable para nosotros. En ese aspecto personajes como el Doctor representaron para mí una enseñanza, una abreviatura de lo que estaba ocurriendo.

Kirchhorst, 8 de mayo de 1945

Por vez primera se ha oído este año el grito del cuclillo en los bosques del pantano. La parra de la casa está ahora llena de renuevos abundantes, frondosos; la fuerza dionisiaca se delata ya en el follaje, en su estallido. En una ocasión, hace años, la podé demasiado tarde y durante la noche estuve oyendo cómo goteaba de las heridas la savia, como si fuera sangre.

Un aroma delicioso se alza de los bancales. También eso es lenguaje, y es maravilloso oír que, en el instante de su fuerza y plenitud supremas, y a la vez de su más honda dicha, la planta rompe el silencio en una callada noche de primavera y comienza a difundir su secreto. También eso es poder, es una solicitación silenciosa, que resulta irresistible. Ese lado regio resuena en las palabras empleadas por los hombres de la Antigüedad, como *odor, aroma, balsamon,* mientras que lo que predomina en nuestras palabras alemanas *Dunst* [vaho], *Ruch* [olor] y *Duft* [aroma] es la oscuridad y el misterio del mensaje.

Hoy no ha habido oscurecimiento de los edificios al atardecer; era la primera vez, desde hacía seis años. Constituye de todos modos una mejora modesta para nosotros en un día como el de hoy, en el que resplandecen las fiestas de la victoria en todas las grandes ciudades de los Aliados, desde Nueva York hasta Moscú, mientras los vencidos están sentados en lo más hondo del sótano, con el rostro cubierto.

He oído el discurso del rey de Inglaterra; ha sido digno, mesurado y adecuado al soberano de un gran pueblo.

Cuando se oía en el bosque del pantano el grito del cuclillo, ese pájaro fantasmal, han llegado burlones, con las primeras luces del alba, los muertos y se han mostrado. Yo volvía otra vez a sus casas, subía de nuevo la escalera de la Heilbronner Strasse, oía arriba la música y el ruido.

El aire ascético, concentrado, de la fisonomía del Doctor no era simulado; la voluntad puede conseguir muchas cosas cuando se ciñe a un único punto. No cabe duda de que su lesión de la pierna desempeñaba un papel en aquello. Esos hombres no suelen perder su tiempo; trabajan mientras los demás bailan o están sentados bebiendo vino. Luego aparecen de pronto, sorprendentes, y pueden recuperar también su retraso en los goces.

En los momentos en que no era la voluntad lo que determinaba la conducta del Doctor, no podía negársele un cierto encanto, que ha de haber hecho efecto sobre todo en las mujeres. Los caricaturistas lo comparaban con un ratón — pero lo que en él había era más bien un algo de gato. Gatuno fue también su discurso después de la matanza de junio de 1934: dijo que de vez en cuando era menester dejar que los ratones saliesen de sus agujeros y jugasen, y solo entonces pegarles un zarpazo. Su último adiós a los fusilados en aquella fecha tenía algo de complacido ronroneo: «Querían tener una revolución. Pues bien, ya la han tenido».

¿Se habrán incorporado también algunos de esos rasgos al personaje del mauritano Braquemart, tal como lo dibujé más tarde? Tal vez, pero Braquemart dejaba a sus espaldas los partidos. Más fructífero me resultó a mí en ese aspecto un alférez aspirante a oficial, un tal Von L., que yo conocía de la guerra y que había estado luego en la policía. Tuvo allí algunos problemas y pasó al servicio de los rusos; allí lo habrán nombrado general, como a Gilbert, o lo habrán liquidado, o tal vez hayan ocurrido ambas cosas. Al despedirse manifestó que había llegado a ser indiferente que uno ejerciese su oficio con este señor o con el otro, que todos sin excepción eran abyectos. Pero, añadió, era preciso que uno «siguiera siendo un caballero». Sin duda Stavrogin pensaba lo mismo antes de ahorcarse. En Von L. me topé por vez primera con esa mezcla de desprecio a los hombres, ateísmo y gran inteligencia técnica, propiedades que están orientadas la una a la otra. También Heydrich pertenece a ese tipo.

Por cierto que solo ahora, *a posteriori,* me llama la atención el hecho de que aquel Von L. se pareciese mucho al Doctor. En todo caso el futuro ministro se sentía retratado en él, cosa de la que me enteré bajo mano. A ello se añadieron ciertos rumores que circularon, como, por ejemplo, el de que «Köppelsbleek», la barraca de los desolladores, que aparece en mi obra *Sobre los acantilados de mármol,* era una palabra en clave para decir «Goebbels-Bleek». Pero de ninguna manera había sido esa mi intención, pues «Köppelsbleek» es el nombre de un lugar que existe en Goslar y significa el sitio donde el verdugo ponía a blanquear los cráneos, es decir, el desolladero. El desolladero formaba parte del mapa de la Marina: del «Fillernhorn», el Cuerno de los Desolladores, el lugar en el que se despellejaba a la gente. Ese ejemplo muestra cómo en tales tiempos la fantasía del lector colabora en la exégesis — con más fuerza de la deseada por el autor. El «Guardabosque Mayor» era, según se rumoreaba, unas veces Hitler, otras Göring, y otras Stalin. Yo había previsto ciertamente tales cosas, pero no las había hecho adrede. En la novela social la identidad de los tipos está sometida a leyes diferentes que la identidad de los individuos. En todo caso no hay ninguna situación en la que se vuelva imposible el empleo de medios espirituales. El efecto aumenta en la misma proporción en que aumenta el riesgo, y este comienza con la supresión de la libertad de prensa.

En una ocasión, eran todavía los tiempos de la Heilbronner Strasse, estábamos los dos solos. Cerca de allí sonaba música. Yo había bebido, estaba de buen humor y seguramente habré hablado más de la cuenta. En todo caso noté que el rostro del Doctor se endurecía. La conversación había partido de una observación que él había hecho y con la que miraba complacido al futuro:

—Siempre conservaré mi puesto en el Partido, aun cuando tengamos el Estado en nuestras manos.

Había mostrado su talón de Aquiles.

¿Fue a partir de entonces, de aquella velada, cuando me calificó de «hombre peligroso»? Lo hizo todavía en 1942, cuando, en contra de su voluntad, apareció mi último libro. También este es un caso notable. Yo estaba informado de lo que él decía de mí, también conocía el expediente que me formaban. Sus hombres del Ministerio de Propaganda eran incapaces de guardar un secreto, pero entonces, en los comienzos, me enteré por una amiga común, a la que el Doctor impartía cursos privadísimos.

Esas cosas palidecen pronto. No poseían una gran realidad, se

parecían a sueños triviales, a encuentros a orillas de escombreras. Es probable que eso dependiera de que a mí aquellas cosas me rozaban ligeramente y de que terceras personas se sentían afectadas por mis asuntos más que yo mismo. Fue también en 1942, o acaso algo más tarde, cuando el director de *Die Neue Linie,* el doctor Werner, reprodujo en su revista el cuadro *Los jugadores de ajedrez.* Lo había pintado A. Paul Weber en Brümmerhof, mientras mi hermano y yo disputábamos una partida. La revista fue prohibida y el director se enteró de que el ministro me había «tendido puentes de plata». Son lugares comunes, pues mejores que los puentes de plata son los puentes que llevan a países donde hay plata. Era tan oscura, tan nefasta la otra orilla. No se necesitaba mucha inteligencia para prever esas cosas. Lo que daba que pensar, antes por el contrario, era que se sobreestimase el poder de la inteligencia; era mucho lo que había que aprender. Una mañana estaba yo desayunando en mi casa de Steglitz cuando entró en la habitación mi hermano; había visto arder el Reichstag. Le oí la noticia con un sentimiento de extrañeza, de irrealidad, como si me hablase de un golpe de teatro. Resultaba evidente que estábamos saliendo del espacio histórico y entrando en otro espacio, en un espacio imprevisible, fantástico. Eso mismo era también sin duda lo que sentía mi hermano. Dijo:

—Esto no dura ni seis semanas.

Era una conclusión errónea; mejor era el pronóstico de Friedrich Hielscher, que ya entonces predijo con bastante exactitud la duración del Tercer Reich. Solía citar una frase que había leído en una antigua crónica moscovita que hablaba de los horrores de una invasión tártara: «Y aquellas situaciones insostenibles duraron cuatrocientos años». Aparecía allí algo que iba contra la lógica, que no era analizable por la lógica, y para enjuiciar lo cual no eran suficientes los saberes históricos. Ninguna restauración restablecerá eso.

En la boda de Bronnen el Doctor era ya el tribuno victorioso. A todos sus conocidos de la izquierda invitados por Bronnen se los veía competir en cortejar a Goebbels; fue una ocasión magnífica para observar el impudor que trae consigo una mudanza súbita en el poder. El *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, trabaja con medios parcos; para derribar aquel edificio no se necesitaba un Mirabeau.

En aquella boda hubo una serie de incidentes notables y en su mayoría ruidosos. Me hizo pensar en la fiesta de la mujer del gobernador que se describe en *Demonios,* y de hecho un Dostoievski o también un Suetonio habrían tenido allí un rico botín.

Volví a ver al Doctor otra vez, cuando él ya era ministro, en el estreno de *Schlageter,* la pieza teatral de Johst, cuya primera representación constituyó la entrada en sociedad de los nuevos señores.

—Y *ahora,* ¿qué me dice usted?

Estas fueron las últimas palabras que me dirigió, una pregunta —¿podría darle yo respuesta hoy? Siempre se responde demasiado pronto.

Kirchhorst, 9 de mayo de 1945

Las carreteras siguen abarrotadas de millones y millones de seres humanos errantes, de la calamidad de una migración de pueblos inimaginable. También nuestro pequeño cementerio recibe los frutos y acoge los cadáveres de niños y adultos que han acabado aquí su viaje. Tenemos hospedada en casa a una joven berlinesa; ha perdido todo en los saqueos y, vestida con un pantalón de soldado y una ligera blusa, marcha a pie en busca de una amiga. Su padre ha desaparecido en el Cáucaso; la madre, enferma del corazón, se sustrajo a los horrores de la invasión rusa envenenándose. Parece que de modo parecido han actuado los notables de poblaciones enteras en Prusia oriental, Silesia y Pomerania. Los fugitivos han visto por las ventanas grupos enteros de cadáveres sentados alrededor de la mesa puesta. Se conjuró a la Antigüedad; ha respondido.

Seguimos sin correo. Solo nos llegan saludos encargados a los fugitivos. Todos los parientes, todos los conocidos habrán de ser redescubiertos, habrán de resucitar del mundo de escombros.

Kirchhorst, 10 de mayo de 1945

El gran castaño ha encendido sus candelabros. He estado tumbado en la hierba viendo a los gatos jugar a su sombra; luego he ido a trabajar a la biblioteca. A cada uno de los hábitos, a cada uno de los goces se agrega ahora un brillo de resurrección, un sentimiento nuevo de gratitud.

La casa está abarrotada de fugitivos. Unos piden descansar una hora; otros se quedan una noche; otros, por tiempo indefinido. Desde ayer hospedamos a tres mujeres que salieron de Dömitz huyendo de los rusos. Allí han de haberse desencadenado todos los horrores del infierno. Una de las mujeres ha contado que poco después de que aparecieran los tanques se presentó la soldadesca; se la vio entrar en

las casas pistola en mano. Inmediatamente después todo el campo se llenó de los gritos de las mujeres. Las infelices fueron violadas, abatidas a tiros, amontonadas, rociadas con gasolina y quemadas. La que nos contaba esas cosas rompió a llorar al describir el resplandor de las llamas. Una vez que hubo enterrado en el jardín las condecoraciones de su marido, caído en el frente, consiguió llegar a la otra orilla del Elba y huir.

Por la tarde he estado en el pantano marcando las placas de turba que hay que extraer. Luego he ido al Bosque de Ahlten, a sitios cuyos accesos están interceptados por el pantano y que se extienden en una soledad deliciosa. Allí cayó una parte de las bombas que hacían temblar nuestra casa. Esta habría cabido en uno de los enormes embudos que allí se veían y que han hendido el suelo del bosque y atravesado las capas de arena y de humus hasta llegar al estrato rocoso. Siguiendo mi costumbre he examinado las piedras proyectadas por las explosiones y he recogido un erizo de mar, un corazón de cinco puntas, petrificado.

¿Qué es lo que nos conmueve cuando tenemos en la mano la impronta de un animalito que atestigua que en mares desconocidos hubo vida hace millones de años? Lejanía e identidad al mismo tiempo. Un minúsculo espejo emite señales desde remotas profundidades del tiempo y el espacio: el Universo está vivo. A ello se añade el sentimiento de la unidad superior con ese ser, la vislumbre de que en lo inextenso somos uno, y ese encuentro es una de las confirmaciones, una de las rimas en el poema infinito. La unidad subsistiría, subsistiría aun sin la confirmación, aunque ese ser continuara dormitando profundamente en su lecho de piedra. Alguna vez sabremos que ya sabíamos unos de otros.

Revisión de epistolarios. El que mantuve con Valeriu Marcu se ha conservado casi completo; encuentro cartas suyas escritas desde Berlín, luego desde pueblos próximos a la frontera española *(Prólogo a una pieza de teatro mundial),* finalmente desde Niza; las cartas llegan casi hasta la ocupación de la *zone nono,* hasta el traslado de Marcu a Nueva York. Tales cartas iban dirigidas a mis señas particulares de París, pasaban por el correo francés.

Por aquel entonces era la censura postal uno de mis quehaceres. Un melancólico sargento me colocaba cada día sobre la mesa, como primer plato, un montón de cartas a las que habían puesto reparos las oficinas de control de los ejércitos; con su lectura comenzaba mi

jornada. Era una función difícil, desagradable, que permitía echar ojeadas insospechadas a la comedia y a la tragedia humanas. No hay nada que no escriban en sus cartas las personas. Melville describió una situación parecida en su hermosa novela corta *Bartleby*.

La mayoría de los escribidores de cartas tenía aún, al parecer, unas ideas bastante anticuadas sobre el secreto de la correspondencia; por ejemplo, un cabo que pedía a su amiga que le enviase ropa de paisano, pues era inminente el final catastrófico.

Mis censores subordinados estaban en parte mal informados sobre los límites objetivos de su tarea. No pocos se tenían evidentemente a sí mismos por mejoradores del mundo. En Le Mans había un oficial que informaba a su esposa de los avances en sus amoríos con una francesa. Adjuntaba dibujos que habrían hecho honor, no al arte, desde luego, pero sí a la fantasía de un Giulio Romano. Aquella carta había sido retenida sin razón; fue devuelta por mí al melancólico sargento, que la cerró y envió. En tales casos se mandaba al censor una nota con el número de registro: «Asunto privado, sin reparos militares».

Ya la primera carta que llegó a mis manos planteó un problema. Una mujer comunicaba a su marido que el permiso de que este había disfrutado no había dejado de tener consecuencias y mencionaba el nombre de un médico amigo que estaba dispuesto a eliminarlas. Me cayó encima un asunto que era desagradable en todos los aspectos. Acudí al *Ic,* el servicio de contraespionaje, al comandante Crome, que más tarde fue hecho prisionero en Stalingrado, y le pedí consejo. Crome leyó la carta y me dijo:

—Devuelva usted la carta a la mujer y adjunte una nota escrita a máquina: «No mencione nunca más ese asunto».

En este caso la remitente escapó por los pelos a la cárcel o al presidio — pero también había cartas que podían costar la cabeza. Me acuerdo de la carta de otra mujer que informaba a su marido de la destrucción de su vivienda por un bombardeo; la había escrito en los primeros momentos de excitación. Contenía esta queja típicamente femenina: «Hasta las cortinas han ardido». Pero luego venía la frase incriminada: «Heinrich, ahora no tengo más que un solo pensamiento: vengarme de Hitler».

No dejaba de ser problemática la eliminación de cartas como esa, pues podía haber reclamaciones; así es que yo las encerraba en mi caja fuerte y allí las dejaba unas cuantas semanas, antes de quemarlas. Naturalmente había que hacer algo. Mas para demostrar el celo

necesario no resultaba inadecuada la gran cantidad de reparos que yo ponía: se referían a la inclusión de billetes de banco en las cartas y a pequeños contrabandos de café. Es probable que con eso me ganase una reputación de hombre pedante («A ese lo habría tenido yo por más amplio de miras»).

Fue un puesto que me permitió ver claro que habíamos entrado en un período en el que ya no podíamos hacer nada bien, ni por arriba ni por abajo, ni hacia fuera ni en el propio pecho. Cuando las cosas se ponen lábiles no cabe impermeabilizar la situación. No hay cámaras climatizadas; el malestar se propaga hasta la cúspide del Universo y hasta el más pequeño asunto cotidiano. Perdura, tanto si uno actúa por rutina como si lo hace por propia iniciativa. Ahí no existe ni gloria ni mérito, ahí no puede haber ninguna recompensa. La actuación solo puede ser aproximada: más o menos correcta, más o menos equivocada.

En todo caso yo conocía bien las razones por las que hacía que una parte de mi correspondencia, como las cartas de Marcu, siguiera rutas especiales. Casi siempre contenían, por cierto, informaciones personales y discretos análisis de la situación. Al principio era la suerte de su biblioteca lo que preocupaba a Marcu. «Perder la vida a plazos es cosa de cobardes. Mi biblioteca se encuentra aún en la jefatura de policía de Berlín.» Más tarde fueron enviándosela en varias remesas — aquella biblioteca era un instrumento excelente para realizar estudios históricos.

Desde siempre me han atraído más los espíritus que enjuician la situación que los que la crean o se figuran que la crean. Desde la posición de los primeros también los protagonistas aparecen como documentos para enjuiciar la situación, como fósiles típicos, como vegetales característicos, por los que se reconoce un estrato, un clima, un subsuelo. La estructura resulta más significativa que sus propósitos; su tipo, más instructivo que los conflictos en que están envueltos. Cuando uno tropieza, por ejemplo, con un asesino, la cuestión de hasta qué punto representa a Caín o a Tubalcaín es más fascinadora que los hechos que ocurren en el lavadero. Eso arroja luego, ciertamente, una luz más intensa sobre los detalles de lo sucedido allí. Pues casi todos nuestros juicios están sacados de los hechos superficiales, de los síntomas.

Por lo que se refiere a Marcu, lo tengo por uno de los mejores analistas de la situación con que yo me he encontrado. Había pasado por los dos grandes campamentos que competían por los laureles de la democracia. Eso me vino muy bien en un momento en que yo estaba

ocupado en la concepción de *El trabajador* — en el pensamiento de si cabía reducir a una fórmula las modificaciones que estaban perfilándose en nuestro planeta. Entonces las recetas tendrían que convertirse en justificantes; y las desavenencias, en fases de un trabajo. Es decir, tendrían que hallarse dentro del plan. Eso sería un punto de arranque para otorgar sentido a las cosas.

Por aquel entonces el dueño de la casa de la Heilbronner Strasse aún no había borrado de su lista a sus amigos judíos. Todavía no había sonado la hora de los reniegos brutales. Pero sus conocidos solían agruparse en habitaciones diferentes; el piso era lo bastante amplio para permitirlo. Cuando el Doctor se encontraba con Valeriu Marcu en el pasillo era evidente que sentía desagrado. Y, sin embargo, externamente se parecían muchísimo — dos figuras pequeñas de estatura, delgadas, morenas, con rostros tensos, marcados por el trabajo espiritual. Ocurre no pocas veces que los perseguidores y los perseguidos se parecen. En este caso el parecido se limitaba, ciertamente, a lo fisonómico, pues, por lo que se refiere a la inteligencia de la situación, Marcu era un gigante en comparación con el Doctor. El movimiento de la extrema izquierda a la derecha comporta más realidad, más conocimiento de los principios básicos de la política, que el movimiento inverso, en el que resulta más difícil desprenderse de las frases hechas.

Yo había leído el libro de Marcu sobre Scharnhorst, que contenía buenos paralelismos. El conocer personalmente a su autor no me defraudó, que es lo que suele ocurrir a menudo cuando nos encontramos con autores cuyos libros nos han interesado. En aquel momento estaba contando una visita suya a Trotski:

—Tengo prejuicios contra los banqueros cristianos y contra los generales judíos — pero Trotski constituye una excepción.

Era típica de él aquella manera escéptica de observar las cosas y de observarse a sí mismo. Con frecuencia parecía rozar el cinismo, pero en el fondo era el modo de expresarse de un espíritu que sabía hacer abstracción de su propia situación. En una ocasión en que un amigo lo aburría describiéndole los méritos de su padre lo interrumpió con estas palabras:

—Dilo de una vez: era un viejo judío.

Luego lo visité con bastante frecuencia, al principio en Dahlem. En una ocasión en que íbamos dando un paseo entre los chalés de aquella zona dijo:

—Me gustaría saber quién vivirá en ellos dentro de diez años. Seguro que gente distinta de la que los habita hoy.

De vez en cuando nos veíamos también en la «Asociación para el Estudio de la Economía Planificada», una curiosa entidad en la que se pronunciaban conferencias sobre fábricas de tractores y había coloquios muy objetivos, por ejemplo entre Ernst Niekisch y Georg Lukács, sobre la técnica de la planificación. Tras su boda con Eva, que poseía una cabeza asombrosamente parecida a la estatuilla de la reina Teje del Museo Egipcio de Berlín, Marcu alquiló una solitaria casa cerca del Wannsee; en ella se reunía un grupo de gente más entretenida aún que la que se reunía en la Heilbronner Strasse, aunque allí se sentía ya con más intensidad la amenaza. Las caras que se veían por las tardes eran distintas de las que se veían por las noches: me acuerdo de Seeckt, de Joseph Roth, del conde Montgelas, de la actriz Trude Hesterberg y de otros.

Marcu solía trabajar hasta el amanecer. A veces se quejaba de que su cerebro «seguía funcionando gratis» dos o tres horas más, como un contador que no fuera posible parar. Sus trabajos y valoraciones históricos producían en general la impresión de un aparato de medición o de un contador que registrase las más leves corrientes. Se contacta con una persona, con un acontecimiento, con una institución, y una desviación ligera, precisa, de la aguja mide la fuerza que contiene.

Se quedó todavía algún tiempo en Berlín, cuando ya aquella ciudad se había vuelto muy insegura para él. Lo vi poco antes de su marcha. Emitió aún un juicio sobre Hitler, al que calificó de «Napoleón del sufragio universal». Dijo:

—Ahora él ha conseguido lo que Bismarck deseó siempre, aunque solo fuera durante cinco minutos: poder decir cómo *deben* ser las cosas.

Preveía las enormes descargas de un poder altamente concentrado.

Me causó una fuerte impresión aquella valoración objetiva de un perseguidor por un perseguido, en una situación en que darla podía costar la cabeza si se perdía el tren. Es uno de los puntos extremos que puede alcanzar la pasión del historiador nato.

Los espíritus que ven, que usan los ojos, serán casi siempre distintos de los que quieren, de los que usan la voluntad. Pero es un

mal presagio que se abra entre ellos un abismo.

Kirchhorst, 11 de mayo de 1945

Durante la noche han estado en el pueblo saqueadores y se han llevado ganado. Por la mañana, mientras trabajaba en el jardín, vi un movimiento inusual delante de la granja del alcalde. Lo primero que distinguí fue unas mujeres que daban gritos y gesticulaban; pensé que querían parar uno de los coches norteamericanos que pasan a gran velocidad por la carretera para viajar en él. Pero luego capté como en sueños una escena típica de asesinato. Unas figuras humanas intentaban abrir la puerta, rompían luego los cristales de una ventana y se lanzaban sobre el alcalde, que salía de la casa. A pesar de la distancia oí ruido de golpes y, como un coro, los gritos de las mujeres; por estos últimos podía adivinarse lo que estaba sucediendo. Al mismo tiempo empezaron a aullar delante de las granjas todos los perros, de una manera desconocida en otras ocasiones. Más fantasmal todavía resultaba la corriente de los automóviles, que se deslizaba sin cesar. Luego salió de la casa el padre del alcalde, un anciano de ochenta años, y se puso al lado de su hijo con un hacha en la mano.

Era evidente que no había tiempo que perder; salté a la carretera por encima de la valla y conseguí parar un coche pequeño, en el que había divisado a un oficial:

—*Sir* ¿es que está permitido matar a la gente en plena calle?

Me miró con desconfianza. Luego sus ojos se volvieron en dirección al grupo y se apeó para dirigirse hacia él. Lo acompañaba su chófer, con la metralleta pegada a la cadera. Entretanto el alcalde había huido al pantano; había hecho bien. El zaguán estaba en desorden, lleno de personas que, sin entenderse, se increpaban a gritos las unas a las otras, hablando en dialecto bajo alemán y en polaco.

Un grupo de polacos había exigido por la fuerza ganado de carne. Tuve suerte por lo que respecta al oficial, pues era el comandante militar norteamericano de Burgdorf. Restableció el orden con seca energía. La relación entre él, la muchedumbre del pueblo y los polacos se asemejaba a la existente entre el pastor, las ovejas y los lobos que atacan. Su chófer hacía de perro pastor. Los polacos estaban tan acalorados que apenas los frenaba la vista del arma. Como si moviese un matamoscas, el soldado seguía con ella sus movimientos. Especialmente el cabecilla, un muchachuelo vestido con un uniforme de color pardo, estaba completamente lleno de la ciega agitación del instinto asesino y saltaba de un lado para otro bufando como una

marta. La piel de su cara tenía un algo de curtida, de escaldada; los negros ojuelos salían de ella como a través de rendijas. A pesar de lo temprano de la hora estaba ya medio borracho, y borracho además de ese aguardiente que ahora empieza a extraerse en todas partes de la remolacha y que causa efectos especialmente detestables.

Esa escena ha bastado para darme una idea de las situaciones que se producen cuando no hay ningún tercer poder que pueda intervenir, es decir, en las enormes superficies de la Tierra cuya población ha caído indefensa en manos de enemigos crueles. Reina en ellas una noche espantosa.

Kirchhorst, 12 de mayo de 1945

Florece el codeso, un surtidor que brota de la abundancia del mundo.

Hemos dado alojamiento en nuestra casa a un grupo de caminantes para que pasen en ella la noche: cuatro hombres jóvenes con ropa de vagabundos, a los que se les notaba bastante claramente que pocos días antes habían estado combatiendo de uniforme. Su estado de ánimo era de desesperación y aseguraban que el país ha sido vencido por culpa de la traición, y ello en un momento en que estaban preparadas armas poderosas.

—Esta vez la puñalada ha venido de arriba; nos han suministrado granadas que estaban llenas de arena.

Han contado que Hitler cayó combatiendo por la capital, habían visto su ataúd sobre un armón de artillería. Resultaba triste oír a unos hombres jóvenes, de buen semblante, repetir los lugares comunes que la radio les ha inoculado, pero es de suponer que también yo pensara de manera parecida hace treinta años, al final de la Primera Guerra Mundial. De la cantidad de credulidad y de abnegación que ha sido arrojada al vacío, que ha sido desperdiciada en posiciones perdidas, en cercos mortales, solo cabe hacerse una idea aproximada, y solo cabe soportar eso si se tiene la certeza de que la historia posee una cara diferente, desconocida para nosotros.

Apenas se habían despedido en la puerta, provistos de comida para el camino, cuando se presentaron los primeros visitantes procedentes de lugares remotos: dos periodistas norteamericanos, que llegaron en su pequeño coche. Parecían formar parte de un grupo al que se le había asignado la misión de realizar una especie de inventario espiritual en medio de nuestro campo de ruinas. Su visita

ha significado para mí, después de seis años, el primer contacto con personas del otro lado, el primer hilo en una nueva rueca. Llevaría demasiado lejos consignar aquí las conversaciones que hemos tenido y que se han alargado hasta la tarde. Empezaron con referencias a conocidos de París, cuyos libros estaban sobre mi mesa. Lo que se piensa, escribe y pinta en aquella ciudad continúa siendo un asunto de interés general, como lo fueron las Academias de Atenas y de Alejandría hasta los tiempos de Sila y aún mucho después.

Los dos periodistas habían estado el día anterior en un campo de concentración próximo a Weimar y habían visitado también algunas otras de las grandes barracas de desolladores. Dijeron que la impresión general que su visión produjo en ellos fue la de un desaliento paralizador — un sentimiento que se me contagió. El carácter racional, progresista, de la técnica del método usado en esos sitios arroja una luz especialmente cruda sobre lo ocurrido, por cuanto en ello se muestra sin interrupción lo consciente, lo pensado, lo científico. Ese propósito se confirma hasta en los rasgos más sutiles; constituye la esencia del crimen. Junto a un horno destinado a la cremación de cadáveres habían leído este letrero: «¡Lavarse las manos! En este recinto es obligada la limpieza».

Una mujer joven que había sido liberada de un campo del Este les contó que un crematorio inmenso había escupido allí fuego a últimas horas del día, como un volcán que entrase periódicamente en erupción, y que había llenado con su humo toda la zona. Es una estampa cainita.

Yo me había imaginado que esas cosas se harían alguna vez visibles en su fealdad. Pero esta sobrepasa con mucho la de edades anteriores por el carácter perfecto, desinfectado, del mundo técnico. También en ese aspecto hemos hecho progresos. Cuando uno contempla en el Musée Carnavalet de París los testimonios de la Revolución francesa, por ejemplo la guillotina fabricada a mano con huesos humanos, siempre está aún presente un cierto escalofrío, como en un museo de horrores. Hoy están ahí los documentos que tratan el crimen como un asunto administrativo, hoy están ahí los ficheros, las fotografías, las instantáneas. En esos sitios también el mal ha sido víctima de la reducción, ha quedado menguado, mecanizado; el hombre no se ha vuelto peor, sino más vulgar. Los malos han perdido el rostro, quedan muy por debajo del nivel fisonómico de un Danton, de un Robespierre e incluso de un Marat. Lo que vemos son caras de funcionarios, como la de Himmler, caras inteligentes, nerviosas, borrosas, sustituibles a voluntad, cuyos gestos revelan un desabrimiento receloso, porteros con librea que no conocen ni a su

patrón ni tampoco la casa en que están empleados.

Esas estampas provocan la necesidad de juicios categóricos. ¿Pero puede uno invocar el progreso al pronunciarlos? Si he de creer a estos dos periodistas, los alemanes están acabados culturalmente, van con retraso en todos los campos de la ciencia; también su medicina está anticuada, por lo que dicen. Han hablado, para demostrarlo, de un nuevo remedio milagroso que se extrae del moho de unos hongos. Eso es algo que no convence a un hombre como yo, que tiende cada vez más a considerar la medicina moderna como algo nefasto. Esas cosas se repiten cada diez años y lo que provocan en el mejor de los casos es una aceleración del metabolismo, pero probablemente un deterioro, y con toda seguridad un empeoramiento de la raza. ¿Mas para qué abordar esas cuestiones en una simple charla? Por lo que se refiere al moho, desde siempre es sabido que en el pan están contenidas unas fuerzas enormes. Vivimos en una edad de envenenamiento del pan: lo contrario de la transustanciación.

En estos dos hombres me ha llamado la atención su seguridad de juicio, su completa impregnación de *common sense,* lo cual es una novedad para quien, como yo, hasta ahora ha charlado casi solo con jóvenes alemanes y franceses. Los problemas se simplifican. A su pregunta por el comportamiento de las tropas con nosotros he podido contestar que nuestras experiencias han sido buenas, sobre todo en lo que se refiere al orden del ejército. Los desmanes individuales son inevitables, forman parte del clima de las rutas de invasión y no tienen mayor importancia si se los compara con las crueldades que se filtran de las provincias orientales, donde el asesinato, el saqueo y la violación indiscriminada son evidentemente instituciones militares.

Me preguntaron luego por el progreso de mis trabajos y citaron artículos de Marcu, de Montgelas y de Paetel, aparecidos allá en Norteamérica durante la guerra y de los que había oído rumores en París, con sentimientos encontrados. Mencioné las experiencias que he tenido con la anarquía desde que escribí mis primeros diarios en las trincheras; la anarquía hace que disminuya, al mismo tiempo que la seguridad, también la presión con que el Estado, como una montaña, gravita sobre nosotros.

A esto replicó uno de ellos, mientras señalaba con el dedo mis libros y mis cartas:

—Pero, por lo que veo, la de aquí ha sido una anarquía muy mitigada.

Como respuesta pude mostrarle por la ventana la torrecilla de la finca cuyo propietario ha sido degollado de una manera horrible una de estas noches por una banda que todavía hoy sigue allí organizando comilonas y orgías. Noté que mis visitantes apenas se daban por enterados de lo que acababa de decirles, más aún, que incluso lo pasaban por alto, como si se tratara de una impertinencia.

Anoto esto no como una crítica especial a ellos, sino como un rasgo humano. La única desgracia que el hombre verá será siempre *aquella* que responde a sus ideas. Nada le resulta más difícil que llegar a ver como un desdichado a alguien que sencillamente sufre — los ortodoxos siguen pasando de largo a su lado, como en la parábola del buen samaritano. De manera que casi siempre la ayuda llega también demasiado tarde. Hoy están siendo asesinadas, en efecto, no menos personas que en todos los años desde 1917, pero son asesinadas de otra manera. Siempre se toman nuevas Bastillas; pero sus alrededores se tiñen de sangre fresca.

La grandeza de san Martín no está en que prestara ayuda al prójimo que encontró a la vera del camino, sino en que la prestara enseguida. Esa es *la* virtud que raya en el milagro.

Los dos periodistas norteamericanos se despidieron y nos dieron todavía parte de sus provisiones. Su visita me ha permitido vislumbrar hasta qué punto los alemanes hemos sido batidos, aniquilados.

Kirchhorst, 13 de mayo de 1945

Empezado la lectura del Libro de Isaías, que ya en el primer capítulo describe una situación semejante a la nuestra: la cabaña en la viña.

«Vuestro país está desierto; vuestras ciudades, abrasadas por el fuego; vuestro suelo a vuestra vista extranjeros lo devoran, y está desierto, como asolado por extranjeros.

»Pero lo que ha quedado de la hija de Sion es como cabaña en viña, como choza en melonar, como ciudad sitiada.»

Kirchhorst, 15 de mayo de 1945

Ya han pasado «los tres santos de hielo»;[4] de ahí que haya ido a Neuwarmbüchen, a buscar plantas de tomate al vivero que allí hay. Todo viaje en bicicleta entraña riesgo.

El señor Von Alten, el propietario del vivero, me ha contado que le han hecho una visita unos bandidos que viajan en automóvil. Cuando los seguía al desván aquellos hombres le preguntaron qué quería:

—Tengo curiosidad por saber qué es lo que ustedes andan buscando aquí.

—Y nosotros tenemos curiosidad por saber qué es lo que vamos a encontrar.

Cuando uno recibe una respuesta como esa, sabe, si va desarmado, qué es lo que le espera. Así es que se retira.

Al regresar a Kirchhorst me han dicho que el pueblo ha sido saqueado por rusos, quienes han usado el argumento de que Stalin ha ordenado que a cada ruso se le entregue un traje de paisano completo. Los he visto, inseguros, dar vueltas en bicicletas, vestidos como adefesios. Lo preocupante es que casi siempre están más o menos

borrachos cuando cometen esos desmanes. Es una demostración de la rapidez con que se degrada el hombre sencillo cuando le falta el trabajo. Si no hace nada, comienza a proliferar en la abundancia, como una planta en el estiércol, se entrega a pasatiempos viles y pronto da el paso a los actos de violencia. Así se producen esos espectáculos que no se conocían en estas tierras desde hacía trescientos años — desde los días de la «caza sueca» y de los disturbios descritos por Löns en su obra *Werwolf*.

Kirchhorst, 16 de mayo de 1945

Cuando en mis anotaciones digo «rusos», «norteamericanos», «polacos», «alemanes», «franceses», el significado de esas palabras pretende ser el de la enumeración de las piezas en la descripción de una partida de ajedrez. Cada una de las piezas puede ser blanca o puede ser negra. Cada una puede echar a perder la partida, cada una puede decidirla o sacrificarse por el rey. El asesinato, la violación, el robo, el hurto, la nobleza, la grandeza, la asistencia en un apuro extremo — ninguna de esas cosas está rígidamente repartida entre las naciones. Cada una de estas lleva dentro de sí las posibilidades en que se refleja el carácter humano.

Pero no podemos despojarnos de la pertenencia a nuestro pueblo. Está en la naturaleza de las cosas el que nos afecte con más intensidad la desgracia de la familia, el sufrimiento del hermano — y también que estemos asociados más estrechamente a su culpa. Esa culpa es la nuestra. Hemos de salir fiadores de ella, hemos de pagarla.

También el Estado mundial estará formado de pueblos. Administrará a la humanidad en su Idea y en sus derechos fundamentales, mientras los pueblos se despojan de la piel de los Estados nacionales y destacan más decididamente en el crecimiento, en el cultivo de su tierra natal.

En medio de la catástrofe nos conmueve la visión de seres humanos que andan en busca de su juez. Aunque al hacerlo caigan en las nuevas zanjas que han sido excavadas en todos los cruces de caminos, esos hombres rozan los rangos superiores y liberan pesos enormes.

Quien busca el tribunal lo encontrará únicamente dentro de sí; allí es donde se dicta sentencia. Allí es donde está el escenario, un escenario más enorme y temible que el cosmos al que están enfocados los telescopios. Lo que está revelándose de manera apocalíptica es que todas las infinitudes en el tiempo y en el espacio son únicamente

parábolas del propio abismo y del propio triunfo. Cada tribunal terrenal es, por el contrario, un lugar de tinieblas.

Kirchhorst, 18 de mayo de 1945

El codeso va poniéndose amarillo en tanto empiezan a brillar las acacias, con racimos blancos entre el verdor de las hojas. En este gran reloj que son las flores me percato, dolorosamente a menudo, de que el Año camina a paso rápido.

En días, semanas, meses como estos aprende uno a pensar políticamente y acumula experiencias de las que puede alimentarse durante decenios. La anarquía es la materia prima y la forma previa de la formación política; la precede como precede el caos a la creación y como precede el mundo de los titanes al mundo de los dioses. De ahí que se observará que todo gran talento político tuvo en su juventud un encuentro con la anarquía, al igual que todo gran teólogo ha mirado alguna vez cara a cara a la aniquilación. Jamás será hecho partícipe de la seguridad suprema aquel a quien el mundo no se le haya tambaleado alguna vez en su estructura básica. Es de suponer, por tanto, que nuestro tiempo vaya seguido de una gran primavera.

Kirchhorst, 20 de mayo de 1945

Domingo de Pentecostés. Continuado la lectura del Libro de Isaías. El desierto, la tierra inculta es nuestra tierra natal primitiva. Florece cuando se resquebrajan las torres, cuando se derrumban las murallas. Ese saber hace de Isaías no solo un gran profeta, sino también un gran poeta; de aquellos jardines abandonados le brotan al lenguaje las palabras irrefutables.

El *Eremurus,* el lirio de estepa, que me regaló Grunert está echando unos pistilos enormes. También él tiene, como muchas liliáceas, un parentesco declarado con la plata. Su brillo, parecido al de las barras de metal recién fundidas, atraviesa con sus rayos luminosos especialmente los crepúsculos. Ese efecto queda realzado por una pizca de verde claro, casi amarillo.

El haba panosa, que se emplea por lo regular como alimento de las caballerías, no es comparable, desde luego, a las azucenas, pero en este jardín de suelo pobre florece con especial abundancia; es una planta prusiana. Si no me equivoco, era también el plato favorito de Federico Guillermo I. Esa variedad de haba lleva los colores prusianos, el negro y el blanco, que en ella son de una belleza especial,

aterciopelada. Y por qué no iba a ser apropiada para un escudo de armas esa haba, que dio su nombre a los Fabios, de igual manera que la sencilla retama se lo dio a los Plantagenets. He encontrado también el animal heráldico que corresponde a esa haba — el pico manchado, que asimismo se viste con los colores prusianos y al que le es innato, a pesar de su carácter nada amigo de las Musas, un gran talento para todo lo rítmico, para el mundo de los tambores y los silbatos y para el paso de marcha. Un sargento instructor con bocamangas rojas.

Por la tarde en el cementerio. Sobre una de las tumbas florecía un rosal silvestre lleno de rosas — ¿era realmente un rosal silvestre que había brotado con más exuberancia en un suelo favorable, o era un rosal auténtico que había degenerado? La transformación de los estambres en pétalos: ese es el gran símbolo de la cultura. Y así me llenó de asombro el ver abejas en pleno centro de París.5En la tranquilidad silenciosa del cementerio me vinieron a la mente los versos de Arnault sobre la hoja de rosa, que había leído aquella misma mañana:

Je vais où va toute chose,

Où va la feuille de rose

Et la feuille de laurier.

Kirchhorst, 23 de mayo de 1945

Renovada lectura de *Le salut par les juifs,* de Léon Bloy. ¿Qué habría dicho Hamann sobre los sondeos en las profundidades que se realizan en ese escrito? Conduce a las cámaras interiores de grandes secretos y hasta los manantiales de un poder que es, por un lado, sacral, y, por otro, mágico, por cuanto confronta a los judíos con el oro. Bloy causa en esos espacios el efecto de un electricista en una central eléctrica; hay en esta tableros con jeroglíficos detrás de los cuales se esconden unas fuerzas temibles. Se tiene la impresión de que podremos verlo envuelto en llamas en cualquier momento. Hay ahí la amenaza de las hogueras de los hombres y la de los rayos de los dioses.

También he vuelto a echar una ojeada a los diarios de este autor. Dada la diferencia de nuestras posiciones, su lectura se asemeja a una ascensión por un despeñadero en el que las zarzas desgarran la ropa y la piel. En la cumbre el esfuerzo es recompensado por algunas frases, por algunas flores de una vegetación que ya está extinguida, pero que

resulta inestimable para la vida superior. En aquel tiempo, hacia 1900, la visión del otro lado era más nítida en estos diarios que en los observatorios astronómicos. Y por ello hay que cargar con las insuficiencias del individuo, con su *karma* oscuro.

Con Hamann es distinto; lo que en él nos hace penar es su maldita oscuridad. Con frecuencia ocurría que ni él se entendía a sí mismo cuando releía sus textos. Pero luego refulgen diamantes, brillan solitarios en el fondo azul, sustancia de la autoría. Solo en esos pasajes comienza la verdadera confortación del lector; este vislumbra que en el arte, desde sus comienzos, es tratado un único asunto y que hay frases que valen por bibliotecas.

Un ser humano puede tener con nosotros el mismo parecido que un hermano gemelo y estar, sin embargo, menos emparentado con nosotros que un enemigo que nos muestra un pedacito de sustancia del tamaño de una cabeza de alfiler. Entonces se vuelve ilusoria la enemistad terrenal. El mensajero que nos trae la sentencia de muerte puede hacernos vislumbrar al mismo tiempo que estamos salvados. Ese mensajero es más importante para nosotros que el hermano que nos entretiene con promesas de seguridad.

Bloy no es un revolucionario. Es más bien un conservador desesperado, al que le falta un suelo nutricio. También se percató de las insuficiencias de la Iglesia. Eso es lo que explica su desmesura. Una de sus tesis fundamentales, *Dieu se retire,* define la situación mucho más exactamente que la frase apocalíptica de Nietzsche: *Dios ha muerto.* Bloy añade: «Es seguro que, si Dios retirase de repente su bendición, se disolverían y desharían en polvo las simples piedras, tanto el granito como el guijarro — ¿qué sería *entonces* de la sociedad moderna?».

La radio anuncia que Himmler ha sido detenido; iba disfrazado. Tal vez la primera vez que no iba disfrazado — el *Reichsführer* de las SS vestido de vagabundo, de mendigo tuerto. *Sic transit gloria.* Al ser detenido mordió una ampolla de cianuro que llevaba en la boca. Desde el comienzo tuve claro que esos caramelos tenían que formar necesariamente parte del equipo, del *nécessaire* de los hombres de poder puros, no inquietados por ningún escrúpulo.

Lo que en ese hombre me resultó siempre raro fue que apestase a burgués. Uno pensaría que alguien que organiza la muerte de muchos millares de personas tendría que diferenciarse visiblemente de todos los demás hombres y que a su alrededor habría un resplandor terrible,

un brillo luciferino. En vez de tales cosas, esos rostros, que uno encuentra en toda gran ciudad cuando anda buscando una habitación amueblada y nos abre la puerta un funcionario que se ha jubilado anticipadamente.

En eso se hace patente, por otro lado, hasta qué grado ha penetrado el mal en nuestras instituciones: el progreso de la abstracción. Detrás de la primera ventanilla puede aparecer nuestro verdugo. Hoy nos manda una carta certificada y mañana, la sentencia de muerte. Hoy nos hace un agujero en el billete de tren, y mañana, un agujero en la nuca. Y ejecuta ambas cosas con la misma pedantería, con el mismo sentido del deber. Quien no ve eso ya en los andenes de las estaciones y en el *keep smiling* de las vendedoras camina por nuestro mundo como un daltónico. Ese mundo no tiene solo zonas y períodos terribles, sino que es terrible de arriba abajo.

También habría que meditar sobre lo siguiente: las ideas ampulosas, la fealdad cotidiana de tales personajes son un indicio de su papel subordinado en el imperio del mal. El pensamiento de que millones de personas dejan este mundo porque un señor, un tal Himmler, acciona la palanca de la máquina de aniquilación, ese pensamiento forma parte de las ilusiones ópticas. Si ha estado cayendo nieve todo el invierno basta la pata de una liebre para que se precipite al valle el alud.

No conocemos el otro lado. En el instante en que la víctima cruza el portal de la gloria olvida a su verdugo; este queda atrás, como uno de los fantasmas del mundo del terror, como un portero vestido con la librea del tiempo.

Kirchhorst, 26 de mayo de 1945

Por la mañana he comprado semillas en Burgdorf. Los caminos son inseguros. He vuelto a visitar el cementerio cercano al asilo; sobre las tumbas brillaban rosas y azucenas. En esos lugares me gusta meditar sobre mi educación. Uno querría que las cosas hubieran sido distintas, pero es menester decirse a sí mismo: nuestros padres y nuestros maestros cumplieron con su obligación al instruirnos según su leal saber y entender. Y si fueran por ventura ateos, entonces es mejor que eduquen ateamente a sus hijos. Pues así les transmitirán, en todo caso, algo más que formas vacías. En este aspecto nuestros padres fueron más decididos que nuestros abuelos. Nosotros no tuvimos ya que aburrirnos los domingos.

Cuántas veces trató mi padre de instruirme sobre los pormenores

de la estructura y el comportamiento de las plantas, siempre con aquel celo que era peculiar de su generación. Una de las fuentes de los embelesos de esa generación fue en el fondo la construcción de los organismos, el refinamiento de esa construcción. El núcleo del darwinismo es la teoría de la construcción. Para ver lo que de completamente ineconómico, de irracional hay en las plantas, para ver su lujo principesco, su sobreabundancia, para ver eso le faltan ojos al darwinismo; todas esas cosas delatan unos propósitos mucho más significativos que los de la pura prolongación de la vida y los de la competencia. Notable resulta ya el número inmenso de especies; propiamente tendrían que imponerse unos pocos modelos, sencillos, bien acreditados, y repartirse entre ellos el espacio. Está además la belleza, el despilfarro inaudito en una materia pasajera. Todo eso habla como un libro abierto; sin embargo, la charla con inteligencias a las que no les es dada la posibilidad de elevarse por encima del elemento del tiempo resulta estéril. A los millones de años con que trabajan las teorías evolucionistas corresponden los millones de años luz de la astronomía que está coordinada con ellas. En la sustancia de un diminuto cáliz de flor, de un tembloroso estambre escóndese un sentido más alto que en todas esas lejanías y en todos esos períodos que dan soledad al corazón.

En los sitios donde se considera el arte como una carrera competitiva se llega a un desgaste rápido de las ideas, al triunfo de los charlatanes de mercado. En el arte lo único que hay son especies, no competencia. Cuanto mayor sea la ventaja temporal que dejemos a los otros tanto mayor será la seguridad con que les daremos alcance.

En Zwickledt me enseñó Alfred Kubin la foto de una reunión popular en la que millares de personas aclamaban un discurso. Las personas singulares eran minúsculas, sin rostro. Kubin desdobló la hoja y dijo:

—Aquí podrían pegar todavía veinte continuaciones.

A última hora de la tarde han llegado soldados para que los alojemos — dos reclutas y dos oficiales de un regimiento escocés; he dejado al ama de casa que los atienda.

Kirchhorst, 27 de mayo de 1945

Por lo que oigo hubo ayer una larga conversación; en ella los dos

oficiales, uno de los cuales es hijo de lord Alexander, no solo expresaron su justificado horror por cosas que de ninguna manera cabe defender, sino también muchos juicios injustos sobre los soldados alemanes y el ejército alemán. Lo había previsto.

Podría escribirse un catálogo de los reproches que se les hacen a los vencidos. También esta vez se repitió la historia de la guarnición que enseña la bandera blanca para volver a abrir fuego cuando el atacante abandona su posición y queda al descubierto.

Son cosas que siempre ocurren en momentos de confusión, sobre todo cuando han caído los mandos, y nunca son premeditadas. Cuando es uno quien ataca descuida fácilmente las medidas de precaución. También yo fui herido en una de esas ocasiones, el 22 de marzo de 1918, en un asalto a posiciones escocesas. Las defendía precisamente el regimiento al que pertenecían nuestros dos huéspedes: *Argyll and Sutherland Highlanders.* Los detalles, que he descrito en mis diarios de guerra,[6] llevaron a un intercambio de cartas con su comandante, el coronel Hutchison.

Hojeando sus cartas tropiezo con frases como estas:

Your book will remain as a permanent and worthy memorial to the heroism and doggedness of German storm troops. It is more than possible that we may have had contact with one another. It would have been a pleasure to me to meet you on the Western Front, even in conflict.

[Su libro quedará como un duradero y valioso monumento a la memoria del heroísmo y la tenacidad de las tropas de asalto alemanas. Es más que posible que usted y yo estuviésemos en contacto el uno con el otro. Hubiera sido un placer para mí encontrarme con usted en el frente del Oeste, aun en combate.]

Estas cosas pertenecen ya al pasado; ya entonces eran, también en Europa, una reliquia de otros tiempos.

Al arreglar Perpetua por la mañana la habitación en que han pernoctado nuestros huéspedes ha descubierto en el armario una metralleta cargada, que había escapado a mi atención. La he cogido y la he hundido en el estanque de los bomberos, para que haga allí compañía a sus predecesoras. Tal vez Hutchison se habría reído.

Kirchhorst, 28 de mayo de 1945

Aparecen en la mesa las primeras cerezas. Esta maduración

inusualmente temprana para nuestras latitudes se explica porque han brotado en la última rama verde de un árbol muerto: retoños de la *décadence.*

Por la tarde en Lohne y en Neuwarmbüchen, con tiempo fresco, nublado; han caído unos ligeros chubascos veraniegos. En estos tempranos días de verano la campiña está pictórica de savia. Por encima de los prados de altas hierbas y de los campos de centeno álzanse con un frescor húmedo, cual islas oscuras, los setos y los bosquecillos; en ellos suena el canto del cuclillo. Las aldeas quedan ocultas por el verdor de las encinas de los caseríos; apenas asoma el aguilón rojo de los edificios. En este elemento siente uno la tierra natal como siente el pez la marea.

Kirchhorst, 29 de mayo de 1945

Por vez primera desde la ocupación se ha atrevido Wilhelm Rosenkranz a venir a casa por la carretera. Tras haber intercambiado algunas noticias horribles hemos hablado de la fumaria, también llamada «palomilla» y «palomina», que estaba, con su enfermiza belleza, en mi mesa de escribir, encima de los manuscritos. Por contemplarla y disecarla he descuidado mi trabajo de la mañana. Es una de las malas hierbas que son un ornato del jardín y que no me gustaría echar de menos. El nombre que lleva es muy acertado, pues la fumaria es como un humo, como un vaho violeta, que se alza del suelo en delicadas ramificaciones onduladas.

En el jardín, cenando debajo de la gran haya, hemos hablado de la lápida sepulcral que voy a encargar para Ernstel en Carrara. Luego, de sueños mánticos. No los anoto; preferible no tenerlos.

Kirchhorst, 30 de mayo de 1945

He soñado con una visita a Catalfamo. Cerca de mí estaba «el amigo de más edad que desempeña el papel de superior», y ese tipo adoptaba, como un camaleón, las individualidades de numerosos conocidos con los que he tenido en mi vida esa relación y a los que guardo gratitud.

Luego veía a mi padre, que llevaba puesta la bata blanca de laboratorio. Yo entraba en casa y nos saludábamos con gran emoción y cordialidad. La escena se repetía una segunda vez, como si fuera importante y debiera grabárseme.

A menudo me parece que los muertos maduran y se reblandecen; van creciendo dentro de nosotros con raíces póstumas — *nosotros*

somos el verdadero *Totenacker* [campo de los muertos, camposanto], el verdadero suelo de los muertos. Ellos quieren ser enterrados en los corazones. Lo agradecen, y esa circunstancia proporciona a familias y a pueblos la fuerza para peregrinar por el tiempo.

Kirchhorst, 31 de mayo de 1945

En el pantano, donde he mandado cortar turba, pues no parece que vayan a darnos carbón para el próximo invierno. El trabajo allí es duro. La única herramienta que se utiliza es la llamada «pala de turba», una cuchilla larga y ancha, en forma de paleta para tartas, con un mango de pala. Con ella se corta la turba, primero en tiras largas, que más tarde se seccionan en briquetas, del tamaño de ladrillos. Un hombre está en el hoyo y hace cortes en la pared, la cual ofrece el aspecto de una esponja negra. De vez en cuando el hombre afila la pala con la piedra aguzadera. Como hace un panadero con el pan, así levanta él los trozos con una paleta hacia otros dos hombres, que van poniéndolos unos encima de otros para formar montones. Esta última actividad recibe el nombre de *speken* [amontonar]. Cada montón tiene ocho briquetas de turba, y al cabo de algunas semanas se realiza el *umspeken,* el «reamontonar», el dar la vuelta a los montones, que ahora son de doce briquetas. No solo se ponen arriba las briquetas que antes estaban abajo, sino que además se da la vuelta a cada una de ellas. En años húmedos hay que hacer eso dos veces con cada trozo de turba; luego se los apila por centenares, en forma de colmena, al tresbolillo, para que puedan circular el aire y la luz. Cuando echo una mano en la labor capturo como salario coleópteros lacustres raros. Es oscuro el origen del vocablo *speken*; supongo que está relacionado con *speichern* [almacenar].

En estas ocasiones se ven las entrañas del pantano. Su cuerpo fibroso es oscuro, está empapado de agua y pesa como el plomo. Su aspecto da una idea de las enormes masas de agua retenidas por los pantanos y del riesgo tanto de desecación como de inundación que se correría si se despojase a la Naturaleza de estos acuíferos.

El trabajo en el pantano es más remoto, más misterioso que el trabajo en los campos. Es precisamente a los viejos a los que vemos dar la vuelta, solitarios, a los pedazos de turba. También hay en él misterios especiales. El pantano es uno de los grandes archivos del mundo. Su riqueza se parece a la de las tumbas de reyes; esa es la razón por la que, en un tiempo de reducción como el nuestro, se halla amenazado. Es víctima del desgaste, de la pura aceleración del cambio, aceleración que el pensamiento del hombre, mosca efímera que vive un solo día, se figura que es riqueza. Ya está ahí la amenaza

de las máquinas, de las excavadoras, de los trenes comarcales. Es mejor un tratamiento especial de la superficie, que cubra de verdes prados el pantano. Un viejo campesino me dijo estas palabras:

—El pantano tiene que permanecer pantano.

Con ellas formuló de manera exacta las cosas. Las cosas están situadas fuera de la teoría, sobre todo de la teoría económica.

Kirchhorst, 2 de junio de 1945

También el saúco empieza ya a florecer en platillos blancos junto a la ventana de mi cuarto de trabajo. Mi madre solía añadir sus aromáticos discos a la masa del pastel antes de meterla en el horno; eso proporcionaba un festín etéreo.

La vista que yo disfruto desde la ventana abarca únicamente campos, árboles y caseríos; cabe imaginar que no ha cambiado durante varios siglos. Una caseta que hay en el fondo, un transformador, no molesta; se parece en su forma a una atalaya de la Antigüedad.

Biografías. El texto es, por lo pronto, accesible a todo el mundo, como un jardín principesco abierto de par en par. Bien es verdad que en él hay árboles, plantas y personajes míticos cuyos nombres les resultan conocidos solo a los hombres cultos, pero cuyas formas alegran también a los más sencillos. Luego hay también plazas circulares, pérgolas, galerías, a las cuales asocia un pequeño círculo de personas recuerdos de fiestas cuyas luces ya se han extinguido y cuyas armonías se han hundido en el silencio. Y hay, a su vez, dos o tres hombres que comprenden las alusiones y los cuadros que hay en los aposentos más íntimos. Acaso también el autor se ha grabado, para su memoria más propia, runas a las cuales va brotándoles prodigiosamente en la materia viva un significado que no es conocido por nadie más que por él. En ello hay ironía y hay reserva de la propiedad; pero esa reserva no reduce el valor para otros, sino que incluso lo realza.

Finalmente hay en esos jardines la floración de frases mánticas que solo el Tiempo desdobla y documenta con hechos. Al propio autor le estaba oculto su significado; esas frases demuestran que él se hallaba junto al cuello de la raíz. Las hay en todo buen libro, atestiguan que está vivo, le otorgan duración en el tiempo.

Kirchhorst, 6 de junio de 1945

En el rincón del jardín que linda con el cementerio han vuelto a encenderse las azucenas de fuego. Hacen más visible, cual teas encendidas, el frescor de la sombra.

Bochorno, que anuncia tormenta. Un pueblo de hormigas habita en el jardín el tocón hueco de una acacia. Su palacio se hunde profundamente en la tierra. Hoy había boda; la tribu se había reunido en las partes altas, formando un hervidero negro, y en medio estaban los animales sexuados, con sus irisadas colas de fiesta. El modo de despedirse de sus hermanos oscuros para ascender con alas luminosas, en medio de la tensa y turbulenta agitación: no era solo la gran celebración del amor, sino una fiesta sagrada.

Du wirst die Zweifel alle mir enthüllen,

O du, der mich durch das dunkle Tal

Des Todes führen wird! Ich lerne dann,

Ob eine Seele das goldene Würmchen hatte.

[¡Tú me desvelarás todas las dudas,

oh tú, que me guiarás por el oscuro

valle de la muerte! Entonces aprenderé

si el gusanito de oro tenía alma.]

No puedo recordar que a mí me haya inquietado en ningún momento esa duda de Klopstock. Al contrario, a menudo me ha parecido que en los vegetales y en los animales el lenguaje de signos era más evidente, más convincente que en el ser humano y en su libertad; esta arrastra tras sí dolores y errores. De lo más íntimo de ellos no sabemos nada. En todo caso los vegetales y los animales están más cerca del Paraíso; es algo que se hace patente en cada jardín.

Sie schwärmen[7] — esa palabrita me ha alegrado y me ha entristecido, pues me ha hecho recordar uno de mis proyectos, y, con él, uno de los otros muchos peces no pescados, que salen una y otra vez a la superficie, sobre todo de noche, antes de que me quede dormido. En otros tiempos me faltaban asuntos, de manera que a menudo mi celo no encontraba alimento y de ello resultaba una abundancia de tiempo. Hoy ocurre al revés.

Son muchas probablemente las vidas en que se presenta esa inflexión; en ella vislumbra uno que no acabará su obra en el tiempo. Eso trae consigo desasosiego y también, sin la menor duda, enfermedades. Lo que importa entonces es encontrar llaves que abran a la vez muchos cajones, lo que importa es reducir nuestras vueltas, reducirlas a los anillos más estrechos del cono, en los que el tiempo no desempeña ese papel. En esos anillos las ciencias, los saberes, tienen unos contactos más estrechos y conducen a *el saber.* Y siempre queda, finalmente, el vértice del cono, aquel punto en que la vida sale de las imágenes del espejo y emerge en lo absoluto; en ese punto el espíritu sobrevuela de un solo aletazo el saber de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Empezado la lectura del Libro de Jeremías; la situación de ese profeta es semejante a la de un alemán de hoy que posea responsabilidad espiritual.

Corren rumores de que los rusos van a ocupar todavía Sajonia y Turingia y de que los norteamericanos les ceden espacio sin advertir de ello, al parecer, a la población; así es que he perdido la esperanza de ver aún aquí a mi madre y a mi hermana. El dato lo han confirmado algunos médicos que han entrado en casa esta mañana y que se encuentran peregrinando, como gran parte de los alemanes. Pero todos estos relatos de testigos de vista y de oído hacen más opaca todavía la ya de por sí confusa situación. ¿Qué otra cosa cabe esperar de unos planes en los que han intervenido por una parte horrorosos asesinos de masas y por otra parte, todavía, instigadores de la Paz de Versalles? En lo externo continúa yéndose cuesta abajo.

He comenzado a leer *La prima Bette,* de Balzac, pero he encontrado que mi tiempo es demasiado valioso como para dedicarlo a seguir las intrigas de la sociedad de Luis Felipe, una sociedad cuyos deseos giran en torno al dinero y las rentas. Un encanto nuevo hay, empero, en el hecho de que hayan adquirido un significado personal para mí las calles y las plazas de la ciudad de París y en que una y otra vez tropiece durante la lectura con nombres que me emocionan. También me imagino, mientras leo, los puentes, que son anillos mediante los cuales la capital se desposa con el río. Los puentes son joyas cuyas piedras refulgen con el brillo del destino y que la corriente, con una magia ilusionista, cierra hasta formar un círculo, en la imagen que en ella se refleja. Cuántos pintores se han esforzado en reproducir eso. Es una gran bendición que se hayan conservado los

puentes de París.

Kirchhorst, 8 de junio de 1945

Cumpleaños de mi madre, que hoy habrá alcanzado, Dios lo quiera, los setenta y dos.

Por la noche caminatas, primero por ciudades de mármol, luego por posiciones de combate y, finalmente, por un bosque nevado. En este oía una voz que decía «Snowmoon». Había plenilunio y yo me encontraba en un lugar donde los zorzales escarbaban el suelo en busca de bayas. Hasta mí se elevaba, filtrado por la nieve, un sutil vaho de humus y de primeros brotes.

Entre las así llamadas malas hierbas florece la *Anagallis,* el «muraje», cuyo feo nombre alemán, *Gauchheil,* «sanalocos», se debe a que antiguamente se la tenía por remedio contra la falta de memoria. Los campesinos la llaman *Rote Miere,* «álsine rojo», nombre que le hace más justicia. Por muy minúscula que sea la cabezuela de su flor, raras veces se encuentra un carmín de una luminosidad que haga tanto bien.

He acabado la lectura del Libro de Jeremías. El rey Sedecías no es el hombre apropiado para domeñar el destino, el cual lo coloca entre la gran potencia babilónica y la gran potencia egipcia. Su debilidad resalta también en su relación con Jeremías. Tenía o bien que matar al profeta y disponerse a sucumbir bajo los escombros del Templo y de la ciudad, o bien que dejarse aconsejar por Jeremías e ir dando largas a Nabucodonosor, hasta que mejorase el tiempo. Pero así perdió la partida. Nabucodonosor mandó sacarle los ojos, tras haberse visto estos obligados a contemplar todavía, como última imagen, la degollación de sus hijos.

Para ser completamente justos con Sedecías sería preciso, desde luego, que conociésemos mejor la situación interna, que con toda seguridad era difícil. Es algo que cabe deducir ya del golpe de mano, propio de partisanos, llevado a cabo por Ismael; este quitó la vida a Guedalia, el gobernador nombrado por Nabucodonosor, y con ello trajo la mayor de las desventuras sobre la población que había quedado entre las ruinas.

Nebuzaradán, el general de Nabucodonosor, representa el tipo que ejecuta el trabajo sucio y encarna del modo más puro el

mecanismo de la violencia. Los breves pasajes en que la Escritura lo menciona hacen resonar a través de los milenios el terror que infundía. También nuestro tiempo ha engendrado figuras parecidas. Como los erotómanos, esos hombres del terror conocen solamente *una* reacción. De ahí que habite en ellos una rigidez automática, que se hace visible también en su fisonomía. De los fogoneros del *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, son ellos los más viles de todos y trabajan siempre en planes de los que saben tan poco como lo que el ejecutor de una sentencia sabe de la deuda cuyo cobro le corresponde de oficio. Cuando son despojados de su cargo se los ve enseguida desnudos, y su desnudez es espantosa. Es como si hubieran vivido a crédito, como si hubiesen sido cadáveres desde mucho tiempo atrás, tal es la rapidez, la avidez con que la Muerte se los lleva.

Por la tarde nos ha visitado el señor Haase, que estuvo preso en Wilhelmshaven junto con Ernstel. Su visita me ha hecho recordar aquellos días en que por primera vez cobré consciencia, por propia experiencia, de la situación del perseguido. Aquella situación me llevó al borde mismo de la catástrofe, que la habría convertido en el capítulo más tenebroso de mi vida. Entonces no me percaté de la gravedad del peligro, sin duda porque tuvimos tantas ayudas de personas desconocidas, de amigos en tiempos de tribulación.

El visitante nos ha contado que tuvo frecuentes encuentros con el muchacho, ya en el patio, ya en el sótano de aquel triste lugar, durante los ataques aéreos, y que casi siempre lo encontraba pálido y silencioso, y que a veces hablaba de Kirchhorst con gran añoranza.

Haase, un hombre tranquilo, sosegado, de poco más de cincuenta años, había sido encerrado allí por una conversación que tuvo una noche con sus camaradas en el hospital de sangre. Había lanzado críticas contra Robert Ley, el dirigente del Frente del Trabajo, y contra su Volkswagen, y lo habían denunciado. Como en el fondo se trataba de minucias, de dudas acerca de cuestiones económicas, aguardaba no precisamente que el tribunal lo declarase libre de culpa, pero sí que le impusiera algunas semanas de calabozo, las cuales quedarían compensadas con la prisión preventiva. Pero en el juicio fue condenado a muerte.

La sentencia se dictó en las cercanías de Colonia. Para que fuera cumplida se lo reenvió a Wilhelmshaven, custodiado por dos soldados. Tenían que hacer transbordo a las dos de la madrugada y estaban aguardando en Hamm la llegada del otro tren. El responsable del traslado, un suboficial, había conocido durante el viaje a una chica y le hacía compañía en la sala de espera. Haase se quedó en el andén

con su otro guardián, un cabo. En las vías estaba listo para partir un tren. De repente las sirenas anunciaron alarma aérea, las luces se apagaron. Haase oyó a su lado una voz que gritaba:

—Tren directo a Hannover. Suban. Está a punto de salir.

Obedeció aquella invitación como un sonámbulo y se alejó de su guardián sin que este lo notase enseguida, dada la aglomeración que se formó alrededor de las puertas. Consiguió también evitar los controles y de esa manera llegó a Hannover, donde vivía su esposa; esta le proporcionó dinero, ropa de paisano y una bicicleta. Pudo ocultarse en caseríos de la Baja Sajonia y trabajó de electricista en los pueblos y en las ciudades. En una ocasión, creo recordar que fue en Burgwedel, estuvo haciendo una reparación en casa del jefe de la policía y tuvo la suerte de ver encima de la mesa la orden de su arresto. Tres trimestres estuvo viviendo así, con la pistola en el bolsillo, dispuesto a pegarse inmediatamente un tiro si lo detenían. Luego llegaron los norteamericanos.

Mientras lo contemplaba al otro lado de la mesa donde estábamos tomando café me preguntaba cómo había podido conseguir aquel hombre escapar a unos rastreos sistemáticos. La razón hay que buscarla sin duda en su completa vulgaridad, que hace honor a su nombre de *Haase* [liebre], y que lo ocultaba como un color protector.

Su vida fue salvada con la misma seguridad con que Ernstel se encaminó hacia la muerte. Jamás resolveremos estos enigmas mientras el Tiempo nos tenga presos en sus cadenas.

Kirchhorst, 10 de junio de 1945

Lamentaciones de Jeremías. Se colman de una actualidad poco común.

«Nuestra heredad ha pasado a extranjeros, nuestras casas a extraños. Nuestros padres pecaron y ya no existen, mas nosotros hemos cargado con sus iniquidades. Esclavos señorean en nosotros, sin que haya quien nos libre de su mano. Los ancianos han cesado de acudir a la puerta; los jóvenes, de hacer música con sus instrumentos de cuerda.»

Veo por mis anotaciones marginales que estas frases las leí, en la Navidad de 1939, en la posición del Rin cerca de Greffern, y también, en diciembre de 1942, en Voroshílovsk, en las lindes del Cáucaso. Nos imaginamos estar cruzando las ciudades con un libro, pero tal vez las ciudades no sean otra cosa que corroboraciones. Viajamos a través del

texto.

Posiciones espirituales y posiciones empíricas. Anotaciones sobre *El trabajador*. La acción espiritual, el plan en sus categorías superiores e inferiores, se ejecuta de acuerdo con el modelo del plan mundial, que abarca la muerte y el sufrimiento. De ahí que ese plan haga abstracción del dolor. El gran plan se halla por encima de las ruedas, es «igual que los dioses». En la posición empírica, por el contrario, se vive, se sufre el destino personal. Eso lleva a colisiones trágicas en la persona singular; esta es tanto un ser que planifica cuanto un ser que sufre.

Una decisión política, una decisión estratégica encierra una amenaza para muchos millares de seres humanos, cualquiera que sea el modo en que esté tomada, es decir, también cuando consiste en no actuar. En el lugar espiritual el comandante que ha de defender una fortaleza se conduce de acuerdo con la ley del plan. Al mismo tiempo la fortaleza es la posición empírica, en la que el comandante y los suyos sufren y perecen. Eso forma parte de nuestras experiencias.

Hasta aquí las cosas se presentan sencillas, aunque no son incuestionables. Lo que a la persona singular le resulta difícil de entender, empero, es que ella misma se encuentra en el papel del comandante, en el lugar espiritual. Coopera al plan, al esquema ideal, bien con su actuación, bien con su no actuación, y es responsable siempre. No hay nada que la persona singular no pueda aprobar, pero tampoco nada que no pueda rechazar. La persona singular puede modificar el mundo, ya por la acción, ya por el sufrimiento, y puede hacerlo en cada instante. Puede decidir si se eleva o si se hunde. Puede ingresar en lo absoluto. Es soberana y, en los sitios donde asciende a la consciencia de su soberanía, adquiere un poder infinito. El mundo se convierte en su materia y en su sueño; es siempre un trasunto de ella. Eso lo enseña el mito, eso lo enseña la historia general y la historia de la salvación, eso lo enseña la filosofía. Para un cristiano, por ejemplo, que se sepa comandante de su fortaleza, de su «firme castillo», Cristo no es solo el modelo, sino que es una parte esencial y activa de su persona, es un poder otorgado por comunión y capaz de cambiar de arriba abajo el mundo. Ese poder derriba imperios.

Cuando parece predominar el plan, hacerse absoluto, son varias las conjeturas que ese hecho permite. Podría estar relacionado con la circunstancia de que las personas singulares estén cediendo partes cada vez mayores de sus reservas de sustancia, de soberanía, de

destino propio, bien porque asienten al plan, bien porque la responsabilidad se les ha vuelto demasiado pesada. No hay coerción sin asentimiento. También podría conjeturarse que en nuestra posición empírica, en nuestro planeta, el plan mundial ha entrado en una «crisis», en una fase nueva, que se perfila en los planes humanos y exige pagos anticipados. «El ser humano» es empujado a un estadio que reclama de él, por un lado, una actividad intensificada, «trabajo», y, por otro, sufrimiento. Ejecuta ambas cosas, tanto con placer cuanto con dolor.

El gran júbilo que acompaña a los planes y que llega hasta el delirio cuando se vuelven catastróficos hace pensar en una travesía del desierto en la que se presentan visiones. Aparecen profetas y anuncian la tierra prometida. A los hijos les irán bien las cosas. ¿Cuál es, empero, el significado de que los planes humanos, vistos *sub specie aeternitatis,* se transformen en humo, y ello con tanta mayor seguridad cuanto más inteligentemente hayan sido concebidos? Detrás de la muchedumbre de los planes y de las utopías ha de estar por fuerza un plan distinto e inmutable, que nosotros imitamos en lo imperfecto. El fracaso forma parte del plan. De ahí que siempre haya de prestar su cooperación algo diferente, algo que escapa a la inteligencia, sustancia profética, transcendente. Los planes dan vueltas en los atrios. Son reproducciones perecederas de la Ciudad Eterna, fabricadas por la arquitectura humana. Son poco, pero significan mucho. En las ciudades góticas las casas son minúsculas, cual nidos de golondrinas en los muros de la catedral. En las grandes urbes las iglesias se desvanecen a la sombra de los bancos. En los sitios donde el plan se mantiene en el marco de los atrios adquiere más sentido; es lo que ocurre, por ejemplo, allí donde está ocupado en levantar templos y mausoleos, en construir antecámaras de la vida superior y del tribunal de los muertos. En esos sitios el plan actúa de un modo menos perecedero, también vistas las cosas temporalmente. Es posible que las pirámides sigan pregonando sus amonestaciones cuando nuestra posición empírica se haya convertido en chatarra, esté desalojada, abandonada. Las pirámides han reproducido con más sabiduría instintiva el plan mundial.

Esto lleva a tratar del futuro del trabajador. Igual que todos los demás planes, los del trabajador no pueden ser sino planes para una época determinada; también para el trabajador forma el fracaso parte de su plan. Bien es verdad que las catástrofes no pueden perjudicarlo. Más bien lo favorecen y lo empujan hacia adelante, por la simple razón de que hacen saltar las cadenas económicas, mientras la Figura, con un poder espiritual siempre creciente, atraviesa indemne el mundo del fuego. Aún cabe prever ahí grandes realizaciones. Del

avance empírico se cuidan tanto la intensidad de la voluntad y su ceguera cuanto asimismo la existencia de reservas aún no usadas, más aún, no tocadas.

Lo único que resulta inquietante es la mudanza de la posición espiritual; esa mudanza se anuncia en la duda, en la náusea, ligera al principio, que las élites sienten frente al espectáculo, en el cansancio incipiente, que es más peligroso que la catástrofe. Es menester que surjan entonces imágenes nuevas, profetas nuevos.

Tales inflexiones pueden producirse sin que apenas se las note. Actúan de un modo más bien químico que físico, actúan desmitificando; las utopías en parte han sido alcanzadas y en parte han quedado sobrepasadas, y justo por ello pierden su fuerza fascinadora. El mundo del trabajo se sitúa entonces en una perspectiva diferente, queda subordinado. El trabajador es relegado al segundo rango, a su esquema materialista, al papel de criado, mientras espíritus nuevos están ocupados en pensar ideas nuevas. A ello contribuye la perfección, que despoja de su carácter revolucionario a los medios. Se ha calmado el hambre en sus formas groseras. La gran colmena está llena de celdas en las que se exige un alimento diferente, y con los nietos penetran también parásitos nuevos.

El escepticismo modifica su papel, su tarea. Favorece los procesos dialécticos en su fase heroica y los frena tras su conclusión: en forma de *taedium vitae* en las edades de paz, de oro. El escepticismo comienza adhiriéndose a las modificaciones del plan general y no se sale de su marco, del marco de los lugares comunes dominantes. Los enemigos a muerte no sospechan lo muy parecidos que son sus lenguajes, sus símbolos. Se asemejan como imágenes especulares, como arcos que se apoyan mutuamente. La inexorabilidad se intensifica con la sutilidad de las desavenencias, como en los grandes concilios, donde se trataba de la igualdad o de la semejanza de Cristo con Dios.

Más tarde el escepticismo comienza a poner en duda el plan *in toto,* hasta llegar a los hondos niveles del nihilismo. Esos niveles forman parte de la tarea. Finalmente se llega a una vuelta de campana, a una mudanza súbita: la duda se hace crédula al adherirse a imágenes nuevas que empiezan a brillar. Lo que viene «de fuera» escapa a la predicción.

Este movimiento es como el de las ondas. El plan alcanza su culminación en un determinado punto del tiempo, y la alcanza antes en el espíritu que en los hechos; el despliegue de poder, la conquista

de espacio, el empellón masivo vienen muy por detrás de los puntos iniciales. Es algo que cabe observar por doquier en el mundo zoológico, en el histórico, en el teológico.

Con eso no está en contradicción el que el movimiento transcurra a la vez en espiral; la crítica, el observador, ve el movimiento desde un lugar diferente que el actor, llega a una interpretación diferente. Todo poder que se hunde en su ocaso encierra en sí el poder que asciende en su amanecer, lo hace realidad en su ocaso, que es la matriz, el suelo de germinación. En este sentido los ocasos son siempre episódicos, necesarios incluso, pues crean espacio. El mundo es angosto y la historia no es escrita en un libro, sino en una única hoja; en ella se transparentan los textos, hasta el primero de todos. En lo absoluto lo único que hay es sustancia masiva, que irradia en el tiempo, no hay ni amaneceres ni ocasos, de igual manera que tampoco sale ni se pone el sol. Lo único que hay es metamorfosis, no hay muerte.

Probablemente la potencia metafísica del mundo del trabajo es mucho más fuerte de lo que juzgamos hoy. Vemos la oruga, la crisálida rígida, y no la mariposa. Vemos el movimiento y no el reposo que lo define. La necesidad absoluta se desvela en las vueltas superiores de la espiral. Los sacrificios fueron más fuertes, más apremiantes de lo que se imaginaron los que se sacrificaban — fueron tan fuertes como los habían soñado, como los habían creído. Las fórmulas físicas, las teorías económicas y sociales se revelan como medios auxiliares, como objetos para espiritualizar el mundo. Se derriban los alpendes; salen a escena poderes sancionadores. Tan solo cuando se cobra consciencia de un centro en reposo pueden volver a ser creíbles el arte, la arquitectura, los filosofemas; su insuficiencia durante el movimiento es uno de los indicios favorables.

También la atmósfera de catástrofe es uno de los indicios. Esa atmósfera se agrava con la crisis y se vuelve apocalíptica en las crisis mundiales. Una vez me dijo Celsus en Noruega:

—Esas cosas se repiten cada mil años.

Del estilo de nuestro tiempo forma parte el que la atmósfera de catástrofe quede limitada a lo técnico. Es un pretexto ilusorio; la técnica no nos arruina, como tampoco favorece nuestra salvación. Ahí estamos comprometidos con más fuerza. Desde la posición empírica no cabe dar un juicio sobre el amanecer y el ocaso. Quienes ahí pleitean son un optimismo superficial y una angustia todopoderosa.

Como en el tiempo de los profetas, el valor de la atmósfera de catástrofe está en el terreno de la pedagogía superior; ese valor consiste en la constricción a mirar a otro lado, a otra ayuda, desde la consciencia de no estar a la altura de la gran prueba. Esa atmósfera plantea la cuestión de si el plan transitorio imita el plan mundial con el cuidado, inteligencia y responsabilidad necesarios y lleva a regiones en que no son suficientes ni el mero querer ni el mero saber.

Kirchhorst, 11 de junio de 1945

Ezequiel. La visión descrita en el capítulo primero es centáurica: una interpenetración del mundo mágico y del mundo espiritual. La mitad inferior tiene un carácter mágico, posee la rigidez, la cercanía del animal y de las piedras preciosas, el magnetismo, la condición de ojo. La parte superior llega hasta la gloria.

También son mágicas las operaciones de que hablan los capítulos cuarto y quinto: la preparación del asedio a Jerusalén mediante la geomancia, en especial la quema y ocultación de los cabellos, cosa que encontraremos siempre.

En ese sentido Ezequiel pertenece a un estrato mucho más antiguo que Isaías y que Jeremías, también en su inclinación por el servicio levítico del Templo y de la Ley. Desde ahí podría resultar posible un adentramiento en la antigua Mesopotamia, un descenso a sus profundidades.

Lo centáurico consiste también en que Ezequiel trasciende desde el mundo mágico a unas esferas más elevadas, más libres. El dualismo que hay en la revelación inicial se extiende al texto entero de este profeta y arroja luz sobre su posición, cuya indagación no es hoy menos valiosa que la indagación de Isaías y de Jeremías. En los tres el centro lo ocupa la catástrofe, que Isaías concibe en lo esencial de manera elemental, y Jeremías, de manera política. Ezequiel capta las formaciones mágicas que acompañan a la catástrofe y con las que también nosotros nos topamos en estos años, bajo el velo moderno de formas y conceptos técnicos, pues la técnica hace aflorar continuamente a la superficie, como con un ascensor, una cantidad enorme de cosas antiquísimas.

La cuestión es si la pura exhibición de las formaciones técnicas, su presencia y radiación mágicas, no entrañan más amenazas que su actividad cinética. Esta puede destruir grandes zonas; pero junto a la amenaza física hay todavía otra más. La aniquilación del *nomos,* la erradicación del alma, el desencantamiento, dependen menos del lado

de poder de la técnica que de su existencia, de su aparición en sí. Las armas tal vez maten al salvaje, pero no lo corrompen. Se tiene la impresión de que para esa especie de robo es suficiente la pura instalación de los aparatos, la conexión con ellos. Basta un hilo telegráfico para destruir La Meca. A la esfera ejecutiva corresponde el que por ese hilo pueda enviarse un ultimátum, pueda estallar una carga explosiva, pueda confraternizarse con el Profeta.

Por la tarde ha caído lluvia, que me ha venido muy oportuna para hacer trasplantes en el jardín. Cuando hace ese tiempo la planta permanece con sus raíces en su elemento. Va nadando, en cierto modo, de un lugar a otro. A última hora de la tarde la radio ha anunciado que está en plena marcha la expulsión de la población alemana del país de los sudetes. Sin duda hay entre ella millones de inocentes, de los que algún día surgirá un acusador. Ya fue un desacierto del dictado de Versalles el colocar a los sudetes bajo dominio extranjero; ahora ellos deben expiar el que esa medida se haya demostrado absurda. También pagan inocentes por el hecho de que un mal abogado se haya apoderado de su causa justa. Eso lo sabe todo el que conoce a los sudetes y el modo en que han sido oprimidos. También aquí se oye hablar de matanzas crueles. Los fugitivos cuentan detalles que sobrepasan a todo lo que yo he oído en nuestro tiempo, tan abundante en tales horrores desde 1917; no voy a confiarlos al papel, más aún, quisiera borrarlos de mis entrañas. Supongo que la mayoría de los checos ha contemplado esas cosas con un espanto impotente. Es bien sabido, en efecto, que en situaciones lábiles basta una pequeña capa de criminales para poner en escena esos espectáculos bestiales.

La noticia ha llegado por la misma emisora de Londres cuya indignación por las atrocidades cometidas aquí en nuestro país yo he aprobado tantas veces durante los últimos años. ¿Pero qué pensar de la satisfacción que francamente se sentía al comunicar estas nuevas monstruosidades? Mientras la voz del gordo amante de los desayunos suculentos me retorcía el corazón, yo veía la desgracia anónima en las carreteras fronterizas. Me gustaría saber qué es lo que piensan de eso hombres a quienes respeto, como Gide, por ejemplo. El humanitarismo tuerto es más repulsivo que la barbarie.

Kirchhorst, 14 de junio de 1945

Por la tarde hemos enterrado a Hinnerk Wickenberg. Fue atropellado en la peligrosa curva que hay junto a Grosshorst y que se ha cobrado ya tantas víctimas desde la aparición de los automóviles;

la primera, en 1900, durante la carrera París-Berlín.

Todavía la víspera lo vi cortando turba. El anuncio de su muerte tuvo algo de ese carácter clandestino, subterráneo, que es propio de las tierras de pantanos. A poco de que Hinnerk se hubiera marchado en bicicleta, su mujer, nuestra gorda Hanne, oyó ruido en la puerta de la casa. Era un vecino que venía a darle la noticia. Al oír su voz la mujer sospechó enseguida lo peor y gritó:

—*Hinnerk — is he dode?* [Hinnerk — ¿es que ha muerto?]

La respuesta que recibió fue:

—*Ja — bringt die Schuffel mit!* [Sí — ¡tráete la pala!]

El funeral se ha celebrado en el zaguán de la casa, como es aquí costumbre. El ataúd estaba colocado sobre el barro apisonado, rodeado de coronas de clavellinas, flox, jazmín y azucenas de fuego. Todos los *patres* de Kirchhorst, que las familias llaman *use Vadder* [nuestros padres], se habían dado cita allí; llevaban unas levitas largas, a las que el paso de los años ha dado un color verdoso, y unas chisteras en forma de tubo que ya han estado presentes en muchas bodas, en muchos cumpleaños del Káiser y en muchos entierros. Durante el sermón se oían los mugidos de las reses en los establos y los cacareos de las gallinas en el patio. Las golondrinas que hacen sus nidos en las vigas iban y venían por encima del ataúd. Son muchas las personas que han estado ya en semejante sitio, para ser luego sacadas de allí con los pies por delante.

A última hora de la tarde he acudido una vez más a ver a Hanne, que tantas veces había maldecido a su marido cuando este llegaba a casa *scheep,* es decir, *schief* [torcido]. Pero esas son cosas de la vida, que se olvidan. Estamos en verano; Hanne ha dicho:

—Primero no querría una desprenderse del muerto. Pero luego no ve la hora de que se lo lleven.

Kirchhorst, 15 de junio de 1945

Visitantes; proceden de ese enorme ejército de alemanes que ahora va fluyendo por las carreteras, personas expoliadas de su hogar y carentes de noticias acerca de sus familiares más cercanos, los cuales es posible que ya no estén con vida hace tiempo. El hecho de que nos enterásemos de la muerte de Ernstel fue así todavía una suerte para nosotros.

Ayer vino a vernos Martin von Katte y se quedó a pasar la noche. Llegó en bicicleta desde Kufstein, donde se ha disuelto el alto mando de las fuerzas aéreas. Zolchow, el lugar donde su familia ha estado residiendo desde tiempos remotos, ha caído en manos rusas. La madre se encuentra aún allí; se desconoce su suerte. La mujer y los hijos se hallan en casa de un guardabosque en el Harz. Hasta bien entrada la noche estuvimos intercambiando vivencias y recuerdos.

Me contó cosas de su jefe, el general Greim, que durante los últimos días de Hitler fue nombrado sucesor de Göring en su calidad de jefe supremo de las fuerzas aéreas. Para presentarse a Hitler hizo que la aviadora Hanna Reitsch lo llevase en su aeroplano a Berlín, que estaba ya en las últimas. Greim se despidió de Katte con un gesto breve de la mano, como diciendo:

—Alguien tiene que hacerlo.

Hace diez años un conocido suyo había emitido este juicio sobre él:

—Greim es un hombre que medita bastante, siempre le quedará algo a lo que agarrarse.

El aeródromo de Tempelhof estaba ya en manos rusas. De ahí que aterrizasen, bajo un intenso tiroteo, en el Tiergarten; el avión fue alcanzado, y Greim, herido. Se dirigió a la cancillería del Reich, se puso el casco, se presentó a Hitler y volvió a volar hacia el sur, bajo un violento fuego. Luego, cuando llegó el armisticio, se envenenó.

En episodios como ese hácense patentes la grandeza y las limitaciones de la escuela prusiana; ella fue la que todavía proporcionó cohesión y columna vertebral a los enormes ejércitos de la Segunda Guerra Mundial. Ciertamente no es culpa de un buen caballo el depender de su jinete. Pero todo se vuelve absurdo, automático, destructivo, si no hay entre caballo y jinete una relación profunda. Esa relación sí que se daba en el monarca, en su serlo por la gracia de Dios, cosa de la que tanto se mofaban nuestros abuelos y padres liberales. Pero, a fin de cuentas, todo monarca, o lo es por la gracia de Dios, o es un monarca cuestionable.

Hablamos del 20 de julio de 1944 y de Stauffenberg. Cuando se enteró de lo ocurrido, Rommel dijo:

—¿Pero es que no se disponía de un capitán con pistola de reglamento?

El recurso a la bomba se explica porque al coronel Stauffenberg le faltaba una mano y porque su presencia resultaba indispensable en la Bendlerstrasse. Se dijo que planes parecidos los tuvo el conde Arco, que disparó contra Eisner en medio de una muchedumbre de espartaquistas. Igual que los suicidios, los atentados son soluciones aparentes; trasladan el problema a un plano distinto, no a un plano mejor. A alguien que participaba en las reuniones del Gran Cuartel General le oyó Katte un juicio que Hitler pronunció sobre Stauffenberg ya mucho antes del atentado:

—Me siento incómodo cada vez que ese coronel me mira con su único ojo.

Esto confirma lo que yo había oído ya a varias personas: que Hitler poseía en esos asuntos una intuición de sonámbulo.

También hablamos de Börries von Münchhausen. Durante uno de sus viajes oficiales Martin le hizo una visita en Windischleuba, una de sus fincas; Münchhausen tenía setenta años y en aquella finca había muerto poco antes Anna, su esposa. La situación era ya crítica, los fugitivos abarrotaban la casa. Los dos hombres se instalaron en la biblioteca, bebieron borgoña y comieron perdices en conserva, «de la despensa de Anna». También hablaron, y Börries lo hizo con mucha serenidad, de la catástrofe que se avecinaba. El poeta señaló con la mano su «cómoda de la lealtad», un mueble barroco con cuatro cajones. En el de arriba había cartas y felicitaciones del Káiser y de los príncipes de la Federación; en el segundo, escritos similares de los tiempos de la República de Weimar; en el tercero, dedicatorias de Goebbels y de otros jerarcas del Tercer Reich a «su querido barón». El cuarto cajón estaba aún vacío y Münchhausen dijo que sin duda acabaría llenándose. Lo abrió con gesto pensativo y sonrió:

—Llegaré a los noventa.

Luego añadió, levantando el dedo con un gesto astuto:

—Naturalmente, si las cosas no me agradan: inmediatamente me iré adonde está Anna.

Esta anécdota trasciende lo personal, guarda relación con la situación del hombre amigo de las Musas y con su libertad en sí. Las circunstancias políticas lo afectan poco mientras son estables. Cuando los poderes cambian de manera súbita comienzan a devorar también al hombre amigo de las Musas, el cual está de todos modos más solicitado que todos los demás en lo espiritual y casi siempre es más

vulnerable también en lo económico. Lo que un pintor quiere es pintar, lo que un cantante quiere es cantar y no hacer política, tanto más cuanto más haya nacido para la obra, cuanto mayores sean sus dotes. Por otro lado resulta cada vez más difícil escapar a los sablistas. Cuando las cosas pierden toda medida, cuando se vuelven «chinas», una de las posibles salidas del artista que no se sienta llamado ni a ser un bardo ni a ser un mártir consiste en acatar las ceremonias, pero negar la adhesión interior. Se dedicará a cultivar su jardín y hará las reverencias pertinentes. También esto resulta bastante difícil, desde luego, y a veces es imposible. «En los sitios donde todo el mundo ama, no puede ser Carlos el único en odiar» — esta es una de esas máximas que, por desgracia, también rigen a la inversa. Entonces es bueno saber que uno puede «ir adonde está Anna».

Katte es sobrino-biznieto del infortunado amigo de Federico el Grande que fue decapitado en Küstrin. La risa de Katte es sonora; cuando soltaba una carcajada empezaba a vibrar la caja de resonancia de un laúd que está colgado aquí en la pared. Se parece a su lejano antepasado; le sentaría bien una coleta. Su rostro tiene rasgos barrocos, también más antiguos. Cuando en el año 927 Enrique I de Sajonia tomó por asalto la fortaleza de Brennabor, la actual Brandeburgo, ordenó que la caballería atacase cruzando el río Havel, que estaba helado. Quien abrió la marcha fue un caballero sajón que llevaba en su escudo un gato blanco. El rey lo vio y gritó:

—*De Kuder sleit.* [El gato da un zarpazo.]

Una vez que fue tomada la fortaleza, aquel Katte trajo consigo algunos príncipes wendos. Alguien del séquito del rey dijo:

—*Katt fanget bannig swatte Muse.* [El gato caza ratones tremendamente negros.]

Desde entonces el animal heráldico de los Katte lleva un ratón negro en la boca. Yo lo he visto muchas veces en Zolchow, en la entrada de la modesta casa solariega, cuyas tierras lindan con las de Schönhausen, la finca de Bismarck. La nueva migración de pueblos que estamos viviendo vacía ahora también estos asentamientos milenarios.

Vino además el doctor Finkh, cirujano en un hospital militar alemán, y nos trajo saludos de Maggi Grüninger. Por desgracia es de temer que Grüninger, jefe del Estado Mayor de una división cercada por los rusos, cayese en el frente en el mes de enero. Era una de las inteligencias más rápidas que he encontrado, predispuesta de

antemano por su espiritualidad a las temperaturas extremas y a espacios como los de la batalla de cerco. Había estudiado teología y luego, como tantos otros, fue llevado por Nietzsche a un camino diferente. En mi presencia le gustaba autocalificarse de «mauritano». Lo conocí cuando él era ayudante de Speidel.

Me afecta de un modo especial la falta de noticias sobre él y sobre Valentiner, tanto más cuanto que yo tenía a ambos por invulnerables. Esa es sin duda la impresión que despierta en nosotros una fuerza vital impetuosa, bien sea de índole artística, bien sea de índole titánica. Tal vez esa impresión es más acertada de lo que suponemos; los proyectiles no tocan lo invulnerable. En favor de ello habla el hecho de que tanto el uno como el otro se me aparezcan con frecuencia en los sueños.

Con todos estos viajeros de paso llegan rumores confusos, pero cada vez más terribles, sobre la situación en nuestras provincias orientales: deportaciones, violaciones, matanzas, éxodos masivos. Parece que grandes ciudades como Königsberg han sido transformadas en casas mortuorias. Los lobos prosiguen su avance. De qué manera tan extraña contrastan con esto las bellas estampas de reconstrucción que los rusos pintan en sus emisiones radiofónicas. Si uno les hiciera caso pensaría que una nueva primavera está haciendo allí feliz a la población.

Kirchhorst, 18 de junio de 1945

Las costas, el Mediterráneo, estarán espléndidos ahora. Pero si uno no puede viajar lejos es preciso que descubra lo que le cae cerca; por ejemplo, el claro en el Bosque de Lohne. Allí se oye ahora el tamborileo del pito real, y luego su relincho, cuando se desplaza a otro territorio de caza. Entremedias revolotea el cuclillo y voltean las alondras en las tierras desbrozadas, y el águila ratonera se balancea como sobre soledades muy antiguas. Los viejos vieron aquí todavía, en su juventud, la cigüeña negra.

También hoy reinaba en aquel sitio una gran paz. Las preocupaciones quedan allá atrás, muy lejos. Las flores son más fuertes, más reales. Entre los pinos había crecido la hierba y en el suelo húmedo florecían altas orquídeas pálidas, altramuces azules y corazoncillos.

A la vuelta, en un lugar del páramo, he visto cómo una *Ammophila* de gran tamaño arrastraba una oruga hacia su guarida. La

Ammophila no se movía hacia atrás, como escriben los autores, sino que había aferrado a su presa con las mandíbulas y las patas delanteras y corría con ella sobre la arena blanca cual si montase un caballo de madera. El espectáculo tenía los rasgos propios de todos los encuentros entre carnívoros y herbívoros: por un lado el ladrón, sumamente móvil en sus articulaciones, manchado de negro y de rojo encendido, que iba de un lado para otro como una llama, y de otro la víctima, de un verde pálido, paralizada, que se hallaba como una sombra debajo del ladrón.

Una vez más me ha venido a la cabeza, al ver aquello, el pensamiento de por qué, en el primer asesinato entre seres humanos, fue el agricultor quien mató al pastor, y no a la inversa. *Fuit autem Abel pastor ovium et Cain agricola.*

La luna creciente tenía en su borde un halo de color oro pálido, el cual estaba rodeado a su vez por una luminosidad de color ópalo lechoso. Entremedias, cual la membrana de la yema, había un anillo de un marrón como el del ácido pícrico. También la aldea y los campos estaban sumergidos en los colores de la paleta lunar. Para captar la riqueza que ahí dormita sería preciso estar equipado con los ojos de la *Daphnis nerii,* la mariposa de la adelfa. Las blandas alas de ese animal nos hacen entrever un mundo de goces exquisitos, con colores, perfumes, sonidos a que no llega nuestra escala. Los grandes pavones y las catocalas vuelan sobre los macizos de alhelíes, que se humedecen de néctar; el sueño ejerce su dominio sobre el mundo.

Kirchhorst, 19 de junio de 1945

Cuando miramos hacia atrás captamos en nuestra vida sucesos que se parecen a una *coagulación:* la cristalización de ciertas partes bajo una donación de sentido superior. Esto rige ya para la pura biología, por ejemplo embriológicamente, en la combinación de órganos de procedencia y especie distintas para una tarea común. Antes de que el ojo llegue a ver, ¡cuántos estratos ciegos han de colaborar en su construcción!

Y eso rige después biográficamente: como fecundación de ciertos esfuerzos aparentemente perdidos, como cruce de caminos laterales y desviados. No son pocos los que pierden años de su vida en el destierro, en las cárceles, años que luego se convierten en un capital, tras los cambios políticos. Es asombroso cómo sale de las líneas enrevesadas de la vida un dibujo, un dibujo que salta de repente a la vista, como esa imagen que está escondida en los dibujos con sorpresa,

en el instante de su solución.

Pero la coagulación presupone siempre la conquista de un estado superior, una especie de nuevo nacimiento y, a la vez, de sanción. Los millones de alvéolos pulmonares no adquieren sentido hasta que no ha sido cortado el cordón umbilical. Carecían de significado para el embrión; eran un bagaje destinado a un mundo diferente, y ese bagaje fue llevado a ese mundo a la fuerza y con dolores de parto.

Las faltas, los errores, los vicios pueden convertirse en elementos formativos, y pueden hacerlo precisamente cuando han llevado al fracaso, al hundimiento. Es algo bien conocido por muchas confesiones. Pero nuestros ojos no son capaces de captar el plan de ejecución de las obras por el cual se orienta nuestra vida. Nos falta la perspectiva para comprender que las obras y los días de esta son como arcos y pilares que tienden hacia una cúpula. Para ello necesitamos una visión propia del más allá. En efecto, siempre se precisa ayuda en aquellos sitios donde la vida va a dar fruto, de igual modo que en el nacimiento no puede el niño prescindir de la ayuda de la madre.

Kirchhorst, 26 de junio de 1945

Uno de nuestros visitantes ha sido el coronel Schaer, al que no había vuelto a ver desde nuestra despedida en el hotel Majestic. En figuras como la suya se pone de manifiesto la gran cantidad de biografías aventureras que han sido producidas por nuestro siglo. Tenemos material para una gran biblioteca de memorias; esperemos que haya también las plumas para escribirlas.

Schaer es hijo de un pastor protestante de la zona de Hildesheim; una parte de su juventud la pasó aquí, en esta casa parroquial de Kirchhorst. La familia era rigurosamente güelfa; cuando el padre, durante la comida, arrojaba al perro un pedazo de asado y decía: «De parte de Bismarck», el animal enseñaba los dientes y comenzaba a gruñir. El regalo era devorado con alegría tan solo cuando el pastor tranquilizaba al dogo diciéndole: «De parte de nuestra buena reina María».

Schaer era un joven oficial cuando tomó parte en la batalla de Tannenberg. Seeckt lo envió, después de la Primera Guerra Mundial, a largos viajes con misiones especiales. En la guerra civil española mandó un regimiento; cruzó ciudades en cuyas carnicerías colgaban frailes rajados por la mitad. Fue muy popular entre los españoles, que lo llamaban «don Ernesto». Hubo de matar con un estoque en una finca un novillo que le pusieron delante para hacerle un honor.

Cuando Schaer apareció por París había criticado a los mandos después de una ofensiva de su regimiento en el frente del Este, que había fracasado por falta de apoyo. Fue condenado a once meses de arresto por injurias al Partido — si la pena hubiera sido de un año habría comportado automáticamente su degradación. Buscó entonces la protección de Heinrich von Stülpnagel. Yo me encargué de exponer a este la situación en que se encontraba Schaer, y el general dijo:

—Puede quedarse aquí, pero dígale que se abstenga de discursear sobre Hitler.

Cuando el Estado Mayor del comandante en jefe evacuó París, Schaer se presentó a Choltitz, a quien le había sido encomendada la defensa de la ciudad. Uno de los últimos días se le ocurrió, bien a destiempo, la idea de despedirse de una amiga suya que vivía en el Boulevard des Invalides. La *résistence* había ocupado ya los tejados. No pudo, por esa causa, atreverse a salir a la calle y entonces telefoneó a Choltitz, que residía en el hotel Meurice; le dijo que estaba «cercado» y le pidió que le enviara un tanque. Así se hizo y Schaer partió en aquel vehículo, mientras su amiga ponía pies en polvorosa por una puerta trasera.

París cayó mientras él se encontraba realizando una misión que lo mantuvo alejado por poco tiempo de la ciudad. Regresó a Berlín, donde lo detuvieron inmediatamente, ya que después del 20 de julio se había encontrado en la caja fuerte de Stauffenberg una carpeta que contenía anotaciones sobre «la disgregación del ejército llevada a cabo por el Partido». Allí se mencionaba a Schaer como informante. Fue encerrado en la prisión de la Gestapo, la Policía Secreta del Estado, que estaba ya abarrotada de altos jefes militares. Como por milagro le cayeron tres años de cárcel y degradación. Es cierto que aún faltaba la confirmación de la sentencia por Himmler. Comenzaron los fusilamientos en los patios; allí fue abatido también Haushofer. La caída de la ciudad abrió más tarde las cárceles.

Por desgracia parece seguro que también Heinrich von Stülpnagel se cuenta entre los numerosos amigos y conocidos míos que allí fueron fusilados o ahorcados antes del final. Como todo exterminio de una Fronda, también este traerá consigo un nuevo rebajamiento del carácter nacional. Caen los últimos troncos, los últimos linajes antiguos y con ellos se desvanece la consciencia de la libertad primordial, libertad que pertenece a la persona y de la cual vive toda libertad política, toda Constitución. Pronto no se la echará ya ni siquiera de menos.

Kirchhorst, 28 de junio de 1945

Las *Historiettes,* de Tallemant de Réaux, son, desde que las descubrí en 1942, una de mis lecturas constantes; seguramente no hay anecdotista más vigoroso que él. En este libro la nobleza se asemeja todavía a un bosque antiguo, antes de que el absolutismo lo convirtiese en una floresta y antes de que la democracia lo talase, tras lo cual vino finalmente la extirpación de las raíces. Se dice que los rusos destruyen los catastros, arrasan las mansiones de las grandes fincas.

Si Stendhal hubiera conocido esta fuente habría descubierto en ella un material tan abundante como en las crónicas italianas del Renacimiento. La siguiente historia del tomo primero, que he acabado de leer hoy, le habría servido para una novela corta. Describe la perversa maniobra de que se valió el mariscal Créquy para aniquilar a su esposa, a la cual quería encerrar en un convento para quedarse con sus bienes.

El matrimonio no había tenido hijos; el mariscal, por un lado, le reprochaba eso a su desgraciada esposa, y por otro la incitaba, a través de una persona de confianza, a que realizase una suplantación de un hijo. La mariscala se dejó persuadir y encontró también a una campesina que estaba encinta y a la que sedujo la perspectiva de ver convertido de ese modo a su hijo en un gran señor. La suplantación iba a realizarse en la granja de la campesina, a la cual se retiró la mariscala tras simular un embarazo. La persona de confianza debía llevar al niño de una habitación a otra y durante ese trayecto lo estranguló discretamente, siguiendo las órdenes de Créquy. A continuación ocurrió lo que este aguardaba: las dos mujeres se enzarzaron en una pelea y de ese modo le resultó fácil al mariscal, que estaba allí cerca al acecho con unos comisarios, descubrir por sorpresa aquella fechoría.

El grito de guerra de Créquy era: *Créquy, Créquy, le gran baron, nul ne s'y frotte.* Ese grito estaba mal visto entre las mujeres, cosa que Tallemant, que tiene mucho humor, no olvida mencionar.

La frase alemana *Spalier bilden* [formar en hilera] se dice en francés: *se mettre en haye.*

En el jardín han florecido las azucenas reales. Su perfume es más intenso cuando se pone el sol; es un perfume que se encuentra en el centro justo entre lo suave y lo violento. Resulta notable que un

pensamiento tan hermoso como «el alma del perfume» linde con lo absurdo cuando lo defiende un espíritu como el del profesor Jäger. Es el destino de muchas cosas buenas; hay cabezas que son como sirvientas, a las que no se les confiará la vajilla fina. Pero en lo que se refiere a la botánica superior hay también espíritus que son muy cuidadosos, como Fechner.

Kirchhorst, 30 de junio de 1945

Oído la radio a última hora de la tarde. Los rusos están ocupando su nueva zona. Esto significa que se extiende la desgracia impuesta por la fuerza bruta.

Luego me dejó estupefacto un extenso comentario de Radio Londres acerca de mi obra *Sobre los acantilados de mármol.* Primero el locutor dio una interpretación trivial del libro, como si fuera un escrito tendencioso contra Hitler, y después presentó al autor como un exponente, asimismo condenable, de la casta militar. También ese locutor comparte la ignorancia de sus paisanos sobre las cosas que han sucedido en Alemania desde 1918. Sin duda habrá excepciones, desde luego. Los prusianos son uno de los test de inteligencia más fiables.

Dado que me encuentro en el lado de los vencidos, no puedo replicar. El desenlace de la guerra, cualquiera que hubiera sido, no habría producido tampoco un cambio en eso. Es algo que parece formar parte de la buena o la mala estrella de una vida; uno va atravesando una serie de habitaciones que están amuebladas de modo cada vez menos agradable. Por suerte hay todavía jardines, bosques, libros, desiertos. No cabe la menor duda de que a mí me habrían ido mucho mejor las cosas entre los ingleses, entre los franceses, entre casi todos los demás pueblos, y es probable que no hubiera tenido problemas. Pero uno no puede ni quiere escoger su patria. Forma parte del destino, de la tarea.

Encuentro un buen pasaje en Spitteler, cuyo *Prometeo y Epimeteo* estoy leyendo ahora: «Y no había nadie que no se escandalizara de su manera de ser, cada cual desde distinto lado».

Kirchhorst, 1 de julio de 1945

Sobre las drogas y sus peligros. No debería menospreciárselos, pensando que son solo, por ejemplo, viajes de aventuras a reinos mágicos e ilusorios, que luego se pagan con un cierto malestar. La embriaguez siempre se inmiscuye también en la realidad, y no solo porque incite al crimen o porque cause daños al cuerpo. El auténtico

riesgo consiste en que uno abandona el tiempo, el espacio y la lógica, a la manera de los demonios, y luego no vuelve a encontrar la auténtica salida, de modo que pierde siglos, como el monje de Heisterbach. Una noche de opio tiene una extensión infinita.

Se trata de algo que es difícil dar a entender, pues se encuentra allende nuestras rutas habituales y nuestros medios de expresión. Pero yo estoy convencido de que basta una única noche de embriaguez para modificar la constelación de nuestro destino — convencido, por tanto, de que esa noche puede tener repercusiones hasta en las más remotas lejanías. Eso es lo que subyace a los casos de locura que a veces vemos surgir tras un exceso en las drogas: uno ha abandonado el tren de la causalidad y ya no encuentra ningún enlace. Quién sabe en qué estación perdida del Universo se ha quedado uno.

Por otro lado puede regresarse a una realidad en la que entretanto han ocurrido cosas incontroladas. Mientras dura la enorme orgía de Dimitri Karamázov, fuera sigue su curso la fatalidad. La contrapartida de esa orgía es la terrible noche febril que pasa su hermano Iván. La culpa se vuelve tan compacta que frente a eso resulta secundario el que en el mundo empírico se llegue o no se llegue al asesinato del padre. La embriaguez nos saca de la zona de la responsabilidad personal y nos lleva a unos estratos más profundos, más generales, a entrelazamientos de culpa. De ahí que sea un rasgo significativo de Dostoievski el que en esa novela no clarifique hasta lo último la cuestión de la culpa. La controversia se desarrolla en el proscenio.

También casi todos los relatos de E.A. Poe tratan ese mismo asunto, el viraje hacia la culpa que hay en lo inconsciente.

Por la tarde he estado en el pantano con el joven Haustein. La visión de un caracol negro que se arrastraba por el camino nos ha llevado a mantener una conversación sobre la forma de eliminar las verrugas: se frota la excrecencia con uno de esos animales y luego se lo cuelga de un hilo a un canalón. Durante el frote es menester recitar una determinada fórmula. Le pedí a mi acompañante el texto, pero dijo que lo había olvidado y que se lo preguntase a su mujer. Por ello adiviné que se trataba de una de esas fórmulas que solo causan efecto si son transmitidas por el sexo opuesto: del hombre a la mujer y a la inversa.

Luego tropezamos, en lo espeso del bosque, con el nido de un águila ratonera; subí hasta donde se hallaba y encontré en él cuatro crías que estaban atadas la una a la otra con un hilo imposible de

desenredar. Artes de un pajarero perverso.

A la vuelta me he enterado, con gran alegría, de que ha llegado la primera noticia relacionada con nuestro círculo familiar. Mi hermano Physicus está prisionero en Holstein; lo ha escrito en una carta que el conductor de un camión ha arrojado al pasar junto a nuestra casa.

Kirchhorst, 2 de julio de 1945

La suerte de los jóvenes pájaros me tuvo ocupado toda la noche; para liberarlos he ido al bosque del pantano con Alexander, bajo la lluvia. El trabajo en lo alto del árbol ha resultado difícil; la nidada, todavía medio lanosa, llamaba a su madre con gritos como de gato y me aferraba la mano con sus pequeñas garras mientras yo cortaba los alambres con la tenaza. Aquellas crías, animadas ya de ese orgullo implacable que prefiere la muerte al contacto, aun al de la mano que viene a prestar ayuda, mantenían completamente abiertos los picos azules, orlados de una membrana amarilla como de cera, y encorvaban las lenguas, tal como se ve en los escudos de armas.

Kirchhorst, 7 de julio de 1945

Acabado de leer el Libro de Judit. En su canto de triunfo ensalza Judit la victoria de la belleza sobre la fuerza bruta. Es un tema eterno.

«No ha sido un hombre ni un guerrero quien lo ha matado, no ha sido un gigante quien lo ha atacado, sino que ha sido Judit, la hija de Merarí, quien lo ha derribado con su belleza.»

Judit vivió ciento cinco años. «Y mientras ella vivió, y aún mucho después, nadie se atrevió a atacar a Israel.» Es el signo de una acción espiritual para la cual la belleza y el esplendor de la juventud fueron simplemente un arma. En su vejez habría obtenido Judit los mismos resultados con otros medios; por ejemplo, con la virtud mágica.

Empezado la lectura del Libro de la Sabiduría de Salomón. Los primeros capítulos ofrecen unas visiones grandiosas. La Muerte es la poderosa lavadora de oro junto a la corriente de la Vida, la última examinadora de aquello que en nosotros es auténtico, indivisible. Al leer esas cosas me he acordado de la conversación que mantuve con Heinrich von Stülpnagel sobre este mismo asunto durante una de las veladas pasadas en el castillo de Vaux.

Acabado de leer también: *Prometeo y Epimeteo,* de Spitteler, obra

que tanto por su asunto como por su lenguaje sobrepasa con su estatura atlética a la literatura de 1900 y que brotó de la herencia todavía indivisa de la lengua. De sus peculiaridades estilísticas me llama la atención un genitivo no justificado: *Sie entgegnete leidenschaftlichens Errötens* [ella replicó de un sonrojo apasionado], o: *Mächtigens Schrittes zog er davon* [de paso firme se fue él de allí]. Cuando en nuestro idioma parece deseable tal concisión, la única manera de tender a ella es usar participios.

He colocado en el jardín rodrigones para las alubias. Los sarmientos de las alubias, dotados de un sentido del tacto sumamente fino, giran hacia la izquierda en busca del soporte y no raras veces tropiezan, al hacerlo, con otros sarmientos que buscan lo mismo; entonces se enredan y permanecen así entrelazados en el polvo. Pero si uno de ellos se ha sujetado ya al rodrigón, ayuda también a todos los demás vecinos, pues está encontrada la guía. Enseñanza práctica.

El mencionado espectáculo me ha llevado a meditar sobre esa clase de experimentos que acaban degradando la vida a una rama de la mecánica. La imitación de formas vivas, tal como lo hace, por ejemplo, mi maestro Bütschli en su trabajo sobre las espumas, delata un deseo secreto. Un investigador como ese comienza poniendo debajo de una gallina todas las clases posibles de huevos y observa que el animal cuida de esas crías falsas con el mismo amor que de las auténticas. Luego le desliza debajo pollitos disecados e incluso trozos de madera, y observa siempre el mismo cariño. Todo eso para demostrar que lo que ahí rige es un sistema de estímulos y respuestas reflejas. Eso conduce a una fórmula universal.

Es cierto que podemos introducir todo en la Naturaleza y sacar de ella todo, pues es inagotable y tiene preparada una respuesta para cada pregunta. La gallina es más lista que el investigador: hasta los errores más absurdos son un testimonio de la Gran Madre y de su poder amatorio.

El conocimiento de la Naturaleza es autoconocimiento de rango superior; vemos a los espíritus tallar con diligencia espejos brillantes en los que se desvela su propia imagen. Lo que siempre resulta asombroso es la mucha sutileza que se emplea para demostrar que el mundo es una extravagancia huera. Lo único que se defiende con tanto celo es la propia causa.

Kirchhorst, 13 de julio de 1945

Ya están poniéndose rojas las serbas. He comenzado la lectura del Libro de Jesús Ben Sirá o Eclesiástico, uno de los maestros de la peregrinación aquí abajo. El Libro de la Sabiduría de Salomón señala a la conducta humana como meta la muerte, el más allá y el juicio, en cambio lo que el Libro de Jesús Ben Sirá delimita es el sendero sobre el suelo terrenal.

Continuado la lectura de las *Historiettes,* de Tallemant de Réaux. En la dedicada al marqués de Rambouillet se caracteriza con un buen rasgo a un cortesano que lo que quería evitar sobre todo era el comprometerse: cuando alguien le preguntaba la hora, sacaba el reloj, sin responder, y señalaba con el dedo la esfera.

Por la tarde ha venido Rosenkranz, con el que he ido luego a Burgdorf. A la vuelta hemos hecho un alto en el bosquecillo de Beinhorn, para herborizar un poco, y allí me ha enseñado el juego de la Naturaleza a que debe su nombre el helecho común, que en alemán se llama *Adlerfarn* [helecho de águila]. Cuando se la corta con una navaja bien afilada, la raíz muestra, en efecto, en su médula una silueta que se asemeja a la doble águila del escudo de la Casa de Austria.

Al llegar a casa nos hemos encontrado en el jardín a Hugo Körtzinger, amigo y albacea de Barlach. Me ha sugerido que participe en la publicación del legado de ese artista, pero yo sé bien que no tengo vocación para esas cosas. Körtzinger ha dicho que, además de obras escultóricas aún no conocidas, quedan de él unos diarios muy

extensos y una novela cuyo manuscrito está enterrado.

Me ha conmovido un dibujo que retiene los rasgos de Barlach acostado en su lecho de muerte, y me ha conmovido por el sufrimiento nada común que allí se ve y cuyas huellas han quedado en el rostro apagado. El calvario sufrido por Barlach no fue corriente, pues su modo de ser se oponía como casi ningún otro a los principios que rigen en este tiempo. Una naturaleza profundamente telúrica como la suya, expuesta al dominio de unos espíritus superficialmente solares y racionales, se asemeja a una planta que, arrancada a la oscura riqueza del mundo del humus, languidece penosamente a una luz violenta. Ese secarse y consumirse se expresa con una fidelidad terrible en la mascarilla mortuoria. A las manos, en las que están vivas la madera y la tierra, se les brinda cristal y hierro.

De Körtzinger he recibido una noticia que me ha afligido profundamente, a saber: que sus compatriotas han asesinado a Maillol, el cual estimaba mucho a Barlach. Uno de los pensamientos que para mí daban luminosidad a nuestro tiempo era también el de que se hallara entre nosotros aquel viejo y bondadoso maestro, contento, en su montañosa soledad meridional, con un pedazo de pan y un trago de vino, entre mármoles y rosas, y dedicado a trazar medidas justas, como un dios arcaico. Al asesinar a Maillol han asesinado, ha dicho Körtzinger, al último griego que quedaba entre nosotros. Uno oye cosas tristes también de allá, de Francia. Ya he recibido, por intermedio de prisioneros, las primeras cartas de París.

Kirchhorst, 15 de julio de 1945

Pleno verano — los dos últimos días han sido terriblemente calurosos. Se ve cómo van desarrollándose las plantas, y no solo de día, sino también en las pegajosas noches de bochorno. Hoy, en la mañana de este domingo, he podado los brotes de las tomateras que habían nacido de los ojos secundarios y he determinado, en mi calidad de jardinero, cuál es la línea legítima. Cuando vemos caer de esa manera el follaje, la idea del acto beneficioso prepondera en nosotros sobre la del dolor: pues vemos cómo la planta subsiste en cuanto totalidad. Así conservaríamos también sin duda nuestra serenidad si pudiésemos contemplar, en jardines que nos están cerrados, la obra de la Mano que poda personas y pueblos.

Nos sonreímos de los sueños de nuestros años infantiles, en los cuales queríamos llegar a ser maquinistas de tren, y nos sonreímos también, a cada decenio que pasa, de los castillos encantados que la fantasía ha construido engañosamente para nosotros en el decenio

precedente. El curso de la vida va precedido de sueños de felicidad que son como espejismos en el polvo del desierto. Esos sueños se desprenden luego de nosotros como hojas en el cambio de las estaciones. Ningún tesoro que pueda ser ideado por nuestro espíritu nos basta. Eso quiere decir que somos ricos más allá de todo lo imaginable. Solo que hemos de aguardar pacientemente esos frutos que son sugeridos por las flores multicolores y fugaces que son los sueños.

En los sitios donde no coopera en nuestro favor una razón superior pasamos de largo, víctimas de la apariencia, junto a las mejores cosas. De ahí que también la lámpara de Aladino y el anillo de Chawdar el pescador se convertirían para nosotros necesariamente en una fatalidad en tanto en cuanto nos apartasen de nuestras realizaciones supremas — en que nos convirtiesen en realizadores de índole subalterna. Esas cosas nos empujan a los grandes números y a las ganancias espaciales. Eso rige para la magia en su conjunto, rige para el poder y para los tesoros en general.

Por la tarde he estado en el pantano con el joven Haustein para ver si ya se habían secado las briquetas de turba. Me he enterado en esta ocasión del nombre que da el pueblo a los bejines;[8]recuerda en lo lingüístico el colorido de Brueghel el Viejo. En general el estilo campesino toma sus referencias sobre todo del ganado y del campo, como en los asentamientos humanos primitivos: el viejo Haustein quiere volver a engordar él mismo su cerdo, no quiere que cuide de él la gente joven. No desea «ser alimentado a través de la *Hille*», como él mismo dice. La *Hille* es la reja a través de la cual se le echa el forraje al ganado.

Kirchhorst, 18 de julio de 1945

Uno de los modernismos desagradables en alemán es: *Ich spreche ihn* [lo hablo]. El uso transitivo del verbo *sprechen* [hablar] lo mecaniza; es un giro que implica una falta de respeto. ¿Puede decirse: «Ayer hablé a Goethe», y ni siquiera: «He hablado a mi jefe»? La gente es consciente de esa inconveniencia; cabe deducirlo de que evita decir: «Fulano o Mengano me ha hablado». En este caso ni siquiera los espíritus ahorrativos tienen miedo a usar la partícula *mit* [con]: «Él ha hablado conmigo». Es este uno de esos giros que han aparecido con el incremento del mundo de los autómatas, probablemente a causa del uso del teléfono.

Kirchhorst, 19 de julio de 1945

La espada de Damocles de estos años tiene la propiedad de amenazar con formas siempre cambiantes. Así, estas semanas hemos estado aguardando cada día que nos requisasen la casa en que vivimos; sin embargo, las tropas que iban a trasladarse aquí han encontrado en Bissendorf un alojamiento mejor. Tiene, pues, sus lados buenos el hecho de que la multitud de fugitivos que aquí hemos albergado estropease el cuarto de baño y otras instalaciones similares.

En los casos de requisa de la vivienda a uno lo ponen en un santiamén en la calle, con la mujer y los niños, y cuando regresa más tarde a su hogar son pocas las cosas que encuentra, por lo que cuentan cien veces los afectados. Parece que esa modalidad de gran saqueo se halla prevista oficialmente, pues está expresamente prohibido que uno se lleve nada cuando abandona la casa. La capitulación incondicional ha dejado en suspenso también los acuerdos de La Haya sobre la guerra terrestre. Esos acuerdos son ya cosa del pasado.

Las carreteras siguen estando abarrotadas de gente — en el sur las llenan los centenares de miles que son expulsados del país de los sudetes, y aquí en nuestra tierra, los campesinos y propietarios agrícolas de las provincias orientales, que han sido echados de sus tierras de la noche a la mañana. Se los ve pasar en carricoches que llevan una cobertura no de lona, sino de alfombras. Otros, que han sido saqueados en el camino, llegan a pie.

Necesariamente va reduciéndose la cantidad de libertad, quiero decir: de libertad en el mundo. Solo los tuertos, en efecto, pueden considerar esas comitivas como casos aislados o, no digamos, alegrarse de ellas. Esos fenómenos operan en muchas direcciones.

La única libertad que hoy tiene vigencia es la que uno lleva consigo, y lo mismo se diga de la propiedad. En su núcleo la libertad y la propiedad son idénticas; es una ecuación primordial. La libertad que viene dada por la posesión no es más que una realización floja.

Kirchhorst, 21 de julio de 1945

Capitulación incondicional. Es la contrapartida de la guerra total; los esfuerzos llevados al extremo van seguidos de una inactividad completa. Clausewitz no llegó a conocer esta situación. Es cierto que su «guerra absoluta» persigue el propósito de imponer por la fuerza la propia voluntad al adversario; pero la guerra «real» modera ese propósito, el cual desemboca de nuevo en los cálculos políticos, en los tratados. Quien hace la guerra, dice Clausewitz, no son dos poderes que se destruyen el uno al otro, sino que es la «tensión de dos

elementos separados», tensión que se descarga en una serie de golpes. La Revolución francesa acercó, ciertamente, la guerra real a la guerra absoluta, borró las fronteras entre la política y la estrategia. El «desconsiderado Bonaparte» prolongó sin pausa ese movimiento. «Pero también llegaron sin pausa los reveses.» El capítulo del libro de Clausewitz dedicado a «la entrega de armas al pueblo» merece ser leído todavía. Trata eso como un mal necesario, como un estado de anarquía legalizado, que precisa de muchas cautelas; y queda la duda de si Clausewitz piensa que es más grande la necesidad o el daño. Según él, la entrega de armas al pueblo solo resulta efectiva en el interior del país. Es algo que implica el peligro de que la estrategia se desfleque «como una nube».

Es evidente que la guerra en Rusia y en España causó en Clausewitz una impresión más fuerte que el cañoneo de Valmy. En todas partes encontramos la profunda desconfianza con que los prusianos entran en el siglo XIX. Clausewitz plantea la cuestión de si cabrá restaurar —y él se inclina evidentemente por ello— el muro de separación entre la guerra real, a la que califica de «cosa a medias», y la guerra absoluta. En la guerra real domina la pasión; en la absoluta, la razón. El espíritu absoluto no debería perder nunca el control sobre la guerra real; tiene que interrumpirla cuando se corre el riesgo de que desemboque en una situación sin salida. La violencia física es un medio que tiene un fin, no es un fin que tiene unos medios. La guerra es a un tiempo hostilidad, terreno de juego y medios; en cuanto es lo primero la hace el pueblo, en cuanto es lo segundo la hacen el ejército y el mando supremo, en cuanto es lo tercero la hace el gobierno. Estas son las opiniones de un artista de la guerra, de un director de la Escuela de Guerra.

Clausewitz participó en la guerra de 1813 como oficial del Estado Mayor ruso. Pese a ello a mí me llenó de estupor encontrar su libro en las bibliotecas populares rusas. Vivió todavía enteramente en el Estado de clases, estuvo más cerca de Kant que de Hegel y, aunque trabajó con Scharnhorst, estuvo más próximo a las guerras de gabinete que a las populares. Su guerra tiene una dinámica controlada y posee todavía mucha arquitectura. Le gustan las imágenes arquitectónicas, sigue empleando expresiones como «teatro de la guerra»; el general en jefe se alza como un obelisco en el centro del paisaje, todas las grandes avenidas confluyen en él.

El curso de nuestras guerras no concuerda ya con la teoría de Clausewitz. En este la guerra tiene su culminación en la batalla decisiva, para debilitarse posteriormente: el espíritu experimenta la resistencia de la materia. Hoy todo el peso recae en el final; los

esfuerzos llegan a ser gigantescos. Esto permite deducir tanto que ha disminuido la participación del espíritu en el proceso y ha aumentado la de la voluntad, como asimismo que pasan al primer plano las fuerzas elementales. También el ímpetu de un alud se hace más fuerte al ir creciendo, y un gran incendio consume hasta los cimientos.

El espíritu conservador quiere conservar, conservar también en el adversario; es algo que está en su naturaleza. En este aspecto Bismarck fue ya un inmoralista, si se lo compara, por ejemplo, con Federico I de Prusia y con Harry Arnim. Para Clausewitz la capitulación incondicional habría tenido sentido a lo sumo en la guerra de fortalezas, y aun en ella solo con restricciones. Clausewitz habría aceptado también la batalla decisiva, como todavía lo hizo Ludendorff al recomendar al gobierno que iniciase negociaciones después de que los esfuerzos alcanzaran su punto culminante en 1918. Hoy todas esas cosas son alta traición; y lo único que Rommel osó en este aspecto fue hacer veladas insinuaciones, cuando cabía ya prever el resultado de la invasión de 1944 y, con ello, el desenlace de la guerra. Los Estados se han convertido en fortalezas y el carácter de la batalla decisiva se amplía a toda la extensión y a toda la duración de las operaciones bélicas. Se empuja a la guerra a la cinta sin fin y en esta pierde su carácter operativo y adopta su forma más trivial, la de la guerra de desgaste, sin cuarteles de invierno y con largas partidas finales, cuyo resultado se prevé, pero no se saca. Clausewitz temió tales cosas, aunque en su tiempo no se conocía aún ni el telégrafo eléctrico ni el ferrocarril. En el capítulo titulado «Sobre el carácter de la guerra actual» asegura que «no cabe conquistar un imperio de grandes dimensiones (cosa que desde luego podría haberse sabido)». En ese capítulo prevé también el peligro de que las operaciones se congelen:

«Es fácil comprender que las guerras que se libran con todo el peso de las fuerzas nacionales de ambas partes han de organizarse de acuerdo con principios diferentes que aquellas otras en las que todo se calculaba por la relación mutua de los ejércitos permanentes. Estos se asemejaban por lo demás a las flotas, las fuerzas terrestres se asemejaban a las fuerzas navales en su relación con el resto del Estado, y de ahí que el arte de la guerra en tierra tuviera en sí algo de la táctica naval; eso es algo que ahora se ha perdido completamente».

Clausewitz trata de exponer el modo en que el genio de la guerra «absoluta» ha de adaptarse a la guerra «real», la cual, después de 1789, se libra entre Estados en los que, bien *de facto,* o bien idealmente, son los ciudadanos los que deciden. En el modo como se libran las guerras entre trabajadores habría visto seguramente Clausewitz nada más que una utopía bárbara, aunque él poseía ya, lo

mismo que Tocqueville, una noción del sustrato necesario, el gran espacio.

«Mi ambición ha sido escribir un libro que no quede olvidado al cabo de dos o tres años.» Eso se ha conseguido. Desde su aparición se consulta ininterrumpidamente su obra para estudiar el «factor matemático» que se esconde tras la mera realidad de la guerra y de sus azares. También hoy proporciona Clausewitz buenas enseñanzas incluso con respecto a cosas que no se encuentran en él. Se siente la reducción. A la vez, al perderse las formas la situación se vuelve más unívoca. El destino se hace más fuerte; la libertad disminuye.

Kirchhorst, 24 de julio de 1945

Nunca dejarán de ser un consuelo los libros, cual naves ligeras y fiables para realizar viajes por el tiempo y por el espacio y más allá.

Mientras se tenga un libro a mano y ocio para leer, ninguna situación podrá ser desesperada, carecer completamente de libertad. En el Bosquecillo 125 estábamos rodeados a derecha y a izquierda por neozelandeses, caían lluvias torrenciales sobre los agujeros en que nos encontrábamos y en ellos concentraban su fuego tanto nuestra propia artillería como la artillería inglesa. Yo estaba tendido en un enrejado de madera colocado encima del suelo encharcado, y por arriba me protegía un simple techo de chapa ondulada. Pero al mismo tiempo me encontraba en el Berlín de los años setenta del siglo pasado, pues leía *Irrungen, Wirrungen* [Desvaríos, enredos], de Fontane. Paréceme incluso que tengo un recuerdo más vivo de los pormenores de la novela que de las incomodidades sufridas en aquella posición. Es un indicio de la libertad espiritual que puede ser transmitida por la obra de arte. De ello hay que estarle agradecido al autor. Nos hace el regalo de un consuelo inestimable.

Hoy he acabado de leer el tomo segundo de las *Historiettes,* de Tallemant de Réaux. Como si fuera un telescopio, la lectura nos acerca el pasado en sus rasgos vitales. El polvo de los sepulcros, de los panteones familiares, vuelve a salir de su sueño, se reviste de una vida que se hace presente.

Tallemant nos proporciona una idea del siglo XVII y nos la proporciona de manera directa, como si nos sumergiésemos en un baño que nos rejuveneciese. De modo parecido acerca a nosotros la *Crónica de la familia Zimmern* los siglos XV y XVI, y es extraño que estas dos inestimables obras fueran descubiertas en los desvanes de viejos castillos. Saint-Simon nos proporciona el enlace con el siglo

XVIII. Puede seguirse la historia del mundo por una galería de libros de memorias que le hace compañía, de igual modo que en Versalles la serie de las habitaciones privadas hace compañía a la Galería de los Espejos.

Kirchhorst, 29 de julio de 1945

El ininterrumpido hervidero de gente que se agita en las carreteras trae consigo muchos visitantes. Uno de ellos ha sido Schmitz, el fabricante de aviones, que ahora se dedica a cultivar tomates y flores en Neuwarmbüchen. Poco a poco van haciéndose más visibles los cazas a reacción, los cohetes de largo alcance y otros medios de aniquilación de los que hasta ahora solo se hablaba en voz baja.

También ha venido el coronel Schaer; con él he vuelto a repasar los días de París, que acabaron hace ahora un año. Asimismo van aclarándose poco a poco bastantes cosas de las que allí ocurrieron. El SD, el Servicio de Seguridad, espiaba nuestras conversaciones en el hotel Raphaël mediante un camarero francés que gozaba de simpatías generales y del que nadie sospechaba que entendiese una sola palabra de alemán. Aquel hombre había caído en una ocasión en las redes del SD y hubo de comprar su rescate haciendo de espía y contando en la Avenue Foch las cosas que había oído al servirnos a la mesa.

Al enterarme de ello he sentido lo mismo que siente alguien a quien le operan de cataratas. ¿De qué sirvieron, pues, las medidas de precaución, el contraespionaje interno del hotel, con su dispositivo tan refinado? Parece que nuestra capacidad de percepción tiene puntos ciegos: pasamos por alto precisamente lo burdo, lo evidente, lo que nos resulta familiar por haberlo leído en todas las novelas de detectives y de espías. A aquel camarero francés yo lo veía cada día, sin abrigar la menor sospecha, y le regalaba a menudo cigarrillos para su esposa, que era una gran fumadora. Los policías trabajan con trucos que son siempre los mismos, igual que hacen los pajareros para cazar tordos y los pescadores de caña para pescar peces. Se aplican a ello con parecida pasión. Y siempre con éxito.

Lo que me llama la atención en encuentros como este de hoy con Schaer es el modo como las vivencias van adquiriendo perfil a medida que se repite su relato. Las circunstancias insignificantes se esfuman en favor de los rasgos destacados, del punto culminante de la anécdota. Los elementos dramáticos sobresalen con más fuerza. También la historia se enriquece con los dos grandes medios auxiliares del escritor: la acentuación y la eliminación.

Supongo que nueve de cada diez de los dichos geniales y de las réplicas ingeniosas que conocemos por la historia han sido inventados o al menos aguzados posteriormente, como esas frases brillantes que se nos ocurren cuando, acabada la reunión en que hemos hecho un mal papel, bajamos pensativos las escaleras. Eso acrecienta la fidelidad histórica, que no hay que confundir con la fidelidad del fotógrafo.

Kirchhorst, 30 de julio de 1945

Aunque las noticias que se filtran del Este se contradicen en muchos puntos, ninguna de ellas es buena, y uno tiene la certeza de que allí la gente está sufriendo un verdadero calvario, uno de los más terribles calvarios conocidos. En especial parece ser que las violaciones se ejecutan en público y a la vista de todo el mundo, como uno de los medios destinados a quebrantar en su núcleo la voluntad de los desarmados.

Un fugitivo me ha contado que en una oficina de Berlín fueron forzadas de la manera más brutal dos jóvenes mecanógrafas. Se informó de ello al comandante ruso y este envió un médico militar para que viese a las muchachas, que estaban tendidas en el suelo. El resultado de su reconocimiento lo resumió el médico en estas palabras:

—No le den tanta importancia a eso.

Lo espantoso de este juicio estriba en que lo único que él es capaz de ver en un ultraje tan monstruoso es el detalle anatómico.

También me han hablado de un clérigo de Pomerania que perdió de esa misma manera a su esposa. Estaba velándola junto al féretro a la luz de una vela. Entró un soldado y dijo apesadumbrado:

—Oh, mujer *kaputt*.

Se llevó la vela y dejó al marido a oscuras.

Cuando uno oye estas cosas tiene que hacer un gran esfuerzo para contenerse.

Kirchhorst, 31 de julio de 1945

Empiezan a brillar las manzanas entre las hojas, las ciruelas claudias están poniéndose amarillas, ábrense los primeros áster azules.

Hoy he acabado la transcripción de mi viaje al Brasil y me propongo pasar al estudio de la relación entre el lenguaje y el cuerpo.

Lenguaje y anatomía. Este asunto conduce enseguida a la antítesis entre el espíritu y la materia y al combate que libran en el campo del lenguaje. En el fondo ese combate está detrás de todas nuestras grandes controversias — da igual que se trate del nacionalismo, del realismo, del significado de la Última Cena, de la teoría de los colores o del capitán Dreyfus.

Junto a eso también la luz y la música llegan a un ajuste en el lenguaje. La gramática tiene un carácter lumínico, posee una relación con la lógica, con la simetría, y eso es algo que se hace visible arquitectónicamente en todo manual que trate la flexión de las formas. Contra eso actúa ininterrumpidamente una sucesión ambigua, un elemento que introduce entrelazamientos, veladuras. Palabras sometidas a la misma intervención gramatical no modifican su sentido de la misma manera. Siempre queda una dispersión de índole no calculable. En esa medida también la lógica y la historia chocan en el lenguaje; el tiempo modifica la construcción rígida. Para demostrármelo gráficamente he preparado una serie de tablas comparativas como la siguiente, por ejemplo:

weiss [blanco] *weissen* [blanquear]

schwarz [negro] *schwärzen, anschwärzen*

[ennegrecer, denigrar]

rot [rojo] *röten, erröten*

[teñir de rojo, sonrojarse]

gelb [amarillo] *gilben, vergilben*

[teñir de amarillo, amarillecer]

blau [azul] *blauen, bläuen, verbleuen*

[azular, azulear, amoratar]

grün [verde] *grünen, ergrünen, vergrünen*

[verdear, verdecer, enverdecer]

braun [marrón] *bräunen, brünieren*

[marronear, pavonar]

grau [gris] *grauen, ergrauen*

[agrisar, grisear]

Se diría que los verbos relacionados con los adjetivos designan la actividad de teñir algo con el correspondiente color. Pero eso ocurre solo en pocos casos. En otros el significado queda limitado, y en los más hay una cristalización de una multitud de peculiaridades que se basan en la experiencia sensible y en la convención y que de ninguna manera pueden ser objeto de cálculo. ¿Cómo es que, en alemán, el trigo puede «amarillear» *[gilben],* pero no puede hacerlo la ciruela claudia? ¿Cómo es que puede azulearse *[bläuen]* el acero, la ropa y el azúcar, pero materias enteramente semejantes solo pueden ser «coloreadas de azul» *[blaufärben]?* Cuando el pergamino «amarillece» *[vergilbt]* entra dentro del color azul, pero, en cambio, un follaje que «enverdece» *[vergrünt]* sale fuera del verde. Es posible «denigrar» *[anschwärzen]* ciertamente a cualquiera, pero no «emblanquecerlo» *[anweissen],* sino que es menester decir «blanquearlo» *[weisswaschen],* si quiere expresarse lo análogo. El extranjerismo *brünieren* [pavonar] ha podido introducirse en alemán únicamente en el terreno de la metalurgia. Nada de eso es lógico ni puede averiguarse mediante reglas; y, sin embargo, no es arbitrario.

La relación entre la regla y la excepción permite inferir la existencia, tanto en el lenguaje como en el mundo animal y vegetal, de reglas que van cambiando en el espacio y en el tiempo. «La palabra» es metagramatical, lo mismo que «el género» es metafísico. La creación y el origen muestran su poder ilimitado.

Kirchhorst, 2 de agosto de 1945

He empezado por un estudio sobre «la derecha y la izquierda». La simetría del lenguaje se diferencia de la simetría de la lógica como la simetría orgánica se diferencia de la simetría matemática.

Al mediodía hemos tenido a almorzar con nosotros a la señora Kaul, una amiga de juventud de Perpetua. Ha huido de Viena; su marido era director de una gran empresa y cayó en el frente el año pasado. Tenía el grado de teniente.

Entre otras cosas ha contado la historia de un jefe de taller, antiguo comunista, que, cuando todo el mundo empezó a huir al acercarse los rusos, decidió quedarse, pues pensaba que, por un lado, eran muy exagerados los rumores que corrían, y, por otro, que él en particular «no estaba inculpado».

Pero cuando quedaron vacías todas las casas se apoderó de aquel hombre un sentimiento de inseguridad y emprendió el camino con los suyos. Los rusos los alcanzaron inmediatamente antes de que llegasen a la frontera de la zona norteamericana. Seis rusos violaron ante los ojos de toda la familia a su pequeña hija de doce años. Por la noche la muchacha se suicidó cortándose las venas de la muñeca.

Kirchhorst, 5 de agosto de 1945

Continuado la lectura de la Biblia. Evangelio de San Mateo, 12, 32: «Y quien dijere palabra contra el Hijo del Hombre, se le perdonará; mas quien la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero».

Este versículo es uno de mis pasajes predilectos, pues separa con mucha claridad los rangos de la fe y otorga una gran libertad al ser humano.

Para que a este le resulte comprensible la palabra —la palabra en su sustancia suprema, como Espíritu Santo—, ella ha de transformarse en carne, en lenguaje, en sonido y sonoridad terrenales. En esa condición la palabra se vuelve dogmática, y es disculpable que vacile la concepción que se tiene de ella. Pero es preciso que en la carne, en la parábola, en la traducción *vislumbremos* el texto original, el cual es inaudible, invisible, indescifrable. A él es al que tiene que estar apuntada la aguja magnética en todas nuestras correrías y viajes por el mundo físico y por el mundo moral; y quien aquí se desvía no es solo que vaya a perderse, es que ya está perdido.

También la entera literatura, incluida la atea, se halla sujeta a esa ley.

Por la tarde en el Bosque de Lohne, donde he encontrado rincones nuevos, como si hubiesen brotado allí en el entretanto; entre esos rincones nuevos estaba un grupo de charcos de carpas, abandonados y secos en medio de los árboles. En el fondo de los hoyos habían crecido cañas, mientras que en sus paredes brillaban umbelíferas, y damas de noche se enredaban con sus flores violeta y sus bayas rojas en los

matorrales. Era notable el contraste entre el fondo húmedo, con sus cañas, y el seco bosque de pinos que lo rodeaba y en cuya madera martilleaba el pájaro carpintero. Luego venía un calvero con hierbas suaves y frambuesos; en su centro el embudo abierto por una bomba era como una cicatriz en la blanca arena del páramo. Ya verdeaban las cañas desde la profundidad del embudo y las ranas se agitaban en el agua del fondo.

Prodigiosamente consoladoras son esas caminatas que nos sacan de los acontecimientos y su superficie y nos llevan a la profundidad, a la espesura, con su esplendor animado, salvífico. Ahí es donde está la tierra natal, el país indestructible. Una vez más he vuelto a pensar que no vemos las imágenes por azar; están coordinadas con nuestra situación anímica.

Kirchhorst, 7 de agosto de 1945

He estado en la ciudad; era la primera vez que iba desde la ocupación. Aun no se construía, apenas se hacían reparaciones; el único esfuerzo digno de mención lo he observado en la gran cárcel de la Alte Celler Heerstrasse. Si se considera a las casas como jaulas, entonces las cárceles son, ciertamente, casas *par excellence.*

He hecho una visita a los pisos en que viví en otro tiempo, o, mejor dicho, a sus ruinas. En la Seilerstrasse, adonde me llevan mis primeros recuerdos, estaban dinamitando los escombros. Cuando en otros tiempos yo miraba allí por las estrechas ventanas, ni siquiera pensaba nadie todavía en los aviones.

Los lazos que nos unían a la Edad Media han quedado ahora cortados — no me refiero a la arquitectura, sino que estoy pensando en la cadena ininterrumpida de generaciones que han ido sucediéndose en esas casas de paredes entramadas, tejados góticos y vigas con inscripciones en letras doradas.

Desde la Calenberger Strasse eché una mirada a la Klickmühle; un inmóvil friso de ruinas orlaba el agua, que allí se extendía en forma de lago. Su superficie parecía un viejo cristal verde fundido; estaba rodeada de sagitarias y azucenas. Entre los escombros estaba sentado un pescador y sujetaba en sus manos la caña. En tales estampas siente uno la invasión de la Naturaleza salvaje y la cicatrización del dolor. También es un consuelo que aún esté en pie el *Beginenturm,* la Torre de las Beguinas. Esos edificios se elevan ahora a una potencia superior. Se convierten en reliquias.

Estaba oscureciendo. A esa hora las ruinas se vuelven más fúnebres, más desoladas. De vez en cuando brilla una lucecita en un sótano o en una buhardilla que se ha conservado como un nido de golondrinas. La corriente eléctrica está cortada casi en todas partes. Los padres han caído en el frente o se encuentran aún en Francia, en Siberia. Se nota el lento languidecer de los niños en el hambre y en las tinieblas, la lenta caída de la gota. Uno pasa luego junto a bloques de pisos y chalés que se han mantenido en pie; irradian luz en abundancia y en ellos están iluminadas al máximo también las habitaciones que no se utilizan.

Kirchhorst, 8 de agosto de 1945

El otoño está comenzando a dar a las plantas su modelado; hace brotar con mano maestra los empalmes y las redondeces. Tras una lluvia nocturna las gotas penden cual grandes perlas y espejos de plata de las hojas de la col rizada; esas hojas crujen si se las roza.

Cuando se abre paso el sol, el lagarto de color oscuro sale de su escondrijo en el Bosque de Lohne y trepa hasta su lugar predilecto, la horcadura de un pino minúsculo. Allí se calienta; tiene el cuerpo arqueado y deja caer el rabo como la cola de un vestido. De largo será como una cerillita o un broche; su color es marrón oscuro, con un brillo perlado. ¿Cómo es posible que habite tanta gracia en un cuerpo tan chico?

Kirchhorst, 10 de agosto de 1945

Lluvia persistente, durante la cual apareció el señor Koepp, que llegaba de Gotinga. Por él me he enterado de la capitulación japonesa — parece que la ha forzado el empleo de una «bomba-torre». Tomé esa bomba por un proyectil que, arrojado desde gran altura, servía para cuartear ciudades enteras.

Solo en el transcurso de la conversación ha quedado patente que yo estaba en un error, y he oído que se ha tratado de la «bomba atómica»; según el señor Koepp es una bomba que ha estallado encima de una gran ciudad japonesa y ha matado de un solo golpe a centenares de miles de seres humanos. Es un siniestro de tales dimensiones que hasta ahora solo parecía posible que fuera causado por catástrofes cósmicas — quiero decir, en un lapso de segundos. Tamerlán llevó a cabo cosas semejantes, pero tardó decenios en conseguirlo. Mas él era un príncipe, en comparación con el hombre que ha inventado ese ingenio.

Enseguida sentí un violento dolor de cabeza, que me dura todavía. Los últimos años han sido pródigos en noticias de ese género. Caen en nuestro interior como veneno en un lago. Las plantas, los peces, incluso los monstruos que viven en él comienzan a descaecer; se extinguen los colores.

Kirchhorst, 11 de agosto de 1945

Por la noche en una pequeña y vetusta ciudad. Sus callejuelas, rincones, recovecos me resultaban familiares por haber tenido yo en ellos innumerables encuentros, por haber pasado yo allí un tiempo infinito. En aquellas paredes, en aquellas habitaciones se había acumulado un humus de relaciones humanas en el cual estaba yo arraigado como una planta.

¿Qué sitio podía ser aquel? Las casas, las personas, los compañeros de taberna, la pequeña dueña de la fonda en que comíamos, todo ello era demasiado denso como para que se debiera a una mera experiencia, a una pura biografía. Tenía necesariamente que pertenecer a lo interior — y no me refiero solo al interior de mí mismo. Aquello era algo que brotaba muy por debajo de la superficie en la que está vigente el tiempo de la luz. Los seres humanos con sus caracteres, las ciudades con sus obras de arte y sus casas brotan de ese estrato como los hongos del micelio. El que nos reencontremos en todas esas cosas se debe a que nos hemos conocido hace mucho tiempo, a que hemos estado juntos en un lugar de fecundidad que nos es común a todos, más todavía, en el que somos idénticos.

Kirchhorst, 12 de agosto de 1945

Persisten las lluvias y los dolores de cabeza. Por la tarde me ha visitado el señor Schmitz. Hemos hablado de asuntos de jardinería, pero pronto hemos pasado a comentar la terrorífica noticia japonesa, que me ha sido confirmada por él. También ha podido proporcionarme algunos detalles técnicos de lo sucedido, o, por lo menos, algunas hipótesis a que él ha llegado. Parece que es posible derribar paredes mediante radiación. Es algo que sobrepasa lo conseguido por las trompetas de Jericó.

Schmitz ha dicho que, en su opinión, esa nueva arma ha cerrado la puerta a guerras futuras. Es probable, aunque hay que guardarse de sucumbir a una de esas conclusiones equivocadas que atraviesan los milenios. El miedo es un mal consejero. Las masas son impotentes y lo serán cada vez más. No hay que olvidar que los líderes modernos, sobre todo cuando han subido al poder a consecuencia de elecciones

generales, exhiben una excelente conciencia moral. Solo pueden llegar al poder, en efecto, si están completamente saturados de sí mismos y de sus dos o tres lugares comunes. Eso hace que las cosas queden reducidas a sus contornos más simples. En las monarquías había al menos golpes de suerte. Además, quienes determinan el auténtico *tempo* de los acontecimientos son otras instancias; en ellas se llega al primer rango solo cuando se tiene sobre la conciencia la muerte de millares de personas. Esa es la selección. Ahí se conoce la fuerza demoniaca que da la sangre vertida, sobre todo la sangre de los inocentes. Ahí la gente no se arredra ante los números, con tal de que se ajusten al cálculo.

Por lo que se refiere a esas bombas, la única esperanza que cabe abrigar es que se mantenga su carácter de monopolio. Ya en mi escrito sobre la paz expresé oscuros presentimientos al respecto. Climáticamente empezaba entonces a apuntar que algo así era posible. Los sueños van siempre por delante de los hechos. El modo en que se hablaba en voz baja de grandes posibilidades de aniquilación tenía en sí algo de ansiedad, algo de avidez ansiosa.

Aquí se ve, por cierto, en un ejemplo práctico, de qué habría servido el que los alemanes hubiéramos sido capaces de prolongar la guerra: nos habrían obsequiado con varios de esos artefactos, para gran satisfacción de todo el mundo.

Schmitz me ha contado lo que le ha dicho un norteamericano con que se ha encontrado en Burgwedel y que a mí no me parece mal:

—Es bueno que Hitler no conociese esa arma — *¡la habría utilizado!*

Kirchhorst, 13 de agosto de 1945

He recorrido con Alexander el Bosque de Lohne en busca de setas, pero los buenos lugares estaban ya abarrotados de otros buscadores. También eso es un indicio de hambre, de superpoblación. De ahí que me dedicase a la botánica. La contemplación pura nos sustrae a la competencia.

Moderada jornada de trabajo: he vuelto a dedicarme a traducir a Rivarol, cuya prosa se transmuta en pura comprensión, como una reacción química que no dejase tras sí ningún rastro de materias desconocidas. Eso es lo que cabe decir para elogiarlo y para marcarle sus límites.

Por desgracia han estado ocupándome, incluso mientras dormía, pensamientos relacionados con ese repulsivo invento nuevo. Son dimensiones a las que uno no se habitúa sin más. El sueño febril de Dimitri Karamázov. Existe también una consideración estadística: el potencial destructivo de las armas crece con la cifra de población. El desenfrenado aumento de esta es una de las características del descenso de la responsabilidad, de la reducción del *nomos.* Entonces también la muerte se trivializa.

Kirchhorst, 14 de agosto de 1945

Hoy hace exactamente seis años que en esta misma habitación estuvimos hablando mi hermano y yo del asunto de la «perfección de la técnica», visto en sus aspectos positivos y en sus aspectos negativos. El manuscrito al que Friedrich Georg dio el título de *La perfección de la técnica* ha tenido entretanto un destino notable. La primera edición se agotó inmediatamente: ardió completa en un bombardeo, excepto algunos ejemplares enviados a amigos. Tal vez eso fuera una solución favorable, pues en aquel tiempo se consideraba alta traición el que alguien expusiera dudas, aunque fueran modestas, sobre la técnica. Supongo, por lo demás, que no va a haber muchas variaciones en eso.

Sería una empresa útil el que alguien se dedicase a trazar un panorama histórico, tal vez en forma de colección de citas, de los deslindes y operaciones espirituales emprendidos por el hombre amigo de las Musas contra el técnico. Quien hiciera eso tendría que partir, desde luego, del ser humano *in toto,* bajo cuya jurisdicción cae también lo técnico, como todo lo demás. Entonces se divisarán faros como Leonardo y Goethe, hombres que convencen del todo porque el todo convence en ellos y por ellos.

Cuando la Figura del Trabajador esté representada, cosa de la que yo no dudo, por personajes dominantes y convincentes, estos no surgirán solo del orden de los técnicos, y acaso no surjan en absoluto de él. Justo por ello experimentará la técnica su amansamiento, su ennoblecimiento, y no solo en el sentido de que quedará domesticada, sino de que se convertirá también en un asunto del hombre amigo de las Musas, tal vez en un arte mágico. Es preciso que la técnica incorpore elementos y propósitos que le son ajenos. Esos rasgos se hallan premorfados incluso en esta edad titánica suya en que ahora estamos viviendo. Pero las ganancias se encuentran donde nadie lo sospecha, se encuentran sobre todo en el dolor. En él se almacenan reservas inmensas. Son estas, y no el despliegue físico del poder, lo que forma también el capital de la misión espiritual rusa, la cual acaso podría adquirir operatividad justo en el momento en que se desplome

el poder material.

A mediodía hemos festejado la llegada de mi hermano Physicus, que ha salido del cautiverio inglés en un estado lamentable. Al atardecer hemos estado hablando de su última actividad en el ejército: el cálculo, mediante artes especiales de medición, de los impactos de los cohetes en el área urbana de Londres. Luego hemos pasado a comentar el trabajo que proyecta para el invierno: la investigación de los números primos y de su propagación sobre el mundo de los números. Dado que todos sus apuntes se han perdido en los desórdenes que ha habido, lo primero que hay que hacer es una tabla de la serie de los números hasta cien mil.

Hemos hablado de los recursos mecánicos y semimecánicos para encontrar los números divisibles, para cercarlos. ¿Qué podrían aportar a esa tarea las calculadoras? A ese respecto hemos hablado de los autómatas de ajedrez y de otros robots. Su significado aumentará en la misma proporción en que aumenten los hombres banales, es decir, llegará a ser enorme. *A priori* cabe negar que esos instrumentos tengan valor para solucionar problemas, por cuanto cada problema posee un eros propio, sin el cual se degrada hasta convertirse en puro cálculo, y por cuanto ese eros se pierde necesariamente cuando aparecen las máquinas. Esto forma parte del gran asunto de la reducción; esta trabaja también en las ciencias e intenta rebajarlas a la condición de ramas de la técnica.

Continuado trabajando en la traducción de Rivarol. Este trabajo tiene la ventaja de que es posible interrumpirlo y reemprenderlo a capricho.

Kirchhorst, 18 de agosto de 1945

Lectura: *Especulación transcendental sobre la intencionalidad aparente en el destino de la persona singular,* de Schopenhauer. En este escrito es especialmente bello el último párrafo, donde el autor habla del «carácter sumamente serio, importante, solemne y temible de la hora de la muerte». «Es una crisis en el sentido más fuerte de la palabra — un juicio final.»

Son palabras que hacen bien en un tiempo en que ya no se toma en serio la muerte. En tales pasajes pisa Schopenhauer el auténtico terreno en que está su verdadera fuerza y en el que se alza por encima de Kant, el cual continúa siendo su maestro en la crítica del conocimiento. Schopenhauer se acerca al mejor estoicismo, en el

espacio absoluto, vacío de dioses, y en la comprensión de la armonía de ese espacio. En eso es heredero de antiguas intuiciones, un espíritu de pureza brahmánica. De vez en cuando he pensado: es una pena que Schopenhauer no llegara a conocer a Tolstói, le habría gustado.

Qué frutos habría producido necesariamente el influjo de una cabeza tan poderosa como la suya si la constelación teológica hubiese estado en alza. Con frecuencia tiene uno la impresión de una actividad prometeica — una chispa divina haría milagros.

Para poder formarse un juicio sobre la trayectoria de semejantes espíritus sería preciso ver también cómo la prolongan sus discípulos. En Schopenhauer se escinden con toda claridad quienes son atraídos por la *voluntad* y quienes son atraídos por la *representación* — por un lado Nietzsche, Wagner y Spengler, por el otro Burckhardt y Huysmans. En todos ellos llama la atención su aislamiento creciente, que caracteriza también la vida del maestro. Terminan su vida en celdas — tanto da que sean conventos, sanatorios, ermitas de filósofos, siempre en contraste con el mundo. Frente a eso, en los hegelianos, el poderoso vuelco hacia la acción y hacia la realidad política. Aparecen ejerciendo el liderazgo en todos los campos, en casa del amigo y en casa del enemigo, como mauritanos de alto rango que son.

A última hora de la tarde en el pantano, para cribar las pruebas de musgo. Los delgados ramajes del musgo adornaban cual filigranas de plata los almohadones húmedos. Sobre las ramas entrelazadas yacían los rojos frutos; ya habían caído, pero aún conservaban la misma disposición que tenían antes.

Kirchhorst, 20 de agosto de 1945

Por la tarde en Hannover; allí, caminando entre los escombros, le he impartido a Alexander un curso de historia de la ciudad y de nuestra familia. La pobreza en medio de las hileras de ruinas ha alcanzado un grado tal que sobrepasa incluso el de las ciudades rusas que yo he visto — especialmente porque aquí es menor la capacidad de sufrimiento. Se vislumbra que en el próximo invierno serán todavía millones de personas los que carecerán de techo. Los rostros, los vestidos, el coraje de vivir están raídos, desgastados hasta la última fibra, los seres humanos se encuentran en el último peldaño que los separa de la muerte masiva.

La tesis de la culpa colectiva está compuesta de dos cuerdas paralelas. Para el vencido significa: he de hacerme solidario de mi hermano y de su culpa. Para el vencedor representa un acicate

práctico para entregarse al saqueo indiscriminado. Pero si se tensa demasiado el arco puede surgir la peligrosa cuestión de si realmente mi hermano carece de razón hasta tal punto.

Estos pensamientos se me han ocurrido al leer un llamamiento dirigido al Ejército Rojo por un incendiario llamado Ehrenburg; en él dice que no hay que respetar ni siquiera la vida del niño que está en el vientre de la madre y promete las mujeres alemanas como botín a los soldados de ese ejército.

También he leído los acuerdos de Yalta, o tal vez solo resúmenes de ellos, que dan una idea de las variaciones fundamentales que también en las naciones europeas ha experimentado el derecho de gentes, o derecho internacional público. Al revés de lo que ocurría en Clausewitz, aquí la guerra es extendida a la paz, si es que de paz puede hablarse. No hay en esos acuerdos una sola idea nueva, ni siquiera una restauración. Solo cuando se enfrenta uno a esas perspectivas calibra, en una mirada retrospectiva, la altura espiritual de aquella asamblea que fue el Congreso de Viena.

Kirchhorst, 21 de agosto de 1945

Gracias a la compañía de mi hermano Physicus las conversaciones vespertinas se prolongan hasta bien avanzada la noche y resultan reconfortantes, como la que mantuvimos ayer sobre la simetría. En ella tuve clara consciencia de la diferencia entre la consideración matemática y la consideración metafísica de tales asuntos.

Se dice que los tibetanos evitan la simetría en los edificios de sus monasterios, porque atrae a los demonios. Es algo evidente, lo es ya con respecto a las imágenes reflejadas en el espejo. Una de las tendencias de la vida es la que aspira a sustraerse a la coerción de la simetría, a medida que va creciendo la libertad; lo observamos en el árbol genealógico de los animales y en el arte. La técnica, en cambio, está orientada por su propia esencia a la producción de formaciones no solo simétricas, sino incluso congruentes, superponibles, y, si quisiera darse crédito a los tibetanos, dispondrá necesariamente verdaderas pistas de aterrizaje para los demonios. No es improbable, cuando se piensa en los éxitos que ha alcanzado. Precisamente lo no intencionado de esos éxitos es un indicio de lo dicho.

Una ligera asimetría está en correspondencia con nuestra estructura y, en consecuencia, con nuestro sentido de la belleza. El artista no puede trabajar de modo simétrico. Es algo que rige para todas las artes, incluida la arquitectura. Y también rige para la

repetición temporal; no es posible repetir una obra de arte, ni siquiera su propio autor puede hacerlo. Incluso allí donde interviene la artesanía, lo propio es destruir el molde, romper la placa. Eso es lo que diferencia a la obra de arte del producto técnico, de la fotografía por ejemplo, en la que no desempeña ningún papel la cantidad de copias que se hagan.

También en el poema reina un fino sentimiento para esas cosas. La «balanza de pesar oro» que el poeta ha de tener en su oído está regulada para pesar la rima válida. A ella no le está permitido, por un lado, desviarse demasiado de la simetría, ni, por otro, acercarse tanto a ella que uno y el mismo vocablo pueda proporcionarla.

Se trata aquí de leyes que tienen su asiento muy en lo hondo de la imagen corporal-espiritual del ser humano. De ahí que apenas reparemos en ellas cuando las obedecemos en la vida cotidiana. Evitar en el espacio la simetría y en el tiempo la repetición forma parte de las reglas de juego inconscientes tanto del hombre de la Naturaleza como del hombre de la Cultura. En paisajes que se señalan por un refinamiento especial, como la Toscana, puede verse que entran en una taberna seis, siete parroquianos, hombres sencillos, y que uno tras otro pronuncian el mismo saludo; la repetición forma una figura musical bien afinada. Son matices que no cabe inventar; mediante ellos se afirma constantemente la libertad y se excluye la servidumbre. Son leyes fundamentales.

Kirchhorst, 22 de agosto de 1945

Noche insomne. Capitulación incondicional: es un resultado necesario del esfuerzo total y de su acentuada tendencia a la aniquilación.

Clausewitz dice ciertamente que el objetivo de la guerra absoluta es imponer por la fuerza la propia voluntad al adversario, pero la guerra «real» limita ese objetivo. Clausewitz presupone que el adversario posee todavía una voluntad y un gobierno para representarlo, es decir, que el adversario aún existe. De lo contrario el enfrentamiento sería con una masa anárquica, con un peso sin una palanca para moverlo.

Frases como la de Napoleón: «La Casa de Brunswick ha dejado de existir», sobrepasan ya a lo dicho. Pero Napoleón no habría dicho aún: *el país* de Brunswick. La exigencia de la capitulación incondicional anuncia el propósito de someter el enemigo al derecho que rige las cosas; quedan en suspenso los derechos del hombre y el derecho de

gentes, incluida la inviolabilidad de los prisioneros — se deja constancia de un hecho físico, zoológico o técnico. El vencido puede ser exterminado y expulsado, como está ocurriendo en nuestras provincias orientales, puede ser aniquilado y esclavizado económicamente, como se prevé en ciertos planes trazados en Nueva York. La cuenca del Ruhr se convertirá en un patatal y sobre él irán tirando de sus arados de mano unos *fellahs,* bajo la vigilancia de extranjeros.

Aún no se ha alcanzado en todas partes la lógica de la Antigüedad. En Jerusalén no hubo capitulación incondicional, no hubo capitulación en absoluto. Tras la caída de la ciudad la resistencia continuó en las fortalezas de los montes. Entre nosotros la resistencia se ha adaptado al modo de ser del adversario; parece que en Prusia oriental el *Volkssturm* se ha sacrificado a menudo hasta el último hombre, mientras que en el Oeste raras veces ha hecho uso de sus armas de fuego. A ello se añade el enorme número de suicidios, que no aparece en ninguna estadística.

En una mirada retrospectiva surge la cuestión de si en alguna fase de la guerra habría sido posible detener o al menos reducir la catástrofe. Esa cuestión fue uno de los grandes asuntos tratados en el hotel Raphaël y en el Georges V y condujo también al 20 de julio de 1944, que más bien empeoró la situación. Estábamos sentados en un tren cuya marcha iba acelerándose de manera vertiginosa, y a cada mes que pasaba resultaba más inútil, más suicida saltar de él. Es preciso dar, pues, una respuesta negativa a la mencionada cuestión.

Uno de los malos presagios era el sentimiento de encontrarse moralmente en el lado más débil, de tener que suscribir unos crímenes cuyos rumores iban filtrándose de un modo cada vez más intenso, cada vez más sofocante. En esto y en el análisis estratégico de la situación tropezó Hitler con resistencia, con una resistencia que ciertamente no logró imponerse, pero que evitó muchas cosas. Ese era uno de los motivos por los que Hitler tenía por retrógrado al Estado Mayor y por sospechosos a los más de los generales. Desde su punto de vista, el del jugador que dice *va banque,* tenía razón al pensar así. En esa discrepancia había más cosas, y cosas más hondas, que la paralizante percepción de actos de violencia amplios y absurdos: había el sentimiento de la divergencia con respecto a la corriente mundial. Sin duda ese sentimiento era mucho menos marcado en el generalato ruso, o bien ellos habían criado ya en Rusia un tipo de general fiable en todos los aspectos, tipo que entre nosotros estaba empezando a manifestarse de manera aislada. De ello pude y debí hacerme una idea cuando estuve en el frente del Este.

La tendencia mundial posee desde hace tiempo una dirección hacia la izquierda, que, como una corriente del Golfo, viene determinando las simpatías desde hace varias generaciones. Desde hace más de ciento cincuenta años la izquierda subordina a sí a la derecha, y no a la inversa. El hecho de que aquí en nuestro país la izquierda fracasase desde el comienzo forma parte del destino alemán.[9] El desenlace de las guerras de Liberación, así como los años 1830, 1848 y 1918 proporcionan indicaciones sobre un espectáculo cuya reiteración está fundada en el carácter nacional y que tiene sus orígenes más atrás, antes de la época burguesa. La Reforma protestante, claramente batida en Francia, claramente triunfante en Inglaterra, quedó, como tantas otras cosas, indecisa entre nosotros. Esa es probablemente una de las ventajas de nuestra situación en el centro de Europa, como lo es también la guerra en varios frentes. En este sentido tiene razón Rivière, observador sagaz, cuando en su libro sobre los alemanes nos califica de pueblo no de «o lo uno o lo otro», sino de «tanto lo uno como lo otro».

Realizada por la democracia, la solución de la Gran Alemania habría gozado de la simpatía mundial. Fracasó no solo por la incapacidad de Federico Guillermo IV, sino también por la incapacidad de los hombres reunidos en Frankfurt en la iglesia de San Pablo. Allí se encuentran ya todos los elementos teóricos, doctrinarios, ideológicos que han sobrevivido hasta hoy y que son una provocación a la reacción, como ocurrió también después de 1918. La política está impregnada del descontento de los espíritus que no han llegado al poder y que conservan ese descontento también cuando ha sonado su hora. Las teorías comienzan a proliferar a costa de la acción.

Otros pueblos producen en tales situaciones individuos fuertes, que cogen las riendas con la mano izquierda, hombres como Mirabeau, Gambetta, Clemenceau, Trotski, o como se llamen, y que en vano busca uno entre nosotros. Ellos indican a los generales qué es lo que tienen que hacer. Y estos lo hacen tanto más a gusto si oyen decir que el hombre nuevo no permite bromas y que no considera la historia nacional precisamente como una colección de absurdidades. Los generales son como los caballos: peligrosos únicamente para quienes no son jinetes. En este sentido puede decirse que entre nosotros nunca ha estado la izquierda en la silla de montar.

De la reacción burguesa forma parte el fascismo, al menos en sus comienzos. Los burgueses ven que su clase social ha sido exterminada en un gran Imperio y que en su propio país aparecen fuerzas que aprueban ese exterminio y aspiran a él. Prevén la suerte que les está reservada. Y también se dan cuenta de que los medios del Estado de

derecho —el gobierno, la representación popular, la policía— no bastan para asegurar su protección. Los propios burgueses, por su lado, comienzan a abandonar el terreno del derecho y pronto pasan de desempeñar el papel de provocados a desempeñar el papel de provocadores. Al mismo tiempo van perdiendo la simpatía mundial. Sus crímenes son juzgados con más severidad, conmocionan a la opinión mundial mucho más que los de los otros. Ejemplos: Ferrer, Mateotti. El terror blanco no es menor que el terror rojo, tampoco él puede ser aprobado. Pero sobre él pesa un *odium* más intenso, y eso es, dicho objetivamente, un indicio de que está en contradicción con la tendencia mundial y sus simpatías. Napoleón dijo en una ocasión algo parecido: «Yo mando incendiar una aldea y todo el mundo se indigna. Los ingleses devastan un país entero y nadie habla de ello». Así se explica también que quienes juzgan y condenan los horrores cometidos por nosotros no se escandalicen de estar sentados a la misma mesa que carniceros notorios, asesinos de hombres y de pueblos.

Volviendo al hotel Raphaël: no creo que en ningún otro ejército se haya pronunciado nunca, al menos por las élites espirituales, un juicio más desfavorable sobre la propia situación jurídica; la gente estaba, también en el interior de sí misma, en una guerra de dos frentes. Siempre ha habido situaciones en que los mandos de los ejércitos han tenido discrepancias políticas con el gobierno; y en la mayoría de los casos, para su mal. Ejemplos: Wallenstein, Pichegru, Luckner, Yorck, Tujachevski. Dejando de lado el dilema moral, en nuestro caso se agregaba todavía otra cosa, algo que solo podía ser producido por la guerra civil mundial: la consciencia de no estar en la corriente de la revolución mundial. Eso agrandaba el esfuerzo personal, hacía menos firme el elemento moral, más desesperada la atmósfera.

Esta es la otra cara de la capitulación incondicional: la comprensión de que se ha vuelto imposible un entendimiento en el sentido de Clausewitz. También desde dentro se han puesto problemáticas las cosas; es preciso ir familiarizándose con las consecuencias.

Kirchhorst, 24 de agosto de 1945

Ordenación de manuscritos y cartas. Compruebo los huecos que hay y que provienen sobre todo de que, en crisis de nerviosismo, quemé papeles. Tales holocaustos no podían, desde luego, añadir nada a mi seguridad, pero sí producían una cierta tranquilidad. Resulta extraño que también el malvado pueda, cuando es fuerte, generar en nosotros una mala conciencia — eso indica que desempeña un papel

representativo. Yo he recibido visitas de judíos que casi se disculpaban de haber nacido.

Es cierto que mis conocidos han tenido dificultades por mi causa, pero también ha ocurrido al revés; ha sido un intercambio de disgustos. El haber tratado a Niekisch, a Mühsam, a Otto Strasser, a Hofacker, a Schulenburg, a Heinrich von Stülpnagel y a otros ha arrojado sobre mí una luz desfavorable.

A Mühsam lo conocí en casa de Ernst Niekisch, al que yo visitaba a menudo. Creo que en aquella velada estaba presente también Toller. Se conocían de los tiempos de la *Räterepublik,* la República de los sóviets, de Múnich, con la cual se permitió la izquierda una absurdidad semejante a la que más tarde se permitió la derecha con la intentona de Kapp. Hubo una conversación muy animada y Mühsam me acompañó hasta mi casa. Era un bohemio de la casta de Peter Hille, un anarquista ajeno al mundo, embarullado, de una bondad pueril; no hacía falta tener mucho conocimiento de los hombres para ver esas cosas a primera vista. Mühsam había tenido la desgracia de entrar en contacto con la práctica política, cosa para la cual era completamente inepto, y era considerado un literato peligroso; su nombre se mencionaba cuando se hablaba de los asesinatos de rehenes en Múnich. Precisamente de eso se puso a hablar en la estación de metro de Gleisdreieck, donde estábamos aguardando el tren. Me hablaba con fiereza, casi gritando, su abrigo flotaba al viento, de manera que los transeúntes se volvían a mirar aquella aparición extraña, que hacía pensar en un pájaro grande y torpón. Intercambiamos algunas cartas, lo hicimos hasta poco antes de que lo detuvieran; pronto se filtraron rumores terribles acerca de la suerte que había corrido.

Precisamente esas cartas fueron lo que la policía acudió a buscar a mi casa. En tal ocasión aprendí a conocer la técnica de esos visitantes, que siempre llegan en pareja. Fue a última hora de la tarde, yo estaba solo en mi piso de Steglitz y leía *Venus y Tannhäuser,* de Beardsley. Sonó el timbre, en la puerta había dos policías. Entraron y no me hicieron caso cuando les pregunté por su acreditación. Querían saber si yo tenía armas, también abrieron enseguida la mesilla de noche en el dormitorio. Uno comenzó luego a meter la mano en el asiento de una butaca, como si estuviera metiéndola en un bolsillo, y se clavó una aguja. El otro examinó primero la papelera y luego los libros.

—¿Ha escrito usted esto?

Al decirlo señalaba con el dedo mi libro *El trabajador.* Aquel título parecía resultarle sospechoso.

Por fin abordaron el objeto de su visita, las cartas de Mühsam, que eran tan inocuas como él mismo. Les di mi carpeta de cartas, letras H-M. Comenzaron a hojearla, enseguida tropezaron con algunos nombres que entonces se cotizaban mucho e interrumpieron su tarea.

Más tarde le hablé de esa visita a Diels, que había organizado por entonces la policía del Estado y recordaba el caso. Se había tratado de una denuncia hecha por una persona que vivía en el mismo bloque de viviendas que yo y de una investigación rutinaria llevada a cabo por la comisaría del barrio, la cual apenas podía hacer frente a la avalancha de denuncias que recibía. Diels dijo que tras las grandes mutaciones políticas las denuncias proliferan como las malas hierbas después de una tormenta; no creo que nadie quede libre de ellas.

Tanto objetiva como subjetivamente tienen esas vivencias algo de instructivo y si merece la pena hablar de ellas es en realidad solo por eso. Vistas objetivamente, no son desfavorables. Cuando ingresamos en un campo de fuerzas nuevo, en un sistema nuevo, somos necesariamente afectados, *tocados,* como lo fui yo hace poco en el granero por el revólver del norteamericano. Puede compararse eso a un pago aduanero o a una vacunación a la que uno se somete cuando cruza una frontera, cuando inmigra en un país. Son también indicaciones, advertencias. Si no ocurriera absolutamente nada, tal vez se apoderaría de nosotros una seguridad engañosa. Yo me inclinaba a ver en los recién llegados una especie de relleno que servía para tapar un agujero. La vacunación nos hace menos propensos a enfermar, nos adapta al clima. Para mí el incidente tuvo de bueno esto, que se me volviera antipático Steglitz y que considerase a Berlín como un terreno desfavorable. Me movió a abandonar una casa que ya estaba marcada y a mudarme a Goslar. Todavía el año pasado estuve meditando sobre ello al encontrarme ante las ruinas no solo de aquella casa, sino del barrio entero. Hay algo extraño, misterioso, en torno a nuestros movimientos a través de este mundo.

Fue una vacunación saludable y, en realidad, más bien un *acte de présence* de la nueva autoridad. También era un peligro el tomar demasiado poco en serio aquel asunto. Por Marcu, que todavía residía en Berlín, me enteré de que en el cercano barrio de Dahlem se realizaban visitas completamente diferentes. Entonces podía telefonearse aún a la brigada volante de la policía, la cual también aparecía, pero se retiraba cuando comprobaba que se trataba de un asunto político. En esos casos es probable que la alarma preventiva

hubiese sonado ya mucho antes.

Por lo que se refiere a mi comportamiento personal, también en aquella ocasión volví a tener la experiencia de una partición de mis fuerzas interiores, asunto que ya me había ocupado a menudo. Uno está leyendo, suena el timbre, abre la puerta y se topa con dos hombres armados. Antes de captar la situación, la consciencia recibe ya el anuncio de que es preciso estar alerta. ¿De dónde llega ese anuncio? Una parte de nuestras capacidades de observación sale entonces afuera, contempla el incidente desde el exterior, acaso desde el techo de la habitación. A partir de ese momento vemos la escena con una gran nitidez y, al mismo tiempo, como algo extraño, como un relato, como la narración de un sueño.

Al recordar tales situaciones paréceme que esa atmósfera es favorable para la seguridad. Si el peligro que nos amenaza viene de seres humanos, entonces podría pensarse que esa atmósfera se les contagia, y, como no tiene en sí nada de provocativa, tampoco incita a las provocaciones. Pero creo haber observado algo semejante en las amenazas mecánicas, por ejemplo en los tiroteos. La impresión descrita por Goethe con ocasión del cañoneo de Valmy forma parte de esa misma experiencia. Nos volvemos a la vez más ausentes y más presentes. Entonces actuamos, nos movemos con más tino que si nos reconcentrásemos mucho. Cabe pensar, pues, que, cuando nos movemos de un lado para otro en medio del fuego, lo hacemos de manera «correcta», acertada, y que de ese modo evitamos los daños. Lo que llamamos «buena suerte» o «mala suerte» no es algo que carezca de presupuestos, de ley. Todo el mundo conoce ejemplos. El estar «ausente», como distraído, es favorable; el miedo, por el contrario, atrae las cosas desagradables.

En fin, entonces fue cuando realicé mi primera quema de escritos, o, dicho más exactamente, lo que hice fue arrojar grandes masas de papeles a los cubos de basura que se hallaban en el patio. Entre aquellos papeles había diarios desde 1919, poesías, cartas. Lo hice sin pesar; los acontecimientos tenían un algo que incitaba a las realizaciones. Era preciso soltar lastre. Hasta resultaba agradable.

El patio estaba a oscuras; era la hora de la anochecida. Las ventanas se encontraban ya iluminadas; arriba del todo, la del doctor Von Leers, lingüista de talento y antisemita furibundo, cuyos folletos se vendían entonces por las calles.[10] Tampoco aquello me lo imaginaba agradable. Debajo de él vivía un miembro del Partido Nacional Alemán, cuya profesión he olvidado; era evidente que aquel hombre no se sentía cómodo con los acontecimientos. Por cierto que había

sido él quien me había denunciado. Probablemente había sentido una necesidad súbita, irresistible, de hacer un acto de lealtad. En quien primero se piensa entonces es en el vecino que vive en el piso de abajo.

Mientras yo apretujaba los papeles en los cubos de basura y los cubría de ceniza, llegó el portero; era un socialdemócrata y me manifestó su simpatía, lo hizo con su amabilidad más bien que con palabras. Ya entonces corrían por la ciudad rumores siniestros. Los periódicos traían aún noticias que propiamente eran ya tabú, pero sin comentarios. Uno leía, por ejemplo, que en un bosquecillo se habían descubierto unos cadáveres, pero faltaba toda conjetura sobre los autores. Ningún fiscal hacía averiguaciones. Entre aquellos cadáveres se encontraba el de un conocido vidente — fue un rasgo simbólico.

Hay en nuestra vida interpolaciones oníricas, casi siempre secundarias, que recordamos mejor, con más claridad, que otros lapsos de tiempo en que ocurrieron muchas cosas. Así me ocurre a mí con aquel patio desnudo, rodeado de pisos de pequeños burgueses, en el que enterré papeles en los cubos de la basura. En todas partes se quemaban entonces papeles. Se acerca una tormenta, las hormigas corren de acá para allá.

Kirchhorst, 25 de agosto de 1945

He seguido confeccionando listas auxiliares. En alemán el prefijo *ver,* que indica las intervenciones mágicas, las modificaciones lentas y casi siempre invisibles, ya para bien, ya para mal, es un prefijo dotado de una fuerza entrelazadora. Al prefijo *er,* que es conservador y apunta a lo positivo, se le ha antepuesto aquí la *v,* que es un sonido cambiante, oscilante, mutante. Imaginemos esos dos prefijos, *ver* y *er,* delante de los verbos siguientes:

arbeiten [trabajar]

bohren [taladrar]

giessen [derramar]

graben [cavar]

greifen [aferrar]

handeln [actuar]

hören [oír]

hungern [pasar hambre]

kaufen [comprar]

klingen [sonar]

langen [llegar]

leben [vivir]

losen [sortear]

mieten [alquilar]

mitteln [mediar]

setzen [poner]

steigen [subir]

wachsen [crecer]

weisen [señalar]

wirken [efectuar]

ziehen [tirar]

La comparación muestra, por un lado, la fuerza unitiva, relacionadora, del primero de esos prefijos, pero también la fuerza menguadora del otro. Pero el daño que este último produce en los verbos no es absoluto. Para indicar ese daño aparece el prefijo nihilista *zer*.

El punto crucial está en que el ser humano es *a la vez* la más real de las realidades y la más abstracta de las abstracciones. Son las dos hojas de la tijera con que se lo mantiene a raya, dentro de sus límites.

Los periódicos traen la noticia de que Pétain ha sido condenado a muerte. De Gaulle ha conmutado esa sentencia por la de cadena perpetua.

Cuando Pétain firmó en 1940 el armisticio hizo lo que todo su pueblo deseaba de corazón, lo que tenía por lo único acertado. Al hombre de Verdún no debió de resultarle fácil aquello. Yo he visto las columnas de prisioneros que iban arrastrándose por el polvo de las carreteras bajo el calor de julio y que gritaban su nombre como el de un salvador.[11]

Si en su lugar hubiera estado un Gambetta, hoy Francia estaría en ruinas, igual que Alemania. Tampoco de París habría quedado apenas piedra sobre piedra. La continuación de la guerra habría llevado a la ocupación de toda Francia y del norte de África, y probablemente a la entrada de España en el conflicto. Habla en favor del buen instinto de un pueblo que aún tenía mucho que perder el que renunciase a esa especie de aureola que asciende de los mundos de escombros.

En ello hubo además algo que era un síntoma. El rápido cese de la resistencia mostró que había llegado el final del Estado nacional de viejo estilo. El hecho de que la guerra haya tenido, sin embargo, un buen desenlace para Francia es algo que se basa en circunstancias externas, sobre todo en que Francia estuviera aliada a imperios que, muy a regañadientes, la dejaron participar en la victoria. La debilidad constitucional perdura y producirá más síntomas si no se la trata en su esencia.

Alemania ha perdido la guerra por ese mismo motivo, con mayores gastos y sin alianzas fuertes. De igual manera que, en cuanto monarquía, Alemania perdió la Primera Guerra Mundial junto a Rusia y Austria, así, en cuanto Estado nacional avanzado, ha perdido la segunda junto con Francia y con Italia. El hecho de que la pérdida sea transversal a los frentes corrobora su necesidad. La tentativa de volver a enlazar con el Estado nacional, de mantener la soberanía en él, es algo que está destinado de antemano al fracaso. Ya no tiene futuro la política nacional que no se mueva dentro del plan mayor, tal vez incluso dentro del plan mundial. Esas cosas son progresos, pese a todo.

Kirchhorst, 26 de agosto de 1945

Este año está resultando extremadamente húmedo — un año de setas tal como lo describen los libros. Casi siempre me despierto hacia las ocho y mientras fuera cae la lluvia leo un capítulo de la Biblia, para luego dar vueltas y más vueltas a una máxima de Rivarol, hasta que Perpetua trae el desayuno.

Rivarol es uno de los espíritus en cuyos frutos se saborea la situación propia de Occidente. Su madurez precoz comporta que sea

ahora cuando se ha vuelto traducible al alemán. Esto rige para su lenguaje en general no menos que para su retórica y para el enlace de los pensamientos. Desde los tiempos de Rivarol la lengua alemana ha ido fluidificándose, y ese proceso dura todavía. Pueden extraerse del crisol las frases, cual si fueran vidrio, para ver la ligereza con que la masa gotea.

En una traducción de este autor quedarán hoy menos huecos, menos burbujas que en otro tiempo. También entre nosotros, los alemanes, han ido llenándose entretanto de experiencias significativas los conceptos políticos. Han sido sincronizados. Esa es una de las razones por las que, tras esta segunda guerra, más horrorosa, probablemente nos resultará más fácil que después de la primera volver a ser «buenos amigos» de los franceses.

Kirchhorst, 27 de agosto de 1945

En el jardín. Las noches van siendo cada vez más frescas, de manera que por la mañana la col común tiene un manto plateado y en las vallas se extienden las telarañas cual velos de perlas. Las mariposas despliegan más lenta y gustosamente sus alas a la luz del día. He visto a la *Vanessa urticae,* la «abigarrada de la ortiga», cuyo nombre popular alemán es «zorrito», extender sus alas de color rojo ladrillo, impregnadas de fuego. Me han hecho soñar con un país cuyos colores estuviesen afinados en una clave más aguda y cuyas casas refulgiesen con ese mismo fuego en prados de un verde como el de los cárabos dorados. Nuestro mundo de nieblas y su melancolía refractan los colores, solo los bordes de estos emergen en el mundo de los sentidos.

Por la tarde en el pantano de Oldhorst, a buscar setas. En estos años de hambre es preciso, para recoger un buen botín, emplear más tiempo, hacer largas caminatas y visitar lugares alejados. Esto significa que es preciso aumentar el rendimiento del trabajo. O bien tiene uno que especializarse en especies desconocidas, raras y fáciles de confundir — esta es la vía más elegante. Esto mismo rige para todo aquello en que hay que competir: es preciso o tensar los músculos o tensar el espíritu. El límite está en la acrobacia. O bien aumenta demasiado el esfuerzo, o bien aumenta demasiado el riesgo, que es lo que aquí sucede con las setas venenosas.

Kirchhorst, 28 de agosto de 1945

Sin cartas todavía. Había perdido a mi madre y la buscaba en una estación. En el mundo de los sueños las estaciones significan siempre un peligro, son símbolos de laberintos terrenales, de pérdidas

terrenales, de desasosiego terrenal, de encuentros frustrados y de esperas interminables en el tiempo. Son lugares de grandes desposeimientos.

Aún vuelan las golondrinas cuando brilla el sol; pero ya van reuniéndose. Los pequeños áster azules han florecido del todo. Ateridas moscas de las flores absorben en ellos por la mañana los primeros rayos solares. Cuando doy mi primer paseo encuentro en los caminos dos, tres peras amarillas, caídas durante la noche. El sol avanza, cual una aguja de oro, por el gran reloj que son las flores y los frutos.

Continuado la traducción de Rivarol. El traducir se asemeja al cocinar: en general las mujeres son más aptas para ello. Mas para los grandes festines y los platos refinados se traen cocineros.

Kirchhorst, 29 de agosto de 1945

Por encargo de unos amigos suizos ha venido a visitarme François de Diesbach, diplomático de Berna. Estos visitantes acuden hoy no tanto para informarse de cómo nos va cuanto para averiguar si todavía seguimos con vida. Es como en los campos de batalla.

Kirchhorst, 30 de agosto de 1945

Consultando las obras de Vico con motivo de mi trabajo sobre la relación entre el lenguaje y el cuerpo he vuelto a tropezar con este bello pasaje:

«Las repúblicas aristocráticas se resuelven muy difícilmente a emprender guerras, para no hacer que la masa de los plebeyos se aficione a ellas».

Esto rige también para las monarquías desde los tiempos de Agamenón. Las guerras producen en todo caso mudanzas. Después de la de los Siete Años Federico el Grande licenció a todos los oficiales de procedencia burguesa, excepto en los cuerpos de cazadores (emboscados) y de artillería (técnicos). A este respecto podría citarse también la frase de Federico Guillermo III cuando ante él desfiló la *Landwehr,* la «defensa territorial»: «Eso que pasa ahí abajo es la revolución». Los prusianos fueron los últimos en enterarse de esas cosas. De ahí que en torno a ellos se condensase la aversión de las potencias de nuestro tiempo.

Vico es uno de los pocos autores de la Edad Moderna a los que puede calificarse sin restricciones, igual que a Hamann, de «autores»,

es decir: de espíritus originales. Es un juicio que se refiere a la profundidad, no a la extensión. El hecho de que Goethe nombrara juntos a Vico y a Hamann es una prueba de la genialidad de su mirada.

La antítesis entre Vico y Descartes corresponde a la que se da entre Hamann y Kant, entre Goethe y Newton. La fuerza de los espíritus se basa en la revelación, no en el conocimiento, en el lenguaje, no en la lógica; su antepasado común es Heráclito.

Por la tarde ha venido Axel von dem Bussche-Streithorst, un comandante joven que fue herido de gravedad en la guerra. Ha traído consigo una copia de mi tratado sobre la paz. Tengo la impresión de que este es, de todos mis escritos, el que con mayor rapidez se ha difundido; lo ha hecho en pocas semanas, como un alud, y ello sin que ninguna imprenta lo imprimiera, ninguna librería lo vendiese, ningún periódico lo comentase. Todo eso ha salido de algunas copias que regalé. Una de las peculiaridades de nuestra situación es que hemos sido llevados a un estado pretécnico. Nada puede ser más instructivo. Cuando nos quitan las prótesis nos vemos obligados a hacer uso de los miembros. De los exponentes volvemos al número base, a la raíz; de las rotaciones, al eje.

Mientras estábamos charlando en el jardín llegó Alexander con una carta de Friedrich Georg, la primera que recibo de él desde que se produjo la ocupación. La alegría ha sido tanto mayor cuanto que esa carta me ha tranquilizado a la vez sobre la suerte corrida por una serie de amigos, entre ellos Hans Speidel. Yo estuve, sin embargo, muy preocupado por él cuando oí que había sido llevado, junto con Canaris y otros prisioneros, en dirección desconocida. Axel von dem Bussche ha dicho también que Hielscher, que asimismo fue encarcelado al final de la guerra, está en Marburgo. Un día lleno de buenas noticias.

Kirchhorst, 1 de septiembre de 1945

Ordenando la correspondencia he llegado a la letra N. También faltan las cartas de Niekisch. Ellas me acarrearon una visita de la policía.

Ernst Niekisch es una de las excepciones de personas que muestran coraje en la guerra civil. Antes de los acontecimientos no habría yo pensado que ese coraje fuera tan extraordinariamente raro. La literatura, incluidos los relatos de los contemporáneos, proporciona nociones imprecisas. Todo eso se atiene demasiado al modelo de

Plutarco. Cuando el coloso yace en el suelo bandadas de moscas empiezan a revolotear en torno a su cadáver; todo el mundo llega y se jacta de lo mucho que ha contribuido a su caída.

Es un rasgo humano; cada cual prefiere imaginarse a sí mismo en un papel favorable. Ello tiene además un valor en la política práctica. El vencido, todo el mundo lo sabe, lleva la peste en el cuerpo. Justo por ello hemos vivido el silencio terrible que se produce cuando el vencedor de la guerra civil ha alcanzado, entre las aclamaciones de las masas, el poder sin límites y lo único que aguarda es que se mueva una protesta. Yo he visto lo muy solo que está un hombre como Niekisch, un hombre que no capitula. A su alrededor se hace un silencio de muerte.

El coraje en la guerra civil es un asunto de los grandes; habré de volver sobre él en el momento oportuno. En comparación con ese coraje resulta normal el coraje en la guerra entre pueblos. Se diría que, a fin de cuentas, la muerte es una y la misma tanto en un caso como en otro. Pero no es eso lo que ocurre. Al menos en la imaginación parece mucho más terrible finar en la guerra civil. De ahí que el ejército se convierta en el refugio, en el sitio de mayor seguridad. Me acuerdo ahora de una noche durante nuestro avance en Francia en 1940; ante nosotros oíamos los cañones en el Chemin des Dames y veíamos brillar los fogonazos. ¿Cómo pudo ser que en aquel momento yo no estuviese ocupado con el peligro que allí se perfilaba, sino con el artículo de un periodistilla que me «ponía en la picota» en su revista? Aquello me pareció tan absurdo, mientras íbamos marchando por la blanca carretera a través de la noche, que me llamé varias veces al orden — los pensamientos, sin embargo, retornaban una y otra vez a aquel punto doloroso. Se ha comprobado que esta primacía de la política interior se ha mantenido hasta en los horrores de la batalla de cerco.

Los visitantes, dos funcionarios de la policía del Estado, llegaron cuando yo estaba de permiso aquí en esta misma casa, después de la campaña de Francia. Me encontraba en una situación favorable, de uniforme, tras una guerra relámpago ganada, y no estaba sujeto a la jurisdicción de aquellos hombres. Habría podido rechazar el interrogatorio, pero pensé que era mejor someterme a él. Por entonces hacía ya mucho tiempo que Niekisch se hallaba en presidio; tal vez cabría hacer algo por él. También otros conocidos míos estaban en peligro.

Esta vez era evidente que no se trataba de un asunto individual, sino de un asunto general, de un movimiento, guiado por los ficheros,

contra el «Frente Negro». Esta expresión era una noción colectiva que abarcaba a personas y grupos que poco o nada tenían en común entre sí, excepto el hecho de no pertenecer a ningún partido y tener fama de ser «impenetrables». Los zoólogos conocen clasificaciones parecidas. La policía tiene necesidad de ellas, como un guardabosque mayor tiene necesidad de sus cotos, donde organiza cacerías por turno. Estaba dándose entonces una de esas batidas y sospecho que era muy grande la extensión a cubrir. La esperanza de que los grandes éxitos militares trajesen un relajamiento interno se reveló ilusoria. Más bien fue entonces cuando cayeron las últimas barreras. Justo en aquellos días se tomaron decisiones funestas.

Tal como yo había aguardado, los dos hombres mencionaron enseguida a Niekisch; querían saber qué era lo que yo tenía que decir de él y de nuestras relaciones. En esas parejas de policías hay siempre uno que es hombre de inteligencia y otro que es hombre de puños. Me dirigí al inteligente y le expliqué que Niekisch era en primer lugar un espíritu nacional y, en segundo lugar, un espíritu social, y que lo que se le reprochaba se basaba propiamente en un malentendido, en una diferencia en el modo de expresarse. Dije también que sus simpatías por los rusos se debían a móviles nacionales, no a móviles bolcheviques; a fin de cuentas teníamos con los rusos en aquel momento un pacto de no agresión y precisamente un hombre como Niekisch podía ser importante ahí.

El inteligente me escuchó con atención; de vez en cuando hacía una seña al otro y este tomaba notas. Cuando acabé de hablar se produjo un silencio. Luego el inteligente dijo:

—Pero en sus cartas al señor Niekisch suele usted expresarse de un modo completamente distinto.

Mientras decía estas palabras metió la mano en el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta y sacó un abultado fajo. Bien podían estar allí todas las cartas que yo había escrito a Niekisch desde que este se dio a conocer en Sajonia como jefe de los Viejos Socialistas. Su nombre se asociaba entonces al de Winnig y se decía que en la izquierda estaban empezando a aflorar cabezas de estadistas.

El policía, por cierto, no había dicho sus palabras con ironía. Tampoco las dijo como una acusación. Las pronunció con un tono objetivo, tal vez había en ellas un dejo de pesar, imposible de definir. Para estar en una pequeña oficina de una ciudad provinciana aquel hombre era evidentemente una buena cabeza. Si fuera lícito juzgar por él el conjunto del personal de la policía del Estado, en esta tenía que



haberse consolidado desde luego un poder temible.

¿Cómo fue que me quedé desconcertado al oír aquellas palabras y ver mis cartas? ¿Era el desconcierto de un hombre al que se le indica que, en medio del juego, ha sacado de su manga una carta falsa? Todo interrogatorio es también un juego, una especie de dominó. Yo había empezado mal, había esbozado una pintura en la que yo mismo no había creído. A ello se agregaba la parálisis de alguien que se ve en una situación complicada, difícil de describir, frente a otro que sabe exactamente lo que quiere y que tal vez es de menos alcances, pero justo por ello está también más seguro. Cuando la gente mira retrospectivamente esos encuentros suele simplificarlos casi siempre como si fueran pinturas en blanco y negro. Pero son mucho más notables.

Más tarde me enteré, creo que por el doctor Drexel, qué era lo que había ocurrido con mis cartas. A menudo había pedido a mis corresponsales que tuviesen cuidado con ellas. Cuando la situación empezó a ser delicada llevaron las cartas a un escondite; era tan perfecto que ellos mismos apenas se creían capaces de volver a encontrarlo. De ahí que trazaran un plano del lugar, y ese plano cayó en manos de la policía. La meticulosidad alemana. Por desgracia había también allí listas de afiliados y cosas parecidas. Yo sabía poco de aquello, tampoco me gustaban las conspiraciones. No se construyen nidos de golondrina en los volcanes ni se botan barquitos en el Niágara. Ningún policía podría reprocharme nada en ese aspecto. Ideas sospechosas, conocidos sospechosos: eso sí, y en las más diversas direcciones. Muchos fueron los que en aquella pesca quedaron atrapados en la red, según me enteré más tarde por no pocos calvarios sufridos.

A aquellos dos hombres les debía todavía una respuesta, aunque eran pocas las cosas que había que disimular. Era patente, además, que no veían en mí un objeto de mucho valor. Eso se nota enseguida. Dije, por tanto:

—Son historias viejas. Entretanto han ocurrido muchas cosas. Cuando uno vuelve a casa de la guerra y ha cumplido con su deber, aguarda visitas diferentes de esta — ustedes comprenderán lo que yo siento.

Estas palabras parecieron impresionarlos. No insistieron más en lo de mis cartas, lo que me satisfizo mucho, y sin duda tenían también cosas que hacer en otro sitio. Recogieron sus cosas, se despidieron y partieron en su pequeño automóvil. Por lo que oí más tarde, se detuvieron todavía en casa del alcalde para enterarse de mi

comportamiento en la aldea. Junté las cartas y los libros de Niekisch y una serie de otros papeles y encendí una hoguera en el jardín. Esta vez se encontraban entre aquellos papeles algunos cuya pérdida lamento más que la de las poesías expresionistas; por ejemplo, un diario de 1933, que empezaba con los grandes fuegos artificiales en el campo de aviación de Tempelhof. Lo había comenzado con el propósito de retener algunos rasgos fugaces de los acontecimientos, rasgos que se pierden pronto, y con esa intención había hecho visitas a una serie de lugares y de personas. Fue una verdadera pérdida.

Kirchhorst, 2 de septiembre de 1945

Por la tarde he ido «de setas» con el maestro de la escuela, no tanto para recoger setas cuanto para aumentar mis conocimientos. A la vez hemos mantenido una agradable charla sobre la vegetación de los pantanos y sobre los lugares en que se encuentra; hemos hablado así del ácoro o cálamo, del *Ledum,* del romero, de la drosera o rocío de sol, de la mirica perfumada, que aquí crece formando extensos matorrales.

En el dique del pantano vi desaparecer una serpiente en el cañaveral; cuando la perseguimos se enrolló al pie de un abedul y silbó a un palito que le presenté. Era una víbora de color marrón aterciopelado y de una agilidad tan mágica que ante la impresión espiritual de su deslizarse desaparecía completamente la impresión corporal. La visión de semejante alhaja viva encierra en sí una fuerte agresión a la consciencia.

El maestro quería ejecutar al animalito; conseguí arrancarle su vida. En estas discusiones es preciso aducir razones económicas; en este caso fue que la víbora cazaba ratones.

Kirchhorst, 3 de septiembre de 1945

En los bosques y pantanos situados entre Oldhorst, Wettmar y Engensen había una soledad magnífica, encandecida por los rayos solares. El bosque es un gran símbolo de la muerte. En tales paseos se despiertan siempre recuerdos antiguos, temas de la iconografía celta: expectación, curiosidad, fervor religioso, tristeza, tal vez añoranza del hogar. No es ya el viento que atraviesa las copas de los árboles. Todos los gritos de los pájaros adquieren un tono de saber, de complicidad, de presagio.

He pensado en *Hans im Glück,* «Juanito Fortuna», al que veo como tipo de hombre que no ha negociado con sus talentos.[12] A medida que

van transcurriendo nuestros años deberíamos, por el contrario, poner en circulación el regalo que hemos recibido, acrisolarlo, condensarlo hasta convertirlo en oro puro. Este oro tendríamos que llevarlo luego con nosotros para el último cambio de moneda — como peaje para entrar por aquella puerta detrás de la cual se halla el fontanar de los valores.

A la vuelta me he encontrado sobre la mesa de escribir un largo cuestionario de la Oficina del Trabajo, que debo rellenar con los datos de mi casa. «Las declaraciones falsas serán perseguidas por los tribunales del gobierno militar.» Esos tribunales tienen ahora un nuevo dueño. Yo sabía muy bien que esas cosas se conservarían; resulta demasiado cómodo el instrumento. Los gobiernos van relevándose como los anillos de una tenia; su cabeza, su carácter inteligible, permanece. Cada gobierno añade una serie de celdas nuevas a la cárcel. El arte de gobernar va consistiendo cada vez más en producir en todas esas cosas la ilusión de la libertad; por ello es la propaganda, junto a la policía, el medio principal que se utiliza. El antecesor fue siempre el diablo; el futuro será brillante.

Kirchhorst, 5 de septiembre de 1945

Hechos de los Apóstoles, 23, 5. Acusado ante el Sanedrín, san Pablo provoca hábilmente una escisión entre los fariseos y los saduceos. Es el comportamiento de quien sabe caminar tanto a derecha como a izquierda: de quien conoce las realidades políticas. Compárese con esto la respuesta dada por el Maestro a propósito de los dineros del César: el Maestro elimina la duda pronunciando un veredicto. Es el comportamiento de quien viene de lo alto y camina a través de los hechos. Pero el Fundador no puede prescindir de los sacerdotes, como el Espíritu no puede prescindir de la mano.

El sueño de san Pedro con los animales es significativo porque resulta antinatural. Es un sueño que está en completa contradicción con la simplicidad y claridad de carácter que los relatos atribuyen a ese apóstol. Lo único que resulta apropiado es la escenificación, por cuanto corresponde bien a la imaginería de un pescador. Al leer este pasaje pienso en esos manteles sobre los cuales se ven desparramados moluscos y otros animales marinos delante de los figones de las ciudades portuarias.

Ese sueño tiene un significado poderoso no solo para la historia de las religiones, sino para toda persona singular. Si queremos acercarnos al ser humano que nos repugna es menester que eso vaya precedido de una superación interior. Tenemos que tragarnos lo

repugnante, digerirlo dentro de nosotros. Si alguien como Pedro, educado con el máximo rigor en las leyes de la limpieza, se sobrepone hasta el extremo de comer escorpiones, eso es un milagro — no es un avance, no es una evolución, no es un acto de ilustración, sino que es un modelo de mutación, un salto por encima de abismos y precipicios enormes. El europeo de hoy se encuentra en la misma situación: lo que en otro tiempo era la escisión por el abismo de la Ley, eso es ahora la vieja separación histórica y el terrible desvío provocado por el odio.

Kirchhorst, 6 de septiembre de 1945

De igual manera que, según Heráclito, la armonía invisible es más importante que la visible, así el acto de violencia cometido a escondidas es más horrible que el cometido abiertamente.

Los girasoles, vasijas negras y doradas de las que gotea el néctar puro. Una corona de llamas rodea el oscuro disco; en él vagan ebrias las abejas, mientras cae lentamente un polvo de oro. Su olor cálido, regio, trastorna los sentidos, cual si estos se diluyesen en los elementos. El azul luminoso del zenit otoñal forma parte de eso como tercer color, como manto que lo cubre.

En el correo, que poco a poco va aumentando, entre otras cartas, una de Carlo Schmid, que ahora es ministro de cultos de Württemberg-Sur. «Un pan amargo», según escribe. Por cada una de estas cartas se entera uno de los nombres de otros supervivientes, y así esta contiene el nombre de Göpel — es como si estuviera formándose una sociedad nueva después de un terremoto o de una peste.

Continuado la lectura de las *Historiettes,* de Tallemant de Réaux. Macabro hubo de ser el humor de un consejero del Tribunal de Cuentas que ordenó en su testamento que en su entierro participaran frailes mendicantes; estos portarían unos cirios que él mismo había comprado con esa finalidad. Así ocurrió, y durante la oración fúnebre aquellos cirios estallaron, escupiendo petardos y buscapiés, que con gran estruendo comenzaron a correr de un lado para otro de la iglesia, de modo que la gente creyó que el demonio se había llevado el alma de aquel buen hombre. El cual fue sin duda un antepasado de esos tipos nihilistas que más tarde se han vuelto bastante frecuentes. En *El idiota,* de Dostoievski, se encuentra un modelo en el personaje del estudiante Hipólito.

Tallemant describe, en cambio, un carácter puramente satánico en la persona de un cierto caballero D'Andrieux. Este se jactaba de haber matado en duelo a setenta y dos adversarios. A veces prometía la vida a quienes ya estaban caídos en tierra, con tal que renegasen de Dios, y luego los mataba. Lo hacía, como él mismo decía, por disfrutar del placer de asesinar el alma y el cuerpo de un solo golpe.

Este D'Andrieux, tras la conquista de un castillo, persiguió a una muchacha joven para violarla. Cuando le hubo cortado toda salida, la muchacha se arrojó al patio desde una torre. D'Andrieux bajó y sació sus deseos en el cadáver. Tallemant señala con ingenuidad que aquel hombre era también un pillo y que, por ello, un buen día fue colgado.

Kirchhorst, 9 de septiembre de 1945

Durante la noche con los Compañeros de la Turbera Hueca. Había entre ellos antiguos «nerotios». Schmitz y yo íbamos en bicicleta a aquel lugar y teníamos que apearnos en los matorrales. Antiguos estudiantes de la Escuela Técnica Superior de Hannover y de la Universidad de Gotinga, que entretanto habían pilotado aviones, submarinos y otros vehículos armados, celebraban su reunión en un vagón de ferrocarril que habían llevado hasta un sitio inaccesible. Los espíritus técnicos están empezando a cambiar; su pensamiento está haciéndose más ágil, más seguro y siempre más peligroso. Allí, en la noche del pantano, se entregaban a unas actividades que hacían pensar en los primeros «bacantes»; estos fueron los antecesores de los antiguos *Wandervögel.* Bebíamos aguardiente de remolacha y entonábamos canciones de un libro salido de la Imprenta de los Lansquenetes, de Wittingen. Ello provocaba una gran agitación por todas partes en el pantano.

Lectura: *Escenas de la vida de la parroquia de Kirchhorst,* una carpeta de apuntes perteneciente al distrito eclesiástico de Burgwedel. Me la ha dejado el superintendente.

En el año de 1625 sube la cuenta del vino de comunión «porque hay muchos enfermos en las casas y hay asimismo muchos caballeros, tanto enfermos como sanos». Estos «caballeros» formaban parte de las tropas de Weimar que habían invadido la región.

Al año siguiente se hace mención de los Imperiales, que saquearon la iglesia y la casa parroquial. En 1641 la cuenta de la «grasa para las campanas» asciende al doble de lo habitual, «es decir, dieciocho peniques»: «Porque hubo que tañer las campanas para

muchos difuntos» — a consecuencia de las incursiones de los suecos, que acampaban en las cercanías de Wolfenbüttel y de Sarstedt; a esas correrías se les daba el nombre de «la caza sueca». Ese mismo año volvió a ser saqueada la casa parroquial y fue robada la última estufa de cerámica.

Pero parece que esta zona se recuperó pronto de tales calamidades, pues en 1651 se bendijo la nueva casa parroquial y el banquete fue preparado por cocineros franceses. La inscripción de la puerta decía así: *Pestis, bella, fames absint, pax vivida vivat. Ao. Dn. 1651*. Tampoco esa casa sigue en pie.

La Revolución francesa provocó una modesta marejada en la aldea; los campesinos se negaron a dar alojamiento y comida a los perros y caballos del señor local, que era una de las contribuciones que tenían que pagar cuando aquel se presentaba a cazar. Pronto se los hizo entrar en razón, hubieron de pedir perdón de rodillas y prometer que se corregirían; tal promesa se la hicieron al señor Von Cramm, cuya familia sigue ejerciendo todavía hoy el derecho de patronato.

A finales del siglo XVIII la esposa de Spangenberg, catedrático en Gotinga, visitó aquí a su hermano Thomas Ludwig Wehr, uno de los amigos de Hölty y cofundador del Hainbund. Sobre esa visita escribió la citada señora lo siguiente: «Me ha dejado asombrada la cultura de los campesinos de este lugar. Tienen conocimientos que yo no habría aguardado en ellos y que, sin embargo, no menoscaban la simplicidad de sus costumbres». De aquellos mismos años proceden también las hermosas lápidas sepulcrales cuya vista me ha alegrado a menudo.

Así van las cosas, unas veces bien y otras mal. También este rincón perdido es una muestra de que, al lado de su periodicidad grande, la cultura posee una periodicidad pequeña. Basta que haya un poco de bonanza y brille un poco el sol para que broten en las laderas las flores y los frutos. Los gérmenes están siempre ahí. Cuando el clima se vuelve riguroso es preciso depositar la esperanza en esos pequeños rincones soleados y en esas breves horas de luz. Es algo que requiere virtudes de lagarto.

Kirchhorst, 12 de septiembre de 1945

Rosenkranz ha venido a buscarme para dar un paseo botánico hasta la charca de Lohne. Mientras caminábamos hemos estado charlando de drogas y fármacos. Resulta notable el giro que está dándose de los preparados vegetales a los preparados animales; se

habla de plantas medicinales, pero no de animales medicinales. Tengo la impresión de que el mencionado giro corresponde a la diferencia entre el abono vegetal y el abono animal. En la Naturaleza basta el humus para que las cosas crezcan, pero en la Cultura es preciso que se añada el principio animal, más activo, con el fin de compensar el aumento de consumo. Así el habitante de las grandes ciudades depende de medicamentos extraídos de las glándulas venenosas de las serpientes o de los despojos de los mataderos. Las enfermedades tienen un apetito cada vez mayor. El propio ser humano acaba convirtiéndose en un medicamento.

Para las preparaciones de foliculina se utiliza como materia prima la orina de mujeres embarazadas, que se recolecta en las maternidades. La recogen las enfermeras, cuyo celo se estimula con grandes cajas de bombones. Estamos acercándonos en este punto al antiguo filtro amoroso; por lo pronto tiene efectos cosméticos, pues los mencionados preparados están destinados a levantar los pechos y eliminar las arrugas, pero, además de ello, se elogia mucho su efecto sobre el desarrollo de los instintos femeninos. El ser humano es el más poderoso de los medicamentos.

Esto me ha hecho pensar en Dietz, el viejo cirujano militar, que nos ha dejado unas memorias excelentes, verdadera mina de datos. En ellas describe un campo de batalla en el que yacían muertos seis mil turcos. Sus colegas cristianos se dedicaron a recoger sus testículos, «con los cuales se hace la más preciosa de las *mumias*». La *mumia* era un afrodisiaco. Entonces no se sabía nada de las hormonas, una de las palabras de moda de nuestro tiempo. En los combates contra los infieles estaba permitido recoger los testículos, como también lo estaba el disparar balas de fuego. La guerra entre ateos trae consigo medidas similares, más abstractas.

El interés que provocan hoy los desechos humanos, y no solo los desechos, es algo que requiere atención, o, mejor dicho, vigilancia. Nunca se sabe dónde acaban las cosas que comienzan con experimentos en ratas, ratones y ranas. Las donaciones de sangre presuponen extracciones de sangre; ¿son siempre voluntarias? Yo he oído hablar de prisiones donde a los condenados se les extraía la sangre antes de ejecutarlos. El suero contra el tifus exantemático se obtuvo claramente de víctimas humanas, de víctimas no voluntarias. De pronto nos hallamos inmersos en el viejo mundo fetichista, enormemente retrasados con respecto a Hipócrates y a su máxima del *nil nocere* [no causar daño a nada]; hay industrias que quieren penetrar en aquel mundo. También la química orgánica desarrolla, como cada una de nuestras ciencias, su lado nocturno, y tal vez sea

ella una de las más peligrosas.

Están apuntando, a menudo incluso sin disimulo, etapas previas del canibalismo inteligente, transiciones hacia él. Toda visión puramente económica de las cosas se mueve necesariamente en esa dirección. Es el triunfo de la explotación. Puede llegarse de manera completamente repentina no a una descomposición rápida, como temía Burckhardt, sino a una cristalización demoniaca, si se produce un descenso vertiginoso de la temperatura.

En cuanto técnico, en cuanto ser que vive en la abstracción espiritual, el ser humano es el enemigo y explotador del hombre de la Naturaleza y del hombre de la Cultura. Al hombre le es necesario, por tanto, protegerse de sí mismo, y ello de una manera que no fue posible prever ni en los tiempos de las leyes sobre el *habeas corpus* ni en los de la proclamación de los derechos humanos. El trabajador tiene que marcar claramente el territorio de su libertad.

En sus diarios dice Léon Bloy que el 20 de abril de 1906 fue una jornada de alegría. Ese día le trajo la noticia de que Curie, «el inventor diabólico del radio», había perdido la vida en un accidente de circulación. Pasajes similares se encuentran a menudo en Bloy; la impresión que se tiene es: o este hombre estaba chalado, o era clarividente, pero, en todo caso, extraordinario.

Kirchhorst, 13 de septiembre de 1945

El genio de san Pablo alcanza su cumbre en el capítulo decimotercero de la Primera Epístola a los Corintios, y la alcanza simplificándose al máximo. San Pablo es a menudo de lectura difícil, en aquellos pasajes donde los rayos de su espíritu están dispersos; pero en el mencionado capítulo se vuelve enteramente fácil y cálido. En él se ha conservado algo del «hablar en lenguas» —poco antes san Pablo se ha ufanado de su maestría en ese modo de hablar— y a ello se debe el que ese capítulo posea en todos los idiomas una profundidad especial, una eufonía propia.

En el versículo 12, sumamente importante, se interpenetran la concepción platónica y la concepción cristiana. La traducción alemana de Lutero: *Wir sehen jetzt durch einen Spiegel in einem dunklen Wort* [vemos ahora por un espejo en una palabra oscura], no acierta a reproducir la topografía que se esconde en el ablativo griego original: ἐν αἰνίγματι, y, en latín: *in aenigmate.*

Ahora vemos en un espejo una imagen enigmática. El espejo es nuestro medio; es nuestra intuición sensible, en cuya superficie proyecta sus sombras el Ser. Y, como en todos los espejos, también en este falta la dimensión de la profundidad; proporciona únicamente un reflejo de la realidad. No es posible conquistar la realidad entrando en el espejo; es preciso salir de él.

Ha llegado la primera carta de mi madre y me ha quitado de encima una de las principales preocupaciones que me agobiaban. Todo lo que mi madre cuenta es más o menos novelesco. Hemos participado en una de esas catástrofes que nos eran conocidas únicamente por las crónicas. Revienta la ola de la Vida y millones de personas son arrastrados por ella, flotando en el cristal. A ello se agrega que la devastación ha irrumpido en espacios en que estaba sumamente desarrollada la consciencia. Tal vez las inclinaciones arqueológicas, los ambientes pompeyanos, fueran ya estudios previos, atisbos de eso.

Kirchhorst, 14 de septiembre de 1945

He acabado de leer el volumen sexto y último de las *Historiettes*. El juicio de Sainte-Beuve sobre Tallemant de Réaux es atinado: lo califica de anecdotista nato, de igual modo que de La Fontaine dice que es un fabulista nato. Habría sido una lástima que Tallemant hubiera dado densidad a su material, tal como proyectaba, para hacer una historia de la Regencia. El encanto de su obra reside precisamente en lo que tiene de efímero, de cotidiano, en lo suelto del tejido; en ella se ve cómo va formándose la historia, cómo va cuajando. Los apuntes genealógicos que ofrece se asemejan a semillas; estas echan tallos en rasgos de carácter y absurdidades, flores en anécdotas, chistes, *concetti* y *capriccios,* y frutos en bancales con varias subdivisiones. Estamos en el siglo XVII, a igual distancia de la Edad Media y del Estado nacional. La libertad posee todavía un buen contrapeso.

Hoy sería imposible una obra como las *Historiettes,* sobre todo tras la aniquilación de la nobleza rural y la uniformación de los artesanos. Las fuerzas generadoras de anécdotas son grandes excepciones. Pues siempre es preciso, en efecto, que siga vivo algo mítico, como en el Viejo Fritz, en el Pequeño Cabo. Ahí se transparentan arquetipos, imágenes primordiales. La grandeza no reside en el número. Cuando Karl Kraus dijo: «No se me ocurre nada con respecto a Hitler», se refería a eso mismo. Las cosas que sobre él se oían rayaban más bien en lo absurdo, en lo grotesco, en lo fantasmagórico, se salían del marco histórico. En nuestro tiempo el relato está empezando a

cambiar, como puede observarse cuando se reúnen hombres que han vivido muchas cosas. Va perdiendo su naturaleza caracterológica y adoptando rasgos de movimiento. En lugar de los personajes aparecen situaciones. El destino adopta la forma de curvas, de pruebas y tareas exactas. Cada cual puede ser llevado a ellas y triunfar o fracasar por su culpa, como se insinúa ya en las anécdotas de Kleist. En las historias de Poe, que más bien son informes matemáticos, se hace enteramente visible eso.

El asunto de los relatos de Poe es la dominación del mundo dinámico, que solo puede lograrse desde algo inmóvil, desde un centro. De ahí que en la narración haya una búsqueda secreta del punto central y eso es algo que está en correspondencia con la tendencia geográfica hacia los polos. En los polos es donde alcanza su culminación el peligro, donde queda vencido por el hombre de coraje, como ocurre en *Una bajada al Maelström,* de Poe, y en *Tifón,* de Conrad.

En esa búsqueda del punto central reside también lo que en nuestra literatura y en nuestra situación en general hay de problemático, de experimental. Supongamos que se encontrara el punto central desde el cual es posible guiar, dirigir la Tierra — un punto central hacia el que está yendo cada vez más claramente nuestra voluntad en sus formas de política espiritual y en sus manifestaciones técnicas. Eso no dejaría de ser una solución superficial, una solución técnica, si al mismo tiempo no se abriera una profundidad nueva. «Nueva» quiere decir aquí: redescubrimiento del fundamento duradero, estable, que hay en lo temporal. Solo así llegaría a su conclusión la edad de los descubrimientos, la edad del progreso y de los talleres del progreso. El ser humano se habría construido una casa nueva.

Los polos no son solo puntos de una superficie, sino que son a la vez puntos de un eje que tiene un arriba y un abajo. La unidad del mundo como pura ordenación superficial abre unas perspectivas horrorosas. Una y otra vez vuelve a comprobarse que es preciso que acontezca algo en el ser humano para contrapesar el gigantesco incremento de poder, una especie de explosión interior, la cual, de todos modos, no depende de su voluntad. Y, sin embargo, hay indicios que apuntan en esa dirección, sobre todo el que consiste en que echemos de menos lo que falta, en que lo sintamos. Eso forma parte de la herencia del cristianismo, el cual posee una fuerza que sigue operando, como una vacuna cuyas huellas son indelebles.

Para una mentalidad puramente antigua los problemas serían más

simples, pero las soluciones nos retrotraerían a un estadio superado hace ya mucho tiempo. Se alcanzaría más bien la perfección: pues en lo esencial esta se basa en el asentimiento, en la satisfacción. Es un presagio favorable, empero, el hecho de que a nosotros no nos basten nuestros caracteres, nuestros edificios, nuestras obras de arte. Si en algún punto sintiésemos como perfectas nuestras realizaciones actuales, eso implicaría el peligro de su acabamiento prematuro, no legitimado. Enseguida se volverían muy bellas luego esas realizaciones, se alzarían cual glaciares magníficos.

Por la tarde cavado en el jardín; los frutos tempranos están evacuando ya el bancal. Luego, con la bicicleta, a los bosques solitarios que rodean a Oldhorst. Los viejos enebros sobre todo incitan a soñar. Allí están los cazaderos de Hermann Löns. Hoy se habría alegrado ciertamente de ver el herrerillo capuchino, que en una espesura de pinos mondaba ramas con una gracia enorme. A ese animalito se le da también el nombre de herrerillo real, por su copete en forma de corona. En su peinado de plumas erizadas hay algo de la encantadora impertinencia de los débiles.

En los prados de la aldea las ordeñadoras llamaban a sus vacas: *Muttchen* [madrecita] — esa palabra remeda el mugido, pero también está llena de significado, pues la vaca encarna, en efecto, el reino de las madres y su gobierno pacífico, en contraste con el caballo, animal paterno. A la vaca le convienen los sonidos oscuros, los utensilios de madera, las vajillas de barro; al corcel, en cambio, el relincho claro, sanguíneo, la trompeta, el tintineo de las herraduras, armas y corazas.

Kirchhorst, 15 de septiembre de 1945

En el gran combate entre los propugnadores de la palabra y los propugnadores del conocimiento Rivarol es, comparado con Vico, con Herder, con Hamann, nada más que un manco; hay en él una mitad volteriana. Tropiezo con ella en mi traducción — es lo que me ha ocurrido hoy con el pasaje en que habla de la Asamblea Nacional. ¿He de traducir, por ejemplo, *les conséquences de ses principes* por *die Früchte ihrer Saat* [los frutos de su siembra]? En toda traducción hay un riesgo, pero el trabajo merece la pena solo si se asume ese riesgo. Es preciso añadir fantasía, mas solo como una especia. Esa es la frontera en que ya no basta la inteligencia. Ha de agregarse la intuición.

Es menester tener en cuenta, cuando se traduce, que cada obra

posee su texto original secreto. Reside en lo inefable, en la idea, en la intención, que se dibujan en el lenguaje como en un espejo. Cuando se logra llegar, caminando hacia atrás, hasta esa zona son posibles ciertos casos en los que la traducción supera a su modelo.

El cartero ha traído el primer paquete, un regalo de Ursula Lampe, que ha enriquecido mi biblioteca con los comentarios de Lichtenberg a los grabados de Hogarth. También ha llegado una carta del doctor Hörstel con observaciones acerca de mi escrito sobre la paz.

Sin duda son importantes las reflexiones acerca de si la unificación de Europa puede parecerle deseable a una de las grandes potencias vencedoras; pero esas reflexiones son secundarias, pues dependen de las coyunturas. Para Alemania la unificación de Europa es una cuestión vital; también lo es para Francia y para los Estados pequeños. ¿De qué otro modo podría llegarse a una solución de la cuestión polaca, o a que dejase de ser una cuestión? O Europa se une, o perecerá.

Kirchhorst, 16 de septiembre de 1945

Dos son los métodos que hay para dispersar la concentración de los espíritus en torno al punto cero. Cabe limitarse a participar las reglas racionales de la navegación que conduce fuera de la zona de los hielos, o bien cabe dar a esos espíritus una imagen de la abundancia que reina en las latitudes meridionales. En este último caso es preciso exhibir frutos. Entre ellos está el poema. La palabra trae muestras de Nuevos Mundos, perfumes y semillas de islas desconocidas. En este sentido el poema posee una mitad profética, que está en correspondencia con su mitad etimológica. No solo tiene fuerza histórica, también tiene fuerza creadora. De ahí que uno de los indicios de la catástrofe sea la extinción de los poetas.

La procreación es recuerdo de la gran fundación y la fuerza de procrear es un feudo de que estamos investidos aquí abajo: es símbolo temporal del poder de crear y sacerdocio de ese poder. Esos ornamentos que son los sexos son los ornamentos de tal sacerdocio.

Lo que la Tierra, el Universo, es para el Creador, eso es la mujer para el procreador. La unión es re-unión, recuerdo de un ser anterior a los orígenes. El origen instaura las grandes separaciones. La Luz y el Sol determinan el ritmo masculino; la Tierra y la Luna, el femenino. En cada procreación se interpenetran fuerzas solares y fuerzas telúricas y conocen la unidad que subyace al Universo. En todos

aquellos sitios en que hay un encuentro entre los sexos se hace visible eso: la mujer, al divisar al varón, baja los ojos hacia la Tierra, mientras que el varón los levanta. Son formas de adoración.

Lo que aumenta en la embriaguez es la circulación, no el capital. El efecto que causa es la elevación del exponente, pero no la de la raíz. De ahí que pueda decirse: la embriaguez multiplica, pero carece de la capacidad, superior, de sumar, capacidad que añade cosas nuevas, cosas diferentes, y que sí es poseída por el eros.

Otra vez tiempo caluroso. Cada mañana sigo los progresos de las habichuelas, que he plantado demasiado tarde. Pero los frutos que más nos gustan son precisamente los que hemos arrebatado al clima, los guisantes que hemos osado plantar en febrero, las alubias que colocamos entre las filas de las fresas tras haber cosechado estas.

A Johann Timotheus Hermes, autor del *Viaje de Sofía desde Memel hasta Sajonia,* muerto en Breslavia el año de 1821 siendo catedrático de teología, se lo tiene por un imitador poco significativo de Richardson. Quisiera levantarle un pequeño monumento, aunque solo conozco de él, o porque solo conozco de él, un canto de iglesia, que comienza así:

Ich hab von ferne,

Herr, Deinen Thron erblickt

Und hätte gerne

Mein Herz vorausgeschickt,

Und hätte gern mein müdes Leben,

Schöpfer der Geister, Dir hingegeben.

[Desde lejos, Señor,

he divisado tu trono,

y me hubiera gustado

enviar por delante mi corazón,

y me hubiera gustado entregarte a ti,

creador de los espíritus, mi cansada vida.]

En las cinco estrofas de que consta el poema se desarrolla una auténtica visión, cosa insólita para los comienzos del siglo XIX; esa visión fue tenida probablemente con ocasión de una enfermedad mortal que a punto estuvo de separar el espíritu del cuerpo. El lenguaje tiene un eco de Eleusis que no puede ser procurado por la pura invención.

Lo peor que puede pasarnos es que nos coloquemos a nosotros mismos en una situación injusta cuando tratamos con bellacos. Entonces son ellos los que nos sermonean y no hay juez más implacable que aquel que, en primer lugar, tiene razón, y, en segundo lugar, es un bellaco. Shylock da una pálida idea de eso.

El *non plus ultra* en este sentido es un tribunal compuesto de asesinos y puritanos. Los cuchillos de los matarifes adquieren entonces unos mangos morales.

Una buena observación de Feuerbach, el viejo especialista en derecho penal, es la de que «un asesinato inspirado puramente por el provecho personal no por ello se comete puramente para sacar provecho. ¿Por qué el ladrón asesino comienza a menudo provocando con pequeñas ofensas a la víctima que ha elegido, hasta obligarla a enfadarse y pelear? Porque busca en su propia cólera un auxiliar entusiasta».

Ese precisamente es el favor que no debe hacerse a los asesinos. Qué júbilo tan grande estalla cuando comete una falta el adversario de un partido resuelto a atacar en la guerra civil — y en esas situaciones todo se convierte en falta. Ese es el peligro de los atentados; con ellos se le hace un favor al adversario. A menudo es este mismo el que los provoca.

Toda gran matanza va precedida de una literatura que se ocupa en infamar al adversario. Primero se le despoja de su honor; luego, de su existencia.

El personaje de Rasumijin en *Crimen y castigo,* de Dostoievski. Esa es la madera de que están hechos los bolcheviques. El citado personaje está emparentado con el positivista que hace de figura principal en *Padres e hijos,* de Turguéniev. Fáltale a ese tipo todo acceso a la

espiritualidad superior y resulta difícil comprender en qué estriba su superioridad. Pero tiene un corazón grande y como amigo es completamente de fiar. Cabe así esperar que llegará a madurar.

Dostoievski ilumina a Rasumijin con los rayos de su simpatía, aunque conoce sus limitaciones. Eso es señal de un marco amplio, capaz de proporcionar espacio de juego a los personajes.

Kirchhorst, 19 de septiembre de 1945

Sobre los medicamentos. Solo en apariencia se contrarrestan los remedios contrarios; lo que de verdad hacen es enmascarar el dolor. Así se contrarrestan en una balanza el peso y el contrapeso — no producen, es cierto, ninguna desviación del fiel, pero sí un peso doble, hasta que los brazos de la balanza acaban rompiéndose.

En todo círculo de conocidos está representado hoy el tipo del hombre sobrecargado, que aumenta con estimulantes el rendimiento de su trabajo y fuerza con narcóticos el sueño. El desgaste permanece invisible. La circulación crece a costa del capital, de la reserva básica, que es agotada por aquella. Luego llega el colapso repentino. Nos preguntamos cómo ha podido afectar a alguien al que todavía el día anterior veíamos tan animado, tan lleno de vida. Se ha roto el eje, el brazo de la balanza.

¿Ha de combatirse en el niño la nobleza de ánimo porque se divisa en ella un peligro para su seguridad futura?

Esa ceguera parcial a la que suele calificarse de nuestra capacidad de visión.

Si no hubiese el caso normal, ¿sería raro algo?

Kirchhorst, 20 de septiembre de 1945

Las madres que maquinan la muerte de uno de sus hijos para ver así al otro dueño de un poder mayor: algo que viene de antiguo y que permite sacar conclusiones sobre las primeras hijas, sobre un estrecho parentesco con la primera madre. ¡Quién sabe si no estaba Eva en connivencia con Caín! En los primeros tiempos el amor se dirige al más audaz, al fuerte, de igual modo que la Tierra es ciertamente democrática en sus partos, pero aristocrática en el reparto de sus dones.

Parisatis, la madre de Artajerjes II, pertenecía a ese tipo; en las dinastías persas puede estudiarse excelentemente, en general, el piso bajo de la historia humana. Ese piso perdura en ellas mucho tiempo y fue Heródoto quien lo hizo entrar en la historia, como fue él quien hizo que pasasen al estado de vigilia no pocos sueños.

En aquellos sitios donde la madre terrenal representa a la Madre Tierra todo varón se convierte, por cierto, en hijo, y todo asesinato, en fratricidio, tanto si es el hijo quien asesina al padre como si es el amante quien asesina al marido. En esas profundidades se produce una simplificación terrible.

Parisatis estaba casada con su hermano, Darío II. La importancia de esa mujer cabe adivinarla por el hecho de que incluso después de la victoria de Artajerjes fuese capaz de vengar a su hijo preferido. Junto a Clitemnestra, junto a Medea, Parisatis es una de las Furias. Lo único que se ha conservado de la imagen de estas ha sido el reverso, la cara espantosa; pero estaban dotadas de una poderosa fuerza mágica y poseían en plenitud los medios de su sexo.

Cualquier resistencia es inútil cuando la madre exige derramamiento de sangre, cuando empuja a sus hijos a las barricadas en las discordias entre hermanos o los lanza a la batalla en las guerras. En esas ocasiones la madre puede adquirir el excelso esplendor de las Furias, acompañando a sus hijos y guiándolos desnuda, tal como se la ve representada en los arcos de triunfo.

Para dar la señal del asesinato de Clearco y sus oficiales se iza en la tienda de campaña del sátrapa Tisafernes un estandarte de color rojo púrpura. Diríase que esa bandera se inflama ascendiendo desde las oscuridades del mito; es una señal que se repite una y otra vez en la historia, y a menudo sin que los seres humanos conozcan su significado. Con esa bandera está emparentada la alfombra roja que es extendida por Clitemnestra y que pisa Agamenón cuando, al volver al hogar, entra en su palacio de Micenas. Ya está preparado el baño, tejida la red, afilado el puñal con que se comete el asesinato en nombre del Plutón subterráneo.

«Generalmente» es sinónimo de «casi generalmente». Cuando se dice que algo es «generalmente creído» la expresión incluye ya algunas excepciones. La imprecisión del lenguaje se pone especialmente de manifiesto en las graduaciones. «Lo sé» — «lo sé con seguridad» — «lo sé con toda seguridad»: desde el punto de vista de la lógica tales graduaciones son superfinas, pero nosotros, como seres

pasionales que somos, no podemos prescindir de ellas.

Kirchhorst, 21 de septiembre de 1945

El Circo Belli ha plantado su carpa en las desoladas afueras de Hannover; he ido con los niños. Para ellos, que han despertado a la vida en tiempo de guerra, ha sido la revelación de un mundo nuevo; y participar en él, un placer muy grande.

Su entusiasmo me ha hecho ver claro que lo que una empresa como ese circo procura con su irrupción en el mundo de las ruinas es mucho más que un mero entretenimiento. Nuevos signos de animales y de dioses ízanse cuando se izan sus banderas.

Cuando uno viene de la jurisdicción de Marte entra aquí en un aura diferente, en un medio más fino y más ligero. Mercurio y Neptuno cobran poder; son Sagitario y Libra, signos del fuego y del aire. A menudo las estampas del circo me hacen pensar en estampas militares, pero las primeras están afinadas en otra clave. La diferencia está en la fuerza de la gravedad, considerada por el soldado como un medio para la victoria, mientras que lo que el acróbata, el titiritero quiere es triunfar de ella. El «ala» es, en el sentido militar del término, una masa que entra en combate para triturar al enemigo, mientras que el problema que en el circo se plantea es más bien cómo elevarse sin alas en el espacio.

Eso es algo que afecta a todos los detalles. En la carpa de un circo la música no es música de marcha; no está destinada a provocar una tensión, sino una atmósfera de alegre expectación. Los caballos han sido adiestrados más bien para la danza que para la guerra; no van montados por hombres armados, sino que parecen moverse en connivencia con hermosas mujeres que, sobre ellos, flotan en el aire. A lo cual se añade algo refinado, carente de objetivo: el equilibrismo. Los tiradores son virtuosos en su arte; no pretenden dar al adversario, sino casi rozar con sus balas el cuerpo de su pareja, que a menudo es una mujer, y dibujar su contorno. No se trata de dar o de recibir la muerte, como ocurre en los ejércitos; lo mismo que la gravedad, también la muerte es algo sobre lo que el ser humano salta, algo de lo que triunfa con gracia. Ese es el sentido que tienen los leones domados, los volatineros y trapecistas, y asimismo las locas carcajadas que alternan con el horror petrificado. Todas esas cosas aportan un alivio enorme.

Mercurial es el efecto causado por las lentejuelas, por los juegos de prestidigitación, por el súbito desarme de la carpa, rápido como

surgido del pensamiento, por el personal, mezcla de gentes nómadas de todas las naciones. El lado mercantil de Mercurio desempeña en el circo un papel secundario, pues, el precio de la entrada posee a la postre el mismo significado subalterno que posee la soldada para el guerrero. En eso cooperan poderes transmutadores. Se transparenta la procedencia antiquísima del titiritero. Tal vez él recorrió el mundo antes que el comerciante, y con mayor seguridad.

Excelente ha sido un grupo de trapecistas que iban vestidos con mallas azules ribeteadas de plata. Los colores del aire y del cielo convienen a esa especie de exhibiciones. Lo mismo ocurre con la navegación aérea: esos son los colores que deberían llevar los aeropuertos y aeronaves, los aeroplanos, los trajes de los aviadores. Aquí es donde tiene su lugar, junto a sus otras propiedades, también el color del aluminio: metal de Icaro.

Kirchhorst, 22 de septiembre de 1945

... desconocedores de las lenguas antiguas, del mito griego, del derecho romano, de la Biblia y la ética cristiana, de los moralistas franceses, de la metafísica alemana, de la poesía del mundo entero. Enanos en la vida verdadera, gigantones de la técnica — por ello, también, colosos de la crítica, de la destrucción, en la cual consiste su misión, que ellos ignoran. De una claridad y precisión nada comunes en todos los asuntos mecánicos; deformes, atrofiados, confusos en todo lo concerniente a la belleza y el amor. Titanes de un solo ojo, espíritus de las tinieblas, negadores y enemigos de todas las fuerzas creadoras — esos hombres podrían sumar sus esfuerzos durante millones de años sin dejar tras de sí una obra que pesase lo que una brizna de hierba, lo que un grano de trigo, lo que el ala de un mosquito. Alejados del poema, del vino, de los sueños, de los juegos, y prendidos irremisiblemente en las redes de las falsas enseñanzas impartidas por engreídos maestrillos de escuela. Pero tienen una misión que cumplir.

Kirchhorst, 23 de septiembre de 1945

Ich bin nur ein Gast auf Erden,

Oben ist mein Vaterland;

Wird die Welt zerstöret werden,

So geht an mein Ehrenstand.

JOHANN JAKOB RAMBACH (1693-1735)

[Aquí abajo soy solo un huésped,

mi patria está allá arriba;

cuando sea destruido el mundo

empezará mi reino.]

Esos son los cristianos que nos han faltado.

En el pantano vuelve a florecer el romero. ¿Realmente ha pasado solo un año desde que en compañía de Ernstel lo vi florecer? Pero siempre que el ser humano desaparece queda esta pregunta tremenda: ¿adónde ha ido? De ella depende todo lo demás; también nuestra actitud en la vida.

A última hora de la tarde ha aparecido por casa el doctor Deutelmosel. Hemos estado charlando en la biblioteca, sobre todo acerca de la diferencia entre los verbos *segnen* [bendecir] y *weihen* [consagrar], *stiften* [fundar] y *gründen* [fundamentar], *feien* [encantar] y *heiligen* [santificar].

Me ha dicho que Friedrich Hielscher se ha instalado en Marburgo. Los círculos de los nacionalistas se me aparecen hoy como soldados agrupados en torno al fuego del campamento antes de la partida. Su verdadero lugar era ese; lo que las buhardillas de Berlín y los sótanos de Hamburgo hacían era únicamente reflejar el estilo de nuestro tiempo. Por la mañana el grupo se dispersaba, para «acreditarse», como se dice en las sagas. Quien tuvo suerte cayó en los campos de batalla. Otros se vieron forzados a huir al extranjero, fueron acosados, abatidos, colgados, torturados, o prefirieron el suicidio al quedar cercados. Fueron mandatarios, jefes de policía, gobernadores, agitadores, presidiarios, y al final volvieron a quedar despojados de todos esos significados, como una baraja de cartas que se recoge una vez terminada la partida.

¿Cómo es que en el recuerdo siguen vivas aún con tanta fuerza no pocas de aquellas veladas? Sin duda porque en ellas se hallaba ya contenido todo, pero mánticamente, de una manera superior, espiritual, común; aún no había sido vulgarizado, canalizado por la acción, esta no lo había convertido todavía en algo irrevocable. De ahí que el recuerdo haya creado también una especie de armisticio entre quienes se enfrentaron en campos opuestos. En las crisis yo tenía a veces el sentimiento de que aquellos espíritus cooperaban — bien

suspendiendo discretamente una investigación en marcha, o destruyendo un expediente, o teniendo dispuesto un avión en el momento preciso. Biederhorn es el prototipo.

El retorno de los personajes míticos en la historia: qué resplandecientes, qué alegres se vuelven todas las cosas. Esa fue la vivencia que hubo de tener Nietzsche en Turín. El hombre histórico posee un saber previo y lo reconoce con alegría.

Esos personajes entran por puertas tapiadas, olvidadas. Son agua de vida, vino embriagador. Todas las ingeniosas combinaciones mentales sobre los móviles de la historia quedan reducidas a nada por esa fuerza, se convierten en astucias del personaje, en cordones que sirven para alzar los telones teatrales.

Kirchhorst, 24 de septiembre de 1945

Está tocando a su fin la ordenación de mis papeles. Al llegar a la letra *St* he echado en falta las cartas de Heinrich von Stülpnagel; de su mano solo hay algunas esquelas con observaciones botánicas, que evidentemente me parecieron inocuas. Heinrich von Stülpnagel era un hombre que cultivaba aficiones por asuntos poco corrientes, como la historia de Bizancio y la familia de las solanáceas. Por aquel entonces yo visitaba de vez en cuando los grandes vertederos situados al borde del Bosque de Bolonia, frente a Suresnes. Junto a otras especies de solanáceas florecían allí la *Nicandra* peruana, de bayas venenosas, el alquequenje, el estramonio. Esto nos proporcionó materia para no pocas de las conversaciones mantenidas en las veladas a que yo asistía. Podía ocurrir que a Heinrich von Stülpnagel se le ocurriese a la mañana siguiente alguna idea nueva sobre lo hablado y entonces me enviaba una de las esquelas antes mencionadas.

En la carpeta correspondiente a él hay cartas de otros Stülpnagel; son una familia muy amplia. *Nagel* se deriva de una voz wenda que significa algo así como «jefe de tribu»; eran los *Nagel* de las orillas del río *Stolp*. Al primer Stülpnagel lo conocí en 1916, en el hospital de sangre de Valenciennes. Allí pasamos dos semanas, jugando a las cartas, mientras fuera llovía.[13] Una bala le había destrozado una mano y por eso yo tenía que barajar por él. Otro Stülpnagel, Joachim de nombre, fue comandante de mi unidad en Hannover. Un tercero se ocupaba durante los años veinte, en el Ministerio del Ejército, de estudiar el levantamiento del pueblo español contra Napoleón. Por las noches se reunía en su casa un gran número de parientes suyos. Es posible que este al que aquí me refiero fuera Otto von Stülpnagel, «el

moreno», a quien encontré en París como antecesor de su primo Heinrich, «el rubio». Son típicos de esta familia los varones altos, rubios, joviales, de una fidelidad a toda prueba; todos servían en el ejército. A veces se encontraba entre ellos alguno que era amigo de las Musas. La familia de los Stülpnagel produce generales como otras producen médicos o clérigos.

A Heinrich le resultó desfavorable la circunstancia de que hubiese sido antecesor suyo en París un hombre que llevaba su mismo apellido. Tal apellido representaba para los parisienses una especie de marca que figuraba al pie de las ordenanzas y bandos del *Militärbefehlshaber,* el comandante en jefe, al que los franceses pusieron el mote de *mille boeufs.* La gente casi no se enteró del cambio de persona, aunque los dos caracteres que se relevaron eran enteramente distintos.

Otto no estaba a la altura de la situación. Con un poco más de diplomacia se hubieran evitado muchas cosas — ¿pero podía estar a la altura de las circunstancias en aquel cargo alguien que siguiera pensando de manera responsable? Otto llegó con su envarada *grandezza* española, calzaba altas botas de charol y llevaba botones de oro en el uniforme; el mordaz humor de quienes residían en el hotel Raphaël le puso el apodo de *El rey Cascanueces.* Era un hombre amable, nervioso; también estaba rodeado siempre de un halo de melancolía.

El cargo de comandante en jefe, de procónsul, en la Francia ocupada era mucho menos autónomo de lo que se imaginaban los parisienses. Era un cargo administrativo, que daba muchos disgustos y poca gloria. El auténtico poder militar lo tenía el comandante supremo de los ejércitos en el Oeste; entonces lo era Rundstedt y más tarde lo fue Kluge, «Juan el Listo», que se envenenó tras el 20 de julio.

La administración de un país conquistado resulta tanto más sencilla cuanto más cultivado es ese país, cuanto mejor organizado se encuentra. Eso es lo que explica el éxito de Alejandro Magno en el gran imperio persa y el fracaso de Napoleón en Rusia y en España. Un Estado Mayor administrativo reproduce en sus detalles la organización del Estado ocupado; se superpone a él como un parásito, y esa relación tiene efectos tanto mejores cuanto más invisible es, cuanto menos se la nota. Lo cual presupone fijar límites razonables a la explotación. Dentro de esos límites puede contarse con el apoyo de los vencidos, los cuales desean evitar, por su parte, situaciones de anarquía, saqueos, destrucciones, actos de violencia y hambres.

Es una tarea concreta, por tanto. A Otto von Stülpnagel no podían interesarle tampoco los desórdenes; estos no eran provocados, por cierto, por la labor del comandante en jefe, sino por las medidas ideológicas tomadas por ciertas fuerzas que, contra la voluntad de los militares, se habían enquistado en el territorio ocupado; al principio se infiltraron en las altas esferas y luego se extendieron por todas partes.

Además del comandante en jefe de la Francia ocupada y del comandante supremo de los ejércitos en el Oeste, en el país estaban la embajada alemana y el *Sicherheitsdienst,* el Servicio de Contraespionaje y el Servicio de Propaganda. Los diversos intereses se estorbaban o bien chocaban de frente. La consecuencia de ello era un sistema de oficiales de enlace, de negociaciones, de ajustes, y, con bastante frecuencia, también de retrocesos.

Quien desplegaba una actividad cada vez más amenazadora era sobre todo el Servicio de Seguridad. Entre él y el hotel Majestic se entabló una lucha tenaz por el predominio; al principio se combatía por el derecho de informar al Führer, luego por el derecho de adoptar medidas policiales. La lucha terminó, tras cuatro años, con la detención y liquidación del comandante en jefe y de varios colaboradores suyos.

Las actuaciones del Servicio de Seguridad resultaban incompatibles con una administración bien ordenada. Aun prescindiendo de que moralmente eran inaceptables, tales actuaciones eran sencillamente absurdas. Las detenciones y deportaciones de judíos, de masones, de comunistas, de rojos españoles, de nacionalistas, estaban a la orden del día y sembraban la inquietud en el país. Los judíos fueron obligados a prenderse la estrella amarilla y a señalizar sus comercios con un distintivo especial. Eso les valió la simpatía de la población, y más aún las escenas que se producían cuando eran detenidos. Al verse cercados, algunos judíos se tiraban por la ventana o se envenenaban. En una ocasión voló por los aires una sinagoga. Para tales crímenes se contaba con la colaboración de esas heces de la sociedad que suelen aflorar a la superficie en todos los países después de una grave derrota. En este punto volvió a llamarme la atención algo que ya me había extrañado en Alemania: que un poder que ha alcanzado una capacidad ejecutiva completa crea además, y al mismo tiempo, que no le es posible prescindir de métodos criminales y actúe en la sombra.

El comandante en jefe no podía imponer su poder frente a tales prácticas. Su situación era más débil que la de sus contrarios y no lograba hacerse oír en Berlín. Luego llegaron los atentados y las

preguntas amenazadoras sobre qué órdenes se habían dado para tomar represalias. Keitel y Hitler exigían, en sus llamadas telefónicas relámpago, que rodasen cabezas en gran número. Esto produjo fenómenos paradójicos; por ejemplo, la ocultación, en los informes oficiales, de los atentados, en la medida en que se podía. El asesinato del comandante militar alemán de la plaza de Nantes por unos desconocidos no fue posible silenciarlo, desde luego, y Berlín exigió el fusilamiento de doscientos rehenes. Entonces comenzaron los regateos por las cabezas; el comandante en jefe consiguió en primer lugar reducir ese número a la mitad y más tarde trató de sustituir a los rehenes por criminales, algunos de los cuales también habían sido ya condenados a muerte por tribunales franceses. Se asemejaba a un deudor acosado por acreedores terribles, que intentaba arañar por acá y por allá lo que pudiera. En lo que se refiere a los criminales, no se los aceptó. No se los reconoció como rehenes válidos. Por desgracia hay en ello algo que es acertado: el rehén auténtico es inocente. Eso es lo que le otorga el peso que tiene. Los dueños del poder lo han sabido desde siempre.

La consecuencia de todo ello fue que el apellido de Otto apareciera al pie de los carteles que se fijaban en las calles y que hicieron descender el clima humano al punto cero. Eso es lo que se habían propuesto los autores del atentado; incluso se llegó a sospechar que el comandante militar alemán de Nantes había sido víctima de un golpe de mano perpetrado por comandos introducidos por mar o por aire en el país.

En una situación como esa puede uno solicitar el relevo, por no ser ella compatible con la propia conciencia moral. ¿Pero es compatible con esa conciencia el ceder el puesto a un sucesor que ya no conozca esos escrúpulos? Con ello no ha cambiado nada; al contrario. Pero uno se ha salvado personalmente, en una situación en la que todo se convierte en culpa.

Otto von Stülpnagel intentó al principio oponer resistencia — es decir, entró en el regateo acerca de las cabezas. Pronto, sin embargo, los acontecimientos fueron superiores a sus fuerzas y tuvo que tomar la decisión de irse. Durante las últimas semanas se tenía la impresión, al verlo, de que sus nervios le fallaban y de que, efectivamente, ya no era capaz de seguir desempeñando el cargo que ocupaba. Pude formarme un juicio propio sobre ello, ya que, poco antes de su partida, me mandó llamar. Habitaba el palacio de mármol que había llevado a la ruina a Boni de Castellane. Lo encontré muy nervioso, fumando un cigarrillo tras otro; de vez en cuando se levantaba de un salto y se ponía a caminar apresuradamente de un lado a otro por

aquellos esplendores marmóreos.

Speidel, que era el jefe de su Estado Mayor, me había asignado como primer trabajo en el hotel Majestic la apertura de dos expedientes, los cuales, propiamente, solo tenían sentido si se daba por supuesto un cambio político. Uno de ellos se titulaba: «La lucha por el predominio en Francia entre el Partido y el Ejército» y describía la sucesión de maniobras, de movimientos de ajedrez, con que se desposeía de su poder al comandante en jefe o se lo relegaba a un segundo plano. El otro llevaba este título: «La cuestión de los rehenes. Descripción de los casos y de sus repercusiones». Trataba de las disensiones entre el comandante en jefe de la Francia ocupada, por un lado, y el Mando Supremo de las fuerzas armadas y los dirigentes políticos, por otro. Precisamente este segundo expediente fue el motivo por el que el general me hizo llamar; tocaba el meollo de los asuntos que lo desasosegaban. Pude echar así una mirada a lo que es una situación «imposible», es decir, aquella en que, tanto si uno actúa como si no actúa, lo único que propiamente puede cometer son errores. «Un destino pesado, cargado sobre unos hombros débiles.» Ningún tribunal puede enderezar y resolver tales complicaciones, solo el poeta puede hacerlo. Es una de las grandes tareas del arte.

La existencia de estos y de otros documentos me daba cada vez más preocupaciones; de muy mala gana los dejé en París ya cuando emprendí mi viaje al Cáucaso. Es cierto que en el hotel Raphaël había una caja fuerte, así como centinelas apostados delante de los edificios y de los despachos, y que el grupo de oficiales que en él residía era de fiar. Pero resultaba cada vez más perceptible que aquella seguridad era externa, engañosa. El trato con personas que sentían y pensaban de manera diferente que los protagonistas del drama resultaba, claro está, agradable, constituía un oasis en el tiempo. Pero era evidente que con su voluntad no bastaba. Era un mal presagio el hecho de que el punto crucial consistiese en un malestar ético. «No es suficiente tener limpias las manos», pensé yo en más de una ocasión. Hitler consideraba a aquellos hombres sencillamente como un grupo lleno de prejuicios anticuados. Serían liquidados tan pronto como dejasen de ser necesarios objetivamente. Y de hecho pertenecían a una especie que estaba en trance de extinción. La prueba la proporcionó el 20 de julio; ahora tenía que correr sangre, la de los otros o la propia. Es probable que la partida estuviese perdida también en ese caso, ¿pero quién sabe qué fuerzas habrían quedado liberadas por la sangre? En todo caso, al día siguiente oí decir a hombres sencillos:

—¿Pero por qué el general no ha pensado en nosotros? Al fin y al cabo, también estábamos ahí.

Un comandante de una unidad de blindados dijo:

—¿Por qué no me ha hecho una llamada telefónica? — yo los habría aplastado.

Fue una suerte que poco después de aquella fecha se evacuase la ciudad de París y quedase disuelto el Estado Mayor del comandante en jefe. De lo contrario no se le hubiera ahorrado a ese Estado Mayor una depuración mucho más radical que la que experimentó. Sobre la ciudad caía una lluvia de cenizas mientras estaban ya cargándose los camiones. En todas las calderas de calefacción se quemaban documentos. Yo aproveché la ocasión para proceder a un tercer escrutinio de mis papeles; muchas cartas, entre ellas las de Heinrich von Stülpnagel, los dos expedientes antes citados y otros documentos fueron entregados de ese modo a las llamas. Por un momento pensé en arrojar también a ellas mi escrito sobre la paz. Cuando uno se ha decidido a quemar cosas le toma gusto al asunto.

Entretanto aquí en Kirchhorst mis papeles eran puestos a buen recaudo la noche misma del 20 de julio. La noticia del atentado y de los acontecimientos de París cayó en todas partes como una bomba. Cabía prever que a continuación vendrían grandes derramamientos de sangre, que fue lo que efectivamente ocurrió, y por desgracia también en las cárceles. Los dueños del poder empezaron a contar con su propio fin e hicieron ejecutar a prisioneros que habían guardado en reserva largo tiempo. Aquí en Kirchhorst hubo una noche de agitación y de trabajo, con muchas idas y venidas en medio de las alarmas aéreas, pero al amanecer no quedaba en la casa ni una sola carta.

Veo que fue de esa manera como se salvó el escrito sobre los rehenes, precisamente el ejemplar que contiene acotaciones marginales de Otto von Stülpnagel. Se da la coincidencia de que el general está ahora en un hospital militar no lejos de aquí y me ha preguntado, por mediación de una persona de confianza, si el manuscrito se encuentra todavía en mi poder y si sería útil para su defensa, que está preparando en estos momentos. Esto me ha llevado a releerlo una vez más y me resulta muy difícil creer que un adversario pueda ponerse en su situación, aun en el caso de que lo pretenda. Dentro de algunos años será distinto.

La lectura del citado expediente me ha emocionado por una razón especial. Yo añadí a mi descripción de los hechos la traducción de las cartas en que las víctimas de Nantes, inmediatamente antes de morir, se despiden de sus allegados. Esas cartas reflejan la grandeza que el ser humano adquiere cuando ha dicho adiós a la voluntad, cuando ha

abandonado las esperanzas. Entonces se elevan unas señales diferentes. Se pierde el miedo y el odio; aparece la imagen pura del ser humano. El mundo de los asesinos, de los vengadores furiosos, de las masas y de los procónsules ciegos se hunde en las tinieblas; una gran luz lanza por anticipado sus destellos.

Kirchhorst, 25 de septiembre de 1945

Cada vez son más frescas las noches; ahora el rocío se deposita sobre las hojas y los frutos en forma de perlas y no ya como una fina película plateada. Las lombardas van adquiriendo robustez, se rizan como algas en el fondo del mundo de las nieblas. Esa planta es de una belleza submarina y permite vislumbrar las riquezas del círculo polar. Sentado a la mesa de escribir, he abierto el libro de Brockes *Irdische Vergnügen in Gott* [Delicias terrenales en Dios] por el poema que en él dedicó a la lombarda:

Was bey dem braunen Kohl noch mein Bewundern häuft,

Ist, dass, wie icb anjetzt in dieser Pflanz entdecke,

In ihr recht was besonders stecke,

Da sie, durch Wärme nicht, nur durch die Kälte, reift.

[Lo que en la lombarda aumenta todavía más mi admiración

es que ahora descubro en esta planta

que hay en ella algo muy especial,

que no madura con el calor, sino con el frío.]

Las orugas que hay en las hojas caen en un aterimiento profundo; el sol las reanima prodigiosamente. La magia del otoño se revela en el contraste entre las noches frescas y las horas meridianas, entre la muerte y la luz en una melancolía áurea. A ello se agregan la caída de las hojas, la maduración de los frutos, el pueblo de las setas en los suelos donde se pudren las hojas, la gran araña que teje sus telas en los bosques. Inmerso en sombras azules, el caminante pasa a través de esas telarañas sin verlas. A menudo he pensado para mí, a propósito de ciertos vinos y de ciertos caracteres: «Seguro que estos vienen de un país sin otoño».

Terminado de leer: *Über den Ursprung der Sprache* [Sobre el origen del lenguaje], de Jacob Grimm. Este escrito se halla entre Darwin y Herder y ocupa la planicie situada entre ambos, por cuanto interpreta el lenguaje como un invento de los seres humanos.

Con los medios empleados en el citado escrito no cabe captar, desde luego, en su naturaleza antinómica y en su unidad superior, el origen tanto animal como divino del lenguaje, de igual manera que tampoco cabe captar con ellos el origen de la libertad y el destino ni el de la muerte y la eternidad. Esas contradicciones han sido puestas en manos del ser humano para que las armonice; con ello se armoniza *él* con el mundo. Son el acantilado en que está aguardándolo el eco fausto, son los espejos en que el ser humano aparece en su figura espiritual.

Así es como hay que leer los libros; es menester ver al autor.

Leído además: *Une conquête méthodique,* de Valéry. Antes de la guerra Herbert Steiner me llamó la atención sobre ese escrito, que apareció en 1896 en la *New Review* por sugerencia de William Henley.

El significado de ese trabajo está en que representa una advertencia precoz y sagaz contra los métodos técnicos, que ahora recubren el globo terráqueo, y contra la reproducción subalterna, que amenaza con ahogar toda vida superior y creadora. Es bueno el pensamiento de que la formación del Estado nacional moderno favorece con tanto más vigor los métodos puros cuanto más tarde aparecen estos — exactamente igual que el crecimiento de ciudades salidas como por ensalmo del suelo se basa en planes geométricos. En 1896 Valéry dice que esas naciones son Alemania, Italia y Japón y opina que también Rusia estaría entre ellas si no lo impidiese su enorme extensión. En este punto, por tanto, Valéry ve menos que Tocqueville. Es cierto también que él no contempla las cosas como político, sino como esteta.

El prototipo del conquistador que actúa de acuerdo con planes y que contrapone con éxito creciente el tiempo a la intuición, la mediocridad tenaz al talento genial, Valéry lo ve en el Estado Mayor prusiano, y su personificación, en el conde Moltke. Con ello restringe su visión a un campo demasiado estrecho y pone en peligro las justas proporciones del conjunto.

Pues aunque resulta muy acertada la descripción de la enorme amenaza que ve surgir en el horizonte, la referencia polémica a esta

resulta insuficiente. El autor corre el riesgo de que lo ataquen con sus propias armas, pues no cabe duda de que fue de Francia de donde partió la simplificación racional de la vida que con razón asusta a Valéry en los alemanes. Fue en Francia donde salió el sol de las valoraciones del siglo XIX. Uno de los síntomas fue la marcha triunfal del sistema decimal, que acompañó la marcha triunfal de los ejércitos napoleónicos. En Alemania quedaban aún cosas orgánicas, eso lo advirtieron sobre todo los románticos franceses; la gran decadencia de los valores no se produce hasta la segunda mitad del siglo. También es discutible que en el Berlín de Guillermo I y de Moltke la responsabilidad orgánica fuese menor que en el París de Zola y de Napoleón III — sobre todo si no se ven las cosas puramente desde la perspectiva de Europa occidental. Continuaban siendo otras, en efecto, las cuestiones que en Alemania había que solventar. Pero también podría preguntarse si no fue la primera división de Polonia, en cuanto corte premeditado ejecutado sobre algo orgánico, lo que inauguró la *conquête méthodique.* En este punto María Teresa de Austria, princesa y madre, pensaba de manera más justa, de manera más sana que Kaunitz y que Federico.

Lo que no deja de ser notable es lo siguiente: en Francia la tremenda uniformación de 1789, que más tarde Napoleón ejecutó también a escala europea, afectó a la zona privada mucho menos que en Alemania y que luego, transmitida por los socialistas alemanes, en Rusia. De igual manera, la Revolución dejó intactas en Inglaterra muchísimas antiguallas, incluidas las pelucas. Hay en estos países contrapesos de la uniformación y de sus consecuencias políticas que Alemania no posee. De ahí también que entre nosotros causen a menudo efectos destructores cosas que en otras partes acrecientan la prosperidad.

Por la tarde ha venido el *captain* Thomas y me ha traído saludos de Steward Hood. Hood trabajó entre los ingleses en el mismo servicio que entre nosotros se denomina *Ic,* «Inteligencia militar», y me visitó inmediatamente después de la invasión. Ahora se encuentra otra vez en Escocia, ocupado en traducir *Sobre los acantilados de mármol.* El encuentro fue, pues, fructífero; en general puedo estar contento con mis ocupantes.

Thomas me ha traído partes de la traducción. Hood propone *Chief Ranger* para traducir *Oberförster* [Guardabosque Mayor]. La voz alemana pretende designar el carácter de orden que se vuelve subterráneo, de manera parecida a lo que ocurre con los consejeros privados en las obras de Hoffmann.

Hemos entrado en unos tiempos en los que la propiedad no debería ser ya calificada de robo, sino de suicidio; innumerables personas han perdido la vida por no haber abandonado a tiempo sus propiedades. Una parte de la humanidad vive de la otra, que aún no ha entendido eso. Es algo que aún durará bastante tiempo; después la expropiación se extenderá también a esa propiedad que es la última de la que uno se desprende, es decir, al cuerpo, lo que quiere decir que desembocará en la esclavitud o en el canibalismo. O bien se formará una propiedad nueva.

Kirchhorst, 27 de septiembre de 1945

En una pequeña capilla, en la que había una atmósfera de individuación. Las paredes, los pilares y los objetos de culto echaban brotes que eran rostros. Había allí otros visitantes y yo veía florecer fisonomías en sus pechos, frentes y mejillas. El aire estaba lleno de gérmenes.

También fuera, en la calle, brotaban como setas los rostros, de cada piedra del pavimento. Por un instante entraba Friedrich Georg, vestido con una bata de laboratorio.

Aquello se volvía inaguantable al poco tiempo, yo sentía cómo de la violencia de los sucesos se desprendían unas fuerzas cuya capacidad de atormentar era superior a la que tienen las fuerzas de la aniquilación.

Kirchhorst, 28 de septiembre de 1945

Mi sobrino Gerd, que ha llegado de Leisnig tras cruzar la «Frontera verde», la línea divisoria que delimita las zonas de ocupación, me ha traído recuerdos de allí y también, por desgracia, la noticia de que su hermano Kurt cayó en Stettin en los últimos días de la guerra, uno de los innumerables muchachos que hubieron de morir cuando hacía ya mucho tiempo que era ineludible el desenlace del conflicto. He pensado en el sueño que me contó su madre. Se había despertado dos veces durante la noche y oído una voz que decía: «Tienes que entregar uno de los dos». En esta guerra he perdido a mi hijo, a mi sobrino y a mi cuñado; los tres cayeron en primera línea.

Mi madre se ha quedado en Leisnig; sin duda es lo mejor. Más importantes aún que las casas, la tierra y los bienes son los sepulcros; es lo último que se abandona.

El hecho de relacionar *humanitas* con *humare* delata la mirada genial de Vico. Todas las culturas dignas de ese nombre se basan en el culto de los sepulcros. Yo me imagino que los primeros cazadores, que vagabundeaban de un sitio para otro, regresaban una y otra vez a las tumbas, como vemos que siguen haciendo todavía hoy los gitanos. Los sepulcros de los grandes cabecillas tenían sin duda también algo que unía, algo que actuaba por encima de las familias y los clanes. Junto a esos sepulcros se reunía la gente, ofrecía sacrificios, concluía alianzas, solicitaba consejos mánticos.

La pérdida vuelve a hacerse palpable cuando se carece de tumbas.

Lectura: *Griechische Kulturaltertümer* [Antigüedades culturales griegas], de Stengel. En ese libro, este pasaje: «Según la ley, casi todas las cosas se purifican con sangre y no hay perdón si no corre la sangre».

Kirchhorst, 30 de septiembre de 1945

Gerd ha traído también la buena nueva de que Niekisch ha salido vivo del presidio en que estaba y donde ya habían empezado a matar a los presos. Parece que Niekisch está ciego y casi paralítico y que en Berlín se ocupa en reconstruir su editorial.

Osteología. Los huesos que se divisan, cubiertos de musgo, en lo profundo de los bosques y en las orillas de los vertederos: huesos frontales, mandíbulas, vértebras, omoplatos — producen un roce misterioso, un efecto mágico. Eso se basa, por un lado, en que son símbolos de muerte. Pero también habita en ellos un esquema constructivo que suscita la idea de un taller, como si uno se encontrara imprevistamente ante modelos prometeicos, ante el secreto banco de trabajo de una inteligencia demiúrgica.

A veces se apodera de mí, cuando veo esos huesos, una emoción parecida a la que se siente ante un espejismo, ante un trabajo ejecutado de un modo demasiado rápido y descuidado, chapucero. Pensamiento: «Eso casi no merece que se lo recubra de carne; pues no ha resistido bastante». A ello se agrega el sentimiento de un tabú, como si ante «los adultos» hubiera que mantener en secreto tales cosas, pues a mí estas me trasladan a elucubraciones de la primera infancia, de sus primerísimos años; esas elucubraciones raramente afloran a la superficie de un modo tan nítido como en presencia de una clavícula cubierta de musgo en el bosque otoñal, cuando el viento

atraviesa las copas de los árboles.

Kirchhorst, 2 de octubre de 1945

Lectura: *Maimónides,* de Oskar Goldberg. Según el autor, Maimónides defiende en su obra *Guía de los indecisos* la idea de que el espíritu es definible solo negativamente. Eso estaría en correspondencia con la exclusión de los signos más excelsos en los textos judíos y sería la versión objetiva del *credo quia absurdum* de Tertuliano.

Creo en lo que no sé; dudo de lo que sé. Esa es la actitud del metafísico, la cual es opuesta a la del positivista. Este duda de lo que no sabe y cree en lo que sabe. También puede concebirse la citada frase como una definición de los dos verbos, pues el no-saber forma parte del creer y la duda forma parte del saber.

Sin sospecharlo lo más mínimo he tropezado con una idea que no había aguardado en este libro y que Goldberg expone al final: la de que en nuestro tiempo la Tierra se ha vuelto demasiado pequeña y por tal motivo hay que bajar a ella el cosmos. Para eso se requiere, dice Goldberg, una revelación. Y el presupuesto para recibir esa revelación, añade, es un estado ritual; en él es también donde hay que buscar la única esperanza de superar la destrucción del mundo.

Eso sería, por tanto, la contrapartida de la empresa para la que está haciendo preparativos el *Zeitgeist,* el Espíritu del Tiempo: el viaje al espacio.

Yo, de todos modos, supongo, y eso hace ya tiempo, que tal empresa no puede carecer de un contrapeso. Esto reconduce a la cuestión de si la Figura del Trabajador alberga en sí cualidades teológicas.

Kirchhorst, 3 de octubre de 1945

Un bello sinónimo de «hacer regalos» es «despojarse de algo» — si prescindo de mis bienes en favor de otro, los pierdo solo en apariencia: la pérdida exterior se convierte en ganancia interior.

He terminado mi segunda lectura completa de la Biblia; la comencé el 14 de diciembre de 1944.

Kirchhorst, 4 de octubre de 1945

Lectura: *Etiópicas,* de Heliodoro. La mezcla de anarquía y orden

que impera en esta novela se parece a la situación actual de Alemania — así, en el comienzo mismo, la pareja de enamorados en la playa cubierta de cadáveres y moribundos.

Sobre Delfos: «Una ciudad enteramente dedicada a las cosas santas y a las consagraciones me pareció el lugar adecuado».

Y sobre el destino: «Es posible prever las decisiones inmutables de las Moiras, pero escapar a ellas es algo inalcanzable». Esta frase proporciona una pauta para valorar los oráculos y las profecías.

En la vieja controversia de si es más valiosa la novela educativa o la novela social la novela teológica ofrece la tercera solución. Ella es el medio para demostrar el imperio de la marcha superior de las cosas, ya en el destino de los grupos, ya en el de la persona singular. En ese sentido hay únicamente dos frentes literarios, según que el artista conozca y reconozca ese imperio, o no lo haga.

En el correo, entre otras cartas, una de Friedrich Georg, que vive como «ocupado» en Überlingen, a orillas del lago de Constanza, en perfecta armonía doméstica con Belmain, un empleado de banco, y tres mahometanos, Melodi, Dschilali y Mutschu: «... el vacío que se ha producido en el centro de Europa y al que afluyen y en el que se modifican todas las fuerzas».

El carácter mágico del paisaje. Su trasfondo se vuelve a veces tan apremiante que uno teme entregarse a él, «mirar con más fuerza», pues podría desaparecer en él, como desaparecieron en el Koppenberg los niños de Hamelín. Siempre se entrecruzan, en efecto, mediciones distintas; un bosque, una casa, un jardín pueden ser inscritos en unos catastros enteramente diferentes de los que imaginamos. La aparición de espíritus, la segunda vista y fenómenos parecidos forman parte de eso. Se han mezclado estratos que estaban superpuestos. Tales cosas resultan raras únicamente porque, en general, el aislamiento es de fiar.

En eso consisten también los peligros de las excursiones y descubrimientos espirituales. Se penetra en espacios de los que es difícil encontrar la salida.

Kirchhorst, 6 de octubre de 1945

Continúan llegando noticias espantosas de Berlín. Se habla de calles enteras en las que los habitantes han excavado agujeros

parecidos a conejeras; allí se esconden las mujeres cuando la soldadesca realiza sus incursiones.

El fugitivo que ha contado eso estuvo en un vagón de ferrocarril del cual, en una pequeña estación, unos soldados le arrebataron a un marido su esposa y se la llevaron a rastras. Silenciosos y encogidos, los otros viajeros dejaron hacer, como ratones de en medio de los cuales una serpiente cogiese a una compañera suya. Por vez primera he oído decir en esta ocasión que la bomba atómica es preferible a eso.

Por cierto que en los mismos sitios en que ocurren semejantes cosas se organizan reuniones culturales para educar democráticamente a la población.

Kirchhorst, 10 de octubre de 1945

Lecturas: *Sobre los juegos,* de Tertuliano. Es una obra que aclara magníficamente la rigidez, el hechizo cainita que cegaba a las masas en el circo. Es seguro que Flaubert sacó de él datos para su obra *La tentación de san Antonio.*

El circo, la *arena* latina, es arena en sentido material, suelo estéril, tierra que bebe. Si no recuerdo mal, en Alfred Schuler la *arena* es el seno femenino en el que la sangre deja su semilla. Una vez enunciada, esa idea puede provocar consecuencias funestas.

Además: *El corsario rojo,* de Fenimore Cooper. Con esta lectura lleno un hueco que viene de mi niñez. Mi padre me habló a menudo de este libro. Ahora lo he encontrado en la pequeña biblioteca dejada por Ernstel.

Los dos protagonistas, Wilder y el Corsario rojo, encarnan al hijo legítimo y al hijo ilegítimo del poder. Está bien trazada la diferencia que hay entre el poder legal, por un lado, y la tiranía que reina en los barcos de piratas, por otro. También en estos ha de haber una especie de legitimación, que se expresa sobre todo por la voz, «por el grave, rico tono imperioso» del Corsario rojo. La bandera roja se alza como rival de la bandera del rey. Evelina de Lacy, colocada ante la alternativa de embarcarse en el buque de guerra o en el velero de los piratas, dice que su sexo solo puede contar con protección fiable allí donde rigen el derecho y la ley.

He encontrado tanto más atractiva la lectura cuanto que entretanto hemos conocido grandes Estados en los que se ha aplicado y aún sigue aplicándose la misma disciplina que reina en los barcos de

piratas. Dejando a un lado su predilección por la bandera roja y la calavera y el hecho de que quienes se apoderan del poder son rétores dotados de una «grave voz imperiosa», tales Estados se señalan siempre por tres características que no engañan: la proclamación del ateísmo, el robo de la libertad y la violentación de los indefensos.

En el correo, entre otras cartas, una de Sophie Dorothee Podewils, que ha llegado a Baviera tras haber estado en prisión en Pilsen.

«Lo que ha sucedido en el territorio alemán y también en el territorio húngaro de Checoslovaquia no admite comparación más que con la tragedia que los judíos tuvieron que soportar aquí en nuestro país.»

Su marido está en un campo de prisioneros inglés. Klaus Valentiner no ha dado aún señales de vida, y lo mismo ocurre con muchos otros. El final catastrófico de la guerra se asemeja al hundimiento de un barco; en él han desaparecido innumerables personas. Es posible que hayan encontrado una balsa y se hayan salvado. Pero resulta terrible la espera de sus allegados en la incertidumbre.

Kirchhorst, 12 de octubre de 1945

Cuando se está en plena actividad, como lo estoy yo, por ejemplo, en estas últimas semanas, trabajando en diversas materias, se corre el riesgo de una seguridad demasiado grande en el modo de expresarse; es preciso que siempre esté viva en nosotros una cierta porción de duda acerca de nuestras capacidades, acerca de nuestra misión. No debe cesar el combate por la forma. Nunca debemos olvidar que somos simples administradores.

Celsus me contó una vez en Noruega que siempre se apoderaban de él el miedo y la ansiedad antes de entonar en público una canción — y que la melodía se abría paso a través de esa resistencia como a través de una membrana, como a través de unos delgados barrotes. Esa inseguridad lo abandonaba cuando era premiado con grandes aplausos. Entonces cantaba con voz vibrante un *da capo* banal, como un tenor de un país meridional.

Ahí es donde el autor ha de buscar la tarea de la crítica, sobre todo de la crítica rigurosa, incluso de la injusta y hostil. A ella le está encomendada la tarea de atar corto la creatividad y repodarla, para reducirla a lo necesario, que es lo que da frutos maduros. La riqueza, la proliferación del gran talento necesita contrapesos de esa índole.

En este aspecto los monarcas están expuesto a grandes peligros, caen con mucha facilidad, así en sus palabras como en sus actos, en una seguridad artificial, que se pierde en las crisis. De ahí que les sea beneficioso pasar una dura temporada de príncipes herederos o perder una batalla al comienzo del reinado.

La equiparación del soldado con el criminal causa otro efecto además del que se pretende: discriminar al soldado. Ese otro efecto consiste en que el criminal experimenta en igual medida un enaltecimiento y adquiere autoridad. El asesinato se convierte en un medio de la política, en una acción patriótica. El asesino ocupa el lugar del juez, del jefe de policía. Al final pueden producirse situaciones como las que se dan en las provincias chinas, en las que son bandas de ladrones quienes tienen la autoridad. Allí se ha conseguido la equiparación; el capitán de los ladrones es el general.

Kirchhorst, 14 de octubre de 1945

Vuelvo otra vez sobre la observación que hice días atrás a propósito de la visión de huesos en el bosque; sobre el descuido con que el Demiurgo nos ha cortado el traje.

Tampoco en lo concerniente al sexo cabe ocultar esa negligencia. Con frecuencia se ha subrayado lo que en el sexo hay de repugnante, de limitado, sobre todo esa indecente cicatería de combinar los órganos sexuales y los de los excrementos. Lo magnífico en el contacto de los sexos, también en los animales, procede del espíritu, de la porción de excelso poder creador que se revela en la procreación. Es algo que se asemeja al rayo solar, que, sea cual sea el lugar en que caiga, calienta e ilumina. Y resulta consoladora la seguridad de que algún día nos liberaremos de la materia y pasaremos al rayo, el cual pertenece del todo al sol, al amor. Así voy comprendiendo, cada vez más lo que Ernstel me dijo una vez en una de nuestras caminatas: que a menudo ocurre que apenas puede uno aguardar ese momento.

Como padre vi demasiado poco al muchacho en estos años, pero, cuando lo llevaba a hablar de esos asuntos, el acero chocaba con el pedernal.

Por lo que se refiere al Demiurgo, para muchos lo escandaloso de la hipótesis de un ayudante mediocre del Poder creador consiste en la personificación. Contempladas topográficamente las cosas, cabe sospechar que esa fuerza está en la orla del vestido de la creación, allí donde la luz blanca adquiere cualidades de color. «Blanca» es en este sentido una perífrasis de «invisible». Es preciso que, en los sitios donde lo imperecedero se presenta en lo perecedero, esté presente un medio.

Kirchhorst, 15 de octubre de 1945

Sobre la botánica. Dedicado al áster azul que florece ahora en el jardín.

De qué sirven las lupas y los microscopios — los verdaderos cristales de aumento son las propias flores. Hemos de contemplarlas hasta que se vuelvan transparentes cual lentes, luego veremos detrás de ellas, en el foco del haz luminoso, una luminosidad: el brillo de la semilla espiritual, que no posee extensión. Esa es la verdadera protoplanta.

Cuando nos parece trastornado el mundo, la visión de una flor puede restablecer el orden.

Los pasajes de mi trabajo en que hojeo diccionarios, como me ocurre hoy, quien los paga es la gata Kissa. A menudo se ve interrumpido su dormir en mi regazo. Así se le transmite al animalito esta verdad: que uno no puede encontrar reposo más que en sí mismo.

Holzminden, 17 de octubre de 1945

Partida temprana hacia el sur, para visitar a Friedrich Georg. Es mi primer viaje desde que se produjo la ocupación.

Nos hemos quedado a pasar la noche en casa de los Buhrbank, en Holzminden. Entre los libros que el dueño de la casa nos ha enseñado había una rareza: las grandes novelas por entregas publicadas con seudónimo por Karl May, como *El capitán Nobody* y *Rosita del Bosque o una persecución alrededor del globo terráqueo.* La visión de las xilografías me ha hecho recordar vivamente la enorme expectación

con que yo leía esos libros cuando tenía dieciséis años. La encargada de la biblioteca de préstamo de Hamelín no los tenía catalogados en el fichero y a mí me los pasaba a escondidas. Sin duda contribuyeron mucho a que yo marchase a la Legión Extranjera Francesa.

He compartido el dormitorio con el doctor Kraft. En la oscuridad mantuvimos una conversación y durante ella, al tiempo que lo escuchaba, trataba yo de formarme una idea de él. De igual manera que aparecen gigantes en el mundo de los cuerpos, así hay también en el mundo de las operaciones y de los negocios ciertos sujetos que desarrollan una actividad portentosa. En la mayoría de los casos serán también personas inteligentes, pero casi podría decirse que esa propiedad es consecuencia del poder de su voluntad, el cual acuña decisiones sin cesar, igual que un pesado cuño bate monedas. Tales naturalezas se complacen en vencer tareas significativas. Se las encuentra como capitanes de barcos, empresarios, jefes de partidos y de sindicatos — en suma, en posiciones de mando.

La raíz de mi relación con el doctor Kraft está en la Primera Guerra Mundial; él disparaba con sus cañones de grueso calibre desde el Bosque de Adinfer, delante del saliente de Monchy, donde yo me encontraba en 1916. Siendo aún muy joven Kraft llegó a fiscal y llevó adelante procesos, que se hicieron famosísimos, contra ministros, grandes defraudadores y financieros, enfrentándose a menudo a una docena de astutísimos defensores. Una vez que renunció a ese cargo actuó con idéntico brío como defensor, administrador de fortunas, fundador de industrias.

Es evidente que tales caracteres buscarán los acantilados y las tempestades — Kraft se sometió al examen de timonel, luego al de capitán, para poder navegar con barcos propios. Parecida es la atracción que producen en ellos los peligros que hay que vencer en la caza, y de ahí que en los mares Kraft pescase los grandes peces y en los Cárpatos cazase el ciervo y el urogallo; también viajó en avión a Nairobi para cazar el elefante. Esas eran sus distracciones.

Los cazadores se cuentan entre los tipos antiguos; conservan muchos rasgos arcaicos. Uno de esos rasgos es el ansia de trofeos, para aumentar el poder mágico. Las salas de trofeos son cámaras mágicas; con los cráneos, los huesos, las pieles están retenidos también en ellas, por un hechizo, los poderes vitales de los animales que llevaron tales cosas. Esas salas sirven para asimilarse los citados poderes, y ese acto de ingestión, lo mismo que el comer la carne del venado, sobre todo el corazón, es algo que proporciona fuerzas no solo físicas. Un verdadero cazador lleva siempre consigo parte de los animales que ha abatido y

con frecuencia se viste con su piel y con su cuero. *J'aurai ta peau.* Entre el equipaje de Kraft me ha gustado sobre todo un neceser de viaje hecho de piel de avestruz. Se la curte para convertirla en un cuero aterciopelado, que está decorado con granos, allí donde brotan las plumas, del tamaño de una nuez, distribuidos con regularidad.

Medio dormido escuché detalles de la caza de un elefante macho. Tan pronto como el gran animal cayó al suelo afluyó a aquel sitio un gran número de negros. Resulta difícil cortar la piel del elefante, dijo Kraft, de ahí que únicamente se abra en ella un agujero; por él penetra en el cadáver un bosquimano, que va pasando trozos de carne a los de fuera. El espectáculo de aquel carnicero, cubierto de sangre y de excrementos, es horrible.

He dormido mal, como me ocurre a menudo cuando lo hago en una habitación extraña. Primero estaba con Johanna Ritter en el salón de un barco, luego en el espumeante caz de un molino, bajo el azud, donde veía cómo hacían frente a la corriente unas serpientes de color azul acero y azul celeste. El baño era delicioso — el agua en que yo nadaba era agua de vida.

Ettlingen, 18 de octubre de 1945

Hemos cruzado un país devastado. En Bruchsal encontré destruido el hermoso castillo. Maulbronn estaba intacto, lo que me produjo una gran alegría. Por la puerta cerrada de la iglesia se filtraba un prodigioso canto argentino.

Nos hemos quedado a dormir en Ettlingen. En sueños he vuelto aquí a los mismos paisajes de ruinas de la noche anterior. Tal vez nuestros días no sean otra cosa que segundos en comparación con esas noches pasadas a orillas de la eternidad. Vivimos en una cadena de islas que se alzan desde las profundidades del mar, o como una bandada de peces voladores que una y otra vez se sumerge en el cristal tras breves vuelos a la luz solar. La vida es posible únicamente gracias a esas inmersiones, es conservada únicamente por ellas. Tampoco es otra cosa la vida misma que una isla en la eternidad.

Vuelvo una vez más sobre este pensamiento: nada es prodigioso, o todo lo es. El juicio depende de la profundidad hasta la que nos sumerjamos. Hay aquí fronteras en las cuales se borran todas las diferencias. El oro, las piedras preciosas, las obras maestras, el lienzo en que están pintadas, el pergamino en que están escritas, todas esas cosas son, en el fondo esencial, prodigiosas y únicas. Materialmente es algo que cabe expresar diciendo que en todas las cosas tropezamos a

la postre con los átomos, los cuales son obras maravillosas. Ese es el fondo de oro encima del cual brilla la pintura fugaz de este mundo y retorna en el tiempo.

Tal vez sería mejor decir, en vez de «átomos», palabra que está de moda, «mónadas». También las partículas más pequeñas que descubrimos son solo barniz, representación, no dejan de ser piedras de toque. El arte de los pueblos y de los tiempos está dominado por un único asunto; cuando nos apartamos de él se vuelve absurdo el arte.

Paseo por la ciudad, que no ha sido destruida y cuya antigüedad se halla atestiguada por una estela votiva consagrada a Neptuno, protector de una corporación de navegantes romanos. A los pies del dios, que sostiene en su mano derecha un pez y en la izquierda un tridente, está acurrucado un animal fabuloso. El trabajo testimonia el buen gusto y los recursos de gentes modestas. La estela está empotrada elegantemente en el muro del viejo ayuntamiento, que fue construido, más de un milenio después, con la misma piedra roja.

Muy cerca, y asimismo en la pared del ayuntamiento, hay un bajorrelieve en memoria de los caídos en la Primera Guerra Mundial. Provista de su guadaña y montada en un enorme caballo negro cabalga la Muerte sobre la Tierra, que está figurada como una serpiente. Bajo las rojas herraduras están agachados soldados minúsculos, huyen campesinos con la mujer, los niños y el ganado. La imagen, en la que se ha conservado el recuerdo de anónimas horas de terror, se diferencia significativamente de los convencionalismos superficiales que aparecen en casi todos los monumentos a los caídos en la guerra. Está bien visto el gran sufrimiento de aquellos años, pero también su coerción fatídica.

Überlingen, 20 de octubre de 1945

Nos quedamos a pasar la noche en Offenburg, en casa de los Burda, que luchan por conservar su editorial. Como en los viejos tiempos, hoy es posible hacer viajes tan solo si se poseen amigos que ofrezcan hospitalidad. Un cuadro de asunto invernal, de Nagel, pintor que me es desconocido, y que está colgado en la pared, me ha hecho recordar mis paseos junto al Muro Occidental, el cual queda muy cerca de aquí, en efecto.[14] Un arroyo negro discurre por prados nevados y bosques de abedules: blanco, azul y plateado brilla allí el frío riguroso. La impresión queda reforzada por el hecho de que el color está adherido a la superficie, en cristales planos, a la manera de las flores de escarcha. He meditado sobre si es lícito eso, si no es acaso

una exhibición de la sustancia en vez de una exhibición de la forma. El artista ha de permanecer en la forma; en eso consiste su limitación, pero también su tarea, en eso consiste precisamente el arte. Mientras meditaba sobre esas cosas, por debajo de la conversación que manteníamos ante unos vasos de vino de Baden, se me han ocurrido muchos argumentos y contraargumentos al respecto, pero los he olvidado enseguida.

A la mañana siguiente atravesamos la Selva Negra, primero bajo una ligera niebla, después a la luz del día. Brillaban los álamos, los arces, el follaje de los cerezos; los colores iban desde el marrón pálido al oro puro, desde el *rouge passé* al rojo púrpura oscuro. Las retamas habían perdido ya sus hojas, de manera que se alzaban en las laderas cual escobones lacados de verde; pero algunas flores aisladas seguían refulgiendo con el más luminoso de los oros, con el más espléndido de los colores. *Jeunesse dorée* de la vejez, más rica y más rara. Así deberían ser también las flores del crear, y las de eros.

Heme aquí por fin en la casa junto al lago, en la casa de Friedrich Georg; lo he encontrado en la habitación de Zita, que da al sur, en medio de un grupo de visitantes suizos. En un encuentro como este se nos hace patente la ganancia, la cosecha de los años duros.

Tras el saludo subimos a la habitación de trabajo de la parte de arriba; desde sus ventanas se disfruta una de las más bellas vistas sobre el lago y sus orillas. Los ojos descansan. Encima de la mesa, la *Odisea* y una traducción de su primer canto. Hemos hablado de las últimas fases de la guerra, la cual terminó para Friedrich Georg con tres días pasados en cautividad en un desagradable campo de reagrupamiento, donde fue concentrada tras la invasión la población masculina de la ciudad. He visto que esas cosas lo han fortalecido.

Oberhemmersbach, 21 de octubre de 1945

Por caminos que nos son familiares hemos subido por la mañana a la casa de la viña de Überlingen y desde allí hemos ido a la barraca de los desolladores, que se encontraba abierta. Ha sido la primera vez que hemos entrado en ella. Hemos visto el tajo de carnicero, los ganchos en las paredes, el pozo para tirar los despojos que estaba rodeado de placas de sangre seca. En una habitación contigua se amontonaban, hasta llegar al techo, millares de pálidos cráneos.

Muy cerca de allí queda un pequeño terreno pantanoso en el cual se entregaba Ernstel, hace siete años, a sus juegos de muchacho. En

aquel rincón había edificado él su castillo, como suelen hacer los niños. Mi hermano me ha acompañado hasta allí y me ha enseñado el terraplén de tierra negra, que se ha conservado hasta hoy. Una vez más me ha agobiado el misterio que rodea esa muerte.

La visita a la ciudad junto al lago no podía ser sino breve; comportaba riesgos, sobre todo a causa de la inseguridad que reina en las carreteras. En el jardín me ha dado todavía Friedrich Georg una mata de ruda y unos bulbos de la gran azucena-leopardo que él cultiva allí. Después nos hemos despedido, en la esperanza de que ahora haya quedado roto el hechizo y de que muy pronto volvamos a vernos en el norte.

Nos hemos quedado a pasar la noche en Oberhemmersbach, donde los Burda nos han invitado a cenar en su casa de campo. Kraft ha llevado el peso de la charla y ha estado narrándonos cosas de sus cacerías de leones, ballenas y elefantes, de sus expediciones marinas, de sus campañas, procesos, fundaciones. Se veía que a él no lo asustan las dimensiones. Un ejemplo:

—... y cuando saqué la cabeza del refugio y vi que había desaparecido el barrio en que yo vivía ...

Hemos dormido en el hotel Sonne, donde hemos disfrutado del viejo confort de la Selva Negra; en medio de la devastación nos ha parecido un milagro.

Bühl, 22 de octubre de 1945

Diversas averías del vehículo han hecho que hoy no hayamos podido llegar más que hasta Bühl. Como no ha sido posible encontrar cama en ninguna parte, hemos pasado la noche en uno de los centros de acogida de la Cruz Roja. El lecho era duro, pero instructivo; permitía echar una mirada a la gran miseria que abarrota las carreteras. El espectáculo de los alemanes durante sus triunfos me ponía triste a menudo; ahora, en su desgracia, me han inspirado el máximo respeto.

Pforzheim, 23 de octubre de 1945

Hemos continuado el viaje a través de ciudades destruidas; su aspecto desgarra el corazón. La más horrorosamente asolada era Pforzheim: el camino pasaba entre montones de escombros. En las ruinas se veían cruces blancas y flores en recuerdo de los que han quedado allí sepultados. De vez en cuando una luz, como la lamparilla de un guardián de cementerio en este campo de escombros.

A la salida de la ciudad tuvimos una nueva avería, que no era posible reparar durante la noche. De ahí que nos separásemos para buscar alojamiento. Yo fui a pie al cercano Eutingen y solicité cama en el albergue de la Cruz Roja. Allí he dormido en un sótano, en una estrechez china, entre hombres, mujeres y niños. Antes, sentados a una misma mesa, bebimos todos juntos café de malta, al que cada cual añadió las provisiones que llevaba consigo.

He escuchado con atención la charla de aquellas personas; ha sido bueno que el destino me haya conducido a este lugar. Uno rehúye con demasiada facilidad el sufrimiento monstruoso, como una herida cuya vista no se siente capaz de soportar.

Había ido a caer en medio de un grupo de fugitivos que, desde Prusia oriental y Pomerania, habían conseguido abrirse paso hasta el Oeste — una madre de unos cuarenta años con su hija, dos hombres, y un muchacho que andaba buscando a sus padres.

Aquellas gentes contaban que en su éxodo acampaban en grandes graneros que los rusos inspeccionaban noche tras noche. Describían los detalles — por ejemplo, la sensación de violento escalofrío que experimentaban cuando los cerrojos que habían echado saltaban rotos por los culatazos y los disparos de fusil. Las mujeres se escondían bajo la paja, pero los rusos las encontraban casi siempre, pues pinchaban las pacas con horcas. También hacían que los niños pequeños los llevasen hasta ellas. La madre ha narrado luego una escena en la que se interpuso entre los soldados y su hija e hizo que la violasen a ella en vez de a la niña.

—Antes de cruzar el Elba me violaron cinco veces.

A lo que uno de los dos hombres, que tenía el aire de ser un profesor de bachillerato o un funcionario de categoría intermedia, dijo:

—A mi mujer la violaron tres veces antes de que la perdiese.

Esta charla me ha llenado de espanto — no tanto por su contenido cuanto por la calma con que se producía. Yo tenía la impresión de estar sentado a la mesa con espíritus de fallecidos, que hablasen de cosas anteriores a su muerte. A la vez me ha agobiado el enorme peligro que está formándose ahí, más amenazador que todos los medios de aniquilación que los técnicos puedan concebir. Están cayendo los tabúes.

Ansbacb, 24 de octubre de 1945

Pasado la noche en casa de Fehrmann, que quiere emigrar a Río de Janeiro y está realizando con mucha discreción los preparativos para ello.

Antes de caer dormido he estado hojeando algunos números antiguos de la revista *Simplizissimus,* desde 1906. He tenido el sentimiento de estar viendo fantasmas. La impresión que se experimenta es la de que los fabricantes de chistes de entonces no conocían aún las auténticas agudezas de sus bromas; pintaban sobre telones de teatro.

En los grandes procesos de descombro las inteligencias críticas adquieren un significado que les viene dado por el objeto. Una vez desaparecido este, también desaparece aquel significado, como le ocurre a una ficha de juego tras la conclusión de la partida. En eso estriba la tragedia de Beaumarchais, de Maximilian Harden y de otros muchos.

Esa especie de chiste político presupone también un adversario liberal. Si este desaparece, la caricatura se transforma en un medio de suicidio, excepto que sea una concesión hecha por el Estado. En ese caso se convierte en un servicio que se le presta al verdugo.

Kirchhorst, 25 de octubre de 1945

Una vez que se nos agregó el doctor Lilje, hemos realizado el viaje de vuelta por Wurzburgo, Fulda, Gotinga. He llegado a Kirchhorst a última hora de la tarde.

Kirchhorst, 28 de octubre de 1945

Visita del *captain* Thomas y del *major* Hood. Thomas me ha traído saludos de Niekisch, con el cual ha mantenido una extensa conversación en Berlín. Cuando los rusos se acercaban, Niekisch estaba en el presidio de Brandeburgo e iba a sufrir «un tratamiento especial», es decir: iba a ser matado, como tantos otros. Lo salvó el hecho de que el director de la cárcel lo declarase una y otra vez «no apto para el transporte». El apareamiento de la burocracia con la bestialidad engendra paradojas como esa; aún se descubrirán muchas más en los documentos.

Por la tarde he estado revisando con Hood su traducción de *Sobre los acantilados de mármol.* El texto inglés resalta sobre un fondo de vocablos gaélicos, que le confieren un aire arcaico; un ejemplo: *the squaich* como traducción de *das Kesselchen* [la escudilla].

Kirchhorst, 31 de octubre de 1945

Los crisantemos han florecido por completo. Durante todo el día ha habido una ligera bruma azul, en la que temblaban las flores doradas.

Visita de Laîné, que bajo nombre falso está trabajando en Westfalia con sus bretones. Ya en París pude prestarles ayuda. Por desgracia me dice que algunos bretones han sido fusilados. Laîné ofrece la grata estampa de un hombre que está enteramente convencido de su justa causa; obliga a sus camaradas a realizar trabajos duros, les prohíbe que trafiquen en el mercado negro. Ahora están preparando su emigración a Irlanda. Siempre hay solidaridad entre los celtas.

Laîné ha dicho que medios como la bomba atómica hacen ilusoria la democracia también en la práctica, por cuanto concentran poderes gigantescos en manos de unos pocos, más aún, en manos de uno solo. Pero, según él, sería bueno que esos hombres se señalasen, igual que los druidas, por saberes no profanos. Entonces el poder físico quedaría realzado por el poder espiritual.

Yo pondría eso muy en duda y me inclinaría más bien a suponer que la técnica de aniquilación está relacionada con la formación de grandes masas uniformes y de sus elegidos. Tampoco pueden caer de las nubes superhombres, sino que quienes caerán serán un *major* Atkins o un capitán Filopovich, que habrán tomado antes un buen desayuno y, probablemente, de postre, unas píldoras.

Aprovecho la ocasión para enterarme de la etimología de las palabras «dolmen» y «menhir», para mi trabajo sobre el lenguaje.

Kirchhorst, 1 de noviembre de 1945

Las cosas que el individuo podrá sacarle a la especie — por ejemplo, goce. Pero siempre serán réditos, provisiones de fondos, propinas de Mercurio, pues de lo contrario correría peligro la especie.

En este aspecto me causa asombro la existencia del cuclillo, pájaro que parece dedicado enteramente al goce, por lo cual los antiguos lo calificaban también de *Gauch,* «loco», y lo contaban entre los animales innobles. Lo que uno se pregunta es por qué la Naturaleza favorece de ese modo al cuclillo y si no existe una cuenta en que se le cargue eso. A mí ese pájaro, al que he observado a menudo en el páramo y en las lindes de los bosques, me parece

misterioso y hasta fantasmal. También su grito tiene un tono familiar solo en apariencia. Aquí se encuentra tal vez uno de los puntos de sutura del vestido de la Creación.

Pensamiento al saltar una valla durante mi paseo por los campos: cuando deambulamos por la campiña de ese modo, soñadores, distraídos, tal vez esté acechándonos la Muerte. Somos arrebatados por un paro cardiaco, por una caída súbita, antes de que llegue a nosotros la consciencia del accidente. Tampoco oímos, en efecto, el disparo que nos derriba. Cabría pensar que en espíritu continuamos el paseo, sin sospechar que hemos muerto.

Kirchhorst, 2 de noviembre de 1945

Sobre la singularidad de los encuentros en los sueños. Así, esta noche pasada me tropezaba, en un pequeño bar de Río de Janeiro, con un oficial de intendencia alsaciano que en largas conversaciones me daba detalles de la diferencia que hay entre la administración militar alemana y la francesa. Entablaba conocimiento con él porque, en el momento en que me disponía a pagar con *milreis,* yo no me aclaraba y él me explicaba el cambio de moneda.

¿Quién creería que esas cosas son invención libre del espíritu que sueña? Y si es así — ¿por qué no es inventada de modo similar la vida diurna? Tal vez prosigamos alguna vez los paseos oníricos, como el paseo a que me refería ayer. Tal vez tengan sobre todo los sueños en que deseamos algo un carácter de germen, de embrión; los damos a luz en otros astros, donde maduran del todo hasta llegar a ser magníficos. Si eso fuera así, la cualidad de los sueños tendría un valor nada común. Es este un pensamiento que antiguamente les resultaba más próximo, más familiar, a los seres humanos.

A menudo me parece que en los sueños el mundo está mejor pensado, que tiene más matices, que es más artístico, y que los saberes son más poderosos. Bohr contempló el modelo del átomo en una visión que tuvo. La pura técnica, la mera rutina, no podrá prevalecer mientras continúen abriéndose esas puertas.

Para el arte hay dos caminos que lo sacan de la abstracción. El arte puede sumergirse en la noche y su marea de imágenes, como hizo el Romanticismo, como hizo Novalis. Beckmann ofrece hoy un ejemplo de eso. Pero también puede detectar en el día los elementos de los sueños, detectar en la luz la oscuridad sutilmente repartida.

Esta es la tentativa más audaz. No es en las cosas del pasado ni en las utopías donde se capta lo maravilloso, sino en el presente.

Los experimentos en que vemos ocupado al arte parecen tender a descubrir una relación nueva, estable, entre lo consciente y lo inconsciente.

Kirchhorst, 4 de noviembre de 1945

Lectura: *África,* de Gustav Hermann Kletke; esta obra en tres volúmenes es una colección de descripciones de viajes. Hay en ellas buenas observaciones sobre el islam.

«Cuando Barth le contó al jeque, entre otras instituciones propias de los europeos, que los cristianos estaban habituados a asegurar sus posesiones en la tierra y en el mar, a asegurar incluso la semilla en los campos, y hasta la propia vida, el jeque no pudo negar, desde luego, que eso representaba una inteligente medida cautelar con respecto a las preocupaciones de este mundo. Pero a él, mahometano piadoso, le parecía que tales métodos ponían en peligro la salvación del alma en el otro mundo.»

Kirchhorst, 5 de noviembre de 1945

Continuado la traducción de Rivarol. A veces tengo la impresión de que toda la miseria de nuestros días empezó con la ejecución de Luis XVI. En la historia volverá a encontrarse con frecuencia eso: la víctima exhibida, que guía la danza, como si saliese de los relojes del destino. Así, la muerte del conde Helfenstein precedió a la Guerra de los Campesinos, que trajo a Alemania una miseria horrible: y así, el asesinato de la pareja de los Habsburgo precedió a la Primera Guerra Mundial. En nuestro mundo de tinieblas esa sangre se asemeja a la ofrenda derramada; en torno a ella se arremolina ávidamente el enjambre de los espíritus vengadores.

El año de 1789 representa uno de los puntos de inflexión capitales. Arqueólogos futuros podrían fijar en él el final del «Imperio Medio». ¿Cómo será la gran contabilidad? En última instancia el incremento de libertad recae, en la página de las pérdidas, sobre los franceses. Ya el nacionalismo alemán de las guerras de Liberación se formó de acuerdo con esos modelos, como también lo hizo, más tarde, la revolución rusa. Los bolcheviques, para trepar, se aferran a los jacobinos como a rodrigones, bien dando un rodeo a través de Hegel, bien de manera directa. *Marat* se llama uno de sus buques de guerra. Nadie habría imaginado que ese tragador de sangre volviera a ser

rehabilitado alguna vez, excepto en pequeños círculos de anarquistas. Pero aún están aguardándonos otras sorpresas.

Anotación sobre lo apuntado en la Barraca del Auwald el 7 de abril de 1940:15

El petróleo, cuando está en los bidones, es turbio, opaco, carece de brillo. Pero basta que caiga una sola gota en la carretera para que sobre lo húmedo se desplieguen unos colores maravillosos; en comparación con ellos resultan toscos, corporales, todos los colores que conocemos. Son juegos que se desarrollan sobre películas finísimas, lindantes con la nada. La materia delata que está acercándose a su estado misterioso y que va a pasar a él.

Eso mismo es posible con el tiempo: en aquellos momentos en que la oscura corriente se torna transparente, en que está superpuesta a la eternidad como un último destello que se apaga. Unas fracciones de segundo pueden tener en esos momentos el mismo peso que un milenio.

Si cortamos el tiempo en capas finas, los contenidos parecen inmóviles, como en las instantáneas fotográficas. Si aplicásemos métodos infinitamente más finos nos tocaría en suerte una sorpresa. Es cierto que al principio los contenidos se harían más rígidos todavía, pero luego se perdería su forma, su diferencia, y comenzarían a refulgir mónadas de tiempo. Nos acercaríamos al fontanar de las ilusiones. De esa clase es el sueño de Mahoma.

Kirchhorst, 6 de noviembre de 1945

Se ha presentado en casa por sorpresa Friedrich Hielscher; en él he vuelto a encontrar, como siempre, la antigua seguridad, si bien ahora un poco difuminada. Ha perdido su casa, sus muebles, su correspondencia, su biblioteca, pero su mujer consiguió poner a salvo sus manuscritos: en Marburgo, donde está viviendo ahora.

Tras el 20 de julio lo detuvieron y encarcelaron en la prisión de Moabit. Allí, durante un interrogatorio que no progresaba como debía, lo llevaron a los sótanos para hacerle preguntas más minuciosas, es decir: para someterlo a una sesión de latigazos, que duró una hora. Uno de los verdugos lo golpeaba, el otro leía las preguntas numeradas de un cuestionario y anotaba las respuestas. Los dos fumaban cigarrillos mientras ejecutaban su trabajo. Bogo ha dicho que lo más

agotador de todo fueron las combinaciones mentales que aquello exigía y que tenían que ser rápidas como el rayo — primero, para evitar contradicciones, y además, para no mencionar nombres que aún no hubieran surgido en la investigación. En tales casos uno intenta echar las culpas a personas que ya no estén vivas. En determinadas circunstancias es preciso realizar combinaciones mentales también con ese hecho.

Una vez liberado volvió a ver a los dos sujetos que lo habían azotado: eran dos simples escribientes, de esos que se ven por todas partes en las oficinas públicas, sentados detrás de montones de expedientes.

Kirchhorst, 7 de noviembre de 1945

Terminado la lectura de la *Crónica de la familia Zimmern.* Es uno de esos libros que uno puede releer cada año.

En uno de los primeros capítulos se menciona el Purgatorio de san Patricio. Está situado en una cueva de Irlanda, en la que se ven los sufrimientos de los condenados. Hasta aquel lugar llegó Hans von Gerolseck, esposo de una tal Anna von Zimmern. Una vez que volvió de allí estuvo taciturno y triste todos los días que le quedaron de vida, hablaba poco y falleció no mucho después.

También hoy se oyen cosas parecidas de quienes han estado presos algunos días en lugares de espanto; cuando regresan fallecen al poco tiempo o se suicidan. Hay aspectos de lo infernal que trastornan el espíritu o le roban su fuerza vital al ser humano — este se parece entonces a alguien que hubiera echado una ojeada a una cocina infame y apartase de su lado el plato.

Kirchhorst, 13 de noviembre de 1945

A pesar de la lluvia y de la niebla siguen floreciendo los crisantemos. Esta tarde he estado en el jardín revolviendo el abono. Resulta notable el halo tan preciso de consciencia que rodea un hecho tan sencillo como el de que la tierra blanda vuele por el aire. Tal halo va acompañado de ideas procedentes de muchas disciplinas científicas. El espíritu muestra gráficamente a la visión directa los rasgos sutiles de su química, de su mecánica, de su biología. ¿Es acaso por eso por lo que nosotros somos ahora más fuertes que los jardineros de otros tiempos? Creo que, en todo caso, no somos más débiles. Es nuestro estilo.

La tarea del autor, en la medida en que ella tiene sentido para otros, es la fundación de una tierra natal espiritual, de una morada espiritual. Puede ser una modesta hornacina con una imagen, o un banco delante de un portal, o una casa de campo, o un palacio, pero puede ser también una amplia extensión de bosques y cadenas montañosas o el espacio cósmico. La obra poética se impone al mundo de una manera mucho más honda y duradera que todo saber, que toda política. Todavía hoy sigue introduciéndonos en las murallas de Troya, en el palacio de Agamenón. Así como la seguridad de un lugar, su condición de habitable, en quien reposa es en el héroe, así es el poeta el que consigue que reconozcamos ese lugar, que lo recordemos: que se convierta en tierra natal.

Son los poetas los que proporcionan los grandes albergues, los grandes refugios. De ahí que en aquellos sitios donde ellos faltan se propague enseguida un vacío terrible. Es cierto que en tales lugares aún puede habitarse, pero se vuelven inhóspitos, carentes de sentido, desconocidos en su interior.

Cada vez más abajo. Las víctimas de los años pasados, cualesquiera que fuesen los horribles calabozos en que se extinguieran, eran recordadas, sin embargo, con compasión y cariño en la otra punta del globo terráqueo. Tenían sus abogados. Los innumerables seres anónimos que hoy están sufriendo ese mismo destino carecen de defensores. Sus estertores de muerte se pierden en una soledad terrible. Y en aquellos sitios donde sus sufrimientos se filtran un poco, a pesar de todos los esfuerzos por mantenerlos ocultos, lo que provocan es un sentimiento de satisfacción demoniaca.

En el correo, entre otras cartas, una por la que me entero de que también nuestro buen Humm ha caído. El bombardeo de alfombra que destruyó la ciudad de Wurzburgo se lo llevó por delante, a él y a toda su familia, también, por tanto, a su último hijo, cuyo nacimiento festejamos no hace tanto tiempo en el hotel Raphaël.

Cuando leía la noticia veía con toda claridad ante mis ojos su fina cabeza de cabellos blancos. Nos resulta especialmente difícil concebir la muerte de personas que irradiaban tal seguridad.

Poco a poco va viéndose que nuestro grupo de París ha quedado arrasado como si sobre él hubiese caído una bomba. La cosa comenzó ya el 20 de julio de 1944, con el estrangulamiento de Von Stülpnagel, Hofacker y Linstow, y ha culminado en los meses de esta primavera.

También son frecuentes los suicidios, como el de Hartog, que en sus posesiones de Silesia se dio la muerte en unas circunstancias espantosas. De Pr. se dice que fue descuartizado y arrojado como comistrajo a los cerdos en su finca de Pomerania. No hay horror de los tiempos antiguos o de los modernos que no haya retornado. Algunos, como Leo, han desaparecido en los campos de exterminio rusos, en los que continúa el terror, a veces en los mismos sitios acerca de los cuales leemos ahora revelaciones espantosas. Pero no hay comentarios sobre lo que ahora está ocurriendo allí. Otros, como Crome y como Kossmann, se encuentran en Siberia. En comparación con ellos hay que considerar afortunados a quienes, como Grüninger, cayeron combatiendo.

Yo tenía a veces, en aquellos años, la sensación de estar viviendo en medio de un grupo de personas marcadas, en el camarote de un barco ya hundido, ante cuyas ventanas se deslizasen sombras. Una variante de los Caballeros de Ekeby.[16]

Kirchhorst, 15 de noviembre de 1945

Por la mañana en Burgdorf. Cada vez que paso por Beinhorn siento especialmente cerca a Ernstel. Allí imperan sus manes, en el bosque, y en el pantano, y alrededor de las encinas que se alzan delante de las casas de labranza.

Entablé conversación con el propietario, un campesino. Ha perdido a su único hijo en Stalingrado.

—Tenemos aquí todo un bosque de madera y nuestro muchacho ni siquiera tuvo un ataúd.

Kirchhorst, 20 de noviembre de 1945

Melancolía. Como ya me ha ocurrido muchas otras veces en que me encontraba de ese mismo temple, el hojear carpetas con reproducciones de cuadros me ha procurado distracción. Esta vez han sido cuadros de Pierre Bonnard, de Braque, de Utrillo, de Fautrier. En Bonnard se hace patente aquella cara o tarea del impresionismo que cabría calificar de «conquista de las moléculas por la seguridad consciente». Un ambiente es transmutado en consciencia. Eso es algo que resulta más reconfortador todavía en su contemporáneo Henri Lebasque, cuyas escenas de interior y de jardín están anegadas en una corriente de dicha y de calma. La pintura proporciona también historia de los detalles, por ejemplo de una alegre mañana primaveral de 1910, de sus elementos imprecisos, que no son captados por

ninguna escritura.

En un manifiesto a propósito de las epidemias Montgomery expresa su esperanza de que «el invierno sea riguroso». Cuando están vacías la cocina y la bodega, la gente prefiere la gripe a la muerte por frío y por hambre. Desde luego la muerte por frío no es contagiosa.

Freunde in der Not gehen tausend auf ein Lot. [Amigo en buen tiempo, múdase con el viento.] Sí, pero uno solo pesa más que mil. *Un* ser humano puede bastar para sustituir a tantos como se quiera; el número carece de significado. Tales cribas, que separan el grano de la paja, resultan beneficiosas en todos los aspectos.

El antigermanismo parece formar parte, igual que el antisemitismo, de los humores básicos del mundo; no necesita argumentos. Lo que uno ve al abrir hoy un periódico es que las gentes, también mis propios compatriotas, se entregan al antigermanismo como a una orgía. No hay absolutamente nada bueno en los alemanes, y eso lo dicen también espíritus en cuya superioridad o, al menos, decencia habría uno creído.

Kirchhorst, 24 de noviembre de 1945

En esos momentos de nuestra vida en que se enseñorean de nosotros las cosas tristes, grises, el odio del mundo, en esos momentos dormir se convierte en un consuelo, en un palacio de imágenes al que bajamos.

En tales situaciones el despertar se revela como un dolor. Uno resbala hacia la consciencia como hacia una charnela cortante. Pero no debemos quejarnos, pues hay grados. Así, en una carta escrita por Merck a Goethe el 18 de octubre de 1788 leo lo siguiente:

«… y el instante en que me quedo dormido es el más venturoso de todos — pero también es el más desventurado aquel en que me despierto. Es como si esto último ocurriera a causa de un cañonazo, y luego es como si todo mi cuerpo fuera traspasado por mil lanzas».

Y es cierto que poco después de esa fecha llegó su suicidio.

Kirchhorst, 26 de noviembre de 1945

La casa de mis suegros es una de las pocas de la zona de la plaza

de San Esteban que no ha quedado arrasada. Las ventanas han sido sustituidas por papel transparente, las puertas se bambolean en sus goznes, el techo del salón ha sido dañado por una bomba incendiaria. Se caldea la casa con pedazos de madera recogidos entre los escombros. He dormido en el sofá y leído los diarios de Hebbel, un tónico de eficacia probada.

Por la mañana he estado en la ciudad; aún no puedo habituarme al aspecto que ofrece. Allí parecían estar deslizándose de un lado para otro fantasmas procedentes de los viejos tiempos burgueses. Temas para Kubin: lo único que ha quedado en una gran pared es un balcón, pegado a ella como un nido de golondrinas; hasta él lleva una escalera que también flota en el aire. Un eremita se ha emparedado en aquel balcón; el humo que sale del tubo de una chimenea atestigua su existencia. A veces se ve a seres humanos desaparecer de repente en los montones de escombros, sin duda en el agujero de un sótano. También de los jardines se elevan chimeneas humeantes. Uno se imagina estar atrapado en un sueño confuso y anhela despertar.

Ahora tenemos ocasión de estudiar la otra cara de la *hybris,* de la desmesura, el rayo de la venganza, que solo en apariencia lanzan seres humanos. Pero una vez más vuelven a sufrir millones de inocentes; y otros millones sufren más de lo que merecen.

El espectáculo adquiere un aspecto diferente, sin embargo, para quien divisa en el dolor, en el sufrimiento, el auténtico capital del tiempo. Los alemanes podrán decidirse algún día a reinvertir en desquite ese capital que ahora está acumulándose en millares y millares de lugares de horror aún desconocidos — entonces ese capital será derrochado en pura pasión. Pero también pueden ponerlo a rédito y hacer ganancias con él: cosechar los frutos del sufrimiento, que maduran silenciosos en forma de sabiduría, de amor, de poder interior, de alegría de vivir, cosas todas ellas que siguen a la lección impartida por los golpes del destino.

Kirchhorst, 28 de noviembre de 1945

A última hora de la tarde he terminado mi trabajo sobre el lenguaje y la anatomía.

De las dificultades que una empresa como esa trae consigo la más significativa es la que cabría calificar de «preservación de la originalidad de quien se aplica a ella». Hoy resulta sospechosa toda afirmación que no salga de la boca de un especialista, es decir, que sea

independiente del estado más reciente de las investigaciones. Y, sin embargo, es en esa independencia donde reside el valor de la visión directa.

Una característica de la edad técnica y de su progresión es la desconfianza hacia quien se planta ante su objeto sin un aparato. Resulta sospechoso, por ejemplo, todo aquel que, sin ser catedrático de teología —y en esto hay que distinguir aún entre los especialistas del Antiguo y los especialistas del Nuevo Testamento— hace una observación nueva sacándola de su lectura personal de la Biblia.

Eso significa, empero, poner las cosas boca abajo, pues ese modo de conocer de los especialistas constituye una de las razones que excluyen de la riqueza original del objeto. Moisés y Cristo se dirigieron, y siguen dirigiéndose todavía hoy, a unos espíritus enteramente distintos. Un sastre, un jardinero, un labrador, un pescador pueden estar más cerca del texto y captar fuentes más profundas por debajo de él, cosa que, naturalmente, no se basa en sus profesiones, sino en su ingenuidad. Si la tienen, leerán en el texto algo nuevo, sacarán de él agua viva, y eso nuevo será a la vez lo antiguo, el texto sagrado originario, que se revela en la palabra. En cambio, los trabajos de Sísifo realizados por los escribas y doctores de la Ley no servirán de nada, pues conducen, por caminos cada vez más sutiles, al vacío.

Kirchhorst, 29 de noviembre de 1945

Primer aniversario de la muerte de Ernstel. Todavía siguen llegando cartas de amigos suyos de Salem y de Haubinda, que preguntan si va a prepararse con ellos para el examen final de bachillerato. Demasiado tarde, pues hace ya tiempo que aprobó su examen de madurez.

Kirchhorst, 6 de diciembre de 1945

Con un fuerte viento en contra, viaje en bicicleta a Burgdorf, a la consulta del dentista. En Burgdorf he leído, entre los carteles pegados en las paredes, una orden de las fuerzas de ocupación que dice que hay obligación de apisonar los campos de espárragos y prohíbe plantar árboles frutales. Los alemanes quedan reducidos a una dieta de patatas, como los irlandeses en los mejores tiempos de Inglaterra.

En la consulta del dentista he encontrado a un pequeño funcionario que necesita un puente, pues se le han caído los dientes. Para ello tiene que presentar el visto bueno de un oficial de Estado

Mayor, el cual es quien decide si la cosa merece la pena. El hombre tiene más de sesenta años. Lo que me ha interesado en su caso ha sido la seriedad de bruto con que ha intentado explicarme que él sí merecía realmente su puente, en lugar de declarar sin rodeos que lo que el tal oficial merece es una buena bofetada. Los alemanes continúan siendo incorregibles.

Tal vez se encuentre entre las tropas de ocupación un heredero espiritual de Swift y haga colección de chaladuras, que ciertamente no faltan.

Kirchhorst, 12 de diciembre de 1945

Por la tarde ha venido Rademacher, que está pensando en hacer un segundo viaje a Überlingen. Ha traído noticias de varios conocidos; por ejemplo, de Gärtner, que intervino en la sublevación de los pueblos celtas y fue hecho prisionero. En la cárcel lo drogaron, pues la policía quería saber nombres; parece que las drogas empleadas fueron compuestos de atropina, que los carceleros pulverizaban también dentro de su celda. Esos compuestos, por lo que se dice, agudizan la consciencia y a la vez producen una euforia que debilita la voluntad, de manera que la gente, con una óptima capacidad de recuerdo, cuenta precisamente aquellas cosas que desea mantener en el más riguroso de los secretos. Dos tentativas de suicidio, una colgándose en la celda, y otra, saltando por la ventana de la habitación donde lo interrogaban.

Kirchhorst, 13 de diciembre de 1945

Dado que a causa del frío resulta casi imposible mantener los libros en la mano, a última hora de la tarde suelo construirme, con la ayuda de dos mantas, una especie de tienda de pastores mongoles, en la que introduzco la bombilla eléctrica mediante un cable alargador.

En esas condiciones vuelvo a leer una vez más, con un placer nada común, *Las mil y una noches,* en los volúmenes publicados por la editorial Insel. Es una gran suerte haber salvado de entre mis libros tal tesoro. Justo ahora puede disfrutarse en esa obra lo que Stendhal dice de ella y Hugo von Hofmannsthal repite en su prólogo: «Un libro que hace de una cárcel la más deliciosa de las moradas».

En su prólogo Hofmannsthal ha captado el Oriente en su núcleo: como una de las grandes regiones de nuestro interior, como *nuestro* Oriente.

Yo llamaría «razonamiento por simetría» a la averiguación de una incógnita, de una relación desconocida, mediante su coordinación arquitectónica o refleja con una relación conocida. Uno de esos asuntos es la cuestión de la correspondencia metafísica de nuestros esfuerzos técnicos — la cuestión de la incógnita de nuestro mundo. A ese respecto, uno de los razonamientos posibles sería el siguiente:

En todas las épocas se ha supuesto que la divisibilidad de la materia tiene un límite y que en la búsqueda de lo infinitamente pequeño hay un punto final, del que no puede pasarse. Eso lo confirman ahora los experimentos. Si alcanzamos ese límite y seguimos dividiendo, se llega a una transmutación de las cualidades, a una metamorfosis súbita de la magnitud divisible, con un aflujo enorme de energía.

El razonamiento por simetría llegaría a la conclusión de que también en la búsqueda de lo infinitamente grande ha de haber por fuerza una correspondencia de eso. Es preciso que nos imaginemos una extensión de tal grado que en ella lo infinitamente grande se esfumaría en favor de una manifestación nueva, formidable. Este pensamiento se compadecería con las teorías astronómicas según las cuales existe un mundo que es, ciertamente, gigantesco, pero limitado. Esta hipótesis es extraordinaria y apunta a una modificación, a un salto perceptivo, impensable todavía en el siglo pasado, a un punto final del pensamiento fáustico y a una fijación incipiente de la imagen del mundo.

¿Qué es lo que ocurre en el momento en que se alcanza y sobrepasa el límite superior del espacio? Podría suponerse que se llega a una aniquilación del tiempo, de igual modo que en el límite inferior se llega a una aniquilación del espacio. Lo infinitamente grande recibe una dirección; se transmuta en una cualidad superior, en eternidad.

Esa noción de lo infinito que teníamos todavía hace poco tiempo, más aún, que sigue predominando todavía hoy, conviértese ahora en algo perteneciente al pasado, en uno de los aspectos de la peregrinación por el desierto. Se inscribe en la serie de las formas de veneración, en la historia de las religiones, en los apócrifos del materialismo. Aunque la cumbre de una montaña se encuentre llena de observatorios: estuvo emparentada con el Sinaí. Los observatorios astronómicos van sucediéndose desde los primeros tiempos y siempre se llega en ellos al mismo límite: el punto en que el saber capitula.

Kirchhorst, 15 de diciembre de 1945

Continuado la lectura de *Las mil y una noches.* El cuento del faquín y las tres muchachas es uno de los collares de perlas que ciñen el libro. En su composición hay arbitrariedad libre, y, sin embargo, un comedimiento prodigioso. Así es como un bailarín llena a capricho el espacio con sus figuras — pero siempre en el orden de la música. Un cuerpo bello produce pliegues armoniosos en el vestido que lleva.

La curación es difícil porque los más de los enfermos desean ciertamente desembarazarse de la enfermedad, pero no ponerse sanos.

De lo que se trata es de llevar al enfermo a aquel punto en que quiera ponerse sano.

El médico no es un remolcador; es un piloto que se toma a bordo.

También en la medicina es variable la táctica e inmutable la estrategia.

La mano que se mueve cuida al enfermo, la que está quieta lo sana.

Hamburgo, 20 de diciembre de 1945

Visita a los amigos de Hamburgo. Durante el viaje el chófer me señaló con el dedo, delante de la iglesia de Bergen, la picota que allí se ha conservado con su cadena. Por un instante tuve la duda de si se trataba de una reliquia de la Edad Media o de una reliquia del pasado más reciente.

La estancia en la machacada ciudad me ha resultado deprimente, me ha traído a la memoria el desencanto que sentí en Kiev y en Stalino. El Este proyecta sus sombras. Los seres humanos, aunque continúen en posesión de la totalidad de sus miembros, parecen mutilados. Se los veía escarbar entre las ruinas en busca de pedazos de madera y de escorias y afanarse en los jardines delanteros de las casas alrededor de magníficos árboles viejos, que han caído víctimas del hacha. Es preciso que lo alto caiga, ese es uno de los rasgos fundamentales de este tiempo.

Me he alojado en casa de Ziegler; como todo el mundo, también él está rodeado de incomodidades. Entre los conocidos que he ido a visitar han estado Gerhard Günther y Wilhelm Stapel; este último me ha recibido en su cuarto de trabajo. Allí hemos estado sentados como en el interior de una cámara frigorífica; el aliento se quedaba flotando en forma de nubecitas delante de la boca. Me he enterado de detalles

del suicidio de Walter Frank, que se pegó un tiro en brazos de su esposa. Stapel me ha leído sus cartas de despedida; las he encontrado dignas. Entre el enorme número de suicidios parece que fueron muchos aquellos a los que la noticia de la muerte de Hitler les dio no solo la señal, sino también la justificación; es lo que ha ocurrido también en este caso. He leído esta frase: «El mundo deja de tener sentido para mí desde el momento en que ya no está vivo ese hombre». Este historiador era una de las cabezas más agudas entre los partidarios de Hitler.

Ha habido una serie de días que cada uno ha tenido que atravesar como si atravesase los barrotes de una reja mortal, una marca del destino que se grabará en el recuerdo como casi ninguna otra de nuestra historia. Eso lo he visto claro también en casa de Gerhard Günther, que me ha descrito las noches de terror que vivió como fugitivo cuando se produjo la invasión de los rusos. Él y sus hombres salieron huyendo de la casa del dueño de una finca de Pomerania y se refugiaron en una zanja en medio de un pinar. A su alrededor caían las balas como en una batida de caza y desde donde estaban oían los gritos de las mujeres en el caserío y veían el resplandor de las llamas. La dueña de la finca, una joven mujer de treinta años, mató con inyecciones de morfina a su numerosa familia, también a su anciano padre y a sus hijos, y al final se pegó un tiro. Esos lugares no llevan nombre, pues los teníamos a millares.

Günther me ha contado también que se había encontrado con Herbert Blank, uno de los viejos participantes en nuestras veladas berlinesas. Pasó toda la guerra en un campo de concentración, en compañía de su mujer, que le dio allí un hijo. Himmler le proporcionó ocupación como especialista: tenía que estudiar los documentos de los procesos contra las brujas; ellos iban a constituir, junto a la historia de la Inquisición, una parte importante de la propaganda que se proyectaba hacer contra las Iglesias.

En la cama he leído los artículos de Carl Peters sobre Inglaterra y los ingleses. Me ha llamado la atención, en el testamento de Cecil Rhodes, la frase que dice que la paz mundial será inquebrantable mientras Alemania, Inglaterra y Norteamérica se mantengan unidas. Es algo que entretanto ha quedado documentado *ex negativo*.

Mientras leía esos artículos pensaba en la posición central que ocupó Guillermo II, en las grandes simpatías de que gozó y en todas las riquezas que ahora han quedado desbaratadas, como ha ocurrido en esta gran urbe. De buen grado urde uno, empalmando con eso, ideas como, por ejemplo, la siguiente: qué habría pasado si

Federico III no hubiera padecido aquel fatal cáncer de laringe y hubiera vivido más tiempo. Pero estas cosas son fantasías a que uno se entrega antes de dormirse. Los seres humanos no son fortuitos. Anuncian, como las agujas de un reloj, la hora que ha sonado. Aunque se los cambie, no por ello paramos el tiempo.

Kirchhorst, 24 de diciembre de 1945

Cuando uno camina por nuestras carreteras puede tropezarse con figuras humanas que no ha visto nunca. Son los prisioneros repatriados, con su halo gris del más extremo de los sufrimientos. A ellos se les ha infligido todo lo que los seres humanos podemos infligir y se les ha robado todo lo que los seres humanos podemos robar. Son mensajeros de lugares donde han sido innumerables las personas que han sido llevadas a la muerte por vejaciones, por hambre, por frío, por ultrajes.

Con uno de esos prisioneros repatriados me he topado hoy en Beinhorn: lo único que le habían dejado era una gris bata de franela a través de la cual pasaba silbando el viento del norte. Por fuerza tenía que venir de lejos y ha pasado a mi lado como una sombra, sin desviar la mirada.

¿Cómo ha ocurrido que hoy, día de Nochebuena, no he podido yo dirigirle la palabra, como sí he hecho con tantos otros? ¿Tan enormemente lejos se hallaba?

Kirchhorst, 2 de enero de 1946

Tras una larga pausa he vuelto a trabajar un poco en el jardín, teniendo por primera vez consciencia del nuevo año, del ascenso. Ha pasado el solsticio de invierno.

Continuado la lectura de *Las mil y una noches.* El mago, a pesar de toda su inteligencia, de todas sus artes, no tiene acceso a la lámpara maravillosa. Esa lámpara está destinada al niño, al muchacho, al holgazán, que es el único capaz de sacarla de los jardines subterráneos cuyos árboles dan flores que son piedras preciosas.

¿Por qué es preciso frotar la lámpara, y no encenderla? Encendida, sería la encarnación del intelecto, pero frotada, hace que se despierte el genio de la materia, la fuerza enorme que descansa inexplotada dentro de la sustancia.

Quien emplea esa lámpara únicamente para iluminar su habitacioncita, como hace la necia madre de Aladino, se asemeja a alguien que calentase su estufa con carbón sin sospechar la fuerza que dormita en el fondo del combustible, una fuerza que, si saliese de él, como un espíritu, podría iluminar ciudades o también incendiarlas. Los cuentos han sabido eso desde hace mucho tiempo, desde el principio.

Kirchhorst, 4 de enero de 1946

Visita de Syben, que llegaba de Berlín y me ha traído saludos de Niekisch. Parece que ahora Niekisch se orienta enteramente hacia el Este. En ese caso no volvería a encontrar su posición de salida, cosa que no me extrañaría tras todo lo que ha pasado: nadie cruza dos veces el mismo río.

El buen sentido político, la capacidad de dar un juicio sobre los pesos y los equilibrios en las regiones políticas, eso es algo tan raro como la captación justa del conflicto trágico. De ahí que encontrar un buen drama sea igual de raro que encontrar una concepción política auténtica.

El reproche que Rivière hace a los alemanes, a saber: que no son hombres de «o lo uno o lo otro», sino de «tanto lo uno como lo otro», es consecuencia necesaria de la posición intermedia que ellos ocupan entre unos vecinos poderosos, es lo único que pueden hacer. Lo que

está en medio puede unir, puede mediar, y eso tiene grandes ventajas. El «tanto lo uno como lo otro» resulta imprescindible para evitar la guerra en dos frentes; Bismarck comparaba su tarea diplomática a la de un malabarista que jugase con varias bolas. Eso le facilita al jefe militar las operaciones en la «línea interior». Aunque se llegue a esa catástrofe que Clausewitz deseaba que se evitase a toda costa, tal catástrofe hace que invada el país no un único adversario victorioso, sino una coalición de adversarios, y eso constituye una diferencia importante, en comparación con una posición periférica como la cartaginesa.

En el correo, entre otras cartas, una de Hanns Möller, secretario de los caballeros de la orden *Pour le Mérite*. Venía acompañada de una esquela del general Von Witzleben, nuestro presidente, sin duda hermano del Witzleben ahorcado tras el 20 de julio de 1944. Le han expropiado su finca y dice que le consienten habitar en una buhardilla de su castillo. Su hijo, el teniente coronel Von Witzleben, dirigió a sus tropas aquel 20 de julio una arenga que le costó la cabeza. Aquel mismo mes internaron a su hija en el campo de concentración de Ravensbrück; allí cayó enferma y fue «gaseada» y quemada.

«Así es como acaba la vida del viejo Witzleben. Comparta usted en silencio su dolor.»

Kirchhorst, 5 de enero de 1946

Patinaje en las cercanías de Lohne, en praderas inundadas. Extraño era el aspecto que ofrecían los grupos de grandes setas que brillaban bajo la superficie reluciente. Uno se deslizaba sobre aquellos grupos de setas como si lo hiciese sobre una estación diferente del año, retenida en el cristal por arte de magia.

Estoy leyendo el diario del viaje a Inglaterra escrito por Marwitz en 1815. El entendimiento sobrio, recio, del propietario de una finca en la Marca expresa las cosas con menos elegancia, pero con precisión no menor que Rivarol. Compara las fincas a árboles que son «desmochados», es decir, a árboles a los que se les cortan las ramas para aprovechar la madera — pero si se derriba el tronco, entonces han acabado tanto la renta como el bienestar. Eso mismo rige para muchas expropiaciones.

Los periódicos traen el testamento de Hitler, que da la impresión de ser auténtico. En él recomienda la prosecución de la lucha racial, es

decir, de aquel principio al que sobre todo debe él su ruina. Parece que Hitler fue incapaz de entender la distinción entre el Estado nacional y el *Imperium,* y también, en el interior, la distinción entre el Estado y el Partido.

Kirchhorst, 9 de enero de 1946

Hoy, aniversario de la muerte de mi padre, he estado en nuestro bosque; me ha acompañado el viejo Haustein y hemos estado marcando árboles.

Siempre resulta instructiva la charla con él; sus opiniones, fundadas en una larga experiencia, son las propias del hombre menudo que va saliendo adelante con su trabajo unas veces de labrador y otras de artesano. Entre otras cosas hemos hablado de la edad, asunto del que ya me he ocupado con frecuencia en esta aldea. En ella podrían hacerse observaciones sobre la longevidad, pues, por un lado, muchos varones mueren a edad mediana, y, por otro, hay algunos que alcanzan una edad avanzada. Así tenemos aquí en la aldea un grupo de jugadores *Skat,* una especie de tresillo, y todos sus miembros se acuerdan de la invasión de Hannover por los prusianos tras la capitulación del ejército en Langensalza, cosa que ocurrió hace ya nada menos que ochenta años.

Haustein solo tiene setenta y dos, pero abriga la esperanza de añadir otros veinte todavía. Me ha revelado en confianza algunas de sus reglas de oro. En lo esencial consisten en hacer una alegre ofrenda, diaria a la ninfa Cloacina, semanal a Afrodita, y mensual a Dioniso. Haustein coincidía, sin saberlo, con el famoso doctor Besançon, de París.

Jeden Margen aufs Häuschen,

Jeden Woche aufs Mäuschen,

Jeden Monat ein Räus'chen.

[Cada mañana, una cagadita,

cada semana, un polvete,

cada mes, una cogorza.]

Le he replicado:

—Pero, Haustein, hará ya algún tiempo que usted no practica una de esas tres cosas.

Y su respuesta ha sido:

—*Et givt jo ooch keen Brannteween mehr.* [Es que tampoco hay ya aguardiente.]

Son todavía varones esforzados de la vieja estirpe; en los buenos tiempos se pasaban en la taberna, sin tambalearse, desde el sábado por la tarde hasta el lunes por la mañana. Haustein ha vuelto a contarme cómo peleó por sus jamones cuando llegaron los norteamericanos: toda una epopeya.

Kirchhorst, 10 de enero de 1946

Lectura: *Henry Brulard,* de Stendhal, uno de esos libros cuya influencia me ha perjudicado. En cuestiones de carácter resulta fácil apropiarse la rigidez, la artificiosidad, la «escuela española», de la que tanto se ufana el autor. Los peligros generales que hay en ello se ven en Nietzsche y en los stendhalianos a machamartillo como Léautaud. También Montherlant muestra huellas bien marcadas de eso mismo.

En el capítulo 26 desarrolla Stendhal, por cierto, junto a las extravagancias habituales, una buena idea. Cuenta que cuando era niño se preguntaba si no sería él acaso el hijo de un príncipe poderoso y si no habría sido la Revolución francesa un espectáculo organizado para que él aprendiese. Aquí acierta con el núcleo de la estructura pedagógica del mundo.

Kirchhorst, 30 de enero de 1946

He regresado de la segunda visita que he hecho a Friedrich Georg. Überlingen me ha causado una impresión extraña. Un centenar seguramente de existencias espirituales y en su mayor parte ociosas han buscado refugio en aquella ciudad y producen allí, en conexión con las grises y viejas piedras porosas de sus muros, una irradiación penetrante.

Sin duda contribuye a ello el hecho de que en la zona francesa se pase hambre de veras. Entre las instantáneas que se me han quedado grabadas está la de un grupo de figuras humanas pálidas, a punto de caer desmayadas al suelo, las cuales estaban plantadas en círculo en un cruce de calles donde un obeso policía francés regulaba el tráfico. Dentro del uniforme del policía habrían cabido tres de aquellas personas. No han faltado, por desgracia, los fusilamientos arbitrarios,

en los que han participado sobre todo alsacianos. Por suerte no ha sido destruida más que una sola casa.

Uno de los conocidos que visité allí fue Leopold Ziegler. Hablamos de Hugo Fischer, del que trazó una buena caracterización, y luego de Baader y de su significado para nuestro tiempo. Por desgracia también el cuantioso legado literario dejado por Baader ha quedado calcinado, como tantas otras cosas, en uno de los grandes incendios de ciudades. Se dice que lo mismo le ha ocurrido al legado literario de Hamann; este legado, afortunadamente, fue fotocopiado en su totalidad, hasta el más pequeño trozo de papel, por encargo de Nadler. Aquí tendríamos, por tanto, uno de los casos en razón de los cuales saludó Burckhardt ya muy pronto la fotografía como un poder asegurador.

Por cierto que este ha sido, por el momento, el último de los viajes de este género. La inseguridad en las carreteras continúa siendo demasiado grande. El país está dividido en territorios, como en la Edad Media, y resulta difícil y con frecuencia peligroso cruzar sus fronteras.

Hemos hecho el viaje en un automóvil que empezaba a caerse a pedazos, aportado por Rademacher, y con un grupo como el que se formaría por el desconcierto producido en un hormiguero en el que alguien hurgase con un bastón. Fehrmann, un banquero al que buscan con insistencia varias de las potencias ocupantes. Parece que antes de la guerra les estropeó, sobre todo a los ingleses, grandes negocios de armas en países exóticos. También los franceses se interesan por él. Fehrmann se prepara a pasar la frontera con ayuda de pasaportes falsos y sobornos; su próxima meta es Lisboa. De vez en cuando menciona sus negocios; dan idea de una dimensión en la cual las cosas se vuelven sencillas, se convierten casi en un juego, al menos para los iniciados, que poseen la clave. Los grandes ríos de dinero tienen su pendiente, sus ramificaciones, sus presas y esclusas y sus técnicos. Hay personas que están siempre ganando, hasta cuando montan a caballo o desayunan.

También Von den Steinen, un exportador de Hamburgo, tenía cosas que hacer en el sur. Anda buscando nuevos contactos. En el viaje de ida nos acompañó el doctor Lilje. Tuve ocasión de admirar la genialidad con que domina lenguas antiguas y modernas. *So viele Sprachen man versteht, so viele Male ist man ein Mensch* [uno es tantas veces hombre cuantas sean las lenguas que entienda] — un dicho que ha quedado confirmado en esta ocasión, para ventaja nuestra. Los

centinelas ingleses, franceses, norteamericanos que se acercaban a nuestro coche recibían casi la impresión de estar hablando con compatriotas suyos y echaban solo un vistazo rápido a nuestros dudosos documentos. El doctor Lilje pedía información sobre el camino en el dialecto de las zonas que íbamos atravesando; hizo preguntas en bajo sajón, en turingio, en suabo, y también imitó en ocasiones, para divertirnos, el acento de un viajante de comercio que viniese de Leipzig. Un verdadero regalo del cielo.

Rademacher, al que conozco del contraespionaje parisiense, era quien había reunido a aquellos pasajeros. Rademacher posee otro don, a saber, el de transportar en su cabeza una extensa lista de direcciones, lista que demostró ser muy útil en caso de necesidad. Su memoria actúa como un enchufe que conecta en todas partes. Uno se queda inmovilizado en un poblacho cualquiera, necesita alojamiento, documentos, cartillas de racionamiento, piezas de repuesto; pues bien, Rademacher se saca inmediatamente de la cabeza, como por arte de magia, el nombre de la persona que puede prestar ayuda.

El coche era alquilado y se le notaban los años de guerra. Mal que bien, superó la ida. Pero la vuelta la comenzamos perdiendo el tubo de escape, luego fallaron los frenos; por suerte fue en un sitio donde no había cuneta al lado de la carretera, de modo que aterrizamos sin mayores daños en un prado. Antes de Stuttgart subíamos la gran cuesta que hay cerca de Leonberg. Yo iba sentado en la parte de atrás y leía un manuscrito que me había dado Friedrich Georg, cuando ocurrió una cosa notable. Sentí una especie de aturdimiento, mientras el espíritu vital se separaba de mí y ascendía por los aires a gran altura. Luego descendió y volvió a tomar posesión de mí. Oí gritos de mujeres en la carretera, sentí un golpe y vi que estaba sentado al aire libre.

¿Qué había ocurrido? Un camión polaco que venía de frente había derrapado en una curva helada y había rebanado el techo de nuestro automóvil. La pesada carrocería del camión se había deslizado por encima de nuestras cabezas mientras destrozaba el coche. Mi abrigo estaba completamente cubierto de cristalitos.

Nos apeamos y vimos cómo fluía el aceite por los tubos rotos y coloreaba de verde la nieve. Al lado mismo de la carretera había un barranco. Era evidente que habíamos salido bien librados y teníamos motivos para estar agradecidos.

Lo que a mí me resultó asombroso en este suceso fue que, aunque yo estaba absorto en mi lectura, hube de percibir poco antes el

peligro; lo noté desde otra dimensión. Lo invulnerable se aleja entonces de nuestro cuerpo y vuelve luego a acercarse a él desde fuera, palpándolo como si fuera su instrumento, para comprobar si sigue intacto. En ese mismo instante Perpetua se hallaba asomada a la ventana en Kirchhorst y le decía a Alexander:

—Tu padre ha tenido en este momento un accidente.

La Tierra es pequeña.

Los polacos habían continuado su viaje sin volver la cabeza ni preocuparse de nada. Abandonamos el coche a su suerte y llegamos a pie hasta una parada final de los tranvías de Stuttgart. Llamé por teléfono a Carlo Schmid a Tubinga y nos proporcionó un buen alojamiento en la ciudad. A la mañana siguiente Rademacher se sacó de la cabeza, como por arte de magia, las señas del hombre del que se prometía ayuda. Era una buena dirección: la de un comisario de policía, que nos prestó otro coche. Fue una hazaña lindante con lo increíble, en un tiempo en que resulta casi imposible obtener una plaza de pie en el tren y en que los únicos que viajan por las carreteras son extranjeros.

El nuevo coche marchaba mejor que el viejo; habíamos hecho un buen trueque. El banquero nos había dejado y había hecho bien. Proseguí el viaje con Von den Steinen y con Rademacher, que conducía. En Hersfeld, muy cerca ya de la frontera de la zona rusa, topamos con una de las innumerables barreras que segmentan el país a la manera medieval. Tuvimos que pararnos en un paso a nivel subterráneo.

Un pequeño norteamericano de color oscuro se acercó al coche y nos pidió los pasaportes. Por causa del cambio, el número de matrícula del coche no coincidía con el número que figuraba en los papeles. Aquí nos faltó el doctor Lilje con su excelente inglés y sus hábitos de clérigo.

Cuando uno domina de manera deficiente una lengua tiende a hablar alto, como si se dirigiese a personas duras de oído — eso fue también lo que hizo Rademacher, en su empeño de explicar cómo habíamos cambiado de coche. Yo tenía la impresión de que el tono empleado no era el adecuado. Hay ocasiones en que lo que importa no es tanto tener razón cuanto escurrir el bulto. Este era uno de esos casos. Aquel paso a nivel subterráneo era un lugar sospechoso. Tenía las características propias de los pasos estrechos, de los desfiladeros angostos.

La discusión fue subiendo de tono y alcanzó un punto en que el centinela la interrumpió con brusquedad. Esgrimió una sonrisa que no prometía nada bueno. Nos vimos obligados a apearnos y a abrir nuestras maletas. Yo llevaba los útiles de aseo, algunas plantas de flores, un poco de pan; Von den Steinen llevaba más o menos lo mismo que yo. En la maleta de Rademacher aparecieron, en cambio, algunas cajetillas de cigarrillos, regalo del comisario de policía. Ahora nos habían pillado. El centinela exclamó en tono triunfal:

—*Blackmarketers* [traficantes del mercado negro].

Otros soldados se acercaron corriendo.

Yo me quedé asombrado de la extraordinaria irritación, de la profunda indignación que aquellos hombres manifestaban. Pero cuando en un sitio hay pólvora basta una chispita, una cerilla. Nos vimos obligados a ponernos contra la pared. La atmósfera se volvió amenazadora — algo así como «acogida en el campo de concentración». Un gigantesco *sergeant* corría de un lado para otro, su cara era como la de uno de los brutotes que aparecen en el *Grand-Guignol.* Su cólera aumentaba a cada segundo que pasaba. Ya no importaba qué era lo que habíamos hecho. Aunque era por la mañana, aquel hombre tenía que haber bebido mucho. De repente vi que sacaba su pistola y que la cargaba; la bala produjo un chasquido seco al entrar en el cargador. Aquel ruido pareció enardecerlo todavía más; sus mandíbulas comenzaron a moverse como las de un buey que estuviese rumiando.

Yo me encontraba, con la espalda contra la pared, entre Rademacher y Von den Steinen. Resultaba notable el modo como la situación se había puesto fatal rápidamente, casi sin transición ni motivo, como en un sueño. Pensé: «Me gustaría a mí saber cómo vamos a salir de esta». Algo, sin duda, tenía que ocurrir. El corazón se emancipó, comenzó a palpitar con rapidez, ruidosamente. Resultaba desagradable, pero no había modo de influir en ello.

En aquel momento se acercó a pie por la carretera un hombre vestido con un abrigo azul. Intentó hacerse oír ya desde lejos:

—*I am the first person of this place.*

Era el *Landrat,* el jefe de distrito. Su automóvil, dijo, había sufrido una avería, pero el chófer llegaría enseguida con él. Tal vez aquello fuese el *deux ex machina.* Pero el recibimiento no fue bueno.

—*Shut up.* Cierra el pico. Ponte de espaldas a la pared. Quítate el

sombrero.

Y así aquel hombre se encontró junto a nosotros, llegado en mal momento; aquello representó, con todo, un descanso y una distracción.

La escena continuó; también otros soldados habían sacado sus pistolas y las agitaban. Era evidentemente grande la tentación de hacer uso de ellas; habría bastado un movimiento imprudente de la mano. Pero acaso era innecesario también eso; si en aquel momento sonaba un tiro, nosotros ofreceríamos resistencia, de eso no cabía duda. Hay situaciones en que la pura existencia se convierte en resistencia.

Miré a derecha e izquierda. Los alemanes estaban inmóviles, de espaldas a la pared; se acercaron algunos transeúntes y volvieron la cabeza, luego se alejaron aprisa de aquel sitio. Mientras estaba mirando a Von den Steinen vi que se ponía pálido, se tambaleaba y luego caía de bruces al suelo. Un ataque al corazón. Sin duda había tenido también palpitaciones. Lo levantamos y lo sentamos en una piedra. Este incidente tuvo una cosa buena; actuó como si hubiéramos ofrecido un sacrificio, un sacrificio que satisfizo a aquellos salvajes y calmó su ira. Enfundaron sus pistolas. El negro pequeño trajo incluso un tónico cardiaco. Luego detuvieron a Rademacher, por *blackmarketer,* y se fueron con él y con el coche, dejándonos a nosotros en el paso a nivel subterráneo. Tuvimos la impresión de que, igual que en el accidente, habíamos vuelto a salir bien librados.

Llevé a Von den Steinen a la ciudad y conseguimos encontrar una habitación en una pequeña fonda; estaba abarrotada de soldados, chicas y refugiados. Llegaba ruido de las habitaciones. En el pasillo tropecé con un negro medio borracho; me agarró por la solapa al tiempo que murmuraba con insistencia y familiaridad esta palabra:

—*¿Lokös?*

Le enseñé la puerta de aquel sitio; la abrió e intentó meterme dentro. Por suerte pasó en aquel momento por allí una chica alemana que conocía al negro y le explicó el error en que había incurrido. Resultó que se había citado allí con alguien dedicado al mercado negro que se llamaba Lucas. Era aquel un lugar sospechoso, que ni pintado para la pluma de un Petronio, un lugar infecto, lleno de ese desorden ruidoso y febril que suele establecerse a costa de los vencidos y con la participación de las heces de la sociedad. Gracias a Dios Von den Steinen comenzó a recuperarse; fuimos a nuestra

habitación, nos metimos dentro y echamos la llave.

A la mañana siguiente acudí a la oficina del *Landrat,* el jefe de distrito. También allí reinaba una gran confusión; los pasillos estaban abarrotados de fugitivos de la zona rusa. Una secretaria declaró que no había la menor posibilidad de que yo tuviese acceso al jefe de distrito; estaba ocupadísimo. Le di a la secretaria, para que se lo entregase a su superior, un pequeño papel; en él ponía: «Ayer participé en el desagradable incidente». Inmediatamente me recibió, me saludó como compañero de desdichas y me preguntó qué deseaba. Me enteré de que Rademacher y el coche habían sido entregados a la policía alemana. Dos, tres llamadas telefónicas fueron suficientes para deshacer el embrollo. Pude ir a recoger a Rademacher a la cárcel, que estaba de bote en bote; Rademacher había pasado en ella una mala noche; también el coche recobró su libertad. Pudimos continuar el viaje con nueva documentación.

También en las cercanías de Kassel, en la frontera de la zona inglesa, volvió a haber escenas desagradables. Los motivos son casi siempre insignificantes, pero encierran el riesgo de asumir dimensiones no esperadas y desembocar, por ejemplo, en un encarcelamiento de larga duración. De ahí que por el momento vaya a limitarme a mi jardín y a ir a sitios a los que pueda llegarse con la bicicleta.

Kirchhorst, 7 de febrero de 1946

Kanne dice, con ocasión de una prueba, que siente que su oración «se abre paso».[1] En tales casos ha de ir asociado a la oración un determinado estado de ánimo y dar fuerzas al que reza, de modo similar a como la verdad asociada al juramento hace que el testigo sea inquebrantable. De lo contrario, los textos del juramento y de la oración no pasan de ser formalidades vacías.

Tal vez ese estado de ánimo es el miedo, que otorga base y profundidad al acercamiento. Si es lo bastante fuerte, el miedo puede, incluso sin texto, alcanzar su meta, cosa que también es insinuada por san Pablo.

Cabe suponer que, cuando aumenta el miedo, inmediatamente crece también el número de oraciones en este mundo. Eso opera como una válvula de escape, como un desagüe, que contrarresta la tensión y el atasco crecientes de los poderes terrenales.

Es formidable el pensamiento de que la persona singular en su

habitación solitaria, el débil en su escondrijo, el perseguido en la celda de su prisión, pueden ofrecer resistencia a Leviatán e incluso emplazarle ante el tribunal, y que esa fuerza les es proporcionada precisamente por el miedo: por el hecho de tener un comportamiento sufriente.

Kirchhorst, 21 de febrero de 1946

Dado que no podemos estar sin errores, hemos de desear que no se releven con demasiada celeridad. Pidamos, pues, que nuestros errores duren mucho, que sean de onda larga. Los barcos alcanzan con más seguridad el puerto si navegan sobre errores de ese tipo: las Iglesias, sobre errores de mil años; los Estados, sobre errores de cien años; los individuos, sobre errores de siete y diez años.

El sábado y el domingo hemos tenido la visita del *captain* Cohen, que sirve como médico jefe en el ejército inglés. Mi hermano Physicus le dio asilo en su piso de Berlín tras la denominada *Kristallnacht,* la «noche de los cristales». Ha traído consigo una gran cantidad de golosinas para nuestra mesa, que estaba muy desabastecida. De los judíos podrán decirse muchas cosas, pero no que sean desagradecidos.

Gracias a este visitante, que sabe leer muy bien en voz alta, he podido formarme por vez primera una idea de Däubler y de su reino. De su obra *Das Nordlicht* [La aurora boreal] me ha gustado especialmente la entrada de la Noche, en figura de Reina de los Moros, en Venecia — un canto crepitante, empapado de radiación cósmica vista como luz oscura.

Cohen me ha dado también un manuscrito inédito de este autor, titulado *Der Heimgang der Stämme* [El regreso de las estirpes], dedicado al destino estelar de los pueblos. Däubler da la impresión de poseer una sensibilidad superior — en él se abre paso cual un ojo y adquiere visión un órgano que establece una vinculación misteriosa entre el Universo, por un lado, y los vegetales, los animales, los hombres, por otro.

Kirchhorst, 2 de marzo de 1946

Este mes han quedado reducidas a la mitad nuestras ya escasas raciones de alimento. Eso representa la sentencia de muerte para muchos seres que hasta ahora iban viviendo a duras penas, sobre todo para los niños, los ancianos y los refugiados. Me entero por los periódicos que este modo de hacernos pasar hambre despierta

satisfacción en muchos lugares del mundo. Un periódico comunista de Francia dice que todavía nos van demasiado bien las cosas a los alemanes y se asombra de que nuestros niños tengan calzados que ponerse.

Esto sería soportable, y resulta comprensible, si uno se atiene al hecho de que ha perdido la guerra y de que ha de pagar deudas. Más desagradables son aquellos de nuestros compatriotas que se figuran haber ganado también ellos la guerra; al pensar así se entregan a un engaño funesto.

Las conversaciones con los visitantes que piensan de ese modo traen a la memoria los tiempos de la *Gleichschaltung,* la «unificación» hitleriana; las conversaciones eran las mismas, lo único distinto era el sentido. El tipo del inculpado recorre todos los sistemas, y con él el tipo del perseguidor, relevándose con él, a menudo en la misma persona. Si hoy nos invadiesen los rusos, cosa para la que muchos están ya preparándose, volverían a repartirse los papeles; de eso vive el mundo político.

Kirchhorst, 16 de marzo de 1946

Me hallaba a medianoche en el pabellón del jardín de una casa de campo, sentado al escritorio, con un manuscrito delante, mientras entraba una mujer delgada, vestida con un maillot negro de trapecista, para ver cómo marchaba el fuego en la chimenea.

Ahora estoy cavilando dónde podrán encontrarse ese pabellón, esa casa, ese jardín; quién era aquella mujer junto a la chimenea encendida; en qué manuscrito estaba yo ocupado.

Y una vez más me viene a la cabeza el pensamiento de si no será más importante la actividad que llevamos a cabo en esos espacios remotos que todo el trabajo que realizamos a la luz del día.

Kirchhorst, 18 de marzo de 1946

Lectura: los diarios de los Goncourt. En ellos se encuentra, con fecha del 9 de abril de 1869, una predicción hecha por el químico Berthelot; según ella el ser humano sabría en el plazo de cien años qué es el átomo y sería capaz, con ese saber, de regular la radiación del sol como la de una lámpara eléctrica. Los Goncourt anotan al respecto que en ese instante tal vez aparecería Dios en la Tierra y le anunciaría a la humanidad, como en una exposición, que había llegado la hora de cerrar.

En esos mismos diarios se encuentra usada, tal vez por vez primera, la palabra «liquidación» como término revolucionario. Se atribuye el origen de esa palabra a la influencia de la Bolsa, como el de la palabra «revolución» a la influencia de la astronomía.

Además, sobre el derecho de sufragio universal, esta frase: «Tras tantos siglos de educación del género humano para sacarlo de su estado selvático, se vuelve a la barbarie de las cifras y al triunfo de la tontería de las masas ciegas».

Kirchhorst, 25 de marzo de 1946

He dormido mal, pues en mi interior estaba haciendo de las suyas una vacuna contra el tifus. Ahora las medidas coercitivas van ligadas a la distribución de las cartillas de racionamiento; se le retira la cesta del pan a quien no se somete a esas medidas. El Estado ha convertido el azote del hambre en un medio tan ideal que me temo que va a ser difícil que vuelva a renunciar a él, aunque haya víveres en abundancia.

Concibo la vacuna como una intromisión especialmente brutal en la salud. Toma disposiciones sobre el capital de fuerza curativa directa, y eso, como ocurre hoy con todo, lo deciden los especialistas, es decir, unas inteligencias que han convertido su cortedad en un título de gloria y exponen una teoría nueva cada cinco años.

Veo ese procedimiento, más o menos, como si yo tuviese preparada en el sótano de mi casa una cierta cantidad de agua para combatir los incendios. Se me presenta una comisión y se lleva, para posibilidades especiales, uno o dos toneles; con ello perjudica un potencial de cuyo significado no tiene la menor idea. Dado que esas gentes no conocen el poder de la Providencia, todo se les va en seguros. Al final llegan los grandes incendios. Entretanto va dando vueltas por ahí una especie humana que nunca está verdaderamente enferma y nunca está sana.

Kirchhorst, 27 de marzo de 1946

Sigo con fiebre, pero he leído una descripción del clima en los trópicos que me ha animado. Por la tarde en el jardín. He subdividido los bancales, destinando zonas específicas a los guisantes, al berro, a la espinaca, a los rabanitos, a las zanahorias, a las habas y al perejil. Son los placeres abstractos de la horticultura. Van precedidos de la lectura invernal de los catálogos, que es un goce imaginativo.

También pueden plantarse malas hierbas, por ejemplo especies

fáciles de arrancar. Es la elección del mal menor, que rige también en lo social, en lo político, en lo moral y en la medicina; en esta última se sustituye, por ejemplo, un determinado estimulante por otro menos peligroso. También pueden salir mal las cuentas, como ha ocurrido con las tentativas de curar el morfinismo con cocaína.

Pero hay un arcano infalible, que consiste en mejorar el suelo. De la pura tierra de jardín se arrancan fácilmente con la mano el egopodio, la grama, el cardo y otras plagas. Esa sería la cara positiva de la teoría del *milieu.*

Kirchhorst, 28 de marzo de 1946

Provocación y réplica. Uno de los grandes asuntos de la historia es el relevo de esas dos cosas, su movimiento pendular; cada golpe va seguido de un contragolpe; cada desmesura, de un correctivo.

Alemania había pasado a desempeñar, tras 1918, el papel del provocado y Hitler se convirtió en su abogado, se encargó de la réplica. Estaba en su carácter que pasase de la réplica a la provocación desmesurada, con lo cual suscitó a su vez una réplica masiva. Esa es la situación que nos ha legado. Una buena posición de salida fue transformada en su contraria. Algo parecido ocurre en el ajedrez cuando el jugador mueve con demasiada rapidez las piezas importantes; su voluntad es más fuerte que su reflexión, que su inteligencia, que su apreciación de lo posible. Sentados sobre las manos es como hemos de jugar al ajedrez. Debería practicarse ese juego en las escuelas, como ocurre en Rusia.

En una ocasión Hitler se jactó de «hacer política con una frialdad glacial» — era un autoengaño. Se conocía mejor a sí mismo en sus primeros tiempos, cuando reivindicaba para sí el puesto de «tambor». Conozco demasiado poco su historia como para poder juzgar en qué momento pasó a reivindicar el papel de jefe, de Führer. Probablemente fue cuando estuvo encarcelado en la fortaleza, tras la intentona de Múnich. Pero a eso tiene que haber correspondido también una situación objetiva — la falta de fuerzas políticas capaces de enfrentarse a él o también de guiarlo, el no haber tropezado ni en la derecha ni en la izquierda, ni entre sus seguidores ni en el gobierno, con una voluntad superior.

Hoy se tiene a Hitler necesariamente por un puro provocador. Con el paso del tiempo ese juicio quedará reducido a las proporciones que le corresponden. La discusión sobre Hitler reconducirá a sus orígenes. Su éxito sería inexplicable sin la réplica que encontró en él su voz y que fue aprobada por una gran parte del pueblo.

Yo apenas conocía su nombre cuando lo vi en un circo de Múnich, en uno de sus primeros discursos. No hay un tambor que no tenga necesariamente un general. Por aquel tiempo, ¿o fue poco después?, hube de visitar a Ludendorff en un barrio de las afueras de Múnich. Había leído sus memorias y llegué con grandes expectativas. Su nombre iba asociado a los últimos esfuerzos grandes por lograr que todavía en 1918 diese un vuelco el destino y se nos mostrase propicio, y a nuestro entusiasmo por aquellos esfuerzos. Yo creía entonces que la derrota había tenido su causa en los pocos kilómetros que nos separaban de Calais y que no conseguimos salvar. Hoy, tras la conquista y evacuación de territorios enormes, veo que aquello era un error, un innecesario aguijón de las autoinculpaciones.

El suburbio de Múnich se llamaba Solln. Del modo en que me vienen a la cabeza estas cosas infiero que entretanto se han convertido ya en algo muy parecido a un sueño. Fue una clase de encuentro que se repetiría varias veces en mi vida; uno cree poder saber o al menos imaginar por los ejemplos históricos cuál es el aspecto que han de ofrecer un monarca, un demócrata, un revolucionario, un conservador, un caudillo militar, un poeta, y queda decepcionado por los personajes que aparecen. En este caso yo había pensado, como mínimo, en un Mac-Mahon. A Ludendorff lo hallé personalmente agradable, también irradiaba dignidad. Pero enseguida se puso a hablar de los masones y ya no dejó ese asunto; citó a Goethe y la frase que pronunció en Valmy, la de que a partir de allí modificaba su sentido la historia mundial. Esa frase es un ejemplo de unos ojos formidables, de un juicio genial, que ya al ver los brotes sabe cómo va a ser la planta. Pero Ludendorff tenía otra explicación:

—¿Por qué sabía Goethe aquello? Porque él mismo era masón. Lo sabía por Robespierre y por los otros masones que se encontraban en París.

Seguramente lo miré con asombro, pues añadió:

—Tal vez usted crea que yo tengo la manía de los masones. Pero si estudia las cosas con más detenimiento verá lo que hay detrás.

Algo similar me ocurrió con los Cuerpos Francos, de los que había tenido una noción ideal. La patria yacía abatida, como después de 1806. Entonces, a pesar de la superioridad del vencedor, que dominaba a Europa, a pesar del gobierno incapaz, había acudido en masa una juventud que estaba llena de entusiasmo y que tenía pensamientos nuevos y voluntad de sublevarse. Habían bastado pocos años para la liberación. También ahora tenía que volver a ser posible aquello. Si se comparaba las situaciones, la nuestra era mejor. Me dirigí a Rossbach, quien, tras su regreso de los países bálticos, dirigía una asociación ilegal. Yo vivía en Leipzig e inmediatamente se me encargó su representación en Sajonia. Había allí un grupo que se reunía en la trastienda de un estanco. Se notaba poco entusiasmo; los asuntos tomaron enseguida un tinte desagradable. Yo trabajaba entonces en el Instituto de Zoología; a veces entraba el bedel, mientras yo estaba haciendo la disección de un calamar, y me decía que saliese. En el pasillo estaba un «rossbachiano» al que se le había acabado el dinero para sus desplazamientos. Yo tenía que prestarle ayuda, con dinero de mi bolsillo, naturalmente. Aquella gente no daba la impresión de que fuera como los Cazadores de Lützow o como los miembros del *Tugendbund*, la Liga de la Virtud; incluso a Sand, que asesinó a Kotzebue, se lo imaginaba uno distinto. Uno de aquellos «rossbachianos» estaba involucrado en un asesinato político; otro había sido terrorista y había volado edificios en la Alta Silesia; el tercero había sido director de un semanario de tendencia *völkisch,* «populista», en Breslavia y había tenido que salir huyendo de allí a consecuencia de ciertas maniobras turbias. Al cabo de un mes conseguí que Rossbach me exonerase de aquel cargo y pude respirar. Ni él mismo parecía sentirse cómodo con aquello, pues disolvió los Cuerpos Francos y fundó grupos de actores con los que recorría el país a la manera del *Wandervogel.*

No dejó de ser valioso, de todos modos, el vistazo que eché entonces a los trasfondos de la situación. Ya en 1870 describió Dostoievski el personal clásico de un grupo de conspiradores nihilistas; seguramente conoció bien, por experiencia propia, a los personajes. Yo podía confirmar ahora eso mismo. Lo que causa un efecto deprimente es la pura tecnicidad de la acción, la falta de tipos superiores, en comparación, por ejemplo, con los decabristas o con los románticos revolucionarios. El asesinato de Shatov es el punto culminante. Su organizador, Piotr Stepánovich, es un puro técnico. Ve en la sangre derramada un medio de dominio y elige como víctima a un inocente. El único personaje que resulta simpático es un pobre alférez aspirante a oficial, Erkel, que se siente espantado por aquel crimen, pero que cree que Piotr hace «lo necesario para el bien de la

causa de todos». Acaba en Siberia.

Kirchhorst, 29 de marzo de 1946

Provocación y réplica. Hitler no tardó en destacar claramente entre las diversas sectas de tendencia «populista». Su crecimiento hace pensar en el crecimiento de una planta que se desarrolla en un suelo pútrido y que, absorbiendo las fuerzas de ese suelo, alcanza una altura enorme. Por aquel entonces su nombre iba asociado al de otros ignotos colegas. Puede decirse que pasó por una serie de triunviratos.

Cuando le oí hablar[2]tuve la impresión de un hombre pálido, lleno de entusiasmo, que más bien que aportar pensamientos nuevos lo que hacía era desencadenar fuerzas nuevas. Parecía que no era él el que se enseñoreaba de la palabra, sino que era esta más bien la que se enseñoreaba de él. Así es como nos imaginamos un médium, casi consumido por las fuerzas que afluyen a él. La Luna tuvo que desempeñar un papel en su horóscopo; en comparación con Hitler, Mussolini era un tipo solar, mucho más claro y transparente, también más previsible. Precisamente los listos fueron los que se equivocaron con Hitler. Este tenía la cara pálida, inexpresiva, de los tipos lunares. Extraía fuerzas de lo indeterminado, las concentraba y luego las reflejaba como un espejo cóncavo; era un cazador de sueños.[3]Más tarde vi el retrato de su madre; es ilustrativo. Tales imágenes hacen pensar en otra cara de las cosas, en una secreta historia demoniaca, que nunca se escribirá. Es probable que Hitler tuviera una juventud soñadora. En una ocasión me dijo Kubin, mostrándome con el dedo la cercana ciudad de Braunau:

—Ahí abajo viven muchos que lo conocieron. Pero no notaron en él nada especial.

Múnich fue un terreno propicio para sus comienzos, más propicio que Berlín. La población es en Múnich más impulsiva y había tenido la *Räterepublik,* la República de los sóviets, de los «consejos». En el circo donde Hitler pronunció su discurso vi trabajadores, soldados desmovilizados vestidos con guerreras de paño caqui, muchachos con caras como las que pintó Leibl. Las gentes de las montañas habían acudido a la ciudad. Estaban pendientes de su boca, como hechizadas.

Los discursos en tales lugares no se pronuncian para que se los comprenda; constituyen conjuros. De ahí que tampoco sean rebatidos con argumentos. Hitler no decía nada nuevo, nada que no hubieran dicho ya los socialdemócratas o los nacionalistas. Se notaba la procedencia de tercera mano, Dühring, Langbehn, Lagarde, Lueger y

gentes parecidas. Pero eso no importaba. Incluso hacía propuestas absurdas, como, por ejemplo, la de que el gobierno imprimiera francos franceses falsos. Pero todo tenía una fuerte intensidad, un fluido poderoso.

Tuve la impresión de encontrarme en un crisol, en un sitio de fusión nacional, y esa impresión mía no era equivocada. Pero detrás de todo aquello actuaba otra cosa, algo más imperioso: el descubrimiento de la sociedad sin clases, con sus consecuencias, con su aflujo enorme de energía. Ese descubrimiento difumina los colores de la paleta, destruye las jerarquías, libera a las personas singulares de sus vínculos y las succiona, llevándolas a una pendiente dinámica. La masa reconoce en una persona singular su unidad, su igualdad y hasta su libertad. Tal vez es favorable que esa persona singular carezca de fisonomía; la masa proyecta en ella su fe, su esperanza, su sentimiento de la grandeza. La pasión nacional es aquí como una espoleta; el movimiento lleva necesariamente más allá de la nación, la cual, por su parte, es uno de los colores de la paleta. Ese movimiento lleva fuera de la historia y conduce al espacio indeterminado, inabarcable.

Una cosa diferente fue la que se apoderó de mí entonces, algo así como una purificación. El esfuerzo inmenso de cuatro años de guerra había llevado no solo a la derrota, había llevado a la humillación. El país desarmado se hallaba rodeado de vecinos peligrosos, armados hasta los dientes, estaba desmembrado, seccionado por corredores, saqueado, explotado. Era un mal sueño, un sueño gris. Y allí estaba ahora aquel desconocido y decía lo que había que decir, y todos sentían que tenía razón. Decía lo que el gobierno tendría que haber dicho, si no con palabras claras, sí entre líneas, o al menos con su actitud, con su silencio. Hitler vio el hueco que había surgido entre el gobierno y el pueblo. Y quiso llenarlo.

Yo no estaba asistiendo a un discurso, sino a un acontecimiento elemental. Por aquellos días estaba ya seguramente muy avanzada la inflación. El hambre es una gran cosa, las masas hambrientas son buenos oyentes. Recuerdo que, una vez acabada la reunión, pasaron unos hombres con unas bolsas en las que echamos billetes.

Kirchhorst, 30 de marzo de 1946

Provocación y réplica. Ernst Niekisch me enseñó las galeradas cuando terminó su escrito *Hitler, ein deutsches Verhängnis* [Hitler, fatalidad alemana], en cuya cubierta, dibujada por A. Paul Weber, veíanse legiones de hombres armados que se hundían en el fango con sus estandartes. Por desgracia aquello era algo más que un panfleto

político; era una visión. Tuvo que ser inmediatamente antes de que Hitler fuese nombrado canciller del Reich. Niekisch me pareció un hombre a punto de volarse a sí mismo con dinamita; le desaconsejé la publicación de aquel escrito. Pero él no era un adversario político en el sentido habitual del término; sufría por lo que veía que iba a caer sobre el país, y la profundidad de su sufrimiento era tal que no dejaba aflorar el miedo. Poco tiempo después él y Weber desaparecían en las cárceles.

Habían pasado diez años desde aquel discurso de Múnich; muchas eran las cosas que habían cambiado en el mundo y también en mi modo de ver la realidad. Los procesos políticos de esa índole tienen su historia de detalles, sus altibajos, también en la aprobación y en el rechazo. Cuando han fracasado, los individuos tratan de inflar aquellos momentos que creen que los favorecen y a menudo hacen eso con gran ingenuidad. Tratan de borrar horas de entrega que son tal vez lo mejor de su biografía. En la absolución pronunciada en el Tribunal de los Muertos cuentan no solo las buenas acciones, cuentan también los errores. Los tibios son los únicos que son vomitados.

Cuando en nuestra existencia penetra, bajo aspectos imperiosos, un hombre, una mujer, una idea, un dios, lo que se da es una decisión absoluta, una disposición al seguimiento en la vida y en la muerte. El ser humano se ha encontrado con su destino; obedece al llamamiento, que lo lleva al triunfo o a la catástrofe, paga con su vida, con su honor, con sus bienes.

Visto desde fuera, tal vez resulte incomprensible. Un hombre se ha arruinado por una mujer que a nosotros no nos parece ni bella ni significativa. Hay sectarios que se dejan quemar por una desviación mínima de las creencias. Hay fanáticos que mueren por una idea abstrusa. En esas cosas hay siempre algo inconcebible.

Cuando ocurren hechos semejantes en nuestra cercanía y no podemos abandonar el sitio del hombre que está fuera, la contemplación crítica, necesariamente caemos en una situación desairada. Lo que resulta inquietante no es tanto la amenaza exterior, que no falta, cuanto, en el interior, la ausencia de participación. En tales situaciones uno suele oír que no hay nada de igual valor que se oponga a aquella idea nueva. A lo que esas palabras se refieren no es a un sistema superior al que está propagándose, sino a la disposición análoga al sacrificio, pues, ciertamente, los sistemas siempre están ahí dispuestos. Pero es preciso que fluya sangre en ellos. Así había también en Alemania soluciones mucho mejores que las que propugnaba Hitler, pero muchos menos hombres que estuviesen

dispuestos a dar la cara por ellas, con excepción de los comunistas. Estos tenían muchas cosas en común con Hitler, también la introducción de la técnica en los métodos políticos, algo que desempeñará un papel cada vez más importante en el futuro.

Los elementos fisonómicos no carecen de significado; Hitler les caía mal a primera vista a muchas personas, y especialmente a los hombres de espíritu. Ese malestar fue incrementándose a medida que Hitler fue pasando a la provocación y adquiriendo poder.

A menudo se ha subrayado su parecido con Chaplin; se dice que este ha representado en una película el papel de Hitler. El parecido va más allá de la superficie; Chaplin ha sido uno de los grandes conjuradores y también uno de los grandes destructores de nuestro tiempo, un desencadenador de risotadas explosivas, con las cuales reconoce su situación paradójica, insostenible, el hombre en cuyo interior penetra la técnica. Ese hombre se retuerce de risa cuando ve volar su casa por los aires. Es algo que se me hizo fantasmalmente claro cuando lo vi en una de esas películas denominadas «comedias» y que se titulaba: *Chaplin cocina con dinamita.*

Cuando la temperatura política ha alcanzado un determinado grado aparecen infaliblemente los actos de violencia. Pueden conducir a crisis, al abandono interno por parte de los mejores seguidores, como ocurrió en Italia con ocasión del crimen contra Matteotti. Por otro lado, cuando uno dice sí a un movimiento es casi imposible que se limite a la idea y se aparte de los puñetazos que por ese movimiento se reparten en la calle, especialmente cuando interviene una indignación grande.

Con todo, la mesura, la limitación en el empleo de la violencia serán siempre una característica segura de la grandeza, de la vocación y del poder de esta, poder que está fundado en el ser y no en la mera voluntad. La grandeza impregna la totalidad y hay ocasiones en que piensa también por el vencido. Las réplicas y las represalias de Hitler le traían a uno a la mente con frecuencia la frase de Talleyrand, la que pronunció, creo, con ocasión del fusilamiento del duque de Enghien: «Es peor que un crimen. Es un error».

Kirchhorst, 31 de marzo de 1946

Provocación y réplica. Cuando pienso en mi trayectoria personal veo que ha marchado, a menudo sin que yo lo deseara, a contrapelo de la evolución. Mi juicio ha cambiado y ha ido desde: «Ese hombre tiene razón», pasando por: «Ese hombre es ridículo», hasta: «Ese

hombre está volviéndose nefasto». En general mi juicio correspondía sin duda al grado en que Hitler iba pasando de la réplica a la provocación. Cuando se produjeron los primeros grandes éxitos electorales y la toma del poder, yo estaba ya muy alejado de los acontecimientos. Ya los detalles de la intentona de Múnich me contrariaron.

En esas impresiones desempeña un papel la persona del observador; es menester que este pondere hasta qué punto se halla en condiciones de evaluar una sucesión de hechos políticos. A veces me preguntaba a mí mismo si yo no habría llegado a una situación parecida en el caso de que hubiera sido contemporáneo de Napoleón o de Bismarck. Cuando uno posee una predisposición al escepticismo tiene siempre razón, por desgracia, pues todos los afanes humanos están condenados al fracaso o, por lo menos, no alcanzan la altura de la imaginación y de sus expectativas.

No cabe duda de que yo había subestimado las dotes de aquel hombre. Su fuerza desencadenante, dinamizadora, su instinto para las fórmulas simplificadoras, que captan la tendencia de la edad de las masas y las máquinas, todo eso era extraordinario en Hitler, sobre todo si se piensa en su procedencia. En este aspecto podían aprender de él sus adversarios. Los escrúpulos tradicionalistas, estéticos, morales, así como el intelecto puro, inducen a subestimar esas cosas. Hitler fracasó también no tanto por sus dotes cuanto por su temperamento, por su codicia insaciable. Su sistema era más sencillo y estable que el guillermino; se mantuvo hasta las últimas fases del terror. Ha habido en nuestra edad una serie de ascensos demoniacos que han sido favorecidos por la nivelación. Pero en eso hay siempre algo misterioso, que se sustrae a la competencia del historiador. Apenas hay en la Edad Moderna otro hombre que haya concitado cantidades tan grandes de entusiasmo, pero también de odio, como Hitler. Cuando se confirmó la noticia de su suicidio se me quitó un peso de encima; en ocasiones había temido verlo expuesto en una jaula en una gran urbe extranjera. Eso por lo menos nos lo ha ahorrado.

Hay una tercera cosa, además del observador y de lo observado: el destino común, que abarca a ambos. Pronto empezaron a angustiarme sueños de catástrofes. Se desarrollaban unas veces en paisajes de hielo y otras en paisajes de fuego. Una vez me desperté en Goslar en plena noche. Había visto un témpano de hielo en el que se había reunido una muchedumbre enorme de seres humanos. Empezaron a moverse, a empujarse hacia uno de los bordes. Aquello no era ya una tierra firme, era una superficie que flotaba en un mar de

hielo; tenía que romperse o que volcar bajo el peso de las masas.

Kirchhorst, 2 de abril de 1946

Provocación y réplica. Las grandes convulsiones van precedidas de una atmósfera especial. Todo el mundo siente, espera o teme que va a llegar otra cosa, que llegará necesariamente. También yo me encontraba convencido de eso. Estaba en el aire. Personalmente me hallaba contento con mi situación y no deseaba cambios. El trabajo en el escritorio y en el jardín, las conversaciones con los amigos, un viaje a regiones meridionales de vez en cuando. Los negocios, los encargos, los puestos, los honores no podían hacer otra cosa que perjudicar mi situación. Había pagado bien cara mi aventura con Rossbach y había aprendido.

Hitler conocía y estimaba, igual que muchos otros soldados del frente, y no solo alemanes, mis obras sobre la Primera Guerra Mundial; me lo hizo saber y le envié las nuevas ediciones. Me daba las gracias directamente o encargaba de ello a Hess. También recibí su libro, que acababa de publicarse. En una ocasión, yo vivía todavía en Leipzig, me anunció su visita, que luego no se celebró porque hubo un cambio en su itinerario.[4] Cabe presumir que, lo mismo que mi encuentro con Ludendorff, aquella visita no habría tenido resultados especiales. Lo que es seguro es que me habría acarreado desgracias.

Para mis escritos posteriores, que, como *El trabajador* o *La movilización total,* habrían podido serle útiles para abandonar el pensamiento orientado en el sentido del Estado nacional y el Partido, Hitler carecía de capacidad de comprensión, aunque tomó, seguramente a través de terceros, algunas formulaciones de esos libros míos y las integró en el arsenal de sus consignas. *El trabajador* apareció en 1932; el libro describe, entre otras cosas, la tarea simultáneamente recuperadora del pasado y preparadora del futuro, pero que solo presta una ayuda en el parto, de los dos grandes principios del nacionalismo y el socialismo para la estructura definitiva de los nuevos Estados, en especial del Imperio mundial, a cuya formación están cooperando fuerzas contrarias y al que la Segunda Guerra Mundial nos ha acercado entretanto de manera bien visible. En el *Völkischer Beobachter* se publicó una reseña desfavorable de *El trabajador,* su autor hacía constar que yo estaba acercándome «a la zona donde se reciben tiros en la cabeza».[5]

Esta relación de conocidos no dejó de tener, desde luego, consecuencias, pues Hitler poseía, como muchos dirigentes políticos, una memoria con casillas fijas; no le gustaba modificar la opinión que

se había formado de las personas. Al estallar la guerra apareció *Sobre los acantilados de mármol,* libro que tiene en común con *El trabajador* lo siguiente: los acontecimientos que estaban produciéndose en Alemania encajaban ciertamente en su marco, pero la obra no estaba cortada especialmente a su medida. De ahí que aún hoy me desagrade que se entienda *Sobre los acantilados de mármol* como un escrito tendencioso. No eran pocos los que podían y pueden aplicarse el cuento y darse por aludidos. Era más que probable que eso ocurriera entre nosotros los alemanes, y tampoco cabía discutir que yo había experimentado aquí en Alemania, como testigo de vista que era, incitaciones para mi libro. Lo que a mí me interesaba sobre todo era el desenlace de la partida. ¿Cómo acabaría? Pues, en efecto, el conjuro más fuerte continúa siendo el conjuro hecho con sangre derramada. Más tarde, en plena catástrofe, parecíame a veces que aquel sueño mío, aquel presentimiento mío había captado las cosas futuras, incluso en sus detalles, con más precisión que la que tenían esas mismas cosas cuando se hicieron realidad en la vivencia directa.

El libro provocó enseguida controversias, que ocasionaron noches de insomnio a mi editor, Benno Ziegler, mientras yo me encontraba lejos de los tiros, es decir, en el Muro Occidental. Allí me enteré también de que la discusión había llegado hasta las más altas esferas. En una reunión de los jefes políticos formuló quejas contra mí un *Reichsleiter* llamado Bouhler. Dijo que aquello no podía seguir así. Hitler, según me contaron, reflexionó un instante y luego decidió que no se me molestase.

Durante la guerra recibí con frecuencia cartas de soldados jóvenes, lectores que me escribían antes de su primer combate; luego llegaban cartas de sus deudos. Era aquella una tropa buena, desperdiciada en tareas imposibles. A mí me ocurrió lo mismo que a muchos alemanes, que a los más de ellos: veía que se consumía el capital que yo había reunido. Uno construye una casa y ve cómo se convierte en humo en un gran incendio. Eso no quiere decir nada ni sobre la casa ni sobre su mobiliario. A inquilinos mejores les habría servido para cosas mejores.

Tras 1918 era necesario el rearme; eso es algo que no puede quedar invalidado por el hecho de la derrota; esta no se debe al armamento, sino a su desgaste insensato y provocativo. Con respecto al rearme Hitler solucionó un problema que había sido descuidado por sus predecesores. Ese fallo es el que explica en parte la derrota de estos y el milagro de la ascensión meteórica de Hitler. Hubo un lapso de tiempo en que el mundo cambió de opinión, se quitó la máscara del Shylock que insiste en que se le pague hasta el último céntimo, y

prestó ayuda, casi más de la necesaria. El fuerte goza de simpatías.

Provocación y réplica. La cuestión es cómo continuará el juego. Uno de los pronósticos favorables es que el Estado nacional se ha desgastado; de él no puede ya brotar la réplica. Eso es algo que no afecta a la existencia de la patria. El Estado nacional es una idea; la patria, una realidad, que más bien sale ganando con la mengua de las ideas de 1789.

Yo no creo, pues, que si ahora se retiraran los ocupantes fuesen a producirse en Alemania esas matanzas horrorosas que siguieron a nuestra retirada de Francia. Esa sería una de las réplicas omitidas, que a menudo son las mejores.

La Segunda Guerra Mundial ha traído destrucciones enormes. Pero también ha debilitado prejuicios que parecían invencibles y ha abierto de golpe puertas que ya no cabe cerrar.

Kirchhorst, 1 de mayo de 1946

Sobre las orlas. Pensamiento durante el paseo mañanero por el jardín, al mirar las hojas de los fresones, cubiertas de rocío. El rocío se agarra a los bordes de las hojas formando orlas de perlas que emiten, a la luz del día, unas radiaciones más preciosas que las que emitirían unas joyas. Así es como es menester imaginar el orden del mundo, solo que en él la hoja es invisible. Lo único que vemos es su ropaje.

También los cristales son orlas que ciñen un núcleo invisible. Las armonías y proporciones que en ellos nos embelesan son traducciones al lenguaje de lo visible.

Dedicado a Ernstel; es el aniversario de su muerte. Hoy habría cumplido veinte años.

Al releer lo anterior veo que he cometido un *lapsus* al escribir «aniversario de su muerte». Pero el aniversario de la muerte puede ser también aniversario del nacimiento. Entonces deberíamos invertir los signos: la cruz, al comienzo; el asterisco, al final.

Kirchhorst, 1 de enero de 1947

Año nuevo. He estado sopesando si debía empezar un nuevo diario, pues un diario plantea siempre exigencias. Pero también trae ventajas. Con él se dejan huellas de luz en el oleaje de días vividos; de lo contrario ese oleaje se vuelve oscuro enseguida. También quiero entender el diario más como un goce que como una obligación.

He empezado a esbozar el plan de *Heliópolis* y luego he escrito cartas; entre otras, una a Bouthoul, abogado de París que me ha enviado su libro *Cent millions de morts;* ese libro contiene la visión de una guerra futura y reflexiones sobre la manera de evitarla.

Bouthoul ve la causa principal de las guerras en la presión demográfica y en los desequilibrios que eso produce; de ahí que reclame que una liga de pueblos limite y controle la natalidad.

Naturalmente, la realización de esa propuesta no debilitaría ni la crueldad humana ni la voluntad de matar; lo que hace es más bien orientar esa voluntad hacia la línea de menor resistencia. Así también en las balsas salvavidas, cuando se llega al atentado caníbal, a quien se elige es al grumete.

El plan de Bouthoul es uno de los engañosos espejismos de la debilidad y una de las formas más sospechosas de desarme. Llegaría a ser popular a lo sumo hasta el Elba, es decir, en los territorios donde ya hoy se lo practica en gran medida. La *matka* eslava no se deja inficionar por tales ideas. Tampoco en Italia las admite la gente. Son pensamientos que están cortados a la medida de la cuenca parisiense. Desembocan en un fortalecimiento ulterior de los elementos de bestialidad. ¿Y qué es lo que ocurre con Alemania, nuestro superpoblado país, al que afluyen cada día contingentes nuevos de refugiados? Según Bouthoul, en él habría de formarse una mezcla sumamente explosiva.

La pesadilla provocada por las grandes masas y sus cifras es un síntoma que en cuanto tal da ciertamente que pensar. En el juego de las fuerzas ha habido siempre, ya mucho antes de Salamina, una potencia superior a las demás. Pero lo que importa es que esa potencia superior vaya no a grandes números, sino a categorías superiores. Estas son espirituales; la pura *physis* no puede competir con ellas.

Uno va teniendo cada vez más la impresión de que, mientras progresa imperturbablemente el desarrollo técnico y se hace cada vez más amenazador, la angustia está penetrando en los sistemas de pensamiento.

El pensamiento y la angustia son malos compañeros el uno del otro; lo primero que ha de hacer quien comienza a pensar es cerrar la puerta a la angustia; de lo contrario hacen aparición espejismos y falacias. Si el espíritu se inclina a excluir las posibilidades extremas se hará también incapaz de domeñarlas. Sócrates fue un pensador sobresaliente ante todo porque no tuvo miedo. Por ello atravesó completamente incólume la aniquilación; hasta el día de hoy vive inquebrantado. Cuanto más se desvanece la corona del pensamiento, la visión metafísica, tanto mayores parecen las amenazas físicas. No son los medios fuertes, sino los espíritus fuertes los que modifican el mundo.

Si queremos dar crédito a los físicos, los materiales que ellos han liberado, ya las meras trazas de ellos, poseen una fuerza nefasta, aniquiladora. Tendrían que ser guardados, por tanto, con el máximo cuidado. Al mismo tiempo están haciéndose los preparativos de una técnica en la que esos materiales moverían no solo las centrales eléctricas, sino también las máquinas pequeñas, los preparativos de una técnica, por tanto, en la que el choque de los coches de dos viajantes de comercio sería una catástrofe, aun dejando de lado las perspectivas de un envenenamiento solapado, o, para decirlo con una expresión más prudente, de una modificación de la atmósfera, cuyos efectos son desconocidos todavía. Parece que habrá que tomar en consideración ciertas cosas. ¿Y por qué no? Quien quiere fuego no debería tener miedo a los incendios. Es bien sabido, desde luego, que durante mucho tiempo el fuego fue sagrado.

Lo que a nosotros nos falta es, además de la univocidad del desarrollo técnico, la decisión espiritual que haga compañía a ese desarrollo: ¿por qué son necesarios esos sacrificios y por qué hay que hacerlos? Eso llevaría, claro está, allende los problemas técnicos y económicos, y también allende el moralismo, que escinden los descendientes de Prometeo.

El pensamiento no necesita adaptarse a la evolución, como se oye con frecuencia; es suficiente con que mantenga la altura de la línea de cresta clásica. Ahí caben, lo mismo que en el lenguaje, la entera técnica y muchas cosas más.

Kirchhorst, 2 de enero de 1947

Continuado esbozando el plan de *Heliópolis.* Debería ser posible con relación a la técnica una tercera actitud, independiente del progreso. La percepción del progreso actúa en dos direcciones, repeliendo y atrayendo. En el primer caso el espíritu quiere replegarse a formas pretécnicas; va en busca de las esferas románticas. En el otro caso quiere adelantarse utópicamente a la técnica. Esos son los dos grandes partidos; la primera mirada que echamos a una obra de arte delata su pertenencia a uno de ellos.

¿No debería ser la meta de ese proceso el que lo romántico y lo utópico se uniesen, bajo una profundización estereoscópica, para formar una realidad nueva? Eso haría, entre otras cosas, que regresasen creíblemente a nuestro mundo elementos teológicos.

Hacia esa meta se dirigen también los experimentos que están realizándose en la pintura. Los estudios de los pintores hacen pensar en laboratorios en los que estuviesen llevándose a cabo innumerables combinaciones antes de conseguir una síntesis convincente. Si en este estadio de ahora fuese ya perfecto un cuadro, ello sería un signo de que el artista ha renunciado a la posibilidad extrema y se ha resignado.

Por la tarde patinado, luego leído: *Maurice de Saxe,* de Taillandier. El estudio de biografías, aparte del goce especial que procura, posee también un significado más general: se cuelgan luces en la oscuridad de la historia. Si la iluminación es suficiente, se llega de un modo bastante sutil, bien que indirecto, al conocimiento de poderes que hicieron aparición en los individuos, sobre todo si se procura no descuidar del todo, al mismo tiempo, la lectura de obras pragmáticas.

En otra obra biográfica, las *Memoires de Grammont,* de Antoine Hamilton, he tropezado con este pasaje: «Mi tío tenía sus buenos sesenta años. Su coraje y su lealtad habían quedado demostrados en las guerras civiles».

Aunque yo no sabía ni de qué guerras civiles se trataba ni en qué lado había combatido aquel hombre, esta frase me ha gustado. Acaso cuando los personajes aparecen a una luz apropiada es cuando las circunstancias históricas con sus pasiones se han vuelto insignificantes. También nuestro tiempo podría encontrar entonces su Plutarco.

Kirchhorst, 6 de enero de 1947

En el correo, entre otras cartas, una de un autor joven, sobre el lenguaje y la relación del autor con él: «Lo espiritual, que está ardiendo detrás de todos los objetos, hállase presente una vez más en el lenguaje, y en ese modelo del mundo me es lícito continuar la construcción de la Creación».

Adjunta una pequeña prueba:

Aus granitenen Stufen,

Die aufwärts führen,

Blitzen Kristalle.

[De escalones de granito,

que conducen hacia lo alto,

brotan centelleos de cristales.]

Kirchhorst, 8 de enero de 1947

Heliópolis. Antes de describir una ciudad tendría uno que haber vivido, en innumerables sueños, en cada uno de sus palacios, en cada una de sus tabernas, en cada uno de sus patios traseros. Ese conocimiento tendría luego que perderse, que descomponerse, para formar el humus de la descripción.

Las Hespérides son islas crepusculares, puertos donde se hace transbordo; desde ellas el espíritu se desliza insensiblemente en los reinos absolutos de los sueños.

Frío siberiano. Es agradable pensar que con ese frío se vuelve muy próxima la muerte y se convierte en algo atmosférico. Uno sale a dar un paseo por el bosque, bebe con talante contemplativo una botella de borgoña y luego se tiende en el suelo para dormirse y no despertar ya nunca más.

Uno de mis condiscípulos elogiaba, en la novela *Helmuth Harringa,* que fue muy leída hacia 1912, la pulcritud del suicidio del protagonista. Nadaba hacia el mar abierto, hacia lo que no tiene orillas, e iba acercándose al hundimiento con una actividad constante.

Preferible a eso sería la ascensión invernal a las altas montañas, a zonas cada vez más gélidas de la soledad blanca. En *Cristal de roca* ha

rozado Stifter la atmósfera solemne de ese modo de morir. Frente a eso causa extrañeza la manera cruel como puso fin a su vida.

Kirchhorst, 19 de enero de 1947

El dolor más profundo viene de que nos apartamos de la salvación. Los conflictos morales son tan solo síntomas de eso; constituyen indicios, como una fiebre o una erupción cutánea, de focos ocultos. En tales crisis se vuelve cuestionable el todo del mundo, el Universo, el cual reposa, en efecto, en nuestra salvación. Cada uno de nosotros es un Atlas que lleva sobre sus espaldas el Universo. Esta horrorosa consciencia del derrumbamiento no tiene igual; con ella no es comparable ni siquiera el pánico a la demencia, que es una de las torturas por la llama. Cuando se llega a la última prueba hemos de elegir: o el espíritu o la salvación. Ese es el misterio que hay en catástrofes célebres, explicadas con frecuencia de un modo demasiado trivial. Consiste en la aceptación del martirio. Annette von Droste-Hülshoff conocía esa alternativa y la captó con una agudeza prodigiosa:

O Gott, ich kann nicbt bergen,

Wie angst mir vor den Schergen,

Die du vielleicht gesandt,

In Krankheit oder Grämen

Die Sinne mir zu nehmen,

Zu töten den Verstand!

Doch ist er so vergiftet,

Dass es Vernichtung stiftet,

Wenn er mein Herz umfleusst:

So lass mich ihn verlieren,

Die Seele *heimzuführen,*

Den reichbegabten Geist.

Hast du es denn beschlossen,

Dass ich soll ausgegossen

Ein tot Gewässer stehn

Für dieses ganze Leben:

So lass mich denn mit Beben

An deine Prüfung gebn.

[¡Oh Dios, no puedo ocultar

la mucha angustia que me producen los verdugos

enviados tal vez por ti

para, en la enfermedad o en la tribulación,

despojarme de mis sentidos,

matar mi entendimiento!

Pero si el entendimiento es tan venenoso

que trae consigo aniquilamiento

cuando me baña el corazón:

déjame que lo pierda,

que lleve a casa *el alma,*

el espíritu tan rico en dones.

Pues si tú has decidido

que, derramada, sea

agua muerta

durante toda esta vida:

déjame que vaya

temblando hacia la prueba.]

Pasado el día leyendo. Primero, los *Recuerdos de una superflua,* de Lena Christ — este libro es en la literatura lo que los cuadros de pintores de domingo son en las exposiciones. El efecto peculiar que causa esta especie de diletantismo es uno de los indicios de la reducción — cuantas más cosas elementales, cuanto más genio hay todavía en la sociedad, tanto menos llaman la atención los hijos de la Naturaleza. Más tarde la fuerza creadora como tal se convierte en algo que queda fuera de lo ordinario. Se la siente como una cosa rara, casi como un fenómeno clínico. También se aglomeran enseguida a su alrededor los médicos y los alienistas, como ocurre hoy con los santos modernos, a los que se observa con instrumentos.

Luego: *Seis años en Surinam,* de Kappler, editado por Schweizerbart en 1854 — librito que me gusta especialmente y que ya he leído repetidas veces. El autor, un dependiente de comercio alemán, se enrola en la Legión Extranjera Holandesa y pasa una serie de años en las selvas vírgenes tropicales. El mérito del libro está en su descripción ejemplar no solo de las plantas y animales, sino también de las personas y sus costumbres. La serenidad y claridad de la observación proporciona el marco en el que se ordena la exuberancia tropical. No pocas cosas del libro traen a la memoria los cuadros de Sybille Merian, que estuvo en ese mismo país, Surinam, ciento cincuenta años antes. A ello se añade un gran comedimiento del autor, también mesura. Me asombra no conocer más que este ejemplar del librito y no haber oído hablar a nadie de él.

Por fin: *Sobre los ultimidades,* de Weininger, escrito que yo aprecio mucho más que su obra principal, que llegó a ser tan famosa. En *Sobre las ultimidades* brotan tallos de una visión que permite esperar frutos prodigiosos. De ahí que produzca consternación el que esa cabeza fuese destruida tan pronto.

Kirchhorst, 24 de enero de 1947

En nuestras crisis hay instantes en los que atisbamos que la muerte se ha apartado de nuestro lado y que está acercándose la curación. ¿Es la salud que está empezando a germinar lo que nos proporciona ese atisbo? ¿O es, por el contrario, el citado atisbo lo que nos conduce a una vida nueva? No lo sabremos mientras veamos separadamente el espíritu y el cuerpo.

Por lo demás, lo único importante en la salud es lo que en ella es símbolo, parábola. En ella ha de haber una pizca de aquella otra Salud

que nos ayuda a vencer la última enfermedad. Esa otra Salud es la que se refleja en el rostro de los convalecientes y también de los moribundos. De lo contrario toda curación no sería otra cosa que un aplazamiento de una partida perdida. Con frecuencia resulta espantoso ver cómo se lucha por conseguir una simple prórroga, por ganar unos meses, en los que la angustia del enfermo exige a la técnica del médico sus últimos refinamientos. Es un juego por nueces que están vacías, por días vacíos; y, sin embargo, cada uno de esos días podría aportar aún la más grande de las ganancias. También el morir es una tarea. Tan pronto como el enfermo ha comprendido eso vuelve a tomar las riendas en su mano.

La cuestión es siempre qué hacemos con la salud. Es un talento que nos ha sido entregado, como en la parábola evangélica, para que negociemos con él. Cuando yo he sido productivo me he sentido más sano, aunque físicamente estuviese al mínimo, que en los tiempos en que físicamente estaba en el zenit, pero espiritualmente me hallaba a ras del suelo.

Kirchhorst, 11 de febrero de 1947

Sigue haciendo un frío tremendo. Eso no le ha hecho desistir a un pensador de Hamburgo de venir hasta aquí para hacerme una exposición de su sistema del mundo, acerca del cual ya nos habíamos carteado.

Entra en la casa un hombre alto, flaco; su estrecho cráneo está escasamente cubierto de cabellos rojizos. Los ojos brillan con un azul puro, pero parecen estar fijos en un punto situado a solo un palmo de la raíz de la nariz. Aprendió el oficio de herrero y no es, lo adelanta, un hombre «estudiado en las universidades». Durante la Primera Guerra Mundial fue maestro armero en un batallón de cazadores; durante la segunda, inspector de material en una fábrica de aviones. Hace años que viene cavilando, vive gratis en casa de su hermana y se dedica a pulir un sistema.

Tomamos café y charlamos; la habitación está agradablemente caldeada. Luego nos acomodamos en los sillones. Lo animo:

—Y ahora, cuénteme.

Saca de su cartera dos modelos estereométricos; uno de ellos es un tetraedro doble, cuyas bases pueden encajarse de tal manera la una en la otra que lo que resulta como base común es la estrella de David, la estrella de seis puntas. Este hombre es, por tanto, uno de esos

espíritus que exponen su sistema con figuras. El modelo tiene un nombre especial; él lo llama *Fahn.* Hay muchos de esos *Fahn* y cada uno tiene como puntos destacados los dos vértices del tetraedro doble y las seis puntas de la estrella de David.

Una vez que he asimilado bien la estructura del *Fahn* me explica los detalles:

—Lo que es *verdadero* en la imagen, eso es *medida* en la materia. *Verdadero* y *medida* están como segmentos en una misma línea; forman en cierto modo una pareja y, por ello, son semejantes, pero también son «contras» *[sic]* y, por ello, no son iguales. Los segmentos *tiempo* y *espacio* están no solo en una misma línea, sino que son también polos de un eje. Y alrededor de ese eje, precisamente alrededor del polo *tiempo,* por un lado, están ordenados, formando un triángulo, los tres segmentos *voluntad, verdadero* y *sentido.* Y, por otro lado, asimismo están ordenados alrededor del polo *espacio* los segmentos *medida, extensión* y *fuerza.* Esos tetraedros, que están construidos con los segmentos figurativos y materiales y que están unidos por la intersección de sus bases, dan como resultado lo que yo llamo «el *Fahn* simbólico».

Fabrica tantos *Fahn* como quiere, ya se trate del cielo y la tierra, del eros y el sexo, de lo conservador y lo revolucionario, de la vida y la muerte: veo que este hombre sabe trabajar con su modelo. El vocabulario para hablar de los *Fahn* es amplio y especializado e incluye algunos hamburguesismos. *Extensión,* por ejemplo, significa la energía cinética, por contraposición a la *fuerza,* que es inmóvil. Llevaría demasiado lejos anotar aquí los detalles, sumamente complicados, de los modelos y el curso de nuestra larga conversación. El final se me ha quedado grabado:

—Aguardo con impaciencia mi muerte, pues yo le he quitado realmente, al menos para mí mismo, eso que se llama su «aguijón» o sus «horrores». Me gustaría muchísimo saber hasta qué punto mis conocimientos, que he ideado con mucho esfuerzo, concuerdan con lo verdadero, lo lógico, lo divino.

Es un pensamiento digno de un metafísico. La curiosidad por la muerte es siempre un signo de rango superior, como la *inmense curiosité* de que habla Léon Bloy.[1]

Una vez que el hombre se fue estuve reflexionando sobre lo que me había dicho. Un genio original. Un catedrático de universidad o

también varios podrían vivir de eso. Hay sistemáticos y metafísicos que lo son a la manera como fue pintor el aduanero Rousseau. El talento innato para formar abstracciones y símbolos se impone, aun en circunstancias desfavorables, con el poder de un instinto. Este herrero lima llaves, también en el espacio material. Es una cosa bella que haya construido sus modelos en hierro.

En el fondo se trata de un visitante que retorna, bien que en individuaciones cambiantes, y que está empleado unas veces en un rincón del plan del edificio universal, y otras veces, en otro. El tallista de máscaras había descubierto una sociedad secreta, la «Helena»: ella gobernaba el mundo. En esa sociedad desempeñaban un papel destacado los catedráticos de universidad, también los jueces y los clérigos. El saber en que estos hombres fundaban su dominio y que ocultaban refinadamente consistía en que Cristo era el diablo.

El doctor Zerner me escribía unas cartas geniales; un día en que yo tenía tiempo lo cité en un pequeño café que había en el Lützowplatz. Allí estaba sentado él solo; cuando lo saludé, los camareros me miraron extrañados. Encontré a un hombre pálido, nervioso; un bello iris de color azul amarillento rodeaba las pupilas desmesuradamente grandes de sus ojos. Enseguida comenzó a hablarme con mucha vivacidad; en su exposición iban turnándose, con oscilaciones, la debilidad de la voluntad y un querer fuerte.

Había ideado una técnica de toma del poder que había de comenzar con un cañonazo contra el Reichstag y que era infalible como una operación aritmética. Por cierto que Zerner sabía que la gente abrigaba dudas acerca de su equilibrio mental e integraba en sus cálculos esas dudas.

—Mire usted, el plan es, aun visto solo racionalmente, extraordinario. Pero si además yo me empeño en él con mi esquizofrenia, entonces nada podrá resistírsele.

El doctor Zerner era uno de esos espíritus que afloran a la superficie antes de las convulsiones históricas y que anuncian cual peces voladores los monstruos de las profundidades. Lo del Reichtag lo había previsto muy bien, y también otras cosas. Cuando luego Hitler hizo realidad muchas de ellas, Zerner cayó en el estado de ánimo de un artista a cuyos planes se hubiera anticipado un diletante. Un día recibí al atardecer una carta suya en la que me comunicaba que al mediodía siguiente, vestido con uniforme de general, se presentaría en la Potsdamer Strasse y, haciendo un llamamiento al pueblo, derrocaría

al tribuno; tras leerla evité cuidadosamente el barrio en que se encontraba la citada calle.

La próxima noticia de él la recibí por una tarjeta postal sin franqueo que había arrojado por encima del muro de un manicomio y que un transeúnte compasivo echó al buzón. La esquizofrenia favoreció a Zerner y le evitó reclusiones peores, aunque también en el manicomio lo trataron de mala manera. Tuve que darme algunas buenas caminatas por ese motivo. Por cierto que, al parecer, luego se volvió más razonable; eso sería un argumento en favor de la terapia de choque.

Perpetua entra en la habitación y agita en la mano un telegrama:

—Otro chalado — acabaré hartándome. Hasta la mujer de la oficina de correos se ha reído.

El mensaje reza: «Ya llego, ya llego, bajo el signo de Apolo. Isermann».

Es un oficial desmovilizado que me ha escrito cartas desde el campo de prisioneros y enviado también poesías que no estaban nada mal.

El ama de casa parece poco edificada:

—Me gustaría a mí saber qué libros son los que escribes. ¿Aparece alguna vez por aquí una persona razonable?

—Lo sabes bien: los cuervos se reúnen donde hay carroña — prepara café y aguarda a ver qué pasa.

—Tengo mejores cosas que hacer y además hoy es día de colada — a ese lo mando desde luego a paseo.

—Sería un completo error. Es preciso escuchar a esa gente y luego llevarla fuera, agarrándola por los cuernos. Entonces está contenta; de lo contrario se dedica a merodear y a inquietar a los vecinos. Y, además, son personas divertidas, pese a todo.

Al poco tiempo de esta charla doméstica me trae Louise al visitante, un hombre joven; en él no cabe notar nada que llame la atención, excepto un peinado excesivamente cuidado. Nos sentamos y la conversación deriva enseguida hacia cuestiones políticas. Empiezo a temer que va a explicarme por qué fue partidario de Hitler o también

por qué no lo fue, pero expresa opiniones enteramente razonables. En todo caso he oído ya tonterías peores. Dice que la política se ha vuelto demasiado dinámica, que depende demasiado de la pura voluntad y de los individuos impulsados por ella. La política ya no se apoya, añade, en formas estables, como, por ejemplo, la familia; con ello queda cerrado el acceso a los grandes poderes extrahumanos, como la felicidad. La política se ha convertido en una cosa abstracta y exangüe.

—Es una buena idea. Pero nosotros, que somos meros particulares, ¿cómo vamos a poner remedio a un mal tan grande?

—Podría volverse a la política del Barroco. Mediante casamientos, por ejemplo.

—Eso sería acaso más razonable que los planes de toda esa gente que se ocupa de la bomba atómica. ¿Ha pensado usted ya en alguna aplicación práctica?

—Desde luego. Tengo una hermana que acaba de cumplir dieciséis años. Es muy bella.

—Mi enhorabuena.

—Gracias. Y, mire usted, Iósif Stalin tiene un hijo que cuenta ahora veintisiete años. Podría comenzarse por ahí.

—¿Y qué dice a esto la señorita?

—Sigue mis consejos.

—Parece evidente. Lo único que se requeriría entonces sería el consentimiento de Stalin.

—Justo por eso he venido a verlo. Si usted le escribiera una carta…

—Pero usted estará enterado, claro está, de que Stalin se dedicó en otro tiempo a asaltar diligencias.

—No vamos a andar con minucias.

—Bien, me ocuparé del asunto.

El hombre parece contento, se despide. Al cabo de tres meses vuelve a escribirme; ahora anda ocupado con otros planes, no hace ya mención de la boda. Entretanto estuvo trabajando como encargado de

la calefacción en un hospital militar de la zona soviética y lo metieron en chirona porque encendía sus estufas con la literatura que propiamente estaba destinada a la edificación social de los enfermos. Ahora ha recobrado la libertad. Firma: «el taladrador impertérrito». Por el momento se cartea con el Papa.

Kirchhorst, 14 de febrero de 1947

Las cartas que llegan están comenzando a cambiar; ello me hace recordar la frase favorita de Valeriu Marcu: «Uno tiene vivencias de todo y también de lo contrario».

Ha llegado una carta del Magister, la primera en nueve años; en el intervalo se ha dedicado a escribir críticas de teatro en Inglaterra y a impartir lecciones de metafísica en Calcuta. Pasa a hablar enseguida de cuestiones filosóficas, sin dar noticia alguna de su persona ni preguntar por las nuestras, cual si prosiguiese una conversación de la tarde anterior. Es una especie de desatención que tiene argumentos a su favor.

«Hay tinieblas desde 1750; y personalmente creo que todas las cosas horribles que han ocurrido desde entonces, todas las revoluciones y guerras desalmadas, de hojalata, todas las revoluciones industriales, todas las feas conquistas científicas — todas esas cosas están condicionadas por la extinción del sol originario, que brillaba y brilla en las entrañas del Universo.»

Así, pues, el sol brilla todavía. Es lo que pienso yo también.

Uno tiene vivencias de todo y de lo contrario. Filoctetes y su flecha. Largos años ha pasado Filoctetes en su isla montañosa, dedicado a sus libros; y, como es muy fácil que los libros engendren otros libros, ha pasado varios años más dedicado a escribir una obra sobre libros. No fueron pocas las cosas que cambiaron en nuestro mundo mientras esa obra maduraba. Llegó Stalingrado, llegó la capitulación incondicional. En tales inflexiones de los tiempos no solo son matados muchos seres humanos, sino que también se vuelven caducas bibliotecas enteras. Me he enterado, sin embargo, de que su obra apareció poco tiempo después. Un viajero que me visitó en aquellos aciagos días la había visto en los escaparates de las librerías. Se dice incluso que la obra no ha experimentado ninguna variación ni en su texto ni en sus juicios — excepto la pequeñez de una faja amarilla. En ella estaba impreso: «El desenmascaramiento definitivo de un fascista».

He reunido una buena colección de extravagancias de ese tipo. Pero uno no debe pensar inmediatamente en lo peor; quiero suponer que ha sido un editor avispado, que ha asumido el papel de Macaón. Es preciso esparcir en tales heridas el orín de la flecha que las causó. Es una receta acreditada.

Kirchhorst, 15 de febrero de 1947

Lectura: *Le sursis,* de Sartre. Lo que da miedo no es tanto el fenómeno cuanto su popularidad.

En Zola la descripción de la putrefacción sigue estando asociada a ciertos lugares, como las carnicerías, los burdeles, los mercados. En Céline y en Sartre esa descripción impregna cada una de las frases, cada uno de los hechos. Se nota que lo que ha comenzado a pudrirse es el cadáver en su totalidad.

Es asombroso el dominio del diálogo en su auténtica nulidad. Transmite exactamente a los lectores de tiempos futuros, en el caso de que den valor a eso, el modo de hablar de la gente en los cafés, en los bares, en los metros. Aquí lo inane se vuelve virtuosista — es una verdadera hazaña trasladar de tal manera las frases hechas que apenas se creería que han sido escritas o impresas. Anotaciones en estilo fonográfico.

Al leer estas novelas se tiene la impresión de estar viendo a la sociedad en un espejo empañado. El comer y el beber, la carne de los hombres y de las mujeres, incluso las ideas — todo resulta desabrido, está envuelto en un hálito de muerte. La atmósfera es la de un campo de concentración sin alambradas.

Libros que se leen una sola vez.

Kirchhorst, 19 de febrero de 1947

Sigue helando. La turba no proporciona una calefacción especialmente buena. Cuando trabajo me coloco junto a la estufa grande, me arrimo lo más posible a ella. Ahora estoy en el Cáucaso de la Luna.

De vez en cuando entra a hacernos una visita Carlo Schmid, cuando viaja del sur a Hamburgo. La autopista pasa al lado mismo de nuestro jardín. Espíritus como él y como Schumacher permiten pensar, con cierto optimismo, en una situación en la que, como en los mejores tiempos de Inglaterra, fueran relevándose una izquierda fuerte y una derecha fuerte, con ventaja del conjunto. Al fin y al cabo se trabaja

con dos manos, no se camina con un solo pie. Pero tal vez hace ya mucho tiempo que esas capacidades son historia pasada, y eso también en Inglaterra.

Voy al bosque, donde la escarcha cruje. A la vuelta encuentro al joven Haustein delante de su taller; me hace un gesto amistoso invitándome a entrar. Ha matado con la escopeta un jabalí en el pantano; estos animales se han multiplicado. En la mesa, blanca de tanto pasar por ella el estropajo, reluce el cuarto trasero del jabalí; a su lado hay pan y mantequilla; nos lanzamos sobre la comida. Es un festín de señores, el tierno solomillo de un animal de dos años y apenas sesenta libras de peso. También son excelentes el pan y la mantequilla, hechos en casa. No puedo dejar de pensar en el castillo de Anet, residencia de Diana de Poitiers, donde admiré la imagen de la diosa lunar de senos desnudos. Allí leí, sobre la chimenea del comedor, este orgulloso lema: «En esta mesa no se sirve ningún plato comprado».

También el aguardiente está fabricado en casa, al claro de luna, en bidones de gasolina; en un jugo verdoso flotan fibras de remolacha. Es una mezcla peligrosa, llena de fuerzas telúricas en fermentación. Mientras hablamos de la caza y del pantano va desapareciendo poco a poco el solomillo; también queda vacía la botella, pero aparece otra en la mesa. Haustein fuma tabaco que él mismo cultiva y se pone a cantar, su mujer se sienta con nosotros y lo acompaña:

Du kannst es nicht ahnen,

Du munteres Rehlein du,

Dass so ein Wilddieb

Dir stiehl das Herz im Nu.

[No puedes sospechar,

alegre corcito,

que un cazador furtivo

va a robarte en un tris el corazón.]

Se esfuman cinco horas sin que yo sepa adonde han ido a parar. Al fin he de pensar en irme; ha sido una tarde hermosa. Hace ya tiempo que fuera ha oscurecido; siento que la bebida empieza a causar

efecto. En el prado hay ropa tendida; está tiesa, por la helada, y el viento la hace crujir.

En el pasillo me recibe el ama de casa:

—¿Pero otra vez? ¿Es que no sabes que hoy viene Carlo Schmid?

Es verdad, pero entretanto yo lo había olvidado completamente. Por suerte es ya demasiado tarde; habrá pasado sin detenerse. Voy a la biblioteca, me tumbo en dos sillones como en una bañera; el ama de casa me trae café. Empiezo a soñar, hasta que al cabo de un tiempo indeterminado pesco fragmentos de una conversación.

—Señor profesor, usted perdonará, pero no puedo enseñarle a mi marido.

Describe con detalle las circunstancias, mas el visitante no se arredra, oigo su voz grave:

—Oh, pero si eso es muy simpático.

Luego entra.

El ama de casa intenta salvar lo que se pueda y empieza a multiplicarse. Tiene la buena idea de sacar una botella intacta de nuestro elixir y ponerla delante del visitante, que inmediatamente se lanza sobre ella; trae más café, prepara en la cocina algo de comer. De cuando en cuando entra, como un director de escena que estuviese vigilando un ensayo, y noto que su rostro se ilumina cada vez más. Parece que estoy sacando de mis reservas recursos imprevistos. También el visitante empieza a abrirse de un modo asombroso, y así aquella tarde burlesca va seguida de una alegre noche.

Kirchhorst, 13 de marzo de 1947

En el bosque, por la parte del Prado del Rincón, de excursión. Aunque no había nubes en el cielo ni hacía calor, he encontrado el aire sin vida todavía. La culpa de ello la tenía el viento del este. Iluminados por los rayos solares, los árboles, sin hojas aún, parecían estar como expectantes; se alzaban solemnes cual lisas columnas de una catedral en la que estuviese aguardándose una voz que dijese: «Resucitad». Era algo de que no cabía dudar.

Pensamiento en aquel sitio: el sinnúmero de mundos y el sinnúmero de fenómenos que hay en cada uno de los mundos viven a costa de la sustancia, pero apenas la consumen. El Ser permanece

siempre idéntico, por muchos que sean los fenómenos que, cual ramas de un árbol, salgan de él. A los mundos existentes podrían añadirse varios billones más; ello no significaría otra cosa que colocar espejos nuevos.

Luego en el yacimiento de greda de Altwarmbüchen; allí he encontrado a un maestro de la escuela «Tellkampf»; aprovechaba la tarde del domingo, en compañía de uno de sus alumnos, para buscar amonites, pues las colecciones han sido víctimas de los grandes incendios.

—Falta todo, pero es preciso volver a empezar.

He tenido la impresión, en ese encuentro, de que los alemanes son hoy mucho más realistas que después de perder la Primera Guerra Mundial.

Conversación a tres sobre belemnitas, llamados también «piedras del rayo», cefalópodos, erizos de mar fosilizados. En el entusiasmo por las ciencias naturales, que constituye uno de los rasgos mejores del siglo XIX y que está volviendo a esfumarse o adoptando rasgos técnicos, había mucha teología oculta. *El cosmos* y otras revistas que llegaban a nuestra casa los sábados tenían cierto parecido con los antiguos escritos edificantes y los viejos devocionarios domésticos. Es preciso leer a broches para ver las raíces tempranas, impregnadas de sentimiento.

El yacimiento de greda, un lugar muy sencillo. Pero hoy sus paredes grises, agrietadas, se hallaban tachonadas de millares de flores de pie de caballo, rociadas de llamas de oro.

Libros de escritura tan concentrada que es preciso hacer pausas al leerlos. Es preciso recuperarse, salir de la habitación, de la casa. De lo contrario la lectura nos consumiría con tanta fuerza como la llama a la vela.

Por cierto que eso me ha ocurrido a veces con personas. He tenido que marcharme a la habitación de al lado con el pretexto de ir a buscar algo.

La jerarquía de las amistades es simétrica de una jerarquía de los secretos. Mas para compartir lo indivisible es preciso ser unos.

Kirchhorst, 1 de mayo de 1947

Con tiempo frío, lluvioso, he ido con Rosenkranz a Königslutter, para visitar a un pequeño círculo de amigos que allí se ha formado. Habíamos proyectado una excursión a los hayedos del Elm, pero hacía un tiempo muy desapacible. Por ello nos quedamos en casa de Thilo Maatsch, maestro de escuela, pintor, traductor, anotador de sueños, bibliófilo y arqueólogo, a la vez que centro de la vida social.

Conversaciones botánicas con un viejo pocero, que conoce los sitios donde en los bosques crecen las orquídeas y los visita desde hace muchos años. Hay entre las orquídeas ciertas especies que vegetan bajo tierra durante decenios y parecen muertas, hasta que les llega otra vez el tiempo de florecer.

Luego en la catedral, cuya construcción mandó iniciar hacia 1159 Lotario de Supplinburg. Al lado de su sepulcro pueden verse las tumbas de su esposa Richenza y de Enrique el Orgulloso, padre de Enrique el León. El claustro está adornado con columnas talladas de muchas y diversas maneras, que me hicieron pensar en Monreale. La entrada se halla flanqueada por dos leones. La curva del ábside de la catedral está ceñida por un friso de escenas de caza que tienen un aire mágico y encima de él corre una franja clásica de hojas de acanto. Los ojos de los animales y de los cazadores son bolas de plomo. En el jardín del claustro hay un tilo enorme, el más grande que he visto en mi vida. Cuando florece se asemeja a una segunda catedral, perfumada y zumbante.

Por la tarde hemos estado viendo los fósiles que el señor Klages ha recogido, desde hace muchos años, en la región del Elm y en sus viajes. Se hallaban colocados sobre terciopelo rojo en cajones poco profundos. Me ha llamado especialmente la atención una serie de grandes cangrejos ermitaños, limpiamente separados de su ganga de piedra. Los crinoideos, llamados también «lirios de mar», del Elm brillan como marmóreos capullos de magnolias; he recibido uno como recuerdo. Hemos contemplado unas ágatas veteadas, improntas de animales inferiores en la pizarra de Solnhofen, y amonites que estaban acuñados cual monedas de oro rugosas. Pero quienes se llevaban la palma eran unas piñas fosilizadas, cortadas transversalmente, de coníferas de California. En el fino pulimento de color amatista resplandecían coronas de piñones relucientes. La belleza de tales formaciones llega a trastornar, penetra cual una flecha en nuestro corazón. Cerramos los ojos ante el intenso resplandor que cae sobre estos tesoros desde el lugar donde se los acuña. Únicamente en las imágenes reflejas de la belleza mortal nos es lícito entrever ese

resplandor; en su pureza sería mortal.

Todavía tuvimos tiempo de entrar en el taller de un escultor y de hablar con el médico del manicomio, situado junto a la catedral. Este médico estuvo contándonos cosas de un paciente que había expresado su asombro por el hecho de que «siempre fuera lunes».

En el viaje de vuelta nos hemos parado junto a un prado en el que cuatro cigüeñas se dedicaban con aire solemne a cazar. Brillantes franjas de caltas festoneaban las zanjas pantanosas; un gran orfebre había enmarcado estos campos con esmalte violeta, pues en ellos florecía la cardamina sobre tallos de un verde fragilísimo. Hay asuntos que, en el gran reino de la pintura, estaban reservados al impresionismo. Sin duda pertenecen a esos asuntos los ramos confeccionados con tales flores — un soplo, un aroma, una espuma para reproducir los cuales hace falta un conocimiento sutil de lo perecedero. Para lograr tal hazaña es preciso que a lo anterior se agregue *décadence*. Una cultura tiene múltiples altibajos. Es posible que su fuerza plasmadora decrezca con el tiempo, mientras aumenta su fuerza química, la capacidad del espíritu para combinarse delicadísimamente con la materia.

A última hora de la tarde estábamos otra vez en Kirchhorst. Ha sido un día que ha estado repleto de personas, de imágenes, de estímulos. En un tiempo en que me están vedados los viajes largos debería yo visitar con más frecuencia, tal como lo he hecho hoy, las pequeñas ciudades de la Baja Sajonia. Hay en ellas más cosas de las que sospechamos.

Kirchhorst, 3 de mayo de 1947

En pleno reino de las serpientes. Los animales eran de color oscuro, no pocos de ellos tenían flancos negros y una banda azul en el centro del cuerpo. En otros se alternaban las escamas negras y las de color claro, como lo veo a menudo. Estábamos en la cocina y uno de los animales se deslizaba por entre los pies de mi madre. Al ver a otro manifestaba yo el deseo de tener un traje cuyo dibujo fuera el mismo que el de su piel. También se hallaba presente mi padre, pero como una sombra. Mi madre estaba a mi izquierda; mi padre, a mi derecha.

Estas imágenes son siempre una visión oracular, pruebas a que son sometidas la fuerza y las expectativas vitales, secretos desvelados. Con eso está en correspondencia su tensión, su hechizo coactivo. Uno echa una mirada un poco más profunda a la cocina. Cuando a ello se agrega el miedo, es un presagio funesto.

Sobre la morfología. En la historia de la evolución la serpiente es «más joven» que los animales provistos de pies, emparentados con ella; y no son el único indicio de eso los restos de pelvis. Con todo, la serpiente es una de las protoformas, un animal absoluto. Donde más se acerca la evolución a ese prototipo, a esa imagen primordial, que está fuera del tiempo, es en la clase de los reptiles. La evolución ha iniciado algo semejante en muchos órdenes, como los protozoos, los peces, los gusanos, los saurios.

Eso nos indica que es preciso alcanzar visiones del mundo animal superiores a las basadas en el árbol genealógico. Hay aquí, como en la historia del ser humano, brotes que en tiempos distintos tienden a idéntico objetivo y ello hace que exista una especie de parentesco espiritual y morfológico que está por encima del parentesco natural de la sangre. Así como un artista puede hacer de bronce, de barro o de mármol la estatua de una diosa, así aspiran a la Idea del pez un ictiosaurio, un narval o un tiburón azul. La Idea misma permanece invisible. La materia y las líneas genealógicas son cera en la Mano que modela. La meta se halla presente siempre; la evolución la rodea con sus complicados dibujos. Bien es verdad que uno puede concebir ese pensamiento tan solo cuando se ha evadido de la coerción del tiempo lineal. Donde acaba el tiempo sale de sus profundidades la serpiente primordial, la protoserpiente.

Kirchhorst, 17 de mayo de 1947

Heliópolis. He terminado «El regreso de las Hespérides» y comenzado el segundo capítulo, «En el Palacio». Llamo «Hespérides» a las tierras situadas allende la *ratio,* mientras que el «Pagos» pretende describir las montañas donde el hombre se afana en lograr una comprensión superior del Ser, subiendo los tres escalones de la magia, la moral y la teología. El Palacio es, por el contrario, el lugar de la realidad política, donde el hombre intenta dominar la práctica de la vida, dominarla orgánicamente, en oposición a los esfuerzos mecánicos de la Oficina Central: el poder, por un lado, y la violencia, por otro. Todo ello, en estilo alejandrino; una vez fracasadas las recetas tanto del progreso como también de la reacción, se recurre a una serie de acreditados remedios caseros. También el Estado mundial se ha revelado ya como una utopía. Se han vuelto transitables ciertas partes del cosmos, con lo cual está amenazado el brillo de las estrellas. El trabajador intenta captar ingenuamente el más allá con los medios de que dispone, a la manera como los pintores góticos vestían con trajes medievales a los personajes de Tierra Santa. Busca la redención

en el espacio fáustico. Lo que no se le alcanza es que sus medios son símbolos de muerte, mas justo esa ignorancia es lo que lleva al trabajador más allá de sus propios límites. El trabajador está navegando ahora por la laguna Estige, cuyas aguas se han vuelto transparentes. Con todo, arriba a la salvación; ha soñado hasta el final uno de los grandes sueños. Esa era la tarea que tenía encomendada.

Kirchhorst, 18 de mayo de 1947

Oía pasos que iban subiendo lenta, pesadamente la escalera. De repente se abría la puerta y un frío mortal llenaba la habitación. Aquí la palabra «frío» puede servir únicamente de perífrasis; era un escalofrío que iba de dentro afuera.

Kirchhorst, 21 de mayo de 1947

Por la tarde ha pasado por casa el doctor Göpel. Una de las buenas observaciones que ha hecho es que hay que acoger con cautela todas las revelaciones de las pitias y las sibilas. Es menester que se añada siempre a ellas el mundo de la luz, representado por intérpretes masculinos, sacerdotales. La Droste buscó en vano uno de esos intérpretes.

Kirchhorst, 15 de junio de 1947

En los matorrales de la presa de Lanne he tropezado con una pareja de lucánidos. La hembra estaba succionando la savia de una encina herida; el macho la tenía abrazada.

Cuando los machos son de mayor tamaño que las hembras y se señalan, como en este caso, por sus adornos y armas, las causas de ello no son nunca, sin duda, primariamente sexuales. En el macho los adornos están relacionados con la voluntad y el movimiento; en la hembra, con la visión inmóvil de las cosas. Marte lleva como emblema el escudo y la lanza; Venus, el espejo. Ya la célula espermática está armada de un flagelo. El óvulo la recibe inmóvil, la acoge dentro de sí.

En no pocas especies, como en una araña de Madagascar, la *Nephila,* la diferencia de tamaño llega a ser grotesca. En un gusano estrellado, la *Bonellia* verde, que pude observar en Nápoles, las relaciones son más asombrosas todavía; el macho habita como parásito dentro de la hembra. Penetra en ella por el orificio de la boca y, a través del canal digestivo, llega hasta los órganos sexuales. En otras especies el macho es consumido, devorado después de la fecundación. Parecido a eso es también el asesinato de los zánganos, que pone fin al vuelo nupcial.

El papel del macho parece consistir en proporcionar los elementos de ordenación, de radiación. Cabría imaginar una situación en la que el macho ya no estuviese presente físicamente, sino que actuase mediante la pura visión directa y se hallara representado, como en astilleros, por modelos minúsculos, de conformidad con los cuales construirían unas fuerzas invisibles tantos barcos como deseasen.

Con este ahorro espacial se corresponde un ahorro temporal, por cuanto en no pocos animales el macho sale a escena muy raras veces, como ocurre en los saltamontes de la familia de los bacílidos, en los que lo normal es la partenogénesis. Pero esta es interrumpida en ocasiones por una generación sexual, como si el mundo material quisiera tomar de vez en cuando la medida.

En los insectos que viven en sociedad los obreros son asexuados; sufren esa reducción para favorecer la producción. También en nuestro mundo de trabajo empieza a haber indicios de perspectivas extravagantes.

Cabría imaginar astros en los que la vida se propagase únicamente por gemiparidad. Lo probable es que en ellos, como en los arrecifes de coral, no estuvieran separados los individuos. Si tales colonias poseyesen inteligencia, faltaría casi completamente la voluntad, en favor de la visión directa, de la «concepción» del mundo. Se tendrían arrecifes, céspedes, celdillas en los que se meditaría, se soñaría el cosmos. A veces he pensado eso al ver arriates de celosías en flor parecidos a cerebros rojos.

Ya en los protozoos se reparten las posibilidades de la vida, también las no realizadas. ¿Qué son *propiamente* los flagelados, los rizópodos, los radiolarios, las amebas? No hay duda de que, a partir de la invención del microscopio, hemos descubierto esos mundos, pero aún no los hemos interpretado. Están aguardando su Champollion.

Kirchhorst, 30 de junio de 1947

De las escenas en el mar de hielo. Al borde de un continente ártico se extendía una carretera por la que circulaban vehículos blindados cargados con cosechadoras y armas de guerra. De vez en cuando llegaban del mar de hielo, arrastradas por el viento, nubes de vapor, y entre ellas avanzaban tropas para atacar por sorpresa a los convoyes. Lo que allí estaba ocurriendo poseía una sombría grandeza; yo participaba en ello desde una colina polar. Desde aquel sitio se veían los campos nevados, con la cinta por la que se movían los pesados camiones; detrás, el mar; y en este, archipiélagos de hielo azul

de glaciar. Todas las cosas eran en aquel paisaje frías y metálicas; los corazones eran de hierro y estaban llenos de una sombría resolución.

Kirchhorst, 26 de julio de 1947

Regresado de Gotinga, donde he pasado una semana en la clínica oftalmológica con los ojos vendados; una rama de avellano que se movía en remolino me causó una herida mientras estaba cortando leña. Ese vivir a oscuras ha resultado menos aburrido de lo que temía, pues pronto empezaron a emerger ante los ojos interiores verdaderos racimos de imágenes. Proseguido el trabajo en *Heliópolis;* he comenzado con «El relato de Ortner», que he terminado en una sola noche. El argumento y los detalles se me habían ocurrido en la clínica.

Kirchhorst, 25 de agosto de 1947

Por la mañana se presentó en casa un visitante que no quiso decir su nombre abajo; era el doctor Von Leers. Ahora está trabajando de traductor con los ingleses, con documentación falsa, y ha contado que ha enviado a su mujer y a su hija a España, para ponerlas a salvo de las «bestias rojas». También él quiere marchar a España. No se me ha olvidado que ya en 1933 me describió en Steglitz esta situación, aunque la calificaba, ciertamente, de posibilidad poco probable. Hay ahora una rama especial de la emigración, cuyo personal cambia continuamente, pero que perdura como uno de los fenómenos de nuestro tiempo: la que lleva a Argentina pasando por España.

He encontrado que las opiniones de Leers permanecían inquebrantables y por ello he desviado la conversación de los asuntos políticos. Hemos estado charlando sobre la relación entre el lenguaje y la lógica — ha dicho que especialmente el turco es un instrumento sumamente preciso en ese aspecto. Según él en el turco existe todo un abanico de formas verbales para distinguir los rumores dignos de crédito de los que no lo son.

Leers es un genio de los idiomas. Estos espíritus tienen, lo mismo que los cantantes y que los pianistas, un campo muy amplio. Los predilectos de Leers son los japoneses, cuya historia y cuya lengua ha estudiado a fondo. Entre otras cosas me ha contado que el mismo día en que quedó aniquilada en Pearl Harbor la flota norteamericana acudió a su casa el embajador japonés en Roma para comunicarle inmediatamente a él, en su calidad de prusiano, aquella agradable noticia. Lo hizo con estas palabras:

—*C'est la vengeance pour 1789.*

Cuando pienso en los fugitivos de todos los colores que han acudido a mi casa en el curso de los años paréceme que se neutralizan. Acaso también se suman.

Kirchhorst, 30 de agosto de 1947

Cuando tenía vendados los ojos sentía con más intensidad los olores; unos me parecían más agradables que de ordinario, y otros, más repulsivos.

Incluso en la esencia de rosas hay un tufo de escatol, de olor a excrementos. En no pocos aromas, como el de los membrillos, lo agradable y lo repugnante están equilibrados. Ningún perfume debería ser demasiado fuerte. Su sustrato se destaca con mayor nitidez cuando estamos débiles. Ese sustrato es putrefacción; en todos los olores se revela la metamorfosis, a menudo sublime, de la sustancia, el hálito de la mortalidad.

La desintegración de los jeroglíficos que son los aromas — runas en el hueso de la nuez moscada, tirada mántica con una pizca de azafrán en polvo. Debería haber escritos que se volatilizasen en perfume. Entonces, ciertamente, el entendimiento tendría que poder asociarse al olfato, igual que se asocia a lo visible y a lo audible. Kant dijo que el sentido del olfato es el más prescindible de todos. Es un puro juicio del intelecto. Uno vislumbra a veces que los aromas albergan archivos gigantescos para los que carecemos de llave. En ellos reposa un sentido que le está oculto a la palabra. Hablamos del perfume de una época, de un libro, de una espiritualidad.

De una conversación soñada. Oía a un tercer interlocutor decirle a Friedrich Georg:

—También han comprobado los sabios —y esta noticia le resultará desagradable a usted— que el suero sanguíneo de los líderes es reconocible por ciertas peculiaridades. Cabe demostrar la presencia en él de una materia que guarda parecido con las hormonas de las telas de cebolla.

Friedrich Georg respondía:

—¿Por qué iba a resultarme desagradable eso *a mí?*

Esta réplica me encantaba.

Kirchhorst, 2 de noviembre de 1947

Ein' feste Burg ist unser Gott [nuestro Dios es una sólida fortaleza], 1529. Ese canto se eleva de las lenguas germánicas cuando los pueblos se asemejan a columnas de ejército en marcha hacia lo desconocido. Es la prolongación exacta del *Heliand.* Dios es el protector en la lucha, el que provee de armas; su Hijo, «el hombre justo», es el combatiente en primera línea.

Las huellas de Lutero no podrán ser borradas de nuestro destino; Lutero interviene en cada una de nuestras grandes decisiones. Fracasarán todos los renacimientos de la *Una Sancta,* y no tanto por causa de la doctrina y de las reformas de Lutero, cuanto por causa de su figura hecha palabra, a no ser que en el futuro aparezca un Papa con la autoridad suficiente para canonizarlo y colocarlo entre los Padres de la Iglesia.

Gotea el agua de los árboles, que aún tienen hojas; los crisantemos, últimas flores del año, brillan a través de la ligera bruma. Ha llegado el momento de dar la vuelta al abono; es el último trabajo en el año del jardín. También resulta instructivo; la pala pone al descubierto, en una especie de arqueología fugaz, el imperio de la putrefacción. Es un espectáculo consolador el ver desaparecer ahí el peso de las cosas caducas y gastadas; retornan al elemento, que las consume para darles una fecundidad nueva. A veces capta uno todavía sus fantasmas. Así he visto un pedazo de tela transformado por el moho en un delicado dibujo de encaje. Las formas se funden en el humus, fermentan en el suelo materno. Aquí suelo enterrar también viejos escritos y papeles de propaganda, pensando que pronto brotarán flores de ellos.

Kirchhorst, 2 de enero de 1948

Más refugiados. Un trabajador de Schneeberg ha contado que los rusos andan buscando uranio en Sajonia y que emplean mineros esclavos. Cabría pensar que aquí está preparándose una factura por la entrega de Sajonia y Turingia, una factura a presentar en Nueva York. Hay en estas cosas una contabilidad complicada. Tampoco Hitler supo lo que significaba para él la expulsión de los físicos de Gotinga. Una «física alemana» casaba mal con las pretensiones de poder mundial; algo parecido ocurría con la teoría de la raza. En estos asuntos es menester contentarse con un mínimo de *Weltanschauung,* de «concepción del mundo», con un mínimo de colorido especial. Se proporciona el marco, no el mosaico.

El pronóstico es desfavorable también para los rusos, que introducen en las ciencias y en las artes elementos de una *Weltanschauung.* A ello se añade el mantenimiento de la escritura cirílica, la dificultad de su idioma, en comparación con el inglés, que resulta asimilable en todas partes, incluso entre los negros del hemisferio austral. El inglés se adecua a la técnica. Los rusos tienen un gusto propio muy fuerte, de ahí que se vean obligados a hacer un gran uso de la coacción. Eso aumenta a medida que se extienden y está también poniéndose de manifiesto ya ahora en los territorios ocupados por ellos.

Tanto en la política clásica como en la física clásica siguen «vigentes» ciertas reglas; por ejemplo: las elecciones libres, el derecho de autodeterminación de los pueblos, la soberanía nacional, la neutralidad de los Estados pequeños, los derechos fundamentales. Pero esas reglas no están vigentes en todo lugar ni en todo tiempo. Una superestructura elabora otras leyes, aún no investigadas, con nuevas constricciones y nuevas libertades.

Nunca han sido más necesarios que ahora los espíritus ordenadores. Decir eso parecerá una banalidad en un tiempo que se señala por continuos procesos de ordenación, uniformación y reordenación. Pero en el sentido de la concepción central esos procesos son tareas, no soluciones. No es la superficie lo que modifica la profundidad, sino la profundidad lo que modifica la superficie — ¿cómo son las fórmulas de los cristales? Cabe suponer que más sencillas de lo que se supone. Estamos viviendo en la pubertad, en la fase heroica del trabajador; la técnica es su ropaje. La técnica no modifica la vida, sino que es un indicio masivo de cambios profundos. Adaptarse a la técnica sería como que el cuerpo se adaptase al vestido. Entonces serían los sastres los que fijarían las medidas.

Kirchhorst, 5 de enero de 1948

Comienza a hincharse la corriente del correo; también esto es, junto a la multiplicación de los medios técnicos y de las oficinas administrativas, una de las astucias del *Zeitgeist,* del Espíritu del Tiempo, que, insaciable, quiere transformar el tiempo libre en tiempo funcional, el ocio en trabajo. El tráfico facilita el movimiento y aumenta la superficie de ataque, el número de puntos de sangría.

Friedrich Georg me contó que en una ocasión lo convocó a su despacho uno de los eunucos que residen en tales sitios y le preguntó

quién le daba trabajo, quién era su empleador. Respondió que él era independiente y entonces aquel sujeto le hizo esta pregunta:

—¿Tiene usted permiso para eso?

Marx dijo, ¿o fue Engels, o Proudhon?, que la libertad de los pobres consistía en que les estaba permitido pedir limosna en las esquinas de las calles; pero esa era todavía una concepción romántica.

Léautaud me envía saludos. Parece que a sus ochenta años está teniendo una floración tardía, que está incluso entrando ahora acaso en su mejor época; y continúa siendo el *enfant terrible* que siempre fue. Banine me escribe que en una ocasión, yendo con él, tuvo que esperar en el cruce del Rond Point, a causa de los automóviles, y que le oyó rezongar:

—Durante la ocupación podía uno al menos cruzar la calle.

He empezado a traducir el pequeño escrito en que Léautaud consignó los recuerdos de su padre; es un trozo de prosa volteriana, que publicó en 1905 en *Le Mercure de France* y que ya ha hecho varias veces mis delicias.[1] En el volterianismo de un Léautaud o de un Abel Bonnard se ha conservado algo más que una flora de herbario para espíritus estériles — se ha conservado, en efecto, el *charme* nada común de una cabeza libre y osada, *charme* perceptible ya en vida. Léautaud y Bonnard son esquejes llenos de vida. Forman una raza de su país y son de difícil trasplante; una de sus características es que a edad avanzada siguen produciendo flores y frutos. La fisonomía de ambos me trae al recuerdo la hermosa cabeza de anciano del Voltaire de Houdon que está en el vestíbulo de la Comédie-Française; en esa cabeza se interpenetran y unen prodigiosamente rasgos de la vejez y rasgos de la infancia eterna. Es algo que dura más que los errores.

En el correo, además, el artículo de un joven catedrático de filosofía, una especie de niño prodigio, que pide mi cabeza en una revista de la denominada «zona oriental». Lo hace con perseverancia, aunque no está del todo contento del éxito, pues se queja de que recibe cartas anónimas.

Leo por encima las citas que me reprocha y debajo de ellas encuentro la siguiente: «Cabe acrecentar significativamente la esclavitud si se le da apariencias de libertad».[2] Hoy difícilmente expresaría yo eso de ese modo, y no porque haya cambiado de

opinión, sino porque podría entenderse como una receta para espíritus que en modo alguno tienen necesidad de ella. Esa máxima continúa siendo una buena constatación, una clave para entender ciertos fenómenos paradójicos de la sociedad moderna que de otro modo resultan difíciles de explicar. Presumiblemente se me ocurrió al contemplar una masa jubilosa y tras leer algunas páginas de Chamfort. También este catedrático podría sacar provecho de ella. ¿Es que él, cabeza inteligente sin duda, no ha meditado todavía sobre el hecho de que está filosofando, y es evidente que con gusto, a las puertas de una barraca de desolladores? Y de él no puede decirse siquiera, como del marqués de Posa: «Era largo el hilo a cuyo extremo revoloteaba». Una mínima desviación de la línea general, y su fama habrá acabado.

Me entero de que soy el inventor de la «movilización total». También eso es un error; yo soy su descubridor, el padrino que le dio nombre, y esa es una diferencia importante. Durante la guerra leí en una ocasión que el presidente de Norteamérica hacía el elogio de su país por haber llevado a cabo la más grande movilización total de la historia. Es un principio que perdura, pues representa una de las consecuencias ineludibles del mundo dinámico. Hoy en día o se arma uno de ese modo o se deja de tales cosas y paga su tributo al tiempo de otra manera. En determinadas circunstancias las modistillas disparan desde las ventanas de las buhardillas; si no aquí en Alemania, sí en otros sitios.

Por un momento he estado tentado de escribir una carta a ese catedrático, pues yo puedo ponerme en su lugar mucho mejor que él en el mío. Pero habría sido inútil en un país como el nuestro, en el que los espíritus no se desprenden de los casilleros en que están metidos a la fuerza. A la tercera frase sabe uno a quién han votado. Es este un país en el que o no hay ninguna academia o hay una docena. Con un cínico como el viejo Léautaud podía uno pasarse una tarde entera sin que ni una sola vez le recordasen que Alemania y Francia estaban en guerra. Es algo que debería ser posible siempre entre personas cultas y constituye un gran alivio: *Voilà un homme.* Esa sigue siendo, a fin de cuentas, la fórmula que debe brotar de los cálculos más complicados, si no se quiere andar diciendo trivialidades.

Kirchhorst, 6 de marzo de 1948

Regresado de Hannover. Para hacer ese camino utilizo la bicicleta, cuyo faro recibe la corriente de una pequeña dinamo. Si voy despacio la luz es escasa; si acelero, brilla con más intensidad. En los sitios difíciles se plantea el dilema siguiente: o aminorar la marcha, como lo ordena la prudencia — y entonces la luz baja, la visión se

reduce. O bien acelerarla, y entonces es mayor la vista y también, con ella, el peligro.

Es un esquema con que nos encontraremos en muchas situaciones de la vida. Es preciso aumentar o bien la quietud o bien el ímpetu. En las dos cosas hay riesgo.

Kirchhorst, 30 de marzo de 1948

Por la mañana en el bosque, para cortar leña. Está demasiado avanzado el año, los abedules han sangrado mucho. El trabajo me ha agotado. Pensamiento: «En realidad podrías haber enviado a otra persona, pagándola. Y, entretanto, habrías ganado cómodamente en casa mucho más».

Réplica: «Pero entonces no habrías sudado».

Bien — no hay en nuestro mundo nada más improcedente que poner en relación dos actividades tomando como criterio el dinero. Pues desembocamos en el *time is money,* divisa que se encuentra en el polo opuesto de la dignidad humana. Acertada es, en cambio, la frase de Teofrasto, que dice que «el tiempo es un gasto precioso».

Todo trabajo encierra en sí algo que es impagable, algo que proporciona una satisfacción que se basta a sí misma. En eso es en lo que se asienta la auténtica economía del mundo, la honda estabilidad de los ingresos y los gastos, la ganancia segura.

Si no fuera así, el campesino tendría que estar pendiente de las cotizaciones de la Bolsa, y no de la tierra, el sol, el viento. El autor tendría que estudiar el humor de las masas y adaptar su obra a los lugares comunes dominantes. Las flores desaparecerían de los jardines, y de la vida desaparecerían las cosas superfinas. No habría setos, ni bosques de recreo, ni arroyos serpenteantes, ni lindes entre los campos.

Lo que hace sagrado el trabajo es lo que en él hay de impagable. De esa porción divina es de donde afluyen a los seres humanos la felicidad y la salud. También puede decirse que el valor del trabajo se mide por la cantidad de amor que en él se esconde. En este sentido el trabajo se asemeja al ocio; en los grados superiores confluyen el uno en el otro. He visto al hombre que iba arando detrás de sus caballos; por donde había pasado, la gleba, iluminada por la luz mañanera, se daba la vuelta y parecía dorarse. La cosecha es solo el rédito de esa sobreabundancia.

Para que me ayudase me llevé conmigo al viejo Hanke; tiene más de setenta años y es un alemán sudete que vive refugiado en nuestra casa. De 1905 a 1908 sirvió en los *Kaiserjäger,* los Cazadores del Emperador, y se empeña en saludarme militarmente. En nuestras conversaciones prefiere recordar sus tiempos de soldado. Uno de los momentos culminantes de esos recuerdos es el desfile ante el viejo Francisco José durante las maniobras que, con asistencia del emperador, pusieron fin a sus años de servicio. Al lado de Hanke había un hombre que movió el fusil. Desde su caballo el emperador, lleno de cólera, gritó por dos veces:

—Capitán, un hombre de su compañía se ha movido.

El heredero del trono, Francisco Fernando, que estaba al lado del viejo, dijo en tono de apaciguamiento:

—Déjalo, tío, seguramente has visto mal; ya está bien.

Cuando lo cuenta, el viejo Hanke se enfurece.

—Pero era verdad, era verdad, fue el hombre que estaba a mi lado, movió toda la línea, yo lo vi.

Coge el hacha, se la echa al hombro y comienza a desfilar, con sus huesos deformados por la gota:

—¡Así es como hay que marchar, así!

Tras dos guerras mundiales perdidas entretanto, todo aquello producía un efecto sumamente fantasmal; me hubiese gustado que Kubin compartiese el espectáculo conmigo. En una ocasión me escribió: «Usted me ha visto bien; yo soy el enterrador de la vieja Austria».

Kirchhorst, 7 de abril de 1948

La eternidad no es una magnitud, sino una cualidad. No son, por tanto, los milenios ni los millones de años lo que más se acerca a la eternidad, sino el instante. Hacia él se lanzan las criaturas, para arder en él, como bandadas de efímeras en la luz de la vela.

También todos los saberes verdaderamente profundos vienen del instante, no del tiempo.

Los seres humanos tienen, como los árboles, su lado expuesto al

viento, y, como las montañas, sus solanas. Lo único que hemos de hacer es encontrar el acceso a sus laderas de viñas, a sus minas de tesoros. Entonces dispensan oro y vino en los sitios donde nadie lo sospechaba.

Los seres humanos son textos jeroglíficos, pero muchos encuentran su Champollion. Se hacen legibles, se vuelven interesantes, cuando se afina la clave *con amore*.

Kirchhorst, 8 de abril de 1948

En el jardín, con Edmond y Lindemann. Hemos hablado de sueños; Edmond ha contado que, cuando estuvo prisionero, coincidió con Strubelt, al que yo encontré en el Cáucaso.[3]Strubelt le contó un sueño que había tenido la noche antes de conocerme a mí y en el que yo aparecía. Me había visto mirar por la ventana de mi casa. Debajo colgaba una banderola y en ella Strubelt había descifrado la palabra «Thadek». En vano meditaba sobre su significado. Ahora bien, lo extraño es que así es como se llamaba el sobrino de Edmond, sobrino que por entonces estaba viviendo en nuestra casa en calidad de refugiado.

Bagatelas como esa le sorprenderán en la vida a todo el que preste atención. Son copos de espuma, salpicaduras que caen en nuestro barquito desde el mar de la *coincidentia oppositorum.* Aunque en sí mismas esas cosas carecen de sentido, son indicativas de grandes conexiones, de vinculaciones hondas.

En los diarios de los Goncourt tropiezo, con fecha del 1 de marzo de 1887, con el nombre de Abel Hermant. Pertenecía a nuestro círculo y era una persona a quien yo encontraba en la casa de Florence Gould en la Rue Malakoff. La prosa de Hermant le proporcionaba al viejo Léautaud materia para hacer observaciones chistosas. Cuando yo lo conocí tenía que andar por los setenta años largos, y en la época de los diarios de los Goncourt, por los veinte. Las personas mayores se asemejan a los pilares de un puente que sostuviesen grandes arcos por encima del tiempo. Nos traen el conocimiento directo de pasados que, de otro modo, solo de manera indirecta, por medio de libros, siguen dando testimonio de sí. Continuamente están muriendo últimos testigos de vista, últimos participantes. Abel Hermant, a su vez, hubo de topar en su infancia con personas que conocieron a Napoleón y a Danton, que combatieron en Waterloo.

Kirchhorst, 10 de abril de 1948

Hay en la vida la cadena de la causa y el efecto; en esa cadena no hay discontinuidad. La causa pone el efecto, que es lo posterior.

Pero hay también la cadena de la profecía y el cumplimiento — aquí es el cumplimiento el que pone la profecía, que es lo primero. Este segundo entrelazamiento es más profundo y se presenta en un orden temporal invertido. De ahí que también la impresión que nos deja sea más significativa y se apodere de nosotros de manera misteriosa.

A veces nos percatamos de que han sido proféticos en nuestra vida un acto, un encuentro, una palabra. Eso puede arrojar luz sobre un pasado lejano, como si se dorasen los eslabones de la cadena de hierro. Lo feo puede presentarse como molde, el dolor como sacrificio, el azar como necesario.

En las grandes horas del destino puede llegar a ser profético todo aquello que alguna vez fue. El traje del destino se vuelve magnífico; el azar ha causado efectos en la tela de que está hecho. El Gran Mediodía arroja una luz sin sombra. Entonces queda borrada la culpa. Saltan los cerrojos y los prisioneros quedan libres.

Así es también como la hora de la muerte marca el punto en el que la vida se convierte en profecía. La luz de la otra cara, la luz que procede del cumplimiento, da sentido a la vida. Ahora refulge de repente lo que en ella era más hondo que la causa y el efecto.

En recuerdo de Harry von Jeinsen, que ayer sufrió un accidente mortal.

Kirchhorst, 11 de abril de 1948

A última hora de la tarde conversación con mi hermano Physicus sobre los números primos. Es notable el hecho de que no quepa ordenarlos en un sistema radial. Si fuera posible hacerlo, los divisores habrían de iluminar como trayectorias de proyectiles el cosmos de los números dispuesto en la superficie de un disco. Tal vez podría construirse una figura con algo parecido.

En lo infinito la cantidad de números primos es necesariamente infinita.

Luego hemos hablado del ocho. He recordado la observación de Kükelhaus sobre el extraño fenómeno de que en muchos idiomas este número se convierta, si se le antepone la *n* de la negación, en el vocablo que significa noche: *nox, night, nuit, notte,* etcétera.[4]Sobre

esto, la siguiente elucubración:

Según los lingüistas, en todas las lenguas indogermánicas las palabras que designan *ocho* tienen una raíz común, que es un dual de *cuatro*. Eso permitiría inferir la existencia de un sistema de numeración basado en el cuatro, cosa que aún hoy es conocida en varios pueblos de la Tierra. Se cuentan los dedos de cada mano, excepto el pulgar. Cuando se llega al *ocho* se ha llegado al final. Cabría pensar que existe una vieja asociación entre «final» y «noche». Con el *nueve* recomienda el acto de numerar. La llamativa relación que existe en muchos idiomas entre *nueve* y *nuevo* estaría en correspondencia con eso.

Kirchhorst, 12 de abril de 1948

Hacía erigir en el fondo del mar una columna gigantesca. La punta, similar a la de un mástil, casi llegaba hasta la superficie de las aguas. Pronto se establecían en ella bálanos o «bellotas de mar», pólipos, algas, lapas. Después se agregaban gusanos tubularios, anélidos, conchas dentadas, holoturios, estrellas y anémonas de mar, que se ocultaban en toda aquella confusión; también aparecía esa decoración que se ve en los jardines de corales.

Ello hacía que el perfil de la columna quedase pronto desdibujado; a su alrededor se tejía tejido de vida. Las multicolores cales de las conchas y de los amonites dejaban incrustadas allí sus redondeces; el rojo musgo marino y el terciopelo de los zoofitos, los animales-plantas, envolvían como un velo la columna. Tentáculos y cintas de algas pendían de ella cual barbas de Neptuno. Los animalillos marinos, camarones, sagitarios, cinturones de Venus, medusas, flotaban a su alrededor con colores argentados, cual una nube de abejas. En círculos más amplios, peces de todos los tamaños, hasta llegar a los monstruos, giraban en torno a la columna; seguían sus trayectorias como los planetas más alejados. Yo no los percibía de manera óptica, sino por su gravitación.

Mientras contemplaba en el fondo del mar mi obra invadíame un sentimiento de orgullo, que pronto dejaba paso al asco. Veía que había erigido un monumento a Proteo, y, volviendo la espalda, me dirigía hacia las grutas.

Kirchhorst, 15 de abril de 1948

La gravitación y el tiempo están unidos por una relación profunda. Los relojes, incluso los de sol, son movidos por pesadas

pesas. De ahí que el empeño de abolir el tiempo se dirija en primer término contra la gravitación; el espíritu quiere alzarse por encima del tiempo arrojando lejos de sí la aplastante consciencia de la pesadez, liberándose de ella: en la embriaguez, en los sueños, en el abrazo amoroso, en la meditación, en el éxtasis y, sobre todo, en la muerte. Esta última quita, como quien quita un vestido, el cuerpo, soporte de la gravitación, y actúa como aniquiladora del tiempo.

La libertad y el placer nos los representamos ligeros; el dolor, pesado. La libertad es dueña del tiempo; cuando somos libres este pasa sin que lo notemos, mientras que en una cárcel se alarga. El placer hace que las horas vuelen; en el dolor se nos hacen interminables. Lo que la tortura pretende es agudizar al máximo la consciencia del cuerpo, y, con ello, la del tiempo, hasta lograr que resulte insoportable.

El paraíso es situado en el cielo ingrávido; el infierno, lugar de tormentos, en el interior de la Tierra, donde tiene su morada lo pesado.

¿Existe el purgatorio? Sí, el purgatorio existe, lo que no existe es el infierno. El infierno presupondría el dominio absoluto del peso y del tiempo. Y también el purgatorio puede actuar tan solo mientras el cuerpo existe — en la vida y en el instante de morir, pero no en la muerte. Esta es la tesis que yo sostengo contra san Juan Crisóstomo y contra san Agustín, los cuales rechazan las objeciones contra la eternidad de las penas del infierno. Cierto es que, desde el punto de vista dogmático, apenas puede prescindirse de esa eternidad.

Con respecto a la gravitación nos aguardan descubrimientos extraños; no solo el territorio físico de nuestro poder quedará ampliado por ellos.

Kirchhorst, 20 de abril de 1948

Lectura desagradable. También en Alemania se imprimen ahora libros en los que aparecen con todas sus letras palabras obscenas — me refiero a esas palabras que antes se leían solo en las paredes de retretes de estación escasamente iluminados.

En esto se nos han adelantado los países extranjeros; groseros norteamericanos y bandas de criminales parisienses introdujeron la jerga en la literatura. Una señal más de la extinción, de la reducción. A la vez, una bandera funesta que se iza. Comienza la pesca de atunes, la *mattanza*.

El estilo abyecto no se limita a los libros. Eso sería como esperar que reinase el orden en una ciudad en la que se adornaran las fuentes y las plazas con monumentos infames. Lichtenberg dice que basta que uno pinte un disco en la puerta de su casa para que pronto aparezca alguien que dispara contra él. En Sade el acto de violencia sigue inmediatamente a la palabra obscena. Esta da la señal; la primera violación del tabú arrastra consigo todas las demás. Cabe presumir que en nuestras barracas de desolladores se habrán vivido cosas parecidas. Primero la degradación por la palabra, después la degradación por la acción. En los sitios donde el liberalismo alcanza sus límites extremos, abre la puerta a los asesinos. Es una ley.

Y finalmente, desde el punto de vista artístico: qué caída en la grosería vulgar, qué falta de imaginación. Qué ceguera para esa estrecha zona al borde del abismo que es la herencia congénita del artista y de su libertad. El artista triunfa, alado, en la imponderabilidad de la palabra — ahí es donde está su riesgo y ahí es donde está su fuerza redentora.

Kirchhorst, 3 de mayo de 1948

Continuado trabajando en *Heliópolis.* La utopía depende de la técnica y se ve forzada a entrar en detalles de esta, para que se produzca un grado superior de credibilidad. Mas si suponemos que la técnica ha alcanzado su perfección, entonces hemos de dedicar nuestros esfuerzos más bien a borrar los detalles, en favor de una impresión de naturalidad, de realidad mágica. Los medios ya no son tan importantes.

Llegamos así a una inversión de la novela utópica. Ahora la técnica queda supeditada a la acción, es inventada con vistas a la acción, forma parte del confort de esta. Eso da a la descripción, en contraste con la orientación progresista de las utopías, un tono retrospectivo, retardador. En este sentido cabe decir que está dirigida también contra el poder de la técnica actual y contra sus pretensiones de dominar al espíritu.

Kirchhorst, 19 de junio de 1948

Cada uno tiene la altura que corresponde a su profundidad; en esta regla no hay excepciones. De ahí la aglomeración de demonios junto a los santos, de ahí la serpiente al pie de la cruz. Solo cuando se extingue la vida se extingue también la vigencia de esta regla. La altura y la profundidad se vuelven unas. Se nos otorga el perdón.

Kirchhorst, 28 de junio de 1948

Lectura de la bella carta de Antoine de Saint-Exupéry al general X, encontrada entre los papeles que ha dejado. En ella, estas dos frases:

«Sufro de un tiempo que me resulta ajeno. Pero no me arrogo el derecho a quedar exceptuado de ese sufrimiento».

Ese es el sufrimiento de los espíritus superiores en nuestro tiempo.

Kirchhorst, 14 de agosto de 1948

En el jardín del Café Kröpke. Frente a mí está sentado un cliente que tiene ante sí un vaso de cerveza semivacío. Llama al camarero, paga y luego va a una cabina telefónica a hacer una llamada. El camarero retira el vaso. Llega otro cliente, se sienta en el mismo lugar y pide también un vaso de cerveza. Parece que tiene prisa, pues se marcha al poco tiempo, tras haberse bebido precipitadamente la mitad del vaso. Entretanto el primer cliente ha terminado de hablar por teléfono y regresa al jardín. Veo que se sienta en el mismo lugar de antes y que se bebe muy complacido el resto de cerveza que queda en el vaso; luego se marcha tranquilamente.

¿Qué es lo que me ha turbado en este incidente trivial, que propiamente forma parte del reino de los lances cómicos? Pero yo me he sentido más bien desconcertado.

¿Y qué había en él que pudiera desconcertarme? A mi parecer, lo siguiente: he visto aquí, como en un modelo, la ciega confianza del ser humano que continúa viviendo una situación sin saber que entretanto esta ha cambiado de raíz. Es una de las grandes situaciones posibles; yo la he visto con los ojos del que sí sabía que se había producido un cambio. Podría haber reído; pero todos los que reímos no somos tal vez otra cosa que objetos de una hilaridad que desconocemos.

De igual manera que aquí, en el caso de este vaso de cerveza, la propiedad se intercambió de manera invisible, también es posible que cambien los contenidos metafísicos de nuestra vida; pero nosotros la proseguimos mecánicamente. Sin duda hay puntos de vista desde los cuales el espectáculo se vuelve cómico en su conjunto. Con eso guardan relación las risotadas de Pan en tiempos de la Roma tardía.

Kirchhorst, 15 de agosto de 1948

Estaba recorriendo a la hora de la puesta del sol el bosquecillo, bastante bien conservado todavía, que al otro lado de los yacimientos de arcilla de Altwarmbüchen rodea la Wietze, una parda depresión cenagosa. Crecen allí avellanos, alisos y hayas con los que se entrelazan betigueras, belladonas y madreselvas.

Mientras me encontraba allí botanizando sentí un ruido entre los arbustos; de ellos salió una figura extraña, un hombre de edad indefinida, que portaba una mochila a la espalda. Tenía escayolado el brazo derecho, la ropa que llevaba puesta estaba completamente ajada. No vi ni ropa interior ni calcetines; los zapatos iban atados con cuerdas, para sujetar las suelas.

El hombre se quita la mochila y empieza a preparar una fogata, entre continuos suspiros. Saca de la mochila una lata de sardinas vacía, la llena de agua cenagosa y la coloca sobre el fuego. El agua empieza pronto a hervir en tal cazuela y me acerco para ver qué comida va a cocinarse aquel buen hombre. Saca de sus bolsillos unas veinte cabezuelas de adormidera, de esa que ahora crece en los campos, las corta en trozos con una navaja y las echa al agua. Luego coge unas cuantas manzanas verdes y las coloca sobre las brasas del pequeño fuego. Parece, por tanto, que el festín consistirá en una sopita de opio y unas pocas manzanas asadas.

Entablamos conversación. El cuerpo del vagabundo está tan ajado como su ropa, se halla extremadamente gastado. Oigo la historia de este hombre, que ha tenido mala suerte. Antes de la Primera Guerra Mundial sirvió en los Cazadores de Naumburg, luego contrajo en Macedonia una grave malaria y a consecuencia de ella perdió casi todos sus dientes; a ello se añadió una tuberculosis. Tiene destruido el pulmón izquierdo. Entró de dependiente en una farmacia y allí se habituó a tomar opio. Ha participado como soldado en la Segunda Guerra Mundial; una bala rusa le destrozó el brazo izquierdo. El derecho se lo ha roto hace poco, al caerse. Ahora lleva una vida errante e intenta conseguir opio en las oficinas de las organizaciones benéficas o en las farmacias; en caso de necesidad cuece adormideras y obtiene así un brebaje opiáceo.

A pesar de su desaliño, este hombre tenía en sí algo transparente, estético, inmaterial, parecía una de esas mariposas cristalinas que viven de lo que encuentran en los cálices de las flores, en una existencia ideal.

Kirchhorst, 20 de noviembre de 1948

Visita de Aníbal a Escipión. Se celebraba en una casa de campo; los dos generales comentaban su batalla. Eran como torres que se enfrentasen en un gran tablero de ajedrez. Enorme era la calma, pero también la tensión con que se contemplaban; se notaba que cada uno adivinaba en el otro su propio destino. Intentaban captarse en los caracteres y descifrar sus rasgos, como cifras, como llaves maestras de la estrategia.

Por un ancho ventanal, cuyos cristales eran de un vidrio extremadamente límpido, podían verse las murallas de Zama. A Escipión, sin embargo, no parecía bastarle aquella vista, pues de pronto levantaba la mano cerrada y rompía los cristales.

Me daba perfecta cuenta del anacronismo, pero ello no me inquietaba, pues era evidente que el cristal era la encarnación del tiempo.

Kirchhorst, 2 de diciembre de 1948

«Pero en el interior sí está hecho.» Una frase para meditar sobre ella, llena de significado. Hay una terminación de nuestras acciones en lo absoluto, un complemento que es siempre independiente del éxito o del fracaso. Eso representa un gran consuelo.

Nuestras acciones son comparables a disparos que estuviesen animados de una fuerza doble. Por un lado son como flechas disparadas por el arco de la vida; esas flechas están sujetas al azar, a la fuerza de la gravedad, al viento. Dan en el blanco o fallan; no está en nuestras manos la trayectoria que siguen.

Pero, a la vez, la cuerda, al estar tensada también por fuerzas de amor, lanza la flecha hacia lo que está por encima de lo real, en una trayectoria recta, que alcanza su meta en lo invisible. Hay siempre un segundo destinatario de nuestras palabras, de nuestros actos, de nuestros pensamientos.

Escribimos una carta a uno de nuestros allegados y la llevamos a correos. En el instante en que la echamos al buzón pensamos en su destinatario y nos invade la duda, la preocupación, de si le llegará. Cuando reina el caos esta preocupación es muy grande. Y, sin embargo, resulta consolador el pensamiento de que, llegue o no llegue a su destino, la carta la hemos escrito. Sentimos que eso ha introducido una modificación en el mundo. Es un sacrificio que hemos ofrecido, aunque nadie la lea. Pues «en el interior sí está hecho».

Algo parecido ocurre con nuestra preocupación por los ausentes.

Los pensamientos giran en torno a los guerreros, a los desaparecidos, a los prisioneros. Tal vez no nos lleguen nunca noticias de ellos, tal vez hasta varios años más tarde no nos enteremos de que cayeron en la guerra. Y nunca parecerá más fuerte el soplo de lo absurdo que cuando nos es preciso reconocer que estuvimos angustiándonos por una persona convertida en podre hacía ya tiempo. Pensábamos en ella como si estuviera viva. Hay algo maravilloso, sin embargo, en ese «como si». Deberíamos pensar en cada muerto como si estuviera vivo, y en cada vivo, como si estuviera ya separado de nosotros por la muerte. Así nuestros deseos apuntan más alto, a la persona invulnerable. Y si tensamos bien el arco, experimentaremos el instante maravilloso en que nos llega la respuesta. Pues en el interior sí está hecho.

Notas

Las notas con menciones a páginas hacen referencia a la version en papel de este volumen y el anterior.

1. *Perpetua:* nombre que Jünger da en sus diarios a su primera esposa, Gretha von Jeinsen (1906-1960), con la que contrajo matrimonio en 1925 y de la que tuvo dos hijos, Ernst (Ernstel) y Alexander. *(N. del T.)*

2. *Kniébolo:* nombre con que Jünger designa en sus diarios a Hitler. *(N. del T.)*

3. Expresión de Goethe, varias veces citada por Jünger en estos diarios. Véase, más adelante, págs. 602 y 603. *(N. del T.)*

4. *Schwärmen:* «revolotear como un enjambre», pero también «fantasear», «desvariar», «delirar». *(N. del T.)*

5. Sobre el proyecto de Jünger *La casa* puede verse el esquema que de él traza en *Radiaciones I* (Tusquets Editores, n.º 45/2 de la colección Tiempo de Memoria), págs. 249-250 Y, en este volumen, pág. 155. *(N. del T.)*

6. El chiste, cuya gracia se pierde en la traducción, está en que *entrahmen* significa propiamente «quitar la nata» *(Rahm),* pero en esta frase puede entenderse también como «quitar el marco» *(Rahmen)* a los retratos de Hitler. *(N. del T.)*

7. *El Presidente:* el capitán Max Hattingen, adversario de Hitler y responsable de la sección «Prisioneros de guerra» en el Estado Mayor del comandante en jefe de las tropas de ocupación alemanas en Francia. Tenía su despacho, igual que Jünger, en el hotel Majestic, en la Avenue Kléber. *(N. del T.)*

8. Véase E. Jünger: *Radiaciones I* (ed. citada), pág. 306. *(N. del T.)*

9. Véase *Radiaciones I.*, pág. 378. *(N. del T.)*

10. Véase *Radiaciones I,* pág. 378. Según una creencia popular derribar un vaso y que se rompa es señal de buena suerte. Véase sobre ello *Radiaciones I,* pág. 391. *(N. del T.)*

11. Véase *Radiaciones I,* pág. 24. *(N. del T.)*

12. *Cellaris,* «el prisionero»: Ernst Niekisch. *(N. del T.)*

13. Véase *Radiaciones I,* pág. 284. *(N. del T.)*

14. Véase *Radiaciones I,* pág. 244. Y luego, aquí, pág. 386. *(N. del T.)*

15. Véase *Radiaciones I,* pág. 236. *(N. del T.)*

16. Sobre el encuentro de Jünger con Céline (Merline) véase *Radiaciones I,* pág. 266. *(N. del T.)*

17. Véase *Radiaciones I,* pág. 413. *(N. del T.)*

18. Véase *Radiaciones I,* págs. 259-260. *(N. del T.)*

19. Véase *Radiaciones I,* pág. 226. *(N. del T.)*

20. Véase *Radiaciones I,* pág. 385. *(N. del T.)*

21. Henri Thomas fue el traductor al francés del libro de Jünger *Sobre los acantilados de mármol.* Véase *Radiaciones I,* págs. 284, 288, 289, 328 y 329. *(N. del T.)*

22. Sobre Flor de Fuego véase *Radiaciones I,* págs. 276, 282 y 461. *(N. del T.)*

23. Véase *Radiaciones I,* pág. 431. *(N. del T.)*

24. Véase *Radiaciones I,* pág. 386. *(N. del T.)*

25. Véase *Radiaciones I,* pág. 398. *(N. del T.)*

26. Lo que Jünger critica en la frase alemana es la unión de *Lage* (posición echada, de *liegen,* «yacer») con *stehen,* «estar de pie». La citada frase podría traducirse también por: «Allí yacía yo de pie»; en esta traducción queda más clara la desidia lingüística. *(N. del T.)*

27. Sobre la enemiga de Keitel contra Jünger y las palabras que a este respecto dijo a Speidel véase *Radiaciones I,* pág. 12. *(N. del T.)*

28. Sobre la relación de Jünger con Mühsam véase más adelante, en este volumen, págs. 470-471. *(N. del T.)*

29. La frase citada por Jünger es de Spinoza (*Etica,* parte tercera, proposición XLIV) y figura como *motto* del escrito de Jünger *La paz.* *(N. del T.)*

30. Véase *Radiaciones I*, págs. 428 y 429. *(N. del T.)*

31. Sobre la visita de Jünger al estudio parisiense de Picasso véase *Radiaciones I,* págs. 333-334. *(N. del T.)*

32. Sobre *La casa* véase antes, en la pág. 18, la nota del traductor. *(N. del T.)*

33. Véase *Radiaciones I,* págs. 141-142. *(N. del T.)*

34. La errata está evidentemente en la palabra *Nektar* [néctar], que debería ser *Hektar* [hectárea]: «La viña de seis hectáreas». *(N. del T.)*

35. Sobre la estancia de Jünger en la aldea de Le Godat, durante la Primera Guerra Mundial, véase Ernst Jünger: *Tempestades de acero* (Tusquets Editores, Tiempo de Memoria, 45/1), pág. 10. *(N. del T.)*

36. La frase es un «epigrama» de Jünger publicado en 1934 en el volumen *Blätter und Steine* [Hojas y piedras]. Puede verse ahora en sus *Sämtliche Werke* [Obras completas] (Stuttgart, 1979), vol. 12, pág. 511. *(N. del T.)*

37. Sobre Kurt, el hermano de la esposa de Jünger, véase la semblanza que este traza en *Radiaciones I,* págs. 335-336. *(N. del T.)*

1. Véase *Radiaciones I,* págs. 127-128. *(N. del T.)*

2. El general Walter von Seydlitz cayó prisionero de los rusos en Stalingrado y pocos meses después, junto con otros generales alemanes, encabezó en Moscú el «Comité Nacional de la Alemania Libre». A través de Radio Moscú el general Seydlitz difundió llamamientos a sus antiguos camaradas cercados, invitándoles a deponer las armas y a desembarazarse de Hitler. *(N. del T.)*

3. *Ciudad de Latón:* aparece en *Las mil y una noches* («Historia de la Ciudad de Latón»); Jünger la menciona también en *Radiaciones I,* pág. 283. *(N. del T.)*

4. «Grandgoschier» es Goebbels; «Schinderhannes», seguramente, Himmler. *(N. del T.)*

5. Malepartus (Malpertuis en francés) es la guarida del «zorro Reinecke», que aparece en diversas fábulas medievales. *(N. del T.)*

6. Sobre la estancia de Jünger en el castillo de Montmirail véase *Radiaciones I,* págs. 170-177. *(N. del T.)*

7. Véase *Radiaciones I,* pág. 394. *(N. del T.)*

8. Véase *Radiaciones I,* págs. 275 y 457. *(N. del T.)*

9. Véase antes la nota del traductor en la pág. 204. *(N. del T.)*

10. Sobre Flor de Fuego véase antes pág. 81 y la nota allí del traductor. *(N. del T.)*

11. Sobre la estancia de Jünger en Sissonne en 1917 véase *Tempestades de acero* (edición citada), pág. 126. *(N. del T.)*

12. Véase luego, en la pág. 356, el comentario de Jünger a esta frase de su peluquero parisiense. *(N. del T.)*

1. Véase *Tempestades de acero,* pág. 314. *(N. del T.)*

2. Véase luego, en la pág. 331, otra alusión de Jünger a este sueño tenido por su esposa el mismo día en que cayó muerto en el frente italiano su hijo Ernstel. *(N. del T.)*

1. Véase *Radiaciones I,* pág. 17. *(N. del T.)*

2. Véase luego, pág. 390. Y sobre «Grandgoschier», la nota del traductor en la pág. 222. *(N. del T.)*

3. Sobre Pfaffendorf, camarada de Jünger en la Primera Guerra Mundial, véase *Tempestades de acero,* pág. 132. *(N. del T.)*

1. Véase *Radiaciones I,* pág. 244. Y antes, aquí, pág. 40. *(N. del T.)*

2. Es un «epigrama» de Jünger, publicado en 1934 en su obra *Blätter und Steine* [Hojas y piedras]. Puede verse ahora en sus *Obras completas,* edición alemana, vol. 2, pág. 511. *(N. del T.)*

3. En sus últimos momentos el canciller sueco Axel Oxenstierna (1583-1654) le dijo a su hijo: «Te quedarías asombrado, hijo mío, si supieras con qué tonterías se gobierna el mundo». *(N. del T.)*

4. *Los tres santos de hielo:* San Pancracio, san Servacio y san Bonifacio (12, 13 y 14 de mayo), fechas en que suele haber en Centroeuropa una bajada súbita de temperatura. *(N. del T.)*

5. Véase *Radiaciones I,* pág. 305. *(N. del T.)*

6. Véase *Tempestades de acero,* págs. 264-267. *(N. del T.)*

7. Sobre *Schwärmen* véase, antes, pág. 15. *(N. del T.)*

8. El pueblo llama a los bejines «pedos de lobo». *(N. del T.)*

9. Sobre el fracaso histórico de la izquierda en Alemania, véase el libro de Jünger *El trabajador* (Tusquets Editores, Barcelona, 1990), pág. 327. *(N. del T.)*

10. Sobre el doctor Von Leers véase también, más adelante, págs. 586-587. *(N. del T.)*

11. Véase *Radiaciones I,* pág. 172. *(N. del T.)*

12. *Hans im Glück:* personaje de los cuentos populares alemanes, representante de la simpleza y necedad del ser humano. *(N. del T.)*

13. Sobre la estancia de Jünger en el hospital de sangre de Valenciennes véase *Tempestades de acero,* págs. 122-123. *(N. del T.)*

14. Véase *Radiaciones I,* pág. 82. *(N. del T.)*

15. Véase *Radiaciones I,* pág. 121. *(N. del T.)*

16. *Caballeros de Ekeby:* personajes principales de la obra de la escritora sueca Selma Lagerlöf *La saga de Gösta Berling.* *(N. del T.)*

1. Sobre Kanne y la frase aquí citada por Jünger véase *Radiaciones I,* pág. 275. *(N. del T.)*

2. Jünger oyó hablar por primera vez a Hitler en 1923, en Múnich. *(N. del T.)*

3. Sobre los «cazadores de sueños» véase *Radiaciones I,* pág. 318. *(N. del T.)*

4. La luego no realizada visita de Hitler a Jünger en Leipzig estuvo prevista para la segunda mitad de junio de 1926. *(N. del T.)*

5. Véase *El trabajador,* pág. 343. *(N. del T.)*

1. Véase *Radiaciones I,* pág. 337. *(N. del T.)*

1. Jünger terminó al cabo de varios años su traducción alemana de este breve escrito de Léautaud, titulado *In memoriam,* y ha incorporado esa traducción a la edición de sus *Obras completas.* Véase edición alemana, vol. 14, págs. 330-371. *(N. del T.)*

2. «Epigrama» de Jünger, publicado en 1934 en su obra *Blätter und Steine* [Hojas y piedras]. Puede verse ahora en *Obras completas* de Jünger, vol. 12, pág. 512. *(N. del T.)*

3. Sobre el teniente Strubelt véase *Radiaciones I,* págs. 423, 424 y 441. *(N. del T.)*

4. También cabría agregar *noche* y *Nacht. (N. del T.)*

Radiaciones II

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1943-1948)

Ernst Jünger

Título original: Strahlungen II

Table of Contents